



Reseña

Simon Sebag Montefiore, uno de los más eminentes historiadores británicos, nos presenta las vidas de los gigantes que, para bien o para mal, han hecho nuestro mundo, en un reparto que va de conquistadores, poetas, reyes, emperatrices y prostitutas a psicópatas, compositores y exploradores; figuras como Tamerlán, el señor de la guerra mongol que, en el siglo XIV ordenó la construcción de una pirámide de 70.000 cráneos humanos, u Oskar Schindler, el hombre cuyo desinteresado heroísmo salvó a más de mil judíos de la muerte a manos de la los nazis.

Informativo, entretenido, estimulante y a veces escalofriante, esta es una historia del mundo que contiene las historias y los personajes que todos deberían conocer y que nadie debe olvidar.

Índice

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

- I. [Período 1300 a.C. - 4 a.C.](#)
- II. [Período 12 d.C. - 1451 d.C.](#)
- III. [Período 1460 d.C. - 1599 d.C.](#)
- IV. [Período 1618 d.C. - 1808 d.C.](#)
- V. [Período 1809 d.C. - 1869 d.C.](#)
- VI. [Período 1869 d.C. - 1907 d.C.](#)
- VII. [Período 1908 d.C. - 1957 d.C.](#)

[El autor](#)

Agradecimientos

Al personal de Quercus: David North, Mark Smith, Patrick Carpenter y Josh Ireland, mi editor; a mis colaboradores Dan Jones, Claudia Renton, John Bew y Martyn Frampton, historiadores de gran talento; a mi agente, Georgina Capel, y a Anthony Cheetham, Slav Todorov, Richard Milbank, Mark Hawkins-Dady, Robert Hardman y Jonathan Foreman. Y sobre todo, a mis queridos hijos Lily y Sasha, y a mi esposa, Santa.

A mis queridos hijos Lily y Sasha

Introducción

De pequeño leí un artículo breve —como los que se contienen en este libro— sobre el siniestro mundo de Yósif Stalin. Me fascinó lo suficiente para empujarme a buscar más información al respecto, y muchos años más tarde me encontré buceando en los archivos rusos a fin de documentar mi primer libro sobre el personaje. Ojalá los apuntes biográficos que se exponen a continuación alienten al lector a saber más sobre tan extraordinarios individuos: los hombres y las mujeres que crearon el mundo en que vivimos hoy.

La historia, sin embargo, no es solo el drama de los acontecimientos terribles y emocionantes de tiempos pretéritos, sino que comporta entender el ayer para comprender nuestro hoy y nuestro mañana. «Quien domine el pasado dominará el futuro —escribió George Orwell, autor de 1984—, y quien domine el presente dominará el pasado». Karl Marx, bromeando acerca de Napoleón y de su sobrino Napoleón III, señaló que «no hay hecho ni personaje de la historia que no se dé dos veces: la primera, en forma de tragedia, y la segunda, de farsa». La historia no se repite, pero contiene numerosas advertencias y lecciones, y han sido muchos los hombres y mujeres de relieve que la han estudiado con razón a fin de ayudarse de ella para gobernar el presente. Así, por ejemplo, tres de los mayores monstruos homicidas que dio el siglo XX, Hitler, Stalin y Mao —todos los cuales figuran en estas páginas—, fueron entusiastas de esta disciplina y pasaron

buena parte de su malgastada juventud y los años que estuvieron en el poder leyendo acerca de sus propios héroes históricos.

Cuando Hitler mandó acometer la matanza de los judíos europeos que hemos llamado Holocausto, se sintió estimulado por las carnicerías que perpetraron los otomanos contra los armenios durante la primera guerra mundial. « ¿Quién se acuerda ya de los armenios?», se preguntaba. El presente volumen habla de ellos. Cuando Stalin ordenó iniciar el Gran Terror, lo hizo con la mirada puesta en las atrocidades cometidas por su ídolo Iván el Terrible. « ¿Quién se acuerda ahora de los nobles muertos por Iván el Terrible?», preguntó a sus secuaces. También el príncipe moscovita figura en este libro. Y Mao Zedong desató sobre la China un aluvión tras otro de homicidios multitudinarios inspirado por el Primer Emperador, quien también tiene su lugar en las páginas que siguen.

La presente es una colección de biografías de seres individuales que han cambiado, de un modo u otro, el curso de los acontecimientos del mundo. La nómina jamás podrá ser exhaustiva ni tampoco demasiado satisfactoria, y dado que es un servidor quien ha elegido los nombres que la integran, tampoco es objetiva. El lector echará en falta algunos nombres y hallará injustificada la inclusión de otros: es lo que tienen de divertido y de frustrante las listas. Encontrará en ella nombres muy conocidos —Elvis Presley, Jack Kennedy, Jesucristo, Bismarck o Winston Churchill, por ejemplo—, y otros que quizás ignore. El mundo en que vivimos hoy está dominado en tal grado por Oriente, que en las páginas que siguen no hallará solo a dirigentes «tradicionales» como Enrique VIII o George Washington, sino también

a los creadores de las potencias en auge de nuestro tiempo: el ayatolá Jomeini, dirigente supremo del Irán islámico; Den Liaoning, inventor de la China moderna; el rey Ibn al-Sa'ūd, fundador de Arabia Saudí.

Cuando comencé este proyecto, traté de dividir en buenos y malos los personajes que lo conforman; pero no tardé en concluir que se trataba de un intento vano, siendo así que en muchos de los más egregios — Napoleón, Cromwell, Gengis Kan o Pedro el Grande, por nombrar solo algunos— se combina lo heroico y lo monstruoso. El resultado final, pues, deja en manos del lector la tarea de juzgarlos. Aún podemos ir más allá: el genio político y artístico aun de los más admirables de todos ellos exige ambición, insensibilidad, egocentrismo, crueldad y hasta locura en igual medida que decoro y coraje. «Las gentes razonables —decía George Bernard Shaw— se adaptan al mundo, y las que no lo son adaptan el mundo a su persona. Por lo tanto, el cambio solo es posible gracias a gente poco razonable». La grandeza requiere valor —sobre todo— y fuerza de voluntad, carisma, inteligencia y creatividad, pero también una serie de características que asociamos con frecuencia a las personas menos admirables: propensión a asumir riesgos temerarios, determinación brutal, afán de emociones sexuales, descarado afán de protagonismo, obsesión rayana en lo patológico y algo muy cercano a la demencia. Dicho de otro modo: las cualidades necesarias para la grandeza y perversidad, para el heroísmo y la monstruosidad, para la filantropía brillante y respetable y para el homicidio brutal, opuesto de medio a medio a la utopía, no distan tanto entre sí. Los noruegos tienen una

palabra para esto: stormannsgalskap, «la locura de los grandes hombres».

En ocasiones da la impresión de que, en el último medio siglo, muchos profesores de historia se han propuesto el reto de hacer de la suya la asignatura más aburrida que pueda imaginarse, y la han reducido, para ello, a la monotonía de las tasas de mortalidad, el número de toneladas de carbón consumidas por familia y demás estadísticas económicas. Sin embargo, el estudio detallado de cualquier período concreto demuestra que el carácter personal reviste una importancia decisiva en los acontecimientos, ya miremos a los autócratas del mundo antiguo, ya a los políticos democráticos de nuestro tiempo. En el siglo XXI, nadie que se acerque a la historia mundial posterior al 11 de septiembre de 2001 negará que el del presidente estadounidense George W. Bush fue determinante a la hora de configurar las relevantes decisiones que se adoptaron en aquel tiempo. Plutarco, el inventor de la historiografía biográfica, lo expresa de un modo inigualable en la introducción a sus escritos sobre Alejandro y César: «No estoy escribiendo historias, sino vidas, ni tampoco es siempre en los hechos más gloriosos donde se manifiestan la virtud o la vileza; sino que algo tan modesto como un dicho agudo o una chanza revela, a menudo, más de un carácter que las batallas en las que mueren miles de hombres».

Simon Sebag Montefiore

Capítulo I

Período 1300 a.C. - 4 a.C.

Contenido:

Ramsés II el Grande (c. 1302-1213 a. C.)

David y Salomón (c. 1040-970 y c. 1000-928 a. C.)

Nabucodonosor (c. 630-562 a. C.)

Ciro el Grande (590/580-530 a. C.)

Buda (c. 563-483 a. C.)

Confucio (551-479 a. C.)

Sun Zi (c. 544-496 a. C.)

Leónidas (m. 480 a. C.)

Heródoto (c. 484-430/420 a. C.)

Alcibíades (c. 450-404 a. C.)

Platón (c. 428-347 a. C.)

Aristóteles (384-322 a. C.)

Alejandro Magno (356-323 a. C.)

Qin Shi Huangdi (c. 259-210 a. C.)

Aníbal (247-c. 183 a. C.)

Judas el Macabeo y sus hermanos (siglo II a. C.)

Cicerón (106-43 a. C.)

César (100-44 a. C.)

Herodes I el Grande (c. 73-4 a. C.)

Cleopatra (69-30 a. C.)

Augusto y Livia (63 a. C.-14 d. C. y 58 a. C.-29 d. C.)

Jesús (c. 4 a. C. -c. 30 d. C.)

Ramsés II El Grande

(c. 1302-1213 a. C.)

*Su Majestad los mató a todos;
todos cayeron ante su caballo
estando Su Majestad sin nadie a
su lado.*

*Inscripción de los muros del templo
de Luxor*

Ramsés II fue el más magnífico de los faraones egipcios, y su largo reinado —que duró más de sesenta años— fue testigo de grandes victorias militares y de algunos de los proyectos de edificación más impresionantes del mundo antiguo. Dominó a los hititas y a los libios, y guio a Egipto a un período de clara prosperidad creativa, aunque lo más probable es que fuese también él quien representó el papel de malo de la película en el Éxodo.

Varias de las maravillas de la Antigüedad deben a él su existencia: Ramsés encarna el dechado de rey héroe a la vieja usanza, admirado por sus conquistas y sus obras monumentales, ganadas y construidas, a menudo, con un coste humano terrible. Su reinado marca el auge del Egipto de los faraones, en lo que se refiere tanto a poder imperial como a producción artística.

Durante el reinado de su padre, Seti I, Egipto había participado en una serie de enfrentamientos con los hititas de Anatolia (en la Turquía moderna) por el dominio de Palestina y Siria. Aun así, pese a una serie inicial de triunfos militares, cuando Ramsés heredó el

trono en 1279 a. C., el poder de su rival se había extendido hasta un punto tan meridional como la ciudad siria de Qadesh.

Después de haber ejercido de oficial militar de alta graduación —al menos de nombre— desde los diez años, hervía de ganas de comenzar su reinado con una victoria. Sin embargo, su primera acción bélica contra los hititas, la de la batalla de Qadesh, de 1274, fue un verdadero descalabro estratégico, pues si bien ganó la contienda, no fue capaz de consolidar su posición y hacerse con la ciudad. Llevaba ya ocho o nueve años en el trono cuando conquistó una serie de plazas galileas y amorreas, y poco después quebró las defensas hititas y ocupó las ciudades sirias de Qatna y Tunip. En esta última hacía al menos ciento veinte años que no ponía el pie ningún monarca egipcio.

Pese a estos triunfos, Ramsés consideró insostenibles los avances logrados frente al imperio hitita. Por ende, en 1258 se reunieron en Qadesh los dos bandos y firmaron el primer tratado de paz del que se haya conservado testimonio histórico. Con la ostentación de costumbre, el texto quedó registrado no en humilde papiro, sino en plata, tanto en egipcio como en hitita. Además, lejos de limitarse a acordar el fin de las hostilidades, instauraba una alianza por la que cada una de las partes acordaba ayudar a la otra en caso de ser atacada por una tercera. A los refugiados de aquellos largos años de conflicto se les brindaron protección y el derecho a regresar a sus patrias respectivas.

Aquel documento marcó el comienzo de un período de prosperidad que se prolongó hasta los años finales del reinado de Ramsés. En

ese tiempo el faraón se entregó a su pasión dominante: la construcción de monumentos ciclópeos, de los cuales son muchos los que pueden contemplarse aún en diversas partes de Egipto. El Rameseo fue un colosal conjunto religioso erigido cerca de Qurna, que incluía una escuela de escribas. Estaba decorado con pilares en los que se daba cuenta de diversas victorias, como la de la batalla de Qadesh, y con estatuas del faraón que superaban los 17 metros de altura y las mil toneladas de peso. De escala aún mayor eran los monumentos del templo de Abú Simbel. Cuatro estatuas de Ramsés de más de veinte metros cada una dominan la gigantesca fachada del templo, que incluye también frisos y representaciones de otros dioses y faraones egipcios, así como esculturas de los favoritos del faraón y de sus familiares. Entre estos figura Nefertari, su esposa predilecta, a la que construyó un templo propio al noreste del conjunto. En su tumba del Valle de las Reinas se recogen algunas de las obras de arte más excelsas de todo el período egipcio antiguo. Estos no son más que algunos de los vastos proyectos arquitectónicos del reinado de Ramsés, quien además completó varios de cuantos edificios había comenzado su padre, como la sala de Karnak o el templo de Abidos. Inscribió su nombre e hizo conmemoración de toda su gesta en muchos de los monumentos construidos por sus predecesores. De la arquitectura del antiguo Egipto que ha llegado a nosotros son pocas las obras que no llevan su marca.

Es posible que fuese él el faraón del libro bíblico del Éxodo, el soberano cruel que esclavizó a los israelitas hasta que Dios mandó

las diez plagas que lo persuadieron a liberar al pueblo elegido, huida milagrosa que se celebra en la festividad judía de la Pascua. Los guio a la libertad un niño hebreo al que descubrieron abandonado entre las espadañas del Nilo y educaron como a un príncipe egipcio con el nombre de Moisés. Mientras vagaban todos por el Sinaí, Dios le otorgó los Diez Mandamientos, y por mediación de él, prometió a los suyos que les concedería la tierra de Canaán si obedecían a su patriarca. Cuando Moisés preguntó acerca de la naturaleza de aquel Dios, este le respondió: «Yo soy el que soy»; pero aquel murió antes de llegar a su destino. Es muy probable que los monumentos de Ramsés fuesen construidos por mano de obra esclava. Es cierto que en Egipto se asentaron muchos semitas, y que el nombre de Moisés es egipcio, lo que hace pensar que, cuando menos, tal es su origen. No hay motivo alguno que haga dudar de que Moisés, el primer dirigente carismático de las religiones monoteístas, recibiese de veras una revelación divina después de sacudir así el yugo de la esclavitud. En general, la tradición de un pueblo semítico que escapa de la servidumbre resulta verosímil, aunque la de datarla es, por entero, otra cuestión.

Ramsés fue idolatrado por los soberanos egipcios posteriores, y su reino constituyó un punto culminante en los logros militares, culturales e imperiales del Egipto antiguo. Murió en 1213 a. C., no mucho después de cumplir los noventa.

David y Salomón

(c. 1040-970 y c. 1000-928 a. C.)

Bendito Yahvé, tu Dios, que te ha hecho la gracia de ponerte sobre el trono de Israel. Por el amor que Yahvé tiene siempre a Israel, te ha hecho su rey para que hagas derecho y justicia.

*La reina de Saba a Salomón, I
Reyes 10, 9*

David y Salomón gobernaron el reino de los israelitas en el siglo X a. C., en la cima de su esplendor, poder y riqueza. David unió a las tribus de Israel e hizo de Jerusalén su capital, en tanto que su hijo Salomón fundó el Templo de la ciudad y su mito fue más allá de la esencia de la historia bíblica para abarcar dotes asombrosas en calidad de sabio, poeta, amante y amansador de la naturaleza.

Así y todo, la fuente principal de que disponemos para ambos es la Biblia, escrita probablemente varios siglos más tarde. Esta presenta a David como un rey sagrado e ideal, por encima de todo, aunque también como un guerrero magnífico, poeta y tañedor de arpa, caudillo irregular y temerario que colaboraba con los filisteos, adúltero y aun homicida. Estando ya achacoso, fue responsable de la ejecución de su propio hijo, sublevado contra él. El retrato que tenemos de David es, pues, redondo y humano hasta extremos sorprendentes.

Nacido en Belén, hijo de Jesé, durante el reinado de Saúl, primer monarca de Israel, fue elegido y ungido por el profeta Samuel.

Cuando reclamaron su presencia en palacio a fin de que apaciguase al soberano, cada vez más demente, tocó el arpa y se ganó con ello el favor real. Durante la invasión de los filisteos, encabezados por un adalid de grandes proporciones, por nombre Goliat, se ofreció voluntario para luchar, y pese a ser aún un niño, mató a aquel paladín de una pedrada lanzada con su honda. Convertido en un héroe y amigo íntimo de Jonatán, hijo de Saúl, contrajo matrimonio con la hija de este último, aunque se vio obligado a huir ante los celos homicidas del rey. Llegó incluso a pasarse al lado de los filisteos, de cuyo soberano aceptó el cargo de general y una ciudad. Cuando volvieron a atacar a los israelitas, en los montes de Gelboé, hallaron la muerte Saúl y Jonatán. David lloró la pérdida en su célebre lamento poético. Se coronó rey de Judá, y como tal gobernó desde Hebrón mientras uno de los hijos de Saúl mandaba sobre las tribus septentrionales de Israel, hasta que aquellas unió a todas en un solo reino: el suyo. Atacó la ciudad jebusea de Jerusalén, que se convirtió en la nueva capital neutral de aquel territorio unificado y a la que llevó la célebre Arca de la Alianza. Un día vio bañándose en una de las terrazas de palacio a la hermosa Betsabé, esposa de uno de sus generales, Urías el hitita. David la sedujo y mandó a este a luchar en primera línea de batalla. Murió en manos del enemigo, y el rey se desposó con Betsabé. Compró un terreno en el monte del Templo con la intención de construir en él una casa de Dios, un templo; pero este intervino: David tenía las manos manchadas de sangre, y la construcción de dicho edificio habría de esperar, pues, a su hijo. A la vejez, al caudillo achacoso le empezó a resultar difícil

dominar a una corte que hervía en luchas sucesorias. El mayor problema al que se enfrentaba era Absalón —su hijo predilecto, a quien, además, adoraba la multitud—, que se había alzado contra él y lo había expulsado de Jerusalén. David reprimió la rebelión, aunque Absalón resultó muerto, y semejante desenlace provocó otro lamento desgarrador. Conforme al relato bíblico, Salomón fue el único hijo de la unión de David y Betsabé que subsistió, y fue ungido rey en vida de su padre a fin de frustrar las aspiraciones conspiratorias de un hermanastro.

Salomón derrotó a sus enemigos poco después de heredar el reino y creó un emporio floreciente merced a la situación estratégica de Palestina, puente entre el Mediterráneo y el mar Rojo, entre Asia y África. Instauró una red extensa de puertos y rutas comerciales terrestres defendida por sus ejércitos.

La Biblia describe un reino de magnificencia sin par en el que Salomón, al parecer, tenía acantonado un ejército de 12 000 soldados de caballería y 1400 carros, y para su placer y prestigio, un harén de 700 esposas y 300 concubinas. Aunque tamañas estimaciones bíblicas son exageradas sin lugar a dudas, lo más probable es que no lo sean por mucho (en Megiddo, por ejemplo, se han encontrado restos de establos de los que se dice que tenían cabida para 450 caballos). Salomón tomó por esposas a las hijas y las hermanas de otros reyes a fin de consolidar sus alianzas. Así, por ejemplo, su unión con la hija del faraón de Egipto le valió la ciudad cananea de Gézer. El relato bíblico que asegura que, durante la visita de la reina de Saba, el monarca le otorgó «cuanto ella quiso

y pidió» ha dado origen a tres mil años de rumores sobre la posibilidad de que entre los deseos de ella se incluyera un hijo. Dado que el de aquella debía de ser un reino próspero, en el que se integraban, entre otros territorios, los que hoy conforman Etiopía y el Yemen, este hecho constituye un ejemplo más del taimado maquiavelismo del hijo de David.

El culmen bíblico de los logros salomónicos fue el Templo que construyó para albergar el Arca de la Alianza. Descrito como un edificio de piedra y cedro, con el interior magníficamente tallado y el exterior revestido de oro, representaba un testimonio asombroso de la grandeza de Dios. Después de siete años de trabajo, el rey estuvo en condiciones de ofrendarle el que estaba destinado a convertirse en el lugar más sagrado del mundo judío, cuya memoria permanecería indeleble miles de años en el corazón de la fe judía. Aquella fue la primera edificación religiosa del monte del Templo jerosolimitano, conocido también por los musulmanes como Ḥaram aš-Šarīf.

Salomón siguió construyendo, a escala colosal, ciudades y fuertes por todo su imperio. Creó palacios imponentes para sus esposas, y dotó a Jerusalén de una muralla y de instalaciones destinadas a atraer a los comerciantes extranjeros, incluidos santuarios paganos que les permitieran sentirse como en casa.

Sus 1005 canciones y sus máximas, recogidas en el libro de los Proverbios, dan fe de su genio y su sabiduría. Cuando se presentaron ante él dos mujeres que aseguraban ser madres de un mismo hijo, propuso partir por la mitad al pequeño, suponiendo,

con razón, que la legítima preferiría renunciar a su retoño que a verlo morir.

Se dice que Dios le concedió el dominio de todas las criaturas y de los elementos. La Biblia judía, el Tanaj, y el Corán, libro sagrado de los mahometanos, hablan de su poder milagroso de hablar la lengua de las aves y las hormigas, y del de regir los vientos. Se decía de él que poseía una alfombra mágica y un anillo portentoso, el Sello de Salomón, que le confería autoridad sobre los demonios. En los cuentos persas y árabes que, muchos siglos más tarde, conformarían *Las mil y una noches*, aparece como mago capaz de encerrar a los genios (*ǰinn*) en tinajas para lanzarlos al mar.

Por lo dicho, sin embargo, hubo de pagar un precio muy elevado. La extensión excesiva de su imperio llevó a la opresión de los hebreos por los impuestos exorbitantes. A su muerte, su reino quedó fragmentado en dos rivales: Israel y Judá, en castigo, al decir de la Biblia, por la ruptura de la alianza por parte de Salomón. Las fuentes principales de la vida de David y Salomón son los libros bíblicos de Samuel, de los Reyes y de las Crónicas. Aunque no faltan vestigios arqueológicos que prueben la existencia del primero, no está claro que Jerusalén fuese la capital gloriosa que describe la Biblia ni que fuese su reino un imperio extendido desde la frontera de Egipto hasta Damasco. Los arqueólogos de nuestro tiempo opinan que aquella debió de ser pequeña, y este, más semejante a una federación de tribus. Por otra parte, se han hallado en la Ciudad de David, en Jerusalén, restos del siglo X a. C. que nos la presentan, junto con los de origen canaanita descubiertos

recientemente, como una fortaleza de no poca relevancia. En realidad, la falta de huellas no es decisiva, pues, al cabo, del reino Macabeo, que ocupó mil años más tarde un territorio similar, también destaca lo escaso de los indicios que han llegado hasta nosotros. La historia de la corte de David que nos presenta la Biblia parece, de hecho, el relato directo realista de la decadencia de un rey, y la estela de Tel Dan, descubierta entre 1993 y 1994, demuestra que se trata de un personaje histórico al hablar de la «casa de David» para describir el reino de Judá que gobernaban sus descendientes reales.

En lo que respecta a Salomón, no poseemos prueba arqueológica alguna de su existencia. A diferencia del de bulto redondo de su padre, su retrato se nos presenta como la leyenda del emperador ideal de Oriente. Sin duda hay mucho de ilusión y quizá también de proyección en el esplendor de su corte y la brillantez de su vida, y es probable que los autores bíblicos, que elaboraron sus textos cuatrocientos años más tarde, estuvieran describiendo su propia Jerusalén, su Templo, sus ambiciones y su nostalgia en la presentación que de él nos hacen. Aunque no hemos hallado gran cosa de su Templo jerosolimitano, la exposición bíblica resulta por demás plausible en cuanto a tamaño y estilo —propios ambos de los edificios religiosos descubiertos en todo el Próximo Oriente—. No menos creíbles son las riquezas que se le atribuyen en oro y marfil, materiales frecuentes en los artefactos encontrados en otros palacios israelitas, como, por ejemplo, el de Samaria. Sus célebres minas recuerdan a las del siglo X que se han descubierto no ha

mucho en el Jordán, y el tamaño de su ejército no es descabellado: cien años más tarde, un rey de Israel podía poner en el campo de batalla dos mil carros. Por otro lado, sobre las ruinas de las plazas fuertes de Megiddo, Gézer y Asor, atribuidas en un principio al período salomónico, se debate en la actualidad por considerarse que tal vez podrían pertenecer a los monarcas israelitas de un siglo más tarde. Los últimos análisis de las cuadras, sin embargo, dan a entender que, a la postre, podrían ser suyas. En lo que respecta al Templo, existía, sin lugar a dudas, años después de su muerte, dado que las inscripciones egipcias confirman que el faraón Sesac invadió Judea y recibió en pago oro de dicho edificio. Si bien la magnificencia de Salomón resulta exagerada, es probable que la construcción del Templo fuese obra suya.

Nabucodonosor II

(c. 630-562 a. C.)

*Lleno entonces de ira
Nabucodonosor... habló,
mandando que se encendiese el
horno siete veces otro tanto de lo
que encenderse solía, y mandó a
hombres muy robustos de su
ejército que atasen a Sidraj, Misaj
y Abed-Nego y los echasen al
horno de fuego ardiente.*

Daniel 3, 19-20

Nabucodonosor fue el león de Babilonia y el devastador de pueblos. Gobernó el gran imperio neobabilónico desde el año 605 hasta el 562 a. C. y encarnó el ideal de rey guerrero. La Biblia lo presenta como instrumento de la venganza divina contra el pueblo nómada de Judea, papel que se diría que adoptó con entusiasmo.

Nacido algún tiempo después de 630, fue el primogénito del rey Nabopolasar (quien ocupó el trono de 626 a 605). Este, fundador de la dinastía caldea en Babilonia, había sacudido con éxito el yugo del imperio asirio, situado al norte, y aun saqueado la gran ciudad de Nínive. Se había jactado de haber «exterminado la tierra de Asiria» y «trocado aquel suelo hostil en un cúmulo de ruinas».

El joven Nabucodonosor participó en las conquistas militares de su padre desde edad muy temprana, y en 605 supervisó la derrota de las fuerzas egipcias en Carquemís, victoria que ayudó a que los babilonios se erigieran en amos de Siria. Nabopolasar murió aquel mismo año, y no bien se hizo con el cetro, su hijo hubo de hacer frente a las rebeliones surgidas en todo su imperio, que aplastó con una perspicacia y una energía notables.

Nabucodonosor se propuso expandir sus dominios hacia el oeste. La alianza matrimonial contraída con el imperio meda, situado a levante, lo liberaba de preocupación alguna procedente de dicho punto cardinal. Entre 604 y 601 se sometieron a su autoridad varios estados de la región —incluido el reino hebreo de Judá—, y él declaró su determinación de no tener «oponente alguno del horizonte al cielo». Alentado por sus triunfos, en 601 decidió

acometer a sus rivales más importantes, y en consecuencia, envió a su hueste a Egipto. Sin embargo, rechazadas sus tropas, la derrota provocó una serie de rebeliones entre sus vasallos, hasta entonces aquiescentes, y en particular en Judá.

El emperador regresó a su Babilonia natal para tramar su venganza. Tras un breve lapso, volvió a cargar en dirección a poniente, arremetiendo contra casi todo lo que encontraba a su paso. En 597 claudicó el reino de Judá, y Nabucodonosor hizo deportar a suelo babilónico a su monarca, Joaquín. Aquel se sublevó en 588 bajo el mando de Sedecías, tío del rey. Nabucodonosor cayó sobre la desafiante Jerusalén entre 587 y 586, y la sitió durante meses antes de entrar a saco y destruirla por completo. Mandó asolarla, aniquilar a sus gentes, arrasar el Templo judío y ajusticiar a los hijos de Sedecías en presencia de este antes de sacarle a él los ojos. A continuación, desterró a los hebreos al este, en donde lloraron la memoria de Sión «junto a los ríos de Babilonia».

Sus conquistas militares se vieron acompañadas por un aluvión de edificaciones en los confines de su nación. Sirviéndose de la mano de obra esclava de los pueblos que había subyugado, hizo erigir o restaurar un buen número de templos y otras construcciones públicas. Culminó el extravagante palacio real que había comenzado su padre, y encargó los celebérrimos jardines colgantes de Babilonia —una de las maravillas del mundo antiguo— en calidad de obsequio para su esposa. En sus crónicas e inscripciones, hizo hincapié, sobre todo, en su devoción a Marduk, dios de Babilonia, en su amor a la justicia y en la intención de promoverla para sus gentes. En

este ámbito, fue un reformador que reconstruyó los tribunales, prohibió los sobornos, persiguió a los funcionarios acusados de corrupción y dejó claro que no iba a tolerar hostigamiento alguno a los pobres y a los desamparados. Además, la historia bíblica de su locura es, en realidad, un error histórico en que incurren de manera deliberada los autores judíos de la Biblia, que lo odiaban, a fin de manchar su reputación. Lo cierto es que fue el último rey de Babilonia, Nabónido (556-539 a. C.) —que dejó la ciudad durante diez años para vivir en Arabia—, de quien se dice que perdió el seso antes de perder su imperio a manos de los persas. Nabucodonosor murió en 562. Su hijo y heredero fue un verdadero desastre, asesinado cuando llevaba dos años en el trono, y su imperio apenas le sobrevivió veinte años. Ciro el Grande, de Persia, conquistó Babilonia en 539.

Pese a los numerosos logros benevolentes, Nabucodonosor se asocia de manera indefectible al desenfreno conquistador y el trato brutal a los pueblos por él subyugados. Se le tiene por el destructor de naciones que cumplió la visión del profeta judío Jeremías: «ha salido de su lugar para devastar tu tierra y asolar tus ciudades hasta no dejar en ellas morador».

Ciro El Grande
(590/580-530 a. C.)

*Yo soy Ciro el Grande, el rey.
Inscripción de Pasargadas*

Ciro el Grande, rey de Persia, fue el fundador de un poderoso imperio que dominó el occidente asiático y el Mediterráneo en el transcurso de dos siglos. Fue un gobernante incomparable: soldado audaz y conquistador, amén de monarca tolerante que reconoció los derechos humanos de sus súbditos, permitió la libertad religiosa y liberó a los judíos de la esclavitud. En el mundo antiguo fue objeto de alabanza en cuanto modelo de rey ideal, aun entre los griegos, y, de hecho, Alejandro Magno lo tomó como ejemplo. Su reino se extendía desde los territorios actuales de Israel, Armenia y Turquía, al oeste, hasta los de Kazajstán, Kirguistán y las lindes del subcontinente indio, al este.

Ciro (o Kuruš) nació en Persis, provincia situada en el Irán de nuestros días. Su madre era hija de Astiages, quien reinaba sobre los medas en la región occidental de dicho país actual. Igual que otros grandes héroes, como Moisés o Rómulo y Remo, posee una leyenda propia ligada a su nacimiento —y recogida por el historiador griego Heródoto, entre otros—. Astiages soñó que su hija orinaba un río de oro que inundaba todo su reino, y lo interpretó como señal de que Cyrus lo derrocaría cuando creciera. Luego soñó que de entre los muslos de ella crecía una vid, y considerando que, sin lugar a dudas, su nieto constituía una amenaza, ordenó que le dieran muerte. Sin embargo, su consejero, Harpago, incapaz de acabar con un recién nacido, lo entregó a un pastor. Los dones precoces del niño lo llevaron a los diez años a la corte de Astiages, en donde se descubrió su identidad. Su abuelo optó por respetarle

la vida, aunque tomó cruel venganza de Harpago haciendo que, sin saberlo, se comiera a su propio hijo.

Sea cierto o no, el mito pone de relieve que, desde el principio, se tuvo a Ciro por el redentor ungido de su pueblo. En 559 a. C. sucedió a su padre, Cambises I, en calidad de representante de la dinastía aqueménida que gobernaba en Persia, restringida a la sazón a una región del suroeste de Irán y sujeta a los medos. En 554 se alió con Harpago y encabezó una rebelión contra su despiadado abuelo. La revuelta fue cobrando fuerza en los cuatro años siguientes, y cuando Ciro acometió a Astiages en 550, los soldados medos desertaron. Entonces él ocupó el territorio de estos e hizo suya la capital, Ecbatana.

En 547 conquistó el reino de Lidia (sito en la Turquía actual) y depuso a Creso, rey de riquezas fabulosas. Esto amplió su dominio a toda el Asia Menor y atrajo a las ciudades griegas de la costa del Egeo. A continuación, consolidadas las fronteras occidentales de su imperio, Ciro centró su atención en Babilonia.

Esta era la más espléndida de las ciudades antiguas, pero estaba gobernada por un rey tiránico e impopular, Nabónido. En consecuencia, Ciro obtuvo el recibimiento propio de un libertador cuando, en 539, construyó un canal para desviar el curso del Éufrates y entró con su hueste en la capital milenaria. Con ella adquirió extensos territorios que incluían Siria y Palestina y que le brindaron el dominio de la mayor parte de Oriente Próximo.

En veinte años, Ciro había creado el mayor imperio que hubiese visto jamás el planeta. Consciente de que para mantenerlo unido iba

a tener que confiar más en la diplomacia pacífica que en la opresión y la violencia, rehusó imponer las costumbres persas a los pueblos conquistados y concibió un concepto inédito de imperio mundial, fundado en la selección de los elementos más deseables de cada región a fin de mejorar el conjunto. Así, empleó consejeros medos; imitó el vestido y la influencia cultural de los elamitas, y permitió la libertad religiosa en todos los rincones de su reino a cambio de una sumisión política total. Gobernó desde tres capitales: Ecbatana, la persa Pasargadas y Babilonia.

En esta última liberó a los judíos allí esclavizados desde 586, año de la destrucción babilónica de Jerusalén. Además, sufragó su regreso a esta y la reconstrucción de su Templo, lo que le ha valido el ser el único gentil que algunos de ellos consideran dotado de cualidades mesiánicas. Su reputación creció aún más por el descubrimiento, en el siglo XIX, del llamado Cilindro de Ciro, que recoge detalles de sus conquistas y su derrocamiento de la tiranía, amén de dar testimonio de su creencia en la tolerancia religiosa y su oposición a la esclavitud. Las Naciones Unidas lo ha reconocido como la primera declaración de derechos humanos. Aunque no puede considerarse precisamente un emperador liberal —pues, entre otras cosas, reprimió con métodos brutales cualquier alzamiento político—, garantizó la libertad de culto.

Ciro murió en el campo de batalla en 530 mientras guerreaba contra Tomiris, reina de los masagetas, resuelta a obtener una venganza sangrienta por la muerte de su hijo, capturado por Ciro. La inscripción de su tumba de Pasargadas, que aún se conserva,

decía: «Hombre, seas quien seas y vengas de donde provengas, pues sé que vendrás: soy Ciro, fundador del imperio del que gozan los persas. No mires, pues, con malos ojos este puñado de tierra que me cubre el cuerpo». Le sucedió su hijo, Cambises II, cuyo breve reinado se tradujo en la toma del único territorio de Oriente Próximo que no había anexionado su padre: Egipto. El imperio aqueménida se habría desintegrado de no ser por otro conquistador insigne, al que apenas unía con Ciro un parentesco lejano: Darío el Grande, quien se hizo con todos los territorios de aquel; reafirmó su principio de tolerancia; invadió Ucrania, la India y Europa, y organizó el primer servicio postal imperial y la primera moneda mundial; todo lo cual lo convirtió en algo semejante al Augusto del Imperio persa. Sin embargo, siguió avanzando en dirección a Grecia, en donde, antes de morir, sufrió derrota en la batalla de Maratón. Aunque su sucesor, su hijo Jerjes, tampoco logró aplastar a los griegos, su legado garantizó que el imperio de Ciro durase dos siglos.

Buda

(c. 563-483 a. C.)

— *¿Eres un dios?*

— *No —respondió él.*

— *¿Eres la reencarnación de un dios?*

— *No —repuso.*

— *¿Eres, pues, un hechicero?*

—No.

—Entonces ¿eres un hombre?

—No.

—En ese caso, ¿qué eres? —
preguntaron confusos.

—Soy el que está despierto.

*Siddharta Gautama, el Buda,
interrogado en un camino tras su
iluminación*

Las enseñanzas de benevolencia, tolerancia y compasión de Buda poseen un atractivo universal que va más allá de quienes lo siguen a él de forma expresa. Su búsqueda de la iluminación dio principio a un movimiento que constituye tanto un código ético como una religión, y que proporciona a cada uno de sus adeptos la posibilidad y el deseo de vivir una existencia de satisfacción y realización espiritual.

Al decir de la leyenda, Buda fue concebido cuando Mahāmāyā, reina consorte del soberano de los Śākya, soñó que le había anidado en la matriz un elefante blanco. Nacido en un recinto aislado por cortinas en una tierra extensa del Nepal, el príncipe recibió el nombre de Siddharta Gautama —el título de Buda, «iluminado», se le otorgaría más tarde—. El de Siddhārtha, «aquel que ve cumplido su objetivo», alude a las predicciones de los sacerdotes, según las cuales estaba llamado a adquirir la grandeza, en calidad bien de gobernante, bien de maestro religioso. Algunos estudiosos han propuesto el año de

485 a. C. como fecha probable de su llegada al mundo, más reciente, pues, de lo que sostiene la tradición.

La madre de Gautama murió siete días después de dar a luz, y su padre, ansioso por que el hijo siguiese la vía terrenal, hizo que lo criasen «de un modo en exceso delicado» y lo protegió de toda privación. Raras veces salía de sus palacios —tenía uno para cada estación del año—, y cuando lo hacía, el rey se aseguraba de que las calles estuvieran a rebosar de ciudadanos jóvenes, sanos y alegres. Tuvo que llegar a los veintinueve años para que una serie de encuentros fortuitos, con un anciano, un enfermo y, por último, con un cadáver, lo alertasen de la existencia de la edad, la enfermedad y la muerte. Semejante toma de conciencia inspiró uno de los aspectos fundamentales de su doctrina: que la del ser humano es una vida de sufrimiento.

Cuando, más tarde, vio a un vagabundo de aire sereno, cabeza afeitada y túnica amarilla, Gautama se decidió a emprender la «gran renunciación», y abandonó todo el lujo de que gozaba en calidad de príncipe con la esperanza de que la austera vida religiosa lo condujese a una mayor plenitud espiritual. Así, contemplando por última vez a su esposa y a su hijo recién nacido mientras dormían, salió sin ser notado de palacio a altas horas de la noche al objeto de abrazar la existencia de un asceta errante.

Su búsqueda de la iluminación espiritual lo llevó, en un primer momento, a ponerse en manos de dos renombrados maestros, a quienes no tardó en aventajar en sabiduría. Sin embargo, declinó el ofrecimiento que le hicieron ambos de convertirse en discípulos

suyos y, acompañado de cinco santones, se retiró al pueblo de Uruvela, en donde pasó seis años tratando de alcanzar su objetivo último: el nirvana o estado sin sufrimiento. Con todo, el ayuno y la abnegación resultaron poco productivos. Con las extremidades «como enredaderas marchitas» y «las nalgas como pezuña de búfalo», formuló otro de sus principios elementales: la senda que conduce a la iluminación consiste en una vida de moderación, o «camino medio». Sus compañeros ascetas, indignados por semejante decisión, no dudaron en abandonarlo. Solo, Gautama, que había cumplido ya los treinta y cinco años, logró al fin llegar al nirvana mientras meditaba con las piernas cruzadas bajo una higuera sagrada. Durante su última «guardia», luchó contra el demonio y triunfó sobre él, observó todas sus vidas pasadas y las vidas pasadas y futuras de todo el mundo antes de emerger, purificada su alma, como buda: «mi mente se emancipó... la oscuridad se disipó y se hizo la luz».

No le costó convertir a los cinco ascetas, y pasó el resto de su vida enseñando el camino a la iluminación. Instruyó a sus seguidores en la conversión de otros, y creó así una floreciente comunidad de monjes —que era el título que empleaba Buda para dirigirse a sus discípulos—. Ante la insistencia de algunos de ellos, también instituiría más tarde una orden de monjas. Maestro sin parangón, sabía entender de manera instintiva cuáles eran las habilidades de cada uno de sus alumnos. Cuando, antes de morir, les preguntó si tenían alguna duda que pudiera despejarles, ninguno de ellos planteó una. Quienes acudían a él con la resuelta intención de

oponerse a sus enseñanzas también acababan por abrazarlas, y cuando un renombrado homicida fugitivo se sumó a su agregación de monjes, muchos de sus críticos lo acusaron de ser una especie de mago dotado de un «hechizo de seducción».

A los ochenta años, Buda anunció su intención de morir y lo hizo poco después tras consumir una receta de cerdo cocinada por un adepto secular. Pese a los ruegos de Ananda, su discípulo más allegado, se negó a nombrar sucesor. Huyendo hasta el final de todo dogma, sostuvo que cumplía tratar sus enseñanzas como un conjunto de principios racionales que debía aplicar cada uno conforme a su propio criterio. Recostado en un diván dispuesto entre dos árboles de un prado —que no tardaría en hacer las veces de lecho de muerte—, reveló a sus alumnos que debían dejar que la verdad del *dharma* (el orden natural) fuese su maestro cuando él muriera.

Confucio

(551-479 a. C.)

Nadie está más cualificado para instruir a otros que quien contempla lo antiguo para descubrir lo nuevo.

Confucio, Analectas, II, 11

Confucio fue un filósofo y maestro chino cuya influencia se verificó —y se verifica aún— no solo en su país natal, sino en toda el Asia

oriental. Entendía el aprendizaje como el camino verdadero hacia la superación individual, aunque concibió su propia función de un modo eminentemente práctico que marcaría de forma indeleble todo el pensamiento oriental posterior. A su ver, la clave del buen gobierno se hallaba en la cultura y el refinamiento, asentados con firmeza en la tradición y la correcta observancia del ritual, y tal convencimiento lo llevó a tratar de llevar a efecto sus ideas mediante la participación en la Administración nacional.

Hijo de aristócratas empobrecidos, nació y se crio en el estado de Lu —hoy provincia de Shandong—. La de Confucio es la forma romance del nombre con que se le conoce en Oriente: Kongzi o Kongfuzi («maestro Kong», por ser este su apellido). Aunque se desconoce la fecha exacta de su nacimiento, se celebra el 28 de septiembre de acuerdo con la tradición del Asia oriental.

A los quince años, Confucio era ya un estudiante ávido y de gran dedicación, que mostraba un interés prodigioso por las seis disciplinas de la caligrafía, la aritmética, el tiro con arco, la conducción de carros, el ritual y la música. Era proverbial, sobre todo, su costumbre de preguntar constantemente a sus maestros del Gran Templo. De joven se ocupó en varios oficios, incluidos los de vaquero, pastor, capataz de cuadra y contable. Contrajo matrimonio a los diecinueve años y siguió con rigor la tradición al guardar luto por su madre durante tres años cumplidos los veintitrés. Pasó la mayor parte de esta década combinando su vida laboral con su devoción por la educación.

Consolidó su conocimiento de las seis disciplinas con el estudio en profundidad de la historia y la poesía, y al llegar a la treintena estuvo listo para emprender una brillante trayectoria docente. Si antes de él la enseñanza era cosa de tutores particulares asignados a los hijos de personajes adinerados, o consistía en una formación profesional en puestos administrativos, Confucio adoptó un enfoque radicalmente nuevo y abogó por poner la educación al alcance de todos por considerarla un bien tanto para los alumnos como para la sociedad en general. Puso en marcha un plan de estudios destinado a posibles dirigentes por entender que un gobernante culto estaría en posición de divulgar su saber entre sus súbditos y mejorar el conjunto de la sociedad.

A diferencia de muchos de los eruditos de su tiempo, que rehuían el contacto con otras personas y se distanciaban de la sociedad, él quiso participar de manera incondicional con el gobierno de su estado. En consecuencia, sirvió en calidad de magistrado y llegó a ministro auxiliar de Obras Públicas, primero, y a ministro de Justicia después. A los cincuenta y tres años, asumió el cargo de primer ministro del rey de Lu, a quien acompañó en las misiones diplomáticas.

Sin embargo, la influencia que ejercía sobre el monarca y sus estrictos principios morales lo apartaron del resto de la corte, que conspiró a fin de hacerlo caer en desgracia. Confucio, advirtiendo que su mensaje estaba cayendo en saco roto, abandonó la vida áulica para imponerse a sí mismo el exilio. En los doce años que duró su ausencia, recorrió los estados de Wei, Song, Chen y Cai,

enseñando y desarrollando su filosofía, y haciendo con ello que se propagara su reputación de «lengua de madera de la campana de los tiempos».

El pensamiento confuciano fue, en parte, una reacción al desgobierno extremo que imperaba en su época, un período agitado de continuos conflictos entre los caudillos de regiones vecinas. Confucio adoptó una posición conservadora en esencia al conceder una importancia fundamental a la tradición, a la observación estricta del ritual y al respeto por los ancianos y los ancestros. Se veía a sí mismo como un mero vehículo de aprendizaje que, sin inventar nada, se limitaba a transmitir la sabiduría recibida y a alentar el auto examen y la búsqueda personal de conocimiento. Creía que la clase dirigente, elegida por sus méritos más que en virtud de su linaje, no debía imponer sus leyes y su gobierno por medio de amenazas ni castigos, sino más bien desarrollar sus propias virtudes y hacerse así merecedora de la devoción de sus súbditos.

Los dichos de Confucio se recogieron tras su muerte en las *Analectas*, que conforman la base de lo que hoy se conoce en Occidente como *confucianismo* (vocablo cuya traducción al chino posee una significación escasa). El siguiente diálogo captura su esencia de forma cumplida:

Su discípulo Kung le preguntó:

— *¿Hay una palabra capaz de guiar por sí sola a una persona por la senda de la vida?*

Y el maestro le respondió:

—Quizá shu: nunca impongas a otros lo que no deseas para ti.

La idea de *shu* (que podría traducirse aproximadamente por «reciprocidad») se halla presente en toda su ética, sustentada asimismo por las de *li* («ritual»), *yi* («rectitud») y *ren* («amabilidad» o «empatía»).

Confucio puso fin a su exilio a la edad de sesenta y siete años, cuando regresó al estado de Lu a fin de consagrarse a escribir y enseñar. Abrumado por la pérdida de su hijo, murió a los setenta y tres.

Sun Zi

(c. 544-496 a. C.)

*Sé sutil hasta el extremo de la
informidad, y misterioso hasta el
de la mudez, y podrás dominar el
destino de tu oponente.*

Sun Zi (o Sun Tzu) fue el autor de un tratado de guerra que aún goza de no poco ascendiente en el pensamiento militar, en el mundo de los negocios y la política, y en la psicología de las relaciones humanas.

Aunque es muy poco lo que sabemos de su vida, podemos afirmar que fue contemporáneo de Confucio. Se cree que ejerció de general del estado de Wu hacia finales del período de Primavera y Otoño

(770-476 a. C.). En *El arte de la guerra* vertió su genio militar en una serie organizada de instrucciones y axiomas que abordaban cada uno de los aspectos que debían tenerse en cuenta para llevar a cabo con buen éxito dicha actividad.

Uno de los aspectos más llamativos de su obra es su insistencia en que, si bien «el arte de la guerra reviste una importancia vital para el estado», a menudo es más conveniente evitar una confrontación bélica por ser un acto costoso, perjudicial y dañino para el común de la población:

La excelencia suprema no se obtiene luchando y conquistando en todas las batallas, sino en romper la resistencia del enemigo sin batallar.

Cuando es imposible evitar el enfrentamiento, resultan fundamentales la preparación y el conocimiento del enemigo:

Quien conozca al enemigo y se conozca a sí mismo no tendrá que temer el resultado de cien batallas; quien se conozca a sí mismo pero no al enemigo sufrirá una derrota por cada combate victorioso, y quien no se conozca a sí mismo ni conozca al enemigo sucumbirá cada vez que entable batalla.

Hacer caso omiso de este consejo por no incurrir en el gasto necesario para reunir información secreta es errar de medio a medio:

Permanecer en la ignorancia de la condición del enemigo por el mero hecho de evitar el desembolso de cien onzas de plata... constituye el culmen de la crueldad.

Tal como pone de relieve en muchos pasajes de su obra, el hecho de prestar atención a los detalles puede hacer vencer en una batalla antes del comienzo mismo de esta: «la falta de errores es lo que conduce a la certeza de la victoria, pues supone conquistar a un enemigo que ya ha sido derrotado»; y esto, en teoría, habría de reducir al mínimo el daño provocado por la contienda:

Nada hay mejor que tomar íntegro e intacto el campo del enemigo: el hecho de destruirlo y arrasarlo no ofrece tantas ventajas. De igual modo, es preferible capturar a un ejército entero que acabar con él, capturar a un regimiento, un destacamento o una compañía, que destruirlas.

Por desapasionado e implacable que pueda mostrarse respecto de la guerra, subraya siempre que no hay que recurrir a la violencia y al derramamiento de sangre si no son estrictamente necesarios. Cumple otorgar un trato amable a los combatientes enemigos y evitar campañas prolongadas y destructivas en favor de una victoria rápida. La combinación de estrategia y análisis táctico brillante con el interés por un arte humano de la guerra es lo que hace que Sun Zi siga teniendo vigencia.

Leónidas

(m. 480 a. C.)

*En el curso de aquella batalla cayó
Leónidas, tras haber luchado de*

veras como un hombre. Muchos espartanos distinguidos murieron a su lado, y sus nombres, como los del resto de aquellos trescientos... merecen ser recordados.

Heródoto, Historia, libro VII

La resistencia final de Leónidas y sus trescientos frente al poderío de Persia extendió por todo el mundo la leyenda del arrojo espartano. Un guerrero sin par, Leónidas, sacrificó su vida en pro de la libertad griega. La intrépida defensa que protagonizó en las Termópilas proporcionó a sus aliados el tiempo y la inspiración necesarios para derrotar a una fuerza persa muy superior que pretendía abrumarlos.

Los griegos llevaban más de una década combatiendo a sus rivales persas, resueltos a hacerlos parte de su imperio. Ante su intransigencia, el gran rey Jerjes reunió el mayor ejército de que hubiese tenido noticia el mundo antiguo. El año 480 a. C. cruzó los Dardanelos merced a un puente hecho de embarcaciones y recorrió la costa en aluvión hacia el corazón de Grecia. Su avance parecía inexorable, y la subyugación del pueblo invadido, inevitable.

Leónidas había alcanzado unos diez años antes el trono de Esparta, una ciudad-estado de la región sureste del Peloponeso conocida como Lacedemonia o Laconia. Del gentilicio de este último topónimo se deriva nuestro vocablo *lacónico*, dado que sus gentes eran célebres por ser parcos en palabras, actitud que quedaría patente

en la disciplina espartana, la dureza y el aguante que desplegaron él y sus compañeros.

El único futuro profesional que le estaba reservado a un varón de su ciudad era el de máquina de combatir. De resultas de un sistema educativo tan despiadado como eficaz, Esparta criaba hombres que pertenecían, en palabras del historiador romano Plutarco, «por entero a su patria y no a ellos mismos».

Esparta se hallaba anclada a una constitución añosa instaurada en el siglo VII a. C. por el rey semilegendario Licurgo. La innovación constituía un delito capital, y el individualismo se erradicaba sin clemencia alguna. Se desalentaba la presencia de extranjeros, el dinero se sustituía por lingotes de hierro y las comidas se tomaban en comunidad. Estaba prohibido todo aquello que pudiese dividir a la hermandad de los espartanos.

La ciudad comenzaba a seleccionar a sus guerreros desde que nacían. El consejo de ancianos inspeccionaba a todos los varones y eliminaba a los débiles y los contrahechos abandonándolos en la falda de una montaña en donde los aguardaba la muerte. Los más robustos, destinados más a proteger al estado que a ser una carga para él, se devolvían a sus padres para que confiaran su cría a una nodriza.

A la edad de siete años pasaban al cuidado del estado, que tenía por objetivo el de trocarlos en guerreros de los más acerados que hubiese visto la ecúmene. La gracia de movimientos de que daban muestras en el campo de batalla era fruto del refinamiento obtenido tras años de ejercicios gimnásticos y atléticos, efectuados siempre

sin vestimenta alguna. Tan a fondo se consagraban a este género de actividad, que los atenienses acabaron por otorgarles el apodo de *phainomerides*, «los que van enseñando los muslos».

A los niños solo se les enseñaba cuanto les era necesario en la guerra: la lectura y la escritura carecían de importancia, y la música, solo en la medida en que alentaba los pensamientos heroicos. Se tenían en alta estima la astucia, la resistencia y el valor. Los muchachos dormían en jergones de junco que recogían ellos mismos. Los tenían siempre con hambre a fin de incitarlos a tomar la iniciativa de robar alimento, acción por la cual se les castigaba solo si los descubrían.

Se celebraban competiciones de azotes con la intención de poner a prueba su aguante físico y mental. Algunos de ellos morían, pero si no habían ofrecido vislumbres de emoción alguna, se honraba su memoria con una estatua. Cuando los echaban a combatir unos contra otros, se entregaban con una ferocidad incansable. Pasaban largos períodos ingeniándose las en solitario en despoblado. Cuando aquellos ciudadanos soldado cumplían los veinte años y se acercaban al fin de su adiestramiento, los más destacados se enviaban extramuros para que llevaran una vida de guerrilla tomando a los ilotas (esclavos de Lacedemonia) como blanco para practicar.

Todos los jóvenes habían de vivir acuartelados hasta cumplir los treinta, y aunque se les instaba a contraer matrimonio, solo podían visitar a sus esposas a hurtadillas. «Algunos —nos dice Plutarco— eran padres antes de tener tiempo de observar a sus mujeres a

plena luz del día». Poco importaba tal cosa: su educación había creado entre ellos un vínculo inquebrantable. «Ni deseaban ni podían vivir solos —prosigue el historiador—, pues estaban, en cierta medida, agregados los unos a los otros».

«Una ciudad está mejor fortificada si la ciñen hombres y no ladrillos», había declarado Licurgo. Los ciudadanos de Esparta no trabajaban: dejaban tal cometido a los ilotas, que los superaban en número a razón de veinticinco a uno. Ellos habían nacido y se habían formado para batallar, y en este sentido no tiene por qué sorprendernos el heroísmo de los trescientos que lucharon en las Termópilas.

Se decía que el oráculo de Delfos había vaticinado que solo un gobernante emparentado con Hércules podría librar la ciudad de la destrucción. Leónidas, decimoséptimo rey de la dinastía agiada, sabía que su familia aseguraba ser descendiente de aquel y, por lo tanto, del mismísimo Zeus. En consecuencia, cuando los representantes de las ciudades-estado griegas, aterradas ante la amenaza persa, se reunieron en Corinto a fin de tratar del avance de Jerjes, se ofreció voluntario para acaudillar a sus hombres e interceptar a su hueste en el único estrechamiento estratégico que quedaba: el angosto paso de las Termópilas.

Desde el principio pareció evidente que sería imposible ganar la batalla. Los atenienses se habían hecho a la mar para enfrentarse a Persia en combate naval, y las otras ciudades-estado daban la impresión de haberse resignado a su suerte y habían optado por centrar su atención en obtener la victoria en los Juegos Olímpicos;

de modo que Leónidas recibió una fuerza de apenas siete mil griegos con que hacer frente a la colosal hueste de Jerjes. Ni siquiera Esparta —ocupada en sus propios juegos ceremoniales y decidida a reservar el grueso de sus tropas a la defensa del istmo de Corinto, puerta de entrada del Peloponeso— concedió a su rey sino trescientos soldados. Leónidas, que eligió solo a hombres cuyos hijos tuvieran ya la edad suficiente para asumir la función de sus padres, no parecía albergar duda alguna de que se dirigía a una muerte segura, y en consecuencia dijo a su esposa al despedirse: «Cásate con un buen hombre y ten buena descendencia».

El ingenio conciso de los lacedemonios hizo que se extendiera por todo el mundo la fama de su bravura. Cuando un enviado de Jerjes ordenó a su hueste que depusiera las armas, Leónidas repuso: «Venid por ellas». Sus hombres no eran menos atrevidos, y así, ante la amenaza persa de tapar el sol con un aluvión de flechas, uno de ellos comentó: «Tanto mejor: lucharemos a la sombra».

Aunque Jerjes no tuvo duda de su victoria desde el momento en que uno de sus exploradores informó de que los espartanos se estaban preparando para el combate haciendo estiramientos y peinándose los largos cabellos, al día siguiente, las oleadas sucesivas de persas que trataron de franquear el paso fueron cayendo a miles. Los que avanzaron a continuación se vieron obligados a escalar el muro que se había ido formando con los cadáveres de sus camaradas caídos, tras lo cual se encontraban ellos también en una trampa mortal. Después de tres días lanzando a millares de sus hombres contra aquella modesta fuerza griega, Jerjes se retiró para reflexionar.

De no haber sido por las acciones de un hombre, el oráculo de Delfos podía haber errado. Sin embargo, cuando el traidor griego Efiltes reveló a los atacantes un sendero oculto que conducía a la retaguardia de Leónidas, la suerte de este quedó decidida. El caudillo espartano dio permiso para ausentarse al grueso de sus fuerzas, y junto con setecientos tespios y cuatrocientos tebanos que desertaron casi de inmediato, él y sus trescientos espartanos defendieron la retaguardia a fin de retrasar el avance persa y proteger a los griegos en retirada. Sabían que iban a morir luchando.

Combatieron con lanzas, y cuando estas se partieron, con espadas. Al perder también estas, siguieron guerreando con dientes y puños hasta caer. El historiador Heródoto calculó que aquella banda minúscula arrebató la vida a veinte mil persas. Cuando hallaron el cadáver de Leónidas, Jerjes, ebrio de ira por la impotencia ante tan ignominiosa victoria, mandó decapitar al rey muerto y ponerlo en una cruz. Cuarenta años más tarde se devolvieron, al fin, sus restos a los espartanos para que los enterrasen con los honores que merecía.

La última batalla de Leónidas inspiró a los griegos a unirse y luchar por su libertad. Las victorias que lograrían sobre Persia por mar (en Salamina) y por tierra (en Platea) hicieron de Jerjes el primer y último soberano de dicha nación que pisó el suelo de Grecia. El arrojo suicida de los espartanos, quienes con tanta gloria vencieron en la derrota, se conmemoró con el célebre epitafio inscrito en la roca que señala el lugar en que cayeron en las Termópilas:

*Caminante, ve a Esparta y di a los espartanos
que aquí yacemos por obedecer sus leyes.*

Heródoto

(c. 484-430/420 a. C.)

*[Escribo] con la esperanza de
preservar con lo escrito la memoria
de lo que han hecho los hombres.*

Heródoto, Historia, libro I

Heródoto fue el «padre de la historia» de Occidente. Este viajero intrépido se sirvió de sus dotes narrativas para dar cuenta de la agitación que afectaba a las tierras en que confluían Europa, Asia y África. Aunque se le recuerda sobre todo como observador perspicaz de las guerras épicas que enfrentaron a Grecia y Persia en el siglo V a. C., también relató la rivalidad creciente entre Atenas y Esparta.

Fue él quien empleó por vez primera muchas de las técnicas de la historiografía moderna, y por más que en ocasiones se haya puesto en duda su credibilidad, no son pocas las veces en que la investigación moderna ha demostrado que estaba en lo cierto.

Se tiene por probable que naciera en Halicarnaso, a la sazón en manos de los persas, si bien pasó buena parte de su vida en Atenas, en donde conoció a Sófocles, el dramaturgo. Dejó Atenas por Turios, colonia del sur de Italia que contaba con el patrocinio de aquella. El último acontecimiento que recogió en sus escritos se produjo en 430 a. C., aunque no es seguro que fuese este el año de su muerte.

Si de su vida apenas tenemos información incompleta, de su tiempo tenemos un conocimiento excepcional gracias a la empresa de su obra. Viajó sin descanso por Egipto, Libia, Siria, Babilonia, Lidia y Frigia. Navegó por el Helesponto hasta Bizancio; visitó Tracia y Macedonia, y tras poner rumbo al norte, hacia el Danubio, se dirigió al este por la costa septentrional del mar Negro.

Su obra maestra fueron los nueve libros que conforman su *Historia*, titulados con el nombre de cada una de las musas griegas. Los cinco primeros se ocupan del telón de fondo de las guerras que enfrentaron a griegos y persas entre 499 y 479 a. C., y los cuatro últimos, dedicados a los conflictos propiamente dichos, culminan en la invasión de Grecia por Jerjes, rey de Persia, a la cabeza de un ejército monumental. Los volúmenes que exponen los antecedentes de las hostilidades son obras refinadas que ofrecen una información geográfica y política de gran riqueza sobre el imperio persa y sus gobernantes, al tiempo que exponen las diferencias fundamentales entre su sociedad y la griega con un grado de comparación nunca visto entre los cronistas locales que habían asumido la función de historiógrafos antes de él. Heródoto hace hincapié en la notable unidad con que actuaba el imperio persa pese a estar constituido por pueblos diversos separados por motivos religiosos, geográficos y lingüísticos, en tanto que los griegos, que pertenecían a un conjunto relativamente pequeño de ciudades-estado homogéneas en lo cultural, eran propensos a dividirse en facciones y a las luchas internas.

Tan sagaces observaciones generales ayudan a dar una explicación a cuanto ocurrió en vida del propio Heródoto, cuando las disputas y rivalidades políticas que se dieron dentro de Atenas influyeron de un modo tan marcado en el curso de los feroces enfrentamientos entre atenienses y espartanos. Este enfoque temático ambicioso era algo muy nuevo en la historiografía.

La *Historia* constituye una narración detallada de cuatro generaciones de reyes persas y sus conquistas. Heródoto describe primero la expedición a Lidia de Ciro el Grande, seguida de la conquista de Egipto por Cambises y su expedición frustrada a Etiopía. Después de su locura y muerte aborda la reorganización del imperio y su expansión por parte de Darío el Grande, y a continuación relata las campañas de Jerjes contra los griegos.

Heródoto tiende a conceder importancia a las acciones, las personalidades y las riñas de los protagonistas individuales. Representa a Jerjes como un hombre arrogante, irritable, salvaje y cruel, y da a entender que fueron estos defectos de su carácter lo que hizo que fracasara su invasión. Para el autor el orgullo antecede siempre a una caída, y sin embargo, hace hincapié en que estos descalabros no son castigos de los dioses, sino resultado de errores humanos. Este planteamiento racional, en el que los personajes divinos no intervienen en los asuntos humanos, constituyó entonces una innovación de primer orden que sentó las bases de la tradición historiográfica occidental.

Al «padre de la historia» se le ha considerado también «padre de la mentira», y aunque es cierto que algunos de sus relatos, como el de

las hormigas gigantes antropófagas, no son más que cuentos, está fuera de toda duda que sus métodos eran los de un historiador de verdad: siempre que le era posible comprobaba la veracidad de sus fuentes. Asimismo, era un narrador consumado, tanto que, además del primer historiador, tal vez quepa considerarlo el más grande de todos.

Alcibíades

(c. 450-404 a. C.)

No es prudente criar a un cachorro de león, pero quien lo haga tendrá que aceptar sus normas.

Veredicto del dramaturgo Esquilo respecto de Alcibíades según lo recoge Aristófanes en Las ranas

Alcibíades fue la juventud dorada de la edad de oro de la Grecia clásica, y ocupó el centro de la escena en la lucha a vida o muerte en que se embarcó Atenas en la segunda mitad del siglo V a. C. Político deslumbrante y brillante caudillo militar, poseía dones excepcionales: bien nacido, encantador, hermoso, carismático, ingenioso, elocuente...; pero sus virtudes iban acompañadas de defectos no menos notables: vanidad, falta de escrúpulo y egoísmo. Impedido por sus enemigos políticos y por sus propias deficiencias, al final fue incapaz de sacar provecho a su talento para librar a su ciudad de la destrucción.

Cuando nació, en 450 a. C. o poco antes, la ciudad de Atenas se hallaba en lo más alto de su poder y riqueza. Poco menos de treinta años antes, los atenienses habían encabezado una alianza de estados griegos para rechazar a los invasores persas procedentes del este; pero lo que había comenzado como una liga voluntaria de iguales se había ido transformando en una talasocracia ateniense. Durante su adolescencia habían ido creciendo las tensiones, hasta que, al fin, en 431, Esparta, estado conservador cada vez más alarmado por las ambiciones de expansión imperial de Atenas, perdió la paciencia y dio origen con su ataque a la guerra del Peloponeso. En ella quedaría sumido todo el mundo griego los siguientes veintisiete años, que concluyeron con la derrota total de Atenas.

El padre de Alcibíades había muerto en la batalla en 447, y él, siendo aún un niño, quedó al cuidado de la familia de Pericles, el más grande estadista de Atenas y cabecilla heroico del momento. Alcibíades fue discípulo de Sócrates, y sus soberbias dotes para la oratoria pudieron deberse, en parte, a los excelentes fundamentos de retórica que recibió del filósofo y del político.

En 421, después de diez años de lucha poco decisiva, Atenas y Esparta concertaron la precaria paz de Nicias. Resentido ante el hecho de que lo hubiesen considerado demasiado joven para participar en las negociaciones, se propuso socavarlas, primero entablando conversaciones privadas con los embajadores espartanos y luego tratando de ponerlos en ridículo ante la asamblea ateniense. Al ser elegido general en 420, organizó una

nueva alianza contra Esparta; pero sus violentas ambiciones se vieron frustradas dos años más tarde por la humillante derrota que sufrieron los nuevos coligados ante los laconios en Mantinea.

El momento determinante de su trayectoria vital se produjo en 415, cuando volvió a defender la causa bélica al abogar por un plan por demás ambicioso consistente en el envío de una fuerza expedicionaria colosal destinada a atacar la ciudad siciliana de Siracusa. Logró imponer su opinión, y obtuvo el cometido de acaudillar la expedición junto con otros dos generales. Sin embargo, cuando estaba a punto de hacerse a la mar, sus enemigos se las compusieron para envolverlo, tal vez de forma injusta, en el escándalo de la misteriosa mutilación de las hermas, mojones sagrados colocados por toda Atenas. Semejante atropello se tuvo por un mal presagio de la misión, cuyas naves, no obstante, dieron vela sin que se hubieran despejado las acusaciones.

En lugar de comparecer durante el juicio, huyó y fue condenado a muerte en ausencia. Entonces hizo patente la magnitud de su venganza al desertar en favor de Esparta y convencer a los laconios para que enviasen un contingente destinado a reforzar Siracusa, lo que contribuyó a la derrota catastrófica que sufrirían los atenienses dos años después. A continuación, alentó a los espartanos a construir un puesto fortificado en Decelia, desde donde se divisaba la ciudad de Atenas. Esta acción aisló a los atenienses de sus hogares, sus cultivos y sus minas de plata, y los obligó a vivir todo el año intramuros.

Después de hostigar a Atenas desde dentro de las fronteras, se trasladó a Jonia, situada más al este, en Asia Menor, y fomentó revueltas entre los aliados sometidos a la ciudad que lo había condenado. Sin embargo, las intrigas que había forjado con Esparta se vieron interrumpidas de forma abrupta ante las sospechas de que se hallaba en tratos amorosos con la esposa del rey de los espartanos. Al verse de nuevo con la soga al cuello, volvió a desertar, esta vez en favor de Persia. En confabulación con esta, ayudó a avivar el malestar político en Atenas, en donde se instauró en 411 un nuevo régimen oligárquico que, sin embargo, no duraría mucho. Confiando en las promesas de ayuda —poco realistas— formuladas por los persas, la flota ateniense le restituyó el puesto de general. Entre 411 y 408 se redimió al propiciar una espectacular recuperación de Atenas por intermedio de una serie de victorias militares. Por encima de todo, infligió una derrota aplastante a las naves lacedemonias en Cícico en 410 y ayudó a Atenas a recobrar el dominio de la ruta de abastecimiento que cruzaba el mar Negro.

Tras invitarlo a regresar a la ciudad y exculparlo de toda acusación, le otorgaron el mando supremo de la guerra por tierra y por mar. Aun así, después de la derrota naval sufrida en Notio en 406 —por causa de la desobediencia de uno de sus subordinados, siendo así que él mismo no se hallaba presente—, perdió su posición. En 405, tras una derrota naval catastrófica sufrida en Egospótamos —a despecho de las advertencias que había hecho Alcibíades a los comandantes atenienses— regresó a Persia, en donde fue asesinado,

tal vez por instigación de Esparta, en 404. Alcibíades era un cúmulo de contradicciones, un meteoro embustero capaz de brillar un instante y actuar con oscura imprudencia al siguiente. Cuando más lo necesitaba, Atenas no pudo confiar en él para sacar provecho de sus dotes colosales, y tal circunstancia propició, al cabo, su propia destrucción y la de su ciudad.

Platón

(c. 428-347 a. C.)

El coraje consiste en saber a qué no hay que temer.

La perspicacia y originalidad que desplegó en su pensamiento Platón, discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles, hacen de él la figura central del gran triunvirato que sentó las bases de la filosofía occidental.

Nació en el seno de una familia noble de Atenas, y podía trazar su ascendencia hasta los últimos reyes de la ciudad. Fue alumno y ferviente admirador de Sócrates, plebeyo cuya negativa a doblegarse y moderar su discurso lo llevó a sufrir la pena de suicidio forzoso por impiedad y corrupción de la juventud en el año 399.

Decepcionado por la democracia demagógica ateniense, viajó al extranjero, a Italia y Siracusa. A su regreso, fundó en 387 la Academia, institución en la que se formaron los pensadores más sobresalientes de la siguiente generación, entre los que brilló con más luz que ninguno Aristóteles. Mientras enseñaba en ella hasta

su muerte, ocurrida cuarenta años más tarde, escribió sus obras más destacadas, incluidos los muchos diálogos socráticos protagonizados por su inspirador maestro y, entre ellos, la monumental *República*, en la que esboza el estado ideal.

Se ha dicho que la filosofía occidental no existe sino en cuanto conjunto de notas al pie de los textos platónicos. Este racionalista extremo defendió el filósofo gobernante que propone en la *República*, dispuesto a reinar sin más directriz que la razón. Como quiera, sin embargo, que la experiencia hacía pensar que no había hombre alguno capaz de respetar dicha restricción, propuso la creación de leyes que limitasen de manera inflexible sus acciones. Adoptó las ideas de Sócrates al sostener que el bien constituye un concepto o «forma» inmutable y fundamental. Por mudable que pueda ser la opinión, el conocimiento es eterno e inalterable: la bondad es algo objetivo, ligado de manera inextricable a la justicia y al bienestar personal.

Platón fue el primer filósofo de relieve que expresó la idea de que las funciones más elevadas de la mente (*psyjé*) dominan, o deberían dominar, las pasiones o apetitos del cuerpo más bajos. Su concepción del alma como prisionera de la cárcel del cuerpo sería rebatida por Aristóteles, quien la consideraba una parte inherente de este. No obstante estas diferencias, su discípulo lo tenía en tan alta estima que reputaba «una blasfemia ciclópea aun elogiar» a un genio así.

Aristóteles

(384-322 a. C.)

Aristóteles fue, y sigue siendo, el señor soberano del entendimiento.

Samuel Taylor Coleridge

Aristóteles fue el coloso filosófico que, junto con Platón y Sócrates, dispuso los cimientos principales sobre los que se erige el pensamiento occidental. Fue un erudito consumado, experto en ética, física, biología, psicología, metafísica, lógica, literatura y teoría política, a quien su condición de tutor de Alejandro Magno hizo tener siempre los pies en el suelo.

Hijo de un médico de la corte macedonia, pasó veinte años estudiando con Platón en la Academia que había fundado este en Atenas. Su sed insaciable de conocimiento llevó a su maestro a hablar de la necesidad de sujetarlo «con brida», y lo cierto es que su entusiasmo refulge en todas sus obras científicas. Su Historia de los animales, que comenzó durante la década que pasó viajando tras la muerte de aquel, constituye un registro completo de todas las especies conocidas por el mundo griego. En él da cuenta de una infinidad de organismos y se sirve de sus minuciosas observaciones para exponer su estructura. Aunque incurre, claro está, en errores —es poco probable, por ejemplo, que los bisontes se defiendan usando sus excreciones a manera de proyectiles—, esta obra, hija de su genio y de su energía infatigable, dejó expedito el paso a la ciencia de la zoología.

Su propensión a refinar o contradecir doctrinas y opiniones existentes, a formular preguntas cuya respuesta desconocía y a contender con sus propias ideas lo llevó a transformar la metodología del pensamiento. Los escritos suyos que han llegado a nuestros días no constituyen una lectura fácil. Consisten, en su mayoría, de fragmentos empleados como apunte cuando hablaba en las academias que fundó en sus viajes y el Liceo, el jardín cubierto en que enseñó tras su regreso a Atenas. Se cree que la escuela de filosofía que fundó —la peripatética— recibe su nombre del paseo (perípatos) del edificio, en donde impartía sus clases con lucidez y no poco ingenio. Los jóvenes más brillantes de Grecia acudían a él en bandada para que los instruyese.

Este señorito adinerado, engalanado con joyas y peinado a la moda, defendía el intelecto por encima de todo. Su filosofía hacía hincapié en el pensamiento como atributo más elevado del hombre. La meditación filosófica era un signo de civilización: cumplía que un hombre hubiera logrado todo lo demás para poder permitirse el lujo del raciocinio puro e ilimitado. En sus obras sobre ética llegó a la conclusión de que la bondad humana deriva del pensamiento racional, de que «el bien del hombre es el ejercicio activo de las facultades de su alma en conformidad con la excelencia». Esta afirmación del carácter único de la humanidad ha dado forma desde entonces a nuestro concepto de civilización.

Este lógico, del que se decía que ceceaba, creó un vocabulario nuevo para el pensamiento. Convirtió la lógica en una disciplina independiente dentro de la filosofía, y en su intento por expresar

con precisión cuanto quería decir, acuñó términos como sustancia, esencia, potencia o energía. Sostenía que, por ser un rasgo distintivamente humano, el lenguaje constituía una expresión del alma. Desarrolló la idea de que el análisis de nuestras palabras es la clave para entender nuestro pensamiento. Su sistema de silogismos —por ejemplo: «Todos los hombres son mortales; los griegos son hombres; luego los griegos son mortales»— se convirtió en piedra angular del análisis lógico durante más de dos mil años.

A la edad de cuarenta y dos años regresó a su patria a fin de ejercer de tutor de Alejandro, hijo del rey macedonio, que a la sazón contaba trece años. Aristóteles trató de inculcar a su discípulo las dos contribuciones más notables que había hecho Grecia a la civilización: el heroísmo épico y la filosofía. El de en qué grado asumió el joven la teoría política de su maestro sigue siendo hoy asunto de debate. Las ideas de Aristóteles se fundaban en el convencimiento de que la griega era superior a otras razas, y aunque reconocía que los gobiernos debían elegirse en conformidad con las necesidades y capacidades de sus ciudadanos, entendía que no había forma mejor de administración que la ciudad-estado dirigida por una oligarquía ilustrada. Y aunque es cierto que semejantes ideas pudieron no tener demasiada influencia en el autócrata que fue Alejandro en el momento de crear su imperio, las creencias del filósofo supusieron un gran avance respecto de los conceptos políticos contemporáneos y tuvieron un peso fundamental en el desarrollo de la civilización griega.

En su Poética, Aristóteles formuló los elementos que se observarían durante mucho tiempo en relación con la tragedia: unidad de acción y un personaje central con un defecto calamitoso, como la *hybris* («soberbia») que propicia su caída. Asimismo identificó un proceso de limpieza o purificación, la *katharsis*, por el que el auditorio ve redimidos sus sentimientos de lástima y de terror al experimentarlos de forma indirecta a través de las acciones representadas sobre el escenario.

La muerte de Alejandro, ocurrida en 323 a. C., dio origen a un auge de las posturas contrarias a todo lo macedonio en Atenas que obligó a Aristóteles a huir de la ciudad. Se dice que, refiriéndose a la muerte de ese otro gran pensador que fue Sócrates, aseveró que temía que los atenienses fuesen a pecar una vez más contra la filosofía. Se retiró a la hacienda que poseía su madre en la isla de Eubea, en donde, no obstante, moriría de una afección estomacal al año siguiente.

Todo apunta a que era un hombre amable y cariñoso, y en su testamento se mostró generoso tanto con sus hijos como sus criados. En él hablaba —como cabe esperar por su filosofía— de una vida familiar feliz. Aristóteles describía al hombre como «un monumento a la fragilidad», y, sin embargo, la conclusión última de su pensamiento es optimista. Si para Platón el alma se encuentra atrapada en el cuerpo y lucha con desesperación por escapar del mundo de mudanzas e ilusiones, él sostenía que constituye una parte inseparable de este y que la vida es deseable por sí misma.

Su cosmovisión, como buena parte de su pensamiento, se deleitaba en el hombre y celebraba su potencial. Creía que este tenía «por naturaleza el deseo de conocer», aseveración que ofrece un testimonio excelente de la perenne sed de conocimiento que lo impulsó a lo largo de toda su vida.

Alejandro Magno

Jamás se habría dejado contentar por ninguna de sus conquistas; ni siquiera de haber unido a Europa las islas Británicas. Siempre habría querido ir más allá en busca de una tierra ignota, y de no haber existido ningún otro rival, no habría dudado en competir consigo mismo.

Arriano, Anábasis (c. 150 d. C.), VII, 1

Alejandro de Macedonia dilató los límites de lo posible. En poco más de una década de brillantes campañas militares, creó el imperio más vasto que hubiese visto el mundo: de Grecia y Egipto, al oeste, a la India al este, ocupaba la totalidad o parte de 17 estados modernos. Se dice que lloró la ausencia de más mundos que conquistar, y, de hecho, no está falta de justificación la estatua que

erigieron en su honor tras su muerte y a cuyo pie podía leerse: «Tengo la Tierra en mis manos».

Alejandro fue uno de los caudillos militares más sobresalientes que hayan pisado el planeta. Julio César, magnífico general por derecho propio, se sumía en una honda desesperación cada vez que reflexionaba sobre los logros del macedonio. A este lo distinguían su apostura, su gracia y su coraje, y por encima de todo, su tolerancia y su caballerosidad. Sin embargo, en el campo de batalla y en los asuntos políticos de la corte se volvía inexorable. Además, bebía sin tasa, y llegó a matar personalmente a uno de sus adalides más destacados.

Dos años después de heredar el trono de Macedonia tras el asesinato de su padre, el singular rey guerrero Filipo, aquel joven de veintidós años y 1,35 metros de estatura había unido bajo su mando las dispares ciudades-estado griegas a fin de mover guerra contra el poderoso imperio persa. Tal era el sueño máspreciado del mundo helénico, la meta por la que había luchado Filipo toda su vida.

Alejandro se embarcó en dicha misión en 334 a. C., y dos años más tarde había derrotado por entero a Persia merced a victorias como la de Iso, que hizo patente el genio militar y el virtuosismo táctico del macedonio. Pasó a erigirse en cabeza de su propio imperio, que incluía no solo Grecia y su propio reino, sino también la totalidad de Oriente Próximo y Medio, desde Egipto y Asia Menor hasta Mesopotamia, Persia y también hasta Afganistán, partes del Asia central y, en el extremo más alejado de los montes Hindūkuš, el

fértil valle del Indo. Y habría ido más allá de no haber sido por la negativa rotunda y terca de su ejército macedonio a rebasar los límites del mundo conocido. Cuando murió en Babilonia, con solo treinta y dos años de edad, estaba planeando la conquista de Arabia y quizá tenía designios de hacerse con el Mediterráneo occidental.

Su reinado unió por vez primera Oriente y Occidente. Alejandro, inspirado tal vez por Aristóteles, tutor de su adolescencia, estaba resuelto a ser un buen gobernante. En consecuencia, ordenó a sus ministros «acabar con las oligarquías e instaurar democracias en su lugar» en todos los rincones de su imperio. Prohibió a sus ejércitos saquear las tierras conquistadas y fundó ciudades nuevas en abundancia, a las que por lo común puso el nombre de Alejandría. La más insigne de todas ellas, sita en el delta del Nilo, fue durante muchos siglos centro intelectual y comercial del mundo mediterráneo. Alejandro quería crear un imperio que combinase lo mejor de la cultura griega y la oriental, y para lograrlo, alistó a un buen número de persas en su hueste y asignó a sus generales esposas de dicha nacionalidad. A los macedonios que rechazaban esta integración forzosa los enviaba de nuevo a Europa. Él mismo contrajo matrimonio con la hija del rey de Persia destronado.

A Alejandro lo veneraron como a un dios en su propio tiempo. Supuestamente era descendiente de Aquiles por parte de madre, y los rumores de sus dotes sobrenaturales que tanto abundaban se veían acrecentados por su velocidad fuera de lo común y por la invencibilidad que parecía acompañarlo en el campo de batalla. Sentía una gran atracción por la poesía y la música, y cierto amigo

suyo lo describió como «el único filósofo al que he visto tomar las armas». Siendo un muchacho declaró que, si solo pudiera salvar una de sus pertenencias, sería la *Ilíada* de Homero. Nunca olvidaba prestar atención al simbolismo. Lo primero que hizo al hollar las costas del imperio persa, en Asia Menor, fue emprender una peregrinación a Troya a fin de honrar a su ancestro Aquiles. Llamó Bucéfala a una ciudad del valle del Indo en memoria de su caballo *Bucéfalo*, muerto en el campo de batalla.

Tenía también un lado brutal: estando borracho, mató a uno de sus oficiales durante una pelea en un banquete, y semejante crimen le produjo no pocos remordimientos. Se dice que fue su afición a las francachelas lo que lo llevó a la tumba. «El sexo y el sueño son lo único que me hace consciente de mi condición mortal», declaró al parecer. Aunque tuvo varias esposas y queridas, su gran amor fue Hefestión, amigo suyo de infancia.

Asimismo demostraba a veces una falta de clemencia notable. Al suceder al trono tras el asesinato de su padre, mandó ejecutar a todos los pretendientes rivales, incluido su hermanastro, que no era más que un niño. Ajustició por traición a uno de sus mejores amigos, y también al padre de este, Parmenión, general veterano suyo de conducta intachable, a fin de no correr el riesgo de incurrir en su venganza. Esclavizó o crucificó a todos los tirios tras la resistencia que ofrecieron al ser sitiada su ciudad, y asoló Tebas a modo de advertencia de lo que podían esperar las turbulentas ciudades-estado griegas si se rebelaban. Hacia el final de su vida, además, fue volviéndose cada vez más despótico.

El trato que dispensó a sus enemigos, sin embargo, puso de relieve con frecuencia su nobleza de espíritu. Cuando un rey indio pidió enfrentarse a él en el campo de batalla, Alejandro luchó y lo derrotó, pero lo recompensó devolviéndole su reino y concediéndole el de un vecino menos afortunado. Con las esposas de Darío, el soberano persa derrotado, se condujo con «una delicadeza y un respeto extremos», y concedió libertad de culto a los judíos, a los persas y a otros pueblos.

Alejandro transformó la faz de la Tierra al hacer del helenismo —el modo de vida griego— una cultura mundial. Cuando, estando en el lecho de muerte, le preguntaron a quién pretendía dejar su reino, respondió: «Al más fuerte». Tras su desaparición, su imperio, que había ocupado medio mundo, se desintegró. Nadie fue capaz de emularlo.

Qin Shi Huangdi

(c. 259-210 a. C.)

*Si gobiernas al pueblo con castigos, se volverá temeroso, y el temor le impedirá cometer vilezas.
Máxima de Shang Yang adoptada por Qin Shi Huangdi como fundamento de su autoridad*

Qin Shi Huangdi creó el primer imperio chino unificado, surgido del período de los Reinos Combatientes. Llegado el año de 221 a. C.

había destruido a los últimos estados rivales de la China y se había erigido en dirigente supremo; es decir: en el Primer Emperador. El reino de este estadista desalmado y conquistador de dotes maníacas, atormentado por la locura, el sadismo y la paranoia, no tardó en degenerar en una tiranía brutal y sangrienta. En su nación había tenido siempre reputación de déspota hasta que el presidente Mao Zedong, otro dictador monstruoso, se identificó con él y lo ascendió a la condición de glorioso precursor suyo.

Príncipe de la familia real del reino de Qin, Zheng —pues tal era el nombre del emperador— creció en una honorable cautividad. Su padre, el príncipe Zichu de Qin, vivía entonces en calidad de rehén del estado enemigo de Zhao, en virtud del tratado de paz que habían firmado los dos reinos. Tras su liberación, Zichu regresó a Qin, asumió la corona y nombró heredero a Zheng. En 245, al morir aquel, accedió este al trono con trece años. Los siete que siguieron gobernaron con un regente hasta que, en 238, se hizo con el poder absoluto mediante un golpe de palacio. Desde el principio desplegó una crueldad nunca vista, y así, por ejemplo, contravino las costumbres del momento mediante la ejecución regular de prisioneros de guerra.

A continuación, rivalizó con el resto de reinos por hacerse con el dominio de toda la China y se hizo con un ejército por demás nutrido. Si en el momento de tomar él el cetro, el de Qin era estado vasallo del de Zhao, tras una serie de victorias militares logró doblegar a los de Han (230), Zhao (228), Wei (228), Chu (223), Yan (222) y Qi, el último de los reinos chinos independientes, que cayó

en 221 a. C. Zheng fue un caudillo militar magnífico, y tampoco carecía de habilidades en calidad de diplomático, en particular a la hora de sacar partido de las divisiones existentes entre sus enemigos. Tras estas conquistas, se encontró sin rival alguno en el seno de una China unificada. A fin de conmemorar su hazaña, adoptó un nombre nuevo que pusiera de relieve su condición sin paralelo: Qin Shi Huangdi, «el Primer Emperador Augusto de Qin».

A continuación, unificó todos sus territorios en un estado fuertemente centralizado. Haciendo extensiva la práctica existente en el reino de Qin, abolió las antiguas leyes y estructuras feudales que se habían perpetuado en buena parte de la China y modeló un sistema administrativo nuevo. La normalización de la escritura, la moneda, los pesos y las medidas transformaron el ámbito de la economía, el del derecho y el de la lengua, y unidos a la red conjuntada de caminos y canales ayudaron a la creación de una unidad nacional cohesiva.

Todo esto, sin embargo, tuvo un precio. Y quien lo pagó fue el pueblo llano: el millón de hombres, por ejemplo, que hizo trabajos forzados para construir más de siete mil kilómetros de carreteras. Qin Shi Huangdi gustaba de hacer grabar sus edictos en caracteres colosales sobre las vertientes rocosas de las montañas. A medida que se volvían más ambiciosos sus proyectos de unidad lo hacía también el coste humano que requerían. Uno de ellos consistió en conectar los numerosos tramos de frontera fortificada que protegían la China septentrional de la amenaza de tribus hostiles. Semejante

empresa, precursora —cierto es— de la Gran Muralla, exigió cientos de miles de vidas.

El emperador no estaba dispuesto a aceptar limitación alguna a su propio poder, en clara contradicción con la creencia de que todo gobernante debía cumplir con los ritos tradicionales defendida por el confucianismo. En consecuencia, declaró ilegal esta corriente de pensamiento y persiguió de un modo brutal a sus adeptos. A los eruditos seguidores de Confucio los enterró con vida o los decapitó, y una suerte similar siguieron los fieles de todo credo que pusiera en duda la autoridad del jefe supremo del estado. Se prohibieron y quemaron todos los libros que no contaban con su aprobación expresa, y la curiosidad intelectual de todo género quedó sustituida por una firme obediencia.

A medida que fue envejeciendo, Qin Shi Huangdi comenzó a obsesionarse con su propia muerte. En consecuencia, organizó con regularidad expediciones destinadas a dar con un «elixir vital» que lo hiciera inmortal. Se volvió cada vez más temeroso de todo desafío a su posición, y no sin motivo, siendo así que se fraguaron varias conjuras para asesinarlo. Sus empeños en hacer frente a este destino se volvieron cada vez más paranoicos y extravagantes: hacía al azar que los criados de la residencia imperial lo mudasen a mitad de la noche a un aposento diferente para seguir durmiendo en él; se servía de un buen número de dobles a fin de confundir a los posibles magnicidas, y sometió a cuantos lo rodeaban a una intensa vigilancia a fin de eliminar de inmediato a todo el que fuese sospechoso de deslealtad.

Al cabo, fue su búsqueda de la inmortalidad lo que acarreó su muerte. Era creencia extendida que beber metales preciosos podía prolongar la vida de un hombre al hacerlo partícipe de su durabilidad. El emperador falleció en 210 a. C., de visita en la región oriental de la China, después de ingerir las pastillas de mercurio que había concebido su médico áulico con la intención de hacerlo inmortal.

Dado que aun después de la vida parecía temer ser víctima de un ataque, mucho antes de su defunción había mandado construir un ciclópeo mausoleo de cinco kilómetros de ancho custodiado por un «ejército de terracota» de tamaño real conformado por más de seis mil soldados de arcilla. Pretendía con ello hacer que, a su muerte se atendieran como en vida todos sus caprichos y deseos en aquel gigantesco palacio subterráneo. Una vez más, la escala épica de semejante proyecto arquitectónico tuvo un coste monumental en vidas humanas: de las setecientas mil personas que fueron necesarias para completarlo fueron muchísimas las que no vivieron para verlo acabado.

Aquella hueste de barro volvió a ver la luz en marzo de 1974, cuando un grupo de campesinos cavaba un pozo cerca de la ciudad de Xian y topó con la cámara colosal que la albergaba. No tardó en quedar de manifiesto que aquellos soldados de infantería y caballería, aurigas, arqueros y ballesteros, modelados de forma individual, estaban protegiendo la entrada de la gigantesca sepultura del Primer Emperador, Qin Shi Huangdi.

Hasta el momento solo se han excavado los soldados que salvaguardan el camino que desemboca en la puerta de la tumba. Cada uno de ellos está creado con gran detalle y posee rasgos faciales únicos. Todos miran al este, desde donde se suponía que habrían de provenir los enemigos del emperador que duerme el sueño eterno en el palacio que custodian. En total, el conjunto funerario ocupa una montaña entera y conforma un yacimiento arqueológico de más de cincuenta kilómetros cuadrados. La magnitud de lo que queda aún por exhumar se hace patente en las palabras de Sima Qian (c. 145-c. 85 a. C.), historiador de la China antigua que describe el hipogeo en estos términos:

Los obreros... construyeron modelos de palacios, pabellones y despachos, y llenaron la tumba de vasijas delicadas, piedras preciosas y otros objetos valiosos. Los artesanos recibieron orden de instalar ballestas que se disparasen de forma mecánica ante la presencia de intrusos. Se recrearon con mercurio las diversas vías fluviales del imperio, los ríos Yangtsé y Amarillo, y hasta el vasto océano para que fluyeran y circularasen merced a un ingenio mecánico. Se representaron en lo alto las constelaciones celestes con perlas refulgentes, y bajo ellas se emuló la tierra con figuras de pájaros de oro y plata y de pinos esculpidos en jade.

El legado más inmediato de Qin Shi Huangdi no duró mucho: había declarado que el imperio por él levantado duraría un millar de años, y, sin embargo, se desmoronó cuando apenas habían transcurrido cuatro de su muerte a causa del período de guerras civiles en que

volvió a verse sumida la nación. Así y todo, se debieron a él la realidad y la idea de un imperio chino con un territorio muy similar al de la República Popular de la China de nuestros días.

Aníbal

(247-c. 183 a. C.)

*Que ni amor ni tratado haya entre
nuestras naciones... Álzate,
vengador desconocido, de mis
huesos para perseguir [los] a
hierro y fuego... y que guerreen
también los hijos de sus hijos.*

*Dido, reina de Cartago, a punto de
suicidarse, a su amante Eneas,
quien la ha abandonado para
fundar Roma, en palabras de
Virgilio, Eneida, IV, 624-629*

Aníbal, general cartaginés, fue el hombre que más cerca estuvo de hacer doblar la rodilla a Roma. Adalid de no pocas determinación y recursos, ingenió estrategias y tácticas por demás originales que aún se estudian en nuestros días. Logró lo que parecía imposible al acaudillar un contingente de más de treinta elefantes de guerra y atravesar con él los Alpes en dirección a Italia, en donde infligió a los romanos una serie de derrotas aplastantes. Ellos lo consideraron un verdadero azote vengador, una figura aterradora e implacable

cuyo solo nombre provocaba espanto y que inspiraría la frase: « ¡Que viene Aníbal!», en la que hace las veces de coco. Cartago, ciudad cercana al emplazamiento actual de Túnez, había sido fundada por fenicios de Tiro en el siglo IX a. C., y sus descendientes, los cartagineses, crearon su propio imperio comercial en la región. Fue en Sicilia donde se enfrentaron estos por vez primera a su rival por el dominio del Mediterráneo occidental: Roma. Estalló así la primera guerra púnica, de las que saldría victoriosa esta última en 241 a. C.

El padre de Aníbal, Amílcar Barca, general y hombre de estado, había combatido en ella, y se dice que hizo a su joven hijo jurar odio eterno a los romanos. Este último luchó a su lado y conquistó un nuevo imperio cartaginés en la península Ibérica que fue, al menos en parte, un feudo familiar. En 221, varios años después de morir su padre en combate, fue nombrado comandante de aquella región, y desde allí, tres años más tarde, provocó deliberadamente la segunda guerra púnica capturando la ciudad de Sagunto, aliada de Roma, en venganza por la derrota sufrida por Amílcar.

Resuelto a destruir por entero al que había prometido que sería siempre su enemigo, reunió a 40.000 soldados de infantería, 12.000 de caballería y un contingente de elefantes, y cruzó con tan colosal ejército los Pirineos para atravesar la Galia meridional y, pasando las aguas del Ródano, llegar a las estribaciones de los Alpes. Aunque los historiadores siguen debatiendo sobre la ruta concreta que siguió, lo cierto es que cualquiera de ellas debió de suponerle una serie de obstáculos formidable, pues tuvo que verse obligado a

lidar con senderos angostos y helados, desprendimientos de tierras y falta de alimentos, amén de repeler a las tribus hostiles de los lugares por los que pasó. Al final, después de cinco meses de calvario, alcanzó junto con la mitad que había subsistido de su hueste las llanuras de la Italia septentrional dispuesto a marchar hacia Roma.

El paso de los Alpes habría sido imposible sin la inmensa lealtad con que contaba: hasta sus enemigos más acérrimos reconocían lo notable de la relación que mantenía con sus hombres, procedentes de un buen número de pueblos distintos. Tal como señaló el historiador Polibio, sus empresas eran «tan desesperadas como extraordinarias», y, sin embargo, jamás les pidió que hiciesen nada que no estuviera dispuesto a hacer él mismo. Contaba solo veintiséis años cuando el ejército acantonado en Iberia lo había elegido para acaudillarlo, y no se tiene noticia alguna de motín ni aun de casos de deserción entre sus subordinados en lo que duró su dilatada trayectoria militar.

Aníbal, a quien en ocasiones se asigna el calificativo de «padre de la estrategia», fue el primero en formular la idea de que es posible ganar una guerra sin recurrir a batallas planeadas con todo detalle. Este maestro de la emboscada era partidario de atacar las comunicaciones del enemigo y hacerse con las ciudades y las provisiones que tenía este en la retaguardia. Los romanos lo acusaban de doblez, aunque lo cierto es que también se conducía de manera magistral en combate formal a campo raso, tal como ponen de relieve la victoria abrumadora obtenida en el lago Trasimeno

(217) y la carnicería en que resultó la de Cannas (216). El uso que hizo de las técnicas de envolvimiento en esta última, que costó la vida a un número estimado de cincuenta mil romanos, provocó la admiración de Napoleón y de Wellington y sigue tratándose entre los tácticos militares. Después de tamaña humillación al prestigio castrense de Roma, algunos de los aliados con que contaba ésta en la península Itálica desertaron al lado púnico.

Sin apenas recibir apoyo de Cartago, Aníbal tuvo que efectuar levadas por donde pasaba y avituallar por su cuenta a sus soldados. A la postre, los romanos adoptaron también tácticas de guerrilla y desgastaron con ellas a su enemigo. Aníbal prosiguió sus campañas, sobre todo en la Italia meridional, con escasa ayuda por parte de sus aliados peninsulares, y pese a algunos triunfos posteriores, su hueste jamás llegó a ser lo bastante poderosa para atacar a Roma misma. Su hermano pequeño Asdrúbal Barca encabezó en 207 otro contingente cartaginés con el que unirse a él en la bota y marchar hacia Roma, pero fue derrotado y muerto en la batalla del río Metauro. Cuando, en 203, el general romano Escipión emprendió una contra invasión del norte de África, Aníbal recibió orden de regresar a Cartago, y sufrió un descalabro decisivo en manos de aquel en la batalla de Zama. Tras ser acusado por los senadores de su nación de mal gobierno de la guerra, hizo carrera política y enajenó a lo más selecto de la ancianidad púnica con sus admirables reformas administrativas y constitucionales. No hubo que esperar mucho para que los integrantes de aquella se decidieran a entregarlo a Roma y provocasen así su huida. Aníbal

pasó los últimos años de su vida guerreando contra los romanos al servicio de cualquier príncipe que se mostrara dispuesto a tenerlo de su lado. Así, sirvió a Antíoco III de Siria, y más tarde se tuvieron noticias de él en Creta y Armenia. Acabó en la corte del rey Prusias de Bitinia, pero Roma no olvidaba y quería venganza, y acabó por presionar al monarca para que lo entregase. El general, sin embargo, prefirió la muerte al cautiverio, y, en consecuencia, en la aldea bitínica de Libisa bebió del veneno que llevaba consigo desde hacía tiempo en el anillo y eludió así, una última vez, a su eterno enemigo.

Judas el Macabeo y sus hermanos

(Siglo II a. C.)

*Líbrenos Dios de abandonar la Ley
y sus preceptos. No escucharemos
las órdenes del rey para salirnos
de nuestro culto.*

I Macabeos 2, 19

Los Macabeos, así llamados por tener su fuerza militar el ímpetu de un martillo, fueron cinco hermanos —y su anciano padre— que, contra todo pronóstico, desafió y derrotó al opresivo imperio griego de la dinastía selúcida. Se sublevaron contra él a fin de que les fuera concedida la libertad religiosa y política, y acabaron por crear su propio reino judío.

Los reyes griegos de Asia que dominaban a la sazón Oriente Próximo eran descendientes de Seleuco, uno de los generales de Alejandro Magno, quien había conquistado un imperio colosal tras la muerte de su señor. En el momento que nos ocupa, merced a las victorias de Antíoco III el Grande, sus posesiones en Oriente Medio incluían Judea, en donde adoraban los judíos a su Dios único. Aunque la dinastía había practicado siempre la tolerancia religiosa, tras la muerte prematura de aquel, su hijo, no por hermoso menos trastornado, transformó por entero dicha situación.

Antíoco IV trató de anexionar Egipto a su imperio, y aunque conquistó la nación, los romanos desbarataron sus planes... y los hebreos de Judea se rebelaron tras su retaguardia. Montando en cólera, el emperador, que se había arrogado el sobrenombre de Epífanés (con lo que se atribuía la condición de manifestación de un ser divino), se propuso aplastar a los judíos y su religión. En consecuencia, publicó una serie de decretos por los que abolía el judaísmo en todas sus expresiones: la observancia de la Torá, las leyes relativas al consumo de alimentos, la práctica de la circuncisión...; todo esto quedó prohibido so pena de muerte. En 168 a. C. convirtió el Templo de los judíos, el lugar más sagrado de Jerusalén, en un santuario dedicado a Zeus, y mandó que los soldados patrullasen las calles y los campos para asegurarse de que las gentes de Judea estaban venerando a los dioses helénicos. El mismísimo Antíoco se presentó en el Templo para sacrificar puercos sobre el altar.

Muchos de los de la nación acataron las nuevas leyes, y algunos, una minoría, huyeron. Fue el viejo Matatías, sacerdote de la ciudad de Modín, quien inició la resistencia activa arremetiendo contra un judío observante de la nueva ley y matando a un soldado del imperio diabólico de Antíoco. A continuación, se retiró al Jordán con sus cinco hijos a fin de transformar sus fuerzas judías en un formidable ejército partisano. De todos los rincones de Judea acudieron a unirse a ellos con el convencimiento, completamente acertado, de haber hallado en aquellos hombres a los paladines de su fe.

Los sucesos de entre 168 y 164 a. C. dan fe de su bravura y sus dotes de mando. Después de prescindir de la negativa suicida a guerrear en sábado —prurito religioso que había supuesto no pocas derrotas en un principio—, los rebeldes lograron victorias deslumbrantes contra los seléucidas y los «colaboracionistas» judíos alineados contra ellos. Buena parte de sus triunfos se debió al inspirado caudillaje del mayor de los hijos de Matatías, Judas, apodado «el Macabeo» («Martillo») antes de que se aplicara el nombre a toda la familia. Sus seguidores infligieron una serie de derrotas aplastantes a una hueste mejor pertrechada y mucho más numerosa que ellos.

Tres años después, los Macabeos se habían hecho con Jerusalén, y en 164 a. C., año en que murió Antíoco —quien había acabado por adoptar una postura un tanto más acomodaticia—, su sucesor pidió la paz —aunque esta fue solo temporal—. Por encima de todo, los hebreos recuperaron su libertad de culto. En diciembre del citado

año purificaron el Templo y lo volvieron a consagrar. La lámpara que en él ardía siguió encendida ocho días aun después de haber quedado sin aceite, y semejante milagro inspiró la gozosa festividad de la Janucá, en la que siguen celebrando los judíos la liberación religiosa de la tiranía.

Tras ganarse el derecho de practicar sus creencias, los Macabeos siguieron luchando por la libertad política que haría posible su salvaguarda. El resultado fue la creación de un estado judío independiente encabezado por los descendientes de Matatías. Judas murió en el campo de batalla mientras guerreaba por expulsar de Judea al imperio sirio, y su sucesor, Jonatán, llamado «el Astuto», afirmó mediante la diplomacia los logros militares de su hermano. En tanto que los enfrentamientos dinásticos y civiles consumían el imperio seléucida, su perspicaz evaluación del equilibrio político y sus juiciosos ofrecimientos de apoyo le reportaron ganancias territoriales nada desdeñables. Sin embargo, los seléucidas trataron de reconquistar Judea, y engañaron, capturaron y mataron a Jonatán. En 142 Simón el Grande, el más joven de los hijos de Matatías, y el único que quedaba con vida, negoció la independencia política de su nación. Tal fue la culminación de aquello por lo que había luchado su familia. Un año después fue investido jefe hereditario y sumo sacerdote del estado por aclamación popular. Este hecho marcó la instauración de la dinastía de los Asmoneos, que tomó su denominación del apellido de Matatías. Los Macabeos gobernaron durante el siglo y medio siguiente sobre un reino judío independiente en calidad de monarcas y dirigentes religiosos, y

conquistaron un imperio que no tardaría en extenderse a buena parte del territorio que ocupan en nuestros días Israel, Jordania y el Líbano. Las dotes de su estirpe se fueron apagando de manera gradual, y sus integrantes fueron trocándose en tiranos helénicos... hasta que impuso Roma su voluntad en Oriente Medio.

Los Macabeos representan la nobleza, el coraje y la libertad, así como la audacia necesaria para encarar a un imperio y reclamar el derecho de todas las gentes a la libertad de culto. En un enfrentamiento entre David y Goliat que constituye la primera guerra santa de la que se tiene noticia, una modesta banda de combatientes consiguió derrotar a las poderosas falanges de un déspota arrogante.

Cicerón

(106-43 a. C.)

Cicerón está henchido de humanidad, de algo que podría calificarse casi de cristianismo, un salirse de la intelectualidad exánime de la vida romana para alcanzar percepciones morales, afectos naturales, domesticidad, filantropía y cumplimiento consciente del deber...

Anthony Trollope, introducción a su Life of Cicero (1880)

Cicerón fue un maestro supremo de la palabra hablada a quien sus conmovedores llamamientos a la defensa de la república romana acabaron por costar la vida. En su propio tiempo no tuvo rival como orador, ni nadie que se atreviese a poner en tela de juicio su devoción y lealtad de hombre de estado a la república. También fue una persona de intelecto y refinamiento excepcionales que ha ejercido una perdurable influencia en la civilización oriental.

Pese a su condición de *homo novus* («hombre nuevo», lo que quería decir que ninguno de sus antepasados había ocupado puesto alguno en la Administración del estado), Marco Tulio Cicerón acabó por erigirse en uno de los principales políticos de Roma. Joven brillante, discípulo de los mejores cerebros de su tiempo, se instruyó en el ámbito del derecho a modo de vía a la política. Ascendió con rapidez y adquirió no poco renombre por su lucidez y sus deslumbrantes dotes para la oratoria.

Jamás dio muestras de falsa modestia, aunque lo cierto es que el común de los romanos compartía la opinión elevada que tenía de sí mismo. Forastero en el sistema político dominado por los patricios, salió victorioso en las elecciones a los puestos más insignes del estado, siempre a la edad mínima requerida para ocupar cada uno de ellos. En el año 63 a. C., tras alcanzar el consulado, cumbre de la ascensión política, se afirmó enseguida en cuanto héroe nacional. Tras descubrir la conspiración de Catilina, conjura patricia destinada a echar abajo la república, logró persuadir al Senado a decretar la pena de muerte para los confabuladores, y de paso

derrotó a Julio César en el debate. Cuando anunció al gentío la ejecución con una única palabra, *vixerunt* («han muerto»; literalmente: «vivieron»), fue aclamado con tumultuoso arrebató *pater patriae* («padre de la patria»).

Un puñado de frases le bastaba para hacer pasar a jurados y multitudes de la risa al llanto, la rabia o la compasión. Mediante el uso de términos sencillos podía exponer la médula de un asunto complejo, aunque de ser necesario, no le costaba aturdir a su auditorio con su retórica y ganar una causa tras otra mediante el método de «lanzar tierra a los ojos del jurado», tal como expresó él mismo. Su célebre declaración de *civis romanus sum* («soy ciudadano romano») se emplea aún para resumir la defensa de los derechos del individuo frente al poder despótico del estado. Su inconfundible estilo oratorio transformó el lenguaje escrito. Su habilidad para engranar una frase tras otra sin enturbiar el hilo conductor de su argumento se trocó en modelo del latín formal.

Un siglo después de su muerte, Plutarco lo encomió en cuanto último amigo fiel de la república. En un período de agitación social, evocó tiempos más felices de decoro político. Idealista aunque consecuente, estaba convencido de que las muestras de virtud en la vida pública lograrían restituir la salud de la república. Se negó a dejarse implicar en intrigas políticas que bien podrían haber socavado el sistema al rechazar la proposición de unirse a él en el llamado Primer Triunvirato de 60 a. C. que le hizo César, y si bien no participó en el asesinato de este en el año 44, aprovechó el final de su dictadura para volver a abrazar la política con todas sus

energías. En los meses que siguieron, tomando como ejemplo al célebre orador ateniense Demóstenes, pronunció las *Filípicas*, una serie de catorce discursos llenos de ingenio y agudeza contra la tiranía de César y contra su fiel secuaz Marco Antonio. Constituyeron un grito magnífico, aunque desesperado a la postre, en pro de la libertad política.

Cuando el dictador alentó a abstenerse de participar en política, nuestro acérrimo republicano buscó distracción en la filosofía. De joven había sido discípulo de los pensadores griegos más renombrados del momento, y no había en toda Roma nadie que pudiera compararse a él en lo hondo y lo dilatado de sus conocimientos. Su tratado sobre el valor de la filosofía, *Hortensius*, fue punto menos que una lectura obligatoria en el período final de la Antigüedad. San Agustín aseguraba que había tenido una importancia decisiva en su conversión, y, de hecho, el primer catolicismo consideraba a Cicerón un «pagano virtuoso».

Fue él quien introdujo en Roma las ideas griegas que conformarían la base del pensamiento occidental en los dos milenios siguientes. Aunque en ocasiones se ha criticado su obra por ser poco original, lo cierto es que en sus tratados nunca pretende hacer ver lo contrario. «Son simples transcripciones —escribió a un amigo—: yo me limito a poner las palabras, pues las tengo en abundancia». Se trata de una declaración por demás humilde para alguien que contribuyó de un modo tan extraordinario a la filosofía de Occidente al verter escritos griegos, inventar términos latinos para dar cuenta de conceptos intraducibles hasta entonces y dar explicación a las

corrientes de pensamiento más relevantes. Su colosal discurso equivalía a toda una enciclopedia de filosofía griega.

Al final, le perdió su incapacidad para refrenar su lengua: cuando Octaviano, hijo adoptivo de César y futuro Augusto, supo del comentario que sobre él había hecho («A ese joven habría que colmarlo de alabanzas y distinciones... y a continuación quitarlo de en medio»), quedó echada su suerte. Aquel formó poco después el Segundo Triunvirato junto con Marco Antonio y Lépido, y lo declaró enemigo del estado. Los militares lo persiguieron mientras huía de Italia sin demasiado entusiasmo, y acabaron con su vida de un modo brutal. Le cortaron la cabeza y la mano con la que había escrito sus diatribas para exponerlas en el foro de Roma. «Ya que lo que vas a hacer no tiene nada de correcto, soldado —se dice que pidió a su asesino—, intenta al menos matarme con corrección».

César

(100-44 a. C.)

*Prefiero ser el primero de una
aldea que el segundo de Roma.*

Cayo Julio César, hombre dotado de todos los talentos de la guerra, la política y la literatura, nació en el seno de una familia noble que había dejado, sin embargo, de ser acaudalada. Implacable, frío y enérgico en grado irrefrenable —amén de epiléptico—, avanzó con una velocidad pasmosa en la carrera política —el *cursus honorum*— de la Roma republicana merced a la brutal guerra civil que enfrentó

a Mario y a Sila. A la edad de diecinueve años y manteniendo la distancia con este último, se distinguió por vez primera en las hostilidades orientales —en donde se le acusó de mantener relaciones homosexuales con el rey de Bitinia—. Cayó en manos de los piratas, que lo liberaron tras el pago de un rescate, y como no podía ser de otro modo, no bien lo soltaron, reunió una flotilla y regresó para darles caza y matarlos a todos. Practicó con entusiasmo la política más intrépida y sedujo a una mujer casada tras otra. Este aventurero sexual, al que apodaron *el Adúltero Calvo*, se acostó con las esposas de sus rivales Craso y Pompeyo, así como con la madre de Bruto, su futuro asesino. Y no olvidemos a Cleopatra.

Su condición de sobrino de Mario hizo que casi acabara sus días a manos de Sila, y lo cierto es que no pudo comenzar su trayectoria sino hasta la muerte del dictador. Su ascensión quedó limitada en un principio por la supremacía de Pompeyo Magno, conquistador de Siria a quien ningún soldado superaba en gloria ni ningún hombre de estado en riqueza en toda Roma, y a quien se concedió la excepcional distinción de celebrar tres triunfos en la ciudad. César, elegido cónsul en 61 a. C., se las compuso para formar el Primer Triunvirato con él y con Craso a fin de gobernar la ciudad de un modo pacífico; pero en realidad se hizo célebre por la asombrosa conquista de la Galia y de otras tierras occidentales, campaña de nueve años que relataría más tarde —en tercera persona— en sus *Comentarios de la guerra de las Galias*, en donde revela su destreza

en calidad de historiógrafo. Combatió en persona en cincuenta batallas, y fue allí donde logró su reputación... y su fortuna.

Tenía cuarenta y un años, edad avanzada para un conquistador si se tiene en cuenta que Alejandro murió a los treinta y tres, Aníbal participó en su última contienda a los cuarenta y cinco, y tanto Napoleón como Wellington guerrearon por vez última —en Waterloo— a los cuarenta y seis.

Entre los años 54 y 55 invadió Britania, aunque no llegó a ocuparla. En 53 se desmoronó el triunvirato; Pompeyo dominó Roma, y el Senado ordenó a César renunciar a su mando. Él se negó, y al pasar el Rubicón, el río que separaba sus propias provincias gálicas de Italia, hizo patente que pretendía hacerse con el poder. Pompeyo se retiró a fin de reunir sus fuerzas en Grecia, y César se hizo con Roma, en donde fue nombrado dictador. Derrotó a sus enemigos en la batalla de Farsalia, en 48 a. C. Su rival fue muerto más tarde en Egipto, en donde él se enamoró de la joven reina Cleopatra y luchó para afirmar el poder de ella. Los amantes recorrieron las aguas del Nilo rodeados de toda clase de lujo a fin de celebrarlo y descansar. De regreso a casa, César se detuvo en Asia para derrotar al rey Farnaces en la batalla de Zela, su victoria más rápida, que celebró con el lacónico *Veni, vidi, vinci*. Combatió y derrotó a los pompeyanos no ya en Grecia, sino también en Italia, Hispania y más tarde África. Al final, volvió a Roma el año 46 para celebrar la cantidad sin precedentes de cuatro triunfos. En 44, planeó nuevas campañas en los Balcanes y contra los partos. Aunque en Roma gozaba de un poder político absoluto y poco menos que monárquico,

y pese a que su supremacía despertaba miedo y resentimiento, no gobernó por medio del terror y se mostró compasivo y clemente, dispuesto siempre a servirse de su preponderancia en beneficio de la mayoría. Si bien rechazó el trono, recibió los títulos de *pater patriae*, *imperator*, dictador vitalicio y cónsul por diez años, amén de ser declarado divino.

Su poder dio lugar a una conspiración de asesinato protagonizada por sus antiguos aliados Bruto y Casio. Hizo caso omiso de las señales que le anunciaban que sería muerto en los idus de marzo, y en los del año 44 fue atacado y apuñalado por sesenta senadores mientras recibía las solicitudes de los peticionarios durante una sesión del Senado. En su cadáver se hallaron 23 heridas. Tras la derrota sufrida por los confabulados en la guerra civil que siguió, las tierras de Roma quedaron divididas de manera precaria entre Marco Antonio, adalid de César, y su heredero, sobrino nieto e hijo adoptivo Octaviano. En 31 a. C., sin embargo, este venció a aquel en Accio, lo que le permitió unificar el imperio romano y erigirse en su primer emperador. El término *césar* se convirtió en sinónimo de este título o del de su heredero, y pasó a significar el poder legítimo. De él provienen tanto el alemán *Káiser* como el ruso *tsar*.

Herodes I El Grande

(c. 73-4 a. C.)

Entonces Herodes, viéndose burlado por los magos, se irritó sobremanera y mandó matar a

*todos los niños que había en Belén
y en sus términos de dos años
para abajo.*

Mateo 2, 16

Herodes el Grande, medio judío, medio árabe y aliado de Roma, llevó a término, en los treinta y dos años que duró su reinado, logros colosales y crímenes terribles. Hombre de proverbial apostura en su juventud, fue un monarca talentoso, enérgico e inteligente que alcanzó el trono por su propio empeño y supo combinar la cultura helenística y judía, dirigió la reconstrucción del Templo, engalanó y restauró Jerusalén, y construyó grandes ciudades y fortalezas impresionantes. Creó un reino grande, rico y poderoso que gozaba de una posición especial en el corazón del imperio romano oriental. Sin embargo, sus ansias de poder, mujeres y gloria lo llevaron a transformarse en el ser malvado y sediento de sangre de los Evangelios cristianos y en el déspota de las *Antigüedades de los judíos* de Josefo. Aun cuando en realidad no ordenó la matanza de los inocentes tal como asevera el Nuevo Testamento, sí acabó con la vida de tres de sus propios hijos, a su esposa y a un buen número de sus rivales, y se sirvió del terror y el homicidio hasta su muerte a fin de aferrarse al poder.

Nacido en torno al año 73 a. C., fue el segundo hijo de Antipas, idumeo converso al judaísmo y ministro principal del rey hebreo Hircano II, bisnieto de Simón Macabeo, que en 142 a. C. había hecho de Judea un estado judío independiente. Aunque los

Macabeos habían gobernado desde entonces la nación en calidad de reyes y sumos sacerdotes, Hircano, monarca incapaz, se vio obligado, a fin de recuperar el trono en 63 a. C., después de haberlo ganado merced a los empeños de su hermano Aristóbulo, a aliarse con el mandamás romano Pompeyo Magno y ceder en consecuencia a Roma el dominio de Judea. Herodes y su padre, Antipas, fueron estudiantes perspicaces de política en Roma, y habían apoyado siempre al vencedor de las distintas guerras civiles, desde Pompeyo hasta Augusto, al objeto de mantenerse en el poder. Cuando Julio César nombró a Antipas gobernador de Judea en 47 a. C., Hircano conservó el trono de forma nominal, y si bien sobrevivió a la sublevación que dirigió en 43 a. C. su popular sobrino Antígono —revuelta en la que murió envenenado Antipas—, sufrió exilio tres años más tarde. Los partos, imperio rival del romano, invadieron Oriente Medio, y Antígono tomó el cetro bajo su patrocinio. Herodes escapó y buscó la égida de la reina Cleopatra de Egipto y después de Roma, en donde los dos déspotas dominantes, Marco Antonio y Octaviano —el futuro emperador Augusto— lo nombraron rey de Judea. Necesitó tres años para conquistar su reino, y cuando tomó Jerusalén asesinó a cuarenta y seis de los integrantes del consejo judío dirigente.

Odiado ya por su pueblo, trató de legitimizar su posición repudiando a su primera esposa, Doris, para contraer matrimonio con la princesa macabea Mariamne, nieta adolescente de Hircano. En total, habría de desposarse diez veces y procrear catorce hijos. A

tres de ellos los mató, y otros tres acabaron por sucederle en el trono.

Herodes ordenó una serie de grandiosos proyectos arquitectónicos que incluían acueductos, anfiteatros, el imponente puerto mercantil de Cesarea —considerado por muchos uno de las maravillas del mundo antiguo— y las fortalezas de Masada, Antonia y Herodión. El más ambicioso de todos fue la reconstrucción del Segundo Templo de Jerusalén, empresa ciclópea para la que se necesitaron varios años. Simplemente para el monte del Templo hicieron falta un decenio y más de diez mil hombres, y el trabajo de los palacios y las dependencias aledañas prosiguió mucho después de la muerte de Herodes. El último muro de carga sigue siendo hoy el lugar más sagrado del judaísmo: el Occidental o de las Lamentaciones.

Gobernó por medio del terror, y así, por ejemplo, en el año 36 a. C. hizo ahogar al sumo sacerdote, Aristóbulo, hermano de su esposa, a quien temía en cuanto posible rival. También mandó matar al anciano rey Hircano. Su unión con la princesa Mariamne, tan hermosa como soberbia, fue apasionada y destructiva. Los dos se amaron y se odiaron, y tuvieron juntos dos hijos varones. En el año 29 a. C., ordenó ejecutarla tras dar oídos a quienes daban a entender que estaba confabulando contra él. Más tarde, en el 7 a. C., hizo ajusticiar a Aristóbulo y Alejandro, ambos fruto de dicho matrimonio, cuando Antipas —hijo suyo engendrado con Doris— lo convenció de que también ellos estaban conspirando. Dada la prohibición judía de comer cerdo, Augusto bromeaba aseverando que prefería ser el puerco de Herodes que su hijo.

Los vástagos de Herodes, amigos íntimos del emperador romano y su poderoso lugarteniente Marco Agripa, se formaron en la corte de Augusto, y el poderío mercantil que le otorgaban sus minas, su vino y sus artículos de lujo lo hicieron quizás el hombre más acaudalado del imperio después de la mismísima familia imperial. Sin embargo, a la postre, las dañinas intrigas de su decadente corte judeo-griega comenzó a destruir tanto a su parentela como su reputación de gobernante digno de confianza del turbulento Oriente Medio. Ni la senectud ni sus debilitantes problemas de salud —Herodes sufría una horrible afección que llevaba aparejada una necrosis genital que el historiador judío Josefo describe como «putrefacción de su miembro evacuatorio acompañada de agusanamiento»— aplacaron sus matanzas. Picado por las críticas procedentes de la estricta secta judía de los esenios, mandó incendiar el monasterio que tenían en Qumrán en el año 8 a. C., y cuando un grupo de estudiantes arrancó el águila imperial de Roma que ornaba la entrada al Templo en 4 a. C., los hizo quemar vivos. Días antes de morir, decretó la muerte de su hijo Antipas, del que sospechaba que conspiraba contra él para hacerse con el trono, y su último acto consistió en reunir a los próceres de la nación para que aprobasen su voluntad postrera de dividir el reino entre tres de sus hijos.

Cleopatra

(69-30 a. C.)

¡Insensato! ¿No te das cuenta de que podría haberte envenenado

*cien veces si me hubiera sido
posible vivir sin ti?*

Cleopatra VII fue la última mujer faraón de Egipto, pese a no ser egipcia, sino griega. Quiso servirse del prestigio de su dinastía real, su propia astucia política y su atractivo sexual para recuperar el imperio perdido de su familia, y lo cierto es que no le faltó mucho para lograrlo. Descendía de Ptolomeo, uno de los generales de Alejandro Magno, conquistador de su propio imperio mediterráneo centrado en Egipto.

Sus ancestros habían fundido el panteón egipcio con el de los griegos al tiempo que adoptaban la práctica faraónica antigua del matrimonio entre hermanos. En el año 51 a. C., Cleopatra VII heredó el trono junto con Ptolomeo XIII, su hermano y esposo; pero al cumplir los dieciocho, su ambición y su astucia la llevaron a revelar sus intenciones de gobernar en solitario. Obligada a exiliarse por aquel, buscó el respaldo de Julio César.

Este había llegado a Egipto el año 48 a. C. persiguiendo a Pompeyo, su rival derrotado en la lucha por la supremacía —a quien mataron los de aquella nación—, y se vio metido así, una vez ascendido a dictador, en la guerra civil egipcia. Tenía cincuenta y dos años, y ella contaba veintiuno y era heredera de la dinastía más antigua del mundo occidental. Lo más seguro es que no fuese hermosa. Tenía la nariz aguileña y la barbilla puntiaguda, pero poseía el mismo halo de ferocidad que César, y compartía con él el gusto por el arrojío sexual y político.

Cleopatra logró llegar a él sin ser vista envuelta en un saco destinado a la colada —y no en una alfombra—, y tan pronto aquella reina inteligente y seductora en grado sumo salió de él a trompicones para arrojarse a sus pies, César quedó hechizado por su presencia. Aunque rozó la derrota en varios momentos y pese a contar con un número muy escaso de fuerzas, el romano logró aplastar a los enemigos de ella y devolverle el trono. Ptolomeo XIII se ahogó en el Nilo mientras huía del ejército combinado de los amantes de su esposa, quien contrajo matrimonio con su hermano menor, convertido así en Ptolomeo XIV.

Llevando en su vientre al hijo de César, por nombre Cesarión, la reina de Egipto vivió públicamente en calidad de consorte de aquel en Roma, y dio con ello lugar a un gran revuelo. Corrieron rumores de que el dictador tenía la intención de erigirse en rey de Roma y hacer de ella su reina. Cleopatra huyó al morir él a manos de sus enemigos políticos en los idus de marzo.

De nuevo en Egipto, se propuso recuperar su influencia. Marco Antonio, general bravucón que formaba parte del triunvirato bajo cuyo gobierno se hallaba la república, pidió que se presentara ante él. Su impresionante entrada —reclinada sobre una falúa de oro bruñido y vestida de Venus— lo cautivó con tanta fuerza como había hecho con César. Marco Antonio gobernaba la región oriental del imperio, en tanto que la occidental se hallaba en manos de Octaviano, heredero e hijo adoptivo de aquel. Con todo, alentado por Cleopatra, no tardó en adoptar una visión de la monarquía helenística y oriental, muy diferente de la tradición romana de

austera dignidad. La reina estaba resuelta a servirse del apoyo de Roma para reinstaurar el imperio de los Ptolomeos.

Él la trató no como a un monarca protegido, sino como a un soberano independiente. Le concedió extensiones considerables de Siria, el Líbano y Chipre, y ascendió al trono de media docena de países a los hijos que tuvieron juntos. Marco Antonio veía a Cleopatra como cofundadora de su dinastía oriental, y los territorios por ella obtenidos en Egipto, como uno de los pilares sobre los que se sostendría su propio imperio romano en sus guerras contra los partos. Sin embargo, Roma no podía permitir el resurgimiento de un imperio independiente de los Ptolomeos. Presionado por Octaviano, hermanastro de la esposa romana abandonada por Marco Antonio, el Senado declaró la guerra a Egipto.

Los amantes, que habían adoptado para sí mismos la condición de dioses, fueron derrotados por Octaviano en la batalla de Accio en 31 a. C. Marco Antonio se quitó la vida, y Cleopatra, que no estaba dispuesta a arrostrar el oprobio de que la hicieran desfilar por Roma encadenada, se hizo traer una serpiente venenosa oculta en una cesta de higos. Cuando fueron por ella los soldados de Octaviano, la hallaron tendida en su lecho de oro y con los signos de la mordedura mortal de un áspid en el brazo. Había querido ser la más grande de su dinastía, y resultó ser la última y la más memorable. Unió su afán de imperio a la suerte de un general que raras veces había ganado una batalla... y lo perdió todo.

Augusto y Livia

(63 a. C.-14 d. C. y 58 a. C.-29 d. C.)

*Encontró a Roma hecha de ladrillo
y la dejó de mármol.*

Augusto, el primer emperador de Roma y también el más grande, fue heredero de Julio César y fundador de la dinastía imperial julio-claudia, que reinó hasta la caída de Nerón.

Nacido en una refinada oscuridad con el nombre de Octavio, Augusto era sobrino nieto del dictador de Roma Julio César, que lo adoptó como hijo. El asesinato de este, ocurrido en 44 a. C., teniendo él apenas diecinueve años, lo convirtió en heredero de aquel prohombre, tanto en lo político como en lo tocante a su colosal fortuna. César Octaviano —que así pasó a llamarse— fue víctima de burla o indiferencia en un primer momento dada su juventud, pero demostró su valía desafiando al jactancioso general de caballería Marco Antonio y, más tarde, aliándose con él frente a los asesinos de César. El Segundo Triunvirato —formado por ellos dos y Lépido— derrotó a Bruto y a Casio en Filipos, el año 42 a. C., y dividió a continuación el imperio romano: Octaviano quedó al mando de Roma y los territorios occidentales, y Marco Antonio de los orientales, en donde entabló una relación política y romántica con Cleopatra de Egipto. Cuando las ambiciones de estos dos últimos enajenaron a los romanos, los dos bandos acabaron por ir a la guerra. Octaviano, que sin ser soldado, contaba con el caudillaje del diestro general Marco Agripa, derrotó a su pesadilla en Accio el

año 31 a. C. y quedó así convertido en señor absoluto del imperio. Marco Antonio y Cleopatra se suicidaron.

Octaviano combinó entonces varias funciones diferentes de la república romana para crear una dignidad nueva, la de *princeps* o «emperador», que conservó hasta su muerte y que, en un principio, no pretendía ser hereditaria. Augusto («venerado»), como se llamó a sí mismo, contaba solo treinta y tres años y era delgado y frío, quisquilloso en cuanto administrador, delicado, impasible, crítico, adúltero y maestro en el arte de la política, y gozaba de un notable don de gentes. Reformó el gobierno, la Administración provincial y la justicia; reguló el sistema de impuestos; patrocinó a autores como Horacio, Virgilio y Tito Livio; embelleció Roma, y trató de no extender el imperio más allá del ingente territorio que ya ocupaba. En este sentido, se limitó, sobre todo, a guerrear contra los germanos. El año 9 d. C. quedó desconsolado por la pérdida de una legión comandada por Varo en tierras de aquellos. Sus últimos años estuvieron dominados por su esposa Livia y por la cuestión sucesoria. Aun así, por dementes y homicidas que demostraran ser algunos de quienes ocuparon el cargo con posterioridad, lo cierto es que el sistema de autocracia que creó, fundado en emperadores a veces hereditarios y otras electos, se prolongó hasta la caída del imperio romano. El futuro dinástico resultó estar en manos de su esposa y de la parentela de ella.

Livia nació el año 58 a. C., en el seno de la familia de Marco Livio Druso Claudiano, magistrado de cierta ciudad italiana por cuyas venas corría una sangre de orgulloso linaje. En 42 a. C. había

contraído esponsales con su primo Tiberio Claudio Nerón, y de él había engendrado a su hijo homónimo, que con el tiempo se erigiría en emperador.

Aquellos fueron tiempos tumultuosos, sin embargo, para crear una familia. En las guerras civiles que siguieron al asesinato de Julio César en 44 a. C., tanto el esposo de Livia como su padre apoyaron a los magnicidas contra el joven Octaviano, heredero de la víctima. Cuando este y Marco Antonio los derrotaron en Filipos dos años después, el padre de Livia se quitó la vida. A continuación, su esposo se unió a las fuerzas recién congregadas contra Octaviano en torno a Marco Antonio, cuya alianza con el heredero de César había resultado efímera. En consecuencia, la familia se vio obligada a abandonar la península Itálica en 40 a. C. a fin de huir de la proscripción que hizo Octaviano de sus enemigos.

Tras pasar un breve período en Sicilia y en Grecia, Tiberio Claudio Nerón y su esposa decidieron volver a Roma en el año 39 a. C., cuando Octaviano ofreció una amnistía a los seguidores de Marco Antonio. Una vez en la capital, Livia conoció al heredero de César, y este quedó prendado de ella de inmediato. A esas alturas, ella llevaba en su vientre a su segundo hijo, Druso; pero tal cosa no impidió persuadir a su marido a divorciarse de ella y ofrecerla a Octaviano en calidad de obsequio político.

Desde el momento en que contrajo matrimonio con él, Livia se condujo en público como una esposa reservada, sumisa y leal, que fue ganando reconocimiento a medida que crecía el poderío de su

marido. El año 35 a. C. la hicieron *sacro sancta*, condición que le otorgaba la inviolabilidad propia de un tribuno.

No obstante, fue entre bastidores donde ejerció su mayor influencia, supuestamente maligna con frecuencia. Era una mujer muy poderosa, y las fuentes no suelen dejarla, precisamente, en buen lugar. Aunque no hay duda de que era inexorable y taimada, tampoco existe prueba alguna de que cometiera los envenenamientos a los que debe su ignominiosa fama.

Augusto no tenía más hijos que Julia, fruto de un matrimonio anterior, y, en consecuencia, no existía certeza alguna sobre quién podría sucederle. Aun así, Livia tenía muy claro que debía heredar el trono uno de sus propios varones. En un primer momento, el emperador pensó en su sobrino Marco Claudio Marcelo, pero este murió en 23 a. C. en circunstancias extrañas. Muchos sospecharon de Livia, quien brindaba su patrocinio a diversos expertos en sustancias tóxicas.

La siguiente elección del emperador fue Marco Vipsanio Agripa, amigo íntimo y principal caudillo militar suyo, que le había otorgado la victoria en Accio. En 17 a. C., Augusto adoptó a sus dos hijos menores, Cayo y Lucio César, con lo que, en apariencia, dejó bien atada la línea de sucesión. Aquel, sin embargo, murió en el año 12 a. C., y la cuestión sucesoria se complicó más aún cuando fallecieron también Lucio y Cayo, en 2 y 4 d. C., respectivamente. Las circunstancias que rodearon a la muerte de los jóvenes príncipes fueron misteriosas, y, una vez más, fueron muchos quienes culparon a Livia. Al final, en el año 4 d. C., achacoso ya,

Augusto se vio obligado a ceder a las presiones de Livia y adoptar como propio a su hijo Tiberio, hombre inseguro aunque capaz, que se contó así entre los posibles herederos al trono.

Livia aún habría de intervenir una última vez. En el año citado, mientras cambiaba de forma definitiva sus planes de sucesión, Augusto adoptó también a Agripa Póstumo, el único hijo de Marco que quedaba con vida. Dos años más tarde, sin embargo, este hubo de exiliarse de Roma, posiblemente por las acusaciones de haber participado en un plan de golpe de estado contra Augusto, si bien no puede descartarse, una vez más, la mediación de la emperatriz. Aun así, llegado el año 14 d. C., todo parecía apuntar a que Augusto estaba tratando de rehabilitar a su último hijo adoptivo, y se dice que Livia, que no estaba dispuesta a consentir la presencia de ningún rival de Tiberio, envenenó a su esposo, el emperador añoso. Agripa Póstumo fue asesinado poco después de la muerte de Augusto, y Tiberio fue nombrado emperador. Su madre siguió siendo una figura de gran relevancia, entre otras cosas porque su esposo le había legado una tercera parte de su patrimonio —cosa por demás inusual—. Se le otorgó el título de Julia Augusta, y Tiberio, que siempre se había sentido horrorizado por sus intrigas, aun cuando fuese él el beneficiario, comenzó a encontrar molesta su injerencia.

A su muerte, en 29 d. C., ni siquiera asistió al funeral, y también prohibió deificarla. El elogio más apropiado se lo dirigió el bisnieto de Augusto, a quien ella había ayudado a criar en el seno de su propia familia: Calígula, que la describió como «un Ulises vestido de

matrona», encomio que constituía tal vez la condenación más segura que podía haber recibido Livia.

Pese a su condición de administrador competente y estratega de talento, Tiberio era muy consciente de que no había sido el primero en quien había pensado su padre adoptivo para ocupar el trono imperial —ni, de hecho, el segundo ni el tercero—, y tal cosa explica quizá que nunca se hallase a gusto en la función de gobernante. Buena parte de su reinado estuvo presidido por la agitación interior y las intrigas políticas. En 26 d. C., harto de los asuntos de estado, se mudó a un palacio sito en la isla de Capri y pasó la última década de su reinado medio jubilado tras dejar en manos de Lucio Elio Sejano, prefecto del pretorio, la administración de hecho de los asuntos cotidianos del imperio.

La ambición de este último lo llevó a considerar esta nueva función el medio que lo catapultaría al poder absoluto, y así, desde el año 29 d. C., desató su propia política de terror. Hizo acusar en falso de traición, juzgar y ajusticiar a los enemigos que tenía en las clases senatorial y ecuestre, y esta jugada lo convirtió en el hombre más poderoso de Roma. Asimismo trató de alinearse con los herederos del emperador. El año 4 d. C., al verse erigido en sucesor de Augusto, Tiberio había adoptado a su sobrino Germánico, quien llegó a alcanzar gran popularidad en calidad de general y gobernó más tarde la región oriental del imperio. En 19 d. C., sin embargo, murió en Siria en circunstancias misteriosas. Druso, hijo legítimo de Tiberio, también murió en 23 d. C., posiblemente envenenado por Sejano, quien tenía la intención de promover sus ambiciones

políticas contrayendo matrimonio con su viuda, Livila. Tiberio, sin embargo, le negó el consentimiento. Cuando en el año 30 quedaron también fuera de combate dos de los descendientes de Germánico, la sucesión pareció recaer en Calígula, único hijo vivo de este, o en Tiberio Gemelo, hijo de Druso. En 31 d. C., Sejano, resuelto a hacerse con el poder, trazó un plan destinado a eliminar al emperador y al resto de varones de la familia imperial que quedaban con vida. Tiberio, sin embargo, mandó arrestar al prefecto del pretorio, y a continuación hizo que lo estrangulase y despedazara el gentío.

Entre tanto, en Capri, Tiberio se había consagrado a placeres más sensuales desde su salida de Roma. Suetonio, historiador dado al sensacionalismo, ofrece un atisbo de lo que suponía tal cosa en su escandalosa *Vida de los doce césares*:

Al retirarse a Capri diseñó una zona de recreo en la que celebrar sus orgías secretas. En ellas participaban grupos de gentes promiscuas de uno y otro sexo, escogidas por su pericia en diversas prácticas pervertidas, a las que llamaba analistas y quienes copulaban ante él en uniones triples a fin de excitar sus decadentes pasiones. Había habitaciones repletas de pornografía y manuales sexuales llegados de Egipto que informaban a quienes allí llegaban de lo que se esperaba de ellos. Creó también en los bosques rincones dedicados a la lascivia en los que podía verse a jóvenes disfrazados, de ninfas o sátiros según su sexo, prostituirse a cielo abierto... Se hizo célebre por depravaciones aún más repugnantes que difícilmente podrá

nadie contar o escuchar, por no decir creer. Tenía a niños adiestrados en calidad de «pececillos» a fin de que lo persiguiesen cuando se bañaba y, buscándole las ingles, le diesen mordisquitos, y también gustaba de hacer que criaturas aún sin destetar de sus madres le chupasen el pecho y la entrepierna.

Al morir Tiberio, en 37 d. C., le sucedió Calígula.

Jesús

(c. 4 a. C.- c. 30 d. C.)

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Comienzo de las nueve bienaventuranzas pronunciadas por Jesús en el sermón de la montaña, según Mateo 5, 3-5

Jesús de Nazaret fue el fundador del cristianismo y, conforme a la creencia de sus seguidores, hijo y manifestación terrena de Dios. Vivió en Judea y Galilea en tiempos de los romanos y los príncipes de la dinastía herodiana. El período que dedicó a la predicación tras

ejercer de carpintero fue breve: entre uno y tres años. Anunció el advenimiento del reino de Dios e instó a quienes lo seguían a llevar vidas de humildad y compasión. También se dice que sanaba a los enfermos y obraba milagros. Sufrió crucifixión de resultas de sus actividades, y según los cristianos se levantó de entre los muertos y ascendió al cielo. Su legado, la iglesia cristiana, no solo sustenta buena parte de la sociedad y la cultura de Occidente, sino que proporciona inspiración y guía espiritual a millones de personas de todo el planeta.

Aunque la historia de su nacimiento es famosa, del resto de sus primeros años ha llegado a nosotros muy poca información. Era hijo de José, carpintero de profesión, y María, a quien se conoce como la Virgen, aunque los Evangelios recogidos en el Nuevo Testamento difieren en cuanto a si fue concebido de forma inmaculada y se debate mucho sobre si tuvo o no hermanos y una hermana. Las opiniones contradictorias en torno a la naturaleza y composición exactas de su familia no han dejado de proliferar. Vio la luz en la ciudad de Belén durante un censo celebrado a finales del reinado de Herodes el Grande, monarca de Judea, que murió el año 4 a. C. En el momento de nacer fueron a visitarlo grupos de peregrinos que incluían pastores y un grupo de «magos» llegados de Oriente¹. Como todos los judíos, fue circuncidado en el Templo de Jerusalén, y en tal ocasión se sacrificó una paloma en su honor.

Todo apunta a que de niño tuvo una inteligencia precoz. En su juventud se hizo bautizar por su primo Juan el Bautista, quien

¹ «Sabios» en el original, por ser la denominación que se les da habitualmente en inglés. Los magos eran individuos de la clase sacerdotal del zoroastrismo. (*N. del t.*)

había profetizado su llegada. Poco después comenzó a ejercer de predicador y sanador itinerante, lo que lo llevó a viajar y difundir su mensaje en las regiones judías de Palestina.

Los Evangelios refieren que era capaz, a menudo por imposición de manos, de curar a quienes padecían ceguera, parálisis, lepra, sordera, mudez o hemorragia. También adquirió renombre por su capacidad para exorcizar, y en calidad de tal visitaba las sinagogas a fin de expulsar de ellas a los demonios; lo que pone de relieve que sanaba dolencias tanto físicas como mentales. Además, se dice que confirió este don a sus discípulos.

Sus milagros le atrajeron más atención y mayores multitudes. Entre los más célebres se cuentan el poder de caminar sobre las aguas; el de multiplicar cantidades modestas de peces y panes a fin de alimentar a grupos nutridos de personas, y el de tornar el agua en vino. En cierta ocasión maldijo una higuera, y el árbol se secó ante el asombro de sus discípulos.

Jesús predicó amén de obrar prodigios, y su mensaje principal fue el de la inminencia del reino de Dios, el Apocalipsis y el día del Juicio Final, en el que aguardaba la vida eterna a quienes se arrepintieran y creyesen en él. Aprobó la pobreza por considerarla un estado de gracia y quiso rodearse de pecadores y necesitados, pues, a su decir, no lo habían enviado a predicar a los rectos, sino a quienes se habían extraviado. Asimismo habló del perdón a los enemigos y la observancia de un código moral humilde y piadoso.

Conforme a algunos de los Evangelios, se consideraba el Mesías (o el Cristo), en tanto que otros aseguran que simplemente se hacía

llamar «el hijo del hombre». Cada uno de los actos de este estudioso de los profetas judíos era una verificación consciente de los anuncios de Isaías, Ezequiel y otros. Sin embargo, se burló de la aristocracia sacerdotal del Templo y de los principillos herodianos, y eso, unido a su mensaje apocalíptico, lo convirtió también en una amenaza para los romanos. Judea se hallaba agitada por una sucesión constante de «pseudo profetas» judíos y supuestos mesías, y a todos ellos los reprimía sin piedad el imperio dominante. Jesús no abandonó nunca los ritos hebreos, y sabía, como sus correligionarios, que estaba escrito que en Jerusalén viviría y moriría un profeta judío. En consecuencia, cuando acudió allí durante la Pascua en torno al año 30, provocó no poca congoja entre los gobernantes de la ciudad.

En dicho período del año era normal que hubiese soldados de Roma acantonados en Jerusalén, dado que el gentío que allí se congregaba planteaba no pocos problemas. Debieron de ser testigos de la entrada triunfal que hizo Jesús a lomos de un asno, y, sin embargo, les resultó mucho más preocupante que irrumpiera en el Templo de la ciudad y se pusiese a derribar mesas entre la multitud que aguardaba para pagar el tributo al Templo y comprar palomas para los sacrificios.

Como cabe esperar, las autoridades judías se sintieron agraviadas por semejante alteración del orden; pero lo cierto es que Poncio Pilatos ya había aplastado una rebelión galilea en la ciudad. El prefecto romano —hombre de infausta memoria por su torpe violencia, sus meteduras de pata exentas de toda diplomacia y actos

brutales de represión— no estaba dispuesto a tolerar ninguna amenaza judía, y menos aún si guardaban conexión alguna con expectativas mesiánicas. En consecuencia, incitó al sumo sacerdote a que se encargara de acallar a Jesús. Él sobornó a uno de los seguidores más allegados de este último, por nombre Judas Iscariote, para que lo traicionara. Tras despedirse de sus discípulos con una comida —la Última Cena— en la que compartieron el pan y el vino, Jesús los llevó al monte de los Olivos a fin de rezar. Allí, en el huerto de Getsemaní, delatado por Judas, fue arrestado y conducido ante Caifás, el sumo sacerdote, quien lo declaró culpable de blasfemia. A continuación, Poncio Pilatos lo condenó a muerte. Lo azotaron, lo obligaron a arrastrar una cruz por las calles de Jerusalén y lo crucificaron extramuros de la ciudad en compañía de dos ladrones. Este método de ajusticiamiento dejó fuera de todo lugar que el proceso y la ejecución habían sido cosa de los romanos, pues de haber sido el sanedrín judío el encargado de llevarlos a término, habría acabado sus días lapidado.

Tres días después de su muerte, comenzaron a oírse testimonios de gentes que decían haberlo visto. No se aparecía como un fantasma ni como un cadáver que hubiese recobrado la vida, sino transformado de un modo misterioso. Tras visitar a cierto número de conocidos y amigos, ascendió a los cielos una vez confiada a sus seguidores la misión de fundar la iglesia cristiana.

Después de siglos de persecución, esta acabó por convertirse en la fuerza religiosa dominante del mundo occidental, y aunque los católicos, los protestantes y otros de sus representantes han sido

responsables en determinadas épocas de excesos sobrecogedores en nombre de su denominación o interpretación particular, la filosofía de pacifismo, humildad, caridad y afabilidad de Jesús ha resistido el paso de los siglos. Las ideas judeocristianas inspiran y sustentan buena parte del pensamiento político, el gobierno, el derecho, la ética, el arte, la arquitectura, la música y la literatura de Occidente. Lo curioso de la historia del cristianismo es que Jesús no dejó escrito alguno: los Evangelios se redactaron, en su mayor parte, cuarenta años más tarde, después de que los romanos destruyesen el Templo judío en 70 d. C. Hasta entonces, los cristianos, encabezados por familiares del propio Jesús, habían rezado en él como el resto de los judíos. Fue la devastación de Jerusalén y la caída de estos lo que llevó a la separación última del cristianismo respecto de la religión de la que había surgido. Así y todo, es evidente que Jesús se veía a sí mismo como judío y no como el fundador de una religión nueva: un profeta, sin lugar a dudas, y un reformador, cuando no el mismísimo Mesías. Fue el emprendedor visionario Saulo de Tarso, judío convertido camino de Damasco, quien con el nombre de san Pablo creó el cristianismo en cuanto religión universal fundada no tanto en las enseñanzas de Jesús como en el sacrificio de su crucifixión, en su resurrección y en la obtención de la gracia a través del salvador de toda la humanidad. Fue Pablo —resuelto a convertir a gentiles, y no solo a hebreos— quien hizo de ella una religión mundial.

Capítulo II

Período 12 d.C. - 1451 d.C.

Contenido:

Calígula (12-41 d. C.)

Nerón (37-68 d. C.)

Marco Aurelio (121-180)

Cómodo (161-192)

Constantino el Grande (c. 285-337)

Atila el Huno (406-453)

Mahoma (570-632)

Mu'āwiya y 'Abd al-Malik. Los califas y las grandes conquistas árabes

Wu Zhao (625-705)

Carlomagno (768-814)

Hārūn ar-Rašīd (763/766-809)

Marozia y la pornocracia papal (c. 890-932)

Basilio II Bulgaróctono (957/958-1025)

Ḥassan aṣ-Ṣabbāḥ y sus ḥaššāšīn (1056-1124)

Godofredo de Bouillon y los reyes cruzados de Jerusalén (1060-1100)

Leonor de Aquitania (1122-1204)

Saladino (c. 1138-1193)

Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra (1157-1199 y 1167-1216)

Gengis Kan (c. 1163-1227)

Federico II Hohenstaufen (1194-1250)

Isabel y Rogelio Mortimer (1295-1358 y 1287-1330)

Eduardo III y El Príncipe Negro (1312-1377 y 1330-1376)

Tamerlán (1336-1405)

Ricardo II (1367-1400)

Enrique V (1387-1422)

Gilles de Rais (1404-1440)

Juana de Arco (c. 1412-1431)

Torquemada (1420-1498)

Vlad el Empalador (1431-1476)

Ricardo III (1452-1485)

Savonarola (1452-1498)

Isabel y Fernando (1451-1504 y 1452-1516)

Cristóbal Colón (1451-1506)

Calígula

(12-41 d. C.)

Que sienta su agonía.

Órdenes dadas a la hora de ejecutar a cualquiera de sus víctimas, según Suetonio

Calígula ascendió al trono imperial siendo el ojo derecho de los romanos, y concluyó los cuatro años de su reinado convertido en un tirano de crueldad demencial. Caprichoso, inepto en lo político e incompetente en lo militar, ambiguo en el plano sexual e incestuoso

hasta la perversión, pasó de ser el favorito del pueblo a psicópata asesinado en un reinado que no tardó en sumirse en la humillación, el homicidio y la locura.

Cayo César —pues ese era su nombre— fue bisnieto de Augusto, el primer emperador de Roma. Debía su apodo —el diminutivo de *cálige*— a las sandalias castrenses en miniatura que calzaba siendo niño cuando acompañaba a su padre, Germánico, en el campo de batalla; lo que hizo de él la mascota predilecta de los soldados. Este último murió de improviso en 19 d. C., y lo siguieron los dos hermanos mayores de Calígula y su madre, Agripina. Muchos sospecharon que el emperador Tiberio, su tío abuelo, había envenenado a Germánico, personaje que gozaba de una gran estimación, por considerarlo una amenaza para el trono. En el año 31, Calígula se trasladó a la residencia que tenía Tiberio en Capri, y fue en aquel período cuando comenzó a asomar el lado más siniestro de su carácter. Tal como señalaría más tarde el historiador romano Suetonio —que no era precisamente una fuente objetiva—: «Era incapaz de dominar su crueldad y su agresividad naturales, y asistía con entusiasmo a las torturas y ejecuciones de los condenados. Por la noche se gozaba en la gula y el adulterio disfrazado con peluca y túnica larga». También comenzaron a circular rumores de que estaba manteniendo una relación incestuosa con su hermana Drusila.

A la muerte de Tiberio, ocurrida en marzo del año 37, no faltó quien dijese que Calígula había asfixiado al anciano con una almohada. Tiberio había querido que, tras él, reinasen juntamente Calígula y

su primo Tiberio Gemelo; pero aquel hizo matar a este pocos meses después de su ascensión. Su falta de experiencia política, combinada con su arrogancia de niño consentido y su codicia del poder absoluto, resultaría desastrosa.

No faltan ejemplos de su megalomanía. A fin de rechazar la profecía que aseveraba que tenía tantas posibilidades de erigirse en emperador como de atravesar a caballo el golfo de Nápoles, hizo construir un puente de pontones sobre el que cabalgó triunfal luciendo el peto de Alejandro Magno. También se dice que nombró cónsul a *Incitatus*, su caballo favorito. En otra ocasión, estando en la Galia, ordenó a sus soldados que derrotaran a Neptuno y recogieran conchas de la playa en calidad de «botín del mar».

Calígula se volvió por demás paranoico, y elevó al grado de delito el simple hecho de mirarlo a consecuencia de la sensibilidad que había desarrollado respecto de su calva creciente y la exuberancia de su vello corporal. Quienes incurrían —a menudo con el más pobre de los pretextos— en sospecha de deslealtad se veían sometidos antes de su ejecución a una serie de tormentos ideados, con no poco ingenio, por el propio emperador, quien mandaba, por ejemplo, cubrirlos de miel para exponerlos a continuación a un enjambre de abejas furiosas.

Cualquiera era una víctima en potencia. «A muchos hombres de posición honorable —refiere Suetonio— los desfiguraba primero por la acción de hierros de marcar reses y luego los condenaba a las minas, a la construcción de caminos o a ser arrojados a las fieras, cuando no los encerraba a gatas en una jaula, como animales, o

mandaba descuartizarlos. Ninguna de estas penas se administraba por delitos serios: bastaba haber criticado uno de sus espectáculos o haber jurado por su genio».

Calígula comenzó a creerse un dios: hizo mudar las cabezas de las estatuas de deidades olímpicas por retratos suyos, y a punto estuvo de provocar una revuelta judía al ordenar que adorasen a su divina persona en el Templo de Jerusalén. Suetonio asegura que tenía la costumbre de hablar con los otros dioses como si estuvieran a su lado. Cierta vez pidió a un actor que le dijera quién era más grande entre él mismo o Júpiter, y considerando que el interpelado no había respondido con la suficiente prontitud, hizo que lo azotaran sin piedad. Al decir del emperador, sus gritos eran música para sus oídos. En otra ocasión, mientras cenaba con los dos cónsules, rompió a reír como un poseído, y cuando sus acompañantes quisieron saber el motivo, les respondió: «¿Qué queréis que haga?, si con un simple gesto de mi cabeza podría hacer que os rebanasen el pescuezo aquí mismo». De igual modo, gustaba de besar el cuello a su esposa mientras susurraba: «Una palabra mía, y esta hermosa cabecita caería al suelo. ¡Ojalá tuviese cuello Roma!». La historia más repugnante de la depravación del emperador asevera que, después de haber dejado encinta a su hermana Drusila, la impaciencia por ver a su hijo lo llevó a arrancárselo del vientre. Sea o no cierto el relato, se sabe que ella murió en 38 d. C., probablemente de unas fiebres, y Calígula no dudó en elevarla a la condición de diosa.

Su narcisismo desenfrenado y su apetito insaciable de actos brutales indignaron a todos los estratos de la sociedad. La guarda pretoriana determinó que debía poner fin a su gobierno, y en enero del año 41, dos de sus integrantes mataron al emperador tendiéndole una emboscada en Roma mientras salía de un espectáculo. A continuación, hicieron otro tanto con su esposa y estrellaron contra un muro la cabeza de su hija de pocos meses.

La vida de Calígula puso de relieve en qué medida había logrado el sistema imperial creado por Augusto concentrar el poder absoluto en las manos de un solo hombre al tiempo que conservaba todos los rasgos de la república. Calígula eliminó cuanto podía quedar de restricción constitucional e hizo alarde de la autoridad incontestable que tenía sobre sus súbditos del modo más horrible y caprichoso imaginable. Ha llegado a nosotros como personificación de la inmoralidad, la sed de sangre y la demencia de la autocracia.

Nerón

(37-68 d. C.)

No mostró discriminación ni moderación algunas a la hora de mandar matar a quien se le antojara.

Suetonio

El emperador que, tal como señala el dicho inglés, se limitó a «tañer viendo Roma arder» fue el último de los de la dinastía julio-claudia,

la estirpe que sacó a la ciudad de la república para someterla al dominio de un solo hombre. Criado en un medio violento y tiránico, dejó que su gobierno estuviese presidido por la vanidad más absurda, los caprichos demenciales y un despotismo por demás inepto. Pocos lloraron su abdicación y muerte en medio del caos que había creado él mismo.

Lucio Domicio Enobarbo nació el año 37 en la ciudad de Anzio, no lejos de Roma, estando el trono ocupado por su tío, el emperador Calígula. Como muchos, habría de sufrir por causa de este, pues hubo de exiliarse con su madre, Agripina, al perder su favor. Agripina era hermana de Calígula. Ambos mantenían una relación incestuosa que, supuestamente, terminó cuando ella —quien está considerada una de las mujeres más maliciosas de la historia de Roma— planeó derrocarlo. Madre e hijo pudieron regresar tras el perdón del sucesor de Calígula, Claudio, quien acababa de hacer ejecutar a su ninfómana esposa Mesalina. En 49 Agripina se convirtió en la cuarta mujer del emperador, quien no solo adoptó a Nerón como hijo, sino que lo nombró heredero al trono junto con Británico, fruto de su unión con Mesalina.

Agripina, sin embargo, no estaba dispuesta a dejar que la naturaleza siguiese su curso, y así, en 54 envenenó supuestamente a Claudio. Las relaciones entre ella y su hijo se habían deteriorado, y cuando al año siguiente reparó en que su influencia sobre Nerón también había decaído, participó en una conspiración destinada a sustituirlo por Británico. Al descubrir lo que se estaba fraguando, Nerón hizo envenenar a su rival y prohibió a su madre el acceso al

palacio imperial so pretexto de haber insultado a su joven esposa, Octavia.

A pesar de estas intrigas, los primeros años del reinado de Nerón estuvieron caracterizados por una gobernación sabia, en gran medida por hallarse los asuntos de estado en manos de consejeros avisados como el filósofo Séneca, el prefecto del pretorio Burro y una serie de libertos griegos de confianza. Con todo, esta calma relativa no iba a durar mucho tiempo. Cada vez más confiado, el emperador ansiaba emanciparse de los dictados de otros y ejercer el poder por derecho propio.

La primera en sufrir las consecuencias de su autoafirmación fue su madre, quien no había dejado de intrigar a sus espaldas. Harto de sus maquinaciones, resolvió librarse de ella en 59. Al fracasar el intento de ahogarla en el golfo de Nápoles, recurrió a un asesino para que completase la misión. Cuenta la leyenda que, advirtiendo lo que estaba a punto de ocurrir al ver acercarse a su ejecutor, Agripina se apartó las ropas y gritó en un acto final de desprecio a su hijo matricida: «¡Hiéreme en el vientre!».

Eliminada su madre, el reinado de Nerón no tardó en sumirse en un despotismo mezquino. Burro y Séneca acabaron ante el tribunal con cargos inventados, y aunque al final fueron absueltos, perdieron buena parte de su influencia. Aun a medida que adquiría un mayor dominio sobre los mecanismos del poder, el emperador dio muestras cada vez más marcadas de estar perdiendo todo contacto con la realidad. Se encaprichó de Popea Sabina, esposa de uno de sus amigos, y se resolvió a desposarse con ella. Al decir del historiador

Suetonio, «persuadió» al esposo de ella a concederle el divorcio, en tanto que desterró a Octavia, la emperatriz, para hacer después que la matasen y dejar así el paso expedito a su unión con Popea.

En el año 64 se limitó a contemplar con indiferencia, tocando la lira según cuentan, un colosal incendio que se extendió por toda Roma. De hecho, al decir del cronista Tácito, había sido él mismo quien originó semejante infierno a fin de hacer sitio al palacio que quería edificar. Lo cierto, sin embargo, parece ser que ayudó a extinguirlo y brindó refugio en sus jardines a quienes habían perdido su hogar. No obstante, aquello consolidó su reputación de hombre frívolo, irresponsable e incapaz. A fin de desviar la atención, buscó un chivo expiatorio y dio principio así a su persecución de los cristianos. Tácito refiere en estos términos las atrocidades que cometió: «Hizo aún más lacerantes sus muertes mediante todo género de mofas. Los cubrió con pieles de fieras antes de echarlos a los perros para que los desgarrasen, los clavó a una cruz o los quemó para alumbrar la oscuridad al caer la tarde».

Cada vez más convencido de que sus rivales se habían confabulado contra él, hizo ejecutar a todo aquel que se atrevía a criticarlo, incluidos, entre los años 62 y 63, Marco Antonio Palas, Rubelio Plauto y Fausto Sila. En 65 se desveló una conspiración encabezada por Cayo Calpurnio Pisón al objeto de destronarlo y restaurar la república. Se ajustició o se obligó a suicidarse —como ocurrió en el caso de Séneca— a poco menos de la mitad de los 41 acusados. Tomándose por actor con un convencimiento cada vez mayor y haciendo abandono de su deber mientras se tambaleaba la

economía y se generalizaba el desorden, comenzó a cantar y a interpretar diversos papeles en los escenarios, con lo que pasaba más tiempo en el teatro que gobernando el imperio. También se tuvo por atleta, y llegó a participar en los Juegos Olímpicos del año 67, supuestamente con la intención de mejorar las relaciones con Grecia, aunque lo más probable es que no quisiera sino recoger las obsequiosas alabanzas con que se recibía, de manera invariable, cuanto hacía. Ganó diversos galardones, en su mayor parte garantizados de antemano con cuantiosos sobornos procedentes del tesoro imperial.

Llegado el año 68, los militares —a los que había hecho caso omiso en gran medida el emperador diletante— decidieron que era necesario poner fin a la situación. El gobernador de una de las provincias de la Galia se rebeló y convenció a Galba, quien mandaba en otra, para que se uniese a él. Este segundo se convirtió en una de las cabezas visibles más populares de la oposición a Nerón y obtuvo la adhesión de un elemento de vital importancia: la guardia pretoriana. Abandonado por el ejército, Nerón se vio obligado a huir de Roma y a ocultarse. Poco después se suicidaría mientras declaraba: «El mundo pierde con mi muerte a un gran artista». Dejó como legado una gran agitación en todo el imperio al sufrir Roma el llamado Año de los Cuatro Emperadores, durante el cual estalló la guerra civil entre los diversos aspirantes al trono. Las hostilidades no acabaron sino con la llegada de Vespasiano y el inicio de la dinastía Flavia.

Marco Aurelio

(121-180)

Cualquier instante no es más que una mínima parte de la eternidad.

Todas las cosas son insignificantes, mudables, perecederas.

Marco Aurelio, Meditaciones, VI, 36

Marco Aurelio fue el monarca filósofo del imperio romano, dechado de las cualidades que alababa en sus escritos en un reino caracterizado por el gobierno reformador basado en principios sólidos de un territorio tan vasto como turbulento. En la dirección de aquel adoptó un enfoque desinteresado y pragmático, y no dudó en compartir el poder supremo por el bien político del común. Las *Meditaciones*, su obra escrita de más relieve, constituyen un comentario urbano y civilizado sobre la vida que expresa con voz tierna y personal una visión estoica de la vida, la muerte y las vicisitudes de la fortuna.

Marco Annio Vero nació en el año 121, en el seno de una familia de renombre y posición. Su abuelo paterno fue cónsul y prefecto de Roma; una de sus tías era esposa de Tito Aurelio Antonino, el futuro emperador Antonino Pío, y su abuela materna se hallaba en posición de heredar una de las mayores fortunas del imperio. Procedía asimismo de alcurnia liberal: los emperadores de los siglos I y II se mostraban más sobrios, muníficos e inclinados a las obras

de provecho que los gobernantes urbanos de la dinastía julio-claudia fundada por Augusto, más dados a la extravagancia.

Marco estaba destinado a hacer grandes cosas. En 138, el emperador Adriano había dispuesto que fuese adoptado por Antonino, a quien había escogido para ser su heredero. Tal cosa señalaba al muchacho, que a la sazón contaba diecisiete años, como futuro emperador junto con otro joven que se convertiría en el emperador Lucio Vero.

Recibió su formación en griego y en latín de la mano de los mejores tutores, incluidos Herodes Ático y Frontón, una de las figuras literarias principales y más populares de la época. Sin embargo, la práctica de los ejercicios retóricos y lingüísticos no satisfacían por entero a aquel joven tan brillante, que no dudó en abrazar los *Discursos* de Epícteto, liberto que había alcanzado una gran notoriedad en calidad de filósofo moral de la escuela estoica y cuyas enseñanzas se orientaban a obtener el bienestar espiritual y una opinión del mundo clara e imparcial mediante la entereza y el autodomínio. La filosofía en general y el estoicismo en particular serían los pilares intelectuales de la vida de Marco.

Aunque al morir su padre adoptivo, en 161, disponía ya de la preparación suficiente para asumir las obligaciones imperiales, su sentido del honor y su perspicacia política lo llevaron a insistir en que erigiesen a Lucio Vero en coemperador. Aunque no le habría costado eliminar a su rival, le pareció sensato, dada la diversidad del imperio, contar con un socio dotado de la autoridad política necesaria para tomar decisiones de relieve cuando fuera necesario,

pero despojado de la potestad que podría convertirlo en una amenaza para un gobierno estable. En todo momento fue Marco Aurelio quien llevó a término las labores ejecutivas serias.

En cuanto emperador, adoptó la postura benigna que había caracterizado a sus predecesores. Efectuó varias reformas legales y proporcionó ayuda a los menos favorecidos de la sociedad: esclavos, viudas y menores de edad. Pese a los problemas que supuso el abismo que se abría entre los derechos y privilegios legales de que disfrutaban los *honestiores* y los *humiliores* (los ricos y los pobres de su sociedad), se afanó, por lo común, por construir para sus súbditos un imperio más justo y próspero.

Sobre lo que no tenía dominio alguno eran las veleidades de que daba muestras el destino a la hora de distribuir las enfermedades y la guerra. Mientras combatía a los partos entre 162 y 166, muchos soldados contrajeron la peste, que se extendió de este modo por todo el imperio. Entre 168 y aproximadamente 172, Marco (y Vero hasta su muerte, ocurrida en 169) se afanó en someter a las tribus germánicas que poblaban las márgenes del Danubio, siempre dispuestas a hacer incursiones.

Ninguno de estos problemas absorbentes logró, sin embargo, apartar a Marco Aurelio del estudio del pensamiento estoico, y en la última década de su vida, en los ratos libres que podía permitirse en sus campañas y sus deberes administrativos, compuso sus *Meditaciones*. Escritas en griego y dispuestas sin orden, a medida que acudían a su cabeza, consisten en una selección ecléctica de entradas de diario, fragmentos y epigramas en los que aborda los

azares de la vida guerrera, el miedo a la muerte y las preocupaciones e injusticias de la vida cotidiana.

El argumento general de dicha obra es el de que las reacciones exageradas y la amargura persistente constituyen las respuestas más dañinas a las iniquidades de nuestra existencia. «Cuando te aflige algo de fuera, no es por ello mismo, sino por la percepción que de ello tienes —escribe—, y por lo tanto, está en tu mano apartar de inmediato tal juicio». Según otro de sus adagios característicos: «Si pruebas un pepino amargo, tíralo. Si hay zarzas en el camino, evítalas. Basta con eso; no te preguntes por qué existen cosas así en el mundo».

Dado que las redactó con el telón de fondo de la guerra, no es de extrañar que esté muy presente en las *Meditaciones* la condición mortal del hombre. En este sentido, su postura no deja lugar a dudas: «No actúes como si fueras a vivir diez mil años. La muerte te ronda: mientras estés vivo, mientras esté en tu mano, condúctete con bondad».

Aunque él se dejó guiar por este principio durante toda su vida, lo cierto es que no tuvo un gran éxito como padre: antes de morir en el campo de batalla el año 180, nombró sucesor a su hijo Cómodo, cuya tiranía diabólica y demencial desembocó en su propio asesinato. Pese a todo, sin embargo, Marco Aurelio logró articular con más compasión que cualquiera de sus contemporáneos una visión intemporal de la fortaleza con que cumple enfrentar la injusticia y la mortalidad humanas.

Cómodo
(161-192)

[Y]a en sus primeros años era vil y deshonesto, cruel y lascivo, sucio de boca y libertino.

Historia augusta

Este ser malévolo, intrigante, inhumano, depravado, sanguinario, megalómano y corrupto, volvió a figurar en la conciencia popular no hace mucho por medio de la película *Gladiator*. Sea cual fuere su precisión histórica, lo cierto es que esta obra de Hollywood supo capturar la esencia de Cómodo, cuyo reinado, a juicio del historiador británico Edward Gibbon, marcó la decadencia temprana del imperio romano.

Nacido en Lanuvio, ciudad cercana a Roma, fue hijo del emperador y filósofo Marco Aurelio. Desde pequeño lo educaron para sucederle en el trono, y con solo cinco años lo declararon César (emperador en cierne). Llegado el año 169, la muerte de sus dos hermanos varones lo había convertido en el único heredero de su padre, con quien viajaría por todo el imperio a fin de observar de cerca las labores de gobierno.

En 176 —cuando aún no había pasado de los catorce— se le concedió el título de *imperator*, y un año después, el de *augustus* cuando su padre compartió con él el trono *de iure* y lo designó oficialmente su heredero. A estos seguirían otros cargos, incluidos los de tribuno y cónsul. Esta última posición, obtenida en 177, lo

convirtió en el más joven de cuantos había conocido hasta entonces la historia de Roma. Tres años más tarde, en 180, a la muerte de su padre, se erigió en emperador soberano.

No bien logró el poder exclusivo, firmó un tratado de paz con el que poner fin a las campañas militares emprendidas por su progenitor en el Danubio, y celebró un triunfo en las calles de Roma a fin de conmemorar sus «logros». Así y todo, no demostró demasiado interés en los asuntos de estado, y dejó el gobierno cotidiano del imperio a una sucesión de favoritos personales. La nómina de estos la encabezó el liberto Saotero, y entre quienes lo siguieron destacan los prefectos del pretorio Tigidio Perenio y Marco Aurelio Cleandro.

Cómodo prefería dedicar el tiempo a los gladiadores del anfiteatro, en calidad bien de espectador, bien —como cosa extraordinaria— de participante. Convencido de ser la reencarnación del mítico semidiós Hércules, el hombre más importante del imperio se presentaba en la arena vestido con una piel de león y armado de clava o espada, y ante el asombro tanto de senadores como de plebeyos, se conducía como un feroz esclavo —pues no otra cosa era la mayoría de los luchadores— matando sin piedad fieras y hombres a los que habían tenido la prudencia de lisiar por adelantado. Se decía que algunos eran soldados heridos o mutilados tomados directamente de la calle.

Cuando no estaba enzarzado en batallas simuladas, el emperador se granjeó una notable reputación de libertino. Corrían rumores de que podía poner en práctica todas sus fantasías sexuales merced a un harén de trescientas mujeres y muchachas y otros tantos

muchachos. La alta sociedad romana oía escandalizada cuanto se contaba de sus orgías y su decadencia moral. El descontento con el cambio de rumbo que había supuesto el gobierno de Cómodo y su evidente carácter licencioso no tardaron en provocar una gran agitación, y su reinado, en consecuencia, quedó marcado por una serie de conspiraciones y revueltas. Ya en 182, su hermana mayor, Lucila, dirigió una conjura destinada a destronarlo; pero sus planes quedaron al descubierto, y el emperador hizo ejecutar a los responsables (incluida Lucila).

Cómodo inauguró un sangriento reinado de terror que supuso la muerte de ministros a los que consideraba insubordinados o, sin más, no todo lo deferentes que él desearía, y también la de quienes insinuaban siquiera la menor oposición a su gobierno. El emperador se obsesionó cada vez más con su engrandecimiento personal, hasta el extremo de llegar a considerar que el nombre de la mismísima Roma reflejaba de forma inadecuada su majestad. En consecuencia, la rebautizó como Colonia Commodiana y la «refundó» el año 190 presentándose como un Rómulo redivivo.

También cambió la denominación de los meses del año en conformidad con los doce nombres que se había otorgado a sí mismo. Las legiones recibieron el apelativo de *Commodianae*; parte de la flota africana se designó *Alexandria Commodiana Togata*; el Senado tomó el nombre de *Senatus Commodianus Fortunatus*, y tanto a su palacio como al pueblo romano se les asignó el título de *Commodianus*. Sin lugar a dudas se hallaba aquejado de megalomanía en grado sumo.

No resulta, pues, sorprendente que se multiplicasen las conspiraciones contra él, y si bien la mayoría fracasó, al final, a principios del año 193, lo estranguló en el baño un luchador llamado Narciso de resultas de la conjura en que había participado su amante Marcia. Tras su muerte, los ciudadanos de Roma, y en particular las clases altas, pudieron dejar escapar un suspiro colectivo de alivio, y el Senado proclamó emperador al prefecto de la ciudad, Publio Helvio Pertinax. Sin embargo, también él hubo de enfrentarse a no pocos problemas, y el imperio volvió a sumirse en la guerra civil: triste desenlace para la dinastía Antonina, que había tratado de poner fin a estas luchas intestinas.

Cómodo fue el primer emperador desde Domiciano —quien reinó poco menos de ochenta años antes— que subió al trono por nacimiento en lugar de por mérito o fuerza. Y las consecuencias trágicas que tuvo su gobierno para el futuro de Roma fueron muy similares a las que se dieron entonces. Tal como observó el célebre historiador romano Dion Casio, el de Cómodo marcó el paso «de un reino de oro a uno de óxido y hierro».

La *Historia augusta*, colección de biografías de emperadores romanos del siglo IV, recoge la siguiente proclamación hecha por el Senado tras la muerte del emperador:

Que se desvanezca por entero la memoria del homicida y el gladiador... más salvaje que Domiciano y más repugnante que Nerón. Hágase en él lo que él hizo en otros... Los inocentes permanecen insepultos: arrástrese al polvo el cuerpo del asesino.

Él exhumó a los que estaban enterrados: arrástrese al polvo el cuerpo del asesino.

Constantino el Grande

(c. 285-337)

Con este signo vencerás.

Palabras que acompañaban a la visión de inspiración divina que tuvo Constantino antes de la batalla del puente Milvio (312 d. C.)

Constantino fue un hatajo de contradicciones. No era ningún santo, sino más bien un soldado extravagante y brutal de cuello de toro, que mató a sus amigos y aliados y aun a sus familiares más próximos. Ganó su supremacía por la espada, y, sin embargo, su conversión al cristianismo constituyó un acto decisivo para la historia de Occidente.

Cuando nació, a mediados o finales de la década de 280, el imperio romano acababa de quedar dividido por el emperador Diocleciano en porciones orientales y occidentales. Su padre fue Constancio, general del ejército que sería proclamado en 305 emperador del imperio occidental, y de niño, Constantino fue enviado a Nicomedia (la actual ciudad turca de Izmit) a fin de que se criara en la corte de Diocleciano, quien se había quedado con la parte oriental. Durante el reinado de este, fue testigo de la feroz persecución de los cristianos, que se intensificaría después de 303.

En 305 estalló una compleja lucha de poder por el dominio de las dos partes del imperio. Constancio murió en York, en Britania, y Constantino fue erigido emperador por sus soldados. Capaz hombre de guerra, se dispuso enseguida a consolidar su poder, que en un principio se hallaba centrado en la Galia. En 312 cruzó los Alpes con su hueste para atacar a Majencio, también emperador de Occidente, a quien derrotó en la batalla del puente Milvio. La victoria le otorgó el trono de toda la parte occidental. Haciendo caso a un sueño en el que se le apareció Dios, hizo que sus soldados pintasen en su escudo el monograma de Cristo. *In hoc signo vinces*, decía el sueño. Su visión coincidía con su creencia en el Sol Invicto como divinidad única. Su triunfo hizo de Jesús su dios de la victoria: se convenció de que debía su poder al cristianismo. Con todo, su conversión fue también política, y estuvo presidida por la idea de un solo imperio bajo el mando de un emperador único, un único Dios.

En 313, Constantino se reunió con Licinio, emperador oriental, y los dos firmaron el edicto de Milán, proclamación histórica que hizo extensiva la libertad de culto a todas sus gentes, con independencia de la deidad a la que adorasen. Para los cristianos, tal cosa supuso la obtención de derechos legales por vez primera y la posibilidad de organizar a su gusto sus formas de devoción. En virtud de dicho mandato se les devolvieron también las propiedades confiscadas en las persecuciones recientes. Después de este acuerdo, sin embargo, se deterioraron las relaciones entre los dos signatarios, y, en 320, Licinio volvió a perseguir a los cristianos que habitaban la porción

del imperio que se hallaba a su mando. Llegado 324, la rivalidad se había traducido en guerra civil.

Tras salir victorioso de esta, Constantino reunió todo el imperio romano bajo el estandarte de la cristiandad. Alcanzada la cima de su fortuna, escribió que había llegado en calidad de elegido de Dios para suprimir la impiedad, se describió como «igual de los Apóstoles» y comunicó al rey de Persia que, por intermedio del poder divino de Dios, estaba destinado a llevar la paz y la prosperidad a todas las tierras. Abolió la crucifixión, la inmoralidad sexual, la prostitución, los sacrificios paganos y los espectáculos de gladiadores. El domingo, que era el día del Sol, su deidad favorita, fue a sustituir al *šabbāt*. En realidad, aquel no fue precisamente un tiempo de tolerancia, sino todo lo contrario: Constantino comenzó enseguida la persecución de los judíos, los «asesinos de Cristo», que se intensificó a continuación.

El emperador rebautizó la ciudad de Bizancio (actual Estambul), convertida en la Roma oriental y conocida desde 330 como Constantinopla. Allí construyó la iglesia de los Santos Apóstoles en la ubicación de un antiguo templo dedicado a Afrodita. Asimismo, mandó erigir la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, y en Roma, se dotó a la de San Pedro con largueza de plata y otros bienes. La reputación intelectual de la iglesia se vio incrementada cuando Constantino convocó, en 325, el concilio de Nicea a fin de abordar los violentos debates que se estaban dando en torno a la naturaleza humana o divina de Cristo.

El emperador se sirvió de la religión recién adoptada como medio para unificar el estado, aunque de un modo tan despiadado como práctico. En 326 hizo ajusticiar a su hijo Crispo y a su propia esposa Fausta por traición y tal vez por adulterio. Semejante acción lo lleva a engrosar la lista que conforman Herodes el Grande de Judea, el emperador Claudio, Iván el Terrible, Solimán el Magnífico, el sah de Irán, Abás el Grande, Pedro el Grande de Rusia y Enrique VIII de Inglaterra en calidad de homicidas regios de sus mujeres o hijos, si bien solo él y Herodes se las compusieron para matar a representantes de ambas categorías.

Constantino recibió el bautismo en su lecho de muerte, quizás empujado por el convencimiento de que su posición lo había conducido a menudo a incurrir en actos poco cristianos.

Atila el Huno

(406-453)

Este hombre nació para hacer temblar las naciones; fue azote de toda tierra, y de un modo u otro aterrorizó a la humanidad por intermedio de los terribles rumores que sobre él corrían por el extranjero.

Jordanes (historiador godo del siglo VI), Origen y gestas de los godos

Atila, rey de los hunos de 434 a 453, se hallaba acometido de una hambre voraz de oro, tierras y poder. Sufrió solo una derrota, y fue el más poderoso de los gobernantes bárbaros que se nutrieron de los últimos vestigios de un imperio romano que se desmoronaba. Al decir de la leyenda, empuñaba la *Espada de Marte*, otorgada por los dioses como signo de que estaba llamado a gobernar el mundo.

Los hunos constituían una colección de tribus procedentes de las estepas eurasiáticas y poseedores de una reputación temible (la Gran Muralla china se construyó para mantenerlos a raya). Asentándose en las tierras que pertenecen hoy a Hungría, sacaron provecho de la decadencia que vivió el imperio romano entre los siglos IV y V para expandir sus dominios hasta lograr, en el período de prosperidad que se dio durante el reinado de Atila, extender su imperio desde el río Danubio hasta el mar Báltico y abarcar porciones considerables de Alemania, Austria y los Balcanes.

De Atila se decía que era tan malcarado como victorioso: achaparrado y renegrado, y dotado de una gran cabeza, ojos hundidos, nariz aplastada y barba rala. Este hombre violento e irritable era un soldado nato que comía en plato de madera mientras sus tenientes consumían exquisiteces servidas en bandejas de plata. Conforme a la tradición de los hunos, comía y negociaba a menudo a lomos de caballo, mientras que, estando acampada su tropa, se divertía con un bufón, un enano o una de las muchas jóvenes que tenía por esposas.

En 434 murió su tío el rey Rugila, y él y Bleda, su hermano mayor, quedaron al cargo de sus dominios. El imperio romano llevaba mucho tiempo dividido en dos partes, de las cuales la oriental (llamada también *bizantina*) estaba gobernada en aquel tiempo por Teodosio II. A fin de evitar el ataque de los hunos, este se había avenido a satisfacer un tributo anual, y cuando se demoró en el pago, Atila invadió su territorio y capturó y destruyó varias ciudades importantes entre la que se incluía Singidunum (Belgrado).

Tras una tregua precaria negociada en 442, volvió a acometer al año siguiente: arrasó numerosas poblaciones de las márgenes del Danubio y aniquiló a sus habitantes. La carnicería que llevó a término en Naisus (en lo que hoy es Serbia) fue tamaña que, varios años después, cuando llegaron a ella los embajadores romanos para parlamentar con Atila, tuvieron que acampar extramuros a fin de evitar el hedor de la carne putrefacta. Fue incontable el número de ciudades que siguió una suerte similar. Al decir de cierto documento contemporáneo: «Tantas muertes hubo, tal fue el derramamiento de sangre, que resultaba imposible contar los cadáveres. Los hunos saquearon iglesias y monasterios, y mataron a monjes y vírgenes... En tal grado devastaron Tracia, que jamás podrá alzarse de nuevo y ser la que fue». Si Constantinopla escapó a semejante sino fue solo porque la hueste de Atila no logró expugnar los muros de la capital. En cambio, optó por descargar su ira sobre el ejército bizantino, al que infligió una derrota sangrienta. Para volver a imponer la paz se hizo necesario desembolsar cuanto se debía y triplicar los pagos futuros. Entonces, en torno a 445, fue

asesinado Bleda, posiblemente por orden de su hermano, y Atila obtuvo el poder absoluto de su reino. En 447 se produjo un nuevo asalto al imperio oriental. Los hunos golpearon más al este, quemando iglesias y monasterios a su paso y haciendo uso de arietes y torres de asedio a fin de abrirse paso a golpes al interior de las ciudades, que volvieron a arrasarse al tiempo que mataban a sus gentes.

La única derrota de Atila se dio cuando invadió la Galia en 451. Su intención inicial había sido atacar el reino visigodo de Tolosa (Toulouse) más que poner en jaque abiertamente los intereses de Roma en la región. Sin embargo, en 450, Honoria —hija del emperador occidental Valentiniano III— recurrió a él para que la librase del matrimonio concertado con un senador romano a que se veía abocada. El huno recibió su anillo de compromiso, y tomándolo por una propuesta de casamiento de su parte, exigió la mitad del imperio romano de Occidente a modo de dote. Entonces, ante la negativa de Roma, invadió la Galia con un ejército colosal. En respuesta, el general romano Flavio Aecio combinó sus fuerzas con las de los visigodos a fin de hacerle frente. Los oponentes se encontraron en Cénabo (Orleans), y los de Atila se vieron obligados a retirarse durante la batalla de los campos cataláunicos (en Châlons, ciudad de la actual Champagne), en donde murieron miles de guerreros de uno y otro lado. Aquella victoria, una de las últimas de relieve del imperio occidental, supuso a este, sin embargo, la pérdida de buena parte de sus efectivos.

Cuando los hunos asaltaron Italia en 452, Aecio fue incapaz de detenerlos. Ágil y rapaz, la hueste de Atila saqueó y quemó más ciudades grandes y pequeñas, incluidas Aquileia (Aquilea), Patavium (Padua), Verona, Brixia (Brescia), Bergomum (Bérgamo) y Mediolanum (Milán). Lo único que logró frenar un tanto su campaña fue un brote de enfermedad surgido en las filas hunas. Aun así, llegada la primavera se encontraban a las puertas de la mismísima Roma, en donde se había refugiado el emperador Valentiniano. Fue necesaria la intervención directa del papa León I para disuadir a Atila de saquear la ciudad y para que se abstuviese de seguir avanzando hacia el sur.

La muerte de Atila se produjo en 453, tras haber bebido hasta el hartazgo la noche que siguió a su matrimonio con una joven más. Se ahogó en un charco de sangre mientras dormía por causa de una abundante hemorragia nasal. Los soldados que lo enterraron fueron asesinados a continuación a fin de que sus enemigos no pudiesen dar con su tumba ni profanarla.

Mahoma

(570-632)

Hoy he perfeccionado para vosotros vuestra ley religiosa y os he otorgado la medida completa de mis bendiciones, y he dispuesto que el islam sea vuestra religión.

Corán, sura 5

Mahoma fue el fundador de la fe islámica. Los musulmanes lo consideran mensajero de Dios y último de sus profetas, y entienden que transmitió la palabra de Dios a su pueblo a través del Corán. Para ellos, este y los *hadices* —la colección de hechos y dichos de Mahoma— brindan una guía completa sobre cómo llevar una vida de bondad y devoción.

Aunque fundó su religión con el telón de fondo de turbulentas luchas tribales, alentó a sus seguidores a servir a Dios con decoro, humildad y piedad. Con todo, también fue, a ojos vistas, un hombre de estado y de armas implacable, fundador de una nación próspera y en expansión mediante la diplomacia y la guerra, así como de una nueva religión mundial.

Muḥammad ibn ‘Abd Allāh nació en La Meca en 570 d. C. y pasó sus primeros años en el desierto de Arabia al cuidado de una ama de leche beduina. A los ocho años ya no tenía padres ni abuelos, y creció bajo la tutela de su tío Abū T. ālib, hasta convertirse en un joven bien parecido de carácter generoso y grandes dotes a la hora de arbitrar en una disputa.

Este visionario inspirador se hizo célebre en cuanto hombre devoto y espiritual. De forma regular se retiraba al desierto a fin de meditar y rezar, y fue en una de estas ocasiones cuando, en 610, aseguró por vez primera haber conocido la presencia del arcángel Gabriel, quien se le apareció para encomendarle que comenzara su revelación de la palabra de Dios. Aterrorizado, refirió la experiencia a Jadīya, su primera esposa. Ella y su primo Waraqa, ciego y

cristiano, lo interpretaron como un signo de que Dios lo había hecho su profeta.

En los años siguientes, Mahoma siguió recibiendo las revelaciones que darían forma al Corán y que los musulmanes tienen por palabra directa de Dios. No tardó en predicar a las gentes de La Meca y logró convertir a grupos reducidos de amigos y familiares, amén de a varios mecenos de relieve. Les enseñó que había un solo Dios, a quien debían brindar su entera sumisión —pues tal cosa significa la palabra *islām*—, y que él era su verdadero profeta. A muchos de cuantos integraban las tribus politeístas de la ciudad les parecieron perjudiciales estas ideas, y, en consecuencia, amenazaron y persiguieron a los mahometanos. Él envió a un grupo de sus seguidores a buscar refugio en Abisinia (la Etiopía de nuestro tiempo).

En 619, «año de la tristeza» para el islam, murieron Jadīya y T. ālib. Fue alrededor de aquella fecha cuando Mahoma tuvo la experiencia religiosa más intensa de su vida: sintió que el arcángel Gabriel lo transportaba de La Meca a Jerusalén y que ascendía al cielo desde el monte del Templo. Tras contemplar el trono divino de Dios y conocer a profetas como Moisés o Jesús, supo que él ocupaba un lugar prominente entre ellos. También le fue revelada la forma del rezo diario. Este viaje bipartito se conoce como *Isrā'* («viaje nocturno») y *Mi'rāy* («ascensión»).

Perseguido aún en La Meca, Mahoma salió con sus seguidores de la ciudad en 622 durante la Hégira, la gran huida a la ciudad de Yātrib, la actual Medina. Allí obtuvo no poco reconocimiento en

cuanto juez y árbitro, y creció el número de sus adeptos, y allí creó un estado nuevo de tolerancia regido por una constitución. Sin embargo, las tribus judías de la ciudad se resistieron a reconocerlo como el último profeta, portador de la revelación final. Si en un principio había hecho de Jerusalén la *qibla*, el punto hacia la que debía orientarse la oración, en aquel momento designó La Meca para tal fin. Aun así, las tensiones entre él y los mecanos no habían remitido, y entre 624 y 627, de hecho, se entabló una serie de batallas entre sus seguidores y estos últimos. En la primera de ellas, la de Badr, 313 musulmanes derrotaron a una fuerza de mil mecanos. En 627 se acordó una tregua tras la gran victoria obtenida por aquellos en la batalla de la Trinchera. Mahoma, además de visionario religioso, fue un gran estratega militar y político. Cuando algunas tribus judías secundaron a los de La Meca, rompió con ellos y los llevó a juicio. El resultado de este fue la ejecución de una serie de varones hebreos. Su Corán prometía tolerancia a quienes reconocieran la supremacía islámica y pagasen un tributo de sumisión, pero también *yîhādha*, o guerra santa, contra quienes se resistieran.

En 629 emprendió la primera peregrinación (*haÿÿ*) a La Meca, tradición que aún siguen cada año cientos de miles de mahometanos. En 630, cuando rompieron la tregua los mecanos, se puso al frente de una hueste de diez mil fieles para hacerse con la ciudad y destruir los ídolos de las tribus politeístas. Al año siguiente había extendido su influencia a la mayor parte de Arabia, poniendo así fin a lo que llamó «edad de la ignorancia». Mahoma murió en

632, tras impartir su último sermón a doscientos mil peregrinos, y dejó la península Arábiga más fuerte y unida bajo la bandera del islam.

La promulgación e interpretación que hizo Mahoma de la palabra de Dios se basaban en las virtudes de la humildad, la magnanimidad, la justicia, la meritocracia, la nobleza, la dignidad y la sinceridad. El concepto de *ḡihād* interior —la lucha que entabla cada uno dentro de sí para llevar una existencia mejor y más pía— revestía para él la misma importancia que el hecho de tomar las armas contra el enemigo —el *ḡihād* como guerra santa—. Ambos son componentes de gran peso en el islam. Mahoma mejoró los derechos de la mujeres —la obligación de llevar el velo no se impuso hasta mucho después de su fallecimiento— y de los esclavos. Condenó prácticas comunes entre los árabes como el infanticidio femenino; reformó las normas tribales en favor de una ley divina unificadora, y denunció las jerarquías corruptas y los privilegios. Su nombre ha servido de inspiración a incontables obras hermosas de caligrafía y a buena parte de la poesía islámica más exquisita. Aunque los cristianos contemporáneos confirmaron su existencia, lo cierto es que la mayoría de los detalles de su biografía proceden de historias escritas en Iraq e Irán un siglo o dos después de su muerte. Su vida y sus dichos son indispensables para el mundo islámico, y pese a los excesos cometidos en su nombre por los extremistas, siguen orientando en lo espiritual a millones de personas corrientes. Habida cuenta de sus logros, no cabe maravillarse de que los

musulmanes lo tengan por el «hombre perfecto», de naturaleza no divina, aunque sí «un rubí entre piedras».

Mu'äwiya y 'Abd al-Malik

Los califas y las grandes conquistas árabes

'Abd al-Malik ibn Marwān es uno de los más grandes califas árabes y musulmanes. Siguió los pasos de 'Umar ibn al-Jattāb, el Príncipe de los Creyentes, a la hora de gobernar los asuntos de estado.

Ibn Jaldún, siglo XIV

El reino teocrático creado por el profeta Mahoma estuvo a punto de desmoronarse tras su muerte; pero sus sucesores, conocidos como califas o príncipes de los creyentes, supieron restaurar el dominio islámico sobre Arabia y, además, se embarcaron a continuación en una pasmosa campaña militar que, en cuestión de unas cuantas décadas, les proporcionó un imperio nuevo que se extendía desde España, al oeste, hasta las fronteras de la India, al este. Si los cuatro primeros sucesores reciben la denominación de *califas ortodoxos* o *bien guiados*, este período de éxito triunfal terminó con dos estallidos de guerra civil por la dominación política del imperio y su religión. Estos enfrentamientos revisten aún no poca importancia por haber originado el cisma entre chiíes y suníes en el seno del

islam. Con todo, las heridas cicatrizaron en cada uno de los casos gracias a sendos gobernantes notables de la dinastía omeya.

Tras fallecer el profeta, fue a sucederle Abū Bakr, fiel seguidor suyo que envió expediciones de exploración a las provincias bizantinas de Oriente Medio. Sin embargo, a la muerte de este, el siguiente califa, Umar el Justo —un coloso tan sobrio como severo— mandó a las huestes árabes a conquistar las urbes de Damasco y Jerusalén, y, a la postre, Siria, Palestina, Iraq y Egipto. A continuación se hicieron con Persia, y aquel no fue sino el principio.

En 644 fue asesinado Umar y le sucedió 'Utmān ibn 'Affān, quien prosiguió sus victorias antes de que su nepotismo y su mala administración provocasen su asesinato. Para quienes creían que el sucesor debía pertenecer a la familia de Mahoma, el candidato ideal era su primo hermano, Alí, esposo de su hija Fátima; pero no faltó quien sospechase que había estado involucrado en la muerte de 'Utmān y se decantara, en consecuencia, por Mu'āwiya, quien se convirtió en uno de los gobernantes árabes más grandes.

Este aristócrata de La Meca era hijo de Abū Sufiyān, quien había dirigido la oposición a Mahoma. Cuando la ciudad se rindió al islam, el profeta acogió a su familia en el redil y Mu'āwiya ejerció de secretario suyo y contrajo matrimonio con su hermana. El califa Umar lo nombró gobernador de Siria y lo calificó de «César de Arabia», cumplido equívoco que encerraba parte de verdad. Mu'āwiya administró Siria y Palestina durante veinte años en nombre de su primo el califa 'Utmān, pero al ser asesinado este, desafió a su sucesor, Alí. Este, el último de los califas ortodoxos,

murió en la guerra civil que estalló entonces en Iraq, y en 661, Mu'āwiya se erigió en señor del vasto imperio, que incluía Egipto, Siria, Palestina, Iraq, Persia y Arabia.

Era un hombre bien parecido y perspicaz que gozaba de una buena formación y se preciaba de su destreza en cuanto adalid y amante. Construyó una flota islámica con la que conquistó Rodas y Chipre, y a punto estuvo de hacerse con Constantinopla en uno de los ataques emprendidos año tras año contra los bizantinos. Tuvo Jerusalén por capital espiritual, aunque gobernaba desde Damasco, desde donde creó un ideal nuevo de monarquía imperial: la del soberano islamo-árabe, que ha pervivido hasta nuestros días. Ejerció su poder a través de burócratas cristianos y toleró tanto a los correligionarios de estos como a los judíos. Se veía como una combinación de jeque árabe, califa musulmán y emperador romano. Fue transigente y pragmático; siguió una interpretación del islam temprana y flexible, y no tuvo reparos en rendir culto a su Dios en ubicaciones cristianas y judías ni en compartir con estos sus santuarios. Más tarde ampliaría su imperio a la región oriental de Persia, el Asia central, el Sahara y los territorios de las naciones actuales de Libia y Argelia.

Mu'āwiya se hizo célebre por la sensatez y la meditada amabilidad de que dio muestras siendo quizás el gobernante más poderoso del planeta. Se vanagloriaba de su paciencia, y lo cierto es que nadie ha expresado jamás de un modo tan inteligente como él la esencia de la política: «Nunca uso la espada si me basta el látigo, ni el látigo si me es suficiente la lengua. Y aun cuando no sea más grueso que un

cabello lo que me ata a mis semejantes, hago cuanto está en mis manos por qué no se parta: cuando ellos tiran, aflojo, y cuando aflojan, tiro».

Al morir, en 680, su hijo Yazīd no logró afirmarse en la sucesión, y hubo de enfrentarse a diversas rebeliones en Arabia e Iraq. Ḥusayn, nieto de Mahoma, se alzó para vengar la muerte de su padre, Alí; pero fue ajusticiado brutalmente en la ciudad iraquí de Karbalā', y de su martirio surgió el chiismo (de *šī'a*, «facción» o «partido»), división que sigue escindiendo el islam en nuestros días. Aun así, tras el fallecimiento prematuro de Yazīd, Marwān, pariente anciano de Mu'āwīya, comenzó a reconquistar su imperio, hasta que en 685, fecha de su muerte, dejó tan turbulenta herencia a su hijo 'Abd al-Malik, el segundo de los titánicos califas omeyas, menos humano y flexible que Mu'āwīya, pero más intolerante y visionario que él. Lo primero que hizo fue aplastar sin piedad las sublevaciones y recuperar Iraq y Arabia. En el monte del Templo de Jerusalén erigió la Cúpula de la Roca, monumento triunfal de expresión religiosa y grandeza imperial, amén de santuario más antiguo del mahometismo, y ordenó la construcción de la mezquita de al-Aqṣā. 'Abd al-Malik era un hombre grave y delgado de nariz aguileña, cabello rizado y un aliento tan nocivo, al decir de sus enemigos —lo que permite tal vez descartar este detalle en cuanto ejemplo de propaganda hostil—, que le valió el apodo de «Matamoscas». Se veía a sí mismo como la sombra de Dios en la Tierra: si Mu'āwīya fue el César de los árabes, a él cabe considerarlo una mezcla de san Pablo y Constantino el Grande, pues creía en el matrimonio entre imperio,

estado y Dios. Fue él quien dio al libro del islam su forma definitiva —las inscripciones de la Cúpula de la Roca jerosolimitana constituyen el primer ejemplo de la redacción final del Corán—, la que definía los ritos musulmanes y unificaba la suya como una religión única, reconocible en nuestros días, que tiene por pilares fundamentales los textos coránicos y la figura de Mahoma, tal como se expresa en el doble mensaje de la *šahāda*: «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta». 'Abd al-Malik y su hijo el califa al-Walīd extendieron su imperio hasta los confines de la India y las costas de España, y, sin embargo, los integrantes de su dinastía no dejaron nunca de ser mitad teócratas musulmanes y mitad emperadores romanos que vivieron a menudo en una decadencia claramente contraria a la ley islámica. Tal circunstancia desembocó en la caída de la estirpe durante la revolución del año 750. Fueron a sustituirla los califas abasíes, quienes gobernaron desde Iraq y mancharon la reputación de los omeyas. Los chiíes los han considerado siempre herejes y pecadores, siendo así que, para ellos, los califas verdaderos fueron los doce descendientes de Alí y Fátima: de hecho, los de Irán siguen aguardando el regreso del duodécimo.

Wu Zhao

(625-705)

*¡Wu es un monstruo traicionero!
Ojalá me reencarne yo en gato, y
ella, en ratón, para que pueda*

estrujarle el cuello de una vez para siempre.

Consorte Xiao, una de las muchas víctimas de la emperatriz Wu

La única mujer de la historia china que gobernó por derecho propio fue una megalómana depravada y una maquinadora por demás inteligente. Wu Zhao comenzó su trayectoria como concubina del emperador y dominó la corte imperial durante más de medio siglo antes de alcanzar el poder absoluto en calidad de sedicente «emperatriz celestial».

No tenía más que trece años cuando, en 638, llegó al palacio imperial para ejercer de concubina del emperador Taizong. Sin embargo, ya desde pequeña era consciente del poder que emanaba de su belleza y su inteligencia, y a la muerte de Taizong, ocurrida una década más tarde aproximadamente, había logrado congraciarse con Gaozong, hijo y heredero suyo.

Tal como era costumbre entre las concubinas tras la pérdida de su señor, pasó un breve período de retiro en un convento budista. No obstante, un par de años después se hallaba de nuevo en el centro de la vida áulica. Su regreso se debió en parte a la emperatriz Wang, esposa de Gaozong, quien celosa de una de las concubinas de su esposo, la consorte Xiao, albergaba la esperanza de que Wu distrajese la atención del emperador. Semejante maniobra resultaría ser funesta.

Tal como había supuesto Wang, Wu desplazó enseguida a Xiao en calidad de concubina favorita del emperador, a quien, de hecho, daría cuatro hijos. Sin embargo, Wu quería el poder para sí, y no dudó en buscar el mejor modo de acabar con la influencia de la emperatriz. Así, cuando en 654 dio a luz una hija que murió poco después, se aseguró de hacer de Wang la sospechosa principal del fallecimiento de la recién nacida. Gaozong creyó antes a su concubina que a su esposa y, en consecuencia, apartó de su posición tanto a Wang como a la consorte Xiao.

Gaozong sufrió accesos de enfermedad cada vez más frecuentes que fueron minando su fortaleza. Tal circunstancia ofreció a la emperatriz Wu la oportunidad de ejercer su poder en grado creciente: se sirvió de sus agentes a fin de espiar y eliminar a los posibles rivales y a los funcionarios de cuya lealtad recelaba —y entre quienes se encontraban algunos de sus familiares—. A algunos los degradó, a otros los mandó al exilio... y a muchos de ellos los mató. Entre los cientos de cuantos acabaron sus días estrangulados, envenenados o degollados se hallaban Wang y Xiao, a quienes mandó matar cuando supo que Gaozong podía estar considerando la posibilidad de indultarlas. El terror se extendió de forma generalizada por toda la corte imperial, en donde la obediencia servil se convirtió en el único garante de supervivencia.

En 675 se deterioró aún más la salud de Gaozong, y su esposa comenzó a mover los hilos necesarios para garantizarse la sucesión. A la princesa Zhao, tía del emperador, a quien este trataba con creciente favoritismo, la hizo poner bajo arresto domiciliario hasta

que murió de hambre. A continuación, murió de manera repentina el príncipe coronado Li Hong, primogénito de Wu, envenenado por una mano «misteriosa». Lo sustituyó su hermano Li Xian, segundo hijo de la emperatriz. Su relación con él también empeoró con gran rapidez, y en 680 su madre hizo que lo acusaran de traición y lo desterraran. Más tarde lo obligaron a suicidarse. La línea de sucesión pasó entonces a su tercer hijo, Li Zhe.

Fue él quien, en 684, a la muerte de Gaozong, se erigió en emperador y adoptó el nombre de Zhongzong. Huelga decir que la autoridad verdadera seguía estando en la mano de Wu, a la sazón emperatriz viuda. Cuando Zhongzong dio la impresión de querer desafiar su poder, hizo que lo depusieran y coronasen en su lugar a otro de sus hijos, quien adoptó el nombre de emperador Ruizong. El poder de Wu se hizo mayor que nunca. Evitó que Ruizong se reuniera con funcionario alguno o ejerciese funciones de gobierno, y a quienquiera que pusiese en duda semejante orden de cosas lo destituyó de manera sumaria y, en muchos de los casos, lo ajustició. En 686 se ofreció a restituir los poderes imperiales a Ruizong, pero este tuvo el suficiente sentido común para rehusar.

Siempre al acecho de posibles amenazas a su posición, alentó a su policía secreta a infiltrarse en los círculos de funcionarios para identificar a posibles conspiradores. En 688 se aplastó una supuesta conjura contra la emperatriz viuda, y tal acción dio origen a una serie particularmente feroz de asesinatos políticos. Las acusaciones falsas, la tortura y los suicidios forzosos se volvieron cosa habitual. Entonces, en 690, tras un número de peticiones

«espontáneas» para que se hiciese con el trono por derecho propio, Wu acabó por acceder, y Ruizong quedó degradado a príncipe coronado.

Wu gobernó los quince años siguientes empleando los mismos métodos despiadados que le habían garantizado la dignidad de emperatriz, y las acusaciones por motivos políticos y las muertes producidas con el beneplácito del estado siguieron a la orden del día. En 693, se ejecutó por brujería a la esposa de su hijo Ruizong, antiguo emperador y heredero una vez más, quien temía demasiado a su madre para oponer reparo alguno.

Al cabo, en 705, con su propia salud cada vez más debilitada, hubo de ceder el trono ante las presiones de Ruizong. A diferencia de tantas de sus víctimas, murió tranquilamente en su lecho aquel mismo año a la edad de ochenta. En lo que duró su reinado, la política imperial había quedado reducida a poco más que un juego mortal con muchos perdedores. Al decir de un viejo proverbio chino, el que gobierne una mujer es como hacer a «una gallina cantar como un gallo al rayar el día», y lo cierto es que, dada la experiencia de la nación bajo el reinado de la emperatriz Wu, no es de extrañar que nadie más haya puesto en tela de juicio dicha máxima.

Carlomagno

(768-814)

*Que reinen la paz, la concordia y
la unanimidad entre todas las*

*gentes cristianas... pues sin paz
no es posible complacer a Dios.*

*Carlomagno, «Admonitio generalis»
(789)*

Carlomagno —literalmente Carlos el Grande— transformó su reino franco en un imperio cristiano que se extendió desde la costa occidental de Francia hasta Alemania, al este, los Países Bajos, al norte, e Italia, al sur. Con todo, fue más que un conquistador: su corte adquirió no poco renombre por sus logros artísticos y eruditos, en particular en lo tocante a la conservación de las enseñanzas clásicas.

Nieto de Carlos Martel («martillo»), quien había hecho fracasar la invasión musulmana de Francia, compartió el trono de los francos con su hermano hasta la muerte de este, ocurrida tres años después. Su voluntad de poder estaba impulsada por algo semejante al convencimiento de estar cumpliendo con un designio divino, y tal cosa lo llevó a construir un reino cristiano a lo largo de cuarenta y seis años y por mediación de 53 operaciones militares. Consagró 18 campañas a sojuzgar y convertir a los paganos sajones, y una década después conquistó Baviera y reunió en una sola entidad política por vez primera las diversas tribus germánicas occidentales. Su influencia se extendió aún más allá. Desde su base bávara, hizo depender a los principados ávaros —sitos en parte del territorio que ocupan hoy Hungría y Austria— y a los estados eslavos de las márgenes del Danubio del mayor imperio conocido

desde tiempos de los romanos. En 773 recurrió a él el papa Adriano a fin de que lo ayudase en su lucha contra los lombardos, y llegado 778 se había hecho dueño y señor de Italia. Solo en una ocasión vio frustrados sus empeños en dominar Europa: durante la incursión fracasada en España.

Su coronación en calidad de emperador de manos del papa León III fue uno de los obsequios navideños más extraordinarios de que haya tenido noticia la historia. Durante el día de Navidad del año 800, se hallaba en misa en la basílica de San Pedro de Roma, celebrando la consagración de su hijo, futuro Ludovico Pío, en calidad de rey de Aquitania. Al ponerse en pie Carlomagno tras la oración, el sumo pontífice le colocó, sin más, una corona imperial en la testa. Mientras los romanos allí presentes lo aclamaban «augusto y emperador», él, que segundos antes se había ahinojado ante la tumba del primer santo padre, se encontró, pasmado, con el heredero de san Pedro a sus pies, adorándolo «como solía hacerse con los emperadores de la Antigüedad».

Al decir del cronista Eginardo, la ceremonia pilló desprevenido por completo a Carlomagno. Al parecer, el emperador aseguró que, de haber sabido lo que iba a ocurrir, nunca habría acudido aquel día a la basílica. Su indignación, sin embargo, debió de ser fingida sin duda, pues la naturalidad con que se llevó a término la operación hace pensar en que se había planificado y negociado con meticulosidad de antemano. Los bizantinos, a la postre, se dignaron reconocerlo como «emperador», aunque se negaron a hacer otro

tanto de manera automática con sus sucesores, y él, por su parte, tampoco reclamó el trono para ellos.

El llamado Renacimiento carolingio —en honor al propio Carlomagno— transformó la vida espiritual y cultural de la Europa occidental mientras él se afanaba por cumplir con lo que tenía por su cometido divino: la creación de un imperio de veras cristiano. Desde los primeros años de su reinado encargó la copia de textos notables o raros, bien clásicos, bien de la religión de Cristo. Bibliotecas y escuelas florecieron en los monasterios y las catedrales de todos los territorios por él gobernados. En su corte de Aquisgrán (Aix-la-Chapelle) reunió a los eruditos más eminentes de Europa a fin de que instruyesen a una nueva generación de clérigos destinada a crear una cadena de aprendizaje que acabaría por diseminar entre el pueblo esta cultura cristiana. Se dio nueva vida al griego, y se hizo obligatoria la enseñanza intensiva del latín en todos los centros docentes.

La firmeza con que resolvió crear un imperio engendró, es indudable, cierta crueldad. Carlomagno mostró pocos escrúpulos a la hora de hacer frente a sus rivales, quienes en ocasiones pertenecían a su propia familia. Así, sus sobrinos desaparecieron de forma misteriosa al caer en sus manos; depuso a su primo a fin de conquistar Baviera, y cuando Pipino, su hijo jorobado, se rebeló en 792, aplastó la revuelta con una fuerza brutal. Tras garantizar la aprobación papal de su conquista de Italia mediante la promesa de aumentar el territorio del sumo pontífice, incumplió el acuerdo y se quedó con Lombardía. Cuando se alzaron los sajones después de

haber aceptado su soberanía y haberse convertido al cristianismo tampoco mostró la menor compasión: consideró su insurrección un acto de apostasía y traición, y la reprimió con un grado de violencia insólito aun en una era tan feroz como aquella: en cierta ocasión ajustició a cuatro mil de ellos en un solo día. Aun así, por lo general, mostró un gran respeto por los derechos y las tradiciones de las tierras que conquistaba.

Por último, se tornó en un hombre de leyenda mística: mantuvo correspondencia con Hārūn, el califa del imperio abasí, quien le permitió proteger a los cristianos de Jerusalén, en donde creó un modesto barrio para ellos. Corrieron rumores de que había visitado la ciudad en secreto, y tal idea inspiró a los cruzados y dirigentes franceses hasta entrado el siglo XX. De hecho, sus correligionarios acabaron por convencerse de que cabía la posibilidad de que Carlomagno fuese el último emperador que gobernara antes del Juicio Final.

En 813, cuando sintió que pendía sobre él la sombra de la muerte, coronó por emperador a su hijo Ludovico, rey de Aquitania. Falleció meses después, y le sucedió aquel, aunque cuando llegó su última hora, él dividió sus territorios entre sus hijos. El imperio de Carlomagno no duró mucho.

Hārūn ar-Rašīd

(763/766-809)

Un sitio extraordinario, un tiempo extraordinario, pues era en la

edad dorada del buen Harún ar-Rachid.

*Alfred, lord Tennyson,
«Recollections of The Arabian
Nights» (1830)*

Renombrado por su opulencia, su hedonismo, su generosidad y su piedad, Hārūn ar-Rašīd fue el singular califa que gobernó el imperio árabe abasí durante su edad dorada. La fabulosa corte de este amante de la poesía, la música y el saber quedó inmortalizada, en forma ficticia, en *Las mil y una noches*.

Hārūn figura en un buen número de los relatos que se recogen en dicho libro como hombre consagrado al placer y la sensualidad, como gobernante que únicamente abandona su magnífico palacio para internarse de incógnito por la noche en la ciudad en busca de encuentros amorosos. El personaje real fue un caudillo militar capaz y un autócrata cuya devoción poseía un claro componente práctico. Promovía el canto por dar por supuesto que la prohibición coránica respecto de la música no era aplicable a la voz humana. Jinete entusiasta, construyó hipódromos y, según se dice, introdujo el polo en el mundo árabe. Los días de fiesta y las expediciones de caza se convirtieron en ocasiones de esplendor sin parangón.

Su imperio se extendía desde las fronteras de la India hasta España, lo que le permitía buscar placeres en una escala que ningún otro reino podía igualar. De cuando en cuando hacía examen de conciencia y murmuraba: «Que Dios me perdone: he gastado

demasiado dinero». Sin embargo, su largueza alcanzaba a todos: cada mañana donaba al menos mil dírhamms a los pobres, ejemplo que no dudaban en emular sus súbditos más acaudalados y que originó no pocos rumores que afirmaban que las calles de Bagdad estaban empedradas con oro.

Los abasíes habían llegado al trono del imperio islamita en 750, y habían mudado su corte de Damasco a una capital nueva llamada Bagdad y sita en Iraq. Su palacio maravillaba al mundo entero: los embajadores llegados de otras tierras se frotaban los ojos ante la visión de elefantes y leones envueltos en brocado y raso, y contenían el aliento al verse a la sombra de un árbol hecho de oro y plata y engalanado con frutas de piedras preciosas. Tras atravesar veintenas de patios, kilómetros de arcadas de mármol e innumerables cámaras revestidas de riquezas casi inimaginables, acababan por llegar en presencia del califa. Allí los deslumbraba el trono de ébano con incrustación de gemas tan brillantes que parecían eclipsar el sol.

Los califas se lanzaban de cabeza al exceso. Cuando contrajo matrimonio su hijo al-Mā'mūn, Hārūn hizo derramar un millar de perlas sobre la novia. Sus dos mil siervas cantoras, 24 concubinas y cinco esposas no parecen demasiadas si se comparan con las cuatro mil concubinas de uno de sus descendientes, quien durante un reinado que no pasó del millar de noches se las compuso para dormir con cada una de ellas. Menos éxito tuvo Mā'mūn en la de sus bodas: a los recién casados les resultó irritante la fragancia de las preciosas velas de ámbar gris y pidieron que las sacaran de la

alcoba, de donde poco después salió el novio cuando se hizo evidente que la menstruación de su esposa impedía consumir el matrimonio.

Las leyendas del harén abundaban, y la muerte aguardaba a cualquier hombre distinto del califa que osara internarse en aquel reino enigmático y voluptuoso. Cada una de las siete esclavas perfumadas de azafrán y agua de rosas que asistían a Hārūn durante su siesta diaria sabía lo que la sensualidad podía comportar. De hecho, al-Jayzurān, la madre de aquel, había pasado de ser sierva a poderosa consorte del califa.

Los poetas y los músicos acudían en bandada a la corte, que se convirtió en el centro cultural del mundo islámico. Ensalzando a su señor en un lenguaje tan suntuoso como los objetos que lo rodeaban, los primeros se hacían merecedores de recompensas generosas, en tanto que los segundos, ocultos tras cortinajes de terciopelo, proporcionaban el ambiente ideal de largas veladas en que corrían la bebida y los alimentos. No obstante, la muerte acechaba siempre en medio del hedonismo, pues en las sombras abundaban las intrigas.

Hārūn hizo de Bagdad el eje de la civilización y la hizo digna de la denominación de «novia del mundo». Convencido de que «resulta desgraciado que un gobernante no sea hombre instruido», jamás dejó de tratar de adquirir conocimiento ni de promover el saber y las artes entre su pueblo. Creó becas, invitó a eruditos de todo reino a visitar su capital y alentó a sus propios estudiosos, en otro tiempo introspectivos, a sacar provecho de sus enseñanzas. Inauguró un

período de traducción de obras filosóficas clásicas griegas y cristianas, y florecieron las matemáticas, la medicina, la astronomía y la ingeniería. Con todo, no había nada que lo atrajese más que la poesía. Él mismo no era ninguna medianía en este ámbito, y su conocimiento de la versificación no tenía paralelo ni entre los más cultos, a quienes corregía con frecuencia cuando erraban en algún término. Sus palacios estaban poblados de vates, a quienes recompensaba con prodigalidad. Tanto lo dominaba esta pasión, que cuando peregrinaba renunciaba a ella como acto de abnegación. Su poderío político descansaba en su capacidad para granjearse lealtades. En 789, cuando se erigió en quinto califa abasí a la edad de veintidós años, el pueblo llano de Bagdad abarrotó las calles de forma espontánea a fin de celebrarlo. Ha recibido no pocas críticas por confiar el gobierno a la familia de administradores conocida como *barmáquidas* durante los primeros años de su reinado, así como por haberse dejado influir demasiado por su madre, la temible al-Jayzurān. El carácter francamente confiado que le otorgaba su instinto lo hacía propenso a aceptar el consejo de visires y teólogos, y, de igual modo, prefirió encomendar los asuntos de estado a los expertos mientras él recorría sus extensos territorios en viajes de inspección y se daba a conocer a sus súbditos. Sus incursiones por las calles de Bagdad eran quizá más paternalistas que amorosas, pues se decía que vagaba por la capital disfrazado a fin de supervisar el bienestar de sus gentes.

Hārūn ar-Rašīd era persona de genio vivo, aunque no tardaba en arrepentirse y raras veces tomaba venganza. Ya ḥyā al-Barmakī

había sido tutor suyo durante su infancia, amén de su primer visir y el hombre a quien llamaba *padre*. Tras diecisiete años de servicio, durante los cuales él y su familia monopolizaron el gobierno del califato, Hārūn ejecutó en un golpe de estado relámpago a toda su parentela y a su séquito. Cuenta la leyenda que lo hizo en represalia por la aventura que mantenía con su hermana Ŷa'far al-Barmakī, visir suyo a la sazón. Cuando el califa decidió enfrentarse a los barmáquidas, pidió a su gran visir que pasara la noche de francachela. Mientras en tal se ocupaba, Ŷa'far recibió un obsequio tras otro de su señor, hasta que, al cabo, llegó un mensajero con una única petición de Hārūn: su cabeza. Más propia de su persona fue la peregrinación que, acto seguido, emprendió a La Meca. Esta fue la última de las nueve que hizo en su vida, y en esta ocasión recorrió descalzo los más de mil kilómetros que separaban ambas ciudades a guisa de penitencia por los actos cometidos contra una familia a la que tanto debía.

Hārūn fue uno de los gobernantes más respetados de su tiempo, reconocido por los dos emperadores de Europa. Todo apunta a que Carlomagno le envió presentes, y recibió a cambio un elefante y las llaves del barrio cristiano de Jerusalén. El tributo de los mandamases de Bizancio, no obstante, estaba garantizado por la fuerza militar más que por la buena voluntad, dado que Hārūn los venció en varias ocasiones. Después de erigirse en emperador, Nicéforo I trató de dejar de pagar el impuesto debido a los califas y, además, exigió la devolución de las cantidades desembolsadas por su predecesora, la emperatriz Irene. La respuesta de Hārūn fue muy

sencilla: «Tardaréis menos en oír mi contestación que en leerla». Poco podía hacer Nicéforo, antiguo funcionario, contra la competencia militar de su oponente. Cuando los 135 000 soldados que conformaban la hueste de su oponente devastaron Asia Menor y una fuerza naval comparable abrumó Chipre, el emperador no pudo menos de capitular y avenirse a pagar un tributo anual de treinta mil monedas de oro acuñadas con la efigie del califa y sus tres hijos. La muerte de Hārūn, ocurrida a la edad de cuarenta y siete años, puso fin al reinado de uno de los califas más admirados de la historia.

Marozia y la pornocracia papal

(c. 890-932)

... [E]se monstruo sin una sola virtud con la que expiar sus muchos vicios.

Veredicto de los obispos convocados por Otón I a fin de juzgar al papa Juan XII (962)

Hermosa, siniestra y astuta, Marozia fue una ramera política y noble poderosa que llegó a senadora y a patricia de Roma, a reina de Italia y a amante, asesina, madre y abuela de diversos papas. La suya fue una vida asombrosa de depravación, codicia, homicidios y crueldad que dominó el papado durante varias décadas.

Nació en 890 y fue hija del conde Teofilacto de Túsculo y su cortesana Teodora, a quien sus enemigos calificaron de «furcia impúdica» y de «monarca absoluta de Roma». De hecho, tanto ella como sus dos hijas, Marozia y otra Teodora, dejaron memoria infausta. Tal como escribió el historiador inglés Edward Gibbon:

La influencia de las dos prostitutas Marozia y Teodora se hallaba fundada en su riqueza y su beldad, así como en sus intrigas políticas y amorosas: a los más enérgicos de sus amantes se les concedió la mitra romana, y su supremacía puede haber sugerido a un período más oscuro el mito de una papisa. El hijo ilegítimo, el nieto y el bisnieto de Marozia, excepcional genealogía, llegaron a ocupar la cátedra de san Pedro.

Marozia se amancebó con el papa Sergio III a los quince años, y de su unión nació un hijo bastardo que acabaría por convertirse en el papa Juan XI. En 909 contrajo matrimonio con Alberico, duque de Spoleto, y tuvo con él otro hijo, Alberico II. La senadora de Roma se convirtió así en la más poderosa de la aristocracia dominante. Tras el asesinato de Alberico I, se hizo amante del papa Juan X, hombre severo e inteligente que también había mantenido relaciones con su madre y que no se dejó manipular por ella. Derrotó a los sarracenos, pero Marozia acabó por odiarlo y se volvió contra él desposándose con su enemigo Guido de Toscana. Juntos conquistaron Roma e hicieron preso al sumo pontífice. Marozia hizo estrangular a Juan X (cuyo papado se extendió de 914 a 928) en el castillo de Sant'Angelo y se hizo directamente con el poder, que ejerció por intermedio de

León VI y Esteban VIII, títeres suyos, antes de elevar a la dignidad de santo padre en 931 a su propio hijo, quien a los veintiún años adoptó el nombre de Juan XI. Al enviudar de nuevo, Marozia se casó con Hugo de Arlés, rey de Italia, y gobernó con él (Hugo ya tenía esposa, aunque esta murió de un modo muy oportuno, sin lugar a dudas por intervención de Marozia). Ambos fueron derrocados por el hijo de ella, el duque Alberico II, que encerró a su madre de por vida y dirigió Roma a lo largo de cuatro papados. Cuando el cuarto papa hizo por resistirse a su autoridad, lo hizo torturar hasta acabar con su vida. En su lecho de muerte, Alberico exigió que se hiciera papa a su hijo bastardo Octaviano.

Este, nieto de Marozia, fue entre 955 y 964, con el nombre de Juan XII, el pontífice más vergonzoso de cuantos han encabezado la iglesia cristiana, antítesis de las virtudes de dicho credo. Llevó una vida privada de inmoralidad descarada y trocó el Vaticano en un burdel. Hombre embustero, cruel e imprudente, personificó junto con su madre la llamada *pornocracia* papal de la primera mitad del siglo X. Como era de esperar, fue su depravación insaciable la que provocó su propia caída.

Octaviano se alzó en la más elevada autoridad de la iglesia cristiana el 16 de diciembre de 955, y se convirtió así, a los dieciocho años, en gobernador espiritual y secular de Roma. Descendía de Carlomagno por parte de su madre, Alda de Viena, si bien no mostró ninguna de las virtudes que puedan esperarse de un santo padre. Su vida privada era un rosario de pecados. Desdeñando el celibato que exigía su posición, se condujo como un adúltero

desenfrenado y fornicó con cientos de mujeres entre las que se contaba Estefanía, concubina de su padre. El palacio de Letrán, en otro tiempo morada de santos, se convirtió en un lupanar en el que deambulaban centenares de fulanas dispuestas a satisfacer sus antojos sexuales. Además, Juan tuvo relaciones incestuosas con dos de sus hermanas.

A lo largo de su reinado, su suerte estuvo entrelazada con la del rey germano Otón I el Grande, amigo de la iglesia a quien pidió ayuda tras ser derrotado su ejército en una guerra contra el duque Pandolfo de Capua y perder, a continuación, los Estados Pontificios ante el rey Berengario de Italia. Otón llegó a la península con su poderosa hueste y obligó a este último a dar marcha atrás. Al llegar a Roma, a finales del mes de enero de 962, ofreció juramento de lealtad a Juan, cuya autoridad se comprometió a reconocer, y el 2 de febrero, el papa lo coronó a él emperador del Sacro Imperio Romano, y a su esposa, la reina Adelaida, emperatriz.

Aunque esta formidable alianza era beneficiosa para ambos, cada uno de ellos comenzó a afanarse de inmediato por dominar al otro. Poco después de su coronación, el rey germano publicó el *Privilegium ottonianum*, tratado por el que reconocía los derechos papales sobre el grueso de la Italia central a cambio del juramento de que en el futuro no se consagraría sumo pontífice alguno sino después de haber jurado lealtad a la cabeza del Sacro Imperio Romano. Sin embargo, cuando el monarca partió de Roma el 14 de febrero de 962 para proseguir las hostilidades contra Berengario, Juan, temeroso de la fuerza de Otón, entabló negociaciones en

secreto con Adalberto, hijo de Berengario, a fin de que se sublevara contra él, y envió cartas a otros dirigentes europeos para incitarlos a hacer otro tanto. Los soldados germanos, sin embargo, interceptaron dichas comunicaciones y pusieron al descubierto la conjura, y si Juan había albergado alguna esperanza de aplacar al furioso Otón, lo cierto es que hubo de abandonarla de inmediato. Cuando Juan recibió a Adalberto en Roma con gran ceremonia, los obispos y nobles cercanos a la corona del Sacro Imperio se rebelaron. Juan se vio obligado a abandonar Roma el 2 de noviembre de 963, fecha en que regresó Otón a la ciudad.

Mientras se ocultaba en los montes de la Campania, Otón reunió una comisión de cincuenta obispos en la basílica de San Pedro a fin de que compilase contra él una relación de cargos políticos y personales que iban desde el sacrilegio —en el que había incurrido al proferir blasfemias o brindar con vino por el diablo— hasta el adulterio, el perjurio y aun el asesinato (se le acusó de cegar a Benedicto, su confesor, y provocar con ello su muerte, y de castrar y matar a Juan, su cardenal subdiácono). Los excesos de su existencia privada lo habían conducido también a cometer delitos manifiestos en calidad de papa, incluido el de simonía —al otorgar títulos episcopales y otros beneficios eclesiásticos a cambio de dinero— a fin de saldar sus onerosas deudas de juego.

El 4 de diciembre de 963 el sínodo lo halló culpable, lo depuso y colocó en su lugar al papa León VIII. Sin embargo, su nombramiento se hizo sin respetar los procedimientos canónicos debidos, y fueron pocos quienes lo consideraron un sustituto

legítimo. Cuando Otón y Adalberto volvieron a encontrarse en el campo de batalla, estalló una nueva revuelta en Roma que restauró a Juan en el papado e hizo huir a León. Quienes habían traicionado a aquel sufrieron entonces una venganza horrible. Al cardenal diácono Juan le cortó sin piedad la mano derecha, e hizo azotar al obispo Otgario de Espira. A otro de sus subordinados le cercenaron la nariz y las orejas, en tanto que otros muchos se vieron excomulgados. El 26 de febrero de 964, Juan revocó los decretos de Otón en un sínodo extraordinario y volvió a afirmar su propia autoridad papal.

Su posición, no obstante, seguía siendo precaria, y cuando el rey germánico derrotó al fin a Berengario en el campo de batalla y comenzó a avanzar de nuevo hacia Roma, se hizo previsible que volverían a deponerlo. Sin embargo, el 16 de mayo de 964, Juan, lujurioso hasta el final, sufrió un colapso y murió ocho días después de ser sorprendido en adulterio. No falta quien sostenga que lo molió a palos el esposo engañado, que fue asesinado o aun que lo reclamó como suyo el demonio. La mayoría prefirió creer que había muerto fulminado por intervención divina o por extenuación carnal.

El papa Juan XII fue mancha en el nombre de la iglesia cristiana. Se dice que los monjes rezaban día y noche por su defunción. «Se os acusa de obscenidades que nos provocarían sonrojo de ser vos un intérprete de teatro —fue el veredicto que expresó el emperador Otón en la carta que le remitió tras convocar al consejo de obispos destinado a destituirlo—. Haría falta todo un día para enumerarlos todos».

Basilio II Bulgaróctono

(957/958-1025)

En lugar de aplacarse, el emperador marchó año tras año sobre Bulgaria y asoló y devastó cuanto halló a su paso... Dejó ciegos a los cautivos búlgaros —a unos quince mil, dicen— y ordenó que regresaran de cien en cien... guiados por un tuerto.

Juan Skylitzes, historiador bizantino de finales del siglo XI

Basilio II fue uno de los gobernantes más poderosos, eficaces y brillantes del imperio bizantino, aunque también uno de los más despiadados, a medio camino entre el héroe y el monstruo. Hombre de estado y militar de éxito notable, siempre ocupado en una hostilidad u otra, Basilio —quien jamás contrajo matrimonio ni engendró hijo alguno— reinó cincuenta años y expandió su territorio hasta extremos nunca vistos. Convirtió a los rusos al cristianismo, derrotó a los búlgaros, conquistó el Cáucaso y patrocinó las artes.

Las descripciones que dan cuenta de su aspecto se compadecen bien con su condición brutal. Hombre de constitución atlética y semblante redondo, bigote poblado y penetrantes ojos azules, tenía

la costumbre de hacer girar el vello del rostro entre los dedos cuando estaba irritado o nervioso —cosa no poco frecuente, dado su temperamento explosivo—. Jamás se relajaba ni bajaba la guardia ante los posibles enemigos, y tenía siempre la diestra dispuesta para echar mano a la espada. Despreciaba las joyas, y gustaba de vestir armadura y comer lo mismo que sus soldados, a quienes prometía cuidar de sus hijos en caso de morir por él en la batalla.

Era nieto de Constantino VII e hijo de Romano II; pero la política de fuerza del imperio bizantino era traicionera, y los primeros años de su vida estuvieron marcados por la intriga y la rebelión. Su padre murió en 963, y los dejó a él —que a la sazón contaba solo cinco años— y a su hermano menor, Constantino, compartiendo el trono imperial. Aunque este le sucedería en 1025 para gobernar tres años por derecho propio, lo cierto es que durante el reinado de Basilio no desempeñó función activa alguna: aceptó su supremacía y se conformó con asistir a las carreras de carros del hipódromo de Constantinopla.

En 963, sin embargo, Basilio era demasiado joven para dirigir el imperio, y, en consecuencia, su madre, Teófano, se desposó con un general del ejército que tomó el cetro como Nicéforo II aquel mismo año. En 969 su esposa hizo que lo asesinara su siguiente amante, Juan Tzimiscés, quien gobernaría a su vez hasta su muerte, ocurrida en 976. Basilio, cumplidos ya los dieciocho, accedió por fin al trono; pero no tardó en tener que hacer frente a una rebelión en toda regla encabezada por dos terratenientes de no poca ambición: Bardas Sklerós, a cuya mesnada no tardó en derrotar en 979, y

Bardas Focas, vencido en abril de 989 tras dos años de combates. La leyenda cuenta que Basilio aguardó paciente a lomos de su montura, con la espada en una mano y una representación de la Virgen María en la otra, a enfrentarse a él en combate singular antes de que su oponente cayera fulminado de súbito por una embolia.

Basilio había exigido como trofeo la cabeza cercenada de Focas. Aún era joven, y había demostrado ser un guerrero arrojado e implacable que no temía acaudillar a sus ejércitos en el campo de batalla. Aun así, la dirección del imperio quedó, en gran medida, en manos de su tío, el eunuco Basilio Lekapenos, gran chambelán del palacio imperial. Aquel, por ende, no dudó en acusarlo de secundar en secreto la causa rebelde, y lo exilió de Bizancio en 985. Desconfiando de la minoría selecta establecida, prefirió ofrecer su patrocinio y protección a modestos granjeros a cambio de la prestación de servicios militares y el pago regular de impuestos. Derribó de forma sistemática a cualquier posible rival, a quien confiscó tierras y caudales a fin de sufragar sus incesantes campañas militares.

En 996, furioso por las incursiones árabes en territorio bizantino, reunió a cuarenta mil hombres y atacó Siria, que quedó así anexionada al imperio durante los setenta y cinco años siguientes. De paso saqueó Trípoli, y a punto estuvo de llegar a Palestina y Jerusalén. Su peor enemigo, no obstante, era el zar Samuel de Bulgaria, hombre tan ambicioso y peculiar como él, que se había servido de las distracciones que habían supuesto las guerras civiles

bizantinas para extender su propio imperio desde el Adriático al mar Negro y hacerse con parte del territorio de Basilio. Las primeras expediciones emprendidas por este contra los búlgaros, como fue el caso del sitio de Sofía, ocurrido en 986, habían sido onerosas y poco prósperas, y, de hecho, habían desembocado en la desastrosa emboscada sufrida en el paso conocido como Puerta de Trajano, en la que a punto estuvo de seguir la suerte que corrieron miles de sus combatientes. Desde 1001, sin embargo, erradicados los enemigos que tenía en el interior del imperio, comenzó a recuperar el territorio conquistado por Samuel y no tardó en recobrar Macedonia. Sus triunfos fueron tenaces, aunque no espectaculares, hasta que, el 29 de julio de 1014, en la batalla de Clidio, obtuvo una victoria colosal que puso en sus manos la capital de Samuel.

A modo de brutal desenlace de la campaña, Basilio hizo formar a los prisioneros de la hueste derrotada y los cegó a todos. Como gesto macabro, dejó un ojo sano a uno de cada cien para que aquellos desdichados guerreros pudieran hallar el camino de regreso a sus hogares. Unos quince mil soldados se alejaron del campo de batalla caminando penosamente en columnas de aspecto grotesco, heridos, ciegos y aterrados hasta la médula. Al decir del historiador del siglo XI Juan Skylitzes, el zar perdió el conocimiento al contemplar la vuelta de sus ejércitos y murió de una apoplejía. Aquel horrible episodio hizo merecedor a Basilio del epíteto de «Bulgaróctono», «asesino de búlgaros».

Ḥassan as-Ṣabbāḥ y sus ***Ḥ**aşṣāṣīn*

(1056-1124)

Nadie escapaba al Jefe de la Montaña cuando este lo quería muerto.

Marco Polo

No es descabellado considerar al llamado «Viejo de la Montaña», Ḥassan aṣ-Ṣabbāḥ, un precursor del terrorismo yihadista moderno, un Osama bin Laden medieval —aunque chií, a diferencia de este—. Sin embargo, fue también un hombre sabio y místico, un dirigente militar y religioso carismático que amplió el poder de su secta mucho más allá de los recursos que poseía. Su base de al-Amūt, sita en las alturas de los montes al-Burz, en el Irán septentrional, fue el centro de acción de la secta misteriosa y mortal conocida como la de los *ḥaššāšīn*. Marco Polo, que visitó la región durante su viaje de regreso de la China, habló de un hermoso vergel en el que un jefe poderoso adiestraba a homicidas fanáticos para hacer de ellos seguidores leales con promesas del paraíso que alimentaba con hachís. De este modo lograba que estuviesen dispuestos a hacer cuanto les pidiera (hasta suicidarse, si tal era su deseo).

Ḥassan aṣ-Ṣabbāḥ nació en la ciudad persa de Qom y llegó a ser un admirado erudito del chiismo. Siendo aún joven, su familia se mudó a la ciudad de Ray, en donde él se resolvió a consagrar su vida al ismailismo, secta perteneciente a dicha rama del islam. Pronto se abrió paso hasta la corte de los turcos seljucíes, dinastía cuyo imperio dominaba buena parte de Irán, Mesopotamia, Siria y

Palestina entre los siglos XI y XIV. Llegó a ser uno de los consejeros principales del sultán, quien en determinado momento se sintió ofendido por él y lo desterró. Él no olvidaría jamás tamaña afrenta.

A continuación vagó por Oriente Medio hasta dar con su persona en Egipto en 1078 aproximadamente. El Cairo era entonces capital del imperio fatimí, cuyos califas eran chiíes ismailíes. Allí permaneció unos tres años. Prosiguió sus estudios y se erigió en cabecilla religioso de la facción nizarí. Sin embargo, al salir malparados él y los suyos de cierto enfrentamiento político y verse expulsados de El Cairo, optó por guiar a sus seguidores por una senda diferente: se asentó con ellos en una serie de fortalezas situadas a lo largo de Oriente Medio, desde el Líbano hasta Iraq y desde Siria hasta Irán. Regresó a su país de origen y tomó el castillo de al-Amūt, que sería su refugio y capital hasta su muerte.

Allí emprendió la creación de una milicia de seguidores armados a fin de que defendieran su «reino», buscasen prosélitos para su secta chií o destruyeran a los enemigos del islam verdadero. Los extranjeros sostenían que, por mediación del uso liberal de las sustancias psicoactivas del cáñamo índico (*ḥašīš*) formó el cuerpo de los *ḥaššāšīn* («fumadores de hachís», origen de la palabra *asesino*) a fin de aniquilar a los «usurpadores impíos» y a los dirigentes suníes. Aunque en teoría permaneció leal a los califas fatimíes de El Cairo, en la práctica siguió siendo una fuerza política independiente nada desdeñable, temida y odiada por todas las potencias de relieve de Oriente Medio. Por encima de todo, ejerció su autoridad por intermedio de la fe, la fuerza de voluntad y el carisma. Sus adeptos

se consideraban representantes de la «nueva doctrina», y sus sobrecogedores combatientes, los fedayines u homicidas sagrados, despertaban la admiración de algunos y el pavor de todos. Entre los musulmanes había también quienes los llamaban *batiníes* por considerar que aspiraban al conocimiento esotérico. Su arma predilecta era la daga, que en ocasiones untaban de veneno.

Ḥassan desterró a uno de sus seguidores al que descubrió tocando la flauta, y hasta ejecutó a su hijo por beber vino. Adoctrinaba, adiestraba y pertrechaba a quienes entraban a su servicio antes de mandarlos a cumplir sus órdenes. En este proceso revestía una importancia fundamental el delicioso jardín que había construido y que Marco Polo describe como el «más grande y hermoso» que hubiese visto el mundo. Las historias de los *ḥaššāšīn* tienen mucho de leyenda. No hay nada que pueda confirmar la descripción del explorador italiano, quien asegura que tras sus muros había conductos por los que corrían el vino, la leche, la miel y el agua, y que entre ellos retozaban grupos de mujeres. Tal era el efecto, que no faltaba quien tuviese el lugar por el verdadero Edén. Marco Polo describe en estos términos el método que empleaba Ḥassan para manipular a los jóvenes y ganarse su obediencia ciega:

El Viejo... hacía que tomasen una poción que les inducía un sueño inmediato, y a continuación mandaba trasladarlos al vergel para despertarlos. Al abrir los ojos... veían todas las cosas que he descrito, y se convencían de estar de veras en el Paraíso. Las damas y damiselas pasaban todo el día con ellos, tocando y cantando entre liberales muestras de alegría, y

prodigándoles placeres. Aquellos jóvenes, pues, tenían cuanto pudiesen desear, de tal modo que ninguno habría abandonado aquel lugar por su propia voluntad.

Sin embargo, llegados a este punto, volvían a adormecerlos y los llevaban de nuevo al castillo de su anfitrión, en donde este les ofrecía un pacto muy sencillo: podrían regresar al Paraíso, del cual era guardián, siempre que hicieran cuanto él les pidiese.

Sea como fuere el sistema utilizado para lograrlo, lo cierto es que Ḥassan contaba con la lealtad incondicional de su secta de creyentes fanáticos, de la que se servía para fomentar la sublevación contra los sultanes seljucíes y los califas abasíes, todos ellos adeptos del sunismo, así como contra los cruzados infieles. Sus hombres mataban a los súbditos de aquellos, y en ocasiones también a fatimíes. Asesinaron a los príncipes cruzados Raimundo II, conde de Trípoli, y Conrado de Montferrato, cuya muerte pudo obedecer a los designios de Ricardo I de Inglaterra (de todos era sabido que el Viejo colaboraba en ocasiones con paladines de las cruzadas). Mucho más tarde, uno de los *ḥaššāšīn* estuvo a punto de acabar con la vida del príncipe Eduardo de Inglaterra con una daga envenenada; pero el futuro Eduardo I sobrevivió al ataque. Se decía que los caballeros hospitalarios los contrataron para acabar con varios de sus oponentes. Entre los dirigentes musulmanes no faltaron quienes, indignados por el poder del Viejo de la Montaña, trataron a menudo de acabar con él. Sin embargo, se enfrentaban a un enemigo muy poderoso: cuando el sultán Saladino determinó

destruir a sus seguidores, topó con una daga bajo la almohada y optó por hacer caso a semejante advertencia. Los grandes príncipes de Oriente Medio los atacaban de cuando en cuando, y en todo momento los hombres de Ḥassan volvían a reafirmar el suyo como estado forajido de cualidades singulares.

El jeque sufrió muerte natural en 1124, y fue a sustituirlo su secuaz Kiya Buzurg-Ummīd, quien creó una dinastía de *ḥaššāšīn* cuando lo sucedió su hijo. Con todo, el kan mongol Hulugu, conquistador y nieto de Gengis Kan, asaltó al-Amūt en 1256, y el sultán Baybars, gobernante mameluco de Egipto, arrasó en 1273 los últimos baluartes con que contaban en Siria.

Godofredo de Bouillon y los reyes cruzados de Jerusalén (1060-1100)

... De haber estado allí, nos habríais visto los pies teñidos hasta los tobillos con la sangre de los caídos. Pero ¿qué más puedo referir? Ninguno de ellos quedó con vida: ni siquiera se respetó la de las mujeres y los niños.

Fulquerio de Chartres, cronista medieval y capellán de los ejércitos de Godofredo de Bouillon y sus hermanos, en su descripción del sitio de Jerusalén de 1099

El cruzado Godofredo de Bouillon llegó a ser el primer gobernante del reino cristiano de Jerusalén después de matar de manera indiscriminada a miles de judíos y mahometanos y «purificar» la ciudad en nombre de Dios.

Nació en 1060, probablemente en Boulogne-sur-Mer, hijo de Eustaquio II de Boulogne —quien había luchado del lado de los normandos en la batalla de Hastings en 1066— y la beata Ida de Boulogne —mujer piadosa que fundó cierto número de monasterios—. Fue un niño atlético de cabello rubio y rasgos «agradables» y, al decir de Guillermo de Tiro, «de gran estatura... fortaleza sin par, extremidades de gran solidez y pecho robusto». Aunque, dada su condición de segundogénito, no estaba llamado a heredar gran cosa de su padre, en 1076, su tío, hombre jorobado y sin descendencia, le legó el ducado de Baja Lorena.

Si bien Godofredo fue en muchos aspectos el cruzado por excelencia, la de la cruzada fue idea de un visionario: en 1095, el papa Urbano II anunció un nuevo concepto teológico: el de la guerra santa cristiana. El 27 de noviembre se dirigió en Clermont a una multitud a fin de declarar que todo aquel que tomase la cruz y luchara para liberar y limpiar el Santo Sepulcro de Jerusalén, para liquidar al infiel, tenía garantizado el perdón de sus pecados. Respondieron a su llamamiento ochocientas mil personas —desde príncipes hasta campesinos—, que partieron hacia la casa santa y recaudaron dinero por todos los medios posibles —lo que en ocasiones supuso la aniquilación y el saqueo de comunidades

judías—. Si bien algunos eran aventureros deseosos de hacer fortuna —tal como ocurrió a la familia de Godofredo—, lo cierto es que aquel fue un tiempo de fe, y la gran mayoría estaba constituida por creyentes sinceros que pusieron en riesgo su vida —y la perdieron a menudo en el camino— a fin de alcanzar Jerusalén. El mismísimo Godofredo acudió a la llamada junto con sus hermanos Eustaquio y Balduino. Él declaró hallarse resuelto a vengar la sangre de Jesús, derramada por los judíos.

En agosto de 1096, su hueste —a la que se calculan unas cuarenta mil almas— comenzó la larga marcha que, tras atravesar Hungría, la llevaría a Constantinopla. Al llegar allí, en el mes de noviembre, no tardó en ponerse de manifiesto que los cruzados y el emperador Alejo I tenían prioridades muy distintas: en tanto que este último deseaba concentrarse en la recuperación de las tierras perdidas frente a los turcos, aquellos no veían la hora de conquistar Jerusalén y hacerse con Tierra Santa. Tras un período de tensión política ocurrido en 1097 —en el que los guerreros de Godofredo saquearon el barrio de Salabria—, Godofredo se avino, no sin vacilaciones, a que su ejército se sometiera durante cierto tiempo a las órdenes de Alejo antes de marchar hacia el sur en dirección a Jerusalén.

Desde el verano de 1098, la de Godofredo y otras huestes cruzadas comenzaron a adentrarse en tierras mahometanas y vieron acrecentarse su reputación a medida que avanzaban. En el mes de octubre, al parecer, mató a 150 turcos con solo una docena de caballeros en una batalla entablada extramuros de Antioquía, y al

mes siguiente partió por la mitad a un turco de un solo tajo descendente. Al cabo, en febrero de 1099, los diversos ejércitos cruzados conquistaron Antioquía y Edesa, se encaminaron hacia Jerusalén, abriéndose paso a hierro a través de Trípoli y Beirut, y pusieron sitio a la ciudad en junio. En aquel momento solo quedaban con vida doce mil, acaudillados por cinco príncipes: Raimundo, conde de Tolosa; Roberto, conde de Flandes; y Roberto, duque de Normandía, amén del aventurero normando Tancredo de Altavilla y Godofredo. Este último fue uno de los primeros que, la mañana del viernes 15 de julio, abrieron brecha en el punto débil de la muralla de la ciudad, sito en el paño septentrional, después de que sus hombres construyesen y escalaran una torre de asedio móvil. En los parapetos se empeñó entonces una lucha feroz mientras Godofredo defendía con bravura sus posiciones y enviaba a sus hombres al interior de la ciudad a fin de que abriesen las puertas.

Miles de cruzados inundaron las calles mientras los ciudadanos musulmanes huían hacia la mezquita de al-Aqṣā. El gobernador fatimí de la ciudad libró su última batalla en la Torre de David, y aunque él y algunos de sus guerreros lograron escapar, durante las cuarenta y ocho horas siguientes, los ocupantes pasaron a cuchillo a quienes quedaron en la ciudad —combatientes y paisanos, mahometanos y judíos—. Los cruzados saquearon la Cúpula de la Roca y otros lugares sagrados de los islamitas, a quienes quemaron vivos o destriparon con el convencimiento de que se habían tragado sus posesiones de oro. Los hebreos de la ciudad habían tomado

refugio en una sinagoga, que los asaltantes se limitaron a incendiar hasta los cimientos. Raimundo de Aguilers aseguró haber visto esparcidas por la ciudad «montañas de cabezas, manos y pies», en tanto que Fulquerio de Chartres, capellán de la hueste de Balduino, ofreció testimonio, en términos aprobatorios, de que el «lugar, contaminado de hace tanto por la superstición de sus moradores paganos», había quedado «libre de contagio». Seis meses más tarde seguía oliendo a putrefacción.

En el punto culminante de aquella matanza sistemática, Godofredo se despojó hasta quedar en paños menores y, caminando descalzo con gesto solemne sobre la sangre, se puso a rezar en el Santo Sepulcro, el lugar en que habían crucificado a Jesús. El 22 de julio, el resto de los cruzados lo eligió primer gobernante cristiano de Jerusalén, aunque él se negó a aceptar el título de rey en la ciudad en que había muerto Cristo y optó, en cambio, por el de duque y abogado del Santo Sepulcro. Allí lo enterraron cuando murió de la peste el 18 de julio de 1100, una vez completa su misión.

Si bien no cabe negar que la matanza de judíos y musulmanes que se dio en Jerusalén fue un crimen terrible, lo cierto es que se ha exagerado mucho: los historiadores mahometanos aseguraron que habían muerto 70.000 y aun 100.000 personas en ella cuando, en realidad, es poco probable que hubiese más de 30.000 dentro de la ciudad, y la investigación última de al-'Arabī, contemporáneo de los hechos, hace pensar en un número de entre 3.000 y 10.000. La brutalidad de los cruzados es prueba del mal de la intolerancia, y, sin embargo, hay que reconocer que los cristianos no estaban, en

absoluto, solos en esto: cuando, más tarde, cayeron las ciudades cruzadas de Edesa y Acre, los conquistadores islámicos cometieron una carnicería mucho mayor.

En lo que respecta a Godofredo, el breve período en que ocupó el trono instauró un reino y una dinastía, construida por caudillos dotados y singulares, entre quienes destaca su hermano Balduino, conde de Edesa, hombre por demás cualificado y dinámico que incurrió en bigamia y le sucedió en calidad de monarca de Jerusalén. Balduino I llevó a término conquistas de relieve por las que su territorio llegó a ocupar el de los actuales estados de Israel, Siria, Jordania y el Líbano. Su heredero fue Balduino II, primo suyo, que siguió ampliando el reino y a quien sucedió su hermana, la reina Melisenda, gobernante poderosa y sagaz, mitad francesa y mitad armenia. Con ella alcanzó el reino su edad dorada: fue ella quien erigió no solo la iglesia actual del Santo Sepulcro, sino también la tumba de la Virgen María y los mercados de Jerusalén, que también han llegado a nuestros días. Sin embargo, la muerte de su hijo, Balduino III, marcó el final de este período heroico. La tragedia de Balduino IV, animoso príncipe adolescente que sufrió una muerte lenta por causa de la lepra, simbolizó el desmoronamiento del reino, que acosado por la corrupción, la ineptitud y las intrigas, acabó por ser derrotado por Saladino. Jerusalén cayó en 1187, aunque cierto remanente del reino, situado en la costa situada en torno a Acre, sobrevivió hasta 1291.

Leonor de Aquitania

(1122-1204)

Por brutal y obstinado que pudiese ser un varón, aquella mujer era capaz de doblegarlo a su voluntad. Ricardo de Devizes, Chronicon de rebus gestis Ricardi Primi (finales del siglo XII)

Leonor de Aquitania fue reina consorte de dos reyes y madre de otros dos. Su entereza, su coraje y su fuerza de voluntad inquebrantable la convirtieron en una leyenda en toda Europa en cuanto mujer que, en un mundo dominado por los hombres, se negó a someterse a la convención y expresó en todos y cada uno de sus actos su determinación para gobernar.

De joven, su belleza y su personalidad arrolladora la convirtieron en una de las más deseadas por los varones europeos que buscaban esposa. A los quince años, la herencia del ducado de Aquitania la situó al mando de una quinta parte del territorio de la Francia de nuestros días. El duque Guillermo IX de Aquitania (1071-1126), bisabuelo suyo, poseía un encanto desenvuelto y no poca fama en calidad de trovador y amante. Su obra poética fue la primera en emplear la lengua de oc, la vernácula del mediodía. Mezclando lo obscuro con lo cautivador, la delicada capacidad de seducción con el humor bullicioso, y manipulando complejas formas rítmicas con gran despreocupación, Guillermo inspiró y alentó la brillantez lánguida de los juglares.

«De todo hacía chiste, y movía a cuantos lo escuchaban a reír de forma irrefrenable», aseveraba el cronista Guillermo de Malmesbury, quien desaprobaba en cierta medida su actitud y no parecía gustar que las desgracias sufridas por aquel en las cruzadas se convirtieran en el material con que elaborara pareados jocosos. Aquel noble excomulgado, que había enviado al convento a dos de sus esposas, tomó por amante a Dangerousa, consorte de uno de sus barones cuyo nombre («peligrosa») no podía ser más adecuado. Hizo poner su imagen en su escudo, resuelto a llevarla al campo de batalla tantas veces como la había llevado al lecho.

Incapaz de tener descendencia con su queridísima Dangerousa, desposó a su hijo con la hija de ella, y el fruto de aquella unión, Leonor de Aquitania, creció en una corte única en Europa por su laicismo, su desenfreno y su exultación, rodeada de poetas y cantores que idolatraban a la mujer por su hermosura, su inteligencia y su capacidad para doblegar al hombre a su voluntad. Este entorno permisivo y secular hizo de ella una figura por demás exótica en las cortes septentrionales de Inglaterra y Francia, sometidas a una mayor rigidez.

A los dieciséis años contrajo matrimonio con Luis VII de Francia, cuyo fanatismo religioso hacían de él un hombre adusto y solemne. Con todo, se negó a resignarse al papel de simple consorte. La evidente transformación que se dio en él de joven pío y apacible a gobernante enérgico coincidió con sus nupcias, y los observadores contemporáneos no pudieron menos de ver la mano de Leonor tras el repentino empeño de él en tomar medidas enérgicas contra sus

barones e injerirse en los nombramientos eclesiásticos. Cuando Luis partió de su corte a fin de participar en la segunda cruzada, ella, siempre dispuesta a soportar los rigores de cualquier viaje, se unió a él.

Así y todo, no había tardado en quedar desilusionada con su esposo. «Pensaba que me había casado con un rey, y me encontré unida en matrimonio a un monje», se lamentaba. La cruzada fue un desastre. Luis era tan inepto en calidad de caudillo como aburrido en cuanto esposo. Su hueste se vio casi derrotada mientras atravesaba Asia Menor. Llegados a la península de Anatolia, Leonor estuvo coqueteando con el príncipe Raimundo de Antioquía, tío suyo refinado y gallardo al que calificó de «el más apuesto de los príncipes» y con el que provocó uno de los escándalos sexuales más sonados de la época. Su condición de «infiel» corrió de boca en boca, y Luis la raptó y la llevó prácticamente presa a Jerusalén. Al fracasar el ataque cruzado a Damasco, la infeliz pareja regresó a Francia. Después de que su matrimonio se resolviera en divorcio sin herederos varones, Leonor se negó a retirarse a un convento tal como se esperaba de ella, sino que se hizo dueña de su futuro. No ignoraba el valor que poseían sus tierras, y después de frustrar los intentos de secuestro de dos pretendientes, mandó proposición de matrimonio al duque Enrique de Normandía por medio de un mensajero. En el instante del casamiento tenía solo diecinueve años, once menos que ella. Poco después de un año más tarde, ascendió al trono inglés como Enrique II, y Leonor se convirtió así en reina de Inglaterra. Los recién casados unieron sus extensos

territorios para crear el imperio angevino, que comprendía Aquitania, Anjou, Bretaña, Gasconia, el Maine y Normandía —la mitad de la Francia de hoy—, además de Inglaterra e Irlanda. Con el tiempo, cuando los abusos del reinado de Enrique se volvieron intolerables, fue ella quien soliviantó a sus hijos a alzarse contra su padre en una rebelión que consiguió que respaldase Luis VII. Enrique la encerró durante una década, tras lo cual la liberó, a la muerte de aquel, su sucesor, Ricardo I Corazón de León.

Leonor ayudó a su hijo a conservar su herencia. Siempre había gobernado bien en su querida Aquitania, y en calidad de regente de Ricardo I, su hijo predilecto, mientras él estaba en las cruzadas, demostró una gran capacidad para el mando. Dio al traste con una serie de agresiones contra el trono de él, incluida la rebelión de su hermano Juan. Cuando el emperador del Sacro Imperio Romano capturó a Ricardo, ella garantizó su liberación por intermedio de complejas negociaciones y elevando el ingente rescate que se le había exigido. Asimismo, remitió varias cartas aceradas en las que reprendía al papa por no haber sabido proteger a un cruzado. Tras la muerte de Ricardo, amparó la sucesión de Juan pese a su impopularidad. Recorriendo grandes distancias por todas las regiones angevinas, hizo campaña con gran éxito por el respaldo de los barones de Inglaterra y Normandía frente a otros pretendientes rivales al trono. Cumplidos los ochenta, cruzó los Pirineos a fin de elegir personalmente una esposa para Luis VIII de entre sus nietas castellanas a fin de consolidar la alianza anglo-francesa. Su fallo fue

infalible: Blanca de Castilla demostró ser tan formidable reina de Francia como lo había sido su abuela.

A lo largo de su existencia vio puesto a prueba su poder de resistencia en todo momento. Su independencia llevó a los cronistas europeos a tacharla de ramera incestuosa, primero, y después de arpía, censurando su desenfreno meridional «pagano» y el dominio que ejerció sobre Luis VII. Cuando estalló la rebelión contra Enrique II, recayó sobre ella toda la culpa. «El hombre es la cabeza de la mujer», bramó el arzobispo de Ruan, quien la amenazó en público con la excomuni3n.

Leonor fue secuestrada en innumerables ocasiones: con veinte a3os, estando de cruzada, cay3o en manos de los piratas, y sesenta a3os m3s tarde, en las de los barones locales durante su viaje a Espa3a. Sus dos esposos la metieron entre rejas, y cuando se puso del lado de su tío Raimundo en un asunto de estrategia, Luis la sac3o a la fuerza de Antioquía. Aquella mujer de espíritu indomable triunf3o sobre cada uno de sus enemigos. Respondió a quienes la acusaban de ser estéril dando a Enrique ocho hijos, en su mayoría varones. De nada sirvi3o a este encerrarla con la intenci3n de obligarla a renunciar en su favor a sus posesiones aquitánicas. Por fortuna, no vivi3o para ver la caída del rey Juan, el menor de sus hijos.

Saladino

(c. 1138-1193)

*Fue un hombre de sabio consejo,
valiente en la guerra y generoso
más allá de toda medida.*

*Guillermo de Tiro, Historia rerum
in partibus transmarinis gestarum
(1170)*

Saladino, sultán de origen kurdo, se convirtió en el ideal de rey guerrero merced a su condición de adalid eficaz y gobernante respetuoso exento de fanatismo. Cabeza de un imperio que se extendía de Libia a Iraq, unió elementos dispares del mundo árabe y el turco en la lucha entre el islam y el cristianismo por el dominio de Tierra Santa. Pese a la actitud de caudillo inmisericorde que adoptó durante su subida al poder, y a despecho de no haber sido nunca el hombre gentil y liberal de la leyenda victoriana, quiso respetar el código de caballería y se granjeó el respeto de sus enemigos. En comparación con los constructores de imperios medievales, fue, sin lugar a dudas, un personaje muy atractivo.

Yūsuf ibn Ayyūb, quien con el tiempo adoptaría el nombre de Ṣalāḥ ad-Dīn («Rectitud de la Fe»), nació en el seno de una familia kurda de Tikrīt, ciudad que hoy forma parte del Iraq septentrional —y que mucho más tarde vería nacer también al tirano Sadam Husein—. Fue hijo del gobernador de la región y sobrino de un caudillo militar de Nūr ad-Dīn, rey de Siria. A los veintiséis años se unió a su tío Šīrkūh, soldado orondísimo armado de maza, con la intención de derrotar a los cruzados en una guerra destinada a hacerse con el

dominio del Egipto fatimí. Aunque salieron victoriosos, Šīrkūh murió de un ataque al corazón. En 1171, Saladino tomó Egipto en nombre de su señor tras aniquilar a cinco mil guardias sudaneses. Tres años más tarde, al fallecer Nūr ad-Dīn, se hizo también con Siria.

Desde Damasco, erigió un imperio fundado en una combinación de astucia política, orden implacable, aptitud militar y justicia islámica. Después de haberse pasado la vida matando a sus correligionarios a fin de crear un reino personal, decidió consagrarse a la *ŷihād* al objeto de liberar Jerusalén de los cruzados. Llegado 1177, había formado un ejército capaz de hacer frente a los ocupantes cristianos de Tierra Santa —tan sagrada para los mahometanos como para ellos—. Sin embargo, en la batalla de Montgisard los veintiséis mil hombres que lo componían se vieron sorprendidos y derrotados por una fuerza menos numerosa acaudillada por Balduino IV el Leproso, rey de Jerusalén.

Este fue el último revés de consideración que sufrió Saladino en su lucha contra los intrusos cristianos. Al año siguiente de la tregua de 1178 retomó su *ŷihād* contra los cruzados, y sitió, capturó y arrasó el castillo que estaban construyendo en el Puente de las Hijas de Jacob, que suponía una amenaza estratégica para Damasco.

Durante la década de 1180, Saladino se vio arrastrado a escaramuzas cada vez más serias con los cruzados, y en particular con el príncipe Reinaldo de Châtillon. Sin obstáculo alguno por parte de los débiles reyes de Jerusalén, este último intensificó el conflicto en un momento en que los cruzados apenas podían

permitirse semejante riesgo: acosó a los peregrinos mahometanos; mostró una falta de respeto total a la santidad de los lugares sagrados de Medina y La Meca, y alimentó con su actitud la determinación de Saladino para ganar su guerra santa.

En 1187 había reunido ya el número de guerreros necesario para invadir el reino cristiano de Jerusalén, debilitado por la larga enfermedad de Balduino IV, las luchas intestinas de sus barones y la blanda ineptitud del nuevo monarca. Los cruzados fueron aniquilados en la batalla de Ḥattīn, de cuyo campo apenas escaparon con vida unos millares. Saladino hizo prisioneros al rey Guido de Jerusalén y al príncipe Reinaldo, y si bien ofreció al primero agua enfriada con hielo, al segundo lo decapitó con sus propias manos. En octubre cayó el reino y llegaron a su fin los ochenta y ocho años de ocupación cruzada.

La conquista de Jerusalén abrió un capítulo nuevo de la historia de las cruzadas, marcada por el enfrentamiento de Saladino con Ricardo I de Inglaterra, conocido como Ricardo Corazón de León. Este llegó a Tierra Santa en junio de 1191, y al mes siguiente cayó Acre en manos de los cruzados. En septiembre, infligió a Saladino en Arṣaf una derrota que, sin embargo, no fue definitiva. Mermados los recursos de ambos contendientes, y viendo Corazón de León que no podía tomar Jerusalén, ambos acordaron una tregua en otoño de 1192. Este último ganó una porción de Palestina, un resto situado en la costa y con capital en Acre, aunque perdió la partida, siendo así que su oponente conservó Jerusalén y su imperio de Egipto, Siria e Iraq. Saladino puso de manifiesto su carácter tolerante al

avenirse a que los cristianos peregrinaran desarmados a Jerusalén. Ricardo abandonó Tierra Santa poco después. A pesar de que jamás volvieron a encontrarse y de que, de hecho, Saladino murió al año siguiente, la relación de los dos se hizo legendaria. Todo apunta a que Ricardo quedó de veras impresionado por las facultades, la tolerancia y la magnanimidad que demostraba su oponente en el trono y el campo de batalla.

No cabe negar que Saladino podía conducirse sin piedad con los prisioneros de guerra. Como a Ricardo, le importaba poco aniquilarlos cuando lo exigía el contexto bélico. Después de Hattin, mató a sangre fría a todos los caballeros templarios, pues, a decir verdad, semejante proceder no era extraño en las guerras religiosas medievales. Aun así, los cronistas medievales de uno y otro lado se deshacen en alabanzas a él en cuanto legislador, gobernante justo y príncipe sublime. Sabía hacer que sus hombres se arrojaran al campo de batalla aun cuando las expectativas eran amedrentadoras, y por lo común trataba con cortesía y caballerosidad a los enemigos cristianos.

Tras su muerte, el historiador musulmán Bahā' ad-Dīn lo contaba «entre los hombres más valerosos: audaz, gallardo, firme e intrépido en cualquier circunstancia». Saladino, sultán de Egipto y Siria, legó aquel imperio ayubí a su hermano Sayf ad-Dīn, y su dinastía reinó hasta 1250. Fue uno de los kurdos que más peso han tenido en la historia, y se vio convertido en símbolo de orgullo árabe en el siglo XX, hasta el punto de que los grupos revolucionarios de Egipto, Iraq y Palestina adoptaron su águila como insignia.

Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra

(1157-1199 y 1167-1216)

Ricardo fue malo como hijo, esposo y rey, pero valiente y espléndido como soldado.

Steven Runciman

Ricardo I fue uno de los reyes ingleses más capaces y distinguidos que haya conocido la historia, y su hermano menor, Juan, uno de los más ineptos y menos atractivos. Ambos eran hijos del rey Enrique II y Leonor de Aquitania, quienes gobernaron juntos Inglaterra y media Francia —el imperio angevino—. Enrique pasó buena parte de su reinado rechazando los ataques del ambicioso Felipe II de Francia, quien se había resuelto a ampliar sus propias fronteras.

Tuvo cuatro hijos varones legítimos. El primero, llamado Enrique como él y conocido como «el Joven» después de que su padre lo hiciera coronar estando él aún vivo, murió antes de cumplir los treinta; el segundo acabaría por sucederlo en el trono con el nombre de Ricardo I; Godofredo obtendría el título de duque de Bretaña y conde de Richmond, y Juan fue el cuarto. Tan despiadada era la rivalidad existente entre el viejo rey y sus hijos, estirpe ávida, celosa y violenta, que muchos los conocían como «la prole del diablo». Aun así, Enrique II, ser despótico y dominador, titán regio de proceder bravucón, hizo manifiesta una clara inclinación por Juan, quizá por

ser este el más débil y menos capaz y suponer, por ende, una amenaza menor a su propio poder.

Sobre Ricardo I se han acumulado más leyendas que sobre cualquier otro rey británico. La caballerosa rivalidad que lo enfrentó a Saladino durante la tercera cruzada dio origen a baladas y cuentos que gozaron de no poca celebridad en toda Europa, y otro tanto cabe decir de la larga odisea que lo llevó de vuelta a su hogar. Fue el arquetipo de monarca angevino. Como el resto de su progenie, fue un hombre de temperamento furioso que podía conducirse de un modo irresponsable e impulsivo, y pese a poseer ingentes intereses en Europa, consideraba Inglaterra, sencillamente, como otro feudo más que defender y como recurso con el que financiar sus conquistas.

Presuntuoso, alto y de cabellos entre rojizos y dorados, adoptó el escarlata como color propio y empuñaba una espada que llamaba *Excalibur*. Enérgico, flexible e inteligente en grado sumo, también era capaz de recurrir a la crueldad más espantosa. Aniquiló a sangre fría a miles de prisioneros mahometanos a las afueras de Acre, y en cierta ocasión llegó a disponer en torno a su tienda las cabezas de los musulmanes ejecutados. En cambio, en otra también se desnudó y se flageló en la iglesia por sus pecados. Las mujeres no le interesaban sino como peones políticos, si bien engendró cuando menos un hijo bastardo —no es muy probable que fuese homosexual, tal como afirman algunos eruditos—. Su pasión dominante y el arte en el que destacaba era la guerra.

Se le empezaron a otorgar tierras y poder a la edad de once años, cuando recibió el título de duque de Aquitania. Cuatro años más tarde se le dio el de duque de Poitou, y no tardó en aliarse con sus hermanos y su madre para protagonizar una rebelión fracasada contra su padre, Enrique II, entre 1173 y 1174. También él, dada su severidad, provocaría otro alzamiento entre sus súbditos gascones en 1183, y un tiempo después volvió a sublevarse contra su progenitor, esta vez en coalición con Luis, rey de Francia y antiguo esposo de su madre.

En 1188, Enrique acabó por perder la paciencia y lo excluyó de su herencia, lo que llevó al futuro Corazón de León a declararse en franca insurrección contra él. Juan luchó al lado de su padre en un principio, pero inaugurando el patrón que acabaría por ser habitual en la familia, cambió de bando cuando se hizo obvio que Ricardo estaba llamado a triunfar. Enrique murió poco después, destrozado por la traición de sus hijos. En 1189 le sucedió Ricardo en cuanto rey de Inglaterra y cabeza del imperio angevino. Con todo, su objetivo no era otro que Jerusalén, conquistada dos años antes por quien se convertiría en su rival eterno. Después de hipotecar cuanto pudo de su reino y gravar Inglaterra con el llamado *diezmo de Saladino*, se embarcó en dirección a Tierra Santa vía Sicilia en 1190. «Vendería Londres si encontrase vendedor», aseveró.

Hizo estragos en tierras sicilianas y conquistó Chipre de paso. Al llegar a su destino, empeñó contiendas tan duras como sangrientas con la hueste de Saladino; sitió y capturó Acre; mató a tres mil prisioneros islamitas a modo de respuesta a las negociaciones

dilatorias de su enemigo, y ganó la batalla de Arşaf, aunque fracasó a la hora de hacerse con el trofeo principal: Jerusalén. Pese a lo violento de su enfrentamiento, los dos contendientes se profesaron un caballeresco respeto mutuo. Cada uno de ellos albergó una opinión elevada del otro, y así lo expresaron ambos. Cuando Ricardo estuvo enfermo y pasó sed, Saladino le hizo llegar fruta fresca y agua, y cuando necesitó cabalgadura, le envió una de las mejores que poseía.

Mientras negociaban la paz, el sultán se mostró deslumbrado por las hazañas de aquel enemigo de indumentaria escarlata, y en particular por el rescate de Jope (Jaffa), efectuado en el último momento vadeando el río ante sus propias narices. Se dice que lo juzgaba «tan agradable, íntegro, magnánimo y excelente que, de haber de perder el territorio [de Jerusalén], preferiría verlo en las poderosas manos de Ricardo que en las de cualquier otro príncipe de cuantos había conocido». Cuando los ejércitos de ambos quedaron extenuados por la lucha, este ofreció a Saladino un trato tan singular como imaginativo: desposar a su hermana con Sayf ad-Dīn, hermano de su rival, y gobernar juntos Palestina desde Jerusalén. Aunque semejante proyecto quedó, claro, en agua de borrajas, da cumplida cuenta de la flexibilidad de Ricardo.

En su ausencia, Juan, ascendido a la sazón a conde de Mortain y mitigada en parte su codicia con la concesión de vastas haciendas —a cambio de comprometerse a no poner un pie en Inglaterra—, confabulaba para hacerse con el poder y quebrantaba la prohibición de entrometerse en la política inglesa. Ricardo se vio obligado a

poner en orden sus asuntos en Tierra Santa y regresar a la carrera; pero en el camino de vuelta lo capturaron y pidieron por él rescate, lo que en enero de 1193 ofreció a Juan la oportunidad de dominar Inglaterra. Este, no obstante, fracasó en su empeño por invadir la nación con la ayuda del rey Felipe II de Francia, y, a continuación, en el de sobornar a los secuestradores de Ricardo para que lo dejaran en sus manos. Tal como lo expresó el cautivo en cierta ocasión: «mi hermano Juan no es hombre de ganar tierras por la fuerza si hay alguien que se opone a ello».

A su regreso —después de que se hubiera recaudado la pasmosa suma de quince mil marcos para su liberación— se mostró en extremo indulgente con su hermano rebelde y lo declaró oficialmente sucesor suyo antes de dejar su reino para hacer la guerra contra Felipe de Francia. Por ende, cuando Ricardo fue muerto en 1199 por un cuadrillo de ballesta durante el sitio de cierta plaza francesa, aquel se vio elevado a rey de Inglaterra y duque de Normandía y Aquitania.

El rey Juan perdió buena parte de su imperio, quebrantó cuantas promesas había hecho, lanzó al mar su sello real, empobreció Inglaterra, asesinó a su sobrino, sedujo a las esposas de sus amigos y traicionó a su padre, sus hermanos y su país. Aquel hombre, dado a echar espumarajos por la boca cuando montaba en cólera, mató de hambre a sus enemigos o los torturó hasta acabar con ellos, perdió casi todas las batallas que entabló, eludió tantas responsabilidades como le fue posible y murió tras ingerir demasiados melocotones. Traicionero, lascivo, malicioso, avaricioso,

cruel y homicida, se granjeó el apodo de «Espada Blanda» por su cobardía e incompetencia militar, y el de «Sin Tierra» por perder la mayor parte de la herencia recibida.

En el momento de su sucesión, su sobrino Arturo, duque de Bretaña e hijo de Godofredo II y Constanza, se convirtió en una amenaza seria para su acceso al trono, dado que muchos lo consideraban su rey legítimo. En consecuencia, Juan no dudó en hacer arrestar al muchacho, de quince años de edad —incurriendo en un crimen semejante al que cometería Ricardo III con los llamados *Príncipes de la Torre*—, y mandarlo matar al año siguiente. El asesinato de Arturo provocó una rebelión en Bretaña y una humillante retirada por parte de los ejércitos de Juan, obligados a salir de la región en 1204. Dos años después, Juan había perdido casi todas sus posesiones territoriales francesas, ante lo que apenas fue capaz de oponer una resistencia firme. De hecho, cuando los de Francia tomaron Normandía —la última posesión continental de Inglaterra—, se dice que optó por permanecer en el lecho con su consorte mientras sus soldados caían derrotados.

Ricardo, pese a todos sus defectos, se había ganado la admiración de muchos por su caballerosidad, a diferencia del rijoso Juan, hombre de incontables amantes e hijos ilegítimos, amigo de tratar de forzar a las esposas y las hijas de nobles importantes. El trato que dispensaba a los prisioneros resulta detestable en particular. En cierta ocasión, por ejemplo, mató de hambre a la mujer y al hijo de uno de sus enemigos. Al verse varado en suelo inglés y sin fondos, impuso notables subidas de impuestos y explotó sin

compasión sus prerrogativas feudales, actitud suya que dio origen a la leyenda popular de la resistencia de Robin Hood en el bosque de Sherwood frente a la extorsión real. Entre 1209 y 1213, saqueó de forma desvergonzada las rentas de la iglesia tras ser excomulgado por el papa Inocencio III.

Desde 1212 hubo de hacer frente a una oposición creciente por parte de la nobleza, que comenzó a confabular contra él. Dos años más tarde, después de una nueva campaña militar desastrosa en Francia, estalló al fin la rebelión en Inglaterra. Durante una famosa reunión celebrada en un prado de Runnymede, a orillas del Támesis, el 15 de junio de 1215, los barones obligaron a Juan a sellar la Magna Carta Libertatum, la base sobre la que se fundamentan las libertades británicas modernas y que les garantizaba una serie de derechos frente al gobierno arbitrario del monarca. Juan no tenía intención alguna de mantenerse fiel a su palabra, y no tardó en romper su promesa de respetar lo firmado y provocar así una nueva guerra civil. Mientras trataba de reunir a sus fuerzas, su séquito —portador de su tesoro y su equipaje— se perdió casi por completo mientras cruzaba el estuario conocido como The Wash. La marea subió de forma inesperada, y mientras, enajenado, se afanaba por salvar sus posesiones, perdió el Gran Sello de Inglaterra. Al quebrantar lo acordado en la Carta Magna, hubo de hacer frente a una invasión francesa y a una revuelta general de los nobles. El poder se le estaba escapando de las manos cuando cayó enfermo. La muerte que sufrió estuvo en consonancia

con su vida, siendo así que sucumbió de disentería después de una comilona de melocotones y cerveza.

Gengis Kan

(c. 1163-1227)

Nada hay más feliz que el dispersar al enemigo, conducirlo ante las propias fuerzas, contemplar sus ciudades reducidas a cenizas, ver anegarse en lágrimas a quienes lo aman y acoger en el regazo de uno a sus esposas y sus hijas.

Este hombre carismático, dinámico, feroz, violento y ambicioso, genio militar y brillante hombre de estado conquistó una parte considerable del planeta y unió a las tribus nómadas de las estepas asiáticas a fin de crear el imperio mongol, el terrestre más extenso que haya conocido la historia. Sin embargo, las victorias de este monstruo heroico tuvieron un precio terrible: un reinado de terror y matanzas masivas en toda Eurasia jamás visto con anterioridad.

Gengis Kan nació entre 1163 y 1167 en los montes de la provincia mongola de Jenti, aferrado, según se cuenta, a un coágulo de sangre —supuesto presagio de la grandeza guerrera que estaba por alcanzar—. Recibió el nombre de Temuyín en honor al individuo de cierta tribu que había capturado su padre poco antes. Fue el tercer

hijo del jefe local Yesujei y de Hoelun, y no tardaría en conocer en sus propias carnes cuán peligroso era el mundo de la política tribal de Mongolia. Apenas había cumplido los nueve años cuando su padre concertó su casamiento con Börte, criatura procedente de una tribu vecina. Lo enviaron a vivir con la familia de ella; pero poco después, envenenado Yesujei de resultados de una venganza, se vio obligado a regresar a su casa. Privada de su protector, su familia tuvo que huir al monte y subsistir a base de bayas, nueces, ratones y otras alimañas. A los trece años, Temuyín mató a su propio hermanastro.

A continuación pasaron varios años deambulando, período marcado por secuestros y enemistades inmemoriales entre tribus, y durante el cual Temuyín —quien no tardaría en ser conocido y temido por sus dotes de mando, su inteligencia y su aptitud militar— logró hacerse con un número nada desdeñable de seguidores. Aquel joven alto, fuerte y encallecido, de penetrantes ojos verdes y larga barba pelirroja, contrajo al fin matrimonio con Börte a los dieciséis años y pudo resguardarse bajo la égida de Togril Ong Kan, jefe de la tribu de los keraitas y hermano de sangre de su padre. Más tarde, cuando Börte sufrió secuestro en manos de la tribu merkita, Temuyín y Togril unieron sus fuerzas con las de Zhamuja, jefe mongol que había sido amigo de infancia del primero, y enviaron una hueste nutrida a fin de rescatarla (Börte resultó estar embarazada, y él crio a su hijo, Züchi, como propio). Aquella triple alianza permitió a mongoles y keraitas obligar a otras tribus a someterse a sus dictados.

Tras este triunfo, en 1200 Togril declaró a Temuyín hijo adoptivo y heredero suyo, decisión fatídica que enfureció tanto a Senggum, hijo biológico de aquel, como también al ambicioso Zhamuja. Tal situación desembocó, a la postre, en un enfrentamiento armado en el que Temuyín derrotó primero a Zhamuja y después a Togril, lo que dejó fuera de toda duda su dominio sobre las tribus mongolas. En 1206 se reunió el Kurultai —consejo constituido por los hombres más destacados de estas— y, reconociendo su autoridad, le otorgó el nombre de Gengis Kan, «señor oceánico» o «universal».

Si antes de aquella fecha el mongol había sido un pueblo disperso, él —enviado, a su decir, por los cielos— no tardó en transformarlo en una nación poderosa y unificada. «Mi poderío —declaró— estaba ratificado por el Cielo y la Tierra. Mi llegada respondió a una disposición del Poderoso Firmamento y fue puesta por obra por la Madre Tierra». Sus soldados eran, en su mayoría, guerreros nómadas entre los que se incluían guerreros mortíferos a lomos de ponis mongoles, pequeños pero recios y muy capaces de salvar grandes distancias. Gengis Kan los transformó en una máquina de guerra disciplinada y dotada de una coordinación sobresaliente con la que arrollar cuanto encontraba a su paso.

En 1207, tras crear una alianza con los uigures y subyugar a los viejos rivales de los mongoles, la tribu merkita, dio principio de inmediato a sus operaciones expansionistas tomando parte del territorio Xi Xia del noroeste de la China, así como cierta fracción del Tíbet. Tenía por objetivo adueñarse de la Ruta de la Seda, nexo mercantil de vital importancia entre el este y el oeste que prometía

riquezas sustanciales. En 1211, tras negarse a pagar tributo a la dinastía Jin del norte de la China, volvió a entrar en guerra. Sitió y destruyó la capital, Yanjing, actual Pekín, y sustituyó el impuesto existente por otro del que era beneficiario él. Regresó triunfal a Mongolia acompañado del botín obtenido, de artesanos y, por encima de todo, la garantía del comercio con la China.

En 1219 volvió la mirada hacia el oeste después del ataque sufrido por la caravana de mercaderes que había enviado a fin de crear lazos comerciales con el imperio de los jorezmitas, que incluía la mayor parte de Uzbekistán, Irán y Afganistán, y que se hallaba gobernado por el sultán Muḥammad II. Gengis Kan optó por dominarse, pero tras la decapitación de los integrantes de una segunda delegación mongola, reunió a doscientos mil combatientes y se dirigió al Asia central con sus cuatro hijos varones —Züchi, Ogodei, Tsagadai y Tuli— ejerciendo de adalides. En el transcurso de los tres años siguientes, sometió a los jorezmitas a una terrible campaña de conmoción y pavor, durante la cual tomó las ciudades de Bujará, Samarcanda, Harāt, Nišābūr y Merv. En esta última, sus soldados hicieron formar a los paisanos y, a sangre fría, les rebanaron la garganta.

Este estratega sin par supo reconocer el valor del miedo a la hora de construir un imperio, y así, por ejemplo, enviaba a menudo a sus heraldos a ganarse la sumisión de sus enemigos amedrentándolos con historias de sus hazañas, de cómo exterminaba al paisanaje, robaba dinero y botín, violaba a las mujeres, echaba plata derretida en los oídos de sus víctimas... Con todo, pese a su brutalidad,

Gengis Kan no se regodeaba en homicidios gratuitos. Era leal a sus amigos y generoso con quienes lo seguían, guiaba a sus gentes con perspicacia y promovió la creación de una minoría selecta de generales a los que otorgaba poderes amplísimos. Respetaba la vida de quienes se rendían, y reservaba las matanzas multitudinarias como castigo ejemplar para quienes se resistían. Tampoco puede decirse que los mongoles mutilaran o torturasen porque sí: más que ningún acto bárbaro les interesaban los despojos. De hecho, en cierto sentido, Gengis Kan demostró ser un gobernante ilustrado que combinaba la agudeza política con la astucia económica. Empleaba la táctica de dividir para vencer, que le permitía debilitar al enemigo y ganarse no pocas lealtades. No ignoraba la importancia que revestía una buena administración, y supo favorecer la difusión por todo el imperio de una lengua oficial unificada y un sistema legal escrito llamado *yassa*. También dio muestras de tolerancia religiosa y otorgó exenciones fiscales a los sacerdotes. Convencido de la importancia de proporcionar un paso franco al comercio entre las tierras de poniente y las de levante, prohibió a soldados y funcionarios abusar de los mercaderes y los paisanos, y convirtió su reinado en un período de interacción cultural en el que el pueblo mongol avanzó de manera notable. Protegió también a artistas, artesanos y autores literarios.

Después de los logros iniciales frente al imperio jorezmita, siguió adelante guiado del deseo de consolidar cuanto había obtenido. Se introdujo en Rusia, Georgia y Crimea, y derrotó a las huestes del príncipe Mstislav de Kiev en la batalla del río Kálchik en 1223, en la

que, después de fingir una retirada, sus fuerzas cayeron sobre sus perseguidores y los derrotaron. Se hizo así dueño de un vasto imperio que se extendía desde el mar Negro hasta el Pacífico y que puso a disposición de su pueblo riquezas cada vez más copiosas. En 1226, sin embargo, murió tras caer de su caballo mientras se apresuraba por regresar a Xi Xia, en donde había estallado una rebelión en su ausencia.

El gran kan legó su imperio a su hijo Ogodei, aunque no tardó en quedar dividido entre los descendientes de su prole, quienes fundaron sus propios kanatos en Oriente Próximo, Rusia y la China, en donde instauró su propia dinastía su nieto Kublai Kan. El imperio mongol se expandió entonces más aún, hasta abarcar desde la costa asiática del Pacífico, al este, a Hungría y los Balcanes al oeste. El kanato de Crimea, el más longevo de los estados provenientes del imperio mongol, subsistiría hasta 1783.

Hay cierto linaje cromosómico Y que se verifica en nada menos que un 8 por 100 de los varones de Asia y desciende de una sola fuente. Lo más seguro es que esta sea el mismísimo Gengis Kan.

Federico II Hohenstaufen

(1194-1250)

Fue un hombre diestro, sagaz, codicioso, libertino, malicioso y malhumorado, y, sin embargo, si de cuando en cuando deseaba revelar sus cualidades virtuosas y

*cortesés, se mostraba consolador,
ingenioso, encantador y diligente.
Salimbene de Parma, Chronica
(1282-1290)*

Federico, autor de un libro sobre cetrería llamado *De arte venandi cum avibus* («Sobre el arte de cazar con aves»), fue el gobernante más poderoso de Europa: cabeza del Sacro Imperio Romano, rey de Sicilia y, con el tiempo, rey de Jerusalén y heredero de extensos territorios italo-germanos. Este pelirrojo de ojos verdes, hijo del emperador alemán Enrique VI y Constanza, heredera normanda de Sicilia, se crio en dicha isla italiana, en una corte en la que se mezclaban las culturas cristiana y mahometana, árabe y normanda. Si bien su exotismo se debió a la educación recibida —hablaba algarabía y se sentía como en casa entre judíos y musulmanes—, sus excentricidades eran de cosecha propia. Viajaba con escolta arábica, un taumaturgo escocés, eruditos hebreos y árabes, una cincuentena de halconeros, un zoológico y un harén de odaliscas digno de un sultán. Lo reputaban de científico ateo que se mofaba de Jesús, Mahoma y Moisés por considerarlos farsantes, y lo presentaban como algo semejante a un precursor de doctor Frankenstein capaz de encerrar a un moribundo en un tonel sellado por ver si escapaba su alma.

Lo cierto, no obstante, es que fue un político eficaz e implacable poseedor de una visión nítida de su función en calidad de emperador cristiano universal. En 1225 contrajo nupcias con

Yolanda, joven de quince años heredera de Jerusalén, lo que lo convirtió en rey de la Ciudad Santa. Sedujo a una de las damas de su esposa, quien murió a los dieciséis. Así y todo, después de mucho postergarlo, partió a las cruzadas en 1227, a pesar de que el papa Gregorio IX lo había excomulgado por sus dilaciones. Acompañado por sus caballeros teutónicos, ofendió a los barones cruzados con su aire imperial, sedujo a las damas locales, recorrió la costa con sus mesnadas... y entabló negociaciones con el sultán al-Kāmil de Egipto, sobrino de Saladino que, enfrentado a sus propias rebeliones intestinas y a aquella nueva amenaza, se avino a firmar un acuerdo de paz muy poco convencional.

El sultán se resignó a compartir con él Jerusalén. Como en un tratado de paz moderno en Oriente Medio, los mahometanos conservaron el monte del Templo (Ḥaram aš-Šarīf), y los cristianos se quedaron con el resto de la ciudad. Federico llegó a la casa santa a fin de reclamarla para la cristiandad, dando muestras en todo momento de su insólito respeto por el islam. En la iglesia del Santo Sepulcro, celebró una ceremonia en la que se mostró coronado a fin de promover su visión de sí mismo en calidad de emperador cristiano. No obstante, a continuación se vio obligado a huir por causa de la prohibición papal. Pasó diez años gobernando Jerusalén a distancia, si bien dedicó la mayor parte de su vida a guerrear contra el papado.

Su educación había estado dictada por las directrices papales. Su padre, el emperador Enrique VI, se había enfrentado a los pontífices en lo tocante a la representación de la cristiandad, y tras su muerte

repentina, la curia se encargó de dividir sus tierras: en el trono alemán se instalaron otros dos candidatos, en tanto que a él, aún niño, se le asignó el de Sicilia. Poco después falleció su madre, y el rey, de cuatro años, quedó bajo tutela del papado. En la adolescencia, cuando la ambición territorial de sus sustitutos alemanes resultó ser demasiada, se le devolvieron sus títulos septentrionales; pero no antes de que su antiguo protector, el papa Inocencio III, hubiera obtenido de él promesa de extensos privilegios papales y numerosos votos por los que se comprometía a no unir jamás Alemania y Sicilia bajo un mismo cetro.

Él, sin embargo, se negó a ejercer de títere. A su ver, el Sacro Imperio Romano era santo y universal. Su idea de la soberanía imperial lo llevó a extender su autoridad a los estados italianos que mediaban entre sus pertenencias del norte y el sur. El conflicto con quienes habían sido sus valedores empañó la política europea durante medio siglo. En cierto sentido, aquella lucha ciclópea no fue sino un choque de personalidades entre Gregorio IX, papa intelectual y piadoso electo en 1227, y el hombre agudo y mundano que era Federico. Una vez que aquel lo anatematizó ese mismo año por fingirse enfermo a todas luces a fin de eludir las cruzadas, la decisión que tomó Federico de partir y coronarse de paso rey de Jerusalén no hizo gran cosa por mejorar sus relaciones.

En la médula de tan amargo enfrentamiento subyacía la cuestión de quién había de dominar a la cristiandad, si el papa o el emperador. Dado que a cada una de las partes la alentaba el convencimiento mesiánico en su causa, Italia se trocó en campo de batalla de las

fuerzas papales e imperiales. Misivas, manifiestos, bulas pontificias e insultos volaron por toda Europa. Federico volvió a sufrir excomunión, y si para sus admiradores era una más de las maravillas del mundo, sus detractores lo erigieron entonces en la Bestia del Apocalipsis. Dos papas distintos, Gregorio IX e Inocencio IV, hubieron de huir de Roma, y, de hecho, el primero de ellos murió en el exilio. En 1245, el segundo quemó el último cartucho del papado al declarar destituido al emperador. Esto dio lugar a una guerra total de cinco años, y, a la postre, fue la muerte, no los papas, quien derrotó a Federico. Mientras luchaba contra los obstáculos gemelos, punto menos que infranqueables, del anatema y el derrocamiento, Federico iba recobrando terreno tanto en Italia como en Alemania cuando falleció de forma repentina en 1250.

Isabel y Rogelio Mortimer

(1295-1358 y 1287-1330)

*Todo el día tu lengua maquina
injusticias, como afilada navaja,
artífice de engaños. Amas el mal
más que el bien, la mentira más
que la justicia.*

*Salmo 52, 5-7, leído a Rogelio
Mortimer por su verdugo*

Esta pareja, conformada por una reina francesa adúltera y un barón inglés amancebado con ella, invadió Inglaterra, destronó al marido

de ella y gobernó la nación durante tres años tumultuosos. Mortimer era el primogénito de Edmundo Mortimer, segundo barón Wigmore, y su esposa, Margarita de Fiennes, prima segunda de Leonor de Castilla, consorte de Eduardo I. Su abuelo había compartido una estrecha alianza y amistad con dicho monarca, y, en pago a los servicios brindados a la corona, su familia había disfrutado de la protección real desde entonces. Rogelio contrajo matrimonio con apenas catorce años con Juana de Geneville, hija de un señor de las inmediaciones, en 1301, y la herencia de ella, unida a la suya propia, ayudó a hinchar aún más las extensas haciendas que poseía su parentela en las llamadas *marcas galesas*, situadas en la frontera entre Inglaterra y Gales.

En 1307, a la muerte de Eduardo I, le sucedió en el trono su hijo como Eduardo II. Este, amedrentado de niño por su terrible padre, era un joven tímido y fácil de manejar a despecho de su imponente aspecto físico, y no faltó quien estuviese dispuesto a sacar partido a esta debilidad. El primero en hacerlo fue Piers Gaveston, antiguo compañero del príncipe que bien pudo haber sido su amante y que sin duda fue su mejor amigo. El monarca lo colmó de privilegios. En 1308, Eduardo viajó a Francia para desposarse con Isabel, hermana del rey de Francia. Esta era una criatura deslumbrante, descrita por cierto contemporáneo como «beldad de beldades»; pero en su existencia abundaban tanto las humillaciones como los triunfos, y, a la postre, la dejadez de su esposo la empujó a traicionarlo.

Isabel era la única hija viva de Felipe IV de Francia. Cuando no era más que una niña, su padre la propuso como futura esposa del

heredero al trono de Inglaterra con la esperanza de aliviar las tensiones entre los dos países. El matrimonio se celebró en Boulogne en 1308. Ella no tenía más de doce años, y el insípido Eduardo II le doblaba la edad.

Este último era un hombre alto, rubio, bien parecido y homosexual casi con total certeza, a juzgar por la inclinación que mostró para con toda una sucesión de cortesanos varones jóvenes y hermosos. No había regresado aún a Inglaterra después de sus nupcias cuando obsequió a Piers Gaveston con cuanto le había regalado Felipe por el casamiento. Aunque Isabel le dio cuatro hijos, él raras veces le ofreció muestra alguna de afecto, lo que la llevó a describirse como «la más desdichada de las esposas». Los barones de la nación, furiosos y resentidos, acabaron por rebelarse en 1312, y Gaveston fue ejecutado por orden del conde de Lancaster. Todos tuvieron ocasión de consternarse ante el nuevo favorito mezquino, ambicioso e implacable, por nombre Hugo le Despenser, que fue a ocupar su lugar. Este había contraído matrimonio en 1306 con Leonor de Clare, nieta de Eduardo I, y el patrocinio real le garantizó más riquezas, tierras e influencia. En 1318, en consecuencia, llegó a gentilhombre de cámara y se convirtió en uno de los nobles más ricos del reino. Isabel temía y despreciaba a aquel desalmado.

Las posesiones de los Despenser lindaban con las de los Mortimer, y ambas familias se profesaban un odio mutuo. Cuando Hugo trató de extender sus territorios en dirección al sur de Gales, y amenazó con ello los intereses que tenía Mortimer en la región, el odio a los Despenser acabó por ser mayor que su lealtad a la corona y lo llevó

a unirse a los condes de Hereford, Lancaster y Pembroke — desencantados también con la postura del rey—, en franca rebelión. En agosto de 1321, los «inconformistas» —que así se les llamó— se dirigieron a Londres a fin de obligar a Eduardo a apartar de su favor a sus odiados adversarios. El soberano, sin embargo, movilizó enseguida una hueste conformada por su ejército real y un conjunto de leales, entre quienes se contaban Hugo le Despenser y su padre, y avanzó con ella hacia el oeste al objeto de hacer frente a los sublevados. En enero de 1322, después de que lo abandonasen sus aliados, Rogelio se rindió en Shrewsbury.

Mortimer pasó los dos años siguientes encerrado en la Torre de Londres, aunque, transcurrido ese tiempo, escapó de su celda tras drogar a sus carceleros, alcanzó el exterior del edificio a través de una chimenea, cruzó el Támesis en una embarcación que lo aguardaba en la margen y cabalgó hasta Dover, desde donde pasó a Francia. En París, lo recibió con los brazos abiertos el rey francés Carlos IV, enemigo de Eduardo y hermano de Isabel. Al año siguiente, durante una disputa relativa a los territorios franceses de Eduardo, este envió a Isabel, acompañada por el hijo de ambos, el príncipe Eduardo, heredero al trono, a negociar un acuerdo. Isabel despreciaba a Hugo le Despenser tanto como Rogelio, y ella y Mortimer no tardaron en hacerse amantes.

En 1326, después de trasladarse a Flandes, Isabel y Mortimer reunieron un ejército de setecientos soldados e invadieron Inglaterra sin más objeto que la venganza. Los Despenser, tomados por sorpresa, sufrieron derrota, y antes de un mes, el rey Eduardo,

abandonado por sus nobles, fue capturado por las fuerzas de Mortimer en el sur de Gales. Las represalias fueron brutales: un mes después de ahorcar y decapitar a su padre en Bristol en octubre de 1326, ataron a Hugo a cuatro caballos en Hereford para que lo arrastrasen hasta el cadalso, lo colgaron y, cuando estaba a un paso de la asfixia, cortaron el dogal y lo ataron a una escalera para cercenarle el pene y los testículos y quemarlos ante sus ojos. Estando aún consciente, le abrieron el abdomen y le extrajeron las entrañas y el corazón. A continuación, le cortaron la cabeza para exhibirla en las puertas de Londres, y su cuerpo, partido en cuartos, fue enviado a Bristol, Dover, York y Newcastle.

El rey, entre tanto, se había visto obligado a abdicar en favor de su hijo, Eduardo III, quien fue «coronado» durante una ceremonia celebrada en enero de 1327. Aunque formalmente ejercía de monarca, no fue más que una marioneta de Mortimer, quien, sin ocupar puesto oficial alguno, gobernó la nación junto con Isabel los tres años siguientes, otorgando títulos y tierras a su familia y a sí mismo el ostentoso título de «conde de la Marca». Eduardo II fue trasladado en abril al castillo de Berkeley, residencia de Tomás de Berkeley, yerno de Mortimer, y nunca volvió a saberse de él. Al decir de la relación de los hechos que haría más tarde Tomás Moro, fue muerto a instancia de Mortimer con un hierro al rojo inserto en el ano a fin de no dejar marcas.

El despotismo y la codicia de Mortimer provocaron la ira de los barones de la nación y lo obligaron a mantener un cuerpo de gente armada en su corte en todo momento. Al cabo, sin embargo, fue

más allá de sus propias posibilidades en 1330, cuando mandó ajusticiar a Edmundo, popular conde de Kent y tío de Eduardo. Temiendo que albergase intenciones de usurpar el trono, los barones más prominentes, encabezados por el conde de Lancaster, antiguo aliado suyo, instaron a Eduardo III a actuar contra él antes de que fuese demasiado tarde, y el joven rey, a un paso de cumplir la mayoría de edad y resuelto a sacudir el aborrecido yugo de Rogelio, no dudó un instante. En octubre, estando la familia real en el castillo de Nottingham, sus seguidores y él, guiados por dos integrantes de la casa real —Ricardo de Bury y Guillermo de Montagu—, burlaron la guardia de su enemigo a través de un pasadizo subterráneo (conocido aún como el Túnel de Mortimer) y los sorprendieron a él y a Isabel en el dormitorio de la reina. Pese a los ruegos de ella («Buen hijo, ten piedad del noble Mortimer»), arrestaron a Rogelio y lo llevaron a la Torre de Londres, en donde, sin que mediara juicio alguno, fue condenado a muerte por traición. El 29 de noviembre de 1330 lo condujeron a Tiburn, lo desnudaron, lo colgaron —suerte reservada por lo común a los plebeyos— y lo dejaron en la horca dos días antes de cortar la soga. Isabel, mujer de infausta memoria en cuanto seductora y conyugicida, vivió muchos años en calidad de honorable reina madre en la corte de su hijo, uno de los soberanos más excelsos de Inglaterra.

Eduardo III y el Príncipe Negro (1312-1377 y 1330-1376)

El más grande soldado de su tiempo.

Jean Froissart, Crónicas (finales del siglo XIV), refiriéndose al Príncipe Negro

Eduardo III y el Príncipe Negro, padre e hijo, personificaron la gloria, la energía y el triunfo de la caballería inglesa en su apogeo medieval. El primero fue el más próspero y heroico de los reyes de Inglaterra, y el segundo —con anterioridad Eduardo, príncipe de Gales—, el caballero más cortés y célebre de Europa. Junto con el rey Enrique V, son los príncipes más sobresalientes de la historia británica. Eduardo III dio muestras, a lo largo de su dilatadísimo reinado, de una notable energía, audacia y ambición, y se distinguió a menudo en lo más intenso de la batalla. Creció bajo la sombra de su padre, Eduardo II, hombre de flaqueza calamitosa depuesto y asesinado en 1327 por su madre, la reina Isabel, y Rogelio Mortimer, amante de ella. Los dos gobernaron con despotismo hasta que el rey arrinconado, con solo diecisiete años, protagonizó un golpe de estado poniéndose a la cabeza de un grupo de amigos íntimos para apresar a Mortimer durante una operación digna de epopeya.

Lo primero que hizo este monarca dinámico y atlético dotado de no poco talento fue declarar la guerra a los escoceses, acaudillar la conquista de buena parte de las Tierras Bajas y lograr una gloriosa victoria en el cerro de Halidon en 1333. Como su abuelo Eduardo I, trató de imponer su propio candidato al trono de Escocia: Eduardo

de Balliol. En 1346, el ejército real obtuvo una victoria aún mayor en Neville's Cross y capturó al rey David II de Escocia, destinado a pasar largos años en la corte de Londres en calidad de rehén.

En 1338, Eduardo tomó la determinación de reclamar el derecho inglés a la corona francesa y los territorios angevinos que había perdido el rey Juan, y dos años más tarde fue aclamado rey de Francia antes de ganar en Esclusa una batalla naval contra los franceses, si bien se vio obligado a regresar a Londres para hacer frente a una serie de dificultades políticas y financieras que desembocaron en la expulsión de su ministro Juan de Stratford, arzobispo de Canterbury. Volvió a Francia en 1346, conquistó territorios que incluían Calais y obtuvo la mayor de sus muchas victorias en la batalla de Crécy merced a sus dotes de mando y la pericia de sus arqueros ingleses. Sumada a la del cerro de Halidon, la de Esclusa y la conquista de Calais, le valió un prestigio colosal como rey y como guerrero. En 1350, habiendo oído que Calais corría peligro de ser víctima de traición, fue a la ciudad en secreto con gran riesgo personal acompañado de un grupo de gente armada y, sirviéndose de una breve emboscada, salvó la plaza y acabó con los desleales. Una acción diestra en grado sumo.

Cuando Eduardo de Woodstock, primogénito y heredero suyo, alcanzó la edad de trece años, el rey le dio permiso para empezar a guerrear en el extranjero. De hecho, cuando los ingleses se enfrentaron a los franceses en Crécy, en 1346, apostó la compañía de su hijo en el lugar en que se empeñaba lo más intenso del combate. El enemigo cayó sobre el príncipe y sus hombres, quienes

hubieron de recurrir a cada ápice de sus fuerzas para repelerlos. Aunque los relatos posteriores aseveran que el monarca se negó a ayudarlo hasta que hubiese «superado la prueba», lo cierto es que advirtió que el heredero se hallaba en grave peligro y mandó a veinte caballeros aguerridos a guisa de refuerzo. Con todo, al llegar allí, encontraron al príncipe y sus compañeros resollando tras haber rechazado al francés.

Allí, a causa del color de su armadura, nació la leyenda del Príncipe Negro, que él mantuvo gustoso. Uno de los aliados del enemigo, el rey Juan de Bohemia, había pedido que lo llevaran al campo de batalla pese a estar ciego por completo, y aunque, como era de esperar, no conservó la vida mucho tiempo, el joven quedó impresionado por aquel proceder tan caballeresco, y, en consecuencia, adoptó en honor del monarca muerto las plumas de avestruz de su reino en su escudo de armas, motivo heráldico que sigue figurando en nuestros días en el blasón del príncipe de Gales.

Eduardo nombró a su hijo príncipe de Aquitania. Diez años más tarde, en 1356, con dos lustros de experiencia militar a sus espaldas, el Príncipe Negro encabezó otra división inglesa a una victoria aún mayor. Dada la ausencia de su padre en aquella ocasión, no era mucho el entusiasmo que sentía ante la idea de enfrentarse al rey de Francia, Juan II. No obstante, el 19 de septiembre llevó a sus hombres al campo de batalla a unos ochos kilómetros de Poitiers. Empleó su cacumen para rebasar al enemigo, cargar contra él colina abajo y empeñar combate cuerpo a cuerpo.

Logró así apresar al monarca francés y hacerse con una victoria mayor aún que la de Crécy.

Las historias de la gesta caballeresca del Príncipe Negro se extendieron por toda Europa. Se hizo célebre, por ejemplo, la actitud que adoptó ante la condición superior de su prisionero, el rey Juan, al negarse a comer con él y servirle, en cambio, a la mesa. La batalla de Poitiers marcó el culmen de la trayectoria guerrera del príncipe. En cuanto gobernador de Aquitania, se granjeó el odio de su pueblo por causa del rigor con que ejercía su autoridad, y cometió la imprudencia de inmiscuirse en los asuntos políticos de Castilla. Junto con su agraciada esposa Juana, «la doncella de Kent», adquirió no poca fama por su suntuosa complacencia y su falta de diplomacia política.

Eduardo III se dedicó a deleitarse en su gloria caballeresca mientras recibía un copioso rescate por los dos soberanos —el de Francia y el de Escocia— que tenía presos en Londres. Celebró su triunfo fundando la Orden de la Jarretera y gozándose en la leyenda que lo presentaba como un nuevo rey Arturo. Aun así, pese a sus victorias espectaculares, no le resultó fácil dominar Escocia y retener las conquistas obtenidas en Francia, nación con la que hubo de firmar un tratado muy poco satisfactorio en 1360.

Aunque había compartido un matrimonio feliz con la reina Felipa, con la que había engendrado una prole numerosa, en aquel momento quiso embarcarse en una aventura con Alicia Perrers, quien no tardaría en adquirir una fama funesta por su codicia y corrupción en conchabanza con el poco escrupuloso lord Latimer.

La corte se hallaba en franca decadencia. Eduardo sufrió varios ataques de apoplejía, y el Príncipe Negro regresó de Aquitania y de sus fracasadas empresas castellanas incapacitado por su mala salud. Juan de Gante, duque de Lancaster, quien también se vio envuelto en las intrigas de Castilla —con la esperanza de hacerse con el trono de aquel reino— tomó las riendas del gobierno por ser el siguiente de la línea de sucesión. Tras la muerte de la reina Felipa, Alicia Perrers se volvió más insolente y acaudalada.

Llegado el año de 1376, aquel glorioso reino, bendecido con tantas victorias, se había echado a perder. El Príncipe Negro, el caballero más célebre de Europa, murió aquel año; Eduardo estaba enfermo, y los empeños de Juan de Gante en defender a su padre y la corona no pasaban de ser desmañados. Aquel año y el siguiente, el «buen Parlamento» exigió con buen éxito la expulsión de Alicia Perrers y el procesamiento de lord Latimer. Eduardo III y Juan de Gante quedaron manchados por el escándalo y la humillación.

En 1377 falleció Eduardo tras medio siglo de reinado, y fue a sucederle su nieto Ricardo II, malhadado hijo del Príncipe Negro. Aun así, aquel había demostrado una gran brillantez en cuanto monarca y caudillo militar, dotado de un hechizo y una distinción irresistibles, un valor notable, una suerte nada desdeñable en la guerra y la política, y un gusto memorable por el espectáculo y la pompa. El Príncipe Negro, menos astuto en el plano político, no le fue en zaga, sin embargo, en lo que a atractivo refinado se refiere. Aunque los británicos no son muy dados a asignar a sus reyes tal sobrenombre, si alguien lo merece sin duda es Eduardo el Grande.

Tamerlán
(1336-1405)

Amaba a los soldados audaces y arrojados, con cuya ayuda abrió las puertas del terror, desmembró a los hombres como a leones y derribó montañas.

Aḥmad ibn 'Arabšāh, escritor árabe

Tamerlán, hombre de estado y adalid de pasmosa brillantez y ferocidad brutal, construyó un imperio que se extendió de la India hasta Rusia y el Mediterráneo. Jamás sufrió una derrota en el campo de batalla, y figura junto con Gengis Kan y Alejandro Magno como uno de los conquistadores más grandes de todos los tiempos. A su paso dejó a un tiempo pirámides de cráneos humanos y la belleza estética de su capital, Samarcanda.

Timūr —«hierro» en túrquico— nació en Kesh, al sur de Samarcanda, en 1336. Su padre fue un jefecillo de la tribu barlás, asentada en Transoxiana (el Uzbekistán de nuestros días, aproximadamente), en el corazón de un imperio mongol en franca decadencia, desgajado en facciones enfrentadas a cuya cabeza se encontraban los descendientes de Gengis Kan. Entre ellas destacaban la chagatai, la dinastía del ilkanato y la llamada Horda de Oro. La situación que se daba dentro del kanato chagatai —al

que pertenecían los barlás— se complicaba aún más con las tensiones existentes entre las tribus predominantemente nómadas y las que buscaban una existencia asentada de paz y comercio. Las luchas intestinas eran, por lo tanto, frecuentes, y fue precisamente mientras participaba de joven en una incursión cuando Timūr —a quien describían sus contemporáneos como una persona fuerte, de cabeza prominente y larga barba de tonos rojizos— recibió las heridas que le dejaron semiparalizada una mitad del cuerpo y, en consecuencia, la cojera distintiva que le valió el sobrenombre de «Lang», «cojo», que ha llegado a nosotros unido a su nombre como Tamerlán. Pese a todo, adquirió gran habilidad como jinete y guerrero, y no tardó en ganarse un número nutrido de seguidores. Al decir del autor árabe 'Arabšāh, era «ágil de mente y robusto de cuerpo, animoso e intrépido, firme como una roca... intachable en la estrategia». En el plano intelectual no era menos diestro: hablaba cuando menos dos lenguas —persa y túrquico— y mostraba un gran interés por la historia, la filosofía, la religión y la arquitectura, amén de jugar con entusiasmo al ajedrez.

En 1361 quedó al cargo de las inmediaciones de Samarcanda tras jurar lealtad a Tuglaq, quien se había apoderado del kanato chagatai. Cuando este murió poco después, Timūr afirmó su posición coligándose con Ḥusayn, otro jefe tribal que operaba desde Balj. Juntos conquistaron buena parte de las tierras que los circundaban apartando con violencia a las tribus rivales, pero las tensiones latentes en su relación —que hasta entonces habían mantenido a raya mediante lazos familiares— estallaron tras la

muerte de la primera esposa de Timūr, hermana de Ḥusayn. El viudo, que se había ganado un amplio respaldo popular recompensando con largueza toda muestra de lealtad, se volvió contra su antiguo aliado y lo derrotó, aunque volvió a soltarlo poco después ante el horror que le causaba contemplar metido en grillos a quien había sido amigo suyo. Tal indulgencia, sin embargo, no duró mucho: un tiempo después, Timūr hizo ejecutar a dos de los hijos de aquel, tomó para sí a cuatro de sus mujeres y hostigó a los más destacados de los seguidores con que contaba por toda la región para decapitarlos y compartir con sus hombres, a modo de obsequio, sus esposas y sus hijos.

En 1370, convertido ya en cabeza indiscutible de un reino en continua expansión con capital en Samarcanda —en donde hizo construir templos opulentos y hermosos vergeles tras las murallas defensivas que erigió y el foso que las rodeaba—, comenzó a tener sueños de grandeza. Declarándose descendiente de Gengis Kan —aunque lo más probable es que él fuera de origen túrquico—, anunció su objetivo de restaurar el imperio mongol. En primer lugar, no obstante, debía dar estabilidad a su nuevo régimen, y para hacerlo contrajo matrimonio con la viuda de Ḥusayn, Sarai Kanum, y se limitó a emplear el título de emir y a gobernar por mediación de los títeres gengisidas. Restauró y monopolizó la Ruta de la Seda, por la que en otro tiempo había transcurrido el comercio de la China a Europa. Esta estrategia de guerra exterior y paz interior le permitía satisfacer a un tiempo a quienes ansiaban nuevas conquistas y a quienes deseaban una próspera estabilidad.

Tamerlán se puso al frente de un coloso bélico por demás eficaz que dividió en unidades de diez mil hombres (*tümen*), una caballería de gran destreza —en la que incluiría con el tiempo un cuerpo de elefantes de la India— a la que asignó proporciones suficientes para campañas prolongadas y pertrechó sobradamente de arcos y espadas, así como de catapultas y de arietes destinados a la guerra de sitio. Su soldadesca —cuyo sustento dependía de las conquistas— se componía de una mezcla étnica ecléctica que incluía turcos, georgianos, árabes e indios. Entre 1380 y 1389, se embarcó en una serie de empresas guerreras con las que conquistó un imperio colosal que abarcaba Persia, Iraq, Armenia, Georgia y Azerbaiyán, Anatolia, Siria y toda el Asia central, el norte de la India, las inmediaciones de la China y buena parte de la Rusia meridional. El más prolongado de sus enfrentamientos fue el que empeñó con Toqtamish, kan de la Horda de Oro, al que derrotó y destruyó al fin en 1391.

El terror era una de las armas más relevantes de su arsenal. Envío avanzadas de agentes secretos que tenían por misión desatar rumores relativos a las atrocidades que había cometido. Así pues, describían las ciclópeas pirámides de cabezas decapitadas que construían sus soldados a fin de celebrar las victorias obtenidas en la batalla; la matanza de 70.000 paisanos de Isfahán y 20.000 de Alepo o la decapitación de 70.000 de Tikrīt y 90.000 en Bagdad; el incendio que redujo a cenizas una mezquita llena de personas en Damasco y la destrucción total de varias ciudades persas tras la revuelta que se había producido allí en 1392. A menudo bastaba

con el miedo para garantizar la sumisión, si bien fueron muchos los millones de víctimas que hizo en sus campañas. Así y todo, hermoseó Samarcanda, creó la variante del ajedrez que lleva su nombre, practicó la tolerancia religiosa y entabló con los eruditos debates sesudos sobre filosofía y fe. Fue en conjunto un hombre extraordinario y contradictorio: un verdadero fenómeno de la naturaleza. En 1398 llevó su imperio más allá incluso que Alejandro Magno y Gengis Kan al invadir la India y capturar Delhi. Allí acabó con la vida de cien mil paisanos y mató a sangre fría a un número semejante de soldados indios que se habían rendido tras la batalla de Panipat. Y no se detuvo aquí: en 1401 sus hombres conquistaron Siria y arrasaron Damasco. En julio del año siguiente, tras una contienda tan colosal como sangrienta librada cerca de Angora, derrotó al sultán otomano Bayaceto I, a quien, entre otros tesoros, despojó de las célebres puertas del palacio de Prusa. También en 1402, arrasó la ciudad cristiana de Esmirna, y lanzó al mar las cabezas de sus víctimas sobre bandejas iluminadas con velas. Llegado 1404, hasta el emperador bizantino, Juan I, pagaba tributo a Tamerlán a cambio de su seguridad. Poco antes de cumplir los setenta años se embarcó en su última aventura —un conato de invasión de la China—, aunque cayó enfermo mientras marchaba con su hueste y murió en enero de 1405. Llevaron su cuerpo de regreso a Samarcanda, en donde se erigió un mausoleo en su honor. Tras su muerte, sus hijos y sus nietos entraron en liza a fin de quedar al mando de su imperio hasta que solo quedó vivo en la familia Šāhruj el menor de los primeros, quien asumió el poder en

1420. Su descendiente más ilustre fue Bābur, fundador de la dinastía timúrida de los mogoles que gobernaron la India hasta 1857. Amén de ser un asesino impío y dejar que sus ejércitos cometieran actos de pillaje y brutalidad sin parangón, Tamerlán fue un estadista perspicaz, un general brillante y un mecenas refinado. En Uzbekistán lo veneran aún en nuestros días —de hecho, el monumento a él dedicado en Taskent se halla en donde se erigió en otro tiempo la estatua de Marx—. Fue enterrado en una tumba de Samarcanda sencilla y hermosa, protegida por una leyenda que aseguraba que quien osase profanarla sería víctima de una maldición. En junio de 1941 la abrió un historiador soviético, y días más tarde Hitler atacó a la Unión Soviética.

Ricardo II

(1367-1400)

*Derribó cuanto violaba la
prerrogativa real, y destruyó a los
herejes y dispersó a sus amigos.*

*Epitafio elegido por él mismo para
su tumba de la abadía de
Westminster*

El reinado de Ricardo II fue una tragedia personal y política. Aunque como rey fue intransigente, inepto, contradictorio, paranoico, muy poco digno de confianza y vengativo, es recordado como mecenas delicado y como el monarca que, siendo aún un

niño, hizo frente a la terrible turba rebelde de las revueltas campesinas. Su desdicha consistió en acceder al trono cuando todavía era un chiquillo sin preparación, experiencia ni prudencia alguna, y eclipsado por su heroico abuelo Eduardo III y su padre, el Príncipe Negro.

Nacido en Burdeos de Eduardo, príncipe de Gales, y de la hermosa Juana, la doncella de Kent, quedó detrás de su padre en la línea sucesoria después de morir su hermano durante la infancia. Al fallecer aquel en 1376 y su abuelo poco después, se vio elevado al trono en 1377, cuando solo tenía diez años, asistido por su tutor, *sir* Simón de Burley, amigo leal de la familia. Los cuatro primeros años de su reinado, el poder recayó de forma no oficial sobre tres consejos reales, aunque lo cierto es que buena parte del gobierno de la nación se hallaba en manos de Juan de Gante, tío suyo y hombre de estado tan controvertido como capaz.

Ricardo era alto, rubio y bien parecido, aunque se le tenía por afeminado y por más interesado en las formas rebuscadas de etiqueta (exigía el empleo de la cuchara en la corte, y de él se dice que inventó el pañuelo) que en la victoria en el campo de batalla, lo que suponía una verdadera afrenta a la tradición guerrera de los reyes ingleses. En enero de 1382 se desposó con la dócil y popular Ana de Bohemia, y dos años después de enviudar en 1394, con la princesa Isabel, hija de Carlos VI de Francia que apenas contaba siete años. Con todo, jamás llegó a engendrar un heredero legítimo, y su reinado estuvo caracterizado por la polémica relación que mantuvo con toda una serie de favoritos varones, hombres como

Miguel de la Pole o Roberto de Vere, con los que se da por supuesto que compartió sendas aventuras homosexuales.

Después de una serie de guerras onerosas con Francia, sus consejeros aumentaron los impuestos y provocaron con ello la revuelta campesina de junio de 1381, encabezada por Wat Tyler. Bandas de agricultores y artesanos de Essex y Kent marcharon a Londres para saquear la ciudad y exigir una carta de derechos. El día 16, a las dos en punto de la tarde, Ricardo negoció cara a cara con los sublevados en Smithfield. Después de que se declarase un violento altercado y los hombres del rey mataran a Tyler, Ricardo supo dominar al gentío. «No vais a tener más capitán que yo mismo», declaró. Cientos de amotinados lo siguieron entonces mientras se alejaba del lugar de los hechos, y sus hombres aprovecharon la ocasión para rodear al resto de los cabecillas. Demostró tener no poca valentía e iniciativa, aunque al mismo tiempo participó en una traición violenta y casi con toda seguridad planeada para con sus sufridores súbditos. Cientos de ellos fueron ajusticiados en las calles en las semanas siguientes, y el número de quienes acabaron en la horca fue mucho mayor.

Después de manejar con éxito la revuelta hubo de arrostrar un problema más serio aún: la oposición de algunos de los barones más poderosos del reino. En 1386, después de un intento muy desmañado de invasión de Escocia, un grupo de dichos nobles — que se hicieron llamar *lores apelantes* por las peticiones que presentaron con la esperanza de obtener una buena gobernación— reclamó en el Parlamento la expulsión de los impopulares

consejeros de Ricardo. En torno al tío del rey, Tomás de Woodstock, duque de Gloucester, se congregaron Tomás de Beauchamp, conde de Warwick; Ricardo Fitz-Alan, conde de Arundel; Tomás de Mowbray, conde de Nottingham, y su primo Enrique de Bolingbroke, conde de Derby, hijo de Juan de Gante y posible aspirante al trono. Cuando el monarca los acusó de traición, los lores apelantes se alzaron, derrotaron a los ejércitos de Ricardo en el puente de Radcot, a las afueras de Oxford, y lo encarcelaron durante un breve período en la Torre de Londres. En febrero de 1388 fueron ejecutados ocho de sus consejeros por orden del llamado Parlamento Implacable. De la Pole y De Vere huyeron de Inglaterra cuando se hicieron con el poder los lores apelantes so color de ser aún Ricardo demasiado joven para gobernar la nación.

Los lores rebeldes fracasaron en las campañas militares entabladas contra los escoceses y franceses, y en 1389, cuando regresó a Inglaterra Juan de Gante desde la península Ibérica, Ricardo restauró su autoridad. De Mowbray y De Bolingbroke cambiaron de bando para alinearse con el soberano, quien, cumplidos ya los veintidós, apartó a un lado a los apelantes y se hizo con el poder. Cada vez más arrogante y autoritario, se convenció de que lo asistía el derecho divino para gobernar. En 1397 invitó al conde de Warwick a un banquete y lo arrestó; garantizó al de Arundel que no tenía de qué preocuparse y también lo detuvo, y mandó hacer otro tanto con el duque de Gloucester en Francia. Al primero lo exilió, al segundo lo ejecutó y al tercero lo estrangularon en Calais.

Cada vez más paranoico, Ricardo se hizo acompañar de una guardia armada de arqueros de Cheshire. En 1399 cometió la torpeza de exiliar a su primo Enrique de Bolingbroke, duque de Lancaster, y de apoderarse a continuación de sus tierras. Luego, cuando el rey partió a Irlanda para librar una campaña militar, aquel, que gozaba de una gran popularidad y había declarado que «el reino se hallaba al borde de la ruina por falta de gobierno y abandono de las buenas leyes», desembarcó con una modesta hueste en Yorkshire e hizo estallar una rebelión generalizada. Cuando Ricardo regresó a la costa galesa, la mayor parte de los nobles influyentes de la nación se había vuelto en contra de él. Tras capturarlo, lo llevaron a Londres y lo exhibieron por las calles, en donde recibió los insultos y la fruta podrida que le lanzaba el gentío. Depuesto y humillado, murió de inanición en el castillo de Pontefract en febrero de 1400. Su primo y verdugo reinó con el nombre de Enrique IV y fue padre del vencedor de la batalla de Agincourt.

Enrique V

(1387-1422)

Demasiado célebre para tener una vida larga.

Duque de Bedford

El 31 de agosto de 1422, en el Bois de Vincennes, sito a las afueras de París, Enrique V siguió el aciago sino del que habían sucumbido tantos de sus soldados y murió de «fiebre del campo de batalla»

(disentería, probablemente). El joven príncipe Hal de la obra de Shakespeare tenía solo treinta y cuatro años, y hacía solo nueve que había sucedido a su padre en el trono de Inglaterra. Con todo, su experiencia no se compadecía con su juventud. De hecho, fueron tantos los logros de su corta vida que cierto historiador moderno lo ha calificado de «el hombre más grande que haya gobernado nunca Inglaterra».

Cuando tomó la corona en 1413, el país llevaba varias décadas dividido por guerras dinásticas: su padre, Enrique IV —Enrique de Bolingbroke, hijo de Juan de Gante—, se había hecho en 1399 con el cetro de su primo, Ricardo II, y había pasado los primeros años de su reinado batallando y a la defensiva, reprimiendo rebeliones protagonizadas por la casa de Percy y los galeses. Su hijo recibió el mando independiente en estas campañas, y no tardó en distinguirse en cuanto militar. En cierta batalla, el joven príncipe sufrió una herida grave de una flecha que fue a darle en el rostro y a quebrarse bien dentro de la carne. Lo salvó de forma milagrosa un cirujano de no poco ingenio que inventó el artilugio con el que sacar el proyectil a través no del orificio de entrada, sino del cuello. Enrique acabó por recuperarse.

En los últimos años del reinado de su padre, este y el príncipe compitieron por el poder y a punto estuvieron de entrar en conflicto. Al llegar al trono en 1413, se hizo evidente en qué grado era excepcional el nuevo monarca, hombre profundamente pío y religioso, convencido de su misión sagrada, aunque a un mismo tiempo generoso de espíritu, enérgico, por demás inteligente,

denodado y muy dotado para la planificación y el mando militares. El joven Enrique V ofrecía la esperanza de una ruptura limpia con el pasado y se entregó enseguida por completo a la empresa de unificar el país. Este «inglés de los pies a la cabeza» albergaba la intención de alimentar el espíritu de nación y de identidad nacional, y para ello, entre otras cosas, abandonó la práctica habitual de sus predecesores y empleó la lengua patria en lugar del francés a la hora de leer y escribir. Como cuantos lo habían precedido en la guerra de los Cien Años, consideraba ser rey legítimo de Francia.

Poco antes de partir para tierras galas, dejó al descubierto una conspiración fraguada por los aristócratas contra su persona: la llamada Conjura de Southampton, que aplastó ejecutando a Enrique, barón de Scrope, y a su primo el conde de Cambridge. Nada iba a interferir con su guerra solemne.

Zarpó para Francia en agosto de 1415 con la idea de capturar una serie de ciudades de emplazamiento estratégico de la región septentrional que guarnicionar y emplear a guisa de punto de apoyo para otras conquistas. Cuando tocaba a su fin el mes de septiembre, había conseguido tomar el puerto de Harfleur, y, sin embargo, dado que su hueste había quedado diezmada por causa de las enfermedades, optó por regresar a Inglaterra a fin de reagruparla. El 25 de octubre, los seis millares de combatientes que conformaban su ejército toparon con que el paso de Calais se hallaba bloqueado cerca de Agincourt (hoy Azincourt) por una fuerza francesa mucho más nutrida. Superadas en número por una proporción de al menos tres a uno, las delgadas líneas inglesas

quedaron ancladas en una posición defensiva sólida, consistente en un embudo flanqueado de árboles y de varias formaciones nutridas de arqueros. Cuando los caballeros franceses, a lomos de caballo y dotados de armadura pesada, avanzaron por fin, se encontraron cada vez más limitados en cuanto a movimiento y atrapados en una lluvia mortal de flechas. Tras la descarga inicial, los arqueros ingleses dejaron sus arcos y cayeron sobre los franceses, que se apretaron desesperados y en total confusión, y les infligieron un número terrible de bajas. La gran victoria de Enrique fue también, pues, el triunfo del poderoso arco largo de los especialistas ingleses —procedentes muchos de ellos de Cheshire—, cuya descarga sostenida era, por el pavor y la muerte que impartían, el equivalente medieval de la ametralladora.

Durante algunos años, inspirados por las dotes de mando de aquel rey joven, carismático y dinámico, el ejército inglés hizo estragos en el norte de Francia, asestando un golpe devastador tras otro a un enemigo francés desorganizado y dividido. Enrique, alentado por sus triunfos, estuvo en posición en 1420 de imponer un acuerdo riguroso a sus oponentes. En virtud de las condiciones del tratado de Troyes, el rey francés, Carlos VI, aceptó que ejerciese de regente y futuro heredero suyo. Aunque su temprana muerte impidió al monarca inglés sacar todo el partido posible a sus victorias, estas le garantizaron la inmortalidad como uno de los héroes más grandes que haya dado Inglaterra.

Su triunfo puso de rodillas a Francia y sometió buena parte de la nación al dominio inglés; pero Enrique no buscaba solo la

restauración del antiguo imperio angevino, sino el trono mismo de Francia. En 1417 se hizo con Ruan. El asesinato del duque de Borgoña por la poderosa facción de Armagnac de la corte francesa empujó a los borgoñones a aliarse con Enrique, y este paso resultó de una importancia decisiva junto con sus éxitos militares. Los franceses firmaron el tratado de Troyes en 1420. Por él, Enrique se hizo con la regencia de Francia con derecho de sucesión al trono francés y contrajo matrimonio con la princesa Catalina, con la que tuvo un heredero, el futuro Enrique VI. El delfín de Francia siguió luchando contra Enrique, y mató a su hermano, el duque de Clarence, en el campo de batalla en 1421. Sin embargo, el soberano inglés capturó Meaux al año siguiente. Parecía muy probable que iba a lograr sumar la corona de Francia a la suya y crear un imperio anglo francés con su hijo recién nacido de padre inglés y madre francesa como heredero; pero murió joven y de manera inesperada, y dejó a sus hermanos al cargo del reino dada la minoría de edad de su sucesor. De ellos, el duque de Bedford obtuvo una serie de victorias notables en Francia, aunque Orleans se salvó gracias a la intervención de la doncella de Orleans, Juana de Arco.

El rey niño Enrique VI fue coronado soberano de Francia en París, aunque del lado inglés existía una dificultad nada desdeñable, siendo así que carecía de todos los rasgos que se esperaban de un monarca medieval. De hecho, sufría una afección mental que lo aquejó durante largos períodos. Las conquistas francesas de su padre se perdieron, y, al cabo, Inglaterra se perdió también en el

conflicto civil dinástico conocido como *la guerra de las Rosas*. Enrique VI murió asesinado en la Torre de Londres en 1471.

Gilles de Rais

(1404-1440)

Gilles de Rais... degolló, mató y aniquiló de un modo atroz a muchos jóvenes y niños inocentes... y puso en práctica con ellos su lujuria antinatural y el vicio de la sodomía.

*Informe del obispo de Nantes
(1440)*

Este personaje sádico, depravado y psíquicamente trastornado fue el primer asesino en serie del que se tiene noticia. Se le acusó de torturar, violar y matar a veintenas de menores y jóvenes en busca de gratificaciones sexuales extremas. Sus crímenes alternaban con períodos en los que lo atormentaba la culpa, y tras los cuales volvía a las andadas no bien lo acuciaba el deseo.

Gilles de Rais nació en el seno de una familia acaudalada de la aristocracia francesa durante el largo conflicto librado con Inglaterra y conocido como la guerra de los Cien Años. Su madre enfermó y murió en 1415, cuando él apenas había superado los diez años, y su padre fue muerto por un jabalí estando de cacería. Aquel mismo año falleció su tío mientras luchaba contra el inglés en la

batalla de Agincourt. Esto lo convirtió en heredero de la fortuna familiar, que, por el momento, seguía administrada por su abuelo Juan de Craon.

Este último se encargó de la custodia del niño, si bien mostró un interés escaso en su bienestar, y lo empleó como peón político al tiempo que le daba rienda suelta para que satisficiera cada uno de sus deseos. Después de dos intentos fallidos de vincularlo a familias adineradas por mediación del matrimonio, acabó por prometerlo con una rica heredera a la que tuvo secuestrada hasta que se avino a desposarse con él.

Desde los veintitrés años, De Rais luchó con distinción contra los ingleses, y sirvió al lado de Juana de Arco en varias campañas, aunque no se sabe cuán estrecha pudo ser su relación. Como ella, él tenía fama de ser hondamente piadoso, y contribuyó, sin lugar a dudas, a la construcción de cierto número de iglesias y de una catedral.

En 1432, un año después de que quemasen a Juana en la hoguera, se retiró del servicio militar y regresó al castillo de dimensiones colosales de que disponía su familia en Machecoul, cerca de la frontera con Bretaña. Muerto también su abuelo, comenzó a gastar su extensa herencia en diversiones suntuosas y en un estilo de vida presidido por el lujo. Despertó con ello la indignación de su hermano René, a quien aterraba la idea de que estuviese dilapidando la fortuna familiar.

Bajo la superficie, sin embargo, se escondía una verdad más sórdida. Desde su cuartel general de Machecoul y merced a los

servicios de cierto número de cómplices, Gilles de Rais se embarcó en una serie de asesinatos sexuales sádicos y muy bien planeados. Pudo ser responsable de la muerte de entre 60 y 200 muchachos varones —niños en su mayoría— de edades comprendidas entre los seis y los dieciocho años.

A sus víctimas, dotadas por lo común de ojos azules y cabello rubio, las atraían al castillo con engaños o las llevaban por la fuerza tras raptarlas en el pueblo de Machecoul o en la región circundante. Se decía que la primera había sido un recadero de doce años al que suspendió del cuello con un garfio y violó antes de quitarle la vida. A medida que fue aumentando el número de desaparecidos, el dedo de la sospecha fue señalando con más claridad a De Rais; pero los aldeanos se hallaban demasiado aterrados y mal pertrechados para hacer frente a uno de los hombres más poderosos y adinerados de Francia.

Las más de las víctimas sufrieron tormento en una cámara construida a tal fin en la que las ataba o colgaba para violarlas y matarlas desmembrándolas, decapitándolas, eviscerándolas o con otros métodos. Durante el proceso instaurado contra él, confesó haber admirado la cabeza cercenada de los desdichados mejor parecidos y haberse complacido en la contemplación de las entrañas que acababa de arrancarles. También se decía que practicaba la magia negra y adoraba al diablo.

Entre tanto, René de Rais se había resuelto a hacerse con la gestión de la fortuna familiar antes de que acabara con ella su hermano, y amenazó con atacar Machecoul. El duque de Bretaña, quien

también tenía intención de hacerse con las tierras de Gilles, llegó a tomar uno de sus castillos. En respuesta, en mayo de 1440, Gilles capturó a un sacerdote, hermano de uno de sus enemigos mientras celebraba misa, e instigó con ello al obispo de Nantes —a quien también interesaba la caída de De Rais— a exigir que se investigara su comportamiento.

El mitrado empezó a entrevistar a las familias de los niños desaparecidos y acumuló una cantidad pasmosa de testimonios e indicios contra él. Lo arrestaron en septiembre de 1440 y presentaron contra él 34 cargos de asesinato. Un mes después había confesado su culpabilidad —ante la amenaza de tortura— y había sido condenado por homicidio, sodomía y herejía. El 16 de octubre, después de expresar su arrepentimiento y haberle sido otorgado el derecho de confesión, lo ahorcaron y, a continuación, lo quemaron junto con dos de sus sirvientes.

Gilles de Rais manifestó hasta el último momento la fortaleza de su fe. La única acusación que se negó a aceptar fue la de adoración al demonio, y se derrumbó y rompió a gimotear cuando lo amenazaron con la excomunión y con negarle el derecho a confesarse. Estos destellos de conciencia, sin embargo, no habían hecho nada por detener su campaña de sadismo, asesinatos y lo que se denominó «deleite carnal».

Juana de Arco
(c. 1412-1431)

Aquí me ha enviado Dios, rey de los cielos, para expulsaros de toda Francia.

Carta a las fuerzas inglesas que sitiaban Orleans (22 de marzo de 1429)

La heroína nacional de Francia, Juana de Arco, fue una sencilla campesina transformada en soldado, mártir y, al fin, santa. Convencida de que Dios le había asignado la misión de liberar Francia, dio muestras de un notable liderazgo moral y militar e inspiró a los franceses a seguir luchando contra el inglés en la guerra de los Cien Años. Vestida con atuendos masculinos, se enfrentó a toda convención y a las objeciones de los hombres de estado y de iglesia y acabó por aceptar la muerte en su búsqueda de la salvación.

Tenía solo catorce años cuando oyó por vez primera las «voces» de san Miguel, santa Catalina y santa Margarita, que le pedían que salvase a Francia de los ingleses. Tras medio siglo de guerra, sus compatriotas parecían estar a punto de perder aquella lucha por su corona. Cinco años después de la muerte del rey Carlos VI de Valois, su hijo, el delfín Carlos, seguía sin ser coronado, y la ciudad de Orleans, la llave de la región central de la nación, daba la impresión de estar a un paso de caer en manos de Inglaterra.

Juana viajó a través del territorio ocupado por el enemigo y destrozado por la guerra a fin de pedir audiencia con Carlos,

aguijada por la persistente llamada de los santos. Gracias a su determinación, tan callada como inflexible, logró ser recibida por el heredero, persuadirlo a dar vigor a la campaña contra el inglés y convencerlo de que era deseo divino que se hiciera coronar en la catedral de Reims. Aunque nunca reveló lo que dijo a Carlos al oído aquel día, lo cierto es que él y el resto del gobierno francés quedaron convencidos bien de que la guiaba el Señor, bien de que podía ser de utilidad a la causa francesa. Lo más seguro es que ambos motivos tuvieran cierto peso.

Pertrechada con armadura blanca y una hacha de guerra, Juana cabalgó a la cabeza del ejército de Carlos determinada a hacer al enemigo levantar el sitio de Orleans. Logró derrotarlo, y a aquella siguieron más victorias —tal como ella había tenido siempre por cierto—. Todo apuntaba a que la doncella de Orleans, aclamada por los suyos en calidad de salvadora, y acusada de brujería por Inglaterra, debía de gozar de algún poder sobrenatural con el que había hecho trizas el mito de la invencibilidad inglesa surgido en Agincourt. En julio de 1429 fue consagrado el delfín como Carlos VII en Reims, en presencia de Juana.

Esta, infatigable, instó a su vacilante señor a sacar partido a la ventaja de que gozaba y seguir avanzando hasta París. Cuando las fuerzas de Valois atacaron al fin la capital, Juana se mantuvo en lo más alto de los terraplenes, apremiando a voz en cuello a los habitantes para que se rindieran ante su rey legítimo. Impávida ante las heridas recibidas en el combate, se negó a abandonar el campo de batalla, aun cuando fracasó la conquista de París.

Capturada por los borgoñones, aliados del inglés, mientras corría a la ciudad sitiada de Compiègne, fue vendida al enemigo y juzgada por hereje en Ruan, sede del poder de Inglaterra en Francia. Carlos, quien no veía la hora de acordar una tregua con Borgoña y se hallaba remiso a que lo asociasen con una bruja, no dio señales de vida. Durante el juicio, la joven campesina se enfrentó a los teólogos más destacados de Francia, convencida de su misión divina, y evitó en todo momento caer en la trampa de criticar a la iglesia. Tan insensible era a la amenaza de tortura, que sus interrogadores decidieron que sería inútil recurrir a tal expediente.

Sin embargo, cuando las autoridades eclesiásticas la intimidaron diciéndole que la remitirían a un tribunal secular, Juana — petrificada y enferma— confesó haber cometido herejía, se resignó a vestir prendas de mujer y prefirió sufrir cadena perpetua a una muerte dolorosa. Sin embargo, días después de retractarse volvió a cambiar sus ropas por otras de hombre y aseveró que las voces habían censurado su desleal abjuración. Entregada a las autoridades del mundo, la joven, que apenas había salido de la adolescencia y había tenido siempre premoniciones de muerte temprana, fue ajusticiada en la hoguera como una bruja.

Su condena fue firme. Se le permitió confesar y comulgar, y murió con la mirada clavada en la cruz que sostenía en alto un sacerdote, quien accediendo a su súplica, le dio en voz alta garantías de salvación a fin de que pudiera oírlo por encima del fragor del fuego. Tanto preocupaba a los ingleses que quedasen reliquias suyas con

las que mantener viva su leyenda, que quemaron tres veces su cuerpo antes de esparcir sus cenizas en el Sena.

Veinte años más tarde, bien instalado ya en el trono, Carlos VII ordenó investigar el proceso, tras lo cual se dio por nula su condena, y cinco siglos después, el 16 de mayo de 1920, la iglesia Católica la elevó a la dignidad de santa.

Torquemada

(1420-1498)

[Y]a nadie podrá cultivar medianamente las buenas letras en España sin que al punto se descubra en él un cúmulo de herejías, de errores, de taras judaicas. De tal manera es esto, que se ha impuesto silencio a los doctos; y a aquellos que corrían al llamado de la erudición se les ha inspirado, como tú dices, un terror enorme.

Carta de don Rodrigo Manrique, hijo del inquisidor general, a Luis Vives (1533)

El nombre mismo de Tomás de Torquemada, el primer inquisidor general de España, bastaba para hacer temblar de miedo al más

encallecido de sus contemporáneos. Desde entonces, el apellido de quien hostigó a judíos, moros y otros presuntos herejes en el régimen intolerante y represivo de Fernando e Isabel se ha convertido en sinónimo de fanatismo religioso y celo persecutorio.

Poco se sabe de los primeros años de su vida, aparte del hecho de que aquel que iba a trocarse en el azote de los judíos españoles era, precisamente, de descendencia hebrea, dada su condición de nieto de conversa. Siendo joven se unió a la orden religiosa de los dominicos, y en 1452 lo nombraron prior del monasterio de Santa Cruz (Segovia). Las dos décadas siguientes, sin dejar de ocupar dicho puesto, ejerció de confesor y consejero de Fernando II de Aragón y de Isabel I de Castilla, cuyo matrimonio, celebrado en 1479, resultó en la unión de los dos reinos principales de España. Bajo esta monarquía dual se renovaron los empeños en completar la Reconquista —la recuperación de las tierras caídas bajo dominación musulmana—, estancada desde hacía dos siglos. La empresa culminó con éxito en 1492 con la caída de Granada, el último bastión de la España islámica.

Entre tanto, Torquemada había convencido al gobierno de que la presencia continuada de judíos, musulmanes y aun de conversos recientes representaba una corrupción peligrosa de la verdadera fe católica. De resultas de su insistencia, se habían aprobado leyes represivas conducentes a la expulsión de las minorías no cristianas de España.

La Inquisición española fue instaurada el primero de noviembre de 1478 por el papa Sixto IV. Tenía por misión la de arrancar de raíz la

desviación y la herejía del seno de la iglesia, y tenía jurisdicción sobre cualquier mujer de más de doce años y sobre cualquier varón de más de catorce. No era la primera vez que se creaba una institución así, puesto que había existido ya, de manera temporal, en la Francia del siglo XIII, en donde había recibido el cometido de hacer frente a lo que quedaba de las sectas cátaras en el período que siguió a la cruzada albigense. Esta segunda Inquisición, sin embargo, iba a ser mucho más duradera y metódica.

Los dos primeros inquisidores recibieron su nombramiento en 1480, y las primeras condenas a la hoguera se ejecutaron unos meses más tarde, en febrero de 1481, cuando se ajustició a seis reos por herejes. El ritmo de muertes fue aumentando, y el mismo mes del año siguiente, a fin de hacer frente al volumen creciente de casos, el sumo pontífice nombró a otros siete inquisidores —entre quienes se incluía Torquemada—. Antes de que acabara la década, el tribunal estaba celebrando vistas en ocho de las ciudades más importantes de España.

Los inquisidores llegaban a cada una de ellas y convocaban una misa especial a la que estaban obligados a asistir todos los habitantes. A continuación, pronunciaban un sermón antes de invitar a dar un paso al frente y confesar a quienes fueran culpables de herejía. A los sospechosos se les otorgaba un período de entre treinta y cuarenta días para entregarse. Quienes así lo hicieran podían recibir la «recompensa» de una pena menos severa que quienes se mostrasen contumaces. Aun así, a cuantos confesaban se les exigía asimismo que identificasen a otros herejes menos

dóciles. La delación, por lo tanto, formaba parte tan integral como la confesión del trabajo de los inquisidores, y el tribunal, en consecuencia, no tardó en convertirse en un medio muy oportuno de ajustar cuentas pendientes.

A los acusados los arrestaban y los ponían entre rejas, amén de confiscar sus propiedades y las de su familia. Acto seguido se celebraba el interrogatorio, para el cual los inquisidores tenían orden de servirse del tormento conforme a su «conciencia y voluntad». Así, podían introducirle agua a la fuerza en la garganta, sentarlo en el potro o colgarlo con las manos atadas a la espalda...; cualquier cosa que considerasen oportuna para obtener su confesión. Muchos de ellos quedaban tullidos, y un número incontable moría durante el proceso. Para quienes se derrumbaban ante semejante presión solo había una salida: la muerte en la hoguera. Antes de ser quemados vivos en la ceremonia que recibía la denominación eufemística de *auto de fe*, los condenados tenían dos opciones: arrepentirse y besar la cruz o reafirmarse en su actitud desafiante. En el primer caso se les concedía la gracia de ser agarrotados antes de que se encendiera la pira; en el segundo, era segura una muerte lenta y penosísima.

Torquemada entró a ejercer en el tribunal en 1482, y poco después llegó a inquisidor general, el cargo más elevado de toda la organización. Su poder era comparable al de los mismísimos Reyes Católicos, y lo cierto es que provocaba un temor mayor que las autoridades seculares. Guiada por su mano, la Inquisición alcanzó extremos desconocidos. En 1484 supervisó la publicación de 28

artículos en los que se relacionaban los pecados que se había propuesto exponer y purgar el tribunal, y que iban desde la apostasía y la blasfemia hasta la sodomía y la brujería, si bien muchos de ellos estaban centrados en la identificación y desenmascaramiento de judíos. En el curso de sus investigaciones, los inquisidores poseían la autoridad necesaria para servirse de cuantos medios estimasen necesarios para descubrir la verdad, disposición que legitimaba de hecho el empleo de la tortura al objeto de obtener una confesión forzada.

El resultado fue un violento programa de persecución. Durante el mes de febrero de 1484 se declaró culpables de diversos «crímenes» a 30 personas en Ciudad Real y se las quemó vivas. Entre 1485 y 1501 perecieron en la hoguera 250 en Toledo, y, en cierta ocasión, en 1492, en Valladolid, ciudad natal de Torquemada, ardieron en un gran auto de fe 32 condenados.

Aduciendo que se hallaba en peligro el alma de España, Torquemada declaró que los judíos, en particular, representaban una amenaza mortal, y en 1492, Fernando e Isabel decretaron que cumplía expulsar de España a todos los que no hubiesen aceptado la verdad de la revelación cristiana. En consecuencia, salieron de sus fronteras entre treinta y ochenta mil de ellos, más o menos. A muchos les ofrecieron asilo los tolerantes otomanos islamitas de Estambul, Esmirna y Tesalónica (hoy en Grecia).

Torquemada, sin embargo, aún no tenía por concluida su labor, y aun rechazó el arzobispado de Sevilla a fin de poder continuarla. Había tenido ocasión de comprobar que la retribución de sus

empeños no era solo espiritual: de hecho, amasó una fortuna personal considerable con los bienes confiscados a aquellos a quienes hallaba culpables de herejía el Santo Oficio. Adonde viajase lo acompañaba una cincuentena de hombres a caballo y 250 soldados de a pie, una fuerza armada que ponía de relieve la impopularidad cada vez mayor del protegido, pero que, al mismo tiempo, acrecentaba el pavor que inspiraba cuando llegaba a una ciudad nueva a fin de acabar con los herejes que en ella habitaran. Solo la muerte fue capaz de apartarlo de su cargo. Durante las dos décadas anteriores a esta, su celo implacable había llevado a unas dos mil personas a sufrir un final espantoso en la hoguera. Torquemada será recordado para siempre como la personificación de la intolerancia religiosa, la encarnación del Gran Inquisidor de Fiodor Dostoievski, dispuesto a quemar al mismísimo Jesucristo por el bien de su amada iglesia Católica y acaba sumido en un abismo espiritual.

Vlad el Empalador

(1431-1476)

Su vida fue tan maléfica como su nombre.

Manuscrito ruso de finales del siglo XV

Vlad III, hospodar (es decir, príncipe) de Valaquia, aseveraba estar salvando a sus gentes, creyentes en Cristo, de los musulmanes

otomanos cuando, en realidad, estaba más interesado en conservar su poder personal en medio de las traicioneras intrigas de la política dinástica e imperial de la región. Fue un sádico degenerado y homicida cuya crueldad —salvaje en extremo— fue tal, que inspiró la leyenda de Drácula. Sin embargo, la historia de este último resulta sosa comparada con la realidad: el asesinato de decenas de miles de personas —desde campesinos y vagabundos desvalidos hasta nobles y embajadores extranjeros— le valió el sobrenombre de «Príncipe Empalador», toda vez que el método de ejecución que prefería era el de espetar a sus víctimas en estacas que mandaba engrasar por el extremo afilado a fin de insertárselas en los intestinos. Lo más seguro es que naciera en la ciudadela transilvana de Sighișoara, fortaleza militar sita en la Rumanía actual, en 1431. Recibió el apellido Dracul («dragón») de su padre, quien había pertenecido a la Orden del Dragón, organismo secreto creado por el emperador del Sacro Imperio Romano con la intención de defender la cristiandad y hacer frente a las incursiones europeas de los musulmanes otomanos, al que también se unió él a la edad de cinco años. Su madre fue una princesa moldava, y su padre, Vlad II, antiguo príncipe de Valaquia exiliado en Transilvania.

En 1444, siendo él niño, la amenaza de ataque del sultán había obligado a su padre a poner a Vlad y a otro de sus hijos bajo custodia otomana a fin de garantizar a los turcos su obediencia. La experiencia, que duró cuatro años durante los cuales fue azotado y fustigado por su insolencia y la fiereza de su carácter, imprimieron en su alma un odio eterno a los turcos.

Valaquia (también en la Rumanía de nuestros días) no constituía una monarquía hereditaria tradicional, y aunque Vlad tenía derecho a reclamar el trono, el exilio de su padre lo pusieron en una situación delicada. Su hermano mayor, Mircea II, reinó brevemente en 1442, aunque al año siguiente se vio forzado a ocultarse, y en 1447 fue apresado por sus enemigos, quienes le quemaron los ojos y lo enterraron vivo. La política valaca estaba marcada por la traición y la brutalidad, y así, Radu el Hermoso, hermano menor de Vlad, recurriría más tarde a la ayuda del sultán otomano Mehmet II a fin de derrocarlo.

En 1447, el año en que mataron a Mircea, los boyardos (nobles de aquella región) leales a Juan Hunyadi, el Caballero Blanco de Hungría, capturaron y asesinaron asimismo al padre de Vlad alegando que dependía demasiado de los otomanos. Estos invadieron poco después la región a fin de imponer su dominio e instalaron a Vlad, quien a la sazón contaba diecisiete años, en el trono a modo de títere en 1448, tras lo cual, sin embargo, volvió a intervenir Hunyadi y le obligó a huir a Moldavia. Más tarde, Vlad daría un paso no poco audaz: viajar a Hungría, nación con la que había entrado en guerra en varias ocasiones Valaquia, y tras impresionar a Hunyadi con la aversión que profesaba al otomano, acabó por convertirse en el candidato favorito de Hungría al trono valaco.

En 1456, cuando los húngaros atacaron a los otomanos de Serbia, Vlad se sirvió de la ocasión para invadir Valaquia y hacerse con las riendas del principado tras matar a su rival, Vladislav II,

representante de la casa de Dănești, y recuperar el trono para los Dracul. El Domingo de Pascua invitó a un banquete a los boyardos más destacados, y tras matar al mayor de ellos, esclavizó a cuantos eran aún lo bastante jóvenes para trabajar. Muchos murieron durante la construcción de fortificaciones nuevas en los castillos de Vlad, sometidos a unas condiciones tan severas que sus nobles galas acabaron por desintegrarse y dejarlos en cueros.

Tras hacer de Tîrgoviște su capital, tomó la determinación de convertir Valaquia en un gran reino de gentes prósperas y saludables. A su ver, sin embargo, tal cosa comportaba aniquilar a la nobleza y a todo aquel que pudiera suponer merma alguna para los recursos del país. Entre otros, centró la atención en los más pobres y vulnerables —vagabundos, tullidos y enfermos mentales—. Invitó a miles de ellos a comer en Tîrgoviște, y una vez acabado el festín, los encerró en la sala y los quemó vivos (si bien resultaba peligroso aceptar una invitación suya, lo era aún más declinarla). También persiguió a las mujeres acusadas de cometer actos inmorales como el adulterio, a quien cercenó los senos antes de desollar o hervir vivas y exponer en público sus cadáveres. Los mercaderes germanos que vivían en Transilvania, y a quienes consideraba parásitos extranjeros, también sufrieron su ira. El día de San Bartolomé de 1459 mandó ejecutar a treinta mil comerciantes y boyardos de la ciudad de Brașov, y, al año siguiente, a diez mil más en la de Sibiu. Lo más normal era que empalase a sus víctimas. Este método les provocaba un sufrimiento atroz, y la agonía podía durar horas mientras la estaca iba atravesando las

entrañas hasta acabar por salir por la boca. Ajusticiaba a miles de personas a la vez; organizaba los postes en círculos concéntricos en torno a sus castillos y prohibía la retirada de los condenados. A menudo comía en presencia de su carne en descomposición, y cuanto más elevada era la posición del reo, más larga era la estaca que reservaba para él. También recurría con cierta frecuencia a los métodos citados del desollamiento o la cocción, y en cierta ocasión hizo clavar a la cabeza de un grupo de embajadores extranjeros los sombreros que se habían negado a quitarse en su corte. Tal era su sed de sangre, que corrían rumores de que había dado en beber la de sus víctimas y en alimentarse con su carne.

Durante el invierno de 1461 y 1462 cruzó el Danubio y saqueó la región dominada por los otomanos que se extendía entre Serbia y el mar Negro, en donde mató a veinte mil personas. El sultán Mehmet II reunió a decenas de miles de soldados para emprender una misión de venganza, y, al llegar a las márgenes del río, topó con veinte mil prisioneros turcos empalados por la hueste de Vlad y convertidos así en un verdadero bosque de cadáveres sobre estacas. Pese al arrojado intento de infiltrarse disfrazado en campo enemigo con la intención de matar al sultán, Vlad quedó abrumado por la escala de la carnicería que llevaron a efecto los otomanos. Cuando los turcos rodearon su castillo en 1462, su esposa no pudo menos de saltar por la ventana. Él huyó, y los otomanos pusieron en el trono a Radu. Tras caer en manos de los húngaros, pasó en cautiverio los diez años siguientes —mientras soñaba con recuperar su posición, se entretuvo espetando ratones y pájaros en estacas en

miniatura—. De un modo u otro, se las compuso para ganarse de nuevo el apoyo de los de Hungría, con cuya familia real volvió a ligarse por vía del matrimonio, y se granjeó el respaldo necesario para invadir Valaquia en 1476. Destronó así de forma breve al nuevo gobernante, Basarab el Viejo, de la casa de Dănești. Aun así, tampoco entonces pudo hacer nada contra la invasión de los otomanos, y murió cerca de Bucarest, quizás a manos de sus propios hombres. Enviaron su cabeza a Estambul, en donde la expusieron clavada en un palo.

Ricardo III

(1452-1485)

*Y así visto mi desnuda vileza con
retazos robados a la Biblia, más
santo a todos cuanto más diablo.*

*William Shakespeare, Ricardo III,
acto I, escena 3.a*

Ricardo III fue el usurpador jorobado que propició su propia destrucción con el infame asesinato de sus dos sobrinos, uno de los cuales era el rey legítimo de Inglaterra. Dado que perdió el trono en favor de los Tudor, fueron ellos quienes escribieron su historia de tal modo que afirmase el derecho de su propia dinastía, exagerando quizá su ambición despiadada y su deformidad.

Fue el segundo hijo de Ricardo, tercer duque de York, y Cecilia de Neville, hija de Raúl de Neville, primer conde de Westmorland y

nieta de Juan de Gante. Este niño malcarado de dientes protuberantes creció durante la guerra de las Rosas, librada entre las casas rivales de Lancaster y York. Tras el triunfo de esta última en marzo de 1461, muerto su padre en combate, subió al trono el hermano mayor de Ricardo con el nombre de Eduardo IV.

Desde 1465 se crió en casa de su primo Ricardo de Neville, conocido más tarde como «el Hacedor de Reyes», si bien no hay motivo alguno que haga suponer que el joven resolviera hacerse con el cetro durante aquel período. Dio muestras de lealtad a su hermano Eduardo, y fue justamente recompensado por ello con tierras y puestos de influencia. Después de que los de Lancaster volvieran a instaurar brevemente a Enrique VI en calidad de rey en 1470, obligando a los hermanos de York a exiliarse en La Haya, Ricardo se sumó a la campaña emprendida por Eduardo en 1471 para deponer a aquel una segunda vez.

Dada la destreza que desplegó en calidad de caudillo y administrador, se le asignó el gobierno del norte de Inglaterra durante el reinado de su hermano, y se granjeó en tal puesto no poca reputación de gobernante justo. Se hizo con una serie de castillos en Yorkshire, Durham y Cumbria en el transcurso de las campañas de su familia, aunque su lealtad —puesta de relieve, por ejemplo, durante la contienda triunfante emprendida en nombre de Eduardo contra los escoceses en 1481— garantizó la tolerancia de su influencia creciente por parte de su hermano, el rey.

Puede ser que se permitiera soñar por primera vez con la corona en 1478, año en que fue ejecutado por traición Jorge, el hermano del

medio, tal vez a instancia del propio Ricardo, quien vio así eliminado otro posible obstáculo al trono. Sin embargo, fue el 9 de abril de 1483, fecha de la muerte inesperada de Eduardo IV, cuando quedaron de veras de manifiesto sus ambiciones. El siguiente en la línea sucesoria era Eduardo V, de doce años, y, tras él, su hermano de nueve, Ricardo de Shrewsbury. Ambos eran hijos de la hermosa reina consorte, Isabel de Woodville. Dada su condición de lord protector de las últimas voluntades del monarca difunto, Ricardo juró lealtad a su joven sobrino. Sin embargo, aún no había transcurrido un mes cuando encerró al heredero y —poco después— a su hermano en la Torre de Londres.

En un primer momento aseguró haber hecho tal cosa por proteger a los dos chiquillos, e hizo ejecutar, acusándolos en falso de traición, a sus tutores. Dos meses más tarde, sin embargo, mandó anunciar ante la catedral de San Pablo que cumplía declarar ilegítimo el matrimonio de Eduardo IV e Isabel de Woodville, siendo así que, conforme al testimonio de un obispo anónimo, aquel se había desposado antes en secreto con su amante, Leonor Butler. Obligó al Parlamento a aprobar un decreto por el que se anulaba el matrimonio con carácter póstumo, se declaraba en consecuencia bastardos a sus sobrinos y quedaba expedito su camino al trono. Después de aplastar un breve alzamiento contra su persona, fue coronado como Ricardo III en la abadía de Westminster el 6 de julio de 1483.

A fin de hacer más sólida su posición, arrestó y asesinó de forma brutal a varios barones de los que cabía esperar cierta oposición.

Con todo, era muy consciente de que, en tanto estuviesen con vida, sus dos sobrinos suponían una seria amenaza a su reinado, y, en consecuencia, a nadie extrañó que se anunciara su desaparición durante el verano de 1483. Llegado el otoño de aquel año, todos entendieron que habían muerto y que el responsable no era otro que su tío. Tomás Moro aseguraría unos años después que los asfixiaron por orden del rey mientras dormían. Hubo que esperar a 1647, cuando se hallaron los esqueletos de los dos niños bajo una escalera de la Torre, para que se les diera sepultura en la abadía de Westminster.

Durante el reinado de Ricardo se dio por cierto que el soberano había matado a los príncipes, acto que se vio con horror aun en tiempos tan brutales como aquellos. Para los cronistas contemporáneos, la deformidad física era signo de maldad, y el proceder de Ricardo en 1483 evocaba la imagen de la criatura fea en extremo que describían: un ser dentado y corcovado, dotado de nacimiento de un exceso de vello corporal, un brazo atrofiado y el rostro macilento. Al decir de cierto cronista, era un hombre inquieto de labios apretados, que «siempre estaba desenvainando a medias y volviendo a envainar con la diestra la daga que llevaba consigo en todo momento». Algunos historiadores opinan que estos autores — quienes, al cabo, se hallaban al servicio de la propaganda de los Tudor— debieron de exagerar su fealdad, aunque lo cierto es que dice mucho de su reputación que sea el jorobado nervioso y siniestro del *Ricardo III* de William Shakespeare lo que haya llegado

a las generaciones posteriores, un hombre «tan tullido, tan desfigurado, / que me ladran los perros al verme ante ellos».

Enrique Tudor, el mayor de sus rivales de la casa de Lancaster — quien más tarde emprendería una operación organizada con la intención de mancillar su nombre y presentarlo como un monstruo—, reunió un ejército en el continente e invadió Inglaterra en una campaña que alcanzó su punto culminante en la batalla de Bosworth, el 22 de agosto de 1485. El momento decisivo de la contienda se dio cuando Enrique Percy, conde de Northumberland, se negó a mandar a sus reservas al campo de batalla, en tanto que *sir* Thomas Stanley, futuro conde de Derby, y su hermano *sir* William, futuros aliados de Ricardo III que habían estado aguardando a ver de qué lado se inclinaba la balanza, intervinieron del lado de Enrique. Aunque Ricardo siguió luchando con denuedo, abriéndose paso por entre las fuerzas enemigas hasta llegar casi hasta el mismísimo Enrique, al final sufrió envolvimiento y murió de un alabardazo asestado por cierto combatiente galés. El último rey de Inglaterra de la casa Plantagenet apenas había ocupado el trono durante dos años. Enrique Tudor se erigió en Enrique VII, y su dinastía gobernaría hasta la muerte de Isabel I, acaecida en 1603.

Savonarola

(1452-1498)

La primera ciudad que habrá de renovarse será Florencia... [I]gual que eligió Dios a Moisés para que

guiase al pueblo de Israel de la tribulación a la felicidad... así ahora ha elegido a un hombre profético, un nuevo Moisés [el mismo Savonarola] para que guíe a las gentes de Florencia... En la Era Sabatina, los hombres hallarán regocijo en la Iglesia Renovada; habrá una sola grey y uno solo será el pastor.

«Sermón de la Era Nueva» (década de 1490)

El fraile dominico italiano Girolamo Savonarola fue un fanático reaccionario y teólogo intolerante que se opuso con vehemencia al humanismo del Renacimiento florentino. En sus «hogueras de las vanidades» se quemaron libros y obras de arte que consideraba inmorales. Su «república cristiana y religiosa» no fue sino un reinado de terror intransigente, mojigato y homicida.

Nacido y criado en la ciudad de Ferrara (capital a la sazón de un ducado independiente), recibió sus primeras letras de su abuelo materno, Miguel Savonarola, antes de acceder a la universidad. Sus primeros escritos mostraban ya la mezcla de pesimismo e instrucción moral que lo harían merecedor de la infausta celebridad que se granjeó. Los poemas *De ruina mundi* («Sobre la decadencia

del mundo») y *De ruina ecclesiae* («Sobre la decadencia de la iglesia») constituyen ejemplos sobresalientes de esto.

En 1475 entró en la Orden de Santo Domingo en el convento de San Domenico de Bolonia, y cuatro años después regresó al convento de Santa Maria degli Angeli, sito en su Ferrara natal, antes de convertirse en prior del de San Marco de Florencia. Fue en este último en el que se ganó el lugar que ocupa en la historia de la humanidad.

Desde un primer momento denunció la corrupción política y religiosa que, a su ver, había calado en cada uno de los rincones de la sociedad. En los sermones de Cuaresma que pronunció entre 1485 y 1486, exaltados en particular, comenzó a exigir la purificación de la iglesia a modo de preludeo de su reforma.

En 1487 abandonó Florencia por un tiempo para volver a Bolonia en calidad de «maestro de estudiantes», aunque en 1490 regresó a aquella a instancia del conde Pico della Mirandola, filósofo humanista, y con el patrocinio de Lorenzo de Medici, quien gobernaba la ciudad. No bien llegó a Florencia, se puso a vilipendiar a las autoridades mismas que habían hecho posible su vuelta. En términos floridos, anunció el advenimiento del «fin de los días» y aseguró encontrarse en contacto directo con Dios y los santos. Condenó la presunta tiranía de los Médicis y predijo que estaba a punto de sobrevenir la catástrofe en Florencia de no enmendarse la ciudad.

Sus vaticinios parecieron justificados en 1494, cuando invadió la ciudad el rey francés Carlos VIII. Pedro de Medici, hijo y sucesor de

Lorenzo, se vio expulsado de la ciudad, sometida ya a la demagogia de Savonarola. Con ayuda de los franceses, se instauró en ella una república democrática encabezada por Savonarola. En esta función nueva, en la que se combinaban el poder religioso y el político, resolvió crear una «república cristiana y religiosa». Una de las primeras medidas que se adoptaron en esta nueva sociedad salubre fue la de declarar la homosexualidad un crimen castigado con la muerte.

Savonarola intensificó sus críticas a la curia romana —cuya corrupción personificaban los infames Borgias—, y aun llegó a arremeter contra la vida privada disoluta del papa Alejandro VI. A un mismo tiempo, urgió a las gentes de Florencia a llevar una existencia aún más ascética. El resultado de su insistencia fue el acto que más celebridad le proporcionó: la hoguera de las vanidades, en la que ardieron en la plaza florentina Della Signoria efectos personales, libros y obras de arte entre las que se incluían algunas firmadas por Botticelli y Miguel Ángel.

En el momento mismo en que alcanzaba el culmen de su poder e influencia, comenzó a formarse un movimiento de oposición interior a su dominación. Sus detractores se sirvieron de sus invectivas contra el papado para lograr que lo excomulgasen en mayo de 1497. Fuera de Florencia contaba no solo con la enemistad del santo padre, Alejandro VI, de la casa de los Borgia, sino también de la del duque de Milán, decidido, como aquel, a frustrar las ambiciones regionales del rey de Francia.

Cuando las fuerzas francesas se retiraron de la península Itálica en 1497, Savonarola se encontró, de súbito, aislado. Su perdición definitiva se produjo al año siguiente merced a un episodio excepcional propiciado por la atmósfera de celo que tanto había hecho él por crear. Cierta monje franciscano había retado a unas ordalías de fuego a quien se negara a aceptar la excomunión papal de Savonarola. Uno de sus seguidores más fieles aceptó, como era de esperar, el desafío, que perdería quien se retirase en primer lugar. Al cabo, el franciscano no se presentó al juicio de Dios, y otorgó así la victoria formal a Savonarola. Sin embargo, fueron muchos quienes sospecharon que este último lo había amañado todo. Semejante convencimiento dio origen a una sublevación, y los amotinados acabaron por sacarlo a rastras de su cenobio para llevarlo ante una comisión de investigación conformada por un buen número de sus oponentes.

Los enviados del papa lo procesaron y lo torturaron hasta lograr una confesión, y a continuación lo entregaron a las autoridades seculares para que lo crucificaran y lo quemasen. Dicha pena se puso por obra el 23 de mayo de 1498 en el mismo lugar en que se había encendido la hoguera de las vanidades y había supervisado Savonarola la ejecución de diversos «criminales». Se dice que, mientras prendía la pira en la que sería ajusticiado, declaró su verdugo: «El mismo que quiso echarme a mí al fuego va a arder ahora».

Isabel y Fernando

(1451-1504 y 1452-1516)

*Por Dios que miente el [rey]
francés, que no le he engañado
dos veces, sino diez.*

Fernando el Católico

Isabel y Fernando formaron tal vez la pareja real más próspera de su tiempo. Ella, mujer piadosa, solemne, pelirroja y de ojos azules, fue reina de Castilla, uno de los reinos que conformaban la España cristiana, y él, el rey perspicaz, astuto y ambicioso de Aragón, modelo del monarca maquiavélico. Sus nupcias, celebradas en 1469, supusieron la creación, de hecho, del reino de España mediante la unión del aragonés y el castellano —si bien en realidad ambos siguieron siendo unidades separadas—. Este fue solo uno de los logros del matrimonio. España, en otro tiempo gobernada casi por completo por los musulmanes, quienes habían creado una cultura árabe-judía floreciente, había vuelto a quedar en manos cristianas por la cruzada de los monarcas españoles que recibió el nombre de Reconquista. A medida que ganaban territorio de forma gradual, habían ido consiguiendo la conversión de un buen número de judíos —los sefardíes de Sefarad— y también, de hecho, de mahometanos. Esta, sin embargo, no pasaba en ocasiones de ser fingida: hubo entre los conversos quien conservó en secreto su fe, si bien lo más probable es que muchos abrazasen la nueva de manera incondicional. Así y todo, las autoridades cristianas recelaban de estos judíos al verse incapaces de determinar si eran leales de veras

o traidores. El convencimiento de que podían suponer una mancha en el torrente sanguíneo de la cristiandad fue uno de los primeros ejemplos del antisemitismo racial que volvió a manifestarse en el siglo XIX. La Inquisición, dirigida por Torquemada y respaldada por Fernando e Isabel, dio principio a las investigaciones y a los tormentos.

En 1492 se completó el proceso con la conquista de la última posesión islámica —el emirato de Granada—, momento triunfal para el matrimonio por representar la culminación de la última cruzada. Ambos se tenían, en efecto, por cruzados, y, de hecho, Isabel acostumbraba gobernar desde un campamento militar. El último emir de Granada se rindió con la condición de que se garantizase la libertad de culto de los musulmanes. Los monarcas cristianos, empero, no tardarían en quebrantar su promesa y obligarlos a convertirse. Días después, literalmente, los dos Reyes Católicos —pues tal fue el título que les otorgó el papa— publicaron su edicto de Granada, por el que se obligaba a los judíos ibéricos a abrazar el cristianismo so pena de expulsión. Aunque lo más seguro es que, dada la persecución a la que estaban siendo sometidos de forma sistemática, muchos de ellos se catolizaran en ese momento, la inmensa mayoría —entre 30.000 y 80.000— hubo de dejar España y vivir así una de las experiencias más traumáticas que haya conocido su fe entre la destrucción del Templo de Jerusalén del año 70 d. C. y el Holocausto del siglo XX. Todo apunta a que Fernando había dado por supuesto que se convertirían sin más, y que le sorprendió la lealtad que demostraron para con su religión. Sea como fuere, lo

cierto es que Isabel y él pusieron en marcha un tumultuoso movimiento demográfico: también expulsaron a los judíos de sus otros reinos, siendo así que Fernando gobernaba ciertas porciones de Italia, y no faltaron monarcas europeos dispuestos a seguir su ejemplo. Los desterrados se trasladaron gradualmente hacia el este, y varios miles de ellos acabaron por instalarse en Polonia —por ser a la sazón uno de los reinos más tolerantes de Europa—, en los Países Bajos y en el Mediterráneo oriental, en donde muchos gozaron de la acogida de los sultanes otomanos, quienes los asentaron en diversas ciudades que se extendían desde la capital, Estambul, hasta Tesalónica. Estos judíos fueron a sumarse a la creciente población hebraica de Polonia y Ucrania, aunque formaron también las comunidades sefardíes del mundo árabe: era común que hablasen el turco, el árabe y su propia lengua: el ladino, variante del español con gran influencia hebrea.

Aquella no fue la última decisión concluyente de 1492: a continuación, los Reyes Católicos convinieron en financiar la expedición de Cristóbal Colón, quien descubrió el Nuevo Mundo y comenzó la conquista hispana de un continente nuevo. Por lo tanto, en muchos sentidos, el matrimonio representó un papel fundamental en la creación del mundo moderno.

Fernando fue también rey de Sicilia y de Nápoles, y vivió en Italia buena parte de sus últimas campañas, si bien no abandonó jamás sus convicciones de cruzado: su objetivo último no era otro que el de libertar Jerusalén, y, de hecho, se atribuyó el título de monarca de la ciudad, que aún emplea el rey de España. Empezó una

serie de ataques a lo largo de la costa del África septentrional musulmana y llegó a conquistar Trípoli, ciudad de la Libia actual. Isabel y Fernando casaron a su hija Catalina de Aragón con el príncipe Arturo, hijo de Enrique VII de Inglaterra. Fallecido el príncipe, se desposó con su hijo y heredero, Enrique VIII, con quien engendró a la reina María I. A la muerte de Isabel, ocurrida en 1508, la sucedió en el trono de Castilla su hija Juana, unida en matrimonio a Felipe el Hermoso, duque de Borgoña perteneciente a la casa de Habsburgo e hijo del emperador Maximiliano. Juntos tuvieron un hijo, Carlos de Gante. Sin embargo, Juana la Loca se hallaba desequilibrada, y dado que Felipe murió joven, Fernando gobernó Castilla en calidad de regente hasta su propia defunción, cuando los reinos de España, junto con una serie de extensos territorios que poseían los Habsburgo en Alemania y los Países Bajos y las nuevas tierras de América, fueron heredados por Carlos V, nieto de Isabel y Fernando, emperador del Sacro Imperio Romano y rey de España, lo que lo convirtió en el monarca más poderoso del planeta en su tiempo.

Cristóbal Colón

(1451-1506)

[P]ara la ejecución de la empresa de las Indias no me aproveché razón, ni matemática, ni mapamundis.

Cristóbal Colón fue el hijo inconformista de un tejedor genovés que llevaba años ansiando cruzar el Atlántico a fin de abrir una ruta nueva a la India y descubrió, en cambio, América. Navegante extraordinario, aventurero, soñador y excéntrico obsesivo dotado de un empuje y una fuerza de voluntad sobresalientes, había estado largos años solicitando en vano a la corte portuguesa la financiación de su viaje. Centró después su atención en los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, quienes, al conquistar por fin el último reino islámico de Iberia, se avinieron a brindarle su patrocinio. Por extraño que resulte, parte de su sueño consistía en dar con las especias y el oro necesarios para sufragar una cruzada destinada a liberar Jerusalén, reconstruir su Templo para el catolicismo y aun atacar la santa casa desde el otro lado. Además del apoyo de los monarcas, pidió y recibió el título de gran almirante de la mar Océana, virrey y gobernador de cualquier tierra descubierta, amén de una porción generosa de las ganancias obtenidas de ella.

El 3 de agosto de 1492 dio inicio a su primera expedición con tres naves, y el 12 de octubre avistó una de las islas Bahamas: la primera observación de las Américas. Exploró la costa de Cuba y La Española antes de regresar a España, convencido de haber descubierto, sin más, un camino nuevo a las Indias, y por eso llamó *indios* a los nativos. Un año más tarde, volvió a zarpar con una expedición mucho mayor de colonos, soldados y sacerdotes. En total fueron cuatro viajes en torno al Caribe, vía Jamaica y La Española, durante los cuales desembarcó en tierras no insulares de América Central y del Sur y consolidó la presencia española en el nuevo

continente. Sin embargo, a Colón, ascendido a gran almirante y gobernador de las Indias, y acompañado por sus hermanos y sus hijos, no le resultó fácil adaptarse a su nueva condición, y en particular cuando entró en conflicto con los demás administradores de reciente nombramiento que había enviado la corte castellana.

Al final lo arrestaron y lo enviaron de nuevo a España, aunque a su regreso fue liberado por los Reyes Católicos y recuperó todos sus títulos. Se le permitió emprender una expedición más, la cuarta, aunque podía considerar acabada su etapa de gobernador. Pasó sus últimos años frustrado por los grandes logros que había obtenido en el pasado y por las limitaciones de su mala salud, escribiendo libros en los que recogía los planos de su nuevo Templo de Jerusalén y otros de sus sueños. Su hijo primogénito, Diego, que contrajo matrimonio con la sobrina del duque de Alba, heredó en 1509 los títulos de su padre en calidad de gran almirante y virrey, y pasó largos años gobernando diversas partes de las Indias desde su residencia de Santo Domingo, en la República Dominicana de nuestros días. Aunque a su muerte su hijo Luis recibió la dignidad de almirante de las Indias y un ducado, con él se puso fin a las tres generaciones de la dinastía de Colón. La conquista y gobierno del nuevo imperio español recaería en otras manos. Para Cristóbal Colón, las tierras descubiertas fueron siempre las Indias: a otros correspondió llamarlas Nuevo Mundo, del mismo modo que el continente debe el nombre que le damos hoy al navegador florentino Américo Vespucio.

Capítulo III

Período 1460 d.C. - 1599 d.C.

Contenido:

Selim el Severo (1470-1520)

Pizarro (c. 1475-1541)

Barbarroja y Brazo de Plata (c. 1478-1546 y c. 1474-1518)

Los Borgia: el papa Alejandro VI y sus hijos César y Lucrecia (1431-1503, 1475-1507 y 1480-1519)

Magallanes (1480-1521)

Bābur (1483-1530)

Hernán Cortés (1485-1547)

Enrique VIII (1491-1547)

Solimán el Magnífico (1494-1566)

Iván el Terrible (1530-1584)

Isabel I (1533-1603)

Akbar (1542-1605)

Tokugawa Ieyasu (1543-1616)

Galileo (1564-1642)

Shakespeare (1564-1616)

Abbás el Grande (1571-1629)

Wallenstein (1583-1634)

Cromwell (1599-1658)

Selim El Severo

(1470-1520)

Si en una alfombra hay espacio suficiente para dos sufíes, en el mundo no lo hay para dos reyes.

El sultán Selim I derrotó a Persia (Irán) y a los mamelucos, y conquistó todo Oriente Medio, incluidas La Meca, Medina y Jerusalén, para su imperio otomano durante un reinado breve, sangriento y próspero en extremo. Tras eliminar a cuantos rivales se oponían a su gobierno, hizo de la otomana una potencia preeminente en el mundo islámico y se convirtió en uno de los sultanes más crueles y, a la vez, más grandes que se hayan conocido.

Nació en 1470, hijo y heredero señalado de Bayaceto II, cuyo sultanato se había visto socavado por los enfrentamientos en el seno de la familia real a causa de las ambiciones de su hermano Cem. Este último se había procurado la ayuda de diversos aliados europeos —entre quienes cabe destacar la Orden de Malta y el papado—, aunque acabó sus días en una cárcel de Nápoles. Estas rencillas fraternas, sin embargo, resultan desdeñables en comparación con lo que estaba por venir.

Selim, joven de gran altura y fortaleza, destacaba por su bravura y la agilidad de su inteligencia. Muchos lo consideraban un futuro gobernante ideal, aunque su hermano Ahmet, quien también aspiraba al trono, era de otro parecer. La rivalidad entre los dos se fue haciendo cada vez más acre. En 1511, después de poner paz en cierta provincia otomana rebelde de Asia Menor, Ahmet hizo

ademán de dirigirse con sus mesnadas a Estambul, y Selim huyó de la capital.

Semi exiliado en calidad de gobernador de Trebisonda (región de la Anatolia septentrional cercana al mar Negro), Selim hizo honor a su pericia militar acaudillando una sucesión de campañas bélicas contra Georgia y sometiendo al poderío otomano las ciudades de Kars, Erzurum y Artvin. Regresó de su misión provincial en 1512, y con el respaldo de las milicias jenízaras, derrotó y mató a Ahmet en el campo de batalla. A continuación obligó a abdicar a su padre.

Bayaceto murió poco después, y a su fallecimiento siguió un extraordinario derramamiento de sangre entre quienes integraban su parentela. Selim, entendiendo los problemas que podían derivarse de la rivalidad fraterna tras haber sido testigo de las hostilidades entre su padre y su tío —por no hablar ya de las que se dieron entre él mismo y Ahmet—, halló una solución tan sencilla como despiadada: eliminar a todos los posibles aspirantes al trono. Así, hizo matar no solo a los dos hermanos que le quedaban con vida y a sus sobrinos, sino también a sus propios hijos, con la única excepción de Solimán, a quien había reservado la suerte de sucederle en calidad de único heredero.

A continuación, se resolvió a acrecentar sus dominios. Si hasta entonces la expansión otomana se había producido hacia el oeste, en tierras europeas y sobre todo en los Balcanes, Selim adoptó una estrategia distinta: firmando un tratado de paz con las potencias europeas, volvió su atención al este, a los safávidas de Persia, cuyo imperio chií suponía una amenaza ideológica directa a los sultanes

otomanos, salvaguarda de la tradición suní. Además, la citada dinastía persa había estado promoviendo el descontento entre los kizilbajes (tribus turcas de la Anatolia oriental). En 1514 Selim acometió de forma definitiva a sus vecinos safávidas, a quienes derrotó en la batalla de Chaldirán, a orillas del Éufrates.

Neutralizados, pues, sus rivales más inmediatos, se dispuso a hacerse con el imperio de los mamelucos, situado al sur, cuyo dominio se extendía desde Egipto hasta Siria, pasando por Palestina, y que habían incurrido en su ira al injerirse en sus asuntos. Mientras avanzaba con su hueste hacia el sur, destruyó a un ejército mameluco tras otro en la batalla de Marj Dābiq (al norte de Alepo) en 1516 y en ar-Rīdāniya (cerca de El Cairo) en 1517, y tomó con ello para su propio imperio Siria, Palestina y Egipto. A continuación, se proclamó a sí mismo califa, y fue declarado guardián de las ciudades santas de La Meca y Medina. Semejantes triunfos fueron, sin embargo, efímeros: Selim murió en septiembre de 1520 tras una breve enfermedad —probablemente un cáncer— y dejó su imperio en manos de su hijo Solimán.

Pizarro

(c. 1475-1541)

Camaradas y amigos, esta parte [la del sur] es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra la del gusto.

Por aquí se va a Panamá a ser pobres; por allá al Perú a ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere. Por lo que a mí toca, sigo mi marcha al sur.

Francisco Pizarro personifica el brillante afán de aventuras y la insensible falta de humanidad de los conquistadores españoles. En tanto que algunos de estos ayudaron a gobernar aquel imperio aurífero, fueron muchos los que llevaron el estilo de vida itinerante del aventurero militar que explotaba sin piedad a las poblaciones nativas y arrancaba por la fuerza la riqueza de su suelo a fin de crear colosales fortunas privadas. El lugar que ocupa Pizarro en la historia es el del hombre que destruyó el imperio de los incas y puso buena parte del Nuevo Mundo en manos de los españoles.

Fue uno de los europeos más grandes de su tiempo, un hombre alto, delgado y lozano, amén de un dirigente soberbio, afable y de hablar reposado al que adoraban sus hombres. Era analfabeto, estaba chapado a la antigua y gustaba de llevar balandrán negro, sombrero blanco, espada y daga; pero tenía una amplísima experiencia en los aspectos bélicos de la conquista de las Indias y no tenía reparo alguno en mostrarse despiadado y brutal en grado sumo con sus enemigos. Ponía en práctica estas mismas cualidades frente a los indios a fin de lograr la dominación psicológica necesaria para compensar su extrema inferioridad numérica en

comparación con ellos. Sus logros —la conquista de un imperio con una cuadrilla de dimensiones irrisorias— no dejan de resultar pasmosos, y lo cierto es que a él se le tiene aún por un héroe en su ciudad natal de Trujillo (Cáceres).

Como otros muchos jóvenes europeos de la época, se dejó llevar por las promesas que ofrecía el Nuevo Mundo. Contaba con la compañía y la asistencia de sus hermanos, y, llegado 1502, había arribado a la isla caribeña de La Española (dividida hoy entre Haití y la República Dominicana), en donde comenzó su vida de conquistador. En 1513 se hallaba luchando junto con Vasco Núñez de Balboa, a quien, no obstante, habían destituido de su posición de gobernador de Veragua —territorio que había ayudado a poner a disposición de la corona española—. Su sustituto fue Pedrarias Dávila (o Pedro Arias de Ávila), a quien Pizarro corrió a brindar lealtad en detrimento de su antiguo camarada. Cinco años más tarde, de hecho, arrestó a Balboa por orden de Dávila, y, en recompensa por su fidelidad, se le nombró alcalde de la ciudad de Panamá.

La pingüe fortuna que le proporcionó dicha dignidad no hizo gran cosa por satisfacer sus ambiciones. A esas alturas habían llegado a Panamá los rumores de una nación sureña dotada de fabulosas riquezas a la que llamaban «el Pirú». Inspirado por ellos, formó compañía con Diego de Almagro, soldado y aventurero con quien acordó encabezar una expedición en busca de semejante lugar y dividir entre los dos las tierras que conquistasen.

Al intento fallido de 1524 lo siguió en 1526 una expedición mucho más prometedora que confirmó la existencia, más al sur, de un

imperio de gran riqueza. Despierto su apetito, los conquistadores se resolvieron a emprender una tercera expedición; sin embargo, el gobernador de Panamá, impaciente ante la falta de resultados inmediatos por parte de Pizarro, mandó abandonar la empresa.

Al recibir noticia de semejante decisión, Pizarro trazó una línea en la arena con la espada y declaró: «Por aquí se va a Panamá a ser pobres; por allá al Perú a ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere». De los presentes, solo trece se comprometieron a permanecer a su lado. Acompañado por Almagro y Luque, prosiguió viaje, y en 1528 pisó por vez primera las tierras del imperio inca. Se había originado en las tierras altas durante el siglo XII, y a mediados de la década de 1500 se hallaba convertido en una potencia de relieve que abarcaba buena parte de la costa occidental de Suramérica. Gracias a la labor de tres de sus gobernantes (Pachacútec, Topa Inca y Huayna Cápac, cuyos reinados respectivos transcurrieron en 1428-1471, 1471-1493 y 1493-1525), llegó a dominar una porción considerable del Ecuador y el Perú de nuestros días y partes de la Argentina y el Chile actuales. Poco antes de que llegaran los españoles en 1532, sin embargo, quedó fracturado por la guerra civil que estalló estando en el trono Atahualpa, hijo de Huayna Cápac, y que trocó el imperio en un blanco fácil, dada, sobre todo, la superioridad técnica de los asaltantes europeos de los incas.

Pizarro encontró a un pueblo que practicaba sacrificios humanos. Aunque en menor grado que los aztecas de México, respondían a acontecimientos trascendentales —como un desastre natural o la

muerte de un emperador, a quien se adoraba como a un dios— recurriendo a la tradición de la *capacocha* —la inmolación de niños— con la esperanza de garantizar la bendición de los dioses en lo sucesivo.

Ansioso por sacar provecho de su primer contacto con un imperio vulnerable y acaudalado, pero escaso de recursos, Pizarro regresó brevemente a Europa a fin de apelar en persona a Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano, quien en ese momento se avino a brindarle su asistencia.

Otra vez en el Nuevo Mundo, Pizarro envió emisarios para tratar con los representantes del emperador inca Atahualpa, con quienes acordaron que aquel se encontraría con este en la ciudad de Cajamarca en noviembre de 1532. Atahualpa, que había movilizado a un ejército de ochenta mil hombres, supuso que poco tenía que temer de los 106 soldados de infantería y los 62 de caballería de Pizarro. Al llegar al punto de encuentro, decidió dejar extramuros la mayor parte de su contingente y entró en la ciudad con un séquito mucho menor... sin darse cuenta de que se estaba metiendo en una trampa dispuesta con gran cuidado. Durante una breve conversación, el emperador rechazó con desdén la idea de someterse a España. Pizarro ordenó de inmediato a sus hombres romper el fuego contra los asombrados incas. Casi toda la escolta de Atahualpa —unos tres o cuatro mil hombres, quizá— murió en aquella carnicería, que se produjo igualmente fuera de la ciudad. En total sucumbieron unos siete mil nativos ante los fuegos del español, quien apenas sufrió una decena de bajas. Los atacantes

hicieron rehén al mismísimo emperador. Pizarro tomó como amante a la hermana adolescente de Atahualpa, con la que tendría varios hijos.

El rescate que pidió a cambio de la liberación del emperador fue descomunal: sus súbditos debían llenar de abajo arriba de oro y plata la sala en la que lo retenían. Por pasmoso que resulte, los incas hicieron lo que se les mandó, y, sin embargo, en lugar de dejarlo marchar, Pizarro incumplió su palabra e hizo ejecutar a Atahualpa. Tras recibir de Carlos V el título de marqués de la Conquista, Pizarro selló la del Perú tomando Cuzco en 1533, y dos años después fundó la ciudad de Lima y la hizo su capital. A continuación se dispuso a amasar una fortuna portentosa. El poder y la riqueza, no obstante, engendraron celos, y el aventurero no tardó en enemistarse con su compañero Almagro a causa de los despojos. En 1538 la disputa se convirtió en guerra. Aquel derrotó a este en la batalla de Las Salinas, e hizo matar a su antiguo camarada. El hijo del ajusticiado juró venganza, y en 1541 sus gentes atacaron el palacio de Pizarro y acabaron con su vida dentro de sus muros. Tal no fue, sin embargo, el fin de la historia de Pizarro: su hermano Hernando regresó a España a fin de responder al proceso entablado contra la familia, y sufrió pena de cárcel durante varias décadas. Cuando al fin se vio liberado, contrajo matrimonio con la hija de Pizarro, mujer de sangre inca y colosal riqueza, y construyó en Trujillo el palacio de la Conquista. Entre tanto, Gonzalo, otro de sus hermanos, se hizo con Perú, se rebeló

contra las autoridades reales y aun coqueteó con la idea de erigirse en monarca antes de que lo derrotara y matase el virrey.

Barbarroja y Brazo de Plata (c. 1478-1546 y c. 1474-1518)

Cayeron sobre una embarcación genovesa cargada de grano y la apresaron allí mismo. A continuación avistaron un galeón que más parecía una fortaleza, un mercante repleto de telas que también tomaron sin dificultad. De regreso a Túnez, entregaron la quinta parte del botín [al gobernante como estaba mandado], dividieron el resto y volvieron a zarpar con tres naves en dirección a las costas del infiel. Kâtip Çelebi, Historia de las guerras navales de los turcos (c. 1650), descripción de un episodio temprano de la vida de Barbarroja y su hermano mayor, Oruç

Barbarroja, almirante otomano destacado, político astuto y fundador de su propio reino dinástico, fue uno de los cuatro

hermanos corsarios musulmanes que dominaron las aguas del Mediterráneo y asesinaron y esclavizaron con audaz entusiasmo a cristianos inocentes a principios del siglo XVI.

Barbaros Hayreddin Paşa nació en la isla egea de Lesbos en torno a 1478 con el nombre de Yakupoğlu Hizir, hijo del mahometano turco Yakup Ağa y su esposa, griega cristiana por nombre Katerina, padres de cuatro varones y dos mujeres. Pronto demostró ser un joven inteligente de no poco atractivo personal y gran don de gentes. A su complexión oscura añadiría más tarde una barba exuberante de tonos rojizos que le valdría el sobrenombre con que lo conocerían los europeos (corrupción, en realidad, de Baba Oruç o Baba Aruj, título honorífico heredado más tarde de su hermano, hombre de talento que lo recibió en 1510 tras ayudar a un buen número de musulmanes españoles que huían de la persecución).

De jóvenes, los cuatro hermanos —İshak, Oruç, Hizir e Ilyas— compraron una embarcación con la que transportar los productos de alfarería de su padre, pero dado que los barcos otomanos eran víctimas en aquel tiempo de los ataques frecuentes de los odiados caballeros de la Orden de San Juan, que tenían su base en la isla de Rodas, Oruç, Hizir e Ilyas no tardaron en dedicarse a la piratería, en tanto que İshak quedó supervisando el negocio familiar. Hizir se centró en el mar Egeo, y Oruç e Ilyas, el litoral del Levante mediterráneo hasta que interceptaron su nave los de San Juan. El segundo fue muerto, y el primero, encarcelado durante tres años en el castillo de Bodrum antes de que Hizir emprendiera un osado ataque destinado a rescatarlo.

Resuelto a vengar a su hermano, Oruç se captó el apoyo del gobernador otomano de Antalya, quien puso a su disposición una flota de galeras con la que hacer frente a los merodeos de los caballeros cristianos. En sucesivos ataques se hizo con varios galeones del enemigo y llevó a cabo varias incursiones en Italia. Los tres hermanos que quedaban con vida unieron sus fuerzas en 1509 y derrotaron un buen número de embarcaciones españolas en diversos lugares del Mediterráneo. Oruç perdió el brazo izquierdo en 1512 en el transcurso de uno de estos combates, y el material de la prótesis con que lo sustituyó hizo que lo apodaran «Brazo de Plata». Sin dejarse amedrentar, los tres siguieron atacando el litoral de Italia y España, y capturaron otros 23 barcos en un solo mes. Comenzaron a producir su propia pólvora, y en los cuatro años siguientes asaltaron, destruyeron o capturaron toda una serie de naves, fortalezas y ciudades. En 1516 liberaron Argel de los españoles, y Oruç se erigió en sultán, si bien renunció al título al año siguiente en favor del sultán otomano, quien lo nombró a cambio gobernador de Argel y gobernador naval en jefe del Mediterráneo occidental, cargos que retuvo hasta 1518, año en que murió junto con Íshak a manos de los soldados de Carlos I de España (quien con el tiempo se convertiría en el emperador Carlos V).

Hizir, el único hermano sobreviviente, tomó el relevo de Oruç. De hecho, es a él a quien conocemos hoy como «Barbarroja». En 1519 defendió Argel de la agresión emprendida por los españoles y los italianos, y aquel mismo año atacó la Provenza en respuesta. A

continuación, tras un buen número de incursiones a lo largo del litoral francés y español, contribuyó, en 1522, a la conquista otomana de Rodas en que fueron derrotados los caballeros de San Juan. En 1525 asaltó Cerdeña, tras lo cual reconquistó Argel, y tomó Túnez en 1529. Desde ambas lanzaría nuevos ataques.

En 1530, el emperador Carlos V recurrió a la ayuda de Andrea Doria, almirante genovés de grandes dotes, a fin de hacer frente a la dominación de Barbarroja. Este, sin embargo, lo derrotó al año siguiente y se ganó así la gratitud personal de Solimán el Magnífico, quien lo hizo *kapudan paşa* —almirante de la flota y gobernador en jefe de África del norte— y le otorgó el nombre honorífico de Barbaros Hayreddin Paşa.

En 1538, convertido ya en una leyenda viva entre los musulmanes por liberar a los esclavos mahometanos africanos de las galeras españolas y brindar no poca gloria al imperio otomano, logró dispersar una flota combinada de embarcaciones españolas, maltesas, venecianas y alemanas en la batalla de Préveza y afirmar así la dominación turca del Mediterráneo oriental durante poco menos de cuarenta años. En septiembre de 1540 rechazó de plano la suma colosal que le ofreció Carlos V por cambiar de lado, y en 1543, mientras merodeaba con su flota en la desembocadura del Tíber, llegó a amenazar con avanzar hasta Roma. Con todo, lo disuadieron los franceses, con los que se había aliado de manera temporal. A esas alturas, las ciudades de la costa italiana, incluida la orgullosa Génova, habían renunciado a tratar de derrotarlo y optado, en cambio, por enviarle sumas formidables de dinero a

cambio de que se abstuviese de acometerlas. Barbarroja se había enseñoreado de las costas italianas y mediterráneas.

En 1545, invicto y tras consolidar la dominación otomana del Mediterráneo y el norte de África, se retiró a una magnífica residencia sita en la costa septentrional del Bósforo, en donde escribió sus memorias hasta morir de causas naturales en 1546. Legó a su hijo, Hasan Paça, la dignidad de gobernador de Argel. Había apresado y esclavizado nada menos que a cincuenta mil personas sobre las costas italianas y españolas, amén de hacerse célebre por su crueldad salvaje. Si para los otomanos fue un almirante destacado, los cristianos lo consideraron un pirata despiadado, quizás el más terrorífico de cuantos hayan vivido.

Los Borgia: el Papa Alejandro VI y sus hijos César y Lucrecia
(1431-1503, 1475-1507 y 1480-1519)

Libertina por imaginación, impía por temperamento, ambiciosa por cálculo... Lucrecia tenía la cabeza de una madona de Rafael y el corazón de una Mesalina.

Alexandre Dumas, Crímenes célebres (1843)

Rodrigo Borgia, sobrino nieto del papa Calixto III, fue un maestro despiadado de las intrigas y los juegos del poder, y semejante pericia hizo de él y de sus hijos seres legendarios por su

depravación y sus homicidios. Alcanzó el cardenalato a los veinticinco años, y sirvió en calidad de vicescanciller de la Santa Sede durante cuatro papados, lo que le permitió amasar una fortuna ingente. Cuando llegó su hora de ascender a la dignidad de sumo pontífice, disponía del dinero suficiente para comprarla con todos los lingotes que podían cargar cuatro mulas. Al margen de sus pecados, era un hombre inteligente, agudo, encantador, experimentado y concienzudo a la hora de llevar los asuntos de la curia, amén de seductor tanto en la política como en el lecho. «Atraía a las mujeres como al hierro los imanes», comentó de él alguien que lo conocía. Dos años después de ser elegido papa —para lo cual adoptó el nombre de Alejandro VI—, atacó y tomó Roma Carlos VIII de Francia. Con todo, él logró ganarse al monarca galo, quien no tardó en asaltar Nápoles. Después de que regresara al continente la hueste de Carlos, Alejandro comenzó a disfrutar por entero de su papado. Ya se las había compuesto para que su hijo Juan, de veinte años, se hiciera con el ducado de Gandía, pero este, desaparecido en junio de 1497, fue hallado en el Tíber, degollado y con nueve puñaladas. Pese al desconuelo que le provocó semejante suceso, Alejandro no quiso investigarlo por ser el principal sospechoso su hijo César, menor que el interfecto y asentado ya en el cargo de cardenal.

En 1498, César convenció a su padre para que lo exonerase de dicha posición y lo nombrara capitán general de la iglesia. Al verse de nuevo en el mundo, se determinó a lograr las ambiciones, y como artífice de la nueva política francófila de su padre, le fueron

otorgados el ducado de Valentinois y el beneplácito para contraer matrimonio con la hermana del rey de Navarra. El nuevo duque César tomó entonces resolución de matar o derrocar a todos los señores italianos rivales que se supusieran estorbo alguno al poder de los Borgia. Entre tanto, su padre y él restauraron la autoridad política del papado. Sin embargo, César atraía no pocas inquinas. «Cada noche —escribió cierto embajador— aparecen cuatro o cinco varones asesinados: obispos y demás; conque toda Roma tiembla de miedo ante la idea de ser víctima del duque». A esas alturas, César se hallaba aquejado de una notable decadencia física: consumido por la sífilis, que se estaba cebando con su rostro, no aparecía en público si no era cubierto con una siniestra máscara dorada. Pese a su infausta reputación, César Borgia era, a su modo, un individuo excepcional en grado sumo, un hombre incansable que apenas dormía y vivía en un estado continuo de actividad enajenada y sin límites. Intrépido y desinhibido, poseía asimismo la inteligencia y el encanto de su padre. Engendró cuando menos once bastardos, y sus orgías, a las que a menudo asistían también su padre y su hermana, eran tan espléndidas como descaradas: en cierto banquete célebre, el maestro de ceremonias papal dejó constancia del juego en que participaron «cincuenta amables prostitutas que asistieron para bailar desnudas» y que, a gatas, hubieron de recoger las castañas que se habían desperdigado por el suelo. «Al final se ofrecieron diversos premios (jubones de seda, zapatos, sombreros...) a quienes lograsen consumir el acto un mayor número de veces con

las meretrices». Aquella fue una de las bacanales en las que, además del duque y César, estuvo presente Lucrecia.

Esta, criatura hermosa y cautivadora de pequeña, se había transformado con el tiempo en una verdadera beldad. Cierta contemporáneo la describió como una mujer «de estatura media y airoas formas... cabello dorado, ojos grises, boca tirando a grande, dientes de un blanco brillante, senos tersos y blancos y proporciones admirables». Cumplidos los dieciocho años, su padre, el papa Alejandro, dispuso que se desposara con Giovanni Sforza, señor de Pésaro, a fin de crear alianza con su familia, una de las más poderosas de Milán, frente a los aragoneses de Nápoles.

El casamiento, que se celebró en el Vaticano, fue una ocasión opulenta en la que se representó una escandalosa obra de teatro acerca de proxenetas y barraganas. Tras el descontento que le produjeron los dos años que pasó en Pésaro, Lucrecia volvió a Roma. Los Borgia, que ya poseían una reputación formidable, sospechaban que Giovanni hacía labores de espionaje para Milán, y, cuando fue a visitar a su esposa, tuvo ocasión de aterrorizarse al ver que ella, de súbito, se deshacía en sonrisas y señales de afecto. Temiendo por su vida, huyó de Roma disfrazado. La alianza entre esta y Milán había dejado de ser útil a los Borgia, quienes a la sazón comenzaron a tratar de atraerse la voluntad de Nápoles. El papa exigió a los Sforza que diesen su consentimiento al divorcio de Lucrecia y Giovanni, pero el único modo legal de conseguir tal cosa consistía en obligar a este a confesar en falso que era impotente y, por lo tanto, no había podido consumar el matrimonio. Él,

humillado, contraatacó declarando que Alejandro VI había minado su relación a fin de poder dar rienda suelta al interés sexual que despertaba en él su propia hija.

En medio del proceso de separación, Lucrecia —quien seguía asegurando ser virgen— se retiró al convento romano de San Sixto. Allí fue a visitarla un mensajero enviado por su padre, el apuesto cortesano Pedro Calderón, con quien no tardaría en tener un romance. Antes de que transcurriera un año apareció entre los Borgia un recién nacido misterioso, y poco después hallaron flotando en las aguas del Tíber a Calderón, al parecer asesinado por orden de un César celoso. El historiador Potigliotto conjeturó que debía de ser hijo bien de César, bien de Alejandro.

En 1498, cuando el tribunal que entendía en su divorcio hubo confirmado su declaración de virginidad, Lucrecia fue ofrecida a Alfonso, duque de Bisceglie, hijo ilegítimo de diecisiete años de Alfonso II de Nápoles. Sin embargo, no hubo que esperar mucho para que los Borgia se indispusieran con esta última ciudad y estrechasen su relación con el rey francés Luis XII. El joven esposo de Lucrecia huyó de Roma temiendo por su vida, y, cuando ella lo persuadió a regresar, fue víctima de un ataque brutal en la escalinata de San Pedro. Es posible que ella fuese cómplice de aquel acto, aunque lo cierto es que sus contemporáneos estaban convencidos de que amaba de veras a su segundo esposo, a lo cual alegaban que curó sus heridas y lo curó hasta que estuvo recuperado. Sin embargo, la corte de los Borgia no era el lugar más seguro para un convaleciente, y, un mes después de la agresión

primera, estrangularon a Alfonso por orden de César mientras yacía en su lecho.

Aunque se dijo de Lucrecia que quedó afligida por la muerte de su joven esposo, no tardó en retomar el papel que había representado siempre en la política de fuerza de los Borgia. En 1501, un año después del asesinato de aquel, se desposó con Alfonso de Este, hijo de Hércules I, duque de Ferrara.

En 1503 murió de unas fiebres Alejandro VI a los setenta y dos años. Aunque su reputación no es inmerecida, es justo reconocer que transformó el papado al mejorar sus finanzas, su administración y su influencia diplomática. César quedó desprotegido y optó por exiliarse en España, en donde murió en el campo de batalla a la edad de treinta y un años. Su divisa fue la de «O César o nada», y lo cierto es que, al final, fue precisamente nada. Lucrecia llegó a granjearse un gran respeto en calidad de protectora de las artes y la literatura en Ferrara, cuyo ducado obtuvo en 1505. Nada de esto le restó tiempo para mantener sendos romances con su cuñado bisexual y el poeta humanista Pietro Bembo. Murió de parto a la edad de treinta y nueve años.

Magallanes

(1480-1521)

[L]a Tierra entera pende en el aire... concepto extraño y contrario en apariencia, hasta el momento, a la naturaleza y la razón... cuya

verdad, empero, ha demostrado la experiencia de quienes han dado la vuelta al mundo navegando en menos de dos años.

Tomás Moro, A dialogue concerning heresies (1529), refiriéndose al viaje de Magallanes de 1519

Fernando de Magallanes fue un marino intrépido y resuelto que logró lo que había intentado Colón: alcanzar las Indias Orientales navegando hacia poniente desde Europa, lo que le llevó a efectuar la primera travesía del Pacífico de que se tenga noticia. Aunque él fue muerto en Filipinas, una de las cinco embarcaciones que conformaban su flota acabó por regresar a España tras experimentar espantosas privaciones, y se convirtió así en la primera que culminó la circunnavegación de todo el planeta.

Nacido en el seno de una familia de la nobleza portuguesa, Magallanes creció vinculado a la corte real. En 1495 entró al servicio del rey Manuel I el Afortunado y se enroló voluntario en el primer viaje a la India planeado por el virrey portugués Francisco de Almeida.

Participó en varias de las expediciones a Oriente con que trató de extender Portugal sus rutas comerciales y llevar a Europa espacias valiosas. Durante las diversas travesías se vio metido en varias escaramuzas y alcanzó el ascenso a capitán. En 1512 regresó a

Portugal. Ayudó a tomar la ciudad marroquí de Azamor, aunque las heridas que sufrió durante el combate le dejaron una cojera permanente. Y lo que es peor: le acusaron de comerciar con los moros, y en consecuencia perdió el favor del rey Manuel.

Nadie podía dudar de que su carrera al servicio de la corona portuguesa había tocado a su final. En 1513, de hecho, renunció a su nacionalidad y se trasladó a España. Allí, convenció a Carlos V de que podía arribar a las Islas de las Especias de oriente a través del pasaje occidental que tan esquivo había sido a Colón unos veinte años antes. Los avances disponibles en el ámbito de la navegación, las diligentes consultas a un astrónomo y el coraje necesario para proponerse viajar a una latitud de hasta 75 grados sur lo dejaban en situación de superar a aquel, y, en consecuencia, en septiembre de 1519 dio principio a su viaje histórico con cinco naves y 270 hombres.

Tras atravesar el Atlántico, avistó Suramérica en noviembre, y tras poner rumbo al sur, hizo invierno en Patagonia, en donde hubo de aplastar un peligroso motín encabezado por dos de sus capitanes. Volvió a largar vela en agosto del año siguiente. En octubre dio con un canal que iba al oeste entre la punta meridional del continente y el archipiélago que se extendía más al sur, y que permitió a su flota eludir las tormentosas aguas abiertas que se extendían por debajo del cabo de Hornos. Lo llamó *de Todos los Santos*, aunque hoy lo conocemos por el apellido de aquel navegador insigne. Mientras lo recorrían, los marineros no pudieron menos de sobrecogerse ante la contemplación de las montañas nevadas que se alzaban a uno y

otro lado. Al norte se hallaba el extremo meridional de Patagonia, y al sur, las islas que denominaron Tierra del Fuego, por las hogueras que tenían encendidas los nativos en el litoral. Una vez franqueado el estrecho, se encontraron ante una descomunal extensión de mar abierto, un océano al que pusieron el nombre de Pacífico por el viento sereno y uniforme que les permitió cruzarlo.

Su dotación pasó noventa y ocho días navegándolo con proa al noroeste y sin avistar más tierra que la de alguna que otra isla rocosa y estéril. La escasa agua que poseían estaba corrompida. Faltos también de provisiones de boca, se vieron obligados a alimentarse con bizcocho enmohecido, ratas y serrín. Nada de esto impidió seguir adelante a Magallanes, quien había declarado que estaba dispuesto a comerse los cueros de la embarcación antes de cejar en su empeño. Y eso fue precisamente lo que acabó por hacer la tripulación: echar mano de los cueros de los penoles.

En marzo de 1521 arribaron a las Filipinas, cuyo nombre hacía referencia a san Lázaro en un principio y no al rey Felipe II. Allí se aprovisionaron, y en la isla de Cebú, Magallanes entabló amistad con el rey nativo. Manifestando intención de convertirse al catolicismo, este último se las ingenió para convencerlo de que participase en las violentas disputas que tenía entabladas con las islas aledañas, y en las que murió el 27 de abril. El traidor monarca mató entonces a dos de los hombres de Magallanes antes de que pudiera reagruparse la dotación y poner rumbo a España.

Los únicos que lograron doblar el cabo de Buena Esperanza y regresar al punto de origen pese a los vientos contrarios, el acoso de

los portugueses, la desnutrición y el escorbuto fueron dieciocho marineros y cuatro nativos suramericanos subidos a bordo de una sola nave, la *Victoria*. Aunque Magallanes no se encontraba entre ellos, en el momento de su muerte había rebasado con creces la longitud de sus viajes originales a Oriente, en los tiempos en que visitó las Molucas, y, además, había dado con el santo grial de los navegantes y mercaderes: el paso a las Islas Orientales de las Especias a través del océano occidental. Esto, a su vez, allanó el camino al dominio del planeta que lograron españoles y portugueses a lo largo del siglo XVI.

Si los grandes exploradores, como Colón o Marco Polo, descubrieron partes del mundo desconocidas hasta entonces, fue Magallanes quien consiguió unir las todas.

Bābur

(1483-1530)

El vino hace al hombre conducirse como un asno en un pasto de gran riqueza.

Dicho atribuido a Bābur

Bābur fue el príncipe nómada nacido en un diminuto reino mongol que fundó el imperio mogol de la India. Pese a lo breve de su reinado, destacó en cuanto conquistador e intelectual, y el poder que ejerció sobre una miríada de pueblos diferentes, unido al

respeto que les profesó, le permitió crear un imperio de incomparable magnificencia cultural.

El joven *Zahīr ad-Dīn Muḥammad*, quien aseguraba estar emparentado con Gengis Kan, era descendiente directo del conquistador turco-mongol Tamerlán. Su familia había perdido buena parte de los territorios de este último, y tal cosa hizo de él un rey sin reino durante buena parte de su juventud. *Bābur*, nombre que le asignaron los nativos a los que resultaba imposible pronunciar su verdadero nombre, heredó el diminuto estado de Fergana, sito en el Asia central, a la edad de doce años. Tras eludir los empeños de sus tíos en destronarlo, se dispuso a conquistar la vecina Samarcanda. Aquel príncipe de quince años cometió un error de cálculo. En su ausencia estalló una rebelión en su tierra de origen que le supuso la pérdida de Fergana, y, cuando regresó con la intención de recuperarla, sus soldados abandonaron también Samarcanda y lo dejaron sin posesión alguna. «Aquel fue un tiempo de tremenda aflicción —recordaría más tarde al hablar de sus años de trashumancia— en el que apenas pude evitar el llanto».

La derrota no hizo sino redoblar su determinación. Llegado el año de 1504, aquel guerrero encallecido se había hecho con el reino de Kabul, hoy parte de Afganistán. Desde allí volvió la vista al este, a las vastas tierras del Indostán, y, después de varios intentos, salió triunfante en 1526, tras la batalla de Panipat, en donde sus doce mil soldados derrotaron al ejército de cien mil hombres del sultán de Delhi. En los tres años que siguieron hizo morder el polvo a los *rayput*, a los afganos y al sultán de Bengala, lo que lo convirtió en

señor incontrovertible de la región que corresponde en nuestros días a la India. Así fue ganando este descendiente de Tamerlán lo que se conocería como imperio mogol por *mugal*, el término empleado en persa para designar a los mongoles.

Él atribuyó sus pasmosas victorias al «manantial de favores y de gloria que es Dios». El armamento empleado también fue de cierta ayuda: Bābur introdujo en la India el mosquete de llave de mecha y el cañón de artillería, por más que en un primer momento no sirvieran más que para ridiculizarlo. Sin embargo, tal como pone de relieve la nómina de sus victorias, no tardaría en ser evidente que, dotados de la potencia de fuego necesaria, sus huestes, cuyo número rayaba en lo irrisorio, podían hacer estragos en las filas de enemigos que las superasen con creces en cantidad.

Sus hombres, un surtido excelentemente adiestrado de pastunes, persas, árabes y turcos chagatanos, idolatraban a aquel caudillo consumado, guerrero de fuerza proverbial del que contaban que podía subir laderas con un hombre a cada hombro y que había cruzado a nado todos los ríos con que habían topado, incluido el Ganges. Los ejércitos mogoles sembraban el terror entre el enemigo y no de forma injustificada, por cuanto decapitaban a los combatientes derrotados para colgar sus cabezas de los parapetos. Bābur tuvo por «un augurio excelente» la decisión adoptada por Humāyūn, hijo y heredero suyo, de fusilar a cien de los prisioneros de guerra apresados en Panipat en lugar de liberarlos o esclavizarlos como era costumbre.

En cambio, Bābur dio muestras de una gran clemencia en calidad de gobernante. El emperador musulmán reinó sobre toda una serie de pueblos con una tolerancia y un respeto inmensos, sin forzar jamás su conversión ni tratar de modificar sus prácticas. A Humāyūn le recomendó que predicase el islam «con la espada del amor y el afecto más que con la de la tiranía y la persecución». Lo nítido de su visión y su humanidad le permitieron advertir que su vasto imperio podía florecer impulsado por su pluralidad: «Considera que las diversas características de tus gentes son como los atributos de las distintas estaciones del año», recomendó a su hijo. Defendía la justicia sin importar la raza ni la religión y odiaba la hipocresía, que describía como «las mentiras y lisonjas de granujas y sicofantas».

El respeto que profesó a las tierras conquistadas ayudó a la formación de una cultura exquisita y sin igual. Bābur supo llevar a la India su legado timúrida: las dotes y prácticas de la joya que era Samarcanda, la vieja capital de Tamerlán. La fusión que resultó de todo ello originó siglos enteros de imponentes obras de arte y arquitectura, de las que es cumplido ejemplo el Taj Mahal. A él mismo no le faltó destreza en el ámbito de la escritura, la caligrafía y la composición, y, tras él, toda su dinastía protegió estas disciplinas. Creó vergeles de diseños magníficos que ofrecían cierto respiro ante el calor sofocante de la India, y que fueron los primeros que conoció el subcontinente, poblados de plantas y frutales que transportó de su tierra de origen, situada al noroeste. Se le dio sepultura, conforme a su deseo, en el llamado Jardín de Bābur, sito

en Kabul, ciudad queridísima por él, tal como se infiere de su epitafio: «Si existe el paraíso terrenal, se encuentra aquí, se encuentra aquí, ¡se encuentra aquí!».

Su defecto principal fueron sus excesos. Bebía mucho y era muy aficionado a la marihuana. Su liberalidad extravagante dejó vacío su tesoro, y se decía que, temiéndose por la vida de Humāyūn durante cierta enfermedad, ofreció la suya a cambio de la de su hijo. Sus últimas palabras dicen mucho de la crueldad de su tiempo y la humanidad de su persona. «No acometas nunca a tus hermanos — aconsejó a su heredero—, aun cuando puedan merecerlo».

De su vida extraordinaria nos da cuenta su diario personal, el *Bābur Nāma*, testimonio de la senda que recorrió el niño rey de Fergana hasta erigirse en emperador mogol, en el que se abarcan batallas, intrigas, flora, fauna, geografía, demografía, poesía, arte, música, juegos de polo y banquetes. En él se halla también la primera mención documentada del diamante de valor inestimable conocido como *Kūh Nūr*. El libro, que recoge hasta los sentimientos personales de su autor, nos brinda una imagen asombrosa del hombre y de su época.

Hernán Cortés

(1485-1547)

*He came dancing across the water
With his galleons and guns
Looking for the New World
In that palace in the sun*

...

He came dancing across the water

Cortez, Cortez

What a killer².

Neil Young, «Cortez the killer»

Hernán Cortés fue, como Pizarro, la personificación del conquistador triunfal cuyas proezas, tan heroicas como sangrientas, pusieron una porción tan vasta del Nuevo Mundo bajo el yugo de la corona española. Llegó a México al frente de un ejército mercenario diminuto, mató a inocentes y saqueó la tierra, destruyendo así la civilización azteca y enriqueciéndose más de lo que jamás hubiera podido soñar. Así y todo, los testimonios de que disponemos apuntan a que no era un hombre cruel de suyo y raras veces comenzaba atrocidad alguna. En cambio, tenía un don de gentes fuera de lo común, y quizá pueda considerarse, junto con Pizarro — de quien era familiar lejano—, el español más descollante de su tiempo, conquistador de un imperio nuevo.

Nació en el seno de una familia noble castellana en la ciudad pacense de Medellín, en España, en 1485. Tras una niñez enfermiza, sus padres lo enviaron a la prestigiosa Universidad de Salamanca con la esperanza de que su hijo hallara su vocación en tan selecto ambiente intelectual. No fue así, sin embargo, y el muchacho no tardó en volver a casa. La vida provinciana de su

² Cruzó bailando las aguas / con sus galeones y sus cañones, / buscando el Nuevo Mundo / en aquel palacio del sol. /... / Cruzó bailando las aguas, / Hernán Cortés, Hernán Cortés, / ¡menudo asesino! (*N. del t.*).

modesto municipio, no obstante, tampoco lo satisfizo —si no fue en lo tocante a las mujeres—. En 1502, por lo tanto, decidió viajar al Nuevo Mundo. Llegó a La Española (isla dividida hoy entre Haití y la República Dominicana) en 1503, en donde apenas le costó consagrarse como hombre capaz siempre listo para aprovechar cualquier ocasión.

En 1510, a la edad de veintiséis años, se las compuso para enrolarse en una expedición de conquista destinada a Cuba. La dirigía Diego Velázquez de Cuéllar, quien se convertiría en gobernador del territorio ocupado, y quien lo nombró secretario suyo tras quedar impresionado por sus aptitudes. Con todo, la relación cordial que se entabló entre ambos no llegó a durar, en parte por la afición a las faldas de Hernán Cortés, que no abandonó sus coqueteos con el sexo opuesto ni siquiera después de contraer matrimonio con Catalina, cuñada de Velázquez.

La inquietud de Cortés no dejó de crecer en Cuba, hasta el punto de que, en 1518, persuadió a Velázquez a asignarle el mando de una expedición destinada a explorar y colonizar el continente —en particular, el México de nuestros días—. En el último momento, el gobernador cambió de opinión y trató de destituirlo; pero ya era tarde: él hizo caso omiso de la contraorden y siguió con el plan original.

En marzo de 1519 desembarcó en la península del Yucatán con un contingente de unas seis centenas de hombres, y un mes más tarde declaró formalmente aquellas tierras parte de la corona española. A fin de crear una realidad que hiciese justicia a sus alardes retóricos,

marchó primero al norte y luego al oeste, y, tras una serie de victorias logradas contra tribus nativas hostiles, demostró ser un exponente diestro de la máxima del «divide y vencerás».

En octubre de 1519 llegó con sus fuerzas a Cholula, por aquel entonces la segunda ciudad en extensión de toda aquella región. Buena parte de la nobleza local se había congregado en la plaza central con la esperanza de parlamentar con los españoles que avanzaban hacia ellos, quienes, sin embargo, no tenían intención alguna de entablar conversación. Cortés, en un acto bien calculado de terror, ordenó a sus soldados asolar el lugar, lo que supuso la matanza de miles de ciudadanos desarmados.

A raíz de aquella carnicería, el emperador Moctezuma II recibió en son de paz a los invasores en la ciudad de Tenochtitlan (hoy México D. F.). El imperio azteca, surgido entre los siglos XIV y XV de la alianza de tres ciudades en expansión —Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan—, se había convertido, de la mano de Moctezuma I (c. 1398-1469), en una unidad política y cultural coherente con capital en la citada, y había alcanzado su cénit en tiempos de Ahuitzotl (c. 1486-1502), quien amplió a más del doble el territorio sometido al poder azteca. A su muerte le sucedió su sobrino Moctezuma II, quien se hallaba en el trono cuando llegaron Hernán Cortés y sus mercenarios diecisiete años más tarde. Los aztecas practicaban sacrificios humanos —en ocasiones multitudinarios— con hombres, mujeres y niños. Se decía que cierta vez, en la década de 1480, inmolaron a 84 000 prisioneros en la Gran Pirámide de Tenochtitlan.

Moctezuma creyó ver en Cortés la encarnación del dios azteca Quetzalcóatl («serpiente emplumada»), y habiendo oído hablar de la superioridad militar de los intrusos, estaba dispuesto a hacer cuanto estuviese en sus manos por evitar un enfrentamiento directo con ellos. El español, por su parte, estaba resuelto a lograr la sumisión del emperador azteca al rey de España, y a tal objeto lo hizo prisionero. En Cuba, no obstante, Velázquez, celoso del éxito de Cortés, envió en 1520 un ejército acaudillado por Pánfilo de Narváez con el cometido de detener al conquistador insubordinado. Pese a su inferioridad numérica, este hizo frente a semejante reto. Sin embargo, el hombre al que había dejado al mando en Tenochtitlan había aniquilado en su ausencia a un buen número de los próceres de la ciudad y provocado así un levantamiento en cuyo transcurso perdió la vida Moctezuma. Tras intentar en vano volver a entrar en la capital, Cortés escapó por poco de la derrota a manos de la hueste azteca que lo perseguía.

Una vez reagrupadas sus fuerzas en el territorio aliado de los tlaxcaltecas, regresó a finales de 1520 determinado a reconquistar la ciudad. En la guerra que siguió, se propuso quebrar la resistencia azteca mediante una estrategia de desgaste, y así, aisló Tenochtitlan hasta que se desmoronó su defensa. La caída de la capital supuso, en efecto, el final del imperio azteca y convirtió a Hernán Cortés en dueño y señor indiscutible de aquel territorio, que llamó Nueva España de la Mar Océana. Entre 1521 y 1524 supervisó, en calidad de gobernador de la nueva colonia, la destrucción de no pocos elementos de la cultura azteca. Los indígenas se vieron sometidos a

un sistema de trabajos forzados que comportaría su cruel explotación en los siglos venideros. Entre tanto, no hubo nada que importase más al conquistador que su engrandecimiento personal. Quienes sufrieron bajo el yugo de Cortés se vieron liberados al fin cuando el monarca español, tras recibir diversos informes del desgobierno de su virrey, acabó por destituirlo. En 1528 regresó a España a fin de defenderse, pero pese a su nombramiento como marqués del Valle de Oaxaca, no quedó convencido de haberse granjeado el apoyo de Carlos V, quien jamás perdonó su insubordinación ante los enviados reales ni le concedió puesto alguno de poder en Europa.

El conquistador, cada vez más resentido, pasó las dos últimas décadas de su vida viajando entre España y las haciendas que poseía en el Nuevo Mundo mientras trataba de responder a lo que él consideraba mentiras de sus poderosos enemigos. El que debió de ser el europeo más titánico de su tiempo, y uno de los más acaudalados, murió en 1547 mientras se dirigía a Suramérica.

Enrique VIII

(1491-1547)

Su ira jamás perdonó a un solo hombre, ni a una sola mujer su lascivia.

Sir Robert Naunton, Fragmenta regalia (1641)

Enrique VIII fue un niño mimado y muy dotado que creció hasta convertirse en un gobernante enérgico y ambicioso, un soberano majestuoso e implacable creador de una monarquía «imperial» mediante la afirmación de la independencia de Inglaterra, los desafíos a Roma, la disolución de monasterios, y la promoción del poder militar y naval de su reino y del de su propia autocracia; todo lo cual propició, a la postre, el triunfo del protestantismo. Aun así, se trocó también en un tirano hinchado y susceptible que se sirvió de pruebas falsas para ordenar la ejecución de no pocos de sus súbditos, incluidas dos de sus esposas, por haber herido su orgullo. Su crueldad paranoica hace justo considerarlo el Stalin inglés.

Fue el segundogénito de Enrique VII, hombre taimado, vil y práctico que había llegado al trono en 1485 para reconciliar a las casas de York y Lancaster tras la guerra de las Rosas e instaurar la dinastía Tudor. La muerte prematura de su heredero, el príncipe Arturo, ocurrida en 1502 tras sus nupcias con Catalina de Aragón, fue a subrayar la fragilidad de la advenediza familia, y tal circunstancia explica en gran medida lo inexorable del proceder de Enrique VIII después de la sucesión. Esta se produjo en 1509, y la siguió su casamiento con la viuda española de su difunto hermano. A su condición de hombre apuesto, fortachón y vigoroso se sumaba una educación refinada: los cortesanos no pudieron menos de augurar con su llegada el advenimiento de una edad de oro. Promovió su gloria con los viriles entretenimientos deportivos propios de un príncipe del Renacimiento: la caza, las justas, los bailes y los banquetes, y se granjeó una gran popularidad al ajusticiar a

Empson y Dudley, odiados recaudadores de impuestos de su padre, tras acusarlos en falso. Semejante procedimiento marcaría la pauta cada vez que en el futuro necesitara deshacerse de algún ministro.

Ansiaba poner a prueba su fortaleza en las palestras de Europa, cuyo dominio se disputaban Francisco I de Francia y Carlos V, emperador de los Habsburgo. Comenzó a crear una armada, entre cuyos buques se contaba su colosal carraca *Mary Rose*, que se hundiría más tarde. En un primer momento apoyó al emperador contra los franceses y acaudilló un ejército con el que atacó Francia y salió victorioso de la batalla de Guinegate en 1513, amén de frustrar en Flodden la invasión escocesa. Firmó la paz con Francisco tras reunirse con él en una cumbre magnífica en el Campo de la Tela de Oro, de cuya puesta en escena se encargó el cardenal Thomas Wolsey, ministro suyo capaz y tremendamente adinerado, hijo de carnicero que había llegado a vestir la púrpura; pero cuando el monarca francés fue apresado en Pavía en 1525, volvió a cambiar de lado con la esperanza de inclinar el fiel de la balanza de los poderes europeos.

La reina consorte, Catalina de Aragón, tía del emperador Carlos V, le había dado una hija —la futura reina María— en lugar de un heredero varón, y tal cosa constituyó una verdadera afrenta para el orgullo y la sensibilidad dinástica de Enrique, quien buscó a través de Wolsey la anulación del matrimonio contraído con la viuda de su hermano. El papa, sometido a la influencia de Carlos, no estaba dispuesto a permitir que se diera de lado a Catalina. «La cuestión real» no fue solo cosa de personalidad, sino también de la

insistencia de Enrique en que su corona fuese «imperial» —y no estuviera, por lo tanto, subordinada al sumo pontífice ni a ningún otro poder—. Tal se hizo aún más relevante cuando se enamoró de Ana Bolena, una de las damas de su esposa, mujer coqueta, inteligente y ambiciosa que le negó sus favores si no mediaban nupcias. El santo padre no pensaba ceder, y Enrique, en consecuencia, se volvió contra Wolsey. El cardenal habría acabado sus días en el tajo del verdugo si no llega a morir mientras se dirigía a ser juzgado por traición.

Enrique optó entonces por una vía radical, y declarándose jefe de la Iglesia de Inglaterra e independiente del papa, circunstancia que se formalizaría en la Ley de Supremacía y Traición de 1534, dio por anulado su matrimonio con Catalina y se desposó con Ana Bolena en 1533.

Asistido por su prometedor ministro Thomas Cromwell, acalló a todo aquel que puso en tela de juicio sus dictámenes religiosos, y, de hecho, hizo ejecutar a Tomás Moro, su antiguo canciller. Logró dispersar mediante su palabra la rebelión surgida en el norte en 1536 y conocida como Peregrinación de Gracia, y, a continuación, quebrantando sus promesas, ajustició sin piedad a los sublevados. En ningún momento mostró la menor clemencia a la hora de acabar con todo aquel que se le oponía: después de Dudley y Empson, hizo matar a Edmond de la Pole, conde de Suffolk, en 1513; a Edward Stafford, duque de Buckingham, en 1521, y así hasta llegar al joven poeta Henry Howard, conde de Surrey, en las postrimerías de su vida. Aunque no es fácil calcular el número de sus víctimas —y

resulta absurdo el de 72 000 que ofrece el cronista Holinshed—, lo cierto es que fue muy elevado.

Si bien en ocasiones se atribuye a Enrique la Reforma protestante de Inglaterra, en lo doctrinal no dejó de ser católico conservador. Sí es verdad, sin embargo, que su revolución política hizo posible la existencia de una Inglaterra protestante. La lucrativa disolución de los monasterios que llevó a efecto —un acto de vandalismo a escala colosal— financió su reinado y marcó el absolutismo que acababa de instaurar. Ana Bolena le dio descendencia en 1533, pero fue niña, la futura Isabel I. Enrique la atacó entonces, y dio órdenes a Cromwell de fraguar contra ella cargos de adulterio, incesto y brujería, acusación para la que se tomó como prueba el «tercer pezón» con que amamantaba al diablo —y que no era, en realidad, sino un lunar que tenía en el cuello—. Durante el proceso se incriminó a cinco hombres, entre quienes se contaba el hermano de Ana, quien fue decapitado el 19 de mayo de 1536. Diez días después, el rey contrajo matrimonio con Juana Seymour, quien dio a luz a un varón, futuro Eduardo VI, y murió de parto, lo que la convirtió en la única esposa a la que lloró el monarca.

Cromwell, quien promovió una política exterior protestante y fue ascendido a conde de Essex, logró persuadirlo para contraer matrimonio con Ana de Cléveris. Sin embargo, aquella «yegua de Flandes» acabó por repudiar al soberano, quien había engordado de un modo considerable y sufría a menudo de úlceras con supuración. Este no dudó en acusar en falso a Cromwell y ajusticiarlo en 1540 —el mismo día en que se desposó con la

hermosa Catalina Howard, de solo dieciséis años—, y ordenó que le cortara la cabeza un joven sin experiencia, que lo logró al tercer intento.

Cada una de las esposas inglesas tenía detrás una facción familiar con sus propias motivaciones políticas o religiosas. Así, los Howard eran defensores del catolicismo, aunque su reina adolescente no era más que una criatura casquivana cuyas diabluras pasadas e infidelidades presentes ofrecieron a los protestantes razones sobradas para sacar partido de la frágil arrogancia sexual del monarca. Murió decapitada en 1542, a la edad de dieciocho. Catalina Parr, la siguiente esposa de Enrique, fue una mujer sensata que acabó por sobrevivir al soberano.

Este había resuelto desposar a su joven hijo Eduardo con la infanta María, reina de los escoceses; pero la intransigencia de los escoceses no cedió siquiera ante el llamado «cortejo a la inglesa», cuando Enrique mandó a sus ejércitos cruzar la frontera y no dejar sin pasar «a hierro y fuego a hombre, mujer o niño sin excepción». Este rey, uno de los más majestuosos y formidables de la historia de su nación, y al mismo tiempo un tirano lleno de imperfecciones y hombre de estado de logros por demás irregulares, fue a la vez héroe y monstruo, un egoísta brutal y un político eficaz. Tal como lo expresó el duque de Norfolk: «La ira real tiene por consecuencia la muerte». En 1544 determinó cuál sería la línea sucesoria tras su muerte: Eduardo, protestante; María, católica, e Isabel, protestante. En consecuencia, le siguió en el trono su hijo Eduardo VI, reformista ferviente, quien corrió a consolidar el luteranismo en

Inglaterra mediante la proscripción de la misa en latín —en adelante habría de celebrarse en inglés— y el celibato clerical. Sin embargo, era un muchacho enfermizo y murió a los quince años, y su hermana María I revocó cuantos cambios había introducido su predecesor e impuso con ferocidad el regreso de las costumbres romanas a la vida religiosa de Inglaterra. Por voluntad de ella murieron en la hoguera muchos centenares de condenados; pero a despecho de su matrimonio con Felipe II de España, no llegó a tener descendencia, por lo que nada pudo hacer esta reina implacable y cada vez más desquiciada por evitar que tras su muerte prematura pasase la corona a la testa de su hermana Isabel.

Solimán El Magnífico

(1494-1566)

*Yo, que soy sultán de sultanes,
soberano de soberanos, sombra de
Dios en la Tierra, sultán y
emperador del mar Blanco [o
Mediterráneo] y el Negro...Carta a
Carlos V, emperador del Sacro
Imperio Romano (1547)*

El imperio otomano, que se extendía desde Oriente Medio hasta el norte de África, los Balcanes y la Europa central, alcanzó su auge más glorioso durante el reinado de Solimán, quien amplió sus confines, extirpó la corrupción, revisó las leyes, gobernó con

tolerancia, protegió las artes y escribió obras poéticas de gran calidad. Su legado fue un imperio vasto, bien administrado y floreciente en lo cultural, que aún no había dejado de prosperar un siglo después de su muerte.

Cuando llegó al poder en calidad de sultán otomano o *pādišāh* («emperador») en 1520, a la edad de veintiséis años, como heredero de su padre, Selim el Severo, recibió de él un imperio con centro en Turquía que había sido fortalecido por la conquista de Siria, Palestina y Egipto, así como por la de las dos ciudades más sagradas del islam: Medina y La Meca. Él se veía como un emperador universal, sucesor de los emperadores romanos y también un segundo Salomón —quien, de hecho, era tocayo suyo— resuelto a extender sus dominios en todas direcciones.

Su primer objetivo era Belgrado. Durante el verano de 1521 arrebató dicha ciudad serbia al rey de Hungría, con lo que asestó un golpe durísimo a la cristiandad y dejó el paso expedito a una futura expansión hacia Europa. Llegado el año de 1526, se había rendido ante él casi toda la nación húngara, y aunque fueron necesarios quince años más para que se efectuara la partición formal del reino, aquello le brindó un trampolín desde el que atacar Viena. El punto culminante de su avance en el centro del continente se dio en 1529 cuando trató sin éxito de hacerse con esta última ciudad. Su fracaso contribuyó a asentar los límites de la hegemonía otomana durante el siglo XVI. La batalla que determinó este resultado fue la más notable de cuantas contribuyeron a salvar a la Europa cristiana de los invasores del exterior, y entre las que figuran

también la de los Campos Cataláunicos, que se saldó con la derrota de los hunos de Atila en 451; la victoria obtenida por los francos sobre los moros en Tours en 732, o la repulsión de los magiares por parte de los germanos en Lechfeld, en 955.

Al derrotar a Luis II de Hungría en la de Mohács, en 1526, Solimán dio origen a una disputa por la corona húngara entre el archiduque de Austria, Fernando I, y el noble transilvano Juan Zápolya, respaldado por el soberano turco. Fernando se hallaba desposado con la hermana y heredera de Luis II, y también formaba parte de la poderosa dinastía de los Habsburgo, encabezada por el emperador del Sacro Imperio Romano, Carlos V, rey de Austria, Alemania, los Países Bajos y España. En consecuencia, la batalla por Hungría fue el enfrentamiento de dos imperios.

En la primavera de 1529, Solimán reunió una hueste de 120.000 soldados y atravesó Bulgaria con ella, y si bien el mal tiempo supuso la pérdida de numerosos camellos e hizo que se atascase el pesado cañón, se las ingenió para vérselas con Zápolya y recuperar varias fortalezas húngaras, incluida la importante ciudad de Buda, antes de dirigirse a Viena.

El archiduque se sabía perdido sin el respaldo de Carlos V, y, en consecuencia, dejó la plaza vienesa en manos del conde septuagenario Nicolás de Salm y huyó a Bohemia. El conde, veterano de gran experiencia, afirmó las defensas de que disponía en torno a la catedral de San Esteban y aguardó. Al llegar a la ciudad, las tropas de Solimán las bombardearon a fin de hacer que se rindieran; pero los refuerzos de tierra mantuvieron su solidez.

Los otomanos mudaron entonces de táctica y se ocuparon en cavar trincheras y galerías subterráneas con que debilitar las murallas de Viena. Al fracasar también esta acción, optaron por recurrir a un último intento. Pese a su superioridad numérica, los sitiadores otomanos se vieron repelidos por las picas de los defensores austríacos. Abandonada toda esperanza, pues, mataron a sus prisioneros y levantaron el asedio el 14 de octubre para emprender su camino de regreso hostigados por fuertes nevadas y diversas escaramuzas.

Solimán había perdido su oportunidad de avanzar hasta el corazón de Europa. Carlos V reforzó Viena con ochenta mil soldados, y el sultán hubo de contentarse con consolidar sus posesiones húngaras. Entre tanto, en el mundo mahometano, puso la mira en las fronteras occidentales del imperio persa. El sah quiso evitar una batalla campal, y Solimán, en consecuencia, entró en Bagdad en 1535. La toma de la ciudad, junto con la Baja Mesopotamia y buena parte del territorio que se extendía en las márgenes del Tigris y el Éufrates, hizo que, en el momento de firmar un tratado con aquel en 1554, fuese ya la fuerza dominante indiscutible del Próximo Oriente.

El empuje final de la expansión otomana en tiempos de Solimán supuso la toma de Tripolitania (parte de la Libia de nuestros días), Túnez y Argelia, una colosal adquisición territorial que otorgó a los otomanos un breve período de predominio naval en el Mediterráneo occidental. El sultán se vio así convertido en una pieza fundamental

de los enfrentamientos entre Francisco I de Francia y Carlos V, emperador Habsburgo y rey de España.

Aun así, la de la expansión territorial no era sino una de las ambiciones de Solimán. De hecho, en el mundo musulmán, sus reformas legales le valieron el título de «el Legislador». En particular, se centró en el *qānūn* sultánico, el sistema encargado de regir cuanto se halla fuera de la *šarī'a* islámica.

Amén de como reformador energético, Solimán alcanzó una gran fama en cuanto gobernante recto e imparcial. Ascendía a sus subordinados conforme a sus capacidades, y no a sus riquezas personales, su familia o su popularidad. Promovía la tolerancia para con judíos y cristianos. Acogió con los brazos abiertos a los hebreos acaudalados, emprendedores y cultos a los que habían expulsado de España Fernando e Isabel. Entre tanto, no dejó de elevar a posiciones de relieve a los esclavos niños de los Balcanes convertidos del cristianismo al islam.

Solimán también fue un gran devoto de las artes. Amén de poeta de talento (muchos de sus aforismos han acabado por trocarse en proverbios turcos), fue promotor entusiasta de las sociedades artísticas en el seno del imperio. Creó para artistas y artesanos planes de formación que llevaban del grado de aprendiz al de oficial, con pagas trimestrales, y convirtió Estambul en sede de la excelencia en este ámbito. Entre las numerosas mezquitas y demás edificios de gran hermosura que encargó destaca el templo capitalino que lleva su nombre y en el que descansan sus restos. Durante su reinado se construyeron no pocos puentes por todo el

imperio, como el del Danubio, el de Buda o los grandes acueductos con que se resolvió el suministro de agua de la capital.

Asimismo, este segundo Salomón reconstruyó las murallas de Jerusalén, en las que creó puertas de renombre como la de Damasco o la de Jope, y embelleció la Cúpula de la Roca. Sin embargo, gobernó con una inescrutabilidad brutal, y, como su padre, quien había matado a sus hermanos y a sus otros hijos, asistió al estrangulamiento de su propio hijo y heredero, Mustafá, y mandó ejecutar a Ibrāhīm Bāšā, visir y amigo suyo que tanto tiempo había servido a sus órdenes.

Con todo, a este personaje delgado, esbelto y lacónico, cultivador de su propia mística, no le resultó imposible amar. Su esclava favorita fue una muchacha rubia de origen ruteno a la que llamaban Roxelana y que se convirtió en su esposa principal. Él la llamó Jurrim Sultān, «flor del sultán». Cuando se hallaba guerreando, ella le escribía cartas de amor apasionadas que él correspondía con poesías no menos ardientes. Política astuta, se las compuso para que heredase la corona su hijo mayor, Selim II el Beodo.

En el momento de su muerte, acaecida a causa de una embolia durante la batalla de Szigetvár, en 1566, sus conquistas habían unido la mayor parte del mundo mahometano y sometido a un mismo señor las principales ciudades islámicas situadas al oeste de Persia: Medina, La Meca, Jerusalén, Damasco y Bagdad; y la Europa oriental, los Balcanes y el sur Mediterráneo se hallaban también dominados por los otomanos. No cabe duda de que

Solimán merece con creces el sobrenombre de «Magnífico» que se le ha asignado en Occidente.

Iván El Terrible

(1530-1584)

Cierras el reino de Rusia... como una fortaleza del infierno.

Príncipe Kurbski, carta a Iván IV

Iván IV de Rusia, conocido como «el Terrible», fue un monstruo trágico pero degenerado, un niño aterrorizado y lastimado que creció hasta convertirse en próspero constructor de un imperio y tirano avisado. A la postre, degeneró en un sádico demente y homicida que acabó con miles de vidas en un frenético reinado de terror durante el cual empaló y torturó personalmente a sus enemigos. Al matar a su propio hijo, aceleró el final de su propia dinastía.

Fue declarado gran príncipe de Moscovia con solo tres años de edad tras la muerte temprana de su padre, y cinco años más tarde falleció también su madre. Desaparecidos ambos progenitores, la labor de cuidar de él recayó en la familia boyarda de los Shuiski, cuyos integrantes ejercieron también de regentes durante la minoría de edad del príncipe. La de los boyardos constituía una clase aristocrática cerrada de unas doscientas familias, e Iván se quejaba de que lo intimidaban, lo desatendían y trataban de arrebatarse lo que por nacimiento le había sido otorgado. Su coronación se celebró

en enero de 1547, y los primeros años de su reinado estuvieron caracterizados por las reformas y la modernización. Los cambios introducidos en el código legal llevaron aparejada la creación de un consejo de nobles y una serie de transformaciones en los gobiernos locales. También se dieron pasos conducentes a abrir Rusia al comercio europeo. Iván supervisó la consolidación y expansión del territorio moscovita. En 1552 derrotó y anexionó el kanato de Kazán. Al asalto a la ciudad de la que había tomado el nombre siguió la matanza de más de cien mil de sus defensores. Tras esto se sucedieron los logros militares, que sometieron al dominio ruso territorios entre los que se incluían el kanato de Astracán y partes de Siberia. Iván erigió en la Plaza Roja la llamativa catedral de San Basilio a fin de celebrar la conquista de Kazán.

En 1553, después de superar una enfermedad que casi acaba con él, su personalidad sufrió una clara transformación, y desde entonces se volvió aún más imprevisible y propenso a accesos de ira. En 1560 murió su esposa, Anastasia Romanovna, de una dolencia desconocida, y todo apunta a que este hecho provocó en él una crisis nerviosa. Se convenció de que los boyardos habían conspirado al objeto de envenenarla, y lo cierto es que tal vez tenía razón. De ser así, la conjura había provocado la muerte de su amada. Tomó, pues, la determinación de castigarlos y acabar con su poder. La desertión de uno de sus grandes, el príncipe Kurbski, no hizo sino exacerbar su paranoia demente.

Tal cosa se tradujo, por un lado, en más reformas administrativas, destinadas a aumentar el poder de los funcionarios electos locales a

expensas de la nobleza. Aunque tales iniciativas parecían apuntar a una forma de gobierno más racional y competente, Iván desató al mismo tiempo una vengativa campaña de terror contra los confiados boyardos, quienes hubieron de sufrir una oleada de arrestos y ejecuciones. Para algunos de ellos ideó muertes particularmente horribles: el príncipe Borís Telupa agonizó durante quince horas atroces empalado en una estaca, en tanto que a su madre, al decir de cierto cronista, «la entregaron a un centenar de artilleros que la deshonoraron hasta matarla».

Y aún estaba por llegar lo peor. En 1565 delimitó un área de Rusia, que recibió el nombre de Opríchnina («apartada») y recaería bajo el gobierno directo del zar, y creó un cuerpo de *opríchniki* cuyos pelotones habrían de recorrer el territorio a fin de hacer cumplir la voluntad de Iván. Llevaban capas negras y una insignia que representaba una cabeza de perro cercenada y una escoba —pues tenían por cometido el de rastrear a los traidores y barrer a los enemigos de su señor—, y debían aplastar cualquier fuente de autoridad no oficial. Además, tenían órdenes de dispensar un trato en particular severo a los boyardos.

Iván se embarcó en toda una serie desenfrenada de aventuras sexuales con gentes de uno y otro sexo mientras destruía a sus enemigos imaginarios. A muchos de ellos los sometió a tormento y los mató personalmente, y sus atrocidades resultaban variadas hasta extremos pasmosos: arrancaba costillas, quemaba, empalaba, decapitaba, destripaba, emasculaba... El refinamiento sádico que hizo manifiesto en una sesión pública de torturas en 1570 superó

cuanto se había visto hasta entonces y buena parte de lo que se vería después.

En 1570, los agentes del zar perpetraron una carnicería frenética en la ciudad de Nóvgorod cuando Iván comenzó a sospechar que sus habitantes estaban a punto de traicionarlo frente a los polacos. En ella perdieron la vida unos mil quinientos nobles, muchos de ellos ahogados en el río Vóljov, y aunque se informó de un número similar de muertos entre el pueblo llano, lo cierto es que las víctimas debieron de ser muchas más. Al arzobispo de la ciudad lo cosieron al interior de una piel de oso antes de soltarle una jauría de perros.

A medida que iba haciendo mella en el pueblo de Rusia la dura represión interna de Iván, fue decayendo su suerte a pasos agigantados. Durante la década de 1570 los tártaros del kanato de Crimea devastaron grandes extensiones de territorio ruso con aparente impunidad, y hasta prendieron fuego a Moscú en una ocasión. Al mismo tiempo, los empeños del zar en ampliar su reino hacia occidente a través del Báltico no sirvieron sino para enzarzar a la nación en la guerra livonia contra la coalición formada por Dinamarca, Polonia, Suecia y Lituania. El conflicto se prolongó durante más de un cuarto de siglo y apenas brindó beneficio palpable alguno. Entre tanto, los *opríchniki* siguieron cometiendo actos salvajes de homicidio y destrucción después de haber reducido la región en que operaban, en otro tiempo la más rica de Rusia, a una de las áreas más pobres e inestables del país.

En 1581 Iván volvió contra su propia familia su rabia destructiva. Tras agredir a su nuera encinta, discutió con su hijo, tocayo y heredero suyo, y cegado por la ira, lo mató. Hubo que esperar a su propia muerte —posiblemente por envenenamiento— para ver salir a Rusia de su larga agonía. Su segundo hijo, Fiódor, resultó ser mucho menos apto que el primogénito. En consecuencia, en 1598 se hizo con el poder Borís Godunov, antiguo consejero de Iván que puso fin así a la línea dinástica de Iván.

Los *opríchniki* inspiraron a otro tirano posterior de la región, Yósif Stalin, y sirvieron de prototipo a su policía secreta, la NKVD. Su propio terror tomó como ejemplo el de Iván, a quien calificaba de *maestro* con frecuencia. « ¿Quién se acuerda ahora de los boyardos muertos por Iván el Terrible? — dijo en cierta ocasión—. Su error fue no matarlos a todos». En el fondo, la locura del zar era equiparable a su maldad. Tal como ha escrito su mejor biógrafa, Isabel de Madariaga: «Iván no era como Dios, pero quiso serlo. Su reinado fue una tragedia de proporciones shakespearianas. Su crueldad no estuvo encaminada a ningún fin... Fue un verdadero Lucifer: la estrella de la mañana que quiso ser Dios y fue expulsada por ello del reino de los Cielos».

Isabel I
(1533-1603)

Doy gracias a Dios por haberme otorgado cualidades tales que, en caso de verme fuera de mi reino

con solo unas enaguas, me harían capaz de subsistir en cualquier punto de la cristiandad.

Discurso pronunciado ante el Parlamento (5 de noviembre de 1566)

Isabel I, conocida también como Gloriana, fue la reina más grande de Inglaterra, que comenzó a emerger durante su reinado como nación moderna y potencia de ultramar. Mantuvo a raya las divisiones religiosas del país, propició un florecimiento sin precedentes de las artes e inspiró a su pueblo para que hiciera frente a la agresión de su enemigo más poderoso: la España católica. Fue en su tiempo cuando empezó a construirse el imperio: la Virginia del Nuevo Mundo recibió su nombre de aquella temible reina virgen.

Su infancia no fue fácil: su madre, Ana Bolena, había acabado sus días en el tajo del verdugo por orden de su padre, Enrique VIII, quien la declaró bastarda. El rey había dejado el trono a su único hijo varón, Eduardo VI, joven resuelto que impuso el protestantismo en Inglaterra durante su breve reinado. Tras morir este de forma prematura tomó el cetro María, hermanastra mayor de Isabel que restauró la fe católica y la autoridad papal derramando para ello no poca sangre. Aunque Isabel se aferró a sus creencias luteranas, se aseguró de hacer ostentación de las prácticas propias del culto

romano, y ante las investigaciones de los inquisidores de María, aprendió la valiosa lección política de guardar silencio.

Cuando sucedió a esta última en calidad de reina de Inglaterra en 1558, dio muestras de no poca sensatez en lo político al nombrar jefe de ministros a *sir* William Cecil, hombre competente en extremo que obtendría en el futuro el título de lord Burghley y que seguiría a su servicio hasta la fecha de su muerte, ocurrida en 1598. Uno de los primeros retos que hubo de encarar aquella reina joven, atractiva y por demás deseable en cuanto consorte fue, precisamente, con quién debía contraer nupcias. Y lo cierto es que, aunque a lo largo de su reinado contó con una serie de favoritos varones, entre quienes destaca Robert Dudley, conde de Leicester, jamás llegó a desposarse. Aseguró estar casada con su nación y ser incapaz de brindar su amor —ni, de hecho, su obediencia— a un solo hombre. Fueran cuales fueren sus sentimientos más íntimos, todo apunta a que era muy consciente de que si se unía en matrimonio a un príncipe extranjero, estaría haciendo incurrir a Inglaterra en amenaza de dominación foránea, en tanto que su casamiento con un noble inglés no haría sino sembrar la disensión entre las facciones de la corte y volver a sumir, quizás, a la nación en los conflictos intestinos del siglo anterior, período en que se libró la guerra de las Rosas.

Isabel desplegó una gran cautela respecto de los asuntos de religión. La iglesia de Inglaterra que creó, aunque protestante en teoría, conjugaba también elementos del catolicismo. Esperaba de su pueblo que se sometiera en lo externo y respetase su posición en

cuanto cabeza de la fe, sin sentir la menor preocupación por lo que pudiesen creer en su fuero interno. «No es mi intención —declaró— fisgar por la ventana de las almas de los hombres».

Semejante tolerancia no casaba con lo que de ella deseaba el Vaticano, cuyo papa Pío V, en consecuencia, la excomulgó en 1570 y se negó a reconocer su derecho a ocupar el trono de su nación. Para algunos católicos, la soberana legítima de Inglaterra era María, reina de los escoceses, prima de Isabel y adepta a Roma, que, tras ser destronada en Escocia, había ido a refugiarse en suelo inglés, en donde la habían puesto bajo arresto domiciliario, y en donde se había convertido en la clave de un buen número de conjuras católicas contra la vida de Isabel. Tras años de conspiraciones, y de no pocas advertencias por parte de sus consejeros referentes a la amenaza que suponía María, Isabel había acabado por cansarse y mandado juzgar y ajusticiar a aquella en 1587.

A esas alturas, las tensiones religiosas que plagaban la Europa occidental se estaban poniendo al rojo vivo: indignados por la ejecución de María y los asaltos de los corsarios ingleses a los buques y posesiones del Nuevo Mundo de los españoles —por no hablar del apoyo que estaba brindando Isabel a los rebeldes protestantes de las regiones de los Países Bajos sometidas a España—, Felipe II, paladín de la Europa católica, envió una armada formidable contra Inglaterra. Las 130 naves que la conformaban debían navegar de la península Ibérica a los Países Bajos españoles a fin de embarcar allí al ejército que acaudillaba el duque de Parma y poner rumbo a tierras inglesas.

Cuando se avistó la flota invasora en el canal de la Mancha en julio de 1588, saltó la alarma en toda Inglaterra. Las fuerzas navales de la nación, al mando de hombres como lord Howard de Effingham o *sir* Francis Drake, se puso en franquía, mientras en Tilbury la mismísima reina dirigió a sus soldados uno de los discursos más inspiradores de la historia de la nación:

Si me encuentro hoy entre vosotros, como todos veis, no es por esparcimiento o diversión, sino llevada de la resolución de vivir o morir con todos vosotros en el acaloramiento de la batalla; de poner al servicio de mi Dios, de mi reino y de mi pueblo mi honor y mi sangre aun cuando hayan de acabar ambos bajo el polvo. Sé que mi cuerpo es el de una mujer endeble y quebradiza, pero tengo el corazón y los redaños de un soberano, y aún digo más: los de un soberano de Inglaterra. ¡Y no dudo en hacer mofa del duque de Parma, del rey de España o de cualquier príncipe de Europa que ose invadir los confines de mi reino!

Las embarcaciones inglesas y los meteoros dispersaron la armada invasora, para escarnio eterno de España y gloria de Isabel.

Esta destacada política —y experta en latín— gobernó personalmente con una inteligencia, una astucia, una moderación y una tolerancia dignas de asombro hasta su muerte, acaecida cuarenta y cinco años después de acceder al trono, y mantuvo un dominio absoluto sobre todo hasta que se lo impidió la senilidad, período en que consintió demasiado a un jovenzuelo vanidoso por nombre Robert, conde de Essex, ajusticiado por traición. Nadie, a

excepción de Winston Churchill, encarna como ella el atrevimiento desafiante y patriótico de los ingleses.

Akbar

(1542-1605)

Igual que hay en la vasta extensión de la compasión divina cabida para todas las clases y para los seguidores de todos los credos, así hubo en sus dominios lugar para los profesores de religiones contrarias, para creencias correctas y erradas, y quedó cerrado el camino a la disputa. Suníes y chiíes se reunieron en una misma mezquita, y francos y judíos, en una sola iglesia, y todos observaron sus propios ritos de adoración.

Ûahāngīr, sucesor de Akbar

El nieto de Bābur heredó un trono por demás inestable cuando su padre, Humāyūn, hombre de buen corazón y gran ineptitud, murió tras caer de una escalera estando en su biblioteca. Si bien la familia había perdido buena parte de los territorios indios conquistados por aquel, el nuevo emperador, que aún no era más que un niño, tuvo

la suerte de que su ministro y general turcomano lograra recobrar Delhi y Agra en la batalla de Panipat.

Cuando comenzó a gobernar por derecho propio en 1560, se reveló casi de inmediato como emperador, soldado y visionario de grandes dotes, y original hasta el extremo. A lo largo de su dilatado reinado siguió conquistando una provincia tras otra, hasta dejar un imperio que incluía, si no todo, buena parte de lo que es hoy la India, el Pakistán, Bangladesh, y Afganistán, desde Cachemira hasta Ahmedabad y de Kabul a Daca.

Al hallarse al mando de un reino conformado por una gran diversidad de credos, naciones y lenguas, supo adaptar con gran tino el islam a fin de crear una fe para todos, para lo cual consultó con musulmanes, cristianos, judíos, parsis e hindúes. El resultado tomaba elementos de todas sus creencias y se erigía en torno a la autoridad de Akbar («el grande»), reputado de infalible por los juristas mahometanos. Su credo se centraba en la siguiente fórmula: «No hay más que un Dios y Akbar es su califa».

Otorgó cargos de relieve a hombres con talento de todas las regiones, abolió la esclavitud, abolió el tributo islámico con que se gravaba a los infieles, prohibió el matrimonio prematuro y permitió que las viudas hindúes se negaran a practicar la *satī* —el suicidio ritual en la pira funeral de su difunto esposo— y volvieran a contraer nupcias.

Esta postura excéntrica, tolerante y ecléctica fue posible por los éxitos políticos y militares de su adoptante. Akbar, contemporáneo de la reina Isabel de Inglaterra y el sultán otomano Solimán el

Magnífico, fue quizás el más grande gobernante que haya conocido nunca la India. Su prestigio ayudó a estabilizar durante los dos siglos y medio siguientes el imperio mogol, de cuya gloria dan cumplido testimonio la tumba de su padre y el monumental Taj Mahal que construyó Šāh Īhān, descendiente suyo.

Por desgracia, sus sucesores no profesaron su admirable tolerancia, y tal circunstancia ha tenido hasta nuestros días consecuencias funestas para las relaciones entre las diversas etnias de la India. Su dinastía acabó no tanto con un rugido como con un gemido con la deposición del trágico último mogol por parte de los británicos en 1857.

Tokugawa Ieyasu

(1543-1616)

El estudio de la literatura y la práctica de las artes militares deben acometerse de forma coordinada.

Tokugawa Ieyasu, Normas de las casas militares (1615)

La paciencia y la tenacidad de Tokugawa Ieyasu, el más notable de los shogunes del Japón, dispuso los pilares sobre los que se asentaron los dos siglos y medio de gobierno estable de los que fue responsable su dinastía. Convirtió a su familia, un clan guerrero sin celebridad alguna, en dirigente indiscutible de la nación y puso fin a

décadas de anarquía y guerra civil. Tan competente en la labor administrativa como en la militar, supo propiciar con su aptitud para el gobierno y el comercio un largo período en el que el Japón pudo prosperar en paz.

Asegura la leyenda que en cierta ocasión le preguntaron qué haría con un pájaro enjaulado que no cantara, y el general respondió: «Esperar hasta que lo haga». Esta historia da cuenta de su extraordinaria paciencia, que desarrolló sin duda cuando, siendo niño, pasó no pocos años de rehén de diversos clanes vecinos muy poderosos. Estos lo cuidaron bien, lo adiestraron en el arte de la guerra y el gobierno y alentaron su amor por la cetrería, aunque lo despojaron de toda facultad de acción, y así, no le fue dado hacer otra cosa que escuchar impotente las noticias del asesinato de su padre y la desintegración de la fortuna familiar.

Al morir en combate el jefe del clan que lo tenía cautivo, no dejó pasar la ocasión de volver a su hogar. Sacando partido con gran destreza al precario equilibrio político del Japón, restauró el orden en el seno de su familia y persuadió a sus antiguos captores a liberar a su esposa y sus hijos. A continuación, consolidó su autoridad en los modestos dominios de su familia, y puso con ello de manifiesto la competencia administrativa y legislativa que le permitiría más tarde hacerse con la dirección de todo el Japón.

La red de su dominio se fue ampliando hacia el exterior. Su astucia a la hora de gobernar, lo disciplinado de sus mesnadas y su capacidad para identificar el punto débil de otros lo convirtieron en uno de los daimios (o señores feudales) más influyentes de la

nación. Sin embargo, jamás quiso ir más allá de sus propias posibilidades. Reparando, tras algunas escaramuzas de escasa consideración, en que aún no era lo bastante fuerte para triunfar en solitario, juró lealtad al caudillo dominante del Japón, Toyotomi Hideyoshi. Asimismo, evitó enzarzarse en las desastrosas expediciones militares a Corea que ataron de pies y manos a tantos de los daimios rivales.

Sus tierras se tornaron en las más prósperas de la nación. Ieyasu animó a los artesanos, los hombres de negocios y los comerciantes a acudir a Edo, el pueblo pesquero del que había hecho su sede. Este floreció hasta transformarse en la concurrida ciudad portuaria que cambiaría, en el futuro, su nombre por el de Tokio. El hecho de estar siempre dispuesto a aguardar el momento propicio le garantizó una zona de influencia inexpugnable. Finalmente, en 1600, durante la batalla de Sekigahara, se impuso a sus rivales en calidad de señor indiscutible del Japón. Tres años más tarde, la corte imperial lo nombró shogun, título que poseen desde el siglo XII los gobernantes guerreros sobre los que recae el verdadero poder en el seno de la nación, siendo así que los emperadores apenas cumplen una función ceremonial.

Ieyasu satisfizo las aspiraciones de su familia al shogunato con la misma diligencia con que había afianzado su autoridad sobre su territorio. Solo llevaba dos años ejerciendo de shogun cuando transfirió a su hijo el título, que se hizo con ello hereditario durante 250 años. Se aseguró de que ninguno de los daimios pudiese adquirir un poder semejante al suyo obligándolos a pasar largos

períodos en la corte y minando así su capacidad para atraerse la voluntad política de sus vecinos. Cuando les permitía regresar a sus dominios, hacía que sus familias permaneciesen en Edo y las empleaba como rehenes en la práctica.

Aquel hombre bajito y robusto confió siempre en su juicio inconformista a la hora de administrar su nación, y así, nombró diplomático a un cetrero y director de minas a un actor. El entusiasmo con que abordó el comercio con los europeos llenó a reventar de arroz y oro sus graneros y sus arcas. Will Adams, constructor naval de Kent al que había hecho naufragar un tifón en las costas niponas, se convirtió en uno de sus más preciados asesores mercantiles.

Ieyasu no permitió que nada amenazase la unidad y la estabilidad que acababa de lograr el Japón, y, por ello, en 1614 abolió el cristianismo y encarceló a todos los misioneros foráneos. Había tolerado durante mucho tiempo dicho credo, y lo cierto es que no emprendió matanza religiosa alguna como las que practicaron sus descendientes: lo movía solamente la intención de evitar divisiones sectarias entre sus paisanos. Un rosario de leyes nuevas le permitió dominar de manera rigurosa cada uno de los estratos de la sociedad, restringiendo la libertad de movimientos de su pueblo, pero garantizando al mismo tiempo una estabilidad desconocida en la nación desde hacía un siglo. En 1615 cometió su acción más despiadada cuando destruyó a los Toyotomi, los últimos rivales en la lucha por el shogunato, al objeto de garantizar la preeminencia de su familia. Entre los muertos se hallaba un nieto suyo por consorte.

El shogun fallecería un año más tarde de las heridas recibidas en la batalla durante la que eliminó la amenaza de los Toyotomi.

Galileo

(1564-1642)

Pero no creo que sea necesario creer que el mismo Dios que nos ha dotado de sentidos, de discurso y de intelecto haya querido postergar su uso y ofrecernos por cualquier otro medio el conocimiento que con ellos podemos obtener.

*Carta a la gran duquesa Cristina
(1615)*

Galileo Galilei ayudó a transformar nuestra forma de observar el mundo, y también el universo que se extiende más allá de él. Físico, matemático y astrónomo, hizo descubrimientos fundamentales en lo referente a la naturaleza del movimiento de los cuerpos celestes. Reparó en la importancia que revestía la experimentación y sostuvo que no había mejor modo de conocer el mundo físico que a través de las matemáticas. Su insistencia en la necesidad de analizar el universo a través de la razón y la demostración lo llevaron a entrar en conflicto con la iglesia, si bien sus descubrimientos sobrevivieron con creces a la Inquisición que con tanto ahínco trató de acallarlos.

El padre de Galileo era músico, y es muy probable que él colaborase de joven en sus experimentos relativos a la tensión y el tono de las cuerdas. Recibió su educación académica formal en la Universidad de Pisa, en donde se matriculó en 1581 para estudiar, en un principio, medicina. Sin embargo, pese a la desaprobación paterna, dedicó la mayor parte de su tiempo a las matemáticas, y, al final, dejó el centro en 1585 sin obtener título alguno.

Siguió estudiando dicha disciplina los cuatro años siguientes, obteniendo sus ingresos de la enseñanza particular hasta que, en 1589, se le concedió una cátedra universitaria. Fue entonces cuando, supuestamente, demostró su teoría sobre la velocidad de los cuerpos en caída arrojando objetos de distinto peso de la Torre Inclinada de Pisa.

Lo poco ortodoxo de sus opiniones le ganaron la reprobación de las autoridades académicas, y, en 1592, de hecho, se vio obligado a trasladarse a la Universidad de Padua, en la que enseñó hasta 1610. Atenazado por las necesidades financieras de su familia tras la muerte de su padre, buscó ingresos complementarios mediante la venta de compases de fabricación propia y más clases particulares.

En 1609 oyó hablar de un extraño instrumento de invención neerlandesa capaz de aproximar la visión de objetos lejanos. Se trataba del telescopio, y él no dudó en ponerse a construir uno propio. Un año más tarde estaba investigando el firmamento con uno que le proporcionaba una veintena de aumentos. Aquel momento fue decisivo en su trayectoria.

Su telescopio le permitió descubrir las cuatro lunas de Júpiter que se conocen con su nombre y dedujo por sus fases que giraban en torno a dicho planeta. Su demostración ponía en evidencia el modelo universal ptolemaico, aprobado por la iglesia, según el cual todos los cuerpos celestes giraban en torno a la Tierra. También observó estrellas que eran invisibles a simple vista, y corrió a publicar sus hallazgos en un breve tratado dedicado a uno de sus alumnos ilustres, Cosme II de Medici, gran duque de Florencia, quien lo recompensó organizando su regreso triunfal a Toscana.

La mayor libertad financiera que le brindó este hecho le permitió proseguir sus investigaciones a un ritmo más firme. Estudió los anillos de Saturno, y descubrió que Venus, como la Luna, tenía sus propias fases, lo que era indicio de que se movía alrededor del Sol. Sus conclusiones lo llevaron a adherirse a la teoría que había propuesto un siglo antes Nicolás Copérnico: que era el Sol, y no la Tierra, lo que se hallaba en el centro del universo.

Coquetear con el heliocentrismo copernicano resultaba peligroso, y en torno a 1613 le atrajo la atención de los inquisidores. Viajó a Roma a fin de defender el modelo de Copérnico, pero lo hicieron callar, y en 1616 se le ordenó de forma explícita que no volviese a propagar semejantes ideas.

Llegado el año de 1632, incapaz de seguir guardando silencio al respecto, publicó su *Diálogo sobre los dos máximos sistemas del mundo*, en los que reúne todas las líneas de pensamiento principales acerca de la naturaleza del universo y las debate por boca de diversos personajes ficticios.

Cuando, al año siguiente, lo llevaron a Roma para que se explicase ante la Inquisición, alega que se le ha concedido el permiso eclesiástico necesario para abordar el copernicanismo de manera hipotética. Por desgracia, sin embargo, no lo había obtenido para ridiculizar la adhesión del papa a antiguos argumentos, cosa que había hecho sin empacho alguno. El Santo Tribunal lo condenó a cadena perpetua.

Por suerte para él, su encarcelamiento se redujo, en la práctica, a un exilio forzoso en las colinas de Toscana, en donde pudo retomar su obra con mayor discreción. Pese a estar quedándose ciego, siguió estudiando: se concentró en la naturaleza y la resistencia de los materiales, y logró sacar de Italia el manuscrito de otro libro, que se editaría en los Países Bajos en 1638. Murió cuatro años más tarde, a la edad de setenta y siete años.

Shakespeare

(1564-1616)

¡No fue de una época, sino para todas!

Ben Jonson, «To the memory of my beloved, the author, Mr William Shakespeare» (1623)

Generalmente, y de forma casi universal —y no solo en el mundo anglófono—, se tiene a William Shakespeare por el escritor más grande que haya vivido nunca. Fue poeta, dramaturgo y narrador

sin par, y su comprensión de las emociones humanas y de las complejidades y ambivalencias de la condición de nuestra especie carecen de parangón en la literatura.

Sabido es que poco se sabe de su vida. Nació en Stratford-upon-Avon en 1564, hijo de John Shakespeare, burgués de irregular fortuna, y su esposa, Mary Arden. William asistió a la escuela local y contrajo matrimonio a los dieciocho años con Anne Hathaway, algunos mayor que él y ya encinta. En algún momento de la década siguiente se mudó a Londres. Lo más probable es que trabajara de actor para ganarse la vida, aunque también comenzó a cobrar renombre por sus composiciones poéticas y teatrales. Llegado 1594 ejercía de dramaturgo oficial de la compañía conocida como Los Hombres de Lord Chamberlain, que cambiaría su nombre por el de Los Hombres del Rey tras la llegada al trono de Jacobo I.

Shakespeare pasó los veinte años siguientes escribiendo una obra deslumbrante tras otra —comedias, tragedias, piezas históricas...— que los espectadores acudían a ver en multitud al teatro de El Globo, sito en la margen meridional del Támesis. Su fortuna prosperó, y todo apunta a que tal circunstancia le permitió avalar la solicitud de un escudo de armas presentada por su padre y comprar New Place, una de las casas más grandes de Stratford. A su muerte, en 1616, recibió sepultura en el presbiterio de la parroquia de su ciudad natal. Y aquí se acaba casi todo lo que conocemos de su vida.

Sin embargo, sus obras nos dicen cuanto necesitamos saber de él, un hombre extraordinariamente compasivo con sus semejantes,

fueran cuales fueren su edad y el estrato social al que pertenecían; que comprendía como pocos sus defectos y debilidades, su bondad y su crueldad, sus amores y sus desamores, sus vanidades y sus ilusiones. El gozo y la desesperación, la rabia y la resignación, los celos y la codicia, el vigor y la fragilidad aparecen trazados con franqueza lacerante por su pluma, que abarca el peligroso encaprichamiento del amor en *Romeo y Julieta*, el carácter destructivo de la pasión de gentes de mediana edad en *Antonio y Cleopatra*, los desgarradores disparates de la senectud en *El rey Lear*... También somete a su impávida observación la naturaleza del poder: la pesada carga de la corona en *Enrique IV*, la naturaleza de la tiranía en *Ricardo III*, el abuso de confianza en *Medida por medida*... En el fondo, sus obras se preguntan: ¿qué es un hombre?; ¿qué lo hace un hombre?; ¿qué hace a un rey?

Sus personajes presentan numerosas facetas: son complejos y ambiguos. Hamlet, enfrentado al asesinato descarado de su padre, se ve acosado por los escrúpulos morales y la indecisión en lo tocante a la conveniencia de tomar o no venganza. Macbeth y *lady Macbeth* se sirven de la violencia para ocupar el trono y, a continuación, se encuentran anegados en un baño de sangre y atormentados por la culpa y la locura. Los festivos personajes de *Noche de Reyes* se proponen gastar una broma a Malvolio, mayordomo pretencioso y puritano, durante una de sus francachelas; pero la chanza acaba por trocarse en crueldad. En *La tempestad*, que fue quizá la última de sus composiciones teatrales, Próspero, tras servirse de sus facultades mágicas para someter a

quienes lo han ofendido, decide que «más mérito hay / en la virtud que en la venganza». A renglón seguido, en lo que a menudo se tiene por un elemento autobiográfico introducido por Shakespeare, el hechicero abandona sus brujerías: «a donde no alcanzan escandallos / quiero arrojar mi libro». Toda esta riqueza de experiencia humana la envuelve Shakespeare en un lenguaje de una fuerza y una precisión pasmosas, ora en pasajes excelsos de gran intensidad poética, ora a través de diálogos tan rápidos como ingeniosos o de la prosa llana de los ciudadanos de a pie que abarrotaban el patio de los teatros londinenses. La riqueza de su vocabulario resulta prodigiosa, y sus imágenes proceden de un abanico amplísimo de ámbitos y actividades, desde la flora y la fauna hasta la guerra y la heráldica, y de la astrología y la astronomía al arte de navegar y la horticultura. Los juegos de palabras y los dobles sentidos abundan en sus versos, de los cuales es raro el que no posee varios planos de significado. Con todo, no contento con el ingente léxico que tenía a su disposición, introdujo un buen número de términos nuevos en la lengua inglesa, desde *medítate* y *tranquil* hasta *alligator* y *apostrophe*. Asimismo, nos ofrece una gran cantidad de frases que han entrado a formar parte de nuestro acervo cotidiano: así, lo citamos cuando decimos que algo huele a podrido en Dinamarca o que hemos visto días mejores, por nombrar solo dos.

Su dominio de las artes dramáticas no tiene igual. Muchos de sus argumentos no eran originales, sino que procedían, por ejemplo, de las fábulas de Boccaccio, de relatos populares, de las *Vidas* de

Plutarco o de las crónicas sobre los Tudor; pero lo importante es lo que hizo de ellos: no solo confirió a las figuras planas que las poblaban un carácter totalmente redondo, sino que supo crear en torno a ellos tensión, sensación de perdición inminente, y acto seguido intensificarlas intercalando una escena cómica incongruente en apariencia —como ocurre, por ejemplo, en *Macbeth*—. También fue un gran maestro de los golpes de efecto, tal como demuestra en *Mucho ruido y pocas nueces* cuando el mundo despreocupado y ligero de la obra se desvanece de pronto ante el ruego repentino que dirige Beatriz a Benedicto: «Matad a Claudio». En consecuencia, ninguna de sus tragedias son por entero trágicas, ni hacen reír sin descanso sus comedias. Al final de *Noche de Reyes*, por ejemplo, pese a que todos los amantes quedan felizmente emparejados, se escucha una canción melancólica del bufón que nos devuelve al mundo cotidiano en el que «llover, llueve a diario». Toques tan sencillos y patéticos como este son propios de Shakespeare y, con su complejidad, lo distinguen como hombre de ingenio.

No obstante, son muchos los que han sostenido que es impensable que un hombre de provincias sin distinción que jamás fue a la universidad pudiese haber compuesto algunas de las obras de teatro más excelsas de que tenga noticia la humanidad. Pese a existir indicios de lo contrario, no falta quien haya asegurado que bien el de William Shakespeare fue un pseudónimo inventado, bien hubo alguien que se sirvió, sin más, de su identidad.

El instigador de esta tendencia fue un maestro de escuela estadounidense que afirmaba descender del abogado, estadista y filósofo *sir* Francis Bacon. La teoría baconiana insiste en que fue este quien escribió las obras al alimón con un grupo de autores refinados como Edmund Spencer o *sir* Walter Raleigh, a quienes no les era dado revelar su identidad por lo controvertido de cuanto en ellas se decía y hubieron de conformarse, por ende, con ocultar ciertas claves en los textos.

Otro de los candidatos es Christopher Marlowe, dramaturgo enérgico y brillante, hijo de un zapatero que se formó en Cambridge, gustaba de jugar a los espías y era sospechoso de ateísmo y homosexualidad. Los enemigos de las explicaciones oficiales insisten en que no murió en una reyerta tabernaria en 1593, tal como se supone por lo común, sino que se ocultó para eludir a las autoridades y siguió escribiendo teatro con el pseudónimo de «William Shakespeare».

Entre los aspirantes se cuenta también el conde de Derby, a quien su condición de aristócrata impedía mezclarse con el mundo del teatro en calidad de profesional. Poseía una compañía de actores, y entre sus papeles se han hallado algunos poemas firmados por *W. S.* Su casamiento pudo ser la primera ocasión en que se representó *El sueño de una noche de verano*.

Por último, en algunos círculos, el favorito es el conde de Oxford, poeta, dramaturgo —aunque de su producción escénica no ha llegado nada hasta nuestros días— y mecenas de una compañía teatral, que dejó de escribir poesía muy poco antes de que

apareciera, en 1593, la primera obra impresa de Shakespeare: el poema dramático *Venus y Adonis* —si bien por aquel entonces ya se habían puesto en escena varias de sus composiciones—. Esta teoría, sin embargo, presenta una dificultad: el conde murió en 1604, cuando aún quedaba al menos una docena de piezas del genio por ver la luz. En 2011, Hollywood llegó a producir una película sobre el «verdadero» Shakespeare, titulada *Anonymous*, que no obtuvo demasiado éxito.

Pese a todos estos ocurrentes argumentos, todo apunta a que sus contemporáneos no albergaban la menor duda de que fue él el autor de sus obras. En 1623, sus antiguos compañeros reunieron su obra en la edición conocida como First Folio, con la intención de «mantener viva la memoria de un amigo y una persona tan encomiable como fue nuestro Shakespeare». La crítica textual moderna respalda la teoría de que todas las poesías y piezas teatrales en ella contenida pertenecen a un solo autor cuyo nombre era William Shakespeare.

Abbás El Grande

(1571-1629)

Siempre he preferido el polvo de la suela del calzado del más humilde de los cristianos a la personalidad más elevada de los otomanos.

Abbás fue el sah de Irán más próspero del período que se extiende entre los grandes reyes del mundo antiguo y la era moderna. Extendió el reino hacia oriente y occidente, y —lo que es más importante a la hora de entender el Irán de nuestros días— fue él quien, triunfante, consolidó el chiismo duodecimano, tan peculiar hoy. Él y su familia se ofrecieron en calidad de representantes del Imán Oculto electos por la divinidad, y volvieron a convertir Irán en una gran potencia por vez primera desde las conquistas árabes. Todo esto resulta fundamental para comprender la situación de la nación en el siglo XXI.

No fue él quien llevó a Irán dicha variante del chiismo: él descendía de un linaje de jeques chiíes a los que seguía una agrupación de fanáticos turcomanos tribales conocidos como *qizilbāš* («cabezas rojas») por el color de sus gorros, doblados doce veces como símbolo de los doce imanes del chiismo. Según su creencia, tras la muerte de Mahoma, Dios encomendó la labor de guiar a la humanidad a una estirpe de sus descendientes que comenzaba con Alí y proseguía con su hijo Husein. Dicha progenie llegó a su fin con la muerte, en 874, del undécimo imán de manos de los suníes. Su hijo, el duodécimo, desapareció después de que lo ocultara Dios, y aparecerá como el Mahdū («elegido») destinado a «traer justicia al mundo».

Entre tanto, hasta la llegada del duodécimo imán, gobernarían otros intermediarios —es decir, la dinastía safávida de Abbás— tocados por esta divinidad. Ismā'īl, el bisabuelo de Abbás, había llegado al poder en 1501, cuando tomó para sí el título de sah, convirtió en

religión oficial esta forma de chiismo y amenazó con su Irán renovado a los sultanes otomanos, adeptos a la fe suní, hasta que lo derrotó Selim el Severo en 1514. Tras su muerte, la nación se sumió en la confusión y puso en duda tanto su continuidad como la de su chiismo. Los otomanos volvieron a dominar el Cáucaso y reconquistaron Iraq.

Abbás era nieto del viejo y solitario sah Tahmsāb. Su padre, aun siendo el primogénito de este, tenía vedado el acceso al trono por causa de su ceguera. Abbás creció en un reino del que se había enseñoreado la agitación una vez desvanecida su gloria, dominado por poderosos generales *qizilbāš* que desplegaron una arrogancia muy poco prudente ante el joven príncipe. Tuvo suerte de sobrevivir al reinado tan breve como homicida de su tío, el demente Ismā'īlā II, quien, de hecho, ordenó su ejecución y fue hallado muerto antes de que esta pudiese llevarse a efecto. Su madre fue muerta por rebeldes tribales, y a su padre lo colocaron en el trono pese a su discapacidad. Sin embargo, el reino sufrió la plaga del poder excesivo que habían adquirido los caudillos *qizilbāš*, las invasiones otomanas y uzbekas, el imperialismo portugués y los conflictos intestinos de la familia.

Abbás era el hijo del medio del sah, aunque adquirió la dignidad de heredero tras el asesinato de su hermano mayor. El gobernante ciego abdicó en 1588 y cedió la corona a Abbás. Este, que contaba diecisiete años, quedó en un primer momento bajo supervisión de Muršid Qulī Jān, potentado de los *qizilbāš* al que debía el trono.

Tras sufrir no pocas humillaciones, Abbás lo mandó asesinar y se dispuso a reinar por derecho propio.

No tardó en hacer patente su valía: reformó el ejército, lo que le permitió derrotar a las tribus *qizilbāš* y menguar su poderío, y a continuación reconquistó Jurāsān, que había caído en manos de los uzbekos, antes de acometer a los otomanos y vencerlos en el Cáucaso. En 1605 aplastó de forma decisiva a su ejército en Sufiyán, cerca de Tabriz, y avanzó a continuación hacia Azerbaiyán y Georgia.

A fin de socavar el poder de los otomanos, entabló relaciones con diversas naciones europeas, en particular con Inglaterra, a cuya Compañía de las Indias Orientales concedió privilegios, y de la cual se sirvió también para respaldar su campaña destinada a reducir la influencia portuguesa en el golfo Pérsico. Su obra maestra en el plano de lo artístico fue la creación de una espléndida capital nueva en Isfahán, en donde pueden verse aún muchas de sus hermosas creaciones, sobre todo la Plaza Real y la Real Mezquita. Abbás, en cuya persona se aunaban el esteta y el amante de la violencia, fue excepcional en cuanto político y adalid militar, un personaje interesante de gran inteligencia, curioso y excelente conversador con un marcado sentido del humor y no poco gusto por lo teatral. Nada de ello le impidió mostrarse implacable a la hora de imponer su autoridad regia y castigar la disensión, para lo cual desplegó una red de espías policiales que tenían por misión la de vigilar a sus enemigos. Paranoico e inmisericorde, hizo matar al príncipe Şafī, hijo y heredero suyo, y cegar a dos de sus hijos restantes. Sin

embargo, como cabía esperar, se arrepintió en lo más hondo del primero de estos actos, y lo consumieron el remordimiento y la melancolía.

La otomana era la potencia que dominaba Oriente Próximo, y jamás había aceptado el renacimiento abasí de Irán. En 1616 volvió a atacar a las huestes del sah, quien, sin embargo, los derrotó en 1618. Unos años después, recurrió a la ayuda de los ingleses para derrotar a los de Portugal y hacerse con su base insular de Ormuz. En 1622 recobró Kandahar —hoy en Afganistán— de manos de los emperadores mogoles de la India. Además, en 1624 supo sacar provecho de las intrigas que abundaban en la corte de Estambul para lograr, al fin, recuperar Bagdad e Iraq, arrebatados por los otomanos diez años antes. Al morir en 1629, este contemporáneo de Jacobo I de Inglaterra dejó un Irán vasto y poderoso que incluía Afganistán e Iraq, y se extendía desde el Cáucaso hasta los confines de la India y que tenía por religión estatal el chiismo duodecimano. La estabilidad y prosperidad iraníes se prolongaron durante un siglo hasta la caída de la dinastía, ocurrida en 1722; y todo ello fue obra de Abbás.

Wallenstein

(1583-1634)

*El duque de Fridlandia
[Wallenstein] ha indignado y
ofendido hasta la fecha en grado*

*sumo a los gobernantes de casi todos los territorios del imperio...
Anselmo Casimiro de Wambold,
elector de Maguncia (1629)*

Albrecht von Wallenstein fue un capitán mercenario de brutal ambición de poder y riquezas tan extraordinarias que llegó a secuestrar a emperadores, dominar haciendas colosales y obtener un ducado y un principado propios, amén de estar a punto de verse erigido en monarca. Sin embargo, no pudo evitar ir más allá de sus propias posibilidades: la historia de su auge y su caída fue una tragedia de codicia y megalomanía.

Wallenstein nació en el municipio bohemio de Herëmanice en el seno de una familia de aristócratas protestantes de segundo orden. Su trayectoria militar comenzó en 1604 cuando se unió a las fuerzas del emperador del Sacro Imperio Romano de los Habsburgo, Rodolfo II. Dos años más tarde se convirtió al catolicismo —la religión de su nuevo señor—, lo que dejó el paso expedito para su casamiento, en 1609, con una viuda morava en extremo acaudalada.

No dudó en emplear las riquezas y las tierras adquiridas a través de su matrimonio para promover su propia carrera al servicio de los Habsburgo. En 1617 acudió en ayuda del futuro emperador Fernando II, para quien reclutó un ejército destinado a batallar en la guerra que había emprendido contra Venecia. Cuando los nobles protestantes de Bohemia se sublevaron en 1618, al inicio de la

guerra de los Treinta Años, y confiscaron las haciendas de Wallenstein, este reunió una hueste a fin de combatir bajo el estandarte imperial. Este violento conflicto religioso empeñado entre el emperador católico y los príncipes protestantes de Alemania y la Europa central hizo estragos en la mayor parte del continente y supuso la muerte, en el campo de batalla o por inanición, de un número ingente de sus habitantes. Sin embargo, la tragedia también hizo prosperar a caudillos sin escrúpulos como Wallenstein. Este ganó no poca distinción por sus hazañas castrenses, y no solo reclamó sus tierras, sino que se apoderó de las de los nobles luteranos por él derrotados y las incorporó en una entidad nueva llamada Fridlandia, de la que se erigió en conde palatino y, en 1625, en duque.

Al estallar la guerra de Dinamarca en 1625, congregó un ejército de más de treinta mil almas a fin de asistir a la Liga Católica imperial contra la Unión Protestante septentrional. El ya emperador Fernando, agradecido, lo nombró enseguida comandante en jefe, y Wallenstein logró una serie de victorias brillantes que le valieron la concesión del principado de Sagan y el ducado de Mecklemburgo.

Todo apunta a que el poder y el éxito se le subieron a la cabeza, siendo así que, no contento ya con ser el adalid más digno de confianza del emperador, deseaba ser dueño de su propio destino, y a tal fin entabló negociaciones con sus enemigos, los puertos hanseáticos evangélicos del norte de Alemania. La escisión, cada vez mayor, entre Wallenstein —quien a esas alturas se hacía llamar almirante de los mares del Norte y Báltico— y el emperador quedó

confirmada por el edicto de Restitución que promulgó este último en 1629, y en virtud del cual habían de devolverse a sus antiguos propietarios todas las tierras católicas caídas en manos protestantes desde 1552. Tal disposición suponía una verdadera amenaza para alguien que tenía intención de crear su propio imperio personal haciendo tratos con los nobles protestantes de la Alemania septentrional, y Wallenstein, en consecuencia, optó por hacer caso omiso de ella. Ya había suscitado no pocos celos entre la aristocracia imperial, cuyos integrantes decidieron aprovechar la ocasión para presionar a su señor y lograr así su destitución, tal como ocurrió, en efecto, en 1630. Wallenstein se retiró a Fridlandia y tramó su venganza.

Junto con el rey Gustavo Adolfo de Suecia, uno de los principales enemigos protestantes de Fernando, maquinó una conjura destinada a poner a su merced todos los dominios de los Habsburgo. El emperador descubrió la traición, y, sin embargo, era tal la desesperación que le habían provocado los reveses militares sufridos, que no dudó en rogar a Wallenstein que volviera a ponerse a su servicio —por un precio elevado, como cabe suponer— al objeto de rechazar a los suecos y a sus aliados sajones. Él accedió, y en 1632 se enfrentó en Lützen a los primeros, quienes salieron victoriosos pese a la muerte de Gustavo Adolfo.

Revelada de este modo su falibilidad en el campo de batalla, Wallenstein cobró conciencia de lo vulnerable de su posición, y, resuelto a evitar una segunda destitución, se negó a disolver su hueste y, lo que es aún peor, a mover un dedo para evitar que los

suecos se hicieran con más triunfos en Alemania. Al mismo tiempo, intentó negociar con los enemigos del emperador: Sajonia, Suecia y Francia. Nada sacó, sin embargo, de este juego doble, y a finales de 1633 reanudó la ofensiva contra dichas potencias.

No obstante, habían llegado a oídos de la corte imperial de Viena noticias de este último acto de traición de Wallenstein, quien en ese momento decidió lanzar los dados por vez postrera. Así, en enero de 1634 se preparó para sublevarse abiertamente contra el emperador. Sin embargo, al ver que se esfumaba la lealtad de sus subordinados, trató de hacer un último trato: renunciar a cambio de un sustancial finiquito. Cuando aquel rechazó su oferta, huyó en dirección a los sajones y los suecos llevado, de nuevo, de la intención de unir fuerzas contra los Habsburgo. La empresa estaba condenada al fracaso, y en febrero de 1634 fue asesinado por soldados de su propia hueste.

Cromwell

(1599-1658)

Hombre dotado de una inteligencia grande, robusta, colosal, y un corazón inglés, honrado y firme.

Thomas Carlyle, descripción recogida en su Introducción a las cartas y discursos de Oliverio Cromwell (1845)

A Oliver Cromwell solo le hicieron falta veinte años para trocarse de oscuro caballero rural a lord protector de Inglaterra, Escocia e Irlanda. Su genio militar fue de vital importancia para la victoria del Parlamento sobre Carlos I durante las guerras civiles. La gestión política que hizo de dicha institución —en ocasiones mediante el engatusamiento— y el respeto que engendró en el ejército ayudaron a estabilizar su frágil nación tras la decapitación del monarca. En calidad de cabeza de estado de la nueva Commonwealth, impuso un puritanismo rígido, templado por la tolerancia hacia los judíos y la intransigencia para con los católicos, y puso en práctica una política exterior próspera y respetada. Echó abajo la corona, pero su ardiente adhesión a Dios y al pueblo inglés lo señalan, más que cualquier ambición personal, como el rey más grande que haya tenido jamás la nación.

Cromwell era por nacimiento un caballero rústico relativamente humilde de Huntingdon, ciudad del condado actual de Cambridgeshire. Tanto su familia como la de su esposa se hallaban conectadas a diversas redes de puritanos, y durante toda su vida se consagró de manera profunda y sincera a lo que a su ver era la voluntad de Dios.

Ejerció por vez primera de diputado en el Parlamento de 1628-1629, aunque su influencia fue limitada. Carlos I reinó los once años siguientes sin esta institución, y Cromwell no volvió a ocupar un escaño en ella hasta 1640. Cuando las tensiones entre el monarca y el llamado Parlamento Largo llevaron a la nación hacia una violenta crisis, su fama de puritano y militante de la oposición comenzó a

hacerlo destacar. Con todo, fue con el estallido de la guerra civil cuando demostró su verdadera valía, primero como adalid de un ejército de caballería durante la batalla de Edgehill (el 23 de octubre de 1642) y al año siguiente con la formación de su regimiento de Ironsides («flancos de hierro»), que se hizo con la victoria en la de Gainsborough (el 28 de julio de 1643). El modo como dirigió a la caballería en el triunfo obtenido por los parlamentarios en la contienda de Marston Moor (2 de julio de 1644) lo hizo célebre en toda la nación. Aún así, la fama no le interesaba: para él, el éxito militar no era sino una expresión de la voluntad divina respecto de la lucha por las libertades inglesas. A esas alturas, se había erigido en dirigente de la facción independiente del Parlamento y estaba resuelto a no llegar a acuerdo alguno con los realistas.

Él y el caudillo militar supremo del Parlamento, Thomas Fairfax, crearon una hueste disciplinada, el Nuevo Ejército Modelo, que a mediados de la década de 1640 inclinó la balanza de la guerra en favor del Parlamento. La victoriosa batalla de Naseby (14 de junio de 1645) determinó el resultado de la primera guerra civil.

Su centralismo político emergió entre 1646 y 1649, período en que se convirtió en intermediario entre el ejército, el Parlamento y Carlos I, cautivo a la sazón, en su empeño en restaurar los pilares constitucionales del gobierno. Sin embargo, tratar con aquel monarca Estuardo inflexible y poco fiable, quien en el fondo no estaba dispuesto a ceder un ápice en lo que él tenía por un poder de inspiración divina, resultaba agotador para Cromwell. Cuando en 1647 escapó durante un tiempo y procuró dar comienzo de nuevo a

la guerra con el apoyo de los presbíteros escoceses, Cromwell endureció su actitud, y, en 1648, tras derrotar a los realistas y a los rebeldes galeses y escoceses, respaldó el proceso al rey por traición, un juicio farsa que culminó, como cabía esperar, con la ejecución del acusado. La fría mañana del martes, 30 de enero de 1649, después de dar un último paseo por el parque de Saint James, Carlos I, vistiendo dos camisas por evitar tiritar y que pudiera atribuirse al miedo su temblor, subió al cadalso situado ante la Banqueting Hall del palacio de Whitehall, condenado a muerte por «tirano, traidor, homicida y enemigo público del bien de la nación». Impenitente y convencido de que su muerte iba a convertirlo en un mártir de la causa realista, el soberano se dirigió a la multitud para poner un final heroico a una vida desastrosa:

Considero mi deber para con Dios y mi pueblo dejar fuera de toda duda mi condición de persona honrada, buen rey y cristiano recto. Empezaré con mi inocencia.

Verdad es que no considero muy necesario insistir demasiado al respecto, dado que todo el mundo sabe que en ningún momento he dado comienzo a ninguna guerra con las dos cámaras del Parlamento... fueron ellas quienes me acometieron...

He perdonado a todos, y aun a las personas que han sido causa principal de mi muerte. Quiénes son, solo Dios lo sabe; yo no tengo el menor deseo de conocerlo. Que Él los perdone...

A continuación, tras inspeccionar el hacha, declaró:

Dejo una corona corruptible para tomar otra inmarcesible a la que no puede afectar perturbación alguna de este mundo.

Y con esto, después de dar al verdugo sus últimas instrucciones, se hincó de hinojos para que este separase la cabeza de su cuerpo de un solo tajo. Aquella noche, al parecer, Cromwell observó el cadáver real y murmuró: «Cruel necesidad».

Aquello lo convirtió en el hombre más poderoso de Inglaterra: jefe del ejército y presidente del Consejo de Estado que gobernaba la nueva Commonwealth; pero aún tenía por delante la labor de amansar a los escoceses y a los irlandeses favorables a los Estuardo.

Cromwell llegó a Irlanda con el temor de que Carlos, príncipe de Gales e hijo y heredero de Carlos I, tratase de acometer una invasión de Inglaterra desde Irlanda, cuya población católica simpatizaba con la causa realista, y resolvió conquistar la nación tan pronto le fuera posible. Lo alarmaban la idea de quedar sin fondos y la de tener que hacer frente en Inglaterra a más manifestaciones de inestabilidad política.

Uno de los primeros objetivos de su campaña fue el acantonamiento de Drogheda, al norte de Dublín. Al mando de la guarnición de poco más de tres mil soldados, entre realistas ingleses y católicos irlandeses, se hallaba *sir* Arthur Ashton, representante de los primeros. Cromwell le ordenó rendirse el 10 de septiembre de 1649 si no quería que la ciudad sufriese las consecuencias.

Tras algunas negociaciones, Ashton rechazó las condiciones que se le ofrecían, y el otro, a la cabeza de un ejército de doce mil hombres e impaciente por obtener una victoria rápida, emprendió su ataque el 11 de septiembre. Dirigiéndose a sus soldados, les prohibió «dejar con vida a una sola de las gentes armadas de la plaza». Cuando sus hombres irrumpieron en Drogheda, pasaron a cuchillo a cuantos la defendían, sin perdonar siquiera a quienes se rindieron de inmediato. También pusieron fin a la vida de cientos de paisanos. Persiguieron de forma sistemática a los sacerdotes católicos, y quienes habían buscado refugio en la iglesia de San Pedro murieron quemados cuando los sitiadores incendiaron el edificio. «Dudo mucho que haya escapado con vida más de una treintena», señaló Cromwell al hablar de las tropas realistas. Los que corrieron tal suerte fueron vendidos como esclavos en Barbados. Cierta estimación sitúa el número total de muertos en 3500, de los cuales 2800 pertenecían al ejército, y el resto, al clero y el paisanaje.

Aunque las investigaciones modernas ponen de relieve que se ha exagerado aquella carnicería, no cabe la menor duda de que constituyó un crimen de guerra. Cromwell tendría que rendir cuentas al Parlamento inglés en el futuro. «Estoy convencido — aseveró— de haber hecho caer el juicio justo de Dios sobre esos bárbaros miserables, que con tanta sangre inocente han manchado sus manos, y de que tal cosa evitará futuras matanzas. Ambos son motivos satisfactorios para llevar a cabo acciones así, que de otro modo solo pueden provocar remordimiento y pesar».

Entre 1650 y 1651 Cromwell llevó a sus ejércitos a la victoria frente a los escoceses de Dunbar y ante el intento anglo-escocés de recuperar el trono que hizo el príncipe Carlos en Worcester en 1651. Este último consiguió escapar a Francia gracias a un disfraz y un roble muy oportuno; pero los nueve años que pasó en el exilio otorgaron a Cromwell facultades propias de un soberano. En 1653 optó por asumir el título tradicional de lord protector en lugar de tratar de coronarse como Oliverio I.

La década de 1650 fue notable por su diversidad de opiniones religiosas y políticas, durante la cual recayó sobre Cromwell la labor de refrenar las fuerzas que amenazaban con fragmentar la nación. Aunque para sus detractores, de entonces y de ahora, no fue más que un dictador militar, un antiguo defensor de los derechos parlamentarios que disolvió sin mayor preocupación el Parlamento cuando le resultó conveniente, lo cierto es que se vio obligado a ejercer de puente entre las opiniones radicales, casi socialistas, que se daban en las filas del ejército y las tradiciones por demás arraigadas del común de los ingleses del siglo XVII, realista y conservador en el fondo.

Todo podía haberse malogrado de un modo estrepitoso, y a Cromwell se debe el que produjera logros de consideración. Garantizó representación política a Escocia e Irlanda. En las guerras entabladas con neerlandeses y españoles, la armada, al mando del almirante Blake, logró victorias memorables. Cromwell entró en negociaciones para conseguir que se permitiera el regreso de los judíos a Inglaterra, lo que constituyó una decisión histórica. Y

en todo momento se consagró a la búsqueda de justicia social para los pobres.

En 1657, el Parlamento le ofreció la corona y le dio así la oportunidad de hacer volver a la nación a un género de gobierno que todos podían entender y dar principio a una dinastía. Él declinó tal propuesta, si bien a su muerte, ocurrida en 1658, le sucedió su hijo Richard en calidad de lord protector. El vacío de poder que se dio en tiempos de este último puso de relieve en qué grado dependía la Inglaterra cromwelliana del talento, la energía y la personalidad de aquel.

El gobierno de Richard no duró mucho: Dick «el Destartalado» carecía de la perspicacia de su padre. El general Monck, uno de los comandantes de Cromwell, avanzó al sur con un ejército y dirigió la restauración de Carlos II, acto que le valió el ducado de Albermarle como recompensa. Tal fue el final del experimento republicano, que situó a Oliver Cromwell en la historia como hombre de conciencia, liderazgo intrépido, pericia militar, compasión y severidad.

Capítulo IV

Período 1618 d.C. - 1808 d.C.

Contenido:

Aurangzīb (1618-1707)

Pepys (1633-1703)

Luis XIV (1638-1715)

Newton (1641-1727)

Marlborough (1650-1722)

Pedro el Grande (1672-1725)

Nādir Šāh (1688-1747)

Voltaire (1697-1778)

Samuel Johnson ((1709-1784))

Federico el Grande (1712-1786)

Casanova (1725-1798)

El capitán Cook (1728-1779)

Catalina la Grande (1729-1796)

Potemkin (1739-1791)

Washington (1732-1799)

Jefferson (1743-1826)

Toussaint Louverture (c. 1743-1803)

Talleyrand (1754-1838)

Mozart (1756-1791)

Robespierre (1758-1794)

Nelson (1758-1805)

Wellington (1769-1852)

Napoleón I (1769-1821)

Beethoven (1770-1827)

Jane Austen (1775-1817)

Shaka (1787-1828)

Lord Byron (1788-1824)

Balzac (1799-1850)

Pushkin (1799-1837)

Dumas padre e hijo (1802-1870 y 1824-1895)

Disraeli (1804-1881)

Garibaldi (1807-1882)

Napoleón III (1808-1873)

Aurangzīb

(1618-1707)

*He cometido pecados terribles, y
no sé qué castigos me aguardan.*

*Supuesta confesión en el lecho de
muerte*

Aurangzīb, conocido como 'Ālamgīr («conquistador del mundo»), fue el último de los grandes emperadores mogoles de la India. Extendió su imperio y reinó durante poco menos de medio siglo, aunque la crueldad que desplegó para con su padre fue vergonzosa aun teniendo en cuenta lo que era común en las rivalidades dinásticas de aquellos tiempos, y su represión intolerante y su imposición de la ortodoxia mahometana socavaron la admirable tradición de respeto que habían seguido sus predecesores Bābur y Akbar. Su proceder

enajenó a los millones de súbditos que profesaban la religión hindú, debilitó su imperio y dio origen a la podredumbre que desembocaría en la conquista británica.

Aurangzīb, tercer hijo del sah Ŷahān y Mumātz Maḥal, nacido por tanto en la dinastía que descendía del conquistador mongol Tamerlán, se reveló desde edad temprana como un musulmán devoto. De joven demostró ser muy capaz en cuanto administrador y soldado al servicio de su padre, aunque no pudo menos de ofenderse cuando este lo excluyó de la línea sucesoria al nombrar heredero a su hijo favorito, el primogénito Dārā Šikūh. Tal cosa provocó la ruptura entre el padre y el hijo, así como una rivalidad creciente entre este y su hermano.

El enfrentamiento fraterno se hizo más acerbo aún en 1657, cuando cayó enfermo Ŷahān. Su segundo hijo, Šāh Šuŷā', y el cuarto, Murād Bajš, reclamaron asimismo el trono imperial. Aun así, el verdadero enfrentamiento se dio entre Aurangzīb y el heredero forzoso. Aquel no dudó en aliarse con Murād contra Dārā Šikūh, a quien venció en 1658. Tras la huida del derrotado, puso a su padre bajo arresto domiciliario, y a continuación cometió un acto pasmoso de traición al ejecutar a Murād tras atacarlo y dominarlo. A un mismo tiempo, trató de sobornar a Šāh Šuŷā' ofreciéndole un cargo de gobernador, y no hubo que esperar mucho para que se volviera también contra este hermano. Dada su falta de preparación, no le resultó fácil aplastarlo y mandarlo después al exilio, en donde desapareció un poco después —se da por hecho que asesinado a manos de los agentes de Aurangzīb—. Después de vencer una vez

más a Dārā Šikūh, hizo llevar al único hermano que le quedaba con vida a Delhi metido en grillos. En 1659, en medio de las celebraciones de su propia coronación, lo ejecutó en público y envió la cabeza a su afligido padre en un acto de crueldad filial sin apenas parangón en la historia.

Tras deshacerse de sus hermanos sin piedad alguna, Aurangzīb se dispuso a extender sus dominios mediante el poderío militar, campaña que culminó tres décadas más tarde tras vencer a los gobernantes de Bijapur y Golconda y lograr con ello el imperio mogol más vasto de que se tenga noticia. Sin embargo, los problemas que acabarían por debilitarlo de forma irremediable comenzaron a presentarse tan pronto se hizo con el trono. La vida de la corte se hizo de inmediato mucho más austera, en consonancia con la interpretación más rígida y puritana del islam que guiaba al nuevo emperador. Se prohibió la música, y se proscribieron las obras de arte —como retratos y estatuas— que pudiesen considerarse idólatras. Mayores consecuencias tuvo la restauración de la *ġizya*, el impuesto con que se gravaba a los infieles y que sus predecesores no habían hecho respetar. Además, se disuadió al pueblo de practicar cualquier fe distinta de la musulmana, y se destruyó un buen número de templos hindúes.

Apenas cabe sorprenderse de la violenta resistencia a que dieron pie semejantes medidas. En 1672 estalló una revuelta pastún que no logró reprimir sino con dificultad. Tres años después, Aurangzīb provocó una colosal rebelión de los sijes después de hacer ajusticiar a su dirigente, el gurú Teg Bahadur, por negarse a abrazar el islam.

Con él murieron sus tres ayudantes más allegados: uno, serrado por la mitad; otro, quemado vivo, y el tercero, inmerso en agua hirviendo. Como ocurrió con la de los pastunes, este alzamiento también se consiguió contener al cabo.

A continuación, sin embargo, se insubordinaron los maratas, casta guerrera hindú de la meseta del Decán. Durante todo su reinado, a Aurangzīb lo obsesionó la idea de conquistar esta región de la India, cualesquiera que pudiesen ser los costes —financieros o humanos— o los impedimentos prácticos —como la escasa disposición de los pueblos hindúes de allí a dejarse subyugar—. A finales de la década de 1660 se dio un período en que todo apuntaba a que las fuerzas mogolas habían logrado dominar buena parte de la meseta, y a que, de hecho, cabía la posibilidad de firmar un tratado de paz con el caudillo marata Chatrapati Shivaji. No obstante, Aurangzīb acabó por traicionarlo, y esto dio lugar a una insurrección que se tradujo en la expulsión de los ejércitos mogoles del Decán a principios de la década siguiente. Tras la muerte de Shivaji, ocurrida en 1680, su hijo y sucesor, Chatrapati Sambhaji, siguió ejerciendo una resistencia activa ante Aurangzīb. A esas alturas, Akbar, el hijo del emperador, abandonó la corte mogola para luchar contra su padre del lado de los maratas.

En 1689, cayó preso al fin Sambhaji, quien fue torturado y ejecutado en público. Este hecho, sin embargo, lejos de llevar paz a la región, exacerbó la oposición aún más. A la muerte del emperador, en 1707, el imperio mogol se hallaba convulso por disturbios internos. Sus finanzas se hallaban en la ruina, y su

pueblo, extenuado e inquieto. La imposición de una visión intransigente del islam destruyó el genio tolerante de sus heroicos antepasados.

Pepys

(1633-1703)

De todos era conocida la grandeza de su vida, y sin embargo él ansiaba transmitir también su pequeñez.

Robert Louis Stevenson, Estudios familiares de hombres y libros (1882)

Samuel Pepys fue el autor de uno de los diarios más vívidos jamás escritos. Ocupó un cargo de relieve en el Almirantazgo inglés, y durante punto menos de una década dio cuenta de su vida y su mundo, ofreciendo detalles absorbentes y una percepción extraordinaria de lo que significaba estar vivo en el Londres del siglo XVII. Él mismo se nos presenta como un hombre de gran curiosidad, a un tiempo libre de prejuicios y escéptico, sensible por igual a lo que tiene de cómico y de patético la condición humana. Se deleita tanto con el lujo como con lo más humilde, y da muestra de una honradez incansable al retratarse como hombre de necesidades y deseos por demás humanos, acosado, no obstante, por escrúpulos morales y remordimientos.

Sus memorias resultan aún más notables si se tiene en cuenta que nadie supo nada de su existencia en vida de su autor. Para el mundo en general, Samuel Pepys, secretario del Almirantazgo, diputado del Parlamento y presidente de la Real Sociedad de Ciencias, fue un funcionario naval que había alcanzado una gran prosperidad pese a sus modestos inicios en calidad de hijo de sastre. Cuando murió, en 1703, sus contemporáneos entendieron que su gran legado fue la monumental biblioteca que dejó a su *alma mater*, el Magdalene College de Cambridge. Tampoco fue escasa la admiración que le granjearon toda una vida dedicada a la filantropía hacia instituciones docentes como la Christ's Hospital School o los logros obtenidos en cuanto administrador naval, promotor incansable de la meritocracia y la eficiencia. Lo máspreciado que heredamos de él no se descubrió sino un siglo después de su defunción, cuando las autoridades del Magdalene emplearon a un estudiante universitario empobrecido a fin de descifrar la taquigrafía en apariencia impenetrable de los diarios.

La descripción que presentan estos de los desastres que sobrevinieron a Inglaterra en la década de 1660 se cuentan entre los recursos históricos más ricos de que se dispone. Pepys nos habla de la vida cotidiana durante la gran peste de 1665 y 1666, y, desde el punto de vista que le concedía su pertenencia al Almirantazgo, brinda una exposición privilegiada de la segunda guerra anglo-neerlandesa de 1667. La narración que, casi al minuto, hace del gran incendio de Londres de 1666 constituye uno de los escritos periodísticos más destacados que se hayan conocido. Aunque debió

en gran medida su ascenso en el seno del Almirantazgo al favor real, jamás se deja deslumbrar por la corte a la hora de coger la pluma, y así, se muestra en ocasiones tan exasperado con el soberano como con sus propios criados, y más de una vez desahoga la frustración que le produce la aparente incapacidad de Carlos II para tomar en serio las responsabilidades que comporta la corona.

En tanto que la mayor parte de los autores de diarios de su tiempo se ocuparon de forma exclusiva de la esfera espiritual o política, Pepys centra su interés de manera abrumadora en asuntos más mundanos. Sus memorias ilustran la fascinación que sentía por el comportamiento del ser humano: su codicia, sus rivalidades, sus ambiciones, sus celos y su atracción por el escándalo. Confiere alma a las personas que retrata, en tal grado, que bien podrían vivir entre nosotros hoy.

Lo que hace que descuelle respecto del cazador medio de rumores es su habilidad para volver también hacia sí mismo su mirada de resuelta sinceridad. Jamás trata de ofrecer una imagen halagüeña de sí mismo, ni tampoco de ocultar sus defectos, y, sin embargo, sus memorias no constituyen ningún ejercicio de mortificación ni humildad piadosa, sino más bien una inmersión cautivadora en la condición humana, de la que él no es sino el espécimen del que posee un mayor conocimiento. Recoge su propia conducta con una curiosidad casi científica, incluidos detalles vergonzosos y aun humillantes que cualquier otro autor no dudaría en eliminar, como, por ejemplo, la ocasión en la que su esposa, Elisabeth, lo descubre con la mano metida en la falda de la señora de compañía de ella, o

la combinación de dolor y alivio culpable que lo embarga a la muerte de cierto hermano inconformista. Sus páginas se acaloran no solo con vislumbres de la deliciosa ropa interior de las últimas amantes de Carlos II, sino también con los relatos de las aventuras sexuales del propio Pepys. La descripción que ofrece de su tempestuosa relación que mantuvo con su mujer, con quien se desposó por amor, sigue siendo una de las más francas del nudo gordiano del matrimonio que haya conocido la literatura. Sus páginas hablan de violentas discusiones, riñas lacrimosas, burlas e insultos, y también de reconciliaciones, de las largas charlas compartidas en el lecho conyugal y de la solidaridad que se profesaban mutuamente en la enfermedad. Pepys no omite nada: ni los regalos con que obsequia a Elisabeth a fin de mitigar su sentimiento de culpa después de un episodio más de galanteo, ni tampoco los pormenores de sus relaciones sexuales, un tanto problemáticas a causa del dolor que acusaba ella «en los labios de su cosita».

Tras algo menos de dos lustros, temeroso de la pérdida de agudeza visual que sufría, abandonó la escritura de su diario, lo que supuso para él, según sus palabras, «una sensación casi idéntica a la de verme a mí mismo descender a mi sepultura». Aunque su vista se recobró, nunca llegó a elaborar otro diario igual, ni a escribir nada tan brillante como sus memorias. Pasó el resto de su vida como una persona respetable que, no obstante sus dudas personales, profesó una lealtad inquebrantable a sus señores de la realeza durante toda la revolución de 1688. Con todo, si bien es mucho lo que hay de

admirable en su vida pública, es su obra literaria privada e íntima, en la redacción de una pieza periodística tan cercana, original y sincera hasta lo hiriente, la que le ha valido la admiración de la posteridad.

Luis XIV
(1638-1715)

*El único rey de Francia merecedor
de tal título.*

Napoleón

Luis XIV fue el gobernante europeo más insigne de su tiempo, y constituye un dechado de magnificencia y absolutismo; pero su afán por dominar Europa con su visión de la monarquía francesa sumió al continente en guerras tan largas como sangrientas que costaron la vida a muchos de sus habitantes. Sigue siendo, pese a todo, el rey Sol, la definición misma de gloria real y tal vez, junto con Napoleón Bonaparte, el más grande de los monarcas franceses. Su reinado duró setenta y dos años.

Fue hijo de Luis XIII y de Ana de Austria, y su nacimiento fue tan tardío dentro de su matrimonio, que lo celebraron como un don milagroso —motivo por el que lo llamaron Louis-Dieudonné («regalo de Dios»)—. Su padre, quien había dirigido a su pueblo por mediación de su primer ministro, el dotado cardenal Richelieu, se había centrado en el fortalecimiento de la corona frente a los poderosísimos intereses de la vieja aristocracia feudal; pero murió

dejándolo a él en el trono y a su madre de regente. Richelieu también había fallecido, aunque el sucesor que se había elegido en calidad de primer consejero del soberano era una figura no menos fascinadora y capaz: Jules Mazarin, nacido Giulio Mazarino, diplomático y sacerdote italiano, y más tarde cardenal, cuyo genio político y copiosa fortuna impresionaron al rey niño tanto como su afición a coleccionar obras de arte y a buscar el placer, y alienaron en igual medida a la aristocracia.

El resultado de esto último fueron las sublevaciones de la Fronda, emprendidas supuestamente en favor de Luis XIV y contra Ana y el cardenal Mazarino. Las rebeliones provocaron en el pequeño una gran aversión al poder de la nobleza y confirmaron su fe en el derecho divino de la monarquía católica a la que, a su ver, personificaba. Mazarino, tutor suyo en cuanto a política se refería, se encargó de alimentar esta convicción. A su muerte, en 1661, Luis tomó las riendas del gobierno y demostró ser un político de formidable talento, amén de hombre de energía pasmosa —prolífica, de hecho— tanto en el Consejo de Estado como en los dormitorios, en el campo de batalla y en la caza.

Comedido, disciplinado, dotado de una atractiva arrogancia, misterioso, magistral y visionario, devoto y libertino, creó el nuevo palacio de Versalles y con él una compleja jerarquía áulica y un ritual no menos complicado destinados a apejar a los nobles de sus ambiciones feudales y sus centros de poder regionales y centrar sus intereses en la persona del monarca. El propio conjunto arquitectónico se concibió no solo para albergar al rey, a su corte y

a toda la aristocracia, sino también como representación misma de Luis: «Yo soy Versalles», afirmaba del mismo modo que aseveró: «El estado soy yo». Los nobles competían por recibir una mirada o una palabra suya. En cierta ocasión, al preguntar a uno de ellos para cuándo esperaba dar a luz su esposa, recibió de él la siguiente respuesta: «Para cuando desee Su Majestad».

Los veinte años siguientes constituyeron el apogeo de su reinado: domesticó a la nobleza, reformó la Administración, mejoró su ejército y convirtió Francia en la mayor potencia del continente. Contrajo matrimonio con María Teresa de Austria y Borbón, aunque de los seis hijos que engendraron, solo alcanzó uno la edad adulta. Sin embargo, Luis, hombre de piel atezada y labios carnosos y sensuales, también era un donjuán entusiasta que tuvo numerosas amantes, si bien solía haber una sola oficial (o *maîtresse en titre*), como la célebre *madame* de Montespan, quien gozó de un poder considerable. Tras la muerte de su reina, se desposó con discreción con la última de ellas, *madame* de Maintenon, niñera devota y muy capaz de sus hijos.

Entre tanto, la visión que albergaba de sí mismo en cuanto monarca católico supremo lo llevó a revocar el edicto de Nantes y aumentar la persecución del protestantismo en Francia. Dicha ambición lo empujó asimismo a estar en todo momento en guerra con otras naciones: los Países Bajos, el emperador de los Habsburgo, España o Suecia. El desembolso de nutridos sobornos al rey Carlos II de Inglaterra neutralizó a menudo el poder de esta última, aunque sus logros militares provocaron la creación de la Liga de Augsburgo en

su contra. Así y todo, la excelencia de sus adalides y sus ejércitos le brindó una victoria tras otra.

En 1700 murió el rey Carlos II de España, quien dejó su imperio a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV. De ser aceptada, semejante sucesión brindaría al rey Sol el dominio implícito de buena parte no solo de Europa, sino también de América. Aquello era excesivo para Luis, quien, tras décadas de triunfos y suntuosidad, se había vuelto añoso y prepotente, y debía de estar extenuado. Francia se hallaba, sin lugar a dudas, desbordada. Luis se enfrentaba a una elección muy difícil, pero al final aceptó la herencia, y su nieto, por ende, se erigió en rey de España. En 1702, Guillermo III de Inglaterra creó contra aquel otra Gran Alianza junto con los Países Bajos —su tierra natal—, el emperador de los Habsburgo y otros. Sus ambiciones y su absolutismo católico tuvieron un coste muy elevado para Francia. Mientras se hacía viejo el rey, morían sus herederos y se sumía su nación en la pobreza y el hambre, sus ejércitos sufrían una humillación tras otra de parte del duque de Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya, caudillos destacados, en el conflicto internacional conocido como guerra de Sucesión española. Luis vivió demasiado: vio a Francia derrotada y conoció la muerte de sus hijos y sus nietos. Su nación ya no era invencible. En 1715, tras cenar y componerse en público, dijo antes de morir al niño que habría de heredar el trono: «Me ha gustado demasiado la guerra». Tenía setenta y siete años, y Luis XV, sucesor y bisnieto suyo, cinco.

Newton

(1641-1727)

La naturaleza y sus leyes se hallaban sumidas en la noche. Dijo Dios: «Hágase Newton», y todo fue luz.

Alexander Pope, epitafio propuesto para Newton (1730)

Sir Isaac Newton es quizás el científico más grande de todos los tiempos. Junto con figuras de la talla de Copérnico, Kepler y Galileo, se cuenta entre los gigantes de la revolución científica. Su obra más célebre, *Principia mathematica*, transformó de forma fundamental el enfoque que empleaban los científicos para observar y explicar el mundo natural.

Aunque su legado principal fue la fusión de las matemáticas y las ciencias naturales, lo cierto es que este erudito contribuyó también de forma significativa a campos tan dispares como la filosofía, la astronomía, la teología, la historia, la alquimia y la economía. Sin él, nuestra comprensión del mundo habría sido diferente hasta extremos inimaginables.

Nació el día de Navidad de 1642, y parece ser que desde muy pequeño rehuyó con firmeza la compañía de otros. En toda su vida no entabló amistad de veras sino con contadas personas, si bien todo apunta a que su tendencia general a evitar al prójimo y contender con él constituía una peculiaridad de su genio, y le

permitía centrar su intelecto de forma exclusiva en los enigmas científicos del momento.

En sus tiempos de estudiante del Trinity College de Cambridge prestó poca atención al plan de estudios que se le propuso, y abandonó en gran medida el estudio de Aristóteles en favor de los científicos más brillantes de su propio tiempo. Se sintió fascinado por la obra de René Descartes, Robert Boyle y Thomas Hobbes, y, a medida que anotaba sus lecturas, comenzó a cuestionarse el mundo que lo rodeaba con un detalle cada vez mayor.

Tenía veintitrés años cuando comenzó a relucir de veras su estrella intelectual. A su ver, su *annus mirabilis* se produjo en el período de 1665 y 1666, durante el cual se concentró en diversos problemas matemáticos referentes a la órbita de la Luna y los planetas, y mientras tal hacía desarrolló el teorema del cálculo diferencial, poderoso instrumento matemático que reviste una importancia vital para la física y la ingeniería modernas. El nombre fue acuñado por el científico alemán Gottfried Leibniz, quien desarrolló de forma independiente la misma teoría. Newton, en realidad, lo llamó «ciencia de las fluxiones». Más tarde, los dos empeñarían una amarga porfía sobre a cuál correspondía el mérito de su descubrimiento. Sea como fuere, no cabe dudar de que, ya en la década de 1660, el joven Newton era un verdadero precursor matemático.

En 1666 abandonó Cambridge huyendo de la peste y comenzó a estudiar física natural. En su vejez aseguró haber reparado en que era la gravedad la que determinaba la órbita de la luna cuando,

sentado en su jardín, observó una manzana caer de un árbol. Apócrifa o no, la anécdota no tardó en formar parte de la leyenda newtoniana, y quizá no haya de ella una variante más célebre que la que presenta lord Byron en su *Don Juan*, en donde Newton se retrata como «el único mortal que desde tiempos de Adán ha tenido que hacer cara a una caída y una manzana».

De regreso a Cambridge, se le otorgó de inmediato la prestigiosa cátedra de matemáticas instaurada en honor de Henry Lucas, que le otorgó la libertad de investigar en el ámbito de su elección. Durante sus estudios mantuvo correspondencia con otros científicos de relieve, entre quienes se incluían Boyle, Robert Hooke y Edmond Halley. En la década de 1670 consagró no poco tiempo a la teología, empleando el formidable conocimiento que tenía de la Biblia y desarrollando teorías originales y radicales acerca de la Santísima Trinidad. También se sintió atraído por la alquimia —la ciencia de transmutar en oro metales comunes— y comenzó a reunir una biblioteca colosal sobre el particular. Sin embargo, fue la aparición del llamado Gran Cometa entre 1680 y 1681 lo que constituyó la base de su obra más cabal.

En 1684 empezó a trabajar en el proyecto que acabaría por plasmarse en su revolucionario *Principia mathematica*, que cambiaría tanto su vida como el rostro entero de la ciencia. En la médula de su contenido subyacen las tres leyes fundamentales newtonianas del movimiento:

- *todo objeto que se encuentre en estado de reposo o movimiento sobre una línea recta proseguirá en dicho estado si no actúa sobre él fuerza externa alguna;*
- *la aceleración de un cuerpo en movimiento es proporcional a la fuerza que actúa sobre ella y se manifiesta en la misma dirección que esta; y*
- *para cada acción existe una reacción igual y opuesta.*

A partir de estos principios relativamente sencillos, desarrolló un análisis pasmosamente completo del modo como opera el mundo natural. Con ellos ofreció explicación a todo, desde el comportamiento de los corpúsculos hasta las órbitas de los cometas, los planetas y la luna. Situó las matemáticas en el centro mismo de la exposición física del mundo, lugar que aún ocupan.

Aunque su agudeza lo situó en breve entre los científicos más eminentes de Europa, lo cierto es que no se sintió capaz de seguir trabajando en el entorno religioso estrictamente convencional de Cambridge. Su alivio no fue escaso cuando lo llamaron para ocupar un puesto de relieve en la Real Casa de la Moneda que le brindó de por vida una posición financiera desahogada. En 1703 obtuvo la presidencia de la Real Sociedad, la comunidad científica más prestigiosa de Londres, y en 1704 publicó *Óptica*, en donde aborda el comportamiento de la luz y las fuerzas que atraen y repelen a las partículas. Al año siguiente recibió el título de *sir* de manos de la reina Ana, quien lo convirtió así en el primer científico a quien se concedía semejante honor.

Entre todos sus logros, Newton pasó largos períodos de su vida posterior enzarzado en debates furibundos y riñas personales no menos exaltadas con otros científicos europeos. Aun así, pese a todas sus manías, no ha habido nadie que discrepe del epitafio que puede leerse en el monumento a él dedicado en la abadía de Westminster: «Alégrense los mortales de que haya existido un ornamento tal y tan grande para la especie humana».

Marlborough

(1641-1727)

Si fuese joven y agraciada como en otro tiempo, en lugar de la vieja marchita que soy hoy, y vos pudieseis poner a mis pies el imperio de todo el planeta, jamás os sería dado compartir el corazón y la mano que pertenecieron otrora a John, el duque de Marlborough.

Sarah, duquesa de Marlborough, según cita de W. S. Churchill en Marlborough: su vida y su tiempo (1938)

John Churchill, primer duque de Marlborough, fue el más brillante de cuantos británicos han dedicado su vida a un tiempo al ejército y al estado. Durante la guerra de Sucesión española obtuvo frente a

los franceses y sus aliados toda una sarta de victorias gloriosas que vedaron a Luis XIV y su absolutismo católico el dominio de Europa en los primeros años del siglo XVIII.

Churchill gozó desde lo más temprano de su existencia de la protección de Jacobo, el poco popular duque católico de York, quien se convertiría en el malhadado Jacobo II, y a quien acompañó cuando su hermano, Carlos II, lo exilió durante la década de 1670. En aquel tiempo, Jacobo se sirvió de él en la corte real en calidad de cabildero. Aquel joven apuesto, encantador e inteligente se vio seducido por Bárbara, duquesa de Castlemaine y voraz amante de Carlos II, por cuya ventana hubo de saltar en cierta ocasión ante la llegada del monarca. Ya comenzaba a apuntar como soldado de particular valía. En 1673 luchó a las órdenes del legendario mosquetero D'Artagnan y desplegó un arrojo portentoso que le valió el elogio personal de su futuro enemigo el rey francés Luis XIV.

En 1677 contrajo nupcias con Sarah Jennings, mujer de gran resolución que demostraría no poca astucia en el terreno político. Aunque la trayectoria militar de él los obligó a pasar largas temporadas separados, su matrimonio fue por demás próspero. Desde 1683 Sarah fue la amiga y consejera favorita de la princesa Ana, quien al ascender al trono se convertiría en un contacto de vital importancia para el favor y la fortuna futuros de Marlborough. Pese a haber ejercido de confidente de Jacobo II, su corazón se hallaba del lado de los protestantes. Cuando su protector ascendió al trono en 1685, Churchill obtuvo un puesto elevado en el ejército y entró a formar parte de la nobleza. Jacobo, sin embargo, resultó

desastroso en cuanto monarca, y la aristocracia luterana, indignada, se alzó en su contra a fin de respaldar al príncipe neerlandés Guillermo y a su esposa, María, hija evangélica del mismísimo soberano. El cambio de bando de Churchill, ya conde de Marlborough, contribuyó a la caída de Jacobo. En realidad, no le costó ofrecer su lealtad a Guillermo de Orange, quien reinó con María II tras la revolución Gloriosa de 1688. En 1690 desempeñó una función relevante en la campaña emprendida en Irlanda contra las fuerzas de Jacobo, y aunque durante buena parte de la década de 1690 se sospechó que podía tener tendencias jacobitas no declaradas —es decir, ser partidario del regreso del antiguo monarca—, Guillermo confiaba en él lo bastante para nombrarlo comandante en jefe de las fuerzas inglesas destinadas en los Países Bajos en 1701.

Con todo, fue en tiempos de la reina Ana, llegada al trono en 1702, cuando emprendió el vuelo su carrera. Recibió un ducado y el nombramiento de capitán general de las fuerzas armadas, lo que lo situó al frente de la primera campaña de la guerra de Sucesión española. Desde el principio fue por delante de los franceses en seso, avance y maniobra. Si durante el primer período de la empresa bélica logró situarlos en una posición por demás desventajosa, fue en 1704 cuando obtuvieron los ingleses sus más grandes victorias.

Merced a la compleja política dinástica que imperaba en Europa a principios del siglo XVIII, en el último año citado se vio a la cabeza de una coalición internacional, un ejército combinado de soldados de la Gran Bretaña, los Países Bajos, Hannover, Hesse, Dinamarca y

Prusia, a los que hubo de coordinar con su aliado austríaco, el príncipe Eugenio de Saboya, y los dirigentes susceptibles y de trato difícil de la República de los Países Bajos. Cerca del pueblo bávaro de Blindheim (el Blenheim de las fuentes inglesas), a orillas del Danubio, se enfrentó a una fuerza de combatientes de Francia y Baviera acaudillada por el duque de Tallard. Este mariscal francés tenía más hombres en el campo de batalla, amén de una posición natural más ventajosa, y, sin embargo, no tenía gran cosa que hacer contra Marlborough. Durante toda la batalla, librada el 13 de agosto de 1704, el ejército franco-bávaro se vio superado en táctica por el adalid inglés, que intervino personalmente en momentos cruciales de la batalla y se aseguró en todo momento de negar al enemigo el aprovechamiento de la menor ventaja. Tallard sufrió más de veinte mil bajas, entre muertos y heridos, y cayó preso del enemigo.

Aquella fue una victoria sonada para Marlborough. Acabada la batalla, se sirvió de la cuenta de cierta taberna para garrapatear a su esposa la siguiente nota: «No tengo tiempo más que para pedirte que presentes mis respetos a la reina y le comuniques que su ejército ha obtenido un triunfo glorioso». Su fama se extendió por toda Europa desde aquel instante. En el Reino Unido, a modo de gratificación por sus logros, se le concedieron los fondos necesarios para construir el magnífico palacio de Blenheim cerca de Woodstock (Oxfordshire). Su asociación con el primer ministro inglés, el conde de Godolphin, lo convirtió en un poder único en el ámbito de la política, la guerra y la corte.

A aquella siguieron otras victorias célebres: la de Ramillies, en 1706; la de Oudenarde, en 1708, y la de Malplaquet, en 1709. Todas fueron por demás cruentas, y todas hicieron aumentar su reputación. En todas las campañas de entre 1702 y 1710 se reveló como un estratega perspicaz y un adalid arrojado y seguro, capaz de hacer una sola fuerza de los ejércitos de los distintos estados que conformaban la Gran Alianza frente al enérgico expansionismo de Luis XIV.

Después de 1710, las intrigas reales y la política nacional comenzaron a socavar su prestigio. Él y su esposa cayeron en desgracia en la corte cuando Sarah se dejó llevar por su altivez y entró en conflicto con la reina Ana, con la que había compartido una amistad íntima. El resentimiento convirtió a la duquesa de Marlborough en la peor detractora de la reina, a quien acusó de lesbianismo y cuya reputación arruinó. El autor satírico Jonathan Swift lanzó al duque un dardo tras otro acusándolo de corrupción. El matrimonio, sin embargo, se sirvió de la precaución propia de quien tiene la corte por medio natural para alinearse con el elector de Hannover, quien, tras ascender en 1714 al trono como Jorge I, volvió a nombrar a Marlborough capitán general.

El poder de este, sin embargo, había empezado a esfumarse. En 1716 sufrió dos embolias, y con posterioridad pasó largas temporadas confinado en Blenheim. En 1722 acabó con su vida un tercer acceso. Recibió sepultura en la abadía de Westminster. Un siglo más tarde, el duque de Wellington declaró sobre él: «No puedo concebir nada más grande que el duque de Marlborough a la cabeza

de un ejército británico», y, desde entonces, los historiadores militares han coincidido, por lo común, en considerarlo el mejor general que haya dado nunca el Reino Unido.

Más de trescientos años después, su familia volvió a brindar un hombre de estado de relieve que dominó su época: Winston Churchill.

Pedro El Grande

(1672-1725)

He conquistado un imperio y no he sido capaz de conquistarme a mí mismo.

Pedro I de Rusia fue un verdadero gigante de dos metros de estatura y un gobernante enérgico que, ayudado por su impresionante sagacidad política, sus métodos despiadados y su excéntrica vitalidad, convirtió Rusia en una superpotencia europea, extendió su imperio inmensamente y fundó la ciudad de San Petersburgo. Describirlo, como se hace a menudo, como reformista partidario de Occidente es incurrir en el simplismo, pues si bien es cierto que introdujo no pocas reformas y abogaba por la tecnología occidental, en el fondo era un autócrata brutal que personificaba a la perfección la fusión de héroe y monstruo.

Se formó en una escuela muy severa: como otros practicantes del despotismo político como el zar Iván el Terrible o el rey Luis XIV, pasó los primeros años de su vida en un entorno peligroso e

incierto, ensombrecido por terribles golpes de estado e intrigas. Fue hijo del segundo zar de una dinastía nueva —la de los Románov—. A la muerte de Alejo, ocupó el trono durante unos años su hermano mayor, Teodoro, hombre débil y enfermizo cuyas funciones, en realidad, asumió un grupo de familias boyardas (es decir, nobles). Cuando falleció este, en 1682, le sucedieron de manera conjunta sus hermanos Iván V y Pedro I, si bien bajo la regencia de su madre, dado que el primero no era apto para llevar la corona y ambos eran demasiado jóvenes. La revuelta de la vieja guardia de la corte de Moscú, los *streltsí*, permitió a Sofía, la formidable hermana de los dos menores, hacerse con el poder y gobernar en su nombre.

Pedro se convirtió en una figura fuera de lo común, de altura asombrosa —aunque su cabeza fuese tal vez un tanto pequeña—, gran inteligencia y constitución incansable, si bien en ocasiones se vio aquejado de contracciones nerviosas y dolencias extrañas —es probable que fuera epiléptico—. Desde una edad temprana se sintió fascinado con cuanto tenía que ver con lo militar, lo naval y lo tecnológico, y llegó a crear su propio ejército infantil con regimientos conformados por sus amiguetes.

En 1689 apartó a su hermana para gobernar por derecho propio. Contrajo matrimonio y tuvo hijos. Una de sus primeras acciones consistió en atacar a los otomanos y a los tártaros de Crimea, situados al sur, con la esperanza de capturar Azov; pero la empresa no tuvo buen éxito, y, de hecho, hubo de esperar a 1696 para hacerse con la ciudad.

En 1697 emprendió la aventura de reconocimiento que recibió el nombre de Gran Embajada y en cuyo transcurso visitó Holanda e Inglaterra, entre otras muchas regiones, a fin de estudiar construcción naval. Fue un viaje extraño que tuvo cabida tanto para la investigación tecnológica y política como para la jarana y el alboroto vandálico.

Pedro había comenzado ya a dictar sus propias leyes: tal era su supremacía en calidad de zar de Rusia, que a menudo se vestía de marinero o soldado de a pie y hacía que sus allegados nombrasen zares fingidos a otros cortesanos para poder relajarse mientras sus secuaces se regalaban con salvajes bacanales en las que abundaban el alcohol y la depravación y de las que los menos enérgicos ni siquiera salían con vida.

Llevaba dieciocho meses por la Europa occidental cuando se rebelaron los poderosísimos *streltsí* del Kremlin y se vio obligado a regresar a la carrera a fin de organizar su destrucción y aprovechar la oportunidad que se le brindaba de crear su propio ejército. Dado que nunca le importó mancharse las manos de sangre, a muchos de ellos los torturó y ejecutó personalmente en medio de un desenfreno público de violencia. No obstante, también acometió las célebres reformas destinadas a actualizar Rusia y conferirle el poder necesario para que ocupase el lugar que le correspondía entre las grandes potencias europeas: se prohibió llevar barba, se adiestraron regimientos nuevos y se reorganizó el gobierno. Además, Pedro hizo incursiones hacia el norte, en dirección al Báltico, dominado por

Suecia, y hacia el sur, en donde los otomanos se habían enseñoreado del mar Negro, a fin de dotar de un puerto a la nación. La Gran Guerra del Norte, destinada a lograr una salida al Báltico y empeñada tanto en las regiones que circundaban dicho mar como en Ucrania y Polonia, fue un conflicto ciclópeo, destructivo y muy prolongado con el imperio sueco, y en particular con su brillante rey guerrero Carlos XII. La derrota inicial sufrida en Narva no disuadió al zar de seguir adelante y fundar San Petersburgo, convertida a la postre en capital rusa por causa de su fuerza de voluntad y su previsión. Las hostilidades duraron no pocos años, y desembocaron en la invasión de Rusia por parte de Carlos —proyecto que nada tiene que envidiar en escala, ambición y soberbia a la de Napoleón ni a la de Hitler—. En 1709, en uno de los combates más decisivos de la historia de Europa, Pedro derrotó a los suecos en el campo de batalla de Poltava. San Petersburgo quedó a salvo, pero la guerra se dilató una década más (Carlos XII, de hecho, no llegó a ver el final). En 1710, siempre impaciente y ambicioso en extremo, arremetió hacia el sur contra el imperio otomano; pero su campaña estuvo a punto de desembocar en una catástrofe cuando él y su hueste se vieron rodeados por el gran visir y sus fuerzas. Tuvo suerte de escapar de semejante brete.

Así y todo, sus ejércitos habían conquistado buena parte del litoral báltico, y tal circunstancia le permitió concentrarse en sus reformas y en su nueva capital. Sus aliados en semejantes empresas eran, a menudo, gentes a las que había elevado a lo más alto de la opulencia y la aristocracia, como es el caso de su amiguete

Alexander Ménshikov, a quien erigió en príncipe y mariscal de campo.

Su gran amor fue una de las antiguas amantes de este último, una joven livonia llamada Marta Skavrónskaia cuyo nombre cambió el zar por el de Catalina. Se convirtió en su aliada de confianza, en consuelo de sus pesares y en madre de varios de sus hijos, entre quienes se incluye la futura emperatriz Isabel. Mucho antes, se había divorciado de su primera esposa, Eudoxia, con la cual había engendrado a su heredero, el zarevich Alejo. El pequeño representaba los viejos intereses moscovitas que tanto odiaba su padre, y las tensiones existentes entre ambos propiciaron una ruptura política y personal. Aterrorizado, el príncipe se refugió en Viena con el emperador de los Habsburgo.

Pedro, furioso, humillado y amenazado, mandó buscarlo y lo convenció para que volviese con promesas de inmunidad. Entre tanto, en Rusia, empaló, torturó y ejecutó, personalmente en muchos de los casos, a todo aquel que había tenido algo que ver con su huida. A Alejo lo arrestaron no bien regresó, y fue su propio padre quien se encargó de someterlo a suplicio de muerte. Pedro no dejó nunca de ser un tirano peligroso y paranoico, y así, cuando el hermano de Anna Mons, antigua amante suya, estrechó demasiado la relación con su esposa Catalina, hizo que lo decapitaran y la obsequió con la cabeza conservada del muerto.

En 1721, logró al fin la paz con Suecia, y, con ella, más territorios en torno al Báltico. Fue declarado emperador de Rusia, lo que lo convierte en el primero de los monarcas de la nación que añadió

dicho título al honorífico de zar que les asignaba la tradición. Con todo, el asesinato de su propio hijo y el hecho de no nombrar un heredero varón constituyeron un legado incierto. En un primer momento le sucedió su emperatriz, mujer de origen campesino que gobernó con el nombre de Catalina I respaldada por el príncipe Ménshikov, amigo del difunto Pedro. Sin embargo, a su muerte fue el nieto de este, un chiquillo a quien manejaban los conservadores de Moscú, quien ascendió al trono con el nombre de Pedro II. La inestable sucesión desembocó en décadas de golpes de estado palatinos y de zarinas como su hija Isabel y, más tarde, la esposa de otro nieto suyo, Catalina la Grande.

El zar más excelso que quizás haya conocido Rusia, prototipo del gobernante despiadado y, aun así, revolucionario de aquella región, cuyas discordantes características servirían de inspiración a figuras tan diversas como las de Catalina la Grande, Stalin o Vladímir Putin, vio extinguirse su notable fuerza vital en 1725, cuando solo contaba cincuenta y dos años.

Nādir Šāh

(1688-1747)

Nādir de Isfahán invadió [el imperio mogol] con sus huestes, semejantes a las olas de la mar, y al punto pasó a cuchillo a todas las gentes de las provincias de Kabul, el Punyab y Delhi.

Muḥammad Muḥsin Ṣādiqī, La joya de Samsam (c. 1739)

Nādir Šāh de Irán creó un imperio y dominó por su propio esfuerzo su país natal, derrotó a los emperadores mogoles y los sultanes otomanos, conquistó extensos territorios, robó por su mano el Trono del Pavo Real y derrocó a la dinastía safávida para elevarse de huérfano esclavo y salteador a la condición de rey de reyes. Sin embargo, se sumió también en una brutalidad paranoica, un frenesí homicida y, al cabo, la demencia que desembocaría en su asesinato. Este segundo Alejandro fue el Napoleón, trágico y criminal, de Irán. Los comienzos de la vida de este integrante de una tribu turcomana son oscuros. Su padre murió siendo él joven, y a él y a su madre los raptó para convertirlos en esclavos una banda de saqueadores. Nādir, sin embargo, escapó poco después y entró a prestar servicio militar para un caudillo local, empleo que le brindó no poca distinción y en el que ascendió con rapidez. Aun así, con el tiempo, aquel hombre testarudo abandonó al jefe para dedicarse al bandidaje. A mediados de la década de 1720 tenía ya unos cinco mil secuaces.

Semejante desacato a la autoridad central no resulta sorprendente; al cabo, se vivían tiempos tumultuosos en Persia. Su tribu natal había guardado siempre fidelidad a los safávidas que habían gobernado la nación los doscientos años previos; pero a principios del siglo XVIII su imperio se hallaba al borde de la extinción. En 1719 se había visto amenazado por sus antiguos súbditos afganos,

quienes habían invadido el territorio persa propiamente dicho, y antes de tres años habían destronado al sah Şulţān Ḥusayn. En respuesta, Nādir se había sometido en un principio a los conquistadores afganos; pero más tarde optó por rebelarse y se alió con Tahmāsb, hijo de Şulţān Ḥusayn que estaba tratando de recuperar el trono de su padre. Las dotes militares de Nādir no tardaron en hacerse célebres, y, de hecho, en 1726 lo nombraron comandante supremo de las fuerzas de Tahmāsb.

Llegado 1729, Nādir había derrotado de forma decisiva a los afganos y recobrado la corona para Tahmāsb. Procedió entonces a atacar a los turcos otomanos y a reconquistar el territorio que habían arrebatado a Persia en Azerbaiyán y Mesopotamia; pero se vio obligado a desviar la atención a fin de sofocar un alzamiento nacional, y hallándose consagrado a tal cosa, Tahmāsb trató de ganar méritos militares emprendiendo un nuevo ataque al imperio otomano. La estrategia resultó desastrosa, y dio al traste con la mayor parte de los logros de Nādir. Este, rojo de ira ante tamaña incompetencia, lo destituyó para sustituirlo con su hijo, Abbās III; si bien, al ser menor, fue él quien asumió el poder verdadero en calidad de regente.

Aunque, llegado el año de 1735, había recuperado el territorio que le habían arrebatado los otomanos, semejantes victorias castrenses no tardaron en ser pocas para él. Así, en enero del año siguiente convocó una asamblea de las figuras políticas y religiosas más destacadas de Persia y «propuso» que se destronara al joven sah y se

pusiera en su lugar a su propia persona. Como cabía esperar, los próceres congregados le otorgaron su venia.

Nādir emprendió entonces la campaña de conquistas que le valió el epíteto de segundo Alejandro. En 1738 atacó Kandahar, el último reducto de los afganos. Tras arrasarla fundó una nueva, llamada Naderabad en su honor. Asimismo, envió a sus naves al otro lado del golfo Pérsico, en donde subyugó Baréin y Omán, y en 1739 dio comienzo a la campaña por la que adquiriría una fama más aciaga: el asalto al imperio mogol de la India.

Destrozó a los ejércitos mogoles más destacados en la batalla de Karnāl en febrero de 1739, enfrentamiento que dejó expedita la vía a Delhi, la capital mogola. Al llegar allí, mandó hacer una carnicería con sus habitantes, de los cuales murieron entre veinte y treinta mil en un solo día. Sus hombres saquearon a continuación la ciudad y trasladaron a Persia todo género de tesoros, incluido el Trono del Pavo Real, símbolo del poder mogol que lo sería, en adelante, de la autoridad del sah. Sin embargo, Nādir no había saciado aún su sed de conquistas, y optó por avanzar hacia el Asia central y caer sobre otomanos, rusos y uzbekos.

En 1741 sobrevivió a un intento de asesinato que lo volvió aún más paranoico. Convencido de que su hijo mayor, Rid ā Qulī Mīrzā, había estado envuelto en el atentado, hizo que lo cegaran y matasen al resto de los presuntos conspiradores. La severidad cada vez mayor de su reinado, lejos de aplastar la disensión, no sirvió más que para provocar un número creciente de levantamientos. Estos provocaron, a su vez, represalias más feroces. Se decía que Nādir

mandó construir torres de cráneos a fin de poner fuera de toda duda cuál era el precio de la deslealtad. Al mismo tiempo, fue endureciendo la ya despiadada disciplina que imponía a sus propios soldados. Su inclinación a la crueldad acabaría por tener consecuencias fatales, y así, en 1747, mientras se dirigía a hacer frente a una más de tantas rebeliones, lo asesinó un grupo contrariado de sus guerreros.

Por su mano murieron miles de personas. Sus impuestos y sus guerras arruinaron a sus propios súbditos, y tal situación propició el desmoronamiento de su pueblo tras su muerte. Con todo, sus logros fueron pasmosos. Lo cierto es que fue tan brillante como brutal, y eso, siglos más tarde, llevó a Stalin a estudiar su ejemplo por su grandeza, plagada de fallas pero implacable.

Voltaire

(1697-1778)

Quienes pueden hacernos creer en un absurdo podrán empujarnos a cometer atrocidades.

François-Marie Arouet, escritor, filósofo y celebridad literaria que se codeaba con monarcas y firmaba sus obras como «Voltaire», fue la estrella del período de la Ilustración y uno de los hombres más influyentes —y acaudalados— de Europa. Su ridiculización de los absurdos y las atrocidades que imperaban en el continente en siglo XVIII ayudó a dar forma al mundo moderno, en el que la razón y la

ciencia ocuparon el lugar de la superstición. Gracias a su indignación y su energía, la libertad de expresión y de culto, y la administración equitativa de la justicia fueron a considerarse derechos humanos inalienables.

Voltaire gozó ya en su tiempo de no poca fama en calidad de genio incansable dotado de numerosos dones. Descolló como dramaturgo, poeta, novelista, autor satírico, polemista, historiador, filósofo, inversor financiero y cortesano —servil en ocasiones—. De las trescientas cincuenta obras que conforman su prodigiosa producción es la breve sátira *Cándido* (1759) la que resume su ingenio de un modo más cabal. Este volumen, que como la mayor parte de sus escritos fue acogido con una aclamación popular inmediata, sigue las desalentadoras aventuras que ha de correr el héroe epónimo, quien se aferra en todo momento a la máxima religioso-filosófica convencional de que «todo ocurre para bien en el mejor de los mundos posibles», pese a que la suma de un horror tras otro indique lo contrario de un modo cada vez más concluyente. *Cándido*, aguda crítica de cuánto va de la esclavitud a las profesiones, constituye un claro ejemplo del poder de la afiladísima pluma de Voltaire cuando de desinflar la pretensión y la hipocresía se trata.

Este hombre enjuto y fuerte, travieso y malvadamente genial, fue la excepción en el seno de una familia burguesa adinerada por demás convencional. Él mismo se encargó de fomentar los rumores de que su ascendencia debía de encontrarse en otro lugar. Al final de la adolescencia, su mordaz cacumen —el mismo que le hizo comentar

de la «Oda a la posteridad» compuesta por un poeta rival: «Dudo mucho que llegue a su destino»— lo había convertido en el favorito de la sociedad aristocrática. Voltaire, un verdadero mago de las finanzas, logró una fortuna sirviéndose con astucia de la lotería de París. Cirey, la hacienda lorenesa en la que pasó dos lustros con su gran amor, la marquesa de Châtelet, erudita matemática casada de gran hermosura, entre la década de 1730 y la de 1740, se convirtió en centro de debate intelectual y diabluras sociales.

La campaña que emprendió contra las prácticas arbitrarias de la monarquía tuvo como telón de fondo su propia experiencia, siendo así que, de joven, había dado brevemente con sus huesos en la prisión de la Bastilla por causa de sus escritos satíricos. Su posterior exilio en Londres (1726-1729) lo alertó del contraste existente entre la franqueza intelectual que se daba en Gran Bretaña y la censura opresora de Francia. En sus *Cartas filosóficas*, publicadas al regresar a su patria en 1729, se embarca en un ataque enérgico a la injusticia y la intolerancia promovidas por la iglesia Católica y la monarquía absoluta francesa. En adelante, él y las autoridades de la nación cohabitarían en continua tregua precaria. En la década de 1740 ocupó brevemente un cargo en la corte, en calidad de historiógrafo real, aunque no pudo menos de sentirse defraudado por los aposentos que se le asignaron («la letrina más hedionda de todo Versalles»). Sin embargo, tras llegar a la conclusión de que una cosa es amar la verdad y otra ansiar convertirse en mártir, pasó la mayor parte de su vida alejado del centro.

Desde 1755 se estableció en Ginebra, y en 1759 cambió su residencia a Ferney, localidad cercana situada en territorio francés, cuya proximidad a la frontera suiza le otorgó una oportunidad única para escribir sin temor. Los pseudónimos que empleó eran, cuando menos, poco discretos, y así, para sus arremetidas más virulentas contra la iglesia gustaba de servirse del de «Arzobispo de París». Sin embargo, le permitían negar la autoría de sus invectivas con cándida inocencia mientras las autoridades, indignadas, prohibían y quemaban sus libros.

El logro más sobresaliente de Voltaire fue la campaña que emprendió en pro de los derechos civiles, presidida por el lema: «Aplastad al infame». Su defensa de la libertad de culto y la ecuanimidad judicial propiciaron la llegada de una nueva era. Los cepos, las empulgueras, el potro, la privación del sueño, el tormento de toca —en el que se induce en la víctima la sensación de ahogamiento vertiendo agua por una tela introducida en su garganta— o el consistente en colgar al reo de los brazos mientras lo lastraban por los tobillos no eran sino algunos de los métodos que se empleaban en las prisiones de toda Europa para hacer confesar a los «culpables» en los tiempos de Voltaire.

Los castigos podían ser más espantosos aún. La ejecución de Robert Damiens, el hombre que había tratado de apuñalar a Luis XV, producida en París en 1757, resultó en particular horripilante. En primer lugar, se quemó, por decreto del Parlamento francés, la mano que había empuñado el arma. A continuación, el verdugo se sirvió de unas tenazas para arrancarle pedazos de carne del cuerpo,

tras lo cual le rellenó las heridas de plomo fundido. Cuatro caballos estuvieron más de un cuarto de hora tirando en direcciones distintas en un intento por desmembrar el cuerpo quebrado de Damiens hasta que, al cabo, hubo que cercenarle los brazos y las piernas con un cuchillo. Se decía que el aspirante a regicida tenía aún un soplo de vida cuando arrojaron al fuego su torso.

Hasta el siglo XVIII, la tortura constituía una parte del sistema judicial que gozaba de la aceptación general en cuanto medio para arrancar la verdad a los interrogados de fuerza de voluntad más recalcitrante y de castigar a los culpables del modo más atroz imaginable. Sin embargo, los pensadores de la Ilustración la veían como una práctica bárbara que nada tenía que ver con la justicia y que hacía incurrir en el peligro de castigar tanto al inocente como al culpable.

Con provocar dolores tan intensos a los sospechosos, aducía en uno de los tratados más influyentes de la época el italiano Cesare Beccaria en 1764, no se lograba otra cosa que empujarlo «a acusarse de crímenes que jamás ha cometido». Al recibir noticia del caso de Jean Calas, hugonote (protestante francés) de Toulouse a quien se le imputaba la muerte de su hijo y sometieron a suplicio a fin de obtener una confesión antes de quebrantarlo en la rueda, Voltaire protestó furioso por el barbarismo supersticioso de la iglesia Católica y la influencia excesiva que ejercía en los tribunales.

Prusia, Suecia, Francia, Austria y Toscana abolieron el suplicio como herramienta judicial durante la última mitad del siglo XVIII. En 1801, en tiempos del zar Pablo, Rusia decretó que «el nombre

mismo de la tortura, fuente de vergüenza y oprobio para la humanidad, debería borrarse para siempre de la memoria pública». Aunque los recuerdos de ella no eran precisamente lejanos, lo cierto es que se convirtió en un secreto ignominioso más que en una práctica encomiable, y si bien el baño de sangre que fue el Terror francés ha manchado de forma irremediable su nombre, la máquina ideada por el doctor Joseph-Ignace Guillotin para hacer rápidas e indoloras las decapitaciones pretendía distinguirse de los métodos salvajes del pasado. El *Tratado de la tolerancia*, obra deísta publicada por Voltaire en 1763, desarrollaba su convencimiento de que la razón debería ser el principio por el que se rijan de forma permanente los gobiernos, y su aseveración de que la libertad de credo no es dañina para el bienestar del estado se ha convertido en un fundamento esencial de la Administración moderna. «El derecho a perseguir —declara— es absurdo y bárbaro».

A esas alturas, su fama había llegado a todos los rincones de Europa: Federico el Grande y Catalina la Grande, con quienes mantuvo una prolífica correspondencia, disfrutaron de su gloria y se presentaron como adeptos del llamado «despotismo ilustrado». Ambos lo invitaron con insistencia a visitar sus respectivas cortes, y él llegó a alojarse un tiempo (entre 1750 y 1753) en la de Federico; pero la realidad del palacio real prusiano no hizo sino agriar las relaciones con el hombre al que acabó por calificar de «agradable ramera» y que en cierta ocasión lo tildó a él de «mono». Aunque declinó las invitaciones de Catalina, fue él quien le asignó el halagador sobrenombre de «la Grande». Lumbreras de todo el

continente acudieron a él a manadas, tanto que en Ferney se convirtió, a su decir, en «el posadero de Europa». Aquel brillante colegial al que su confesor describía como «devorado por la sed de celebridad» se había convertido en el «rey Voltaire», venerado e injuriado en igual medida en todas las naciones europeas por ser el azote de la autoridad, la injusticia y la hipocresía. Cuando yacía moribundo en París en 1778, sus aposentos se hallaban atestados de admiradores, resueltos todos a lograr que aquel hombre legendario les dedicase una última mirada.

El sepulcro que le consagraron los revolucionarios franceses en el Panteón da fe de la deuda que con él contrajeron. En él se lee: «Nos enseñó a ser libres». Voltaire había echado a rodar el proceso de transformar en realidad los ideales de la Ilustración, y sus palabras se tornaron en la primera de las cargas que dinamitaron el Antiguo Régimen. Una vez aseguró a cierto amigo: «Nunca he dedicado a Dios más plegaria que una muy breve: “Señor, haz que mis enemigos parezcan ridículos”, y Él me lo concedió».

Samuel Johnson

(1709-1784)

Aquí yace Sam Johnson. Lector, ve con cuidado; ve despacio, no despiertes al oso que está hibernando. Religioso, recto, generoso y siempre humano mas también independiente, orgulloso y

vano, no huyó la porfía, y siempre la armó buena; buen cristiano y erudito, y una verdadera bestia.

Soame Jenyns, propuesta de epitafio para el doctor Johnson (1784)

Samuel Johnson fue uno de los escritores más versátiles, doctos y logrados de la historia de la literatura inglesa. Además de su diccionario, tan notable como innovador, fue prolífico en un abanico amplísimo de géneros diversos: ensayo, crítica literaria, libros de viajes, semblanzas y sátiras políticas, una tragedia, biografías, traducciones, sermones, diarios, cartas y panfletos. Era un maestro de la conversación y una figura susceptible, magnética y brillante de la sociedad londinense. A través de la biografía de él que escribió su discípulo James Boswell sigue pudiendo apreciarse una de las personalidades predominantes de la historia literaria como si siguiese viva.

Sus primeros años no parecían muy prometedores. De pequeño sufrió tanto escrófula (tuberculosis vinculada a los ganglios linfáticos), que le afectó a la vista, como viruela, que le desfiguró el rostro y lo convirtió en una persona de aspecto cuando menos peculiar. Asimismo, fue propenso durante toda su vida a la depresión, y poseía toda una serie de las contracciones nerviosas que hoy harían pensar en un síndrome de Tourette. Pese a todos estos impedimentos, Samuel era un joven inteligente que, además,

se crio en una familia de librerías de Lichfield. Sin embargo, la falta de recursos financieros lo obligaron a abandonar el Pembroke College de Oxford después de un solo año académico, sin obtener, pues, título alguno.

En 1735 contrajo matrimonio con Elizabeth Porter, viuda de la ciudad que contaba veinte años más que él. Tras fracasar en la búsqueda de un puesto docente, se escapó a Londres en 1737 y comenzó a trabajar en *The Gentleman's Magazine*, para el que escribía noticias parlamentarias. Ya había escrito una tragedia teatral, *Irene*, y varios poemas satíricos, biografías como la de Richard Savage y un catálogo de los libros y manuscritos pertenecientes a la Colección Harleyana de la Biblioteca Británica.

Fue en 1746 cuando dio principio a su gran obra. Se le había encargado la elaboración de un diccionario nuevo de la lengua inglesa, y semejante proyecto dominó los nueve años siguientes de su vida. Con anterioridad no se había emprendido nada de escala similar, y lo cierto es que el resultado demostró ser una obra maestra de erudición. Abrió caminos inexplorados del mundo de la lexicografía al abarcar una variedad amplísima de palabras de un fondo colosal de fuentes de referencia y aun tratar, con bastante éxito, de descubrir la etimología de muchos de los términos que incluyó. Sus volúmenes destacan también en cuanto muestra del estilo sucinto y preciso de Johnson. En un destello característico de genial humildad, define *lexicógrafo* como «autor de diccionarios, siervo inofensivo».

El diccionario, publicado en 1755, recibió de inmediato el reconocimiento del público en cuanto obra genial, y su autor obtuvo un título honorífico de posgrado de Oxford aun antes de acabar su redacción. Entre tanto, había seguido escribiendo con prodigalidad en otros géneros. Los artículos que publicó en *The Rambler* versaban sobre asuntos tan variados como la pena capital, el cuidado de los hijos o el surgimiento de la novela, y son ricos en epigramas dignos de cita. «A ningún hombre —aseveraba uno de ellos— le satisface demasiado tener compañía alguna que no aumente, de un modo u otro, la estimación que se profesa a sí mismo». Compartía con Oscar Wilde el don de poner de relieve, con un seso agudísimo, las contradicciones inherentes a la naturaleza humana.

Perdió a su esposa en 1752, y aunque jamás volvió a desposarse, convirtió su hogar en refugio de amigos de procedencia muy variopinta: antiguas prostitutas, cirujanos sin título arruinados, escritoras —una de ellas amante suya—...; todos tuvieron cabida bajo su techo. No obstante, tampoco carecía de popularidad en los estratos más elevados de la sociedad, en donde gozaba de la protección del Tesoro y conversaba con hombres como Benjamin Franklin, padre fundador de Estados Unidos, filósofo e inventor. En 1763 conoció al joven Boswell en una librería y lo convirtió en su protegido. La biografía de este admirador devoto nos habla de numerosos detalles de su vida y su brillante conversación que de otro modo se habrían perdido.

Después de que aumentase su fama dio a la prensa otro par de obras destacadas: una edición muy admirada de las piezas teatrales de Shakespeare, en 1765, y *Vidas de los poetas ingleses*, que vio la luz entre 1779 y 1781. A menudo se mostró acre, si no severo, para con sus contemporáneos, y así, cuando le preguntaron cuál consideraba el mejor de entre los poetas menores Smart y Derrick, respondió que no tenía sentido «escoger entre un piojo y una pulga». Pese a semejante aspereza, sin embargo, era un hombre de gran corazón que se desvivía por sus amistades. Murió en 1784 y recibió sepultura en la abadía de Westminster, lo que da una idea de la estimación en que lo tenían en su tiempo —y que no ha menguado con el paso de los siglos—. «Detesto a quien, por orgullo, cobardía o pereza, se sienta en un rincón y se limita a gruñir —dijo en cierta ocasión—. ¡Que salga de ahí, como hago yo, y se ponga a ladrar!».

Federico El Grande

(1712-1786)

Un hombre tan dispuesto a guerrear como a escribir una ópera... [H]a escrito más libros que bastardos ha engendrado cualquiera de los príncipes contemporáneos suyos, y ha ganado más victorias que escrito libros.

Voltaire (1772)

El personaje más relevante de su tiempo en calidad de soldado y hombre de estado, parangón de monarca dotado, Federico el Grande puede considerarse prefiguración del mismísimo Napoleón. También fue el soberano más ilustrado de aquella época, esteta y amante de las artes que descollaba como escritor, compositor, flautista y hombre de ingenio. Afamado en su juventud en cuanto príncipe filósofo, cuando ascendió al trono en 1740, a la edad de veintiocho años, sorprendió a cuantas testas coronadas lo tenían por un simple amariposado —y no eran pocas— al revelarse como el rey más formidable del período.

Su proverbial genio sarcástico lo llevó a declarar en cierta ocasión que había infestado Europa de guerras como infesta a sus clientes la cortesana. Introspectivo y autocrítico, tenía el don de elaborar análisis y planes siempre immaculados, y su mente ágil era la primera en reconocer las ventajas que se le ofrecían en el campo de batalla. Sus cualidades marciales le granjearon el respeto incondicional de un ejército formidablemente adiestrado como el suyo, a despecho de las terribles privaciones a que lo sometieron sus campañas. Cuando Napoleón llegó a Berlín veinte años después de la muerte de Federico, quiso rendir homenaje ante su sepulcro y declaró a sus hombres al entrar: « ¡Descúbranse, caballeros! Si él viviera, no estaríamos aquí».

Aunque hizo la guerra para promover los intereses de su estado, Federico no adoptó nunca una actitud militarista. Deploraba los efectos de los conflictos bélicos y detestaba la hipocresía, aunque en

ocasiones prefería adherirse a un pragmatismo firme: «Si podemos obtener algo siendo sinceros, lo seremos, y si es necesario mentir, engañaremos».

En 1740, invadió con gran arrojo y sin piedad la rica provincia austríaca de Silesia, y aunque tal acción desató poco menos de veinte años de hostilidades salvajes en toda Europa, supo mantener el territorio ganado. La hipócrita vieja guardia del continente no dudó en lanzarse por los despojos cuando Federico efectuó la partición de una Polonia cada vez más anárquica. «Se duele, pero no suelta», comentó mordaz cuando la emperatriz María Teresa se hizo con su ración.

El soberano que se negaba a usar espuelas por considerarlo una crueldad para con los caballos abolió la tortura días después de tomar el cetro. Prohibió también la servidumbre en todos los territorios conquistados, y en un tiempo en que se imponía la pena capital a quien robaba un pan, aquel monarca reconocido por su liberalidad apenas firmó entre ocho y diez ajusticiamientos al año. Cierta vez indultó a un hombre y a su hija que habían sido condenados a muerte por incesto por considerar que nadie podía estar seguro por completo de la paternidad de la muchacha. La tolerancia religiosa de este monarca ateo lo llevó a abrir las puertas de Prusia a los jesuitas cuando todos los soberanos europeos estaban intentando expulsar a los de su secta.

El primero de los déspotas ilustrados de Europa trató de manera infatigable de cumplir con el papel de primer sirviente del estado que se había asignado a sí mismo. Se obligaba a levantarse cada día

a las cuatro de la mañana, y a tal efecto tenía dada a sus criados orden de lanzarle al rostro un trozo de tela empapado en agua fría si lo veían reacio a despertarse. Sin embargo, ni siquiera semejante madrugada le otorgaba el tiempo necesario para hacer cuanto deseaba. En su corte, que se encargó de poblar de artistas, literatos, músicos y filósofos, practicaba cuatro veces diarias con la flauta, ofrecía conciertos tras la cena, mantenía una nutrida correspondencia con pensadores y hombres de estado, escribía poesía y administraba los asuntos de su nación.

Su resistencia resultaba tan pasmosa como su buena fortuna. Aunque era propenso a caer en la depresión y la desesperación, jamás se rindió. «La suerte es lo único que puede sacarme de mi situación presente», declaró en cierta ocasión durante la guerra de los Siete Años (1757-1763), y a continuación, la oportuna muerte de la emperatriz Isabel de Rusia, enemiga suya inveterada, en 1762, propició un cambio de rumbo de la política exterior de dicha nación con la llegada al trono de su ardiente admirador Pedro III. Así, Prusia salió victoriosa del conflicto después de haberse tambaleado al borde de la aniquilación total no mucho antes.

La inseguridad de Federico bien pudo haber sido resultado de una juventud miserable. De todos era conocido el desdén que le profesaba su padre, Federico Guillermo I. «¿Qué tienes en esa cabecita?», preguntaba aquel rey austero, violento y volátil a aquel hijo «afeminado» cuyo amor por todo lo francés contravenía de forma directa las órdenes de su predecesor. Tal situación alcanzó un punto crítico cuando Federico trató de acabar con su desdichada

existencia a los dieciocho años. Después de arrestarlo y encarcelarlo, ejecutaron a su mejor amigo —y su amante, al decir de algunos— ante la ventana de su celda.

Su magnificencia no aumentó a la par que la de Prusia. Hacia el final de su vida, cierto dignatario que fue a verlo se encontró con un «jardinero» anciano en el palacio de verano de Sanssouci y mantuvo con él una charla amistosa. Solo después, cuando le presentaron formalmente al rey prusiano, supo con quién había estado hablando.

Con todo, también podía mostrarse muy desagradable —en su humor o a la hora de disciplinar a su ejército o repudiar a su esposa—. Su sexualidad dejaba perplejos a sus contemporáneos —quienes hablaban de relaciones mantenidas con integrantes de su guardia—. No tuvo ninguna amante, y no resulta impensable que, a la postre, no sintiera interés alguno por el sexo. Rompió de manera espectacular la amistad que compartía con Voltaire, corresponsal suyo desde muchos años atrás, cuando él lo tachó de tirano miserable en sus escritos. Las guerras que emprendió a fin de hacer avanzar a su nación sirvieron también para agotar sus recursos. La importancia que concedió a la primacía del estado hizo que su gobierno no fuese nunca tan ilustrado como habría deseado Voltaire.

El conservadurismo que practicó toda su vida se fue trocando en rigidez con la edad. Con el espíritu de auto reprobación que lo caracterizaba, decía a menudo que había vivido demasiado.

Casanova
(1725-1798)

Digna o indigna, mi vida es mi argumento y mi argumento es mi vida.

El nombre de Giovanni Giacomo Casanova de Seingalt es sinónimo de mujeriego de vida desenfrenada. De hecho, en su *Historia de mi vida*, memorias procaces y de una franqueza escandalosa, este hombre alto, moreno y apuesto se presenta como un héroe y como «el más grande amante del mundo». En ellas describe sus numerosas conquistas y su juventud, sus aventuras y sus viajes sin olvidar un solo detalle salaz. Dicho esto, pues, quizá resulte sorprendente que este donjuán de triste memoria, que engendró no pocos hijos fuera del matrimonio y del que, de hecho, se rumoreaba que era vástago ilegítimo de un noble veneciano, fuese también un hombre de extensa cultura, y por ello merece la fama que reclama. Sean reales o una fanfarronada, sus memorias son las mejores que se hayan escrito nunca.

Esta figura de inteligencia precoz asistió a la Universidad de Padua desde los trece años, obtuvo la licenciatura en derecho a los dieciséis —por paradójico que pueda resultar, entre las disciplinas que conformaban el programa de estudios figuraba la de filosofía moral—, se ordenó sacerdote y hasta coqueteó con la idea de formarse en medicina.

«La idea de sentar la cabeza —escribió— siempre me ha sido abominable». Su talento y su espíritu de aventuras le impedían estar quieto. Comenzó su carrera profesional trabajando para la iglesia en Venecia, aunque no tardaron en expulsarlo con cierto oprobio por causa de sus apetitos sexuales y su aspecto acicalado en exceso. A continuación, gozó de una breve experiencia en calidad de oficial militar en Corfú, y tras esto, de violinista en un teatro veneciano. Aún habría de ejercer algunas ocupaciones más antes de abandonar la ciudad en 1748, bajo sospecha de intento de violación (delito del que, no obstante, se le absolvería más tarde).

Nacido en un mundo de artistas, embaucadores y cortesanos, Casanova era una combinación chispeante de dos tipos sociales dieciochescos: el farsante de la alta sociedad y el hombre de letras. Se contaba entre los fascinadores saltimbanquis y charlatanes que entretenían, encandilaban y estafaban a las cortes reales de la época haciéndose pasar por nobles, nigromantes, alquimistas, cabalistas, magos o hierofantes. La lista comenzaba por el llamado conde de Saint-Germain (1710-1784), que aseveraba tener dos mil años de edad y recordar la crucifixión de Cristo (cosa que también decía tener fresca en la memoria su ayuda de cámara), y a quien Luis XV otorgó diez mil libras francesas; y culminaba con el conde Alessandro Cagliostro (1743-1795). Este último, nacido en Sicilia con el nombre de Giuseppe Balsamo, hizo una verdadera fortuna en las cortes de toda Europa haciendo ver, entre otras cosas, que podía transformar la orina en oro y conceder la vida eterna. Su seductora esposa, nacida en Sicilia con el nombre de Lorenza, lo acompañaba

con el de Serafina, princesa de Santa Croce. Después de hacer una gira por el Viejo Continente a la manera de las estrellas de *rock*, el conde Cagliostro se vio envuelto en el asunto del collar de diamantes que tanto daño causó a la reina María Antonieta, y murió en 1795 en una prisión italiana.

Sin embargo, aquel fue también un tiempo muy literario en el que se extendió por toda Europa la fama de los cultivadores ingeniosos del género epistolar, como era el caso de Casanova. El más excelso de todos —junto con Voltaire— era Charles-Joseph, príncipe de Ligne, perteneciente de veras a la alta aristocracia belga, mariscal de campo de Austria y palaciego internacional, ocurrente y muy conocido en los círculos sociales, que se las compuso para entablar amistad a un tiempo con el emperador José II, con Catalina la Grande de Rusia y con el rey Federico el Grande. Sus cartas, divertidísimas, se copiaban de una corte a otra, y murió durante el congreso de Viena.

Haciéndose pasar por el noble caballero de Seingalt, Casanova se ganó el pan como inventor de la lotería parisina, asesor agrícola de los reyes de España, alquimista y cabalista. Sufrió arresto en repetidas ocasiones por sus deudas y, en 1755, por brujería y masonería, motivo por el cual estuvo preso quince meses en la cárcel veneciana conocida como I Piombi, de la que se decía que era imposible fugarse. Él lo hizo, por la azotea, y se detuvo para tomar un café reparador en la plaza de San Marcos antes de desaparecer subido a una góndola.

Viajó mucho, por Italia, Austria, España, Gran Bretaña, Turquía y Rusia, y conoció a Catalina la Grande, al rey británico Jorge III y al papa Benedicto XII, por no hablar de Rousseau y Voltaire. La mayor parte de sus ingresos procedía de los aristócratas que admiraban su inteligencia e ingenio o, en el caso de las mujeres, que pretendían y a menudo obtenían sus atenciones. Jamás se casó, aunque tuvo muchas relaciones. Fue amante de cortesanas, campesinas, herederas, hermanas, condesas y numerosas monjas, en ocasiones al mismo tiempo. En 1776, acosado por las deudas, se hizo agente secreto del tribunal de la Inquisición de Venecia, para lo cual usó el nombre de Antonio Pratiloni y delató a herejes ante la iglesia Católica mientras vivía con una costurera de la ciudad.

Los cuentos de sus hazañas y citas amorosas pueblan sus memorias, la principal fuente de información que poseemos de su accidentada experiencia. La censura mutiló con profusión las primeras ediciones, y hubo que esperar a 1960 para que salieran a la luz los doce volúmenes íntegros. En conjunto, nos ofrecen el retrato de un granuja adorable y seductor que actuó en toda Europa. Las escribió en la vejez, recordando su vida de aventuras mientras ejercía de bibliotecario del conde bohemio Joseph Karl von Waldstein. Con todo, nunca fue de los que permiten que los hechos se interpongan en el camino de un buen relato, y así, entre las fechas que presenta hay algunas que, simplemente, no encajan: los personajes aparecen en el lugar equivocado y mueren en momentos que no se compadecen con la realidad. Por otra parte, los pseudónimos que asigna a sus diversas conquistas hacen imposible

determinar quién era quién. Pese a ser poco de fiar, dadas a los excesos y descaradas, sus memorias constituyen todo un clásico de la literatura, un verdadero retrato de toda una época.

«He vivido como filósofo —declaró Casanova en su lecho de muerte— y muero como cristiano». La realidad, sin embargo, fue mucho menos sencilla... y mucho más interesante.

El Capitán Cook

(1728-1779)

El navegador más capaz y renombrado que hayan dado esta nación o ninguna otra. Monumento de sir Hugh Palliser al capitán Cook, erigido en Chalfont Saint Giles (Buckinghamshire) tras llegar a Europa la noticia de su muerte

James Cook fue responsable de la exploración y representación cartográfica de áreas ilimitadas del Pacífico desconocidas hasta entonces por los europeos. Capitán imaginativo y excelente marino, diseñó para su tripulación una dieta rica en vitamina C a fin de evitar los brotes de escorbuto que solían aquejar a quienes emprendían viajes largos. Fue la curiosidad y la ambición, en igual medida que la ciencia, lo que lo llevaron a satisfacer su deseo de viajar no solo «más allá de lo que haya sido capaz ningún hombre —

según sus propias palabras—, sino hasta donde creo que es posible que llegue nadie».

Sus logros fueron notables en particular habida cuenta de sus orígenes. Hijo de un jornalero agrícola de Yorkshire, ejerció de pequeño de aprendiz de tendero. Sin embargo, tal ocupación no resultó satisfactoria a su espíritu inquieto, que lo empujó a partir al puerto de Whitby. Allí se enroló en un transporte de mercancías y pasó unos años navegando la costa oriental de Inglaterra a bordo de un carbonero. Una vez adquiridos los rudimentos del arte de navegar, en 1755 se presentó voluntario a la Real Armada y ascendió con rapidez su escalafón. Durante la guerra de los Siete Años adquirió no poca fama en calidad de supervisor hidrográfico, y, de hecho, las cartas de navegar que elaboró del río San Lorenzo y el litoral del Canadá fueron de vital importancia para las victorias británicas subsiguientes. Sus estudios e indicaciones relativos a Terranova se emplearon durante más de un siglo.

Las observaciones que hizo del eclipse solar de 1766 impresionaron en tal grado a la Real Sociedad, que la institución científica no dudó en encomendarle, junto con el Almirantazgo, que viajara a Tahití a fin de observar el tránsito de Venus —y para explorar y reclamar para Gran Bretaña el continente meridional ignoto al que se había asignado el nombre de Terra Australis—. Los geógrafos habían supuesto la existencia de esta superficie de tierra —se la imaginaban que debía de ocupar el Polo Sur y debía de extenderse hasta regiones tan septentrionales como el océano Índico y el Pacífico— desde tiempos de Aristóteles. Los descubrimientos de

Cook echaron tierra de manera concluyente sobre aquella leyenda: al circunnavegar por vez primera Nueva Zelanda en 1769, descubrir la costa oriental de Australia en 1770 y atravesar el estrecho de Torres, que separa Australia y Nueva Guinea, demostró que se trataba de tierras distintas. Sin embargo, el avance de la ciencia era solo uno de sus objetivos: también reivindicó en nombre del rey Jorge III buena parte del territorio descubierto, como Nueva Gales del Sur o Hawái (que él llamó islas Sandwich en honor a su patrocinador, el conde de Sandwich). Durante el segundo viaje (1772-1775), logró barajar por vez primera toda la costa antártica, y se convirtió así en la primera persona que cruzó dicho círculo polar. La escala de sus logros debe mucho a su pericia náutica y a su arrojo, que lo llevaron a proseguir sus exploraciones donde otros no habrían dudado en dar media vuelta. Amén de poseer una destreza marinera considerable, supo servirse del conocimiento de los dos tahitianos a los que empleó para sus viajes. Tenaz sin límites, jamás logró conformarse con lo que había conseguido: amplió sus exploraciones de forma invariable, y su disposición para ir más allá de las órdenes recibidas del Almirantazgo se vio recompensada con los descubrimientos que efectuó.

Sus mapas y cartas de marear constituyeron, con frecuencia, las primeras representaciones certeras de los litorales que exploró. Completó el contorno de Terranova, la costa noroeste de Norteamérica, Nueva Zelanda y Australia. Hizo un uso revolucionario del cronómetro K-1 de Larcum Kendall, que al dar la hora con mayor precisión le concedió un margen de error mucho

menor a la hora de medir la longitud, y sus resultados destacan por su exactitud, dadas las condiciones con frecuencia adversas en las que operó y las limitaciones de los instrumentos de que disponía.

Por otra parte, las medidas innovadoras que adoptó a fin de combatir el escorbuto lo hicieron merecedor de una medalla de la Real Sociedad, organismo al que también impresionó por los logros científicos de sus expediciones, y en particular por la documentación de especies vegetales y animales hasta entonces desconocidas que efectuaron los científicos que lo acompañaban. La Cámara de los Lores lo elogió como «el primer navegador de Europa», la Real Sociedad lo acogió entre sus miembros y la Real Armada le concedió la graduación de capitán y un retiro honorífico. Esto último, sin embargo, solo lo aceptó a condición de que no le impidiera seguir viajando, pues, a despecho de tener esposa e hijos, su vida se hallaba en el mar.

En 1776 largó velas una vez más hacia los mares del Sur, resuelto a tratar de atravesar los hielos del Ártico, infranqueables en apariencia, y dar con una ruta de regreso a Europa que pasara por el Canadá. Mientras aguardaba el buen tiempo, hizo invierno en Hawái. Allí entró en conflicto con los nativos, y en la refriega resultante, estos, quienes al principio lo habían elevado a la dignidad de encarnación de Lono, una de sus deidades, le dieron muerte. Conforme a su costumbre, descarnaron su cadáver para quemarlo, o quizá para consumirlo, y repartieron sus huesos entre diversos jefes de la región. Los hombres de Cook necesitaron entablar largas negociaciones con ellos para recuperarlos y, como

no podía ser menos, arrojarlos al mar, en el que había pasado toda su vida, para que hiciera las veces de sepulcro. Su legado fue el mapa del Pacífico.

Catalina La Grande

(1729-1796)

Sé afectuosa, humana, accesible, compasiva y generosa; no permitas que tu grandeza te impida mezclarte amablemente con los más humildes ni ponerte en su lugar... Juro por la Providencia grabar estas palabras en mi corazón.

Nota privada dirigida a sí misma al convertirse en emperatriz (1762)

Además de política excepcional, constructora triunfante de un imperio y mujer extraordinaria y apasionada que debió su éxito a sí misma en una época dominada por los hombres, Catalina la Grande fue, probablemente, el dirigente más humano que haya dado nunca Rusia. Figura junto con Isabel I de Inglaterra entre las soberanas más sobresalientes de la historia, aunque sus logros fueron mayores aún. Fue implacable, sin lugar a dudas, en su búsqueda de poder y admiración, autocomplaciente en sus célebres aventuras amorosas y extravagante en grado sumo en su disfrute de las artes y los lujos;

pero también benevolente en extremo, correcta en cuanto a sus intenciones, leal a sus amigos, compasiva con sus enemigos, tolerante con los otros, diligente, erudita y por demás inteligente. Triunfó pese a todas las previsiones. Ni siquiera era rusa ni tenía derecho al trono, y a los catorce años se encontró arrojada a una corte rusa más semejante al foso en que se celebraban las riñas de osos y perros.

Su verdadero nombre era Sofía de Anhalt-Zerbst, princesa alemana de segunda en el centón de principados que era el Sacro Imperio Romano, convertido en una suerte de agencia de contactos maritales al servicio de las monarquías de Europa. En 1746, la emperatriz Isabel I de Rusia la llevó a San Petersburgo para casarla con su heredero, el gran duque Pedro. Se convirtió a la iglesia Ortodoxa, adoptó el nombre de Catalina y aprendió ruso, aunque no pudo menos de sentirse defraudada por su marido, hombre enclenque, puñetero, cargado de prejuicios, estúpido y cobarde, que distaba mucho de dar la talla como sucesor... y como cónyuge suyo. También él era alemán, y a diferencia de su esposa, que no dudó en abrazar todos los aspectos de la cultura de la nación, despreciaba y temía a Rusia. La recién llegada se ganó enseguida el cariño de la emperatriz; hizo no pocos amigos y admiradores entre los cortesanos y en los regimientos de guardias, y demostró una gran aptitud en el ámbito de la política. Bien que no se sabe con certeza si llegó a consumar el matrimonio, de lo que no cabe duda es que Pedro no supo satisfacer a su apasionada esposa.

Al ver que no llegaba descendencia, fue la propia emperatriz Isabel quien le concertó a su primer amante, Serguéi Saltykov. Catalina engendró al gran duque Pablo. No era hermosa, pero sí atractiva, pequeña y de buenas curvas, brillantes ojos azules y una generosa cabellera de color castaño rojizo. Tuvo otros amantes, aunque lo cierto es que su número no superó la docena en una vida que se extendió hasta los setenta años, lo que no justifica la reputación de ninfómana que se ha granjeado. Tampoco fue promiscua, sino más bien una ligona en serie, y aunque disfrutaba con el sexo, era más una mujer romántica que ansiaba hallar la estabilidad con un solo hombre.

En medio de las violentas rivalidades que imperaron en la corte rusa durante la guerra de los Treinta Años, las intrigas de Catalina estuvieron a punto de acabar con ella, y, sin embargo, supo servirse de su sagacidad y su encanto para sobrevivir. Tuvo la astucia de tomar por amante a Grigori Orlov, oficial de la guardia de gran popularidad. Su esposo, quien subió al trono como Pedro III a la muerte de Isabel, solo necesitó seis meses para enajenar a todos sus súbditos. Conforme a las leyes de la época, Pedro tenía que morir asesinado para que ella pudiese defender su dudoso derecho a sucederle. Los hermanos Orlov lo estrangularon, y ella supo que siempre cargaría con la culpa.

Una vez en el poder, sin embargo, reinó con sensatez y cautela. Se propuso expandir Rusia en dirección al mar Negro, y ocupó para ello tierras de los turcos otomanos. Instituyó una comisión legislativa a fin de estudiar la abolición de la servidumbre y la elaboración de

leyes justas. Mantuvo correspondencia con los filósofos ilustrados, incluido el mismísimo Voltaire, quien le asignó el apelativo de «la Grande». Si bien la colosal revuelta campesina de Pugachov y la realidad del poder aristocrático hicieron que muchas de sus ambiciones acabasen en desengaño, su reinado fue benévolo, sensato y metódico: Catalina se afanó por hacer más clementes y humanas la legislación y la sociedad rusas.

Después de su larga relación con Orlov conoció al amor de su vida, quien también sería compañero suyo en el poder: el príncipe Potemkin, un gallardo general tuerto, tan brillante como ella en el ámbito político, aunque feroz e imaginativo donde ella era sensata y diligente. La combinación funcionó de maravilla. De su fogosa aventura sexual, comenzada a finales de 1773, dio cuenta en la correspondencia más escandalosa y romántica que haya escrito nunca monarca alguno. Lo más seguro es que contrajeran matrimonio en secreto; sea como fuere, cuando acabó su aventura amorosa, Potemkin compartió con ella el gobierno y se convirtió en su mejor amigo. Juntos lucharon contra el turco, anexionaron Crimea, construyeron ciudades, burlaron al inglés, construyeron una flota del mar Negro, compraron colecciones de arte... Por consejo de él, Catalina halló el amor en una serie de favoritos cada vez más jóvenes a los que instruyó encantada sobre los clásicos sin que ejercieran, no obstante, función política alguna. A menudo humillaban a la ya añosa emperatriz fugándose con jovencitas de su edad y dejando en manos de Potemkin la labor de consolarla. Al morir él, en 1791, Catalina, entrada ya en la senectud y

desconsolada por la pérdida, permitió que lo sustituyera Platón Zúbov, amante joven y sin talento que propició errores políticos como la anexión de Polonia y la creación de una alianza chapucera con Suecia.

Nada de esto empaña los logros alcanzados por ella en el ámbito político, militar y artístico. Su reinado supuso una edad dorada para Rusia, la cual gobernó con una actitud en esencia liberal, y su carácter rezumaba invencibilidad. Catalina la Grande sigue siendo no solo el parangón de los dirigentes de su nación, sino también la potentada más consumada de la historia.

Potemkin

(1739-1791)

Una combinación inconcebible de grandeza e insignificancia, pereza y actividad, arrojo y timidez, ambición y despreocupación.

Louis Philippe, conde de Ségur

Grigori Potemkin nació cerca de Smolensk, en 1739, en el seno de una familia aristócrata empobrecida, pero durante el crecimiento alcanzó tamaña belleza e inteligencia que lo compararon con Alcibíades. Erudito fascinado con la religión, ansió ser sacerdote, aunque en lugar de eso sentó plaza en la guardia y ayudó a instalar a Catalina en el trono. Se enamoró de ella, aunque era diez años más joven que la emperatriz y esta mantenía aún su relación con

Orlov. Catalina sabía que no sería fácil tener por compañero a un hombre tan dominador, exigente, apasionado y dotado, y, sin embargo, cuando se enfrentó a la crisis política de 1773, ambos se embarcaron en una feroz aventura sexual. Potemkin, no obstante, poseía demasiada energía y talento para conformarse con el papel de mantenido, y, en consecuencia, lo elevó a la dignidad de príncipe y compartió con él el poder. Cuando su pasión —que no su amistad— se fue apagando, cada uno de ellos tuvo sus propias aventuras amorosas.

Como Catalina, se preciaba de educado, tolerante y humano. En calidad de virrey del sur, anexionó Crimea en 1783 —lo que lo convirtió en príncipe de Táuride—, fundó la base naval de Sebastopol y creó la flota rusa del mar Negro. También instauró una serie de ciudades, desde Jersón hasta Odesa, y a continuación acaudilló a los ejércitos rusos en la guerra contra los turcos, durante la cual asaltó Izmaíl y conquistó el sur de Ucrania y la costa del mar Negro. Sin embargo, durante los últimos años de su existencia, a medida que adquiría poder, se volvió más extravagante y estafalario.

«Es el hombre más extraordinario que he conocido jamás —escribió de él el príncipe de Ligne—. Se pasa el día reclinado en su diván, y, sin embargo, no duerme de día ni de noche. Tiembla por otros siendo él valiente; lo veréis hastiado en medio del placer, pues de todo se harta; se siente infeliz por ser tan afortunado; filósofo sesudo que bien puede ejercer de ministro competente y político sublime, bien parecer un niño de diez años, y se lanza con igual

fervor a los pies de la Virgen y al cuello de alabastro de su amante. ¿Dónde reside su magia? En su genio, en su genio y nada más que en su genio». Este gigantón de un solo ojo encandiló y escandalizó a partes iguales a Europa como un sultán de *Las mil y una noches*, y llegó a seducir a una princesa al servir de postre platos de diamantes en lugar de budín. Pushkin alabó «la gloria de su nombre», y Stalin aseveró al respecto: « ¿Cuál fue el verdadero logro de Catalina la Grande? Poner el gobierno de Rusia en manos de hombres de talento como Potemkin».

Murió en 1791 en una estepa desprotegida de Besarabia, llorando por una carta de Catalina. Ella sufrió un colapso al conocer la noticia. «Jamás habrá otro Potemkin», declaró. La suya fue una de las historias de amor más grandes de la historia, comparable a la de Napoleón y Josefina o a la de Marco Antonio y Cleopatra,

Washington

(1732-1799)

Se acerca el día en que tendremos que determinar si cumple a los americanos ser libres o esclavos... El sino de millones de personas aún por nacer dependerá, Dios mediante, del coraje y el proceder de este ejército.

*George Washington, instrucciones
generales al Ejército Continental (2
de julio de 1776)*

El primer presidente de Estados Unidos, comandante del ejército estadounidense durante la guerra de Independencia contra Gran Bretaña sigue siendo el ejemplo más cumplido de dirigente amable, honrado y por demás dotado. Cubierto de gloria, bendecido con todos los dones imaginables y bien dotado para los cargos civiles y militares más elevados, George Washington fue un caballero en el que se combinaban la virtud y la modestia con la ambición de servir. Cuenta la leyenda que declinó una corona, cuando la realidad es que no había cetro alguno que ofrecer. Sentó el modelo de probidad y rectitud al que habrían de ajustarse los presidentes que lo siguieron.

Nacido en Virginia en 1732, en el seno de una familia de terratenientes emigrados desde el norte de Inglaterra en 1657, comenzó su servicio público siendo un joven teniente impetuoso de la milicia de dicho estado. En mayo de 1754 comandó un contingente no muy numeroso en el enfrentamiento inicial de la guerra franco-india (la batalla de Jumonville Glen, que, de hecho, tal vez comenzara él mismo), que al cabo se convertiría en el conflicto internacional anglo-francés conocido como la guerra de los Siete Años. Pocos días más tarde, construyó el fuerte Necessity a orillas del río Ohio, aunque se vio obligado a capitular al ser sitiado por una nutrida fuerza gala. Aquella fue la única rendición que

conoció en su carrera. Al año siguiente volvió a combatir a los franceses a las órdenes del general británico Edward Braddock.

Sus dotes naturales para lo militar y lo administrativo le valieron el ascenso a coronel y a comandante en jefe de las fuerzas virginianas en 1755, cuando tenía solo veintitrés años, y en 1758 sirvió a las órdenes del general John Forbes en la victoriosa campaña destinada a arrebatarse a los franceses el fuerte Duquesne. Después, volvió a su hacienda de Mount Vernon, contrajo matrimonio con la viuda acaudalada Martha Curtis y se consagró a la política. En junio de 1774 encabezó la petición del cuerpo legislativo de Virginia en favor de un congreso continental que coordinase la oposición a las impopulares medidas del gobierno colonial británico. En junio de 1775, tras estallar el enfrentamiento, el Congreso lo eligió por unanimidad comandante en jefe del Ejército Continental.

Durante la guerra de Independencia, Washington se las ingenió para adiestrar al ejército de Estados Unidos y mantener unidas las diversas personalidades y los caracteres encontrados de los estados que conformaron la alianza, aun a pesar de la derrota y las adversidades. Después de obligar a los británicos a evacuar Boston en 1776 tras un año de asedio, cometió algunos errores en la defensa de Nueva York, durante la cual perdió la batalla de Long Island (la mayor de la guerra) frente al general Howe y se retiró, escaso de hombres y provisiones, a Pensilvania. Avanzado el año, sin embargo, regresó a Nueva Jersey y tomó por sorpresa a los británicos, a los que derrotó en Trenton y Princeton.

No obstante, sus fuerzas sufrieron derrota en la batalla de Brandywine, durante el mes de septiembre, y en la de Germantown, en octubre, y Howe ocupó Filadelfia. Washington llevó a sus tropas a Valley Forge (Pensilvania), en donde, extenuadas, pasaron acampadas el invierno de 1777 y 1778. Aquel fue quizás el peor momento de la causa revolucionaria. Fue sobre todo la personalidad de Washington lo que mantuvo unido a su ejército durante aquella larga estación. Se sirvió con cautela de los poderes casi dictatoriales que le otorgaba la guerra, y los atemperó con acciones decididas y sabias improvisaciones, sentido común y no poco respeto al poder civil. Ayudado por la entrada de Francia en el conflicto, en 1781 encabezó la magnífica batalla de Yorktown contra el comandante británico Cornwallis, cuyo ejército se vio sitiado y rindió la ciudad virginiana el 19 de octubre tras un intenso bombardeo. Aquella sería la última contienda de relieve de la guerra.

Tras sus victorias, Washington se retiró a Mount Vernon, y en 1787 asistió a la convención celebrada en Filadelfia para tratar de la creación de un nuevo gobierno estadounidense. Aunque se decidió que presidiera dicho acontecimiento, él declinó participar en el debate. En él se creó el puesto de presidente de Estados Unidos a fin de encabezar el gobierno recién instituido, y en 1788 lo eligieron para ocuparlo. En 1792 volvió a obtener el cargo. En todo momento trató de mantener la neutralidad entre la facción francófila, capitaneada por el secretario de Estado, Thomas Jefferson, y la anglófila, dirigida por el secretario del Tesoro, Alexander Hamilton, si bien por lo general se mostró a favor de esta última, con lo que

suscitó la inquina de quienes secundaban la causa revolucionaria francesa y deseaban entablar otra guerra con Gran Bretaña. Acabada su segunda legislatura, se negó a presentarse por tercera vez a las elecciones, y sentó con ello un precedente que se mantendría ciento cuarenta años antes de tomar forma de ley en la 22ª enmienda en 1951.

A la calma y la gravedad que lo caracterizaron mientras ejerció de dirigente siguió un regreso civilizado a la vida privada en Mount Vernon, en donde este héroe democrático henchido de talento y decoro, fundador de una futura superpotencia, murió en 1799 a causa de una infección de garganta.

Jefferson

(1743-1826)

Dudo que la Casa Blanca haya visto nunca una congregación tan extraordinaria de talento y sabiduría humana, con la posible excepción de cuando cenó en ella solo Thomas Jefferson.

J. F. Kennedy, durante el discurso de bienvenida a la visita que hicieron a la Casa Blanca 49 premios Nobel en 1962

Thomas Jefferson fue un erudito radical que dio forma escrita a los principios de la revolución estadounidense para luego ponerlos en práctica en calidad de hombre de estado; una persona reservada y llena de pasión dotada, al mismo tiempo, de una generosidad de espíritu, una elegancia y una sensibilidad incomparables; un ser humano sin igual que promovió en todo el mundo la causa de la libertad.

Nadie superaba en intelecto a Jefferson, hijo de un hacendado acaudalado de Virginia, que siendo estudiante de derecho, «no dudaba en dejar plantados a sus amigos más queridos —según recordaba uno de ellos— cuando lo reclamaban sus estudios». Cortés y encantador, profesaba una gran aversión a los debates orales, y raras veces hablaba en público. Sin embargo, la intrincada genialidad del joven político no pasó inadvertida al cuerpo legislativo colonial de Virginia.

La fuerza de Jefferson radicaba en su pluma, y en ningún lugar queda esto más patente que en la Declaración de Independencia. En calidad de delegado del II Congreso Continental de Filadelfia, celebrado en 1776, fue el autor principal del documento por el que repudiaron los estadounidenses la soberanía británica. En su exposición se erigió en abogado de la libertad y la igualdad universales. Fue la primera proclamación de derechos civiles, el documento fundacional de la libertad. La impronta del talento sin par de Jefferson, su empeño en garantizar la emancipación y su inmensa generosidad para con sus semejantes se hacen evidentes en cada una de las palabras que la conforman.

Al ser elegido para formar parte de la Cámara de Delegados de Virginia, se resolvió a llevar a la práctica sus ideas en la nueva Constitución virginiana. Consiguió que se aboliera la primogenitura y el estricto régimen de transmisión hereditaria conocido como *fee tail*. Trató en vano de introducir un sistema de educación universal, aunque con el tiempo conseguiría fundar la Universidad de Virginia, que tuvo siempre por uno de sus logros más notables. Jefferson, adepto al deísmo, hizo aprobar un estatuto en favor de la libertad de culto que instauró la total separación de iglesia y estado, división que radica en la médula misma de la democracia estadounidense.

Su fe apasionada en la libertad hizo que, en ocasiones, su defensa adoptase una forma un tanto anárquica. «¿Cuándo se ha obtenido tamaña recompensa con tan poca sangre?», se preguntaba en los primeros días de la Revolución Francesa. Y aunque se granjeó cierta reputación de demagogo radical, en calidad de tercer presidente de Estados Unidos, cargo que ocupó desde 1801, dio muestras de moderación y sensibilidad a la hora de poner freno al cisma ideológico que amenazaba con fracturar la nación cuando esta estaba aún en pañales. Fue un hombre vehemente en grado extraordinario, pero casi incapaz de albergar rencor. «Todos somos republicanos; todos somos federalistas», declaró en su toma de posesión refiriéndose a los dos partidos políticos existentes en aquel tiempo.

Este fundador del Partido Demócrata-Republicano estaba convencido de que el deber fundamental del gobierno consistía en proteger el derecho del individuo a «la vida, la libertad y la búsqueda

de la felicidad». Deploraba la propensión de los federalistas a restringir los derechos civiles por el supuesto bien de la nación; pero ocultaba su extraordinaria pasión. Su enfoque temperado se sobreponía a cualquier miedo, y los estadounidenses abrazaron los principios republicanos al parar mientes en que la defensa que hacía Jefferson de la libertad los ampararía también a ellos. Una de las primeras medidas que adoptó al llegar a la Presidencia fue la de negarse a pagar al estado pirata de Trípoli el pago abusivo que exigía a cambio del pasaje seguro de embarcaciones estadounidenses por aguas internacionales, y con ello hizo que su nación entrase por vez primera en conflicto con una potencia islámica de Oriente Próximo.

Las regencias de Argel, Túnez y Trípoli, vasallas en teoría del imperio otomano, aunque actuaban en la práctica como estados independientes gobernados por dinastías de corsarios, recibían, junto con el sultanato de Marruecos, el nombre genérico de Berbería. Subsistían de manera holgada mediante los ingresos obtenidos de prácticas descaradamente piráticas como el tráfico de esclavos, el saqueo y la imposición de rescates y tributos excesivos.

Las naves del recién emancipado Estados Unidos, despojadas, por lo tanto, de la protección naval británica, se habían convertido en objetivos fáciles, y solo el pago de cantidades sustanciosas de dinero podían brindarles cierta seguridad. Llegado el año de 1801, la nación estaba desembolsando el 20 por 100 de sus ingresos federales anuales a los estados piratas, y Jefferson estaba dispuesto

a demostrar que era preferible la guerra al pago de cargas y rescates.

Al mando de lo que hoy es Libia se hallaba la dinastía Qaramānlī de Trípoli. «No tengo miedo a la guerra —fue la desafiante respuesta del bajá Yūsuf Qaramānlī—: a fin de cuentas, es a lo que me dedico». En un primer momento, las expectativas no parecían muy prometedoras. En octubre de 1803, los tripolitanos hicieron cautivos a los tripulantes de la fragata varada *Philadelphia*. En febrero del año siguiente, un joven oficial llamado Stephen Decatur tuvo el arrojo de infiltrarse en el puerto de Trípoli e, incendiando la embarcación, frustró las intenciones de los corsarios, quienes pretendían trocar el orgullo de la Armada estadounidense en un barco pirata. Sin embargo, cuando trató de hacer saltar por los aires la flota tripolitana le salió el tiro por la culata: la acción se saldó con la muerte de once militares de Estados Unidos.

William Eaton, antiguo cónsul estadounidense en Túnez, se las compuso para volver las tornas de la guerra casi por su propia mano. Este hombre inconformista, formado en el selecto Dartmouth College, hablaba con fluidez griego y latín, era veterano de las guerras indias y sabía lanzar un cuchillo con mortífera precisión desde una distancia de dos metros y medio, y no pudo menos de echar sapos y culebras ante la idea de «canjear nuestra gloria nacional a cambio de la paciencia de un pirata berberisco». En consecuencia, propuso conquistar Túnez con un contingente de mil soldados de la infantería de Marina, y planteó, a renglón seguido,

una serie de medios destinados a imponer un cambio de régimen en Libia. El secretario de Estado rechazó ambas sugerencias.

Eaton, pues, optó por actuar de manera unilateral. En Egipto se procuró los servicios de un príncipe Qaramānlī por nombre Ḥāmid, nueve infantes de Marina y una fuerza de cuatrocientos mercenarios, y acaudilló a esta hueste variopinta de moros y cristianos en una marcha de ochocientos kilómetros por el desierto a fin de acometer un ataque por sorpresa a Derna, la segunda ciudad de Trípoli en extensión. Aunque Eaton y Ḥāmid salieron triunfantes de la feroz batalla que se empeñó a continuación, los planes que albergaba el primero de aprovechar aquel golpe para avanzar hasta Trípoli no salieron adelante. El bajá corrió a ofrecer a Estados Unidos un tratado que los funcionarios navales de dicha nación negociaron de inmediato. A Ḥāmid lo enviaron de vuelta a Egipto, y Eaton, hostigado por el desencanto, regresó a su patria, que jamás ha reconocido como es menester la aportación que hizo a su historia.

La compra de la Luisiana que efectuó Jefferson en 1803 elevó casi al doble la superficie de Estados Unidos. Esta resuelta decisión, que no dejó pasar la ocasión que brindaba la inesperada venta de territorio francés ofrecida por Napoleón, se adoptó —tal como reconoció sin reservas el propio Jefferson— sin autoridad constitucional alguna; pero garantizó la estabilidad de la nación y dio origen a lo que su tercer presidente denominó un «imperio para la libertad». Asimismo, le valió la segunda legislatura presidencial por una mayoría aplastante.

No falta quien haya censurado por sus actitudes raciales al ser que declaró que «todos los hombres son creados iguales». Oponente acérrimo de la esclavitud, Jefferson poseía un buen número de siervos en su plantación de Virginia. *Notes on Virginia*, su único libro, revelaba, al abordar el asunto, una firme oposición al cruce entre razas y, en ocasiones, un grado sorprendente de racismo.

Él mismo reconoció el carácter básicamente hipócrita de su postura, fundado en un enfrentamiento irreconciliable entre la justicia y la propia conservación. «Tenemos al lobo cogido por las orejas —señaló al abordar con un amigo el asunto de la esclavitud—, y ahora no podemos seguir sujetándolo ni soltarlo sin grave riesgo». Aunque puso el mismo empeño en salvaguardar su vida privada de la posteridad que en mantenerla fuera del alcance de sus contemporáneos, lo que sabemos de ella pone de relieve la confusión que dominaba sus actitudes. Hasta hace poco no se ha revelado que, siendo embajador ante Francia (1785-1789), entabló una larga relación sentimental con su esclava Sally Hemings (hermanastra de su difunta esposa Martha, a la que tanto amó).

Su energía y su creatividad eran excepcionales. Sabía francés, italiano, español, latín, griego y anglosajón. A los setenta y un años de edad leyó en su lengua original las obras de Platón —y juzgó que estaban sobrevaloradas—. Cotejó diversos dialectos nativos americanos. El entusiasmo que profesaba a la arqueología lo llevó a emplear métodos nuevos de excavación en los túmulos indígenas hallados en su hacienda, y su pasión por la enología, a promover la instauración de viñedos en Estados Unidos. Volvía de sus viajes con

plantas y semillas que pasaba a hurtadillas a fin de enriquecer su nueva nación. Inventó una silla giratoria y una forma primitiva de puerta automática. También fue un magnífico arquitecto, y, de hecho, dos de sus proyectos —la Universidad de Virginia y Monticello, su finca virginiana— están considerados Patrimonio de la Humanidad en nuestros días. Su biblioteca, que legó a la nación estadounidense, se convirtió en la Biblioteca del Congreso.

Cuando tuvo por residencia la Casa Blanca, el presidente Jefferson recibía a sus visitas en pantuflas. El «sabio de Monticello» recibía a quien deseara hablar con él, y solo de manera ocasional se refugiaba en su retiro de Poplar Forest en busca de la soledad que tanto ansiaba. Toda la nación deseaba aprender del radical republicano que había demostrado ser el más excelso constructor de Estados Unidos. Murió, como su viejo amigo John Adams, el 4 de julio de 1826, cuando se celebraba el quincuagésimo aniversario del día en que su Declaración de Independencia propugnó la libertad en todo el mundo.

Toussaint Louverture

(c. 1743-1803)

El Espartaco... que tenía por destino vengar las afrentas sufridas por su raza.

Conde de Lavaux, gobernador general de Saint-Domingue

Toussaint Louverture fue el padre fundador de Haití. Tras vivir como esclavo de una plantación y ganarse la libertad, promovió la emancipación de cientos de miles de sus semejantes y la creación del primer estado negro del planeta. Su aptitud política y militar lo llevó a dirigir la revolución haitiana desde principios de la década de 1790 y a expulsar de Haití a tres naciones tan poderosas como Francia, España y Gran Bretaña. Aunque sus enemigos se mostraron en ocasiones inflexibles, dejó tras sí a un país libre de la esclavitud y transformado por sus dotes de mando ilustradas.

«Nací esclavo —afirmó en una ocasión—, pero la naturaleza me ha dado el alma de un hombre libre». Los primeros años de su existencia demostraron con creces la verdad de este aserto. El padre de François Dominique Toussaint había sido enviado por los tratantes franceses a Saint-Domingue (colonia de Francia que ocupaba el tercio más occidental de la isla de La Española y que con el tiempo recibiría el nombre de Haití). No tardó en ascender entre los sirvientes de su señor, el conde de Breda. Inteligente por naturaleza y lo bastante afortunado para recibir una formación básica en las lenguas francesa y latina, rechazó las creencias vudúes de muchos de sus compañeros de esclavitud y no abandonó jamás su condición de católico ferviente. Llegado 1777 había servido de conductor de ganado, curandero y cochero, hasta alcanzar el puesto de supervisor de la plantación de Breda, por lo común reservado a los blancos.

Toussaint obtuvo la libertad a la edad de treinta y cuatro años, tras lo cual cultivó un terreno de seis hectáreas con trece esclavos

propios. El primer alzamiento de la revolución haitiana se produjo en 1790 y tuvo por cabecilla al reformista mulato Vincent Ogé; pero Toussaint no participó en él. En agosto del año siguiente estalló otra revuelta con el amotinamiento de miles de esclavos negros en todo Saint-Domingue. Toussaint paró mientes en que no podía dejar pasar esta última, más multitudinaria, y, en consecuencia, tras ayudar a escapar a la familia de su antiguo amo y enviar a la suya propia a un lugar seguro del lado español de la isla, se unió a las filas de los rebeldes.

Había allí más de medio millón de esclavos de Saint-Domingue, frente a solo 32 000 colonos europeos y 24.000 *affranchis* (libertos mulatos y negros). Aunque el ejército negro no pasaba de ser un conjunto de gentes andrajosas y mal pertrechadas, no tardaron en hacerse notar su superioridad numérica y el brillante adiestramiento en tácticas de guerrilla que brindó Toussaint. Como reconocimiento a su sobresaliente caudillaje, se le asignó el apellido de Louverture (por *l'ouverture*, «la apertura militar»).

En 1793 estalló la guerra entre Francia y España. A esas alturas, Toussaint se había convertido en una figura de relieve del ejército negro haitiano. Sus dotes de mando habían suscitado la admiración en muchos sectores y le habían granjeado la lealtad de aliados de talento como Jean-Jacques Dessalines y Henri Christophe, ambos futuros dirigentes de Haití.

El año siguiente, la presión hizo mella en los franceses, y el gobierno revolucionario de París declaró el fin de la esclavitud. En lo que algunos han visto un cambio radical de postura solapado contra sus

antiguos aliados, Toussaint abandonó a los españoles y se declaró leal a Francia. El conde de Lavaux, gobernador francés de Saint-Domingue, lo nombró vicegobernador y expulsó a aquellos.

En 1795 había alcanzado ya, en general, la distinción de héroe. Los negros manumisos lo adoraban, en tanto que los blancos y los mulatos respetaban su postura, severa pero justa, en lo tocante a la economía, en virtud de la cual permitió el regreso de los colonos emigrados y se sirvió de la disciplina militar a fin de obligar a trabajar a los ociosos. Promovió la reconciliación racial entre blancos y negros, llevado del firme convencimiento de que, pese a su pasado de opresión, esclavitud y persecución, los negros de su nación podían extraer lecciones muy provechosas de las gentes blancas. Merced a su popularidad personal y su perspicacia política, conservó su cargo mientras veía sucederse a diversos gobernadores franceses.

Su astucia se hizo patente entre 1798 y 1799, cuando tras una serie de negociaciones secretas, logró que Gran Bretaña se aviniera a retirar se de Haití. El acuerdo al que llegó le permitió vender azúcar y comprar armas y provisiones. A cambio, se comprometió a no invadir territorios pertenecientes a los británicos, como Jamaica, si bien rechazó la oferta que le hicieron estos de otorgarle el título de rey de Haití: durante toda su vida mantuvo ser un verdadero ciudadano francés. En 1801 invadió el lado español de La Española, con lo que ocupó toda la isla, liberó a los esclavos españoles y sorprendió a los blancos derrotados al mostrarse magnánimo en la victoria. Se erigió a sí mismo en gobernador general y se afanó por

convencer a Napoleón de su lealtad. Todo empeño fue en vano, sin embargo, siendo así que este último consideraba a Toussaint un obstáculo para la rentabilidad de Haití y una afrenta al honor de Francia. En diciembre de 1801 envió a una poderosa fuerza de invasión acaudillada por su cuñado, el general Charles Leclerc (a quien acompañaba su esposa Pauline, hermana ninfómana del emperador), a fin de destituir al haitiano.

En mayo de 1802, tras meses de violentos combates, Toussaint se resignó a deponer las armas y retirarse a su granja. Sin embargo, no se le permitió permanecer en su amada nación: lo arrestaron junto con su familia, y a él lo enviaron a Francia a bordo de un buque de guerra. De allí lo trasladaron, en agosto, al castillo alpino de Fort-de-Joux. Desolado y solo en un calabozo diminuto, escribió cartas en las que rogaba a Napoleón que se le concediera un juicio justo. El destinatario jamás dio respuesta alguna, y Toussaint murió de neumonía en 1803: un final triste para una vida tan grande como la suya, si bien su legado —la República Negra Libre de Haití— subsistió.

Talleyrand

(1754-1838)

Tengo para mí que no haríamos injusticia alguna a su persona si aceptásemos lo que aseguraba ser: el prototipo, el representante del tiempo

*en que vivió. Pero ¡por Dios bendito!
¡Qué tiempo, aquel!
Barón de Vitrolles*

Talleyrand fue el gran maestro indiscutible de la diplomacia. Venal sin lugar a dudas, promiscuo en lo sexual, supuestamente amoral en cuanto atañe al carácter y capaz de incurrir en cualquier crueldad por lograr sus objetivos, aunque a un mismo tiempo encantador e ingenioso, supo mantener una coherencia sorprendente en sus opiniones. Defensor denodado de la tolerancia y el liberalismo, propugnaba, en el ámbito gubernamental, una monarquía constitucional a la británica, y en el de los asuntos internacionales, el equilibrio de poder y el estado de derecho. Fue, durante toda su vida, enemigo acérrimo de la autoridad fundada en la conquista y la fuerza.

Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord, nacido en el seno de una familia de rancio abolengo, estaba abocado al sacerdocio de resultas de un «pie dislocado», discapacidad que llevó también a sus padres a desheredarlo en favor de su hermano menor. Talleyrand aprendió muy pronto que el encanto y la astucia podían contrarrestar con creces los efectos de aquella extremidad contrahecha.

Lo cierto es que parecía capaz de prosperar en cualquier circunstancia. En calidad de arzobispo de Autun, boyante a la par que decadente, en los años finales del reinado de Luis XVI (1754-1793), defendió con ahínco los privilegios de la iglesia al tiempo que se revelaba como el religioso revolucionario que los echó por tierra

con no menos entusiasmo. Siempre mantuvo posturas moderadas. Gracias a un oportuno viaje al extranjero emprendido por motivos diplomáticos en 1792, se libró de los peores excesos de la guillotina. Durante ese tiempo residió en Gran Bretaña y en América, y al regresar a una Francia menos sedienta de sangre en 1796 se las ingenió para refutar los cargos de conducta contrarrevolucionaria presentados contra él; obtuvo el puesto de ministro de Asuntos Exteriores en 1797, y entabló alianza con el pujante general Napoleón Bonaparte a fin de organizar su toma del poder. Desde su Ministerio le ayudó a diseñar su ascenso a la dignidad de emperador de los franceses, tras lo cual ejerció de gran chambelán suyo y obtuvo el título de príncipe de Benevento. Tomó parte en algunos de los abusos de Napoleón —y en particular en el secuestro y ejecución del duque de Enghien y en la desastrosa aventura española—, aunque no tardó en advertir que las ambiciones de este se habían vuelto despóticas y egoístas. Tras verse humillado por el emperador, quien lo describió como «una mierda envuelta en una media de seda», se propuso acabar con él.

Por encima de todo, en un tiempo dominado por la guerra, Talleyrand deseaba ver reinar la paz y la estabilidad en Europa, aun cuando para ello fuera necesario recurrir a engaños e intrigas secretas. En el congreso de Erfurt de 1808 convenció en secreto a Rusia de que se opusiera a los designios europeos de Napoleón, y en adelante ayudó al zar Alejandro I a derrocar al emperador (para quien hizo también las veces de casamentero al concertar su matrimonio con Maria Luisa de Austria y garantizar con ello un

acuerdo religioso con el papa). A la caída de Napoleón, en 1814, Talleyrand supervisó la capitulación de París y abrió las puertas de su casa al victorioso Alejandro, favoreció la restauración del rey Borbón Luis XVIII y formó un gabinete liberal en calidad de primer ministro.

No obstante, su acción diplomática más audaz fue la que permitió su participación en el congreso de Viena de 1815. Francia, derrotada por completo y considerada en Europa una nación agresiva y regicida sin remedio, corría el riesgo de quedar repartida entre los aliados victoriosos. Talleyrand, sin embargo, se las compuso para conseguir un lugar para ella en la mesa de negociaciones y fracturar a continuación la coalición anti francesa. El tratado resultante devolvió a Francia las fronteras de 1792 y la libró del pago de reparación alguna, con lo que siguió siendo una gran potencia.

Tras el breve resurgimiento de Napoleón y la derrota definitiva sufrida en Waterloo en 1815, Talleyrand, erigido en príncipe, volvió a ocupar el puesto de primer ministro, desde el cual abogó por una monarquía liberal como la británica. Tras verse obligado a dejar el cargo por los ultra realistas, siguió siendo un noble respetado hasta que otra revolución derrocó a los tozudos Borbones en 1830. Aquel mismo año regresó triunfal bajo la égida de la Monarquía de Julio del rey Luis Felipe y asumió la plaza de embajador ante Londres, gloriosa culminación de una carrera diplomática de más de cuarenta años.

Este sobreviviente de diversos sistemas radicalmente distintos no dejó nunca de ser, sin embargo, en algunos aspectos, símbolo desafiante de un modo de vida de otro tiempo. «Nadie que no haya vivido bajo el Antiguo Régimen —murmuró en cierta ocasión— sabrá cuán deliciosa puede llegar a ser la vida». Sin embargo, quienes conocieron la Francia de Napoleón y de la restauración borbónica y asistieron al *lever* semi público diario de Talleyrand —el último de su especie— recibieron una vislumbre llamativa de la extraordinaria pompa y precisión de aquel mundo ya desaparecido. Talleyrand consagraba las dos primeras horas de la mañana a su *lever*, la seria ocupación de levantarse a diario. Rodeado en todo momento, como los monarcas de la Francia pre revolucionaria, por una multitud de cortesanos y espectadores que observaban y asistían cada uno de sus movimientos, hacía del acto de vestirse todo un acontecimiento público. Sus aposentos se hallaban abiertos a quien quisiera estar presente, siempre que fuera divertido o acudiera provisto, cuando menos, de las últimas noticias y chismes. Su despertar constituía una oportunidad incomparable para hacer contactos e intercambiar información y ocurrencias. Hombres de estado, damas de la sociedad, médicos, académicos, financieros y aun, de cuando en cuando, el zar de Rusia poblaban de forma regular la estancia del príncipe en este momento del día. Poco antes de las once de la mañana, mientras hombres y mujeres de todas las edades comentaban los últimos sucesos, Talleyrand —una verdadera momia que se acostaba en un lecho provisto de una profunda depresión por el gran temor que sentía ante la posibilidad

de caerse de él durante el sueño— entraba cojeando en la sala envuelto en franela blanca y tocado con gorro de dormir.

El anciano Courtiade, el ayuda de cámara más reputado de la época, dirigía el proceso. Dos ayudantes más jóvenes acicalaban la larga cabellera gris del diplomático, sentado al calor del hogar. Entonces le llevaban una esponja en jofaina de plata a fin de que se lavara el rostro, y una vez completa dicha operación le colocaban, de inmediato, el sombrero sobre sus rizos empapados en pomada. A continuación, el hombre que conservaba la mejor mesa de Francia se limitaba a desayunarse con una taza de manzanilla seguida de dos de agua templada que inhalaba por los orificios nasales y expelía por la boca.

Sin levantarse, y aderezado ya de cuello hacia arriba, aguardaba mientras le desnudaban las piernas y dejaban al descubierto sin recato alguno el pie zopo sobre el que tan susceptible se mostraba. Sus criados lavaban y secaban su pie izquierdo, largo y plano, y el derecho, atrofiado y nudoso, y después, mientras deambulaba por la estancia firmando cartas, escuchando la lectura de diversos artículos del diario y soltando un rosario de sus genialidades de proverbial comedimiento, lo perseguían a fin de desvestirlo y ayudarlo a ponerse una serie de prendas abundante en exceso.

Dos horas después de haber salido cojeando de su alcoba, ataviado con un fárrago de corbatas y chalecos y varios pares de medias, permitía a su ayuda de cámara que añadiese el toque final: los calzones. Vestido ya por completo y hecho todo el papeleo,

intercambiados los chismes oportunos y desayunado de las noticias del día, Talleyrand estaba listo para enfrentarse al mundo.

Vivía con suntuosidad, gustaba de recibir sobornos —con lo que ofendía a los diplomáticos estadounidenses, un tanto más correctos— y desplegaba una promiscuidad exuberante que tuvo por fruto, cuando menos, cuatro hijos ilegítimos. Se unió en matrimonio a una cortesana de reputación poco encomiable, tuvo muchas aventuras con toda una legión de amantes hermosas, y su último amor fue su propia sobrina, la duquesa de Dino. Cuando le preguntaron si creía en la amistad platónica con las mujeres, repuso: «Después; antes, no». Sin embargo, era un hombre de principios sólidos. Participó en la redacción de la Declaración de los Derechos del Hombre, y, al cabo, era hijo de la Ilustración, cuyos ideales había ensalzado desde su más temprana mocedad. Su fe en la monarquía constitucional lo llevó a brindar su apoyo al candidato que más dispuesto parecía a instaurarla, para lo cual fueron necesarios cambios camaleónicos de alianza en la turbulencia de la Francia revolucionaria que le atrajeron no pocas acusaciones de traición oportunista. Cuando calificó el *brie* de «rey de los quesos», cierto contemporáneo comentó que, de hecho, era el único monarca al que jamás había traicionado. Con todo, difícilmente podrá considerarse exclusivo su disimulo. «La traición —afirmaba— no es más que una cuestión de fechas».

Diplomático hasta el final, en su lacho de muerte se reconcilió con la iglesia y recibió los últimos sacramentos.

Mozart
(1756-1791)

*No puedo escribir sobre Mozart;
solo puedo idolatrarlo.*

Richard Strauss

Wolfgang Amadeus Mozart, nacido en la ciudad austríaca de Salzburgo, fue la personificación del genio, un niño prodigio que se convertiría en uno de los compositores más brillantes de la historia de la música clásica occidental. Saltando de género en género, creó en su breve existencia algunas de las composiciones más excelsas y melódicas de todos los tiempos.

Ya de pequeño se convirtió en el prodigio musical de su tiempo en cuanto virtuoso del teclado, e hizo giras por las capitales y las cortes europeas acompañado por su hermana Nannerl y bajo la dirección de su padre, Leopold, experto a quien no costó reconocer las dotes precoces de sus hijos. A fuer de padre afectuoso y proselitista diligente, los vestía a la última y gustaba de aseverar al desgaire: «Solo nos relacionamos con aristócratas y otras gentes distinguidas». Wolfgang comenzó a componer a los cinco años de edad; a los siete ya había alcanzado la madurez interpretativa, y a los ocho había escrito su primera sinfonía. Leopold escribió con satisfacción de sus primeras partituras: «Imaginad la sensación que van a causar esas sonatas en todo el mundo cuando el público lea en la cubierta que son obra de un niño de siete años».

Aun los más escépticos hubieron de reconocer que no había truco alguno tras la precocidad de aquel chiquillo. A la edad, tierna aún, de trece años, Wolfgang se había convertido en un artista de genio musical sin parangón del que Johann Hasse (1699-1783), uno de los compositores más eminentes de la época, comentó al parecer: «Ha hecho cosas que para su edad resultan de veras incomprensibles, y que serían ya asombrosas en el caso de un adulto».

Su versatilidad era pasmosa. Escribió música de cámara, óperas, sinfonías, misas... Puede decirse que inventó el concierto para piano solista, y su uso del contrapunto es tan revelador como sus melodías intachables y sus sutiles cambios armónicos. También es proverbial la velocidad a la que componía: apenas necesitó dieciséis días para escribir su magnífica sinfonía N° 41 en *do* mayor, llamada *Júpiter*, y todo apunta a que la obertura de su ópera *Don Giovanni* salió de su pluma la víspera de su estreno. El alcance de su genio no hizo sino aumentar con los años, y así, de los exuberantes conciertos para violín de su adolescencia pasó a componer óperas deslumbrantes como *Las bodas de Fígaro* o *La flauta mágica*, y obras maestras de estilo clásico tardío como el *Quinteto para clarinete* de 1789. Su muerte, ocurrida a los treinta y cinco años, dejó al mundo de la música con el enigma perpetuo de adónde podía haber llegado este compositor de dotes sublimes de haber vivido hasta la vejez.

Los autores de la época no vacilaron nunca en reconocer su ingenio. Para Josef Haydn (1732-1809), decano musical de aquel período,

fue «el más grande compositor... ya en persona, ya de nombre». Franz Schubert (1797-1828), por su parte, no pudo menos de quedar pasmado ante los «mágicos sonidos de la música de Mozart». La respuesta del público, sin embargo, fue menos uniforme. Hubo quien juzgó «difíciles» sus tres últimas sinfonías, en tanto que otras de sus obras se criticaron por «audaces» o demasiado complejas. Sin embargo, en el momento de su muerte todos lo tenían en alta estima, y hoy no hay profano ni profesional que no reconozca lo que cierto director ha descrito como «la seriedad de su encanto y lo altivo de su belleza».

Sus mecenas palaciegos no se mostraron tan generosos. Mozart, siempre escaso de dinero, sentía una gran frustración ante su falta de independencia, y este hecho y lo exiguo de sus remuneraciones fue causa, con frecuencia, de relaciones tormentosas. Desde 1773 compuso para la corte de Salzburgo, pero en 1781, cuando se requirieron sus servicios en la corte vienesa del emperador José II, montó en cólera al verse ejerciendo de criado y percibiendo, en consecuencia, un salario por demás magro. Airado, exigió que lo exonerasen del puesto que ocupaba, lo que, conforme a una carta suya de junio de aquel año, hicieron «con una patada en el culo... por orden de nuestro venerable príncipe arzobispo». Durante toda su vida dio muestra de la misma mezcla de seriedad y carácter juguetón que destila toda su música. De niño fue cariñoso, y la difícil relación que mantuvo con su padre, hombre dominador, lo empujó a buscar en todo momento la aprobación de los demás: al parecer, al visitar Viena a los seis años, se lanzó al regazo de la

emperatriz María Teresa a fin de abrazarla. De adulto, este genio de constitución menuda conservó parte de su conducta infantil en su terca extravagancia, su sexualidad abierta y en ocasiones tosca, y el humor escatológico inconfundible que hizo que, siendo adolescente, escribiera a su primer amor: «Que tengas buenas noches, y te cagues en la cama hasta que cruja».

El músico para quien, según sus propias palabras, componer constituía el único «deleite y pasión» de su vida, no era ningún genio solitario. Si bien las relaciones con su padre se deterioraron en años posteriores, el amor que profesaba a su esposa, Constanze, no se extinguió jamás, a despecho de la desaprobación de Leopold. Aun así, tras la muerte de este último, ocurrida en 1787, Mozart, quien había fijado en Viena su residencia permanente, atravesó un período de relativa esterilidad musical. Ante el temor de verse sumido en la pobreza, escribió toda una sucesión de peticiones a sus patrocinadores, sus conocidos y sus hermanos masones. Si bien nunca se encontró en la miseria, tuvo que depender de los ingresos que le proporcionaban la docencia y la interpretación de sus obras. Vivió más allá de sus posibilidades, pues sentía debilidad por las prendas a la última y pasó media vida satisfaciendo las deudas contraídas con amigos y editores.

Su última obra, el *Réquiem* por antonomasia, está rodeada de misterio. Cuenta la leyenda que Salieri, celoso rival de Mozart, lo envenenó mientras trabajaba frenético en su composición, encargo de un corresponsal anónimo. Sin embargo, quizá se compadezcan más con la realidad un ataque agudo de fiebre reumática y el afán

de cierto mecenas de la nobleza por hacer pasar por propias las composiciones de Mozart. Así y todo, su modesto entierro —que no fue, sin embargo, el propio de un indigente del que habla la tradición— puso broche al mito del genio abandonado.

Robespierre

(1758-1794)

Este hombre llegará lejos, porque cree en cuanto dice.

Conde de Mirabeau en los albores de la Revolución

Maximilien de Robespierre fue el prototipo del dictador europeo moderno: su mojigata visión de la virtud y el terror republicanos, y la brutal matanza que desató en su nombre fueron objeto de estudio de los bolcheviques rusos y ayudaron a inspirar las multitudinarias carnicerías totalitarias del siglo XX. El nombre de quien fue llamado «el Incorruptible Verdemar» es ya sinónimo de la pureza fatal y la corrupción degenerada del Terror que siguió a la Revolución Francesa de 1789 y culminó con el ajusticiamiento del rey Luis XVI el 21 de enero de 1793. Dicho período no solo ilustró los peligros adulterados de los monopolios utópicos de la «virtud», sino también cómo acaba por devorar a sus propios hijos este género de caza de brujas.

Nació en la región de Artois, en el norte de Francia, y aunque su familia gozaba de no poca seguridad desde el punto de vista de las

finanzas, no puede decirse que tuviera una infancia feliz. Su padre era alcohólico, y su madre murió cuando él apenas había cumplido los seis años. Aun así, el joven Maximilien logró hacerse con una plaza para estudiar derecho en el prestigioso Lycée Louis-le-Grand de París, y no tardó en adquirir cierta reputación de populista siempre dispuesto a defender al pobre frente al rico.

Como muchos de los otros profesionales jóvenes que habrían de abanderar la Revolución —como el fanático abogado Louis de Saint-Just (a quien más tarde asignarían el sobrenombre de «Ángel de la Muerte») o el periodista radical Jean-Paul Marat—, se empapó con entusiasmo de las teorías del filósofo suizo Jean-Jacques Rousseau, cuya idea de «contrato social» sostenía que un gobierno debía fundarse sobre la voluntad del pueblo para ser legítimo por entero.

Pese a lo recargado de su aspecto —era normal verlo tocado con las pelucas empolvadas propias de los aristócratas manirroto de la Francia del Antiguo Régimen—, Robespierre, hombre de voz débil, estatura modesta y complexión pálida, no poseía una figura imponente. Sin embargo, tal como dijo de él el conde de Mirabeau al principio de la Revolución, lo hacía avanzar la convicción que profesaba a cuanto decía.

Después de la toma de la Bastilla, acontecimiento que dio el pistoletazo de salida a la Revolución en julio de 1789, Robespierre se alineó con la extrema izquierda política. En calidad de representante de Artois en la Asamblea Constituyente, instaurada aquel mismo mes a fin de aprobar una nueva Constitución, colaboró de forma activa con la facción radical de los jacobinos, rivales de los

girondinos. Sus ideas fueron recibidas con agrado por la burguesía parisina, y no tardó en subir como la espuma. En 1791 se le concedió el puesto revolucionario de acusador público —que le brindaba el poder de decidir sobre la vida y la muerte de todos los ciudadanos sin mediación de tribunal ni apelación—, y al año siguiente, el de primer diputado por París.

Fue entonces cuando lo aquejó una paranoia implacable respecto de los posibles enemigos de la Revolución, y en diciembre de 1792, cuando se sustanció el juicio contra Luis XVI, este crítico feroz de Su Majestad declaró: «Luis debe morir para que pueda vivir la nación».

Por encima de todo fue con la investidura de principal integrante del Comité de Salvación Pública como se creó su sangrienta reputación. Este tribunal revolucionario, instaurado por la Convención Nacional en abril de 1793, estaba investido de poderes dictatoriales ilimitados. Robespierre entró en él como miembro electo en julio de 1793 e instigó enseguida el llamado Terror. Diez mil «traidores» — todo aquel que hubiese manifestado su afinidad con la monarquía o expresado su convencimiento de que los jacobinos habían ido demasiado lejos en su búsqueda incansable de «enemigos del pueblo»— sufrieron arresto y perdieron la cabeza en la guillotina sin que mediara juicio alguno. En realidad, se liquidó a cuantos Robespierre tenía por enemigos. Se empleó la maquinaria estatal para acallarlos. El propio «Incorruptible» se encargó personalmente de que fuesen ejecutados, en abril de 1794, sus rivales Georges Danton y Camille Desmoulins.

Sus aliados y él centraron su atención en la oposición cada vez mayor con que contaba el movimiento revolucionario en Lyon, Marsella y la Vendée, región de la Francia rural de poniente. Después de matar de forma sistemática por orden de Robespierre más de cien mil hombres, mujeres y niños, el general François-Joseph Westermann comunicó por carta al Comité: «Ya no existe la Vendée. He aplastado a los niños bajo los cascos de mis caballos, aniquilado a las mujeres... los he exterminado. Los caminos están cubiertos de cadáveres». Para Robespierre, la virtud revolucionaria llevaba aparejada el Terror. Según lo expresó en febrero de 1794: «Si la energía del gobierno popular procede de la virtud en tiempos de paz, en la revolución proviene a un tiempo de la virtud y del terror: de la virtud, sin la cual el terror es funesto, y del terror, sin el cual la virtud es impotente».

La Convención Nacional, cada vez más enajenada por su tiranía, se volvió de forma resuelta contra él cuando la acusó de estar conspirando a fin de expulsarlo. Cuando, en consecuencia, se emitió la orden de arresto contra su persona, se refugió en el ayuntamiento de París, en donde todavía gozaba de no poca influencia. Cuando irrumpieron los soldados en el edificio a fin de aprehenderlo, Robespierre, rodeado de sus secuaces Georges Couthon, Louis de Saint-Just, Philippe le Bas y François Hanriot, trató de suicidarse. El disparo, sin embargo, le alcanzó en la boca y le desprendió la mandíbula. Sangrando con profusión y aullando en su agonía, lo sacaron de allí a la carrera para acabar con su vida en la guillotina, tal como había ocurrido a tantos de sus oponentes.

Algunos tienen a Robespierre por uno de los padres fundadores de la democracia social y consideran que sus excesos revolucionarios fueron fruto de su defensa de la causa del pueblo, en tanto que son muchos más quienes lo ven como un déspota hipócrita cuyo Terror fue precursor de las matanzas totalitarias que perpetraron Hitler y Stalin en tiempos modernos.

Nelson

(1758-1805)

Mañana, a estas horas, me habré ganado un lugar entre la nobleza o en la abadía de Westminster.

Comentario hecho la víspera de la batalla del Nilo (1798)

Horatio Nelson, uno de los capitanes navales más audaces de la historia, garantizó el dominio británico de los mares a través de una serie de victorias deslumbrantes obtenidas durante las guerras revolucionarias y las napoleónicas. Venerado en su tiempo a despecho de una vida amorosa demasiado complicada y pública, ha gozado desde entonces de no poca celebridad por haber salvado al Reino Unido de la invasión mediante la derrota de las Armadas francesa y española sobre el cabo de Trafalgar en 1805. Su muerte, acaecida en el instante mismo de su victoria, le valió un lugar especial en el panteón de los héroes militares británicos.

Desde el día en que su tío, capitán naval, lo embarcó en el *Raisonnable* a la edad de trece años, pasó ocho aprendiendo la profesión de oficial de la Armada en las Indias Occidentales y en una expedición al Ártico. Entró por vez primera en combate durante la guerra de Independencia estadounidense, y a los veintiún años ejerció de capitán en la fragata *Hinchinbrooke*. Era arrojado y a menudo impaciente, y tales cualidades, que lo hicieron merecedor de la admiración de algunos, también le granjearon cierta impopularidad.

Destinado en el Mediterráneo cuando estalló la guerra con la Francia revolucionaria en 1793, perdió la visión del ojo derecho durante el sitio de Calvi al año siguiente al recibir en el rostro el impacto de las piedras disparadas por el enemigo. En marzo de 1795, al mando del *Agamemnon*, buque de 64 cañones, representó un papel vital en la captura de dos naves francesas.

La llegada de *sir* John Jervis en calidad de comandante en jefe de la flota mediterránea le fue de gran utilidad, pues se le concedió total libertad para sacar provecho de sus dotes de mando naturales. Durante la batalla del cabo de San Vicente, se encontraba al frente del trozo de abordaje que apresó al buque español *San Nicolás* y, a continuación, el *San José*, embarcación de mayor porte. El que un oficial de su graduación se lanzara de semejante guisa al combate carecía por completo de precedentes. Nelson tuvo ocasión de disfrutar de la admiración que le dispensó el público tras la victoria, y a la que fueron a unirse la obtención del título de *sir* y el ascenso a contraalmirante.

Pese a su renombre personal, la moral de los marineros de a pie de la Real Armada se hallaba bajo mínimos, y el año de 1797 fue testigo de varios motines en aguas británicas. Nelson recibió el mando del *Theseus* volvió a ponerse a la cabeza de los abordajes, elevando así los ánimos de su dotación a fuerza de carácter —cosa que se haría célebre como «el toque de Nelson»—. Mientras trataba de asaltar la ciudad insular de Santa Cruz de Tenerife recibió heridas de consideración que se tradujeron en la amputación de su brazo derecho. En 1798 se hizo con una victoria deslumbrante ante la flota francesa en la batalla del Nilo. La inferioridad de su artillería no impidió a la inglesa hacer saltar por los aires *L'Orient*, navío de línea pertrechado con 120 cañones, ni apresar o hundir otras diez embarcaciones de la misma clase y dos fragatas. «La palabra *victoria* no basta para describir semejante escena», escribió al respecto quien estaba a punto de convertirse en el barón Nelson del Nilo. Toda Europa lo observaba, y la coalición anti francesa recibió un impulso colosal por la actuación de la Real Armada.

Entre 1798 y 1800, pasó gran parte de su tiempo en Sicilia, en los brazos de la joven Emma Hamilton, relación que dio pie a un sonado escándalo por ser ella esposa del añoso enviado británico a Nápoles. *Lady* Hamilton dio a luz a un hijo de Nelson en 1801, el mismo día que él recibió noticia de que se le iba a otorgar el puesto de comandante segundo de la flota inglesa destinada sobre la costa danesa de Copenhague. Durante la batalla, cuando su superior, el vicealmirante Parker, izó el gallardete de retirada, él hizo caso omiso de la orden colocándose el telescopio en el ojo privado de visión.

Nelson recibió el título de vizconde, y en 1803 volvió al Mediterráneo convertido en comandante en jefe de la flota allí destinada. Dedicó buena parte del año siguiente a hostigar a la flota francesa de un lado a otro del Atlántico durante una persecución que cautivó al público británico, y, a su regreso a Londres, no había rincón al que fuese en que no se arracimara el gentío a su alrededor.

El de 1805 fue el año de su apoteosis. El 21 de octubre se enfrentó a la flota combinada franco-española, mandada por su archienemigo, el almirante Villeneuve, sobre el cabo Trafalgar. Hizo cara a 33 embarcaciones enemigas con 27 buques propios después de enviar a los suyos la siguiente señal: «El Reino Unido espera de cada hombre que cumpla con su deber». Al mediodía comenzó el combate, que concluiría cinco horas más tarde con la victoria aplastante de los británicos merced a la táctica arrojada e ingeniosa de Nelson. Este, sin embargo, había recibido al principio de la contienda un disparo de mosquete que le perforó un pulmón y fue a alojarse en su columna vertebral. Murió a las 16.30, supuestamente tras susurrar a uno de sus oficiales: «Béseme, Hardy».

Wellington

(1769-1852)

Nada más que una batalla perdida puede aspirar a producir una melancolía semejante a la de una batalla ganada.

*Despacho remitido desde Waterloo
(junio de 1815)*

Arthur Wellesley, duque de Wellington, fue uno de los generales más capaces de su tiempo y —junto con Oliver Cromwell, el almirante Nelson y el duque de Marlborough— de los caudillos militares británicos más sobresalientes de la historia. Venció a Napoleón en la batalla de Waterloo, que enfrentó a los dos generales europeos más brillantes de su tiempo y que él describió como «una zapatiesta de tomo y lomo; la más reñida que se haya visto».

Wellesley, nacido en Dublín del conde de Mornington, aristócrata angloirlandés, no fue un joven excepcional en el plano intelectual ni en el físico. En 1793 abandonó el único don llamativo que poseía al quemar su violín en un melodramático golpe de efecto. Sentó plaza en el ejército y dependió del patrocinio de su hermano mayor, militar de éxito, para ascender al puesto de teniente coronel al mando de su propio regimiento.

Viajó a la India en 1797, y durante el largo trayecto estudió libros sobre guerra y táctica militar. Tal esfuerzo se vio recompensado: en 1802 se enfrentó en Assaye a un contingente de cincuenta mil maratas capitaneados por franceses, y sirviéndose de una elección muy poco convencional de posiciones en el campo de batalla y de su arrojado caudillaje, salió triunfante contra todo pronóstico de un combate sangriento. Más tarde calificaría aquella victoria de lo más notable que hubiese hecho nunca en el frente.

En 1805, a su regreso al Reino Unido, se le otorgó una orden militar y contrajo matrimonio con Kitty Pakenham, mujer tímida y corta de vista con la que nunca fue feliz. Estuvo destinado en Dinamarca e Irlanda durante breves períodos en los que adquirió mayor distinción; sin embargo, su partida a fin de combatir a los franceses en la península Ibérica en 1808 estuvo a punto de poner fin a su carrera militar cuando, frustrado por tener que compartir el mando con generales ineptos, firmó a la carrera un tratado con aquellos sin leer siquiera sus insensatas condiciones. Se le sometió a interrogatorio y a no pocas críticas, aunque logró salir adelante y aun asesorar al secretario de Guerra, el vizconde de Castlereagh, sobre el modo de plantear ataques económicos pero eficaces. Este último le concedió el puesto que marcaría el comienzo de su ascenso a la grandeza.

El ejército británico disponía en la Península del número de hombres necesario para sostener campañas defensivas, y aun para sitiar ciudades populosas y castillos; pero no de la fuerza necesaria para sacar provecho de estos logros. Él derrotó al francés en Talavera (por lo cual recibió el título de vizconde de Wellington) y se las compuso para defender Lisboa del ataque de aquel mediante la construcción en secreto de una red de fortificaciones. Pese a la sucesión de victorias británicas obtenidas en Vimeiro, Buçaco, Almeida y otros lugares, vio frustradas a menudo sus ambiciones de avanzar de Portugal a España.

En 1812 cambiaron las cosas: Wellington se abrió camino hasta Madrid y persuadió al gobierno de España a nombrarlo generalísimo

de sus ejércitos. Dos años después, los franceses se habían visto obligados a regresar a sus fronteras. Entonces, asegurándose de que sus ejércitos estuviesen mejor organizados y aprovisionados que los de Napoleón, invadió la nación de este. Impuso entre sus hombres una notable disciplina y se esforzó por respetar la religión y la propiedad del pueblo español, conforme a la valiosa lección que había aprendido en la India. Con sus soldados, que describió como «la escoria de la tierra», había derrotado al mariscal Massena, tal vez el mejor general de Francia; pero nunca se había visto cara a cara con el mismísimo Napoleón, y, de hecho, albergaba la esperanza de no tener que hacerlo nunca.

A esas alturas era el hombre más célebre del Reino Unido. Se le habían concedido un ducado, la embajada ante Francia y la representación de su país en el congreso de Viena, amén de no pocos honores otorgados por diversos gobiernos europeos. Sin embargo, aún tenía que arrostrar una prueba suprema de su valor militar.

Tras abdicar y verse exiliado en Elba en 1814, Napoleón había logrado escapar y congregado un ejército a su alrededor, y Wellington era el único hombre de Europa al que se tenía por lo bastante competente para acaudillar las fuerzas aliadas frente al emperador, quien se disponía a atacar los Países Bajos. Se hallaba al mando de «un ejército infame, débil y mal pertrechado», y apenas tenía conocimiento de los planes que albergaba el emperador para el campo de batalla. De hecho, no pudo menos de sorprenderse cuando los franceses iniciaron su avance el 15 de junio de 1815. «

¡Cielo santo! —exclamó—. ¡Napoleón me ha burlado! Sin embargo, el día 18, cuando se encontraron los dos ejércitos, tenía dispuestas sus fuerzas en una formación defensiva que se reveló resistente en extremo ante las violentas oleadas de los ataques lanzados por el francés.

Supo mantener la calma durante todo aquel combate riguroso y prolongado, aun a despecho de la tardanza de los refuerzos prusianos, comandados por el mariscal Blücher, y de haber causado baja, muertos o heridos, casi todos los integrantes de su estado mayor. «Jamás me he esmerado tanto en una batalla, ni tampoco he estado tan cerca de la derrota», escribiría después. Sin embargo, aquella victoria, la última de cuantas logró, fue sonada y le valió los elogios de todo el continente.

En calidad de comandante, Wellington se distinguió por su agudo intelecto, su sangre fría, su planificación y su flexibilidad, aunque también por el odio que profesaba al sufrimiento propio del combate. En cuanto hombre, era un ser sociable que disfrutaba de no pocas amistades entre el sexo opuesto y tuvo un largo rosario de aventuras amorosas con damas de alta cuna y cortesanas de orígenes humildes, incluida una actriz francesa de triste memoria que compartió con el mismísimo Napoleón. Cuando una de dichas palaciegas lo amenazó con revelarlo todo, le respondió: «Publícalo y piérdete».

El prestigio obtenido tras la batalla de Waterloo le otorgó un gran ascendiente en el gobierno. Llegada la década de 1820, se había visto arrastrado a la política de partidos, territorio ajeno a su

naturaleza, si bien en el fondo era *tory* y reaccionario. Ocupó, no sin dificultad, el cargo de primer ministro entre 1828 y 1830, y logró un acuerdo en torno a la emancipación de los católicos —su representación política, importante en particular para Irlanda—. Sin embargo, su oposición a cuantos reclamaban una reforma parlamentaria lo llevó a dimitir. En 1834 volvió a ejercer de tal durante un breve período en el que se hizo con todos los ministerios del gobierno. En 1842 retomó, hasta su muerte, su puesto de comandante en jefe del ejército británico.

Un millón y medio de personas se congregaron para contemplar su cortejo fúnebre mientras se dirigía a la catedral de San Pablo en 1852. «Ha caído el último gran inglés», escribió el poeta laureado Alfred Tennyson.

Napoleón I

(1769-1821)

Napoleón era un hombre, y su vida, la zancada de un semidiós.

Johann Wolfgang von Goethe, en Eckermann,

Conversaciones con Goethe

Napoleón dominó su tiempo como un verdadero coloso. Nadie había aspirado a crear un imperio de tamaño magnitud desde los días de Alejandro Magno y Carlomagno. Su ambición se extendió desde Rusia y Egipto, al este, hasta Portugal y el Reino Unido, al oeste, y

aunque no llegó a abarcarlo todo, su brillante caudillaje puso bajo el yugo francés a España, los Países Bajos, Suiza, Italia y buena parte de Alemania —si bien para ello fueron necesarios dos décadas de guerra y unos seis millones de muertos—. Aun cuando sus enemigos lo tuvieron por un tirano —y de hecho había en su gobierno mucho de opresivo—, introdujo en la Europa continental muchos de los principios liberales y racionales de la Ilustración, como el sistema métrico decimal de pesas y medidas, la tolerancia religiosa, la idea de autodeterminación nacional y la legislación civil del Código napoleónico. Era la quintaesencia de la autocracia, pero se mostró tolerante respecto de todas las creencias e ideas, siempre que no amenazaran a su potestad política. No abusó de su poder, salvo en contadas excepciones; carecía de maldad, y no era, sin lugar a dudas, un dictador sádico dado a carnicerías a la manera de los del siglo XX, y aun así, se contaron por millones las víctimas de su ambición personal que murieron en las guerras por él promovidas.

Después de una infancia rebelde, una juventud marcada por la formación militar y el período de servicio que pasó en su Córcega natal durante la Revolución Francesa, adquirió cierto renombre en calidad de experto artillero en la defensa de la ciudad de Tolón frente al inglés en 1793. Dos años más tarde se hallaba en París, en donde tomó el mando de la artillería contra un alzamiento antirrevolucionario y se preció de haber despejado las calles con «el olor de la metralla».

En 1796 entró en Italia a la cabeza de una hueste francesa; expulsó a los austríacos de Lombardía, anexionó varios de los Estados Pontificios y siguió avanzando en dirección a Austria, a la que obligó así a pedir la paz. El tratado resultante dejó a Francia en posesión de la mayor parte del norte de Italia, los Países Bajos y Renania, y Napoleón amplió la lista tomando Venecia.

Todos comenzaron a tenerlo por posible salvador de Francia, y lo cierto es que consiguió que la República dependiese del poder personal que poseía en el seno del ejército. El gobierno agradeció el respiro que supuso su expedición a Egipto, destinada a consolidar los intereses galos a expensas de los británicos. En la campaña de 1798-1799 se apoderó de Malta, y a continuación derrotó a un contingente egipcio que cuadruplicaba en número al suyo durante la batalla de las Pirámides. Si la Armada francesa perdió el dominio del Mediterráneo tras la victoria obtenida por Nelson en la batalla del Nilo, Napoleón hizo marchar a sus fuerzas a través de Egipto y Siria hasta que sucumbieron a la enfermedad. El fracaso en la toma de Acre marcó el final de las hostilidades. Su ambición implacable quedó tan patente en la retirada como en el avance, y así, cuando llegó la hora de retroceder, aniquiló a los prisioneros otomanos y dio a sus médicos orden de matar a algunos de sus propios heridos. Pese a lo desastroso de la guerra sucia que había emprendido en Oriente Medio, abandonó su ejército y regresó a Francia para presentarla como un verdadero triunfo; tanto, que sus exóticos cuentos de gloria lo catapultaron al poder.

En 1799 se hizo con el dominio de Francia merced al golpe de estado del 18 de brumario (9 de noviembre). En cuanto primer cónsul, mejoró la red de carreteras y la de alcantarillado, y reformó la educación, el sistema tributario y bancario y, sobre todo, la legislación. El Código napoleónico unificó y transformó el sistema legal de Francia al sustituir los usos feudales de otro tiempo por una estructura nacional organizada e instaurar el estado de derecho como algo fundamental para la nación.

Napoleón se coronó a sí mismo emperador de los franceses en 1804, en teoría con la intención de evitar que volviera a reinstaurarse la monarquía de los Borbones. Su plan de invadir el Reino Unido — nación que estaba financiando a sus enemigos europeos— se vio frustrado por la destrucción de su Armada en Trafalgar por obra de Nelson. Sin embargo, en tierra parecía invulnerable: venció a los austríacos, los rusos y los prusianos en una serie de victorias imponentes obtenidas en Ulm (1805), Austerlitz (1805) y Jena (1806); puso fin a la alianza de estas potencias con los británicos, y fundó la Confederación del Rin a guisa de satélite francés que ocupaba buena parte de Alemania. Los emperadores de Austria y Rusia y el rey de Prusia se inclinaron ante su poderío, y solo el Reino Unido se mantuvo firme frente a él.

A partir de entonces, Napoleón comenzó a ir más allá de sus posibilidades. Trocó en reyes a sus hermanos y en príncipes a sus mariscales. En 1808 impuso a su hermano José —quien ya ocupaba el trono de Nápoles— como monarca de los españoles, quienes se rebelaron en respuesta. Los británicos enviaron a sus soldados a

apoyar a estos últimos, y una parte nada desdeñable del ejército francés quedó así retenida en la península Ibérica mientras combatía a las fuerzas anglo-españolas acaudilladas por Wellington. Había contraído nupcias por amor con Josefina de Beauharnais, viuda de un aristócrata francés; pero al no haber obtenido de ella un heredero, se divorció con la esperanza de desposarse con una hermana del zar Alejandro I. Semejante casamiento le resultaba beneficioso tanto para su prestigio como desde el punto de vista político, siendo así que la seguridad de su precario imperio dependía de su amistad personal con el gobernante ruso, tal como habían puesto de relieve las negociaciones de Tilsit. Sin embargo, Alejandro, deslumbrado en un primer momento por el corso, no se sentía ya tan impresionado: Rusia había comenzado a rebelarse contra la dominación francesa, y, en consecuencia, su zar rechazó el citado matrimonio. Napoleón, por su parte, tomó por esposa a la gran duquesa María Luisa, hermana de Francisco, emperador austríaco de la casa de Habsburgo. Ella sí le dio un hijo varón, Napoleón, rey de Roma. No obstante, los rusos comenzaron a retirarse del bloqueo impuesto por Francia al Reino Unido.

En 1812 el emperador francés congregó su *Grande Armée*: una fuerza militar de unos seiscientos mil soldados con la que invadir Rusia. Aquel fue su momento de soberbia. Los rusos evitaron todo encuentro y se retiraron al interior mientras ponían en práctica una estrategia de tierra quemada. Cuando, al fin, ofrecieron resistencia en las afueras de Moscú, convirtieron la batalla de Borodino en una de las más sangrientas de la historia. Aun cuando tomó la ciudad,

Napoleón fue incapaz de obligar a los rusos a sentarse a la mesa de negociaciones, y la *Grande Armée*, que había extendido su línea de abastecimiento hasta extremos drásticos, se vio obligada a retirarse a través del frío glacial del invierno ruso. Solo consiguieron regresar con vida a Francia cuarenta mil de cuantos la integraban.

Alentados por la humillación que había sufrido el emperador, las demás potencias europeas formaron una nueva alianza contra los franceses, con la que derrotaron a los ejércitos napoleónicos en España y Leipzig, tomaron París en 1814 y lo exiliaron a él a la isla de Elba.

Napoleón, sin embargo, aún no estaba acabado, y en 1815 escapó de su destierro y avanzó triunfal hacia el norte hasta llegar a París. «Si alguno de vosotros está dispuesto a disparar a su emperador — dijo a los soldados a los que habían enviado a pararle los pies—, este es el momento de hacerlo». Sus viejos generales se congregaron en torno a él y llevaron consigo sus ejércitos; pero los gloriosos Cien Días que duró su restauración llegaron a su fin el 18 de junio de 1815 cerca de la modesta localidad de Waterloo, sita en la Bélgica actual. Tal como reconoció el duque de Wellington, comandante británico, aquella fue la batalla «más reñida que se haya visto»; pero la derrota de Napoleón fue definitiva.

El emperador se vio desterrado a Santa Elena, isla del Atlántico Sur en la que murió de un cáncer de estómago en 1821. Más tarde, ante la pregunta de quién era, a su entender, el mejor general de la historia, Wellington respondió: «De esta época, de épocas pasadas y de cualquier época, Napoleón».

Beethoven
(1770-1827)

¡Dulces sonidos, música hermosa, no ceséis! No me expulséis de vuelta al mundo. Solo con vosotros se hallan la excelencia y la paz, se hace plausible la humanidad y llanos sus designios.

Edna Saint Vincent Millay, «On hearing a symphony of Beethoven» (1928)

La música de Ludwig van Beethoven representa la transición del estilo clásico al romántico, y su asombrosa contribución fue más notable aún por haber sido lograda en el contexto de la sordera progresiva que lo aquejó en los treinta años finales de su vida. Sus nueve sinfonías elevaron el género de la música orquestal a cotas magníficas, en tanto que los cuartetos de cuerda y las sonatas de piano de su etapa final se cuentan entre los logros más trascendentales de la música clásica.

Beethoven, nacido en la ciudad alemana de Bonn, era de ascendencia flamenca. Tanto su padre, Johann, como su abuelo cantaban en la corte del elector y arzobispo de su municipio. Por desgracia, sin embargo, el primero era, además, alcohólico, y trató de promover la fortuna familiar pregonando a los cuatro vientos las

calidades de niño prodigio de su hijo Ludwig, aunque con no demasiado éxito. A diferencia de Mozart, el genio de Beethoven tardó tiempo en florecer por entero. Así y todo, a los nueve años estaba recibiendo lecciones de composición de Christian Gottlob Neefe, organista palaciego de su ciudad, y a los catorce ejercía de segundo organista oficial. En esta época, más o menos, viajó a Viena, y es probable que conociera a Mozart y tocara para él. Con todo, su estancia se vio interrumpida por las nuevas de la enfermedad de su madre, que lo obligaron a regresar a Bonn, en donde la encontró moribunda de tuberculosis.

Beethoven se hizo cargo de las finanzas familiares, en gran medida por ser su padre cada vez menos capaz de asumir tal responsabilidad. Se puso entonces a enseñar música a los hijos de cortesanos adinerados y a tocar el violín en la orquesta de la corte y el teatro de la ciudad. Estos empleos le permitieron entrar en contacto con muchos nobles influyentes, entre quienes se incluía el aristócrata vienés Ferdinand Ernst Gabriel, conde de Waldstein, músico diestro que se hizo mecenas y amigo suyo. Posiblemente por intermedio suyo fue a Viena a estudiar con el compositor Haydn, si bien las lecciones las pagó su patrón, el elector. Salió de Bonn en 1792 y jamás regresó.

Tocó a lo largo y ancho de Viena, impresionando a la nobleza y la concurrencia de sus salones con sus virtuosas interpretaciones al piano, y adquirió fama —más aún que Mozart— en cuanto improvisador. Sus composiciones de aquel período incluyen sonatas de piano, variaciones y conciertos, así como sus dos primeras

sinfonías, en las que se distingue la influencia de sus admiradísimos Mozart y Haydn.

Los años siguientes, hasta 1802, aproximadamente, se consideran su etapa inicial. En ella creó algunas composiciones de relieve para piano, brillantes y acabadas, aunque no tan innovadoras como su música posterior. A esas alturas le era ya imposible hacer caso omiso de su sordera. De hecho, esta lo llevó al borde de la desesperación, e hizo que —reconociendo tal vez que se habían terminado sus días de virtuoso— se centrara en la composición.

Se dice que cuando supervisó la primera interpretación de su *Novena sinfonía* en el Kärntnertor-Theater, en 1824, los solistas de la orquesta tuvieron que anunciarle que el auditorio estaba aplaudiendo. Entonces, volviéndose a fin de contemplar la silenciosa ovación, se echó a llorar: estaba ya totalmente sordo, y jamás llegó a oír la obra que había provocado tamaña aclamación.

Beethoven había notado los primeros síntomas en 1796, cuando había comenzado a sentir acúfenos, un sonido constante en los oídos que le hacía difícil apreciar la música o aun entablar una conversación. Llegado 1802 apenas cabía dudar de que la enfermedad era seria y estaba empeorando. Nada podía ser tan destructivo para un compositor. La toma de conciencia de semejante desgracia ensombreció su carácter. Durante el verano de 1802, en una carta que no se descubrió sino después de su muerte y que se conoce como Testamento de Heiligenstadt, escribió:

¡Oh hombres que me reputáis malévolo, testarudo o misántropo, qué injustos sois conmigo! No conocéis la causa de que tal

parezca... hace seis años que el mío es un caso perdido, empeorado por doctores ignorantes; que me traiciona un año tras otro la esperanza de conocer cierta mejora, hasta que, al fin, he habido de arrostrar la idea de una enfermedad permanente cuya cura puede prolongarse años y aun resultar imposible.

Conforme a su propia confesión, si había algo que le impedía suicidarse era su arte, que hacía que le fuera «impensable dejar para siempre el mundo antes de haber producido cuanto, a mi ver, estoy destinado a producir».

Pese a ser incapaz de oír la música que componía, su descenso gradual a la sordera coincidió con una creciente perfección en sus obras. Las del período central están caracterizadas por el tema de la lucha y el del heroísmo, y las del tercero y último, en el que su afección se había hecho total, despliegan una poderosa hondura intelectual.

En 1817 ya no oía nada, y, de hecho, durante la etapa postrera de su vida no fue capaz de comunicarse con sus amigos sino mediante conversaciones escritas. Los cuadernos resultantes de esta práctica constituyen documentos históricos incomparables que dan fe de sus reflexiones y opiniones respecto de su música y del modo como debería interpretarse. De hecho, también en sus partituras se recogen no pocas notas escritas.

Durante la autopsia se le diagnosticó una «distensión del oído interno» que había ocasionado lesiones con el tiempo. Desde entonces, sin embargo, se han propuesto otras explicaciones, y así, se ha hablado de sífilis o tifus, del daño físico provocado por malos

tratos paternos o de los efectos de la costumbre de sumergir la cabeza en agua fría a fin de mantenerse despierto.

El análisis póstumo de su cabello reveló una cantidad peligrosamente elevada de plomo, dañina sin duda, cuyos efectos pudieron contribuir a sus cambios de humor impredecibles. Aunque jamás sabremos con exactitud cuál fue la causa de su sordera, no cabe negar que adoptó una actitud heroica al enfrentarse a su dolencia para crear un universo musical de resonancia intemporal.

Tras hacer de Viena su lugar de residencia habitual, creó una serie de obras maestras. Su sinfonía N° 3, acabada en 1803, estuvo dedicada en un primer momento a Napoleón Bonaparte, cuyo celo revolucionario lo convertía en un héroe a los ojos de Beethoven. Sin embargo, cuando se arrogó el título de emperador en mayo de 1804, el compositor, airado por semejante desengaño, retiró la dedicatoria. Aun así, aquella obra sobrecogedora siguió siendo un jalón fundamental de su evolución musical, y al ser publicada en 1806 recibió el oportuno título de *Heroica*. Entre las numerosas obras que componen el período central de su producción se hallan las sonatas *Waldstein* y *Appassionata*, el *Cuarto concierto para piano*, los cuartetos *Razumovski* y el concierto para violín, y también su única ópera, *Fidelio*. Sus sinfonías N°4 y N°5 pertenecen asimismo a este período. La *Quinta*, cuyo tema inicial reconoce todo el planeta, constituye un himno a la originalidad musical. No menos interesante resulta la N° 6, la *Pastoral*, en la que los instrumentos de viento-madera imitan a las aves del campo. Las sinfonías N° 7 y

8 marcan el fin de un período sembrado de obras maestras para orquesta.

Las producciones de su último período, creadas a partir de 1815, cuando la sordera comenzaba a ser total, son más íntimas y poseen un poder emotivo mayor. Sus últimas sonatas para piano, *op.* 109, 110 y 111, son obras para virtuoso en las que la complejidad no está reñida con el lirismo. Por otra parte, su majestuosa *Novena sinfonía*, de 1824, explosiona con la *Oda a la alegría* del movimiento final, para coro completo y solistas, cuyo júbilo eufórico y estimulante se emplea en nuestros días, de un modo un tanto absurdo, para despertar el entusiasmo respecto de la burocracia de la Unión Europea. Beethoven completó sus últimos cuartetos de cuerda en 1826, año del intento de suicidio de su sobrino y pupilo. Esto, junto con un episodio de neumonía y un principio de cirrosis hepática, pudo contarse entre las causas de su muerte, ocurrida en marzo de 1827.

Sus accesos de mal humor y la propensión a caer en períodos de trastornos emocionales afectaron a su capacidad para mantener relaciones, y, de hecho, jamás llegó a contraer matrimonio —si bien tras su muerte se halló una carta dirigida a su «amadísima inmortal» que ha llevado a muchos a hacer conjeturas sobre la posibilidad de una aventura con una mujer casada—. Lo enterraron con gran pompa. Viena le brindó el funeral que correspondía a un compositor que había alcanzado gran celebridad en toda Europa y se había convertido, en realidad, en uno de los más grandes de todos los tiempos.

Jane Austen
(1775-1817)

Como Shakespeare, tomó, por así decirlo, la escoria de la humanidad y la transformó, por obra de su maravillosa alquimia literaria, en oro puro. No obstante, se diría que ella misma no era consciente de su valía, y en la larga nómina de escritores que han ornado nuestra noble literatura tal vez no haya otro autor tan exento de pedantería o afectación, tan deliciosamente contenido o libre de egoísmo como Jane Austen.

George Barnett Smith, en The Gentleman's Magazine, CCLVIII (1895)

Hija de un pastor religioso, Jane Austen completó solo seis novelas en su corta vida, y salió de su anonimato voluntario para convertirse en la escritora más querida de toda la literatura inglesa. Sus novelas sobre el amor, los modos y el matrimonio, dotadas de

una delicada ironía aunque no por ello menos profundas, transformaron el arte de la narrativa.

Sus obras, fruto de una aguda observación y una causticidad sutil, han adquirido la consideración de obras maestras. Su estilo mordaz esconde una mirada penetrante de la que ofrece cumplido ejemplo el célebre comienzo de *Orgullo y prejuicio* (1813): «Es una verdad aceptada de manera universal que todo hombre de gran fortuna debe sentir la necesidad de buscar esposa». Este era el mundo del que nos ofreció la crónica: «Las reuniones de Nottingham son, como en todas partes, el lugar de encuentro de los jóvenes y las gentes despreocupadas, que van a ver y a que los vean, y también de aquellos que, habiendo jugado bien sus cartas maritales en otro tiempo, se contentan ahora con sentarse a una partida de *whist* o de *cuatrillo*». Así se expresaba en 1814 el propósito de la ronda interminable de distracciones que consumía las vidas de la alta burguesía y la aristocracia británicas: encontrar pareja con la que crear la siguiente generación.

Tal como señaló la autora feminista Mary Wollstonecraft, la puesta de largo de una chiquilla de quince o dieciséis años consistía, sin más, en «sacar al mercado una dama casadera cuya persona se transfería de un lugar a otro ricamente engalanada». La lonja que se eligiera para ello revestía una importancia crucial. Cierta sacerdote prudente recomendaba a sus hermanastras que no se mudaran a la Oxfordshire rural por tratarse de un lugar «indiferente al brillo de las jovencitas». Las ambiciosas —o aquellas cuyos progenitores lo fueran— tenían que ir a Londres.

Nadie se hacía ilusiones sobre el lugar que ocupaba en la jerarquía: era poco probable que la hija de un pastor provinciano como Jane Austen, de dote modesta y conexiones limitadas, llegase a conocer a un vástago de la alta aristocracia, por no hablar ya de unirse a él en nupcias. Lo más granado de la sociedad protegía con gran celo a sus hijas, quienes aportaban bienes sustanciales al matrimonio, de los vividores que se infiltraban en los bailes londinenses con la esperanza de cazar a una rica heredera.

Padres e hijos por igual sabían bien que las opciones que se les presentaban estaban determinadas tanto por consideraciones financieras como por la inclinación de los interesados. «Cuando la pobreza entra por la puerta, el amor salta por la ventana», recordaba cierta burguesa a su hija en 1801. El mínimo con que podía esperar subsistir un caballero de la época se hallaba en torno a las 280 libras anuales; pero agenciárselas con semejante cantidad exigía llevar «una vida tranquila y casera sin demasiada compañía», tal como aceptó resignada cierta prometida.

Hasta un señor que percibiese 450 libras al año se las habría visto negras para satisfacer los requisitos sociales de su clase: poseer una casa de campo y disponer de alojamiento en Londres, hacer visitas al teatro y a la ópera, asistir a bailes y jardines de recreo... Cierta pretendiente escaso de posibles transmitía la siguiente queja a su amada: «Todo padre se desvive por casar a su retoño [cuando] hay dinero, sin tener en cuenta sus gustos... [Y] tu papá te buscará, sin duda, a uno [que sea] capaz de pagar con esplendidez, mantener un cuerpo de criados y sustentarte a ti con toda la magnificencia

imaginable». La prudencia tenía el mismo peso que la pasión, y el fantasma amenazador de la soltería empujó a muchas a aceptar un enlace que ofrecía poco más que cierta seguridad financiera.

La festiva moderación de Austen contrastaba de forma marcada con el melodrama romántico que se hallaba en boga a la sazón, y el historiador George Macaulay Trevelyan dijo de sus bien contruidos cuadros de costumbres que se encontraban tan cerca de la perfección como podría aspirar a estarlo nunca la prosa.

La séptima de ocho hermanos, Austen pasó su vida rodeada por una familia tan nutrida como cariñosa en Hampshire y Bath. «Su existencia transcurrió calma y suave a semejanza de algunos de los riachuelos diáfanos cuyos meandros atraviesan los prados de nuestra Inglaterra, sin jamás enrabiarse por la acción de rocas traicioneras o violentas corrientes», escribió George Barnett Smith en 1895. Escribió sobre vidas comunes; sobre los dramas secundarios de la animada sociedad de provincias; sobre las preocupaciones, las disputas, las complejidades y las dificultades agotadoras de las gentes de a pie. *Sir* Walter Scott (1771-1832), autor de éxitos de ventas como *Ivanhoe*, fue uno de los pocos que reconoció en su época la magnitud del genio de Austen, de quien dijo que poseía «el toque exquisito que hace interesantes las cosas y los personajes ordinarios». Imitó el melodrama gótico al uso en *La abadía de Northanger*, y se despegó de la tradición — predominante— que disponía que la literatura debía versar sobre grandes figuras, acontecimientos de relieve o dramas monumentales. Ella demostró que lo modesto y de andar por casa

podía ser igual de apasionante. Las ingeniosas descripciones que ofrece de los bailes de cortejo de la burguesía adinerada de Inglaterra constituyen críticas sociales apenas veladas que ponen de relieve una perspicaz comprensión de las motivaciones humanas y las necesidades culturales.

De camino, Austen engendró a algunos de los personajes más memorables de la literatura, trazados con la precisión y la complejidad que caracterizan toda su obra. El distante señor Darcy, el obsequioso señor Collins, la aturdida señora Bennet y su esposo, irónico y sufrido, pueblan *Orgullo y prejuicio*. La hija de estos últimos, Elizabeth, muchacha franca y enérgica, es una de las heroínas más atractiva de la literatura, seguida de cerca por Emma Woodhouse, protagonista cargada de desaciertos y buenas intenciones que da nombre a *Emma*(1816) y a la que hace de contrapeso el sensato y honorable George Knightley.

Las novelas de Austen tienen un final feliz que, sin embargo, deja al descubierto la situación de las mujeres de su clase y su época. El matrimonio determinaba la suerte que habrían de correr. Tal como demuestra de manera tan elocuente el casamiento de Charlotte Lucas con el ridículo señor Collins, casi todo género de alianza nupcial se consideraba preferible a tener que llevar la vida de una solterona. La decisión de contravenir esta convención que adopta Elizabeth Bennet se presenta como algo tan admirable como osado. Si bien sabemos que su ingenio y su encanto van a procurarles un esposo —y un lugar bien merecido en el seno de la aristocracia—, también nos es evidente que veintenas de mujeres como Charlotte

no conocerán tamaña fortuna y habrán de buscar un término medio. Bajo una superficie apacible, Austen ilustra los prejuicios, los escándalos, las desgracias y los malentendidos que pueden dejar a una mujer sin pareja y, a falta de una fortuna personal, a merced de la bondad de otros para subsistir. A través de la elevación social que obtienen los personajes de uno y otro sexo con el matrimonio, Austen también da a entender que la aristocracia, anquilosada y a menudo afectada, necesitaba savia nueva.

La novelista que descolló en el tratamiento del amor y el matrimonio jamás llegó a desposarse. Todo apunta a que era una mujer vivaz y atractiva. El único retrato suyo que ha llegado a nuestros días, obra de su hermana Cassandra, no parece hacerle justicia. Tuvo al menos dos galanteos medianamente serios. A los veintiséis años estuvo prometida durante un breve período a Harris Bigg-Wither, heredero cinco años más joven que ella. Ante la idea de pasar toda una vida al lado de un hombre que, a todas luces, debía de ser tan desafortunado como su nombre, Austen rompió el compromiso sin que hubiese transcurrido aún un solo día³[\[3\]](#). Se habla también de otra relación más tardía, esta vez con su amor verdadero. Su querida hermana Cassandra, quien también permaneció soltera, destruyó buena parte de su correspondencia tras la muerte de la novelista.

En lugar de casarse, Austen optó por algo que jamás llegan a considerar sus heroínas: una profesión. Desde pequeña había escrito relatos, anécdotas y escenas para divertir a su familia. El

³ *Big withers* significa en inglés «gran cruz... de cuadrúpedo». (N. del t.)

trastorno que supuso la partida del querido hogar de su infancia hizo que abandonara la pluma, aunque una vez acomodada de nuevo con su madre y su hermana en Hampshire, volvió a retomar las obras que había comenzado una década antes. *Elinor and Marianne* se convirtió en *Sentido y sensibilidad* (1811), y *First Impressions*, en *Orgullo y prejuicio*. Con la ayuda de las dotes comerciales de su hermano Henry, logró publicarlas sin más firma que la de «Una dama», en tanto que *La abadía de Northanger* y *Persuasión* se editaron de forma póstuma en 1818. Su celo proverbial por salvaguardar su vida privada la llevó a resistirse a los empeños de la prensa y de su ufana familia en hacer que revelase la identidad de tan atractiva escritora, que tenía entre sus admiradores al mismísimo príncipe regente Jorge IV. Su nombre no se hizo público sino después de su fallecimiento temprano, debido, según se conjetura, a la enfermedad de Addison.

Durante su vida breve y sin incidentes, esta autora extraordinaria creó obras que resuenan con más intensidad en nuestros días que en los albores del siglo XIX. El culto moderno a Jane Austen no ha perdido intensidad: sus incondicionales no han dejado nunca de tratar de descubrir más detalles relativos a su esquivia biografía, y Hollywood sigue tratando de tejer historias románticas a partir de los retazos de su vida que han llegado a nosotros, si bien son muchos quienes coinciden en que sus novelas se bastan por sí solas. Discreta, irónica, ingeniosa y compasiva, la magistral escritura de Austen es suficiente para conocer a la mujer que hay tras ella.

Shaka

(1787-1828)

Recibimos noticia de que Shaka había ordenado la muerte de un hombre cercano a nosotros por un crimen que no llegamos a conocer; pero pronto supimos que se trataba de uno de los sucesos ordinarios de aquel día.

Memorias de un cirujano que visitó a Shaka en 1824

El fundador del imperio zulú y creador de la nación homónima fue también un tirano despiadado, paranoico, vengativo, cruel y autodestructivo.

Shaka creció, en ausencia de su padre, con una madre fuerte, dedicada y agraviada en una atmósfera de inestabilidad, violencia y miedo. Su padre, Senzangakona, era jefe de la tribu zulú y había tomado la extraordinaria decisión de desposarse con una mujer del clan vecino de los *langeni* procedente de una clase inferior. El matrimonio se rompió cuando el pequeño tenía seis años, y su madre se lo llevó con los suyos, aunque estos la rechazaron por su casamiento. Así, el futuro dirigente tuvo que pasar el resto de su juventud no ya sin padre, sino haciendo frente al estigma social resultante de una unión marital afrentosa para su madre. Esta,

incapaz de soportar la situación, optó por exiliarse y acabó por hallar su hogar entre los *mtetwa* en 1802.

La suerte de Shaka comenzó a cambiar cuando, a la edad de veintitrés años —siendo ya un joven alto, musculoso e imponente— lo requirieron para servir en la hueste del jefe *mtetwa* Dingiswayo. No tardó en hacerse con una reputación de guerrero brillante y arrojado, y ayudó a este último a dominar a una serie nutrida de tribus menores entre las que se incluían los zulúes. También fue testigo directo de los empeños de Dingiswayo en reformar la organización y la actitud de sus fuerzas armadas, y aprendió lecciones que no olvidaría jamás.

En 1816 le comunicaron la muerte de su padre, y Dingiswayo lo licenció para que pudiese regresar a reclamar su jefatura zulú por derecho de nacimiento. Aunque el de los zulúes era en aquel tiempo uno de los clanes más pequeños de la costa oriental del sur de África, él tenía grandes planes de futuro.

No bien regresó, aplastó a todo aquel que se oponía a que gobernase, y a continuación se ocupó en reorganizar la tribu para hacer de ella un pueblo guerrero. Pertrechó y reestructuró su ejército, y adoptó la formación de combate de cornamenta de búfalo que se convertiría en su sello personal, y cuyo objetivo era siempre el mismo: la aniquilación de las fuerzas enemigas.

En una época en que la mayor parte de las batallas no era mucho más que escaramuzas sin propósito estratégico alguno, su enfoque disciplinado e implacable supuso una revolución en el ámbito de la guerra entre clanes. Sus ejércitos se ganaron enseguida una

reputación aterradora, y él comenzó a emplearlos para reescribir el mapa del África austral.

Los primeros en sentir su ira fueron las tribus más cercanas a los zulúes a lo largo del litoral oriental, incluida la de los *langeni*. Shaka hizo caer su terrible venganza sobre quienes habían condenado a la ignominia a su madre siendo él niño, y empaló a los jefes de los clanes en estacas tomadas de sus propias empalizadas.

A aquellas siguieron otras victorias, y tras cada una de ellas, Shaka incorporó en sus propios ejércitos a los guerreros de los vencidos. Así, en un año logró cuadruplicar el tamaño de las fuerzas que tenía a su mando. En 1817, cuando Dingiswayo —quien seguía siendo su caudillo en teoría— murió en manos de uno de sus rivales, el jefe Zwinde, de la tribu *ndwandwe*, quedó el camino expedito a la expansión zulú sin límites.

Shaka fue conquistando un clan tras otro y devastando sus tierras. Quienes se hallaban a su paso solo tenían tres opciones: someterse, huir o morir. Las tribus más poderosas de la zona, incluida la de los *ndwandwe*, se vieron arrolladas, y otro tanto ocurrió a un buen número de clanes menores que se extendían al sur de los zulúes. Llegado 1823, Shaka había desolado buena parte del sureste africano.

Su avance no solo afectó a quienes entraban en contacto directo con él y con sus fuerzas: la huida hacia el interior de miles de personas temerosas de los merodeos de su hueste destruyó la estructura tribal y el marco social establecidos en dicha región. En el período que siguió a estos hechos, llamado Mfecane («dispersión»), se calcula

que pudieron morir nada menos que dos millones de personas de resultas del desbocamiento que provocó esta «pelea por África».

Aún estaba por llegar lo peor: en 1827, a la muerte de la madre de Shaka, el jefe guerrero abandonó toda medida. Ya no le interesaba construir un imperio zulú de proporciones gigantescas, sino infligir al mayor número posible de gentes el dolor que sentía él por semejante pérdida. Durante la primera etapa de este duelo público aniquiló a unos siete mil zulúes. Los agentes de la cólera de Shaka acabaron por igual con la vida de mujeres encintas y con la de sus maridos, y hasta con la de las cabezas de ganado con que topaban.

La muerte y la destrucción se convirtieron entonces en los únicos fenómenos que daban sentido a la vida de Shaka, quien desató a sus ejércitos para que destruyeran a sangre y fuego a lo largo y ancho de la región. La violencia solo acabó cuando él mismo murió asesinado por sus medios hermanos Dingane y Mhlangana en 1828. La existencia que tan prometedora había sido acabó con gran deshonra: alanceado hasta la muerte, el otrora gran jefe fue enterrado sin ceremonia en un foso.

En el momento de su defunción, Shaka reinaba sobre más de 250.000 personas y tenía capacidad para reclutar un ejército de 50.000 hombres. Había erigido un imperio colosal casi de la nada, aunque los africanos de a pie hubieron de pagar un precio tremendo. A consecuencia de la ambición sin freno de Shaka murieron millones de ellos. Antes de morir, este había entablado relaciones de amistad con los británicos, aunque no con los afrikáners (bóers), y estando en el trono Dingane, el medio hermano

que lo sucedió, se dieron los primeros encuentros armados con los colonos neerlandeses en Natal. Tras la victoria inicial, la fuerza conformada por varios miles de zulúes sufrió una derrota decisiva a manos de un contingente mucho menos nutrido de bóers durante la batalla del Río Sangriento en diciembre de 1838. Esto dio pie a una guerra civil zulú con Mpande, otro de los medio hermanos de Shaka, que formó alianza con los bóers y logró derrocar a Dingane. En el par de años siguiente cayó buena parte del imperio zulú bajo dominio de estos últimos, aunque la anexión formal que efectuaron los británicos de Natal en 1843 se tradujo en la devolución de estas tierras a los zulúes.

Desde entonces y hasta la segunda mitad del siglo XIX, el Reino Unido no hizo intento concertado alguno de enfrentarse a dicho pueblo. De hecho, lo que pretendía su gobierno era salvaguardar la integridad del imperio zulú frente al expansionismo bóer. Todo esto cambió, sin embargo, en enero de 1879, cuando, a fin de aplacar a los afrikáners tras la anexión de Transvaal, ocurrida dos años antes, instigaron los británicos la guerra zulú con la intención de tomar Zululandia, área propicia para el asentamiento afrikáner. Ordenaron al rey zulú Cetshwayo, hijo de Mpande, que disolviera su ejército en el plazo de treinta días, y cuando este no quiso cumplir con lo que se le exigía, estallaron las hostilidades.

Llegado el mes de septiembre de 1879, los británicos habían apresado a Cetshwayo y ocupado el territorio —aunque no antes de sufrir una célebre derrota durante la batalla de Isandhlwana y el asedio de Rorke's Drift, acontecimiento inmortalizado en la película

de 1964 *Zulú*—. Aunque la agitación se prolongó los años siguientes, la esperanza de crear una patria zulú independiente había sufrido un golpe mortal. En 1887 se anexionó formalmente a la corona británica Zululandia, hecho con el que se marcó la disolución permanente del imperio zulú.

Lord Byron

(1788-1824)

Una variedad casi ilimitada de facultades, y un orgullo no menos extenso a la hora de desplegarlas; una susceptibilidad ante impresiones e impulsos nuevos que iba más allá aún de lo que lleva aparejado normalmente el genio, y un ímpetu desbocado a la hora de ceder ante ellos.

Descripción de su amigo y biógrafo Thomas Moore, Life of Lord Byron (1835)

Este poeta gallardo y melancólico fue la quintaesencia del héroe romántico. Las mujeres se perdían tratando de salvarlo, y la sociedad contemplaba fascinada e indignada a un tiempo a aquel advenedizo aristocrático que osaba transgredir sus convenciones. Tocado de un halo permanente de depravación, irresistible por lo

vulnerable, burlón, ingenioso, extravagante y atrevido, lord Byron engendró una nueva imagen que idolatrar, y, sin embargo, es el genio incandescente y exuberante de la poesía lo que le ha hecho inmortal.

George Gordon, lord Byron, fue, tal como escribió en su obra maestra inconclusa *Don Juan*, el «Napoleón del reino de la rima». El poeta capaz de componer a vuelapluma sesenta u ochenta estrofas tras una cena cordial se presentó como un huracán en el panorama literario inglés. Los dos primeros cantos de *Las peregrinaciones de Childe Harold* se agotaron nada más ser publicadas. «De pronto, una mañana —señaló el poeta, que a la sazón contaba veinticuatro años— me desperté siendo famoso».

Fue la personificación de la generación romántica. El desencanto melancólico del *Childe Harold* y la ironía mordaz y burlona de *Don Juan* constituían sátiras de la hipocresía y las pretensiones de la sociedad, al tiempo que lloraban la incapacidad de la realidad para ajustarse a los ideales más elevados. Su poesía, impulsada por ritmos ardientes, palpitantes, constituía un cumplido reflejo del espíritu de aquel tiempo:

*No vivo en mí, sino devengo
porción de aquello que me envuelve, son
pasiones las montañas, y el zumbido
de la ciudad del hombre para mí tortura.*

Todo el mundo lo tuvo por el héroe desilusionado que da nombre a *Las peregrinaciones* y que vaga sin descanso por el continente. La

biografía del poeta posee, de hecho, mucho de romántico. Hijo del capitán libertino y encantador John Byron, por mal nombre Jack «el Loco», creció en la miseria en Aberdeen (Escocia), criado por su madre viuda, hasta que la muerte de su tío abuelo hizo cambiar la fortuna de ambos. De regreso a Inglaterra, aquel niño revoltoso de diez años y pie gafo heredó las magníficas ruinas de la abadía de Newstead y el título de lord Byron.

Sentado en un rincón y mirando taciturno al vacío, aquel muchacho pálido y hermoso de aspecto frágil era un verdadero imán para las mujeres de la sociedad. «No hay conversación en la que se hable de nada que no sea él, celosos los varones de su persona y cada mujer del resto de las de su sexo», aseveraba Georgiana, duquesa de Devonshire, anfitriona de tertulias políticas. Fue abriéndose paso en la sociedad a golpe de conquista amorosa —cuyo número era incontable—, desde *lady* Caroline Lamb, tan loca de amor por el poeta que, cuando este asistía a una fiesta para la que ella no tenía invitación, optaba por aguardar en la calle a su salida, hasta *lady* Oxford, anfitriona de mediana edad que espoleaba las actitudes radicales de su joven amante.

Es célebre la descripción que hizo de él la primera: «Loco, malo y peligroso de conocer». Lo cierto es que lord Byron no sentía escrúpulo alguno a la hora de escandalizar a la sociedad. «Puede ser voluptuoso de cuando en cuando: no puedo evitarlo», respondió despreocupado a quienes acusaban a su *Don Juan* de «elogio del vicio». Vivía, según reconocía él mismo, en «un abismo de sensualidad», y se granjeó una infausta reputación por su

depravación atormentada y por las bacanales de alcohol que celebró con sus amigos, ataviados todos con hábitos conventuales, entre los restos góticos de la abadía de Newstead. «Jamás ha habido una panda más despreciable», fue el veredicto de un héroe de guerra como el duque de Wellington.

El carácter dominante de su madre y los abusos sexuales a que lo sometió durante la infancia su niñera May Gray habían torcido sus facultades para mantener una relación, y le habían provocado una sed insaciable de sensaciones nuevas y nuevos amantes de uno y otro sexo. Se enamoraba apasionadamente y se desengañaba con igual celeridad. El gran amor de su vida fue Augusta Leigh —cuya hija fue quizás engendrada por él—, pero era media hermana suya por parte de padre. Con todas las demás mujeres podía llegar a ser cruel hasta extremos monstruosos. Entabló una relación tortuosa con Claire Clairmont, cuñada de su gran amigo Shelley, a la que rechazó después de embarazar. A la hija bienquista que dio como fruto esta aventura la llevó a un convento italiano, en donde murió a la edad de cinco años. Su casamiento con la arisca Annabella Milbanke fue un desastre, y se desmoronó cuando aún no había transcurrido un año. Los rumores de violencia marital, relaciones incestuosas y bisexualidad que provocó Byron dieron pie a un escándalo tal, que en 1816 se vio obligado a abandonar Inglaterra y a la hija nacida de este matrimonio, llamada Augusta Ada, para no volver jamás.

Cierta noche, en Venecia, cruzó a nado el Gran Canal de regreso a su residencia, empujando ante sí una tabla dotada de una vela a fin

de iluminar el camino. El hombre que había alojado a un oso en sus aposentos de Cambridge vivía en un palacio italiano que más parecía una casa de fieras. Shelley hizo una vez relación de quienes compartían con él su hogar: «diez caballos, ocho perros gigantes, tres monos, cinco gatos, una águila, un cuervo, un halcón... [y] acabo de toparme en la escalera principal con cinco pavos reales, dos gallinas de Guinea y una grulla egipcia».

Las visitas acudían a raudales para ver al poeta, y aunque hubo quien lo encontró más gordo y descolorido, lo cierto es que su vigor volvió a ser lo que era tras el romance apasionado que tuvo con una joven condesa italiana de posturas radicales. Inquieto de nuevo, se embarcó en una campaña más: la lucha por la independencia griega del yugo otomano. Puso sus arcas y su alma al servicio del proyecto, pero en la ciudad helena de Misolongui, debilitado por una vida de disipación y de excesos, contrajo unas fiebres que acabaron con su vida. Así acabó sus días, a la temprana edad de treinta y seis años, el poeta cuya magnífica resistencia a las convenciones había ofendido y embelesado a Europa durante una generación.

Balzac

(1799-1850)

Encuentro muy impertinentes a las gentes que me consideran un hombre profundo y quieren conocerme en cinco minutos. Entre nosotros: no soy profundo, sino

grueso, y se necesita un tiempo para recorrer toda mi persona.

Carta a la condesa Maffei (1837)

Honoré de Balzac fue uno de los colosos literarios más prolíficos que haya habido. Su obra maestra, *La comedia humana*, está conformada por poco menos de un centenar de novelas que contienen más de dos mil personajes y crean en conjunto una realidad otra que se extiende desde París a los rincones provincianos más atrasados de Francia. Sus obras transformaron el de la narrativa en una forma artística magnífica capaz de representar la vida con todos sus detalles y su colorido, con lo que dejó el camino expedito para la ambiciosa producción de autores como Proust o Zola. Balzac, genio orondo, afable y adicto al trabajo, fue en muchos sentidos el padre de la novela moderna.

Este hijo anodino de una mujer hermosa aunque poco cariñosa en su función de madre y un hombre dado a excesos no parecía estar, precisamente, llamado a alcanzar la gloria. Tras su formación escolar, ejerció de pasante, aunque no cabe esperar que semejante ocupación resultara atractiva a un joven de grandes ambiciones y pocos medios para canalizarlas. En consecuencia, a la edad de diecinueve años decidió hacerse escritor. Fue a París, resuelto a adoptar un estilo de vida apropiado a su nueva vocación. Incurrió en deudas considerables por cultivar la imagen de literato refinado, y hubo de dedicar parte de sus energías a dar esquinazo a sus acreedores mientras coqueteaba con la bancarrota.

Había algo que faltaba: éxito. Su primera obra, *Cromwell*, tragedia en verso sobre el dirigente de la Commonwealth inglesa, fue un fracaso que sumió en la desesperación a su familia. Llegado 1822 había escrito otros títulos que también pasaron sin pena ni gloria. Durante la década de 1820, su producción consistió en mediocres obras sensibleras y romances históricos a la manera de *sir* Walter Scott. Algunos los publicó con pseudónimo, y otros, de forma anónima. Ninguno de estos volúmenes ofrecían indicio alguno de que estuviera a punto de convertirse en un titán de la literatura.

Sin embargo, en torno a 1830 comenzó a formar un concepto de ficción nuevo y revolucionario. Si bien algunos autores habían jugado ya con la idea de hacer aparecer los mismos personajes en más de un libro, nadie la había aplicado aún a la obra de su vida. Balzac se dio cuenta enseguida de que podía crear un mundo propio que recorriese todas sus novelas. Al concebir semejante proyecto, dicen que echó a correr a casa de su hermana Laure, sita en la margen derecha del Sena, para anunciar a gritos: « ¡Sombreros fuera! ¡Estoy a un paso de convertirme en un genio!».

Una vez dotados de un fin concreto todos sus empeños, comenzó a producir con rapidez obras de relevancia que lo revelaron como un escritor de energía fenomenal, capaz de trabajar como cosa común dieciocho horas diarias gracias al combustible que le proporcionaba hasta una cincuentena de tazas de café. Se describía a sí mismo como un «galeote de la pluma y la tinta», en tanto que otros lo consideraban un Napoleón de las letras. *El ilustre Gaudissart*, una de sus novelas, fue fruto de una sentada: catorce mil palabras en

una sola noche. Corregía con furia las pruebas que le enviaban los impresores, y llegaba a revisar y reelaborar sus narraciones hasta alcanzar seis o siete redacciones diferentes.

Las novelas que componen *La comedia humana* ponen de relieve las dotes narrativas excepcionales de su autor, su rico sentido del humor y la delicadeza con que describe a personajes, escenas y lugares. En *Papá Goriot* (1835), relato de un joven provinciano sin dinero y de un anciano que renuncia a todo por sus hijas, hace que París cobre vida como si fuera un personaje más:

Al quedarse solo, Rastignac dio unos pasos en dirección a la parte alta del cementerio y vio París recostado de forma tortuosa a lo largo de las dos márgenes del Sena, en donde comenzaban a brillar las luces. Fijó los ojos casi con avidez entre la columna de la plaza Vendôme y la cúpula de Les Invalides, donde vivía ese mundo hermoso en el que había querido penetrar.

Su imaginación y sus dotes para las descripciones cautivadoras instauraron la pauta que seguiría la novela realista decimonónica. Tal como lo expresó Oscar Wilde, Balzac «creaba vida más que copiarla». El mundo de *La comedia humana* se extendía desde la capital al campo francés, y entre la pródiga nómina de sus personajes se incluyen retratos sensibles no solo de jóvenes provincianos que tratan de sacar tajada de la vida parisina, como Rastignac, sino también de mujeres de todas las edades, burócratas, políticos, cortesanos, solterones, nobles, campesinos, actores y caseros en lo que él denominó «escenas de la vida privada, la vida de París, la vida política, la vida militar». También creó al

malo más inolvidable de todos: Vautrin, cerebro criminal de tendencias bisexuales metido a jefe de policía, para el cual se basó en Eugène-François Vidocq, quien dirigió el cuerpo de Seguridad Nacional después de una vida de latrocinio. Fue Balzac quien aseveró que «detrás de toda gran fortuna se esconde un gran delito». Entre las obras más destacadas de esta colosal colección de novelas se cuentan *Eugenia Grandet* (1833), *Papá Goriot*, *Ilusiones perdidas* (1837), *La prima Bette* (1846) y *Esplendores y miserias de las cortesanas* (1838-1847).

Desde los veintitrés años, edad a la que se enamoró de una mujer de cuarenta y cinco, madre de unos alumnos suyos, Balzac se propuso buscar a la mujer ideal, y al cabo la halló en una condesa polaca, por nombre Ewelina Hańska, con la que contrajo matrimonio después de mantener con ella una correspondencia romántica a lo largo de quince años. Cuando al fin se desposó con ella, en marzo de 1850, al novelista apenas le quedaban cinco meses de vida. Murió en agosto de aquel mismo año a causa de la tensión de los hábitos laborales que se había permitido imponerse. En su funeral, el escritor Victor Hugo lo recordó como «una de las estrellas más brillantes de su tierra natal». Un homenaje merecido.

Pushkin

(1799-1837)

*El poeta ha muerto: esclavo del
honor,
abatido, al decir del doloso rumor*

*con una bala en el pecho, y
ansiosa de venganza,
su orgullosa testa cae ahora
humillada.*

*El alma del poeta no soporta
el oprobio de calumnias sin
sustancia.*

*Mijaíl Lérmontov, homenaje a
Pushkin que circuló en secreto días
después de la muerte del gran
literato*

Alexander Pushkin es la personificación del ideal heroico del poeta romántico. Genio de la exuberancia, la versatilidad, la agudeza, el patetismo y la originalidad, amante apasionado y promiscuo y víctima de la tiranía que permaneció fiel a su arte, encarna el triunfo de la creatividad sobre el peso muerto de la burocracia. Ayudó a crear la Rusia moderna: su cultura, su lengua y la imagen misma que de sí misma tenía. Además de poesía, escribió historia y relatos breves.

Por lo común se le considera el poeta más grande de su nación. Las traducciones no pueden hacer justicia al modo extraordinario en que amoldó a su arte la lengua rusa, mezclando lo arcaico y lo moderno, lo culto y lo coloquial, e inventando palabras nuevas cuando no bastaban las existentes. La honda simplicidad de su

poesía transformó el uso del idioma por parte de sus compatriotas, ya sean literatos, ya gentes corrientes.

Hijo precoz de una familia de rancio abolengo, Pushkin adquirió renombre cuando, siendo un escolar de catorce años, vio publicados sus primeras obras en verso. Su poema narrativo romántico *Ruslán y Liudmila*, compuesto seis años más tarde, transgredió todas las convenciones literarias del momento y obtuvo un éxito arrollador. El paladín de la vieja guardia de la poesía rusa, Vasili Zhukovski, lo obsequió con un retrato suyo en el que podía leerse: «Al discípulo victorioso, del maestro derrotado». Sin apenas salir de la adolescencia, Pushkin gozaba ya del reconocimiento propio del poeta más eminente de Rusia.

Su pasmosa energía y su empuje transformaron la literatura de su nación. Se zafó de los rígidos corsés de la religión y la censura para crear obras de originalidad extraordinaria que sentaron los cimientos de la tradición moderna de la escritura rusa. *Eugenio Oneguin* (1825-1832), su gran novela en verso, está considerada por muchos la mejor que se haya escrito en su lengua. Ambientada en un paisaje ruso con personajes rusos, se aleja de la tradición alegórica para quedar encaminada hacia el realismo del que más tarde se servirían Tolstoi, Dostoievski, Nabokov y Bulgákov. Relata la historia del amor, condenado al fracaso, que surge entre Tatiana, beldad de provincias, y Oneguin, noble cínico e intelectual pedante y aburrido. Él coquetea con ella; ella queda prendada; él la rechaza y mata al prometido de la hermana de ella en un duelo que presagia la muerte del propio Pushkin. Muchos años más tarde, Oneguin

vuelve a topar con ella, convertida ya en una gran dama de San Petersburgo, una hermosura de la sociedad erigida en princesa y casada con un aristócrata. Repara en que la ama, pero ella le responde: «Yo también, pero ahora soy la esposa de otro». Él queda desconsolado, «como abrasado por los fuegos del infierno. Su corazón afligido se halla sacudido en lo más hondo, y ¡con qué tempestad de deseo!». Los personajes permanecen eternos, aunque nada hay más intemporal que la tristeza trágica del amor de Onegin por la desposada Tatiana, ni del amor imperecedero que también le profesa ella, aunque ambas pasiones sean irrealizables.

El poeta y revolucionario encarnó la imagen del héroe romántico. Era un hombre simpático y social, más que un integrante activo de la cuadrilla de conspiradores aristocráticos que más tarde se conocerían como *decembristas*, quienes se confabularon para reformar la autocracia opresiva de los zares y recibieron tanta fama por sus ideas liberales como por su afición al alcohol, al juego y a las mujeres.

La obra de Pushkin revolucionó el concepto que tenían los rusos de su historia y sus dramas, y sobre todo de sus escritores. Él, que no era precisamente de los que restan importancia a sus logros, se cuenta entre los primeros autores rusos que reunieron sus diversos escritos en una sola edición. Un año después de su muerte, cierto crítico pudo afirmar de él: «Todo ciudadano ruso culto debería poseer las obras completas de Pushkin si quiere que lo consideren ruso o culto».

Los autócratas de la nación trataron de quebrar la voluntad de aquel radical, quien, en sus propias palabras, se vio «perseguido durante seis años, mancillado por la expulsión del ejército, exiliado a un pueblo apartado por dos líneas de una carta que interceptaron». La situación no fue del todo infausta: adoraba el romántico exotismo de Odesa, Moldavia y el Cáucaso, que le proporcionaron no poca inspiración. También tuvo muchas aventuras, y guardó listas, bosquejos y poemas que le recordasen sus conquistas, entre las que se incluía la princesa Yelizaveta Vorontsova, esposa del príncipe Mijaíl Vorontsov, virrey de Nueva Rusia, y sobrina nieta del príncipe Potemkin, ministro de Catalina la Grande. A ella, con quien probablemente engendró un hijo —criado como Vorontsov—, le dedicó un poema titulado «El talismán».

Sin embargo, Pushkin era muy consciente de la mano opresora de la censura y la vigilancia, y sabía que podía empeorar. Durante el alzamiento fracasado de 1825 se vio reducido al papel de espectador impotente del cruel aplastamiento que sufrieron los sueños de libertad de su generación por obra del funesto ordenancista que fue el zar Nicolás I. Al final, abatido por casi una década de censura y exilio, acabó por dejarse convencer por las ilusorias promesas de reforma y ponerse al servicio de Nicolás, quien se nombró a sí mismo censor personal de Pushkin.

El favor imperial lo destrozó aún más que el rechazo. Sometido a la censura del mismísimo zar, vio su voz punto menos que ahogada. Aquel voluble poeta radical fue cayendo en desgracia en la corte, aunque hubo de seguir en ella a despecho de la insistencia, cada

vez más desesperada, con que rogaba que se le permitiera retirarse a una vida de aislamiento literario. Su popularidad hacía que siguieran considerándolo una bomba de relojería, y además, media corte, incluido el mismísimo zar, se habían encaprichado de Natalia, su agraciada esposa. A medida que crecía su melancolía, lo hacía también su afición a la bebida y al juego.

Su romántica muerte, resultado de una crisis vivida a fuego lento y no menos romántica, convirtieron al héroe en leyenda. En febrero de 1837, Georges d'Anthès, trepador francés escalofriante y desaliñado, frustrado por el firme rechazo de Natalia a sus galanteos, la insultó públicamente y retó a un duelo a su esposo. Pushkin, que llevaba meses rabiando por una pendencia, aceptó enseguida. En el lance que siguió, recibió una herida fatal que causó su muerte dos días después, a la edad de treinta y ocho años.

El poeta radical y veleidoso de personalidad arrolladora que luchó por la libertad y murió por amor es en Rusia objeto de una veneración cercana a la que se otorga a un dios. Su estatua se yergue en la plaza de Moscú que lleva su nombre, engalanada con flores aun en pleno invierno. Pushkin ya había declarado en su gran poema «Monumento»: «Cantarán mis versos a lo largo y ancho de la vasta Rusia, / mis cenizas perdurarán inmarcesibles». Con estos versos se reveló también como profeta.

Dumas padre e hijo
(1802-1870 y 1824-1895)

Sus éxitos... resuenan como una fanfarria. El nombre de Alexandre Dumas es más que francés: es europeo; es más que europeo: es universal... Alexandre Dumas es uno de esos hombres que pueden considerarse sembradores de civilización.

Victor Hugo

La sublime imaginación de Alexandre Dumas nos hechiza. Descrito en vida de forma tan vívida como uno de sus personajes, este narrador magistral se burló de las pretensiones literarias. Irrefrenable hasta el final, recorrió pavoneándose una vida que bien podría haber salido de las páginas de sus libros.

En sus desmesuradas novelas históricas abundan el romance, la aventura, el coraje y la audacia. Cómicas y mordaces un instante y al siguiente misteriosas y aterradoras, provocan todas las emociones excepto el aburrimiento. En *El conde de Montecristo*, *Los tres mosqueteros* y *El hombre de la máscara de hierro* creó algunas de las historias más emocionantes que se hayan escrito nunca. Entretejió lo histórico y lo fantástico, tomando fragmentos espigados de libros antiguos para bordar personajes intemporales y argumentos absorbentes. Su fecunda imaginación ha hecho que los nombres de D'Artagnan y Dantès nos sean tan conocidos como los de Luis XIV y Richelieu.

Nació de un general mulato bravucón —a su vez, hijo ilegítimo de un noble— y la hija de un posadero. Dada su ascendencia, apenas cabe sorprenderse de que Alexandre Dumas se especializara en la narración de romances, hazañas, traiciones e intrigas. El huérfano que creció en la modesta localidad francesa de Villers-Cotterêts era vástago del llamado «Diablo Negro», adalid napoleónico extravagante y excéntrico cuya integridad solo le proporcionó deshonor y una muerte temprana. Thomas-Alexandre Davy de la Pailleterie era hijo mestizo de una esclava negra y un marqués normando de segunda. Nació en Saint-Domingue en 1762 y se crio con la familia de su madre después de morir esta cuando él tenía solo doce años. A los dieciocho, su padre lo llevó a Francia para que recibiera la educación propia de un noble. Sin embargo, en 1786, al sentar plaza en el ejército en calidad de soldado raso, adoptó el apellido materno a fin de no afrentar a su familia paterna.

Cuando la Revolución Francesa derribó la rígida jerarquía del Antiguo Régimen, empezó a ascender el escalafón militar, y así, el valor y la pericia que desplegó en las campañas de la Vendée, Italia y Egipto le habían valido el generalato a la edad de treinta y un años. Sin embargo, en 1802 recibió órdenes de aplastar la rebelión de los esclavos de Saint-Domingue, y, cuando se negó, Napoleón se encargó de dejar bien claro su desagrado.

Caído en desgracia en lo político, Dumas se retiró al campo y buscó esposa en la joven que había conocido en 1789, cuando se había alojado en la posada que tenía en Villers-Cotterêts el padre de ella.

Aquel gigante vivió desde entonces acosado por la pobreza y la mala salud.

El Diablo Negro falleció en 1806, con poco más de cuarenta años, y dejó atrás a una viuda indigente que hubo de ocuparse sola del hijo y la hija de ambos. Cuando Dumas logró al fin abrirse paso hasta llegar a la capital, aquel provinciano mestizo y bullicioso despertó la mofa de los parisinos por su cabello estropajoso y rubio y su vestimenta anticuada. Los antiguos amigos de su padre hicieron caso omiso de él cuando solicitó su patrocinio, e hizo falta un golpe de suerte para evitar su ignominioso regreso al campo. Su hermosa caligrafía le permitió hacerse un hueco en el despacho del duque de Orleans —futuro rey Luis Felipe entre 1830 y 1848—. Tal ocupación le brindó el dinero necesario y no poco tiempo que dedicar a la actividad que, a su entender, lo haría rico: la escritura. Su fe estaba más que justificada: en 1829, su drama histórico *Enrique III y su corte* lo hizo célebre de la noche a la mañana.

Quien se bautizó a sí mismo como «rey del mundo del romance» proporcionó a su público una forma mágica de escapismo. Dumas, paladín del sentimentalismo, entendía que el teatro era, «por encima de todo, cosa de la imaginación» y rechazaba las frías peroratas y los monólogos filosóficos de la dramaturgia tradicional francesa. Sus personajes luchaban, lloraban, amaban y morían en escena con pasión, y los desenlaces triunfantes de sus obras inducían al delirio a su auditorio. Cuando comenzó a escribir novelas, su imaginación extasió París. Cuando aparecieron, de manera simultánea, *Los tres mosqueteros* y *El conde de Montecristo*, sus entregas diarias de

acción y melodrama se convirtieron de inmediato en tema de conversación en todos los rincones capitalinos. Pese a su tendencia al patetismo, sus personajes estaban tan llenos de vida que aún rebosan de energía en nuestro tiempo: los mosqueteros Aramis, Porthos, Athos y D'Artagnan (y su lema: «Uno para todos, y todos para uno»); la beldad siniestra de *milady* De Winter, o el mismísimo Dantès, conde de Montecristo.

En *Los tres mosqueteros*, D'Artagnan, el espadachín gascón engreído aunque encantador, se une a los aguerridos hombres del rey para combatir las pérfidas intrigas del cardenal Richelieu y otros. En *El conde de Montecristo*, un hombre inocente por nombre Dantés da con sus huesos en la prisión del castillo insular de If, de donde escapa con la ayuda de otro recluso —aun cuando el lugar tiene fama por ser la muerte la única salida posible— a fin de desenterrar un tesoro escondido y un título misterioso. Convertido en conde de Montecristo, regresa para buscar justicia en un relato clásico de venganza.

En la cumbre de su éxito, Dumas era la estrella literaria de París. Su imagen poblaba medallones y aguafuertes; su estudio estaba siempre lleno de flores y visitas. Este hombre estrambótico que gustaba de llevar capa y llamativo bastón, y que mantenía todo un zoológico de mascotas estafalarias y un rosario interminable de amantes aún más llamativas, era el modelo perfecto para los caricaturistas. No siempre se conducía de manera amable, y a menudo adoptaba una clara postura racista; pero su generosidad,

su sensibilidad casi infantil y su ampulosa ingenuidad lo hicieron merecedor de tanto amor como rechifla.

Los críticos desdeñaban su popularidad, su amenidad y lo prodigioso y variado de su producción. Jamás lo eligieron para que entrase a formar parte de la Academia francesa, bastión de la situación artística de la nación. Lo acusaron de no ser sino el capataz de una «fábrica de novelas» por el hecho de usar colaboradores, y sin bien es necesario que tenía quien le hacía las labores de documentación y aun esbozaba sus obras, era él quien aportaba la alquimia literaria. Garrapateando con furia en mangas de camisa, les inyectaba el aire pintoresco, intrigante y humorístico en que se fundaba su magia. Dumas no tenía tiempo para la introspección académica: era un divulgador que escribía para entretener, para hechizar y consumir, para disipar lo que de rutinario tiene la vida. Y lo cierto es que lo lograba. «Fecunda el alma, el cerebro, la inteligencia —escribió Victor Hugo, otro de los titánicos hombres de letras de Francia—; provoca sed de lectura».

Siempre profesó una total indiferencia a las pullas de quienes tenían menos éxito que él. Abandonó sus tenues aspiraciones al título de marqués tras convencerse de que su nombre bastaba en cuanto título. Hizo grabar con grandes letras en Montecristo, el opulento palacete que construyó a fin de celebrar su gloria, el siguiente lema: «Quiero a quien me quiere».

Con todo, llevaba un estilo de vida precario, y, de hecho, las deudas lo obligaron a vender dicha residencia. En su último lecho señaló mordaz: «Llegué a París con veinticuatro francos, y esa es

exactamente la suma que dejó al morir». Aunque sus novelas de capa y espada llenas de acción perdían actualidad a medida que cambiaban los gustos literarios, él no se dejaba arredrar por los vaivenes de la fortuna. Irrefrenable, infatigable, siguió escribiendo. Fundó revistas y ofreció conferencias, y aun participó en la campaña de unificación de Italia de Garibaldi.

Cuando murió, en la casa que tenía en Puys, cerca de Dieppe, su devoto hijo, cierto joven periodista tuvo «la impresión de que todos hayamos perdido un amigo». Esta «alma afectuosa y bienquista» fue también el «mago espléndido» cuyas obras crearon «pasadizos a mundos desconocidos».

Su vástago también se hizo con un nombre en el panorama literario. En 1822, a la edad de veinte años, cuando viajó a París a fin de hacer fortuna, Dumas padre había seducido enseguida a la primera de sus muchas amantes, Marie-Catherine Labay, costurera que vivía puerta con puerta con él. El joven Alexandre, fruto de esta aventura, tenía seis años cuando su padre lo reconoció formalmente y ganó su custodia de resultas de una despiadada batalla legal. Tras esto, le prodigó sus cuidados y le procuró la educación más costosa posible —si bien no pudo evitar que sus compañeros de escuela se mofaran de él por sus herencia mestiza—. Sin embargo, de adulto, Dumas hijo no omitió recordar en su obra la aflicción que supuso a su madre el hecho de perderlo.

Adoraba a su padre, y no obstante, ambos eran diferentes en casi todos los aspectos. El hijo, miembro de la Academia francesa, escribía novelas y dramas moralizadores que lo convirtieron en el

ojo derecho de la situación literaria del momento. El romance que mantuvo en su juventud con la cortesana Marie Duplessis, una de las bellas más celebradas de su tiempo, inspiró su obra más renombrada: *La dama de las camelias* (1848), en la que un joven se enamora de una mujer de vida alegre; su padre pone fin a la relación, y ella muere de tuberculosis. Verdi la convirtió en su ópera *La traviata* (1853), en tanto que la gran pantalla ha visto ocho versiones diferentes, protagonizadas por actrices que van desde Sarah Bernhardt hasta Greta Garbo o Isabelle Huppert.

Si tanto el padre como el hijo fueron autores de obras notables, lo cierto es que *Los tres mosqueteros* y *El conde de Montecristo* —las más señaladas de aquel— siguen siendo no solo atemporales, sino universales, señalados éxitos de ventas e inspiración de innumerables producciones cinematográficas. En 2002, Jacques Chirac encabezó la ceremonia en la que la Guardia Republicana, ataviada con trajes de mosquetero, trasladaba los restos de Dumas al Panteón. «Con usted, todos hemos sido D'Artagnan y Montecristo», dijo el presidente francés.

Disraeli

(1804-1881)

El señor Disraeli... siempre se ha portado extremadamente bien conmigo, y alberga todos los buenos sentimientos que ha de tener todo ministro para con su

soberano... Está lleno de poesía, actitudes románticas y caballerosidad. Cuando se arrodillaba a besarme la mano, la tomaba entre las dos suyas y decía: «Con mi más tierna lealtad y fe».

Reina Victoria, carta a su hija, la princesa heredera Victoria de Prusia (4 de marzo de 1868)

Benjamin Disraeli, el mayor de los histriones que haya habido entre los dirigentes británicos, el más literario de todos y uno de los más ingeniosos —al que todos, incluida su mujer, conocían con el acertado apodo de «Dizzy» («atolondrado») —, pasó de aventurero a hombre de estado heroico, parlamentario excepcional y orador virtuoso. Dirigido por él, el Partido Conservador desarrolló la ideología por la que habría de guiarse durante más de un siglo: defensa ferviente de la monarquía, el imperio y la iglesia de Inglaterra, unida al empeño en alcanzar la unidad nacional por medio de la reforma social. Y aunque recibió el bautismo cristiano en 1817, sigue siendo el único primer ministro del Reino Unido de procedencia judía —más aún: sefardí y marroquí—, peculiaridad que fue motivo de orgullo durante toda su vida profesional. «Soy la página en blanco que hay entre el Viejo y el Nuevo Testamento», fue la definición que de él mismo ofreció a la reina Victoria. Cuando

hubo de hacer frente a las befas antisemitas del Parlamento, respondió ufano: «Sí, soy judío, y cuando los ancestros del señor diputado vivían como salvajes en una isla desconocida, los míos eran sacerdotes del Templo de Salomón».

Consiguió la mayor parte de sus logros políticos alcanzada cierta edad. Hijo del escritor Isaac d'Israeli, de joven era conocido, más bien, como figura literaria libertina y afectada a la manera de Byron, y también como especulador financiero (de hecho, él y Winston Churchill siguen siendo las únicas eminencias literarias que se han dado entre los dirigentes británicos). «Cuando me apetece leer un libro, lo escribo», afirmó en cierta ocasión. Entre sus obras se incluyen novelas románticas y políticas —de entre las que destaca en celebridad *Coningsby*— con las que obtuvo a menudo sumas de dinero nada desdeñables. Recorrió el imperio otomano y visitó Jerusalén, donde redescubrió y reinventó su exótico personaje de tory judío. Fueron proverbiales su extravagancia en el vestir y su engreimiento, que le atrajo a tantos enemigos como amigos. Su vida financiera fue desmedida, y la sexual, escandalosa. Pasó una temporada viviendo en trío con el lord canciller Lyndhurst y lady Henrietta Sykes, mujer casada y amante de ambos. Nada podía contrastar más con la sobriedad de su eterno oponente, el dirigente liberal W. E. Gladstone, con el cual mantenía una acalorada relación combativa. Se casó tarde, y, aunque sin hijos, tuvo una vida marital feliz.

Entró a formar parte del Parlamento en 1837, y su discurso inaugural se trocó en desastre cuando los asistentes abuchearon a

aquel currutaco presuntuoso que vestía de terciopelo verde. «Me van a oír», declaró al sentarse. No hubo de esperar mucho para adquirir fama en calidad de orador destacado y personaje difícil. En 1846 representó un papel fundamental en la escisión del Partido Conservador al oponerse a la revocación de las leyes destinadas a defender el grano británico que propugnaba su dirigente, Robert Peel. Cuando la formación creó un gobierno en minoría en 1852, el conde de Derby nombró a Disraeli ministro de Hacienda. Sin embargo, el Parlamento rechazó su primer presupuesto, y el gabinete dimitió cuando solo llevaba diez meses en el poder. Disraeli volvió a ejercer dos veces más de ministro a las órdenes de Derby: entre 1858 y 1859, y entre 1866 y 1868.

Fue en 1867 cuando, ya sexagenario, hizo su primera contribución de relieve a la posteridad, cuando Derby y él pusieron todo su empeño en hacer aprobar la reforma electoral de dicho año, que casi dobló el número de personas con derecho a voto —aunque este seguía siendo exclusivamente masculino— y fue a afianzar en el Reino Unido el sistema bipartidista que enfrentaba a conservadores y liberales. Cuando la grave enfermedad de Derby le obligó a renunciar al puesto de primer ministro en 1868, nadie pareció más adecuado que Disraeli en cuanto cabeza de partido y de gobierno. Sin embargo, no ocupó el cargo durante mucho tiempo, pues los liberales de Gladstone volvieron al poder antes de que acabase el año.

Después de otros seis años de oposición, Disraeli volvió a ocupar el cargo entre 1874 y 1880. «He ascendido a lo más alto de la cucaña»,

afirmó. Esta vez, los conservadores habían obtenido la mayoría. La reina Victoria lo adoraba —tanto como odiaba a Gladstone—. Él solía bromear diciendo que con la realeza se hacía necesario «halagar a espuertas», cosa que hacía dirigiéndose a ella como «nosotros los autores, señora mía». En 1876, Disraeli otorgó a la soberana el título de emperatriz de la India y recibió el de conde de Beaconsfield. Esta fue la descripción que hizo de su pertenencia a la Cámara de los Lores: «Estoy muerto; muerto, pero ¡en los Campos Elíseos!». En lo tocante a los asuntos exteriores, convenció a Europa y al resto del mundo de la grandeza real del Reino Unido. Protegió los intereses navales británicos y la ruta a la India mediante la compra de una porción sustancial de las participaciones del canal de Suez. En el continente, actuó con gran astucia al contener las ambiciones de Rusia durante la agonía del imperio otomano, el «enfermo de Europa».

Uno de sus logros más destacados fue la creación de un espíritu de imperio para el británico. Cantó las virtudes del tándem *imperium et libertas*, y entendió que la misión de su nación no consistía solo en comerciar y crear asentamientos coloniales, sino también en llevar los valores y la civilización británicos a los distintos pueblos de unos dominios que no dejaban de aumentar. Estaba persuadido de que el Reino Unido poseía un lugar único y predominante en el panorama político internacional, y en cierto modo fue lo que reivindicó en el congreso de Berlín de 1878 al dominar con su ingenio y su extravagancia los empeños en resolver el problema ruso-turco y las aspiraciones nacionalistas de los Balcanes, con lo

que logró garantizar la paz y refrenar las pretensiones territoriales de Rusia. Asimismo hizo ondear en Chipre la bandera británica. «¡ Lo que vale ese viejo judío!», aseveró el canciller alemán Bismarck. Aquel «brujo» recibió una acogida propia de un héroe tras el congreso.

Disraeli mantuvo durante toda su vida política un enfrentamiento encarnizado con Gladstone, «ese maníaco sin principios... mezcla extraordinaria de envidia, revanchismo, hipocresía y superstición». El sentimiento era mutuo. Gladstone comparó la derrota sufrida por aquel en 1880 con «el desvanecimiento de un castillo magnífico y ciclópeo en un romance italiano». Aunque sobrevivió a Disraeli y ejerció de primer ministro nada menos que cuatro veces (la última, entre 1892 y 1894), jamás llegó a tener su encanto, su perspicacia ni su estilo.

Garibaldi

(1807-1882)

Quien quiera proseguir la guerra contra el advenedizo, que venga conmigo. Nos os puedo ofrecer honores ni un salario: solo hambre, sed, marchas forzadas, batallas y muerte. Todo aquel que ame a esta nación, que me siga.

Discurso dirigido a sus seguidores al huir de Roma, según lo recoge

*Giuseppe Guerzoni en el volumen I
de Garibaldi (1882)*

Este caudillo inconformista de tropas irregulares y liberador irrefrenable de pueblos llevó una vida de combates y aventuras punto menos que increíble; pero su causa no fue menos heroica que su gesta: sacudió el yugo de corruptos tiranos y rígidos imperios que pesaba sobre los diversos estados de Italia. En este proceso, conocido como Risorgimento, guio a sus camisas rojas hacia numerosas victorias sobre los Borbones de España y los Habsburgo de Austria, quienes seguían gobernando buena parte de la bota.

Garibaldi nació en Niza, que entre 1814 y 1860 formó parte del reino italiano de Piamonte-Cerdeña. Se escapó de casa a fin de evitar una educación clerical, aunque se unió a su padre en el comercio costero y se hizo capitán de mar poco después de cumplir los veinte años. Mediada esta decena, se unió al movimiento de la Joven Italia, que, influido por el republicanismo nacionalista de Giuseppe Mazzini, conspiraba a fin de provocar un alzamiento antimonárquico en Génova en 1834. Cuando se descubrió la conjura logró huir, si bien viajó a Suramérica atraído por otras causas de liberación.

Allí combatió en favor del estado rebelde de Río Grande del Sur, que trataba de independizarse de Brasil. Allí conoció una vida de penurias y peligros. Durante una de sus campañas conoció a su querida compañera mestiza Anna Maria Ribeiro da Silva (Anita), quien sería con el tiempo madre de tres de sus hijos. Ella lo siguió

hasta que le otorgaron el mando de una de las legiones italianas que apoyaban la causa de Uruguay frente a Argentina. A la cabeza de aquellos primeros camisas rojas se hizo con una notable reputación de comandante magistral en las tácticas de guerrilla.

En 1848, cuando Europa ardía en revoluciones, regresó a Italia a fin de ofrecer sus servicios en la lucha contra la hegemonía austríaca. Rechazado por el Piamonte —en donde, al cabo, seguía estando perseguido—, participó en Roma en un experimento republicano que hizo huir de la ciudad a Pío IX, y organizó la resistencia, valiente pero muy inferior en número, frente a las fuerzas francesas y napolitanas que llevaron a término la restauración papal en 1849. Garibaldi y varios miles de seguidores se retiraron a través de la Italia central, y aunque lograron eludir a las fuerzas francesas y austríacas, sufrieron numerosas víctimas entre las que se incluía su amada Anita. Él consiguió llegar a la costa de Toscana, y desde allí se fue al exilio. Pasó los cinco años siguientes ejerciendo de patrón mercante en Nueva York y Perú.

En 1854 pudo regresar al fin a su Piamonte natal, en donde ideó una monarquía —que ya no república— italiana unida en torno a Víctor Manuel II y su poderoso primer ministro, el conde de Cavour. Napoleón III brindó su apoyo al proyecto. En 1859, convertido en general de división del Piamonte, acaudilló a las tropas alpinas en la lucha librada contra los Habsburgo en el norte de Italia, y capturó Varese y Como. Austria cedió Lombardía al Piamonte.

A principios de la década de 1860, montó en cólera contra los piamonteses por haber devuelto a Francia Niza y la región de

Saboya a cambio de la soberanía de los estados centrales de Italia. Garibaldi puso entonces la mira en el sur, en el llamado Reino de las Dos Sicilias, atrasado, empobrecido y gobernado por los Borbones. Con solo 1146 de sus camisas rojas, y el respaldo tácito de Víctor Manuel y Cavour, desembarcó en la ciudad siciliana de Marsala en mayo de 1860 y capturó Palermo poco después. Llevó a la rendición a veinte mil soldados napolitanos y se erigió en dictador con no poco apoyo popular. A continuación cruzó el estrecho de Mesina, entró victorioso en Nápoles y obligó a huir al rey Francisco II. Garibaldi entregó a Víctor Manuel las plazas conquistadas y lo reconoció como soberano de Italia. Estaba a punto de conseguir su objetivo de una Italia unida: solo quedaban fuera del nuevo reino los Estados Pontificios, defendidos por Francia, y Venecia, gobernada por Austria.

Las dos campañas, de marcado carácter personal, que emprendió Garibaldi a fin de hacerse con los primeros en 1862 y 1867 no llegaron a buen puerto. En la primera, de hecho, durante la batalla del Aspromonte, lo hirieron, por paradójico que resulte, los soldados que a fin de interceptarlo envió Víctor Manuel —quien, sin embargo, financió en secreto la de 1867—. En el norte, en cambio, conoció un éxito mayor cuando acaudilló a las fuerzas italianas —aliadas con los prusianos en una guerra más abarcadora— contra las austríacas de Bezzecca (21 de julio de 1866). Tras una serie de complejas negociaciones se cedió Venecia al naciente reino italiano. Los Estados Pontificios se rindieron al fin a los ejércitos del gobierno italiano en septiembre de 1871. Era la pieza que faltaba en el

rompecabezas italiano, y, sin embargo, Garibaldi no tuvo nada que ver. Su última aventura fue en apoyo de los franceses contra los prusianos entre 1870 y 1871. Tras retirarse a Caprera, isla que había adquirido en la década de 1850, llevó una vida tranquila en calidad de político y autor de memorias y novelas, y de leyenda viva cuya muerte, ocurrida en junio de 1882, sumió en el luto a toda Italia.

Si Mazzini poseía la base filosófica, Cavour la estrategia y Víctor Manuel la corona, fue Garibaldi, el patriota aventurero, quien creó una nación.

Napoleón III (1808-1873)

Cuando Hegel aseveró que no hay hecho ni personaje de la historia que no se dé dos veces, por expresarlo de algún modo, olvidó puntualizar: la primera, en forma de tragedia, y la segunda, de farsa.

Karl Marx

Aunque el reinado de Napoleón III acabó en desastre, lo cierto es que el monarca disfrutó de una prosperidad asombrosa durante una veintena de años: restauró el orden en Francia y, acto seguido, la posición de esta en Europa; ganó la guerra de Crimea en alianza

con el Reino Unido; derrotó a Austria; colaboró en la unificación de Italia, y reconstruyó París. El hombre al que Bismarck caracterizó de «esfinge sin enigma» y al que llamó Victor Hugo «Napoleón el Chico» en contraposición con su tío Napoleón el Grande fue, sin embargo, un hombre de estado de no pocas dotes y, junto con su azote Bismarck, uno de los precursores de la política moderna y el electoralismo (la búsqueda del apoyo de las clases medias y el centro).

Luis Napoleón Bonaparte, quien cimentó su futuro sobre la fama de su tío, Napoleón I, era hijo de Luis Bonaparte y Hortensia de Beauharnais, reyes de los Países Bajos —él, hermano menor del emperador, y ella, hermana de la emperatriz Josefina—. A la muerte del emperador, ocurrida en 1821, le sucedió su hijo, el rey de Roma, al que los bonapartistas llamaron Napoleón II, y todos los demás, duque de Reichstadt; pero murió joven y, en realidad, no llegó a reinar nunca. En la década de 1820, Luis Napoleón se convirtió en el aspirante al trono de aquella dinastía. Esta figura vigorosa y romántica, cuyos intentos quijotescos por hacerse con el poder en Francia, financiados de forma invariable por sus amantes y respaldados por una cuadrilla de aventureros ineptos, acabaron en un cómico desastre. Quizá fue la comicidad lo que le salvó la vida, ya que gracias a ella evitó sentencias severas y apenas hubo de sufrir prisión durante un tiempo en la fortaleza de Ham —en la que protagonizó una fuga célebre—. Ya en los comienzos de su trayectoria política demostró no poca energía y arrojo, por escaso que fuera su éxito.

Sus perspectivas siguieron siendo desesperadas hasta 1848, cuando las revoluciones que sacudieron Europa derrocaron la Monarquía de Julio del rey Luis Felipe de Francia. De súbito, Luis Napoleón Bonaparte, personaje romántico aunque inescrutable, portador de un nombre mágico, se halló en boca de todos. Cuando se celebraron las elecciones presidenciales, pese a ser aún relativamente desconocido en la nación, fue capaz de representar todo para todos y hacer campaña con una pericia y una astucia considerables, lo que le concedió una mayoría abrumadora en cuanto primer presidente de Francia. Sin embargo, él quería más, y se arrogó el título de «príncipe presidente». En diciembre de 1851 se hizo de manera inexorable con el poder de resultas de un golpe de estado. Arrestó a sus enemigos y derribó a la oposición para erigirse en dictador de Francia. Un año más tarde, tras prometer que el imperio traería la paz, se coronó con el nombre de Napoleón III.

Durante la primera década de su reinado, gobernó con autoritaria vistosidad, aplastando toda disensión, si bien logró un éxito considerable a la hora de devolver a Francia a una posición destacada entre las potencias de Europa y de afianzar su propio imperio. Se sirvió de las tensiones que se daban en torno a los lugares sagrados de Jerusalén para presionar al sultán otomano y obtener así una mayor influencia francesa en competencia con Nicolás I de Rusia. Cuando el zar se sirvió de la fuerza militar para invadir el territorio otomano con la intención de acabar con el sultanato, Napoleón se alió con el Reino Unido para declararle la guerra: aunque el conflicto de Crimea puso de relieve la

incompetencia tanto francesa como británica, lo cierto es que culminó con la victoria de los aliados, y la aceptación de Napoleón III como monarca legítimo por parte de la reina Victoria, quien lo tuvo de invitado en Windsor y lo encontró encantador.

Napoleón contrajo matrimonio con una aristócrata española llamada María Eugenia de Montijo, quien le dio un heredero legítimo, el príncipe imperial. Apoyó la independencia y la unificación italianas, derrotó a Austria en la batalla de Solferino, y ayudó así a expulsar a los Habsburgo de Italia. Durante la década de 1860 transformó la política nacional al decantarse por un imperio liberal, una monarquía más constitucional que permitió un mayor debate parlamentario. Francia disfrutó de un vigoroso auge en el mercado de valores, una bacanal de nuevo consumismo y gasto ostentoso, en tanto que su emperador ordenaba al barón Haussman la reconstrucción de un París nuevo y glorioso.

Sin embargo, la subida de los precios hizo cundir el malestar entre los pobres de las ciudades, la diferencia entre estos y los ricos y la corrupción sin freno, personificada por los nuevos millonarios y el auge de las celebridades sexuales, las *grandes horizontales* o cortesanas. En muchos sentidos, el mundo moderno —el mercado de valores, el auge y la caída de la propiedad inmobiliaria, el consumismo, la fama, el electoralismo, la aparición de magnates...— se inició con Napoleón III. El emperador se granjeó una mala reputación considerable por su afición a las mujeres: sus primeros pasos en la política habían sido financiados por una cortesana inglesa llamada Harriet Howard, y fue siempre un coleccionista

entusiasta de amantes. De hecho, los miembros de su gabinete que viajaban con él en el tren imperial hubieron de contemplarlo en flagrante delito cuando se abrió por accidente la puerta de su compartimento. Se dice que la aventura que tuvo con la hermosa condesa de Castiglione, espía seductora y aventurera, y prima del conde de Cavour, primer ministro de Italia, pudo alentarle a abrazar la causa de la liberación italiana. Con todo, lo cierto es que ya se había comprometido con la emancipación de dicha nación, y que la figura perfecta que revelaban sus célebres vestidos transparentes resultaba irresistible por derecho propio. Pese a su fama y su vistosidad, Napoleón no dejó nunca de ser un hombre incognoscible y misterioso. Sus bigotes engominados y sus cortas piernas hacían de él una figura muy poco heroica. El poder lo agotaba, y la mala salud afectaba a su capacidad para tomar decisiones. La falta de juicio de que dio muestra en 1869 permitió a Bismarck arrastrarlo a una declaración de guerra que resultó desastrosa.

Al emperador achacoso le venían grandes el papel de caudillo y aun el de dirigente político en tiempos de guerra. La derrota sufrida en Sedán le llevó a abdicar y exiliarse en el Reino Unido: el último monarca de Francia murió en el extranjero. Su hijo, el príncipe imperial, murió mientras servía en las fuerzas británicas contra los zulúes.

La caída de aquel imperio moderno rutilante y hedonista suyo de resultas de la derrota militar, la revolución y la matanza de la Comuna de París se describe de manera magistral en *Nana*, novela de Émile Zola en la que aquel está simbolizado por una cortesana

superficial, codiciosa y lasciva que muere en su habitación de hotel mientras las masas derrocan el régimen y acaba con su hermoso cuerpo consumido por los gusanos. Para Marx, si la historia se reveló como tragedia en el caso de Napoleón I, volvió a repetirse en el de Napoleón III en forma de farsa.

Capítulo V

Período 1809 d.C. - 1869 d.C.

Contenido:

Lincoln (1809-1865)

Jack «el Destripador» (en actividad: 1888-1891)

Darwin (1809-1882)

Dickens (1812-1870)

Bismarck (1815-1898)

Florence Nightingale (1820-1910)

Pasteur (1822-1895)

Francisco López y Elisa Lynch (1827-1870 y 1835-1886)

Tolstoi (1828-1910)

Cixi (1835-1908)

Leopoldo II (1835-1909)

Tchaikovski (1840-1893)

Clemenceau (1841-1929)

Sarah Bernhardt (1844-1923)

Maupassant (1850-1893)

Oscar Wilde (1854-1900)

Guillermo II (1859-1941)

Lloyd George (1863-1945)

Toulouse-Lautrec (1864-1901)

Rasputín (1869-1916)

Gandhi (1869-1948)

Lincoln

(1809-1865)

Resolvemos aquí con firmeza que los muertos no habrán muerto en vano; que esta nación verá, Dios mediante, renacer la libertad, y que no desaparecerá de la faz de la Tierra el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Discurso ofrecido en la consagración del Cementerio Nacional de Gettysburg (19 de noviembre de 1863)

Abe «el Honrado», el presidente que salvó la Unión y liberó a los esclavos, se ha convertido en una verdadera leyenda de la historia de Estados Unidos. El encanto humilde que desplegaba esta figura enjuta y austera, tan benévola como gloriosa, salida de las regiones más apartadas de Kentucky para guiar a su nación, le granjearon tanto amor como admiración.

Aunque apenas recibió educación formal alguna: fue a la escuela a ratos y se instruyó «a retazos», según su propia expresión. Fue autodidacta, y aprendiendo a citar de memoria fragmentos de la Biblia y de Shakespeare acabó por dominar la lengua inglesa. El viaje que lo llevó de la cabaña de troncos de Kentucky que lo había visto nacer a la Casa Blanca sirvió de anteproyecto al sueño americano. Su padre y su amadísima madrastra eran casi

analfabetos, y él trabajó partiendo maderos con los que hacer cercas —de ahí el sobrenombre de «Rail Splitter»— y estudió derecho por su cuenta antes de ejercer de abogado con no poco éxito en Illinois y —defendiendo siempre su derecho a no ir a la iglesia— entrar en el mundo de la política, primero como liberal y después como miembro fundador del Partido Republicano, hasta que en 1860 se convirtió en el decimosexto presidente de Estados Unidos.

Aunque fueron sus dotes de mando las que, a la postre, mantuvieron unidos a los estados, lo cierto es que su elección sirvió para impulsar su división. Célebre es ya su declaración de 1858: «Una casa escindida contra sí misma no puede tenerse en pie. En mi opinión, el gobierno no va a poder permanecer siempre mitad esclavo y mitad libre». Su preferencia por la libertad era ya proverbial, y aun antes de que tomara posesión de la Presidencia, en 1861, siete de los estados del Sur se declararon una nación nueva: la de los Estados Confederados de América. Lincoln, observante de la Constitución, no tenía intención alguna de hacer armas contra ellos —fueron los confederados quienes dieron comienzo a la guerra civil cuando hicieron fuego contra el fuerte Sumter—, pero tampoco iba consentir una secesión permanente: estaba resuelto a no permitir ninguna fractura en la Unión.

Quería salvarla tanto por ella misma como por preservar un ideal de autogobierno que consideraba ejemplar para el mundo. En el discurso pronunciado en Gettysburg en 1863 equiparó a aquella federación «concebida en libertad y consagrada a la proposición de que todos los hombres son creados iguales» a los principios de

democracia e igualdad sobre los que se había fundado en 1776: «esta nación —proclamó— verá renacer la libertad, y... el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparecerá de la faz de la Tierra». Reafirmó así una visión del estado y su identidad que sigue vigente en nuestros días.

Las dotes de mando de que dio muestras durante la guerra garantizaron la victoria de la Unión. Las hostilidades exigieron la adopción de medidas extremas. Sirviéndose de los poderes que le otorgaba el estado de excepción, Lincoln suspendió el derecho de *habeas corpus*, bloqueó los puertos meridionales y encarceló sin juicio a miles de presuntos simpatizantes de la causa confederada. Aunque sus oponentes, incluido el grupo de presión de los *copperheads*, que abogaba por la paz en el seno de la Unión, lo criticaron con violencia, habida cuenta del período y las circunstancias, lo cierto es que sus métodos fueron relativamente humanos. Su magnanimidad innata se hace evidente en el trato que profesó a los confederados derrotados, respecto de los cuales ordenó a sus generales: «No seáis duros con ellos».

En cuanto comandante en jefe del ejército de la Unión, el instinto para la estrategia de este antiguo abogado suplió con creces su falta de adiestramiento militar. Tras diversos intentos fallidos halló en Ulysses S. Grant un adalid capaz de entender de forma instintiva la idea que tenía del modo como debía conducirse aquella guerra. «No puedo prescindir de este hombre —fue, al parecer, la respuesta que dio ante quienes lo criticaban—, porque lucha».

Mientras este empeñaba campañas enérgicas y por demás victoriosas, Lincoln se dedicó a recorrer el país inspirando por igual a combatientes y seguidores. La elocuencia e integridad que manifestaban sus arengas alcanzaron su punto culminante en Gettysburg, en donde dedicó el futuro de la patria a quienes habían muerto en su nombre.

Si bien había sido «antiesclavista por naturaleza» desde su juventud, y, de hecho, había sido este particular el que lo había llevado a dejar el derecho y regresar a la política en 1854, fue la guerra civil la que le convirtió en abolicionista declarado. En su Proclamación de Emancipación de 1862 se sirvió de la autoridad excepcional que le confería el contexto bélico para liberar a todos los esclavos de los estados rebeldes. Tal decisión, que brindaba a la causa unionista el apoyo de la población negra y el alistamiento de no pocos soldados, resultaba tan justificable en lo político como acertada desde el punto de vista moral. Para Lincoln fue todo un triunfo: «Jamás en mi vida —aseveró— he estado más seguro de estar haciendo lo correcto que ahora, al firmar este documento». A fin de evitar que, llegada la paz, pudiera revocarse este decreto de excepción, se encargó de que, en 1865, se aprobase la Decimotercera Enmienda, con la que quedó consagrada en la Constitución de Estados Unidos la libertad de todo su pueblo.

Su muerte de un tiro en la nuca asestado por el radical sudista John Wilkes Booth mientras asistía a una función teatral con su esposa, Mary, el 14 de abril de 1865, lo convirtió en el primer presidente de su nación asesinado mientras ocupaba el cargo. No

obstante la confusión que existe en lo tocante a las palabras que pronunció John Stanton, secretario de Guerra, en el instante en que expiraba Lincoln, no cabe duda de que este último pertenece tanto «a los ángeles [*angels*]» como «a la eternidad [*ages*]».

Jack «El Destripador»

(En actividad: 1888-1891)

*Más asesinatos en Whitechapel,
tan extraños como espeluznantes.
Los periódicos huelen a sangre.
Lord Cranbrook, ministro del
gabinete (2 de octubre de 1888)*

Jack «el Destripador» acechó por las zonas más lóbregas del Londres victoriano a la caza de los integrantes más vulnerables y rechazados de la sociedad: las prostitutas. En una frenética bacanal de sangre, asesinó a no menos de cinco mujeres desde el mes de agosto hasta el de noviembre de 1888. Conocido también por «el Asesino de Whitechapel» o «Mandil de Cuero», sigue siendo el criminal de más infausta memoria de cuantos han escapado a la justicia y el primer asesino en serie que acaparó en su tiempo la atención del público internacional. «El terror recorrió la tierra —asevera un escrito de la época—. Los hombres no se atrevían a alzar la voz al hablar de ello, y las mujeres se estremecían con labios descoloridos al leer los sobrecogedores detalles».

Todos los crímenes del Destripador se produjeron en Whitechapel, sector del este de Londres afligido por la pobreza, o en los aledaños.

Sus víctimas eran prostitutas callejeras, y, aunque no las violaba, casi todas ellas tenían la garganta cortada y el bajo vientre mutilado de tal guisa que hacía pensar en un móvil sexual depravado y en una clara obsesión con el útero de la mujer. Tal era la precisión con que estaban efectuadas las incisiones, que la policía estaba convencida de que el perpetrador debía de tener, cuando menos, cierto conocimiento de anatomía o de la profesión de carnicero.

El 7 de agosto de 1888, Martha Tabram recibió 39 puñaladas en la escalera de un bloque de pisos de Whitechapel, en donde la abandonó su asesino con la parte baja del cuerpo expuesta. Aunque no está claro que su muerte fuera obra suya, el Destripador fue responsable indiscutible de la de Mary Ann Nichols, hallada en un callejón empedrado del mismo distrito el día 31 de aquel mismo mes, estrangulada y acribillada después a cuchilladas en el cuello, el estómago y los genitales. Las autoridades locales recurrieron a los inspectores Frederick George Abberline, Henry Moore y Walter Andrews —y más tarde a la policía del distrito central de Londres, representada por el inspector James McWilliam—, y aunque se interrogó a diversos sospechosos en relación con ambos crímenes, sus investigaciones no llegaron a buen puerto. Entonces, el 8 de septiembre, comenzó a tomar forma un patrón concreto con la aparición en la parroquia cercana de Spitalfields del cadáver de Annie Chapman, a la que habían degollado y extirpado algunos órganos.

Era evidente que el asesino se estaba creciendo ante el miedo que creaba. El 30 de septiembre, tras matar a su siguiente víctima,

Elizabeth Stride, fuera del International Working Men's Club de Dutfield's Yard, tuvo la osadía de dirigirse a pie hacia Aldgate, en dirección este, y tras cruzarse tal vez con la ronda de policía que recorría aquellas calles cada cuarto de hora, abordó a Catherine Eddowes cerca de un almacén. Acababan de dejarla en libertad después de sufrir arresto en la comisaría por embriaguez, y la hallaron tendida boca arriba con el cuello cortado, el estómago abierto y los órganos extraídos. La última víctima del Destripador fue Mary Jane Kelly, otra prostituta de la zona, asesinada en su habitación de Spitalfields antes de ser descuartizada en partes muy pequeñas el 9 de noviembre.

El 27 de septiembre, a mitad de esta serie de crímenes, llegó a la Agencia Central de Noticias una confesión de redacción no muy pulida, escrita con tinta roja y firmada por «Jack "el Destripador"». Aunque es posible que no fuese auténtica, el 16 de octubre, cierta comisión local creada para vigilar la zona recibió algo semejante a medio riñón humano, procedente al parecer de una de las víctimas. A medida que iban apareciendo en la prensa las nuevas del asesino que acechaba en las calles, el miedo fue tornándose en histeria, en tal grado, que el comisario de la Policía de Londres, *sir* Charles Warren, se vio obligado a dimitir.

¿Quién era el Destripador? Las conjeturas más desenfundadas hablan de un móvil político. ¿Pudo ser un reformista social —el filántropo Thomas Barnardo quizá— que pretendía atraer la atención del público hacia las miserables condiciones en que vivían las gentes de distritos como el de Whitechapel? ¿Tal vez algún

nacionalista irlandés de mente retorcida, como su representante de la Cámara de los Comunes, Charles Stewart Parnell, a quien la policía, sabedora de que frecuentaba aquellas calles, lo siguió durante un tiempo antes de sacarlo de la lista de sospechosos? Todo indica que el literato George Bernard Shaw había dado oídos a esta teoría cuando escribió, en septiembre de 1888: « [en tanto que] nosotros, los socialdemócratas convencionales, perdemos el tiempo... algún genio independiente ha echado mano al asunto... con el sencillo expediente de desentrañar a cuatro mujeres».

La hipótesis más controvertida fue la que hablaba de la participación del príncipe Alberto Víctor, duque de Clarence y primogénito del príncipe de Gales, y aseguraba que el gobierno y la familia real habían encubierto los crímenes a fin de evitar un escándalo. Aunque semejante idea ha resultado atractiva a los amigos de las teorías de conspiración, sobre todo por ser proverbial el estilo de vida disipado de aquel, el peso de las pruebas hace pensar que estaba en otro lugar cuando se cometieron varios de los asesinatos.

Las sospechas recayeron también durante un tiempo sobre la nutrida comunidad judía del este de Londres. Afloraron viejos prejuicios y corrieron rumores de crímenes rituales. El Destripador había dejado restos de las víctimas tras el doble crimen del 30 de septiembre, y la siguiente pintada escrita con tiza en una escalera: «No se culpará en vano a los judíos [*Juwes*, en lugar de *Jews*]». Más tarde, el jefe segundo de policía, *sir* Melville Macnaghten, tuvo por principal sospechoso a Aaron Kosminski, judío polaco que trabajaba

de peluquero en Londres antes de que lo internasen en una casa de locos en 1891, aunque jamás llegaron a presentarse cargos formales contra él, pese a que Robert Anderson —a la cabeza del Departamento de Investigación Criminal— y el inspector jefe Donald Swanson —a quien se asignó el caso de forma temporal— también eran de su opinión. Otros, en cambio, relacionan el críptico mensaje con la masonería, pues suponen que el sintagma *the Juwes* se refiere a Jubela, Jubelo y Jubelum, quienes según la tradición masónica fueron sometidos a un sacrificio ritual por matar al gran maestro Hiram Abif.

Macnaghten nombró también a otros tres posibles sospechosos: Montague Druitt, abogado y profesor interesado en cirugía de quien se pensó que estaba loco y a quien un tiempo después se halló sin vida; Michael Ostrog, ladrón y estafador de origen ruso que había pasado por diversos manicomios, y Francis Tumblety, médico que huyó del país cuando se pensó en él como posible responsable de la muerte de Kelly. Hubo quien incluyó en la lista a Jacob Isenschmid, charcutero suizo demente, y Seweryn Kłosowski, cirujano polaco que envenenó a tres de sus esposas. Sin embargo, al decir de la autora de novela policíaca Patricia Cornwell, el candidato más probable fue, en realidad, un artista nacido en Alemania y llamado Walter Richard Sickert, cuyos cuadros incluían numerosas imágenes misóginas de ataques violentos a mujeres, aun cuando los criminólogos lo habían descartado con anterioridad.

¿Por qué cesaron de pronto los crímenes del Destripador? ¿Cabe pensar que ingresaron al culpable en una institución mental y que,

por lo tanto, le fue imposible seguir matando? ¿Puede ser que muriera de sífilis o aun que se suicidara? ¿Quizá después de cumplir su grotesco objetivo se conformó con volver a su vida normal y anónima? ¿Cambió tal vez de residencia al aumentar la presión policial en Londres más allá de lo que era capaz de afrontar? ¿No será que nunca dejó de matar; que cambió, sin más, sus métodos homicidas y fue autor no ya de cinco, sino de los once asesinatos perpetrados en Whitechapel entre el 3 de abril de 1888 y el 13 de febrero de 1891? Es imposible determinarlo con seguridad, aunque lo cierto es que los crímenes concluyeron del mismo modo abrupto como habían empezado. A partir de cierto número de supuestos testigos de vista, se ha descrito como un hombre alto que vestía mandil y llevaba un maletín negro de médico lleno de bisturíes. Con todo, el periódico londinense *The Star* expresó de un modo mucho más poderoso lo terrible de sus crímenes y el espanto que provocó. «Anda suelto un réprobo sin nombre, mitad bestia y mitad hombre —se leía en sus páginas—. Malicia repugnante, astucia mortal, insaciable sed de sangre: todas ellas son las señas de identidad de este homicida desquiciado. Tan macabra criatura, que acecha a su víctima como un algonquino, está ebria de sangre... y va a tener más».

DARWIN

(1809-1882)

Cuanto más sabe uno de él, mayor es la sensación de que

personificaba el ideal del hombre de ciencia.

T. H. Huxley, en Nature (1882)

Junto con Copérnico, Newton y Einstein, Charles Darwin forma parte del grupo reducido de científicos que ha conformado la revolución fundamental de nuestro modo de pensar. Antes de él, se aceptaba de forma casi universal el relato de la creación que presenta la Biblia, y después se introdujo una porción de duda tan vasta como escalofriante respecto de la capacidad de la religión para dar explicación al universo y al lugar que ocupamos en él. Cambió de modo radical la imagen que tenemos de nosotros mismos.

De niño, Darwin era un ser reservado y sin pretensiones a quien gustaba mucho coleccionar minerales, monedas y huevos de aves. Tras una formación escolar sin nada que destacar, lo enviaron a Edimburgo a estudiar medicina. La disección de cadáveres le resultó repulsiva, y abandonó la facultad sin acabar la carrera. Sin embargo, había arraigado en él el interés por la historia natural y la geología, y siguió desarrollándose cuando se matriculó en Cambridge.

Después de que se graduara en 1831, su profesor de botánica lo recomendó ante el Almirantazgo para el puesto de naturalista sin remuneración a bordo del *Beagle*, buque que tenía por misión recorrer el mundo en viaje de exploración durante cinco años, y con el que visitó las costas de Suramérica, atravesó el Pacífico en dirección a las islas Antípodas y conoció Suráfrica antes de regresar

al Reino Unido. La experiencia le abrió los ojos a la maravillosa variedad de formas vivas que pueblan el planeta, y también a las diferencias y similitudes que existen entre ellas.

Durante el trayecto, leyó el revolucionario *Principios de geología* de Charles Lyell, que defendía la tesis de que los rasgos geológicos son resultado de procesos lentos y graduales ocurridos a lo largo de vastísimos eones. Este «uniformismo» se oponía al «catastrofismo», que aseveraba que tales rasgos se han originado de resultados de trastornos repentinos y violentos dados en una escala temporal relativamente corta, y se ajustaba, por lo tanto, a la creencia de la iglesia en que la Tierra era un cuerpo de muy reciente creación, tal como se describe en el Génesis. En sus viajes, Darwin recogió más pruebas en favor de la teoría de Lyell, como conchas fósiles alojadas en estratos rocosos situados a una altura de 3.660 metros.

Al llegar a las islas Galápagos, remoto archipiélago sito sobre la costa occidental de Suramérica, había abierto ya la mente a modos nuevos de pensar en el mundo natural. Había observado que los ñandúes, las aves corredoras de gran tamaño de las pampas suramericanas, guardaban semejanza con los avestruces africanos, aun perteneciendo, sin lugar a dudas, a una especie distinta. En las Galápagos obtuvo especímenes de pinzones de diversas islas entre los que existían diferencias sutiles. Al estudiarlos con más detenimiento de regreso a Inglaterra, paró mientes en que se trataba, en realidad, de varias especies. Supuso que debían de tener todos un antepasado común antes de experimentar con el tiempo un proceso de transmutación.

Aunque las ideas evolucionistas no eran nuevas, aún no se habían aceptado de forma generalizada. Su propio abuelo, Erasmus Darwin, había mantenido —con el científico francés Jean-Baptiste Lamarck (1744-1829) — que las especies se transformaban con el tiempo mediante la herencia de caracteres adquiridos. Lo que descubrió él fue que, a fin de sobrevivir, los animales —y las plantas— se adaptan a los cambios que se dan en su hábitat natural, y que si se ven aislados por la geografía el tiempo suficiente, las modificaciones resultantes se harán lo bastante pronunciadas para convertir, por ejemplo, a la del ñandú suramericano en una especie distinta de la de su primo el avestruz africano.

El gran avance de Darwin se produjo tras su lectura, en 1838, del *Ensayo sobre el principio de la población*, de Thomas Malthus, quien sostenía que el crecimiento demográfico del hombre se ve restringido por los límites impuestos por la disponibilidad de alimento, las enfermedades o la guerra. Darwin reparó en que las variaciones o adaptaciones que percibía en los animales eran resultado de la «lucha por la existencia», en la cual los individuos que poseían o heredaban la característica que mejor los equipaba para subsistir en su entorno tenían más posibilidades de procrear y de transmitir dichos caracteres favorables. Llamó a este proceso *selección natural*.

La idea era sencillísima, y, sin embargo, resultaba tremendamente explicativa. Entre las décadas de 1830 y 1850, siguió acumulando pruebas, remiso a presentar al público una teoría que sabía que

tendría un impacto demoledor en las creencias religiosas y en la reconfortante idea de un mundo ético y dotado de una finalidad.

Pasó todo este tiempo atormentándose y dando rodeos, aquejado por un número cada vez mayor de enfermedades de origen psicosomático que no por ello resultaban menos dolorosas y que habrían de acosarlo el resto de su vida. Entonces, en 1858 recibió una carta remitida por un joven naturalista, Alfred Russell Wallace, que a todas luces había llegado de manera independiente a las mismas conclusiones que él. El primero de julio de 1859 los dos presentaron un artículo conjunto en la Sociedad Linneana de Londres, y en noviembre de aquel año Darwin publicó *Sobre el origen de las especies por medio de la selección natural*.

El libro supuso un golpe aplastante a las cómodas certidumbres del pasado. Toda criatura pensante sensata halló punto menos que imposible disentir dado lo convincente del razonamiento y el volumen abrumador de las pruebas que lo acompañaban. La iglesia de Inglaterra puso en batería sus añosos cañones a fin de emprender una contraofensiva, aunque no sirvió de nada. En lugar de «todas las cosas lucientes y hermosas, las criaturas grandes y menudas» que cantaba el himno religioso, su obra nos enfrentó a «la naturaleza, roja de diente y garra» que había profetizado Tennyson.

La afirmación de que, por fuerza, debemos de compartir un ancestro común con el mono tenía un corolario evidente, que Darwin hizo explícito al publicar, al fin, en 1871, el esperadísimo *El origen del hombre*: la humanidad había dejado de ocupar ninguna posición especial en cuanto mayordomo de Dios en la Tierra, separado del

resto de los animales y superior a todos ellos. Desde entonces, el hombre fue un animal más entre tantos. La visión del mundo que nos legó Darwin, aun siendo menos hospitalaria, resulta más honrada desde el punto de vista intelectual y revela que las maravillas y los misterios del universo darwiniano no son menos numerosos.

Dickens

(1812-1870)

En asuntos literarios, trazo mi línea divisoria con la pregunta: ¿Te gusta Dickens? Si no, lo siento mucho por ti, y se acabó lo que se daba.

Stanley Baldwin

Charles Dickens fue el escritor inglés por excelencia de su tiempo. Pendenciero, conmovedor, trágico y cómico a intervalos, creó novelas que captaron la imaginación del público como ninguna de las escritas antes o después de él. Transmutó la realidad que observaba en un panorama social cautivador y enciclopédico de poder hipnótico. Sus obras conforman todo un mundo, de tal modo que aun los que no han leído gran cosa suya saben lo que comporta el término *dickensiano*.

Este maestro de la narrativa escribió un verdadero canon de clásicos. Sus libros entretienen la oscuridad y la luz, el romance y el

melodrama, lo aterrador y lo tierno; un instante se muestran horribles y fantásticos, y al siguiente nos hacen llorar de risa. Desde la cárcel de morosos de *La pequeña Dorrit* (1855-1857) hasta el asilo de pobres y las guaridas de ladrones de *Oliver Twist* (1837-1838) o las maquinaciones del Tribunal de la Cancillería que nos presenta *Casa desolada* (1852-1853), creó una visión de Londres como organismo vivo y palpitante que domina aún en nuestros días la concepción que tenemos de la metrópoli victoriana. Desde que se publicó por entregas su primera obra de relieve, *Los papeles del Club Pickwick* (1836), y la tirada ascendió enseguida de 400 a 40 000 ejemplares, quedó sentada su fama de escritor que mejor entendía a los ingleses.

Su rudimentaria formación académica se vio interrumpida a los quince años por culpa de la prodigalidad de su padre, antiguo escribiente de la Armada, y el muchacho, que siempre había querido ser actor y a quien sus compañeros recordaban por su «animación y espíritu animal», acabó convertido, a su pesar, en pasante de un bufete de abogados. En la primavera de 1833, ejerciendo ya de periodista —ocupación más emocionante, aunque «cansadamente incierta»—, se le concedió una audición celebrada en el teatro de Covent Garden, pero una enfermedad le impidió presentarse. Quizá fue cosa del destino, porque durante el verano de aquel año comenzó a escribir. Al año siguiente, se había ganado ya en la prensa con el pseudónimo de «Boz» la fama que había ansiado obtener sobre las tablas. Su pasión por el teatro influyó de forma evidente en su obra. Más tarde, adaptaría a la escena clásicos como

Cuento de Navidad (1843), aunque no volvió a probar fortuna en Covent Garden.

Los coloridos nombres de sus personajes revestían para Dickens una importancia colosal, a tal extremo, que no era capaz de empezar un libro hasta haberlos ideado. Hacía listas con los que encontraba con más posibilidades y elaboraba todo un cúmulo de variaciones. Martin Chuzzlewit estuvo a punto de llamarse Martin Sweezleweg. Con el tiempo, su obra se fue haciendo más oscura y seria, aunque jamás llegó a apartarse demasiado de la comedia. Acometido con frecuencia por un júbilo histérico en las ocasiones menos apropiadas, Dickens sabía ver con rapidez el lado ridículo de las cosas.

Investigaba con gran esmero, y muchos de sus personajes están basados en hechos, tal como ocurre con el Fagin de *Oliver Twist*. En 1849, el periodista Henry Mayhew, fundador de la revista *Punch*, comenzó a publicar en *The Morning Chronicle* una serie de artículos que acabaría por convertirse en los cuatro descomunales volúmenes titulados *London Labour and the London Poor*, obra que escandalizó a los lectores de clase media por los cuadros impávidos de los barrios bajos londinenses que presentaba y que tanta influencia tuvieron en radicales, reformistas y escritores como Charles Dickens.

Mayhew desveló lo que se ocultaba en los estratos inferiores de la ciudad: un mundo de delitos, suciedad y depravación. Entrevistando a limpiachimeneas y vendedoras de flores, vagabundos y artistas callejeros, carteristas y prostitutas, describió

un mundo «terrible y fascinante», según palabras de William Thackeray. Habló de las ancianas que recogían heces de perro para venderlas a los curtidores, y presentó al lector a los niños que vivían de las monedas, la leña o el carbón caído de las barcazas que rebuscaban en las márgenes del Támesis, infestadas de cólera y regadas por aguas residuales.

Mayhew deja hablar a sus entrevistados en su propia lengua e informa de sus hallazgos con ojo muy humano. Habla de Jack, barrendero del West End, «un chiquillo guapote de ojos grandes y afables»; de Gander, su amigo, que ganaba un dinero extra con su número de acrobacias. Describe la habitación que compartían en una casa de huéspedes tan limpia como cabía esperar y a la anciana que cuidaba de ellos tan bien como le era posible. Refiere la historia de China Emma, prostituta alcoholizada «apergaminada y muerta de hambre» que yacía en «un antro... más como una fiera en su cubil que como un ser humano en su casa».

En este mundo vivía quien sirvió de inspiración para el personaje de Fagin: Ikey Solomon, uno de los prestamistas y peristas — traficantes de objetos robados— más conocidos de Londres, quien adquirió no poca fama por su disparatada fuga de la prisión de Newgate. El coche de alquiler que, en teoría, debía llevarlo allí tras ser detenido en 1827 por robo y receptación tenía por cochero, en realidad, a su suegro. El vehículo dio un rodeo por Petticoat Lane, en donde lo aguardaba una cuadrilla de amigos del reo que redujeron a los guardias y lo liberaron.

Solomon huyó a Nueva York, pero las autoridades, al verse burladas, trasladaron a Tasmania en su lugar a su familia. «Resuelto a enfrentarme a cuanto hiciese falta por el bien de mi esposa y mis hijos», según sus palabras, volvió a hacerse a la mar a fin de unirse a ellos. A falta de la orden de detención necesaria, hubo de transcurrir un año antes de que los funcionarios de dicha isla pudieran arrestarlo y mandarlo de nuevo al Reino Unido.

Su juicio, celebrado en el Tribunal Central de lo Criminal fue una de las sensaciones de aquel tiempo. Sin embargo, a diferencia de Fagin, Solomon no acabó con una soga al cuello, sino con una condena de deportación a Tasmania, en donde debía permanecer catorce años, por dos cargos de robo. Allí vivió el resto de sus días: el hombre del que en cierta ocasión se dijo que poseía un capital de treinta mil libras murió siendo sexagenario, apartado de su familia y sin dejar más herencia que setenta libras.

Sin embargo, además de hacer uso de las vidas de otros a la hora de buscar inspiración, Dickens sabía por propia experiencia con qué rapidez puede sumirse un hombre en la degradación. Él había servido de mano de obra infantil a una edad semejante a la que tenía Oliver Twist cuando hubo de arrostrar la terrible oscuridad del mundo. No fue mucho el tiempo que pasó trabajando en una fábrica de betún, obligado por la ruina de su padre. Cuando la familia logró recobrase unos meses más tarde, Dickens volvió a la escuela. Sus mayores no volvieron a hablar de ello, y aunque él mismo mantuvo en secreto aquella experiencia, los recuerdos jamás lo abandonaron. Siempre tuvo, a su decir, la intención de «presentar [al pobre] a una

luz amable frente al rico». El temor perenne a volver a caer en la miseria lo empujó a trabajar con más ahínco aún.

La devoción por su obra se apoderó por igual de acaudalados y menesterosos. Las entregas de sus novelas se leían en voz alta ante grupos nutridos de pobres reunidos a fin de alquilar el último episodio en la biblioteca itinerante. Dickens hacía reír y llorar al público con personajes que le resultaban tan reales como la vida misma. En el puerto de Nueva York, la multitud se agolpaba en torno a los pasajeros que desembarcaban con la voluntad de conocer la suerte que había corrido la pequeña Nell de *La tienda de antigüedades*. Su muerte provocó histeria: del nacionalista irlandés Daniel O'Connell se dice que la rabia que sintió lo empujó a arrojar el libro por la ventanilla del tren en que viajaba.

«Tengo una gran fe en los pobres —escribió Dickens en una carta remitida a un amigo en 1844—, y hasta el día de mi muerte, espero no dejar nunca de abogar por que sean tan felices y sabios como las circunstancias... lo permitan». En sus fantásticas exageraciones, el filántropo radical puso de manifiesto la desolación a la que se enfrentaban tantas gentes. Algunos lectores veían en su obra una ilustración de sus vidas, en tanto que otros tomaron conciencia de lo miserables que podían llegar a ser. Cierta crítico estadounidense la consideró un arma de reforma mucho más eficaz que nada de cuanto pudiesen lograr «los ataques abiertos del radicalismo o el cartismo».

Eran célebres su ingenio y sus portentosas dotes para la imitación. Desarrolló una ocupación paralela, que resultó próspera hasta lo

extraordinario, ofreciendo lecturas públicas de sus novelas. En sus colosales giras por el Reino Unido y Estados Unidos no había ciudad en la que no se agotasen las localidades. Convirtió a su nutrida prole en una compañía de teatro de aficionados para representar obras en las que él solía hacer el papel del protagonista. En el transcurso de esta aventura empresarial conoció a Ellen Ternan, la joven actriz que sería el gran amor de su vida posterior.

Tenía fama de raro. Estaba obsesionado con la luz, y tenía llena de espejos su habitación, pintada siempre en tonos luminosos. Siendo él un niño, su padre le había mostrado Gad's Hill Place una casa de Higham (Kent) que, a su decir, revelaba que su dueño había llegado lejos en la vida. En consecuencia, no dudó en comprarla en 1856. Era muy exigente como padre, y la total repudiación que hizo de su esposa Catherine después de más de veinte años de matrimonio fue cruel sin lugar a dudas.

Su obra maestra fue *Historia de dos ciudades* (1859). Ambientada en los tiempos de la Revolución Francesa, acaba con Sydney Carton, granuja trocado en salvador, ofreciendo su vida a cambio de la de un hombre de mayor valía. «Estoy haciendo —declara— algo mejor, mucho mejor que cuanto he hecho jamás, y el descanso que obtendré por ello es mayor, mucho mayor que el que he conocido nunca».

Bismarck
(1815-1898)

Quien haya contemplado los ojos vidriosos de un soldado moribundo en el campo de batalla se lo pensará dos veces antes de dar principio a una guerra.

Otto von Bismarck, hijo de un terrateniente *Junker*, fue el Canciller de Hierro que unificó Alemania, ganó tres guerras, creó un imperio alemán híbrido entre autoritario y democrático y dominó los asuntos europeos durante poco menos de treinta años. Este hatajo de contradicciones fue a un tiempo militarista ultraconservador y propiciador del estado de bienestar y el sufragio universal de que disfruta Alemania; el reformador cuya Constitución depositó el poder verdadero en las manos del emperador y el ejército; un político implacable y vengativo hasta extremos brutales y también un hipocondríaco neurótico al borde del histerismo, un insomne incapaz de dejar de comer, y un ferviente cristiano de métodos amorales en grado sumo. Tanto dentro como fuera de su nación, se servía de la amenaza de la democracia a fin de obligar a reyes y príncipes a doblegarse a su voluntad, y entre tanto hizo de Alemania la potencia más dinámica de Europa, aunque su creación estaba plagada de defectos y resultó inviable, en parte porque la había diseñado en torno a su propia persona en calidad de canciller reinante.

Aunque de joven, siendo un estudiante excéntrico de extravagantes ambiciones, hizo la corte a dos muchachas inglesas, acabó por

enamorarase de una criatura graciosa y fascinadora, llamada Marie von Thadden, que no hacía mucho había contraído matrimonio con uno de sus amigos. Influida por ella, abrazó el luteranismo evangélico pietista, tan de moda a la sazón, aunque tal cosa no frenó nunca sus intrigas políticas. Al final tomó por esposa a Joanna von Puttkamer, mujer sencilla, religiosa y sin sentido del humor con la que tuvo una vida marital próspera y prolífica, aunque probablemente aburrida e infeliz.

Durante las revoluciones de 1848 se mostró tan indignado ante la rebelión liberal, que formó planes de trasladarse a Berlín a la cabeza de sus campesinos para dar su apoyo al rey. Se reveló como un autoritario intransigente al alabar el derecho divino de los monarcas en una serie de discursos provocadores destinados a atraer la atención hacia su persona. Los memorandos que, a fin de ofrecer consejo, enviaba de manera regular al conservador Guillermo I, regente y, más tarde, soberano de Prusia, soldado fanfarrón aunque emotivo, hacían manifiestos su deseo de ejercer de jefe de su gabinete y su intención de exigir el dominio absoluto de los asuntos exteriores. En cambio, lo nombraron embajador ante la Dieta de la Confederación Germánica en Frankfurt; a continuación lo enviaron a San Petersburgo, y, por último, a París. Estando en estos destinos y durante una visita efectuada a Londres, conoció a los hombres de estado del momento, incluidos Napoleón III y Benjamin Disraeli. Sin tapujo alguno, y con una pasmosa visión de futuro, hizo saber a este último el modo como pensaba manipular a los príncipes alemanes, a Francia y a Austria, y amenazar con la democracia al

objeto de unificar Alemania. Años después, había cumplido con precisión todos sus planes.

La crisis del presupuesto militar prusiano que hubo de afrontar en 1862 llevó al rey Guillermo a nombrarlo ministro presidente y ministro de Asuntos Exteriores de Prusia. A punto estuvo Bismarck de echar por la borda su continuidad en dichos cargos no bien los estrenó gracias a un discurso tan imprudente como famoso en el que amenazaba con recurrir a la sangre y al hierro —a la guerra— por considerarlos el único medio que podía hacer que Prusia hallase su destino en Europa. No obstante, se ocupó, en colaboración con el ministro de Guerra, Von Roon, y con Von Moltke, jefe de estado mayor del ejército, en hacer precisamente lo que había dicho. El rival de Prusia en la lucha por el predominio sobre los numerosos reinos germánicos era el Imperio Austrohúngaro de los Habsburgo, gobernado por el emperador Francisco José. Bismarck sacó partido a la crisis de la sucesión de los ducados de Schleswig-Holstein para derrotar al desventurado rey de Dinamarca y para excluir a Austria de los asuntos germánicos. A continuación, en 1866, manipuló a esta última para que entrase en guerra. La derrota sufrida en la batalla de Königgrätz por el emperador Francisco José acabó de una vez por todas con las pretensiones austríacas de una posición relevante en Alemania. Prusia, además, pudo anexionarse varios reinos germánicos, incluido Hannover.

Bismarck obtuvo el título de conde. Durante todo este proceso, su poder dependió exclusivamente del rey de Prusia, pues aunque no gozaba de autoridad efectiva alguna, Guillermo había acabado por

depender de él. Bismarck resolvía las crisis que surgían a fuerza de llantos, hipocondría o amenazas de dimisión, aunque en todo momento se esmeró por no perder el apoyo del soberano, a pesar de haber incurrido en el odio tanto de la reina Augusta como de Federico, el príncipe heredero, y de su esposa Vicky, la hija liberal de la reina Victoria. «No es fácil ser rey con Bismarck», aseveraba Guillermo.

En 1869, cuando España ofreció su trono a un príncipe de la casa Hohenzollern, familiar del monarca de Prusia, Napoleón III insistió en que se rechazara la oferta; cosa razonable, siendo así que temía tener el poder prusiano a uno y otro lado de sus fronteras. Sin embargo, la arrogancia de los franceses hizo el juego a Bismarck. Este falseó el contenido de un telegrama suyo para hacerlo ofensivo al rey Guillermo, quien no pudo menos de indignarse. Aquellos declararon la guerra a los prusianos, quienes los derrotaron por completo en la batalla de Sedán. El emperador Napoleón III, capturado por el enemigo, no pudo sino abdicar.

La victoria de Bismarck le permitió reunir Alemania en un nuevo imperio del que Guillermo I fue káiser, y él, canciller. Además se le concedió la dignidad de príncipe. La nación por él creada combinaba apariencias de sufragio universal, democracia parlamentaria y una economía industrial moderna con la realidad del autoritarismo militar que en secreto ejercían el káiser, los oficiales *Junker* de la aristocracia y, por supuesto, Bismarck. El poder verdadero seguía estando en manos del trono, pero lo cierto es que Bismarck era el

único que, dados su prestigio y su genio político sin igual, sabía manejar y dominar aquel sistema tan complejo.

Gobernó poco menos de dos décadas más después de crear el imperio alemán. Empezó una campaña cultural destinada a atacar al poder católico; se alió en unas ocasiones con los socialistas y en otras, más bien, puso en práctica medidas conservadoras; creó un estado de bienestar, y promovió alianzas exteriores con Austria y Rusia al tiempo que trataba de mantener el equilibrio de poder en Europa. Su autoridad acabó por tambalearse con la edad y con la muerte, en 1888, de su protector, el káiser Guillermo. A este le sucedió el príncipe heredero, Federico, a quien el cáncer había comenzado a arrebatarse la vida de un modo trágico. Tras un reinado breve, ocupó su lugar en el trono Guillermo II, emperador joven, impetuoso y desequilibrado que exigió en 1890 la dimisión del canciller. Pese a contar ya setenta y cinco años, Bismarck no pudo menos de montar en cólera. Había creado Alemania y una Europa nueva, pero sus sucesores —y en particular el káiser Guillermo II— no fueron capaces de gobernar su obra.

Florence Nightingale

(1820-1910)

*¡Cómo reconforta verla pasar!
Habla con uno y saluda con una
inclinación de cabeza y una
sonrisa a muchos más... [S]omos
cientos los que yacemos aquí, pero*

podríamos besar su sombra y volver a recostar satisfechos la cabeza en la almohada.

Escrito de un soldado anónimo de la guerra de Crimea

La Dama de la Lámpara superó innúmeros obstáculos y normas inflexibles a fin de transformar el estado en que se hallaba la sanidad en el ejército británico y de convertir el de enfermera en una profesión cualificada y respetable para las mujeres, y con ello mejoró la vida de millones de personas.

Nacida en la ciudad italiana de Florencia, a la que debe su nombre, Florence Nightingale se crio en el Reino Unido y recibió, en casa y de manos de su padre, una educación mucho más elevada de lo que se consideraba recomendable para las mujeres de su época. Cuando llegó a la adolescencia, aquel brillante ratoncillo de biblioteca tenía muy claro que el matrimonio y la vida social —destino habitual de las muchachas de su clase— no eran lo suyo.

A los dieciséis años, cuando oyó la voz de Dios anunciarle que tenía una misión para ella, decidió escapar del redil familiar para vivir por su cuenta. Sin embargo, aún habrían de pasar varios años para que sus padres le permitiesen dedicarse a la enfermería, ocupación que gozaba de no muy buena reputación social. Se hizo experta en salud pública y en hospitales hasta que, al fin, cuando frisaba ya la treintena, los persuadió a que la dejaran ir a estudiar a Alemania, a

una de las pocas instituciones que ofrecía formación para enfermeras.

Cuando estalló la guerra de Crimea y los periódicos comenzaron a informar de manera muy gráfica de las condiciones terribles que habían de afrontar los heridos británicos, Nightingale, que ejercía entonces de superintendente de la Institución para el Cuidado de Damas Enfermas de Londres, fue una de las primeras en responder. Sidney Herbert, gran amigo suyo y secretario de Estado para la Guerra, le pidió que se pusiera a la cabeza de un grupo de enfermeras y dirigiese su labor en los hospitales militares que tenía en Turquía el Reino Unido. En noviembre de 1854 llegaron al de Üsküdar, cerca de Estambul.

Lidiando con las condiciones insalubres en que se hallaban y con la escasez perenne de provisiones, con enfermeras insubordinadas que a menudo se daban a la bebida y doctores intransigentes remisos a reconocer la autoridad de una mujer, Nightingale logró transformar aquellos establecimientos sanitarios. Atendía personalmente a casi todos los pacientes, impartiendo aliento y consejo mientras hacía sus rondas nocturnas. La tasa de mortalidad de soldados enfermos, que ascendía al 50 por 100 cuando llegó, se había reducido al 2 por 100 en el momento de su partida.

En todo momento se planteaba objetivos nuevos, cada vez más ambiciosos. Un año después de ocupar el primer destino que se le asignó en Londres, ya estaba deseando escapar de «esta topera». Tras asistir un tiempo a los enfermos de Turquía, puso la mira en la meta, más ambiciosa, de transformar el bienestar del ejército

británico en general, y a dicha empresa dedicó el resto de su vida. Insistió en la creación de comisiones reales sobre dicha cuestión, y elaboró informes que contribuyeron de manera decisiva en la fundación de la Escuela de Medicina del Ejército. Cuando centró su atención en la salud de las fuerzas armadas destinadas en la India, acabó convertida en una autoridad tal en la materia, que los distintos virreyes recurrieron a su consejo antes de asumir el cargo. «De ella parecía emanar la esencia misma de la Verdad», escribió cierto contemporáneo, impresionado por «la valentía con la que la revelaba». Sin dejarse amilanar por la resistencia que se le oponía, triunfó sobre el médico de Üsküdar que se negó, en un primer momento, a permitir el acceso de las enfermeras a los pabellones del hospital; el inspector general de instituciones hospitalarias que sostuvo que su autoridad no era extensiva a Crimea; los funcionarios gubernamentales que acogieron con poco entusiasmo su proyecto de mejorar la salud y el bienestar de los soldados británicos...

La mujer que recibió el nombramiento de superintendente general de las enfermeras de los hospitales castrenses en el extranjero transformó la suya en una profesión respetada. A su regreso al Reino Unido promovió la formación de comadronas y enfermeras en asilos de pobres, y en 1860 instituyó la primera escuela de enfermería del mundo en el hospital londinense de Sant Thomas.

Austera casi hasta el ascetismo, se negó a que la considerasen una heroína, y así, rechazó el transporte oficial que se le ofrecía para regresar de Crimea y toda propuesta de recepción pública. Al

regresar a Inglaterra, se recluyó en su casa y apenas salió de ella. Se da por supuesto que la invalidez de la enfermera más célebre del mundo tuvo, sobre todo, un origen psicosomático. Aun así, con la constante visita de gentes de relieve, fue capaz de consagrarse sin descanso a una extensa red de causas.

Su perseverancia engendró cierta inexorabilidad. Llevada del convencimiento de estar cumpliendo una misión divina, se mostró intolerante con todo aquel que, a su ver, carecía del celo necesario, y así, cuando Herbert, moribundo, se vio obligado a reducir su participación en alguno de sus proyectos benéficos, cortó toda relación con él. Sin embargo, fue esa misma tenacidad la que le permitió propiciar cambios tan extraordinarios en su profesión. Nightingale murió en Londres en 1910, cumplidos los noventa y ciega desde hacía dos lustros.

Pasteur

(1822-1895)

No existen dos ciencias: existen solo la ciencia y su aplicación, y ambas están tan unidas como el fruto al árbol.

Los estudios, tan variados como innovadores, del microbiólogo francés Louis Pasteur contribuyeron de forma decisiva a la batalla contra las enfermedades de hombres y animales. A él debemos numerosos avances en el ámbito de la inmunología, sobre todo por

la invención de la primera vacuna contra la rabia. Sus investigaciones relativas a los microorganismos responsables de la corrupción de los alimentos revistieron una importancia fundamental para la industria francesa y la británica, en tanto que el proceso de pasteurización que desarrolló sigue siendo de gran relevancia a la hora de conservar aquellos y prevenir la enfermedad. Pasteur nació en el seno de una familia de curtidores, y aunque de pequeño destacaba en habilidades artísticas, sus profesores tenían claro que poseía una disposición notable en el terreno académico. En 1843 fue admitido en la Escuela Normal Superior, destacado centro universitario de París. Se graduó en ciencias en 1845, y en 1847 obtuvo el doctorado con una tesis sobre cristalografía.

Con tan prestigioso historial académico y alguna que otra investigación revolucionaria en el terreno de la fisicoquímica en su haber, se hizo merecedor de una cátedra en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Estrasburgo. Allí conoció a Marie Laurent, hija del rector, con quien contrajo matrimonio en 1849 y tuvo cinco hijos, de los cuales superaron la infancia solo dos.

Tras seis años en Estrasburgo se trasladó a Lille. Convencido de que los aspectos teóricos y prácticos de la ciencia debían ir siempre de la mano, comenzó a impartir clases nocturnas a jóvenes trabajadores de dicha ciudad y a llevar a sus estudiantes diurnos a las fábricas de los alrededores. Se ocupó asimismo en estudiar el proceso de la fermentación, y en 1857 obtuvo uno de sus primeros logros al demostrar que la levadura se reproducía en ausencia de oxígeno en virtud de lo que se llamó *efecto Pasteur*.

Llegado 1857, se hallaba de nuevo en la Escuela Normal Superior, en donde prosiguió sus estudios sobre la fermentación y demostró con un rigor experimental fuera de lo común que se debía a la actividad de organismos diminutos. En 1867, el emperador francés Napoleón III lo exoneró de sus deberes docentes y le concedió un laboratorio de investigación. Pasteur se resolvió a aprovechar la libertad que le otorgaba tal situación para solucionar de forma definitiva el gran debate científico en torno a la generación espontánea y determinar si los gérmenes y microorganismos pueden «aparecer», sin más, de la nada. Descubrió que los primeros se dejaban transportar por el aire, y que los alimentos se descomponían al verse expuestos a ellos.

En 1862 sometió a examen por vez primera el proceso que hoy denominamos *pasteurización*, y que consiste en calentar la leche y otros líquidos a fin de eliminar las bacterias que contienen. Con el tiempo, este procedimiento revolucionaría los métodos de preparación, almacenamiento y venta de los alimentos, amén de proteger de infecciones a muchas personas. También aplicó su obra teórica a las industrias francesas del vinagre y el vino y a la británica de la cerveza, lo que permitió a estas elaborar productos mucho menos perecederos. También de resultados de sus consejos comenzó el cirujano británico Joseph Lister a adoptar métodos antisépticos en sus operaciones durante la década de 1860.

En 1865 Pasteur salvó la industria sedera de Francia al ayudar a identificar y erradicar al parásito que estaba matando a los gusanos productores. Llegado 1881, había desarrollado técnicas destinadas

a proteger al ganado lanar del carbunco y a las gallinas del cólera. Observó que si creaba una forma debilitada de determinado germen e inoculaba con ella a los animales podía hacerlos inmunes a aquel: un avance importante respecto del empleo que, casi un siglo antes, había hecho Edward Jenner de la enfermedad bovina conocida como *vacuna* a fin de proteger al hombre de la viruela.

La dolencia más importante de la que consiguió preservar con dicho método fue la rabia. Manipulando el sistema nervioso desecado de conejos afectados por ella, creó una forma debilitada de la terrible enfermedad y logró inmunizar a los perros contra ella. Apenas había tratado a once de estos en 1885 cuando efectuó la hazaña de salvar la vida de un niño de nueve años al que había mordido un perro rabioso. La intervención, arriesgada en extremo, fue un triunfo total, y Pasteur mantuvo la condición de héroe de la medicina hasta su muerte, ocurrida en 1895 tras una serie de apoplejías. Lo enterraron en la catedral parisina de Notre Dame, y más tarde trasladaron sus restos a una cripta del instituto que lleva su nombre.

Pasteur se cuenta entre los muchos científicos que han obrado milagros científicos de gran peso a la hora de aliviar el sufrimiento humano. Edward Jenner (1749-1823) fue uno de los primeros al inmunizar a un chiquillo contra la viruela en 1796. En la década de 1860, Joseph Lister (1827-1912) comenzó su obra revolucionaria sobre la asepsia en cirugía mediante el uso de ácido carbólico como antiséptico a fin de reducir el riesgo de infecciones. Las operaciones ya se habían hecho mucho más seguras en las décadas anteriores

gracias a la labor del médico John Snow (1813-1858), introductor del empleo de la anestesia al objeto de permitir intervenciones sin dolor. Snow fue responsable también de la reducción de la incidencia del cólera al localizar su origen en fuentes de agua contaminadas.

En 1895, el médico alemán Wilhelm Roentgen (1845-1923) descubrió los rayos X y dejó así el paso expedito a notables mejoras en el tratamiento de las heridas internas. En 1928 Alexander Fleming (1881-1955) descubrió la penicilina, el primer antibiótico, tras advertir que el moho formado en una placa de Petri contaminada impedía el crecimiento de las bacterias. En la década de 1950, la obra del inmunólogo francés Jean Dussat (n. 1916) propició avances de relieve en nuestra comprensión del modo como combate nuestro cuerpo la enfermedad. En 1953, Francis Crick (1916-2004) y James Watson (n. 1928) descubrieron la forma de doble hélice del ADN. Cuantos trabajaron en estos proyectos merecen ser recordados como héroes de la medicina.

Francisco López y Elisa Lynch

(1827-1870 y 1835-1886)

Un monstruo sin igual.

*George Thompson, ingeniero inglés
que ejercía de oficial en el ejército
de Francisco López*

Francisco Solano López fue el vanaglorioso dictador del Paraguay que, en nombre del honor y el prestigio nacional, llevó a su país a la destrucción casi completa a manos del Brasil, la Argentina y el Uruguay, un pisaverde iluso, psicópata inepto y megalómano carnicero obsesionado con los sueños de grandeza y convencido de que podía erigirse en el Napoleón de Suramérica.

Era hijo primogénito del presidente Carlos Antonio López, tirano despiadado que gobernó la nación desde 1844 hasta su muerte, ocurrida en 1862. Lo habían educado para suceder a su padre, y a la corta edad de dieciocho años lo ascendieron a general de brigada. Se convirtió en un joven cada vez más orgulloso y absurdo al que gustaba ser retratado a caballo o de uniforme, cargado de cintas e insignias y con su espesa barba morena cubriendo un rostro un tanto inflado. Desde la adolescencia había sido un donjuán fervoroso, capaz de desplegar un encanto y una elocuencia empalagosos, aunque también de recurrir a la violencia en caso de verse rechazado.

En 1853 viajó a Francia en misión diplomática representando a su padre. En París se dejó embriagar por la pompa política, la ceremonia imperial y la espectacularidad del emperador Napoleón III. Estudió las campañas de Napoleón I y se convenció de poseer también no pocas dotes estratégicas. Estando en la capital francesa conoció también a Elisa Lynch, hermosa joven irlandesa que lo acompañó a su regreso al Paraguay y que sería amante suya el resto de su vida.

Los paraguayos han estado siempre divididos respecto de la figura de Lynch. Quienes consideran que la presidencia de Francisco López constituye un capítulo noble de la historia de su nación tienen a la barragana del canalla en un pedestal, a modo de versión paraguaya de Evita Perón, visionaria cautivadora y regeneradora de su nación. En cambio, los muchos ciudadanos que entienden aquel episodio como un desastre propiciado por el sadismo y la soberbia de su protagonista la tienen por una seductora de gran belleza, blasfema y manchada de sangre, una Jezabel latino-celta que avivó el ego de su amante y lo alentó a embarcarse en sus desastrosas empresas militares, lo volvió contra su propia familia y lo incitó a matar.

Elizabeth Alicia Lynch nació el 30 de junio de 1835 en el condado irlandés de Cork, hija de un médico protestante por nombre John Lynch y su esposa, Adelaide Schnock. Se mudó con su familia a París en 1847, y en 1850, con solo quince años, se convirtió en la esposa de un cirujano militar francés. El matrimonio acabó en divorcio, y Elisa ejercía ya de cortesana cuando conoció a López en 1853. A aquel joven fornido y de cara rolliza debió de parecerle una beldad exótica de figura alta y voluptuosa, larga cabellera pelirroja, ojos azules y piel de porcelana. Su relación avanzó con rapidez, tanto que, llegado el momento de regresar él a Paraguay, la joven estaba embarazada. Loco de amor por ella, le dio el dinero necesario para acompañarlo a Suramérica. Lynch dio a luz al primero de cinco hijos en octubre de 1855, poco después de llegar a Buenos Aires.

No tardó en asentarse en Asunción, rodeada de un gran esplendor palaciego, y deleitar y escandalizar a un tiempo a la alta sociedad paraguaya con su encanto, su afectación parisina y su conducta traviesa, por no hablar de su importación de la cocina, la música, la perfumería, las modas y el arte de Francia.

En 1862, al fallecer su padre, López heredó su poder, encarceló a los posibles rivales y, como cabía esperar, fue elegido presidente por el Congreso del Paraguay. Aunque, estando en su lecho de muerte, su predecesor le había advertido al parecer del riesgo de agresión externa, y pese a haber crecido él tan cerca del centro de la política paraguaya, mostró muy poca sensibilidad para con lo precario del equilibrio de poder de la región, siendo así que estaba resuelto a convertirse en el Napoleón III de aquella parte del continente. En 1863, cuando solo llevaba un año al mando de la nación, cometió la insensatez de dejarse enzarzar en la guerra civil que se estaba produciendo en la nación vecina del Uruguay, y en la que tenían intereses el Brasil y la Argentina, las dos naciones más poderosas de Suramérica.

Engreído por su propia prepotencia, se creía capaz de actuar de árbitro entre las potencias contendientes y, en consecuencia, erigirse en caudillo dominador de América del Sur. Por lo tanto, en noviembre de 1864 declaró la guerra al Brasil y mandó a sus ejércitos cruzar la frontera. Llegado el mes de diciembre, se habían hecho con la provincia de Mato Grosso, afamada por sus valiosas minas de diamante; pero en lugar de consolidar su posición, López exigió entonces el derecho de acuartelar sus tropas en Corrientes,

provincia argentina de gran relevancia estratégica para su campaña contra el Brasil. En abril de 1865, tras la negativa de la Argentina, emprendió una invasión calamitosa.

El primero de mayo de 1865, el Brasil, la Argentina y el Uruguay aparcaron sus diferencias y se unieron para combatir al Paraguay. La imprudente incursión que hizo en tierras uruguayas aquel mismo año le obligó a extender sus fuerzas al borde del desmoronamiento, y en mayo del siguiente su ejército sufrió una derrota terrible ante los aliados en Tuyutí. Llegado el mes de julio de 1867, López se hallaba en plena retirada, y sus enemigos lo hostigaron hasta obligarlo a regresar a sus fronteras.

No bien declinó la suerte de la nación en la guerra de la Triple Alianza, el dirigente paraguayo dirigió su ira contra sus propios compatriotas. A mediados de 1868 se había convencido de que su propia familia se hallaba metida en confabulaciones contra su persona, y mandó ejecutar a sus hermanos y a su cuñado, y aun azotar a su propia madre y sus hermanas. Durante lo que se conoció como la Matanza de San Fernando torturó y aniquiló a un buen número de varones —incluidos ministros, jueces, altos funcionarios y aun diplomáticos extranjeros— junto con sus familias, hasta alcanzar no pocos miles de víctimas, ajusticiadas sin mediar proceso legal alguno por ser sospechosas de deserción o traición.

Semejantes acciones eran reflejo de su desesperación. A medida que lo cercaban sus enemigos, se fue desplazando hacia el norte con los restos harapientos de su ejército, en dirección a la frontera del

Paraguay y el Brasil, en donde lo mataron los soldados brasileños el primero de marzo de 1870 mientras trataba de huir a nado por las aguas de un río.

Durante la guerra, López convirtió a su amante en la mayor terrateniente de la nación al otorgarle colosales porciones de tierra que incluían cierto número de estancias muy productivas y más de veinte casas para uso personal. Sin embargo, la suerte de Elisa estaba ligada a la de él, y días después de la muerte del dictador, vio confiscadas todas sus propiedades. Huyó a París, aunque no con las manos vacías, por cuanto llevaba consigo joyas y dinero en efectivo por valor de miles de libras. Más tarde regresó al Paraguay a fin de reclamar sus terrenos, aunque no tardaron en deportarla en la capital francesa, donde murió en 1886.

Tolstoi

(1828-1910)

Cuando la literatura cuenta con un Tolstoi, ser escritor resulta sencillo y agradable, aun cuando uno sabe que nada ha logrado por sí mismo... [N]o es cosa tan terrible como lo sería de otro modo, ya que Tolstoi lo consigue por todos. Lo que hace él sirve para justificar todas las esperanzas y las

*aspiraciones invertidas en la
actividad literaria.*

Antón Chejov

Lev Tolstoi es, para muchos, el narrador más grande de todos los tiempos. Sus dos obras maestras, *Guerra y paz* y *Ana Karenina*, se encuentran, sin lugar a dudas, entre las mejores novelas que jamás se hayan escrito. Tampoco carecía de destreza a la hora de crear cuentos y ensayos, y destacaba en cuanto historiador y filósofo místico, autor cristiano de ideas poco usuales aunque influyentes acerca de la condición humana y el perfeccionamiento ético.

La esencia de su grandeza radica en su magistral comprensión del comportamiento y las motivaciones del ser humano, que combinó con un don natural para la narración y una amplitud de miras y una universalidad asombrosas. Pese a su condición de hombre de gran complejidad, atormentado por el convencimiento de no estar a la altura de lo que esperaba de sí mismo, el suyo fue uno de los cerebros más agudos y originales de la historia de la literatura.

El conde Lev Tolstoi nació en el seno de una destacada familia aristocrática en la hacienda ancestral de Yásnaia Poliana, sita unos ciento sesenta kilómetros al sur de Moscú. Aunque su infancia se vio sacudida por la muerte temprana de sus dos padres, nunca dejó de recordarla en términos idílicos. Lo formaron en casa diversos tutores, pero cuando se matriculó en la Universidad de Kazán en 1844 se hizo evidente que no era afanoso ni concienzudo en calidad de estudiante. Prefería beber, jugar, alternar con mujeres y hacer

vida social, y dejó la vida académica en 1847 sin llegar a obtener título alguno.

Regresó a Yásnaia Poliana con el proyecto de instruirse por sí mismo y mejorar la suerte de sus siervos, aunque su resolución no tardó en decaer. En 1851 viajó al Cáucaso, sentó plaza en el ejército y empleó sus vivencias para escribir relatos como *Jadzhi Murat*, su mejor obra de este género, una narración de nobleza, valor y traición basada en la biografía de un osado guerrero checheno durante la guerra de treinta años que se libró en Rusia a fin de derrotar al legendario adalid checheno daguestaní Sheij Shamil y conquistar la región septentrional del Cáucaso. Tolstoi sirvió también durante el sitio combinado que impusieron británicos, franceses e italianos a Sebastopol, la principal base naval de que disponía Rusia en Crimea. La campaña de once meses, marcada por espantosas carnicerías y una incompetencia no menos escalofriante, acabó en 1856, año en que los rusos hundieron sus buques, volaron la guarnición y evacuaron la plaza. La experiencia sirvió de base a tres escritos breves en los que refinó su técnica de análisis minucioso de pensamientos y sensaciones. «La heroína de mi relato —aseveraba—, a la que amo con toda mi alma... es la Verdad». En 1862 contrajo matrimonio con Sofia Andréievna Behrs y regresó con ella a su hacienda, esta vez con la intención de enseñar a los sencillos hijos de los campesinos y aprender de ellos.

Su período más productivo se dio entre 1863 y 1877. En 1865 comenzó a escribir *Guerra y paz*, que culminó en 1869. Esta obra ciclópea, familiar y política a un tiempo, presenta tres aspectos

principales: la lucha monumental mantenida por Rusia y Francia, por Alejandro I y Napoleón, entre 1805 y 1812, y en particular la invasión de los franceses y su retirada de Moscú; los relatos entrelazados de dos casas de la aristocracia rusa, la de los Rostov y la de los Volkonski, y dilatados estudios históricos. Está claro que el autor se identifica con el personaje, curioso, tímido e inseguro, aunque amable, directo y ético, de Pierre Bezújov.

Tolstoi posee una visión original de las guerras que describe. Retrata a Napoleón como un egotista desmañado; al zar ruso Alejandro I, como un hombre de hablar pulido, obsesionado con el legado que habrá de dejar, y al difamado caudillo ruso Mijaíl Kutúzov, como un perro viejo del campo de batalla. La acción bélica en sí se presenta como un caos desprovisto de toda conexión global o estructura intrínseca. Todos los personajes ficticios ven la vida, en cierto sentido, del mismo modo y solo hallan consuelo mediante lo que se convertiría en el principio filosófico fundamental del autor: la salvación a través de la devoción para con la familia y con las labores de la vida cotidiana.

Si el agudo entendimiento de los motivos y las acciones individuales que nos presenta *Guerra y paz* pudo suponer la redefinición de la novela, el siguiente proyecto de envergadura de Tolstoi, *Ana Karenina*, no resultó menos influyente. Escrito entre 1875 y 1877, aplicaba a la vida familiar los principios de aquella. «Todas las familias felices se parecen —escribió—, en tanto que cada una de las que son infelices lo es a su manera». En el centro de la narración se encuentra la aventura trágica de Anna y el conde Alexéi Vronski,

oficial del ejército. Tolstói describe de un modo vívido y detallado las contorsiones mentales que hace la protagonista al verse sometida a la presión de la hipocresía de la sociedad y sus luchas internas — vanas a la postre— destinadas a racionalizar su propio comportamiento.

Como *Guerra y paz*, *Ana Karenina* sirvió de vehículo a las convicciones morales del novelista. A partir de 1877 se obsesionó cada vez más con el lado espiritual de su vida y pasó, de hecho, por varias crisis de fe. Sufrió excomunión de la iglesia Ortodoxa en 1901 por la peculiar interpretación que hizo del cristianismo, en la que hace hincapié en la resistencia pacífica ante el mal, el amor a los enemigos, el ascetismo extremo y la evitación de la ira y la codicia. No tardó en contar con una pandilla cada vez más nutrida de discípulos de todo el mundo.

Tolstoi siguió escribiendo, y empleó los beneficios de *Resurrección* (1899), la tercera de sus novelas más relevantes, para ayudar a emigrar a Canadá a los adeptos de la secta cristiana de los dujobores. Desdichado en lo más hondo con su matrimonio y con el séquito fragmentado de sus discípulos, huyó achacoso de su hogar con una de sus hijas y un médico, pero sufrió un colapso y murió durante el invierno de 1910 en una estación ferroviaria, sin consentir ver a su esposa. Lo enterraron con gran sencillez en la hacienda familiar. Aunque excéntricas con frecuencia, sus ideas morales, éticas y espirituales gozaron de un ascendiente notable — Gandhi, por ejemplo, no pudo menos de quedar impresionado por

su doctrina de la resistencia pacífica—, y, sin embargo, si descuella sobre todo por algo es por su aportación literaria.

Cixi

(1835-1908)

Una vez publicada esta comunicación, aldeanos... habréis de acabar de inmediato con todo converso cristiano. Las iglesias que a ellos pertenecen deben quedar destruidas por el fuego sin reserva alguna. Quien trate de perdonar la vida a alguno de ellos u ocultarlo en contra de nuestras órdenes recibirá el castigo reglamentario... y morirá en la hoguera para que no pueda oponerse a nuestros designios.

*Cartel emitido por los bóxers
(1900)*

Hermosa, taimada y cruel, la emperatriz viuda Cixi respondía a la perfección al arquetipo de la mujer oriental atractiva, misteriosa y tiránica. Salió del anonimato para erigirse en dirigente de hecho de la China durante cuarenta y siete años, lapso en el que fue responsable de un humillante deterioro de la suerte de la nación.

En la segunda mitad del siglo XIX, la dinastía Qing, que llevaba más de doscientos cincuenta años gobernando el país, se afanaba por superar el reto de la modernización y la presión creciente de las potencias occidentales. Tras sufrir varias derrotas militares de manos de sus rivales extranjeros y tener que enfrentarse a un descontento cada vez mayor en el seno de la nación, la última dinastía imperial de la China cayó al fin en 1911, y nadie contribuyó en mayor medida en su desmoronamiento que la propia Cixi.

Cuando entró a formar parte de la familia del emperador Xianfeng en calidad de concubina en 1851, la futura emperatriz viuda era conocida como la dama Yehenara, hija de Huizheng. Poco después recibió, en cambio, el nombre de Yi, y a partir de 1856, año en que nació su hijo Zaichun, el título de noble consorte. A la muerte del emperador, ocurrida en 1861, el pequeño asumió el trono, y a fin de hacer patente su nueva posición de divina madre emperatriz viuda, se le otorgó la denominación de Cixi, «maternal» y «venturosa».

Antes de morir, Xianfeng había encomendado a ocho «ministros regentes» el gobierno de la nación durante la minoría de edad de su hijo; pero un golpe de estado palaciego hizo que el poder pasara a manos de la consorte del difunto emperador, la madre emperatriz viuda Ci'an, y a la divina madre emperatriz viuda Cixi. Ayudadas por el ambicioso príncipe Gong, disfrutaron de un período de doce años de autoridad compartida, que ejercieron entre bambalinas.

A Zaichun, quien recibió el nombre de Tongzhi («gobierno colectivo»), se le permitió, de forma tardía, comenzar su «reinado» en 1873; pero las dos matriarcas, una vez saboreado el poder, no tenían intención

alguna de renunciar sin más a él. Cixi, en particular, siguió dominando al joven emperador, intimidándolo a fin de que aceptase su autoridad.

Aunque Tongzhi murió dos años después, la llegada al trono del emperador Guangxu a los cuatro de edad propició el regreso de ambas mujeres a la regencia. Seis más tarde, en 1881, falleció de forma repentina la emperatriz Ci'an, lo que dio origen a no pocos rumores que hablaban de envenenamiento por obra de Cixi. Su muerte, sea como fuere, permitió a esta última ejercer el poder sin ningún género de traba, lo que se hizo aún más evidente tras 1885, cuando despojó de sus cargos al príncipe Gong.

A esas alturas, la emperatriz viuda había acumulado una fortuna personal descomunal. En un tiempo en que la China se veía hostigada por una crisis financiera cada vez más grave, ella dio en construir una sarta de palacios y jardines a cuál más extravagante y un suntuoso sepulcro para su persona. Mientras tanto, sofocó cualquier intento de reforma y modernización. En 1881 prohibió a sus compatriotas estudiar en el extranjero para evitar que pudiesen verse influidos por las ideas liberales. Cuando se presentaron propuestas para la creación de una red nueva de ferrocarril destinada a comunicar la mayor parte de la nación, vetó todos los planes por considerar que el proyecto iba a provocar «demasiado ruido» y «turbar la paz de las tumbas de los emperadores».

El joven emperador Guangxu debía tomar las riendas del poder en 1887. Instigados por ella, sin embargo, varios funcionarios serviciales de la corte insistieron en que la juventud de aquel hacía

recomendable que prolongase un tiempo su gobierno. Ella consintió en hacer tal cosa, supuestamente a regañadientes, e hizo aprobar una ley que le permitía seguir «aconsejando» al emperador de manera indefinida.

Aun después de que, al cabo, cediese el mando en 1889 —para retirarse al ciclópeo palacio de verano que se había hecho erigir—, la sombra de Cixi siguió planeando sobre la corte imperial. Obligó al nuevo emperador a desposarse contra su voluntad con Jingfen, sobrina del propio Guangxu, y cuando este acabó por rechazar a su esposa a fin de pasar más tiempo con la consorte Zhen —conocida como la «concubina Perla»—, mandó flagelar a Zhen.

A mediados de la década de 1890 la emperatriz viuda insistió en desviar fondos destinados a la Armada china a fin de costear las reformas de consideración que pensaba hacer en el palacio de verano para celebrar su sexagésimo cumpleaños. Cuando el Japón declaró la guerra a la China en 1894 y derrotó a sus fuerzas armadas, los reformistas lograron ganarse la confianza del emperador Guangxu, quien emprendió en 1898 sus primeros «cien días» de medidas.

Cixi no estaba dispuesta a ceder un ápice, y así, en septiembre de 1898 organizó un golpe de estado militar con el que arrebató el poder a Guangxu, quien siguió teniendo el título de emperador hasta 1908, aunque se le declaró no apto para gobernar la nación en virtud de un edicto redactado por ella misma.

La pérdida de Cixi resultó ser la rebelión de los bóxers, ocurrida el año 1900 cuando una sociedad clandestina llamada Puños Rectos y

Armoniosos, que enseñaba artes marciales a sus integrantes —y hasta aseveraba que podía adiestrarlos para ser inmunes a las balas—, encabezó en la provincia de Shandong un levantamiento que ganó no pocos adeptos entre los pobres de las regiones rurales. Efectuaron actos propagandísticos multitudinarios en los que acusaban a los misioneros católicos de abusos sexuales y a los inmigrantes occidentales de estar tratando de socavar la nación. Los ataques violentos a ambos colectivos se trocaron en algo común.

Convencida de que este movimiento podía ayudarla a conservar el poder, Cixi aprobó la rebelión en cuanto expresión de la cultura popular china. En adelante, los disturbios contra lo occidental y la destrucción de la propiedad extranjera aumentaron de forma espectacular, y durante el verano del año citado, un «ejército» bóxer puso cerco a las embajadas de países de Occidente en Pekín. El ejército imperial de la China fue cómplice de semejante agresión al no hacer gran cosa por liberar a los sitiados. Fue necesaria la llegada de tropas internacionales para levantar el asedio —tras el cual fue saqueada la ciudad—, y varios meses más para sofocar el alzamiento.

Por paradójico que resulte, la rebelión aumentó la injerencia extranjera en los asuntos chinos. El llamado Protocolo Bóxer, firmado en 1901, no solo obligaba al gobierno de la China a dar su consentimiento a un programa de compensaciones descomunal, sino que proporcionó concesiones mercantiles de gran envergadura a los países occidentales y les permitía acantonar sus ejércitos en Pekín de forma permanente, un insulto más al orgullo nacional

herido sobre el que se había fundamentado el levantamiento. El apoyo brindado por la emperatriz a los bóxers por considerarlos baluarte de los valores tradicionales chinos frente a las influencias occidentales y liberales, llevó a las potencias de Occidente a invadir la capital y tomar la Ciudad Prohibida. Cixi se vio obligada a huir, y la autoridad imperial no volvió a restablecerse sino después de que el emperador firmase un tratado humillante. Cixi murió en noviembre de 1908, dejando el trono a Puyi, quien solo tenía dos años de edad. Derrocado por la revolución de 1911, restituido brevemente en 1917 y convertido en emperador títere del estado de Manchuria por los japoneses desde 1932 hasta 1945, fue el último monarca de la China. Cixi había resultado ser la sepulturera del imperio chino.

Leopoldo II

(1835-1909)

*A muchos los abatieron a balazos;
a otros les cortaron las orejas; a
otros les rodearon con sogas el
cuello y el cuerpo y se los llevaron.
Roger Casement, informe remitido
al secretario británico de Asuntos
Exteriores sobre el trato que se
dispensaba a los nativos del
Estado Libre del Congo de
Leopoldo*

Leopoldo II, rey de los belgas, fue quien propició el desarrollo del Congo, colonia centroafricana tan vasta como lucrativa, con un coste humano espeluznante. Se hizo con un imperio personal colosal, explotando y matando a millones de personas, y amasó toda una fortuna mediante la transformación del corazón de África en *El corazón de las tinieblas* de Joseph Conrad.

Leopoldo II sucedió a su padre, Leopoldo I, en 1865. Evitó enzarzarse a Bélgica en la guerra franco-prusiana de 1870 y 1871, sabedor de que su modesta nación no tenía peso alguno en la política de fuerza que imperaba en Europa. Sin embargo, esta neutralidad no llevaba aparejado ningún género de altruismo: sus ambiciones se extendían más allá del continente, tal como confesó en 1876 a su embajador en Londres: «No quiero dejar pasar la ocasión de que nos hagamos con una buena ración del magnífico pastel africano».

Puso la mira en los recursos naturales sin explotar de la cuenca del río Congo, cubierta de densa selva y tan extensa como ochenta Bélgica. En 1876 formó la Asociación Internacional Africana al objeto de promover la exploración y colonización de este continente, y dos años más tarde encargó a Henry Morton Stanley, aventurero entre galés y estadounidense, el reconocimiento del citado valle. Tras comprar por una miseria a las tribus locales y embaucarlas para que cediesen sus tierras al dominio europeo, Stanley requisó para Leopoldo porciones ingentes del territorio así obtenido. De este modo fue como se creó el Estado Libre del Congo, que hizo

merecedor a dicho monarca del reconocimiento internacional en la conferencia de Berlín de 1884 y 1885.

En realidad, lo único que tenía de libre aquel estado había que buscarlo en el nombre. Ni siquiera constituía una colonia belga, sino que era, más bien, propiedad personal de Leopoldo, quien exprimió sus riquezas saqueando los abundantes recursos naturales de la región, entre los que destacaban el caucho y el marfil. El monarca jamás llegó a visitarla: se limitó a gobernarla por intermedio de una serie de agentes cuyos beneficios se hallaban sujetos a comisión.

La encargada de mantener el orden en el Estado Libre del Congo era la Fuerza Pública, un ejército mercenario de crueldad proverbial compuesto por veinte mil hombres, de los cuales los oficiales eran europeos, y la clase de tropa, africanos que percibían sueldos irrisorios. Entre sus cometidos se hallaban la recaudación del impuesto sobre el caucho, gravamen opresivo que, en la práctica, equivalía al uso de mano de obra forzada. Al llegar a los poblados de las diversas tribus, los agentes de Leopoldo aprehendían a las mujeres y a los niños y se negaban a liberarlos hasta que los hombres se internaban en la selva y regresaban con la cantidad requerida de látex, que a continuación se vendía para engrosar los cofres del monarca belga.

A fin de evitar que desperdiciasen munición o se dedicaran a la caza de fieras, ordenó a la Fuerza Pública que justificase cada bala disparada presentando la mano derecha de su víctima, y esto hizo que los mercenarios amputasen a miles de congoleños inocentes,

tanto muertos como vivos. Se quemaron pueblos, se torturó a sus habitantes y, al decir de algunos informes, hubo soldados que se dieron a prácticas caníbales. El cuartel general de Léon Rom, barbárico militar belga al mando de la Fuerza Pública, estaba rodeado de cientos de cabezas cercenadas.

Se calcula que tamañas atrocidades costaron la vida a unos diez millones de personas, la mitad de la población del Congo, bien a manos de los mercenarios, bien por causa del hambre y las privaciones. Entre tanto, Leopoldo se presentó ante el resto de Europa como un ser humanitario resuelto a liberar aquella región del azote de la trata árabe de esclavos y a extender la «civilización» europea. Sin embargo, los misioneros cristianos que penetraron en el corazón del Congo referían historias muy diferentes, y pronto comenzaron a filtrarse en Europa informes de abusos espantosos.

En la primera década del siglo XX se produjo cierto número de rebeliones tribales, y aunque se reprimieron con no poca brutalidad, dieron pie a investigaciones más detalladas acerca de las condiciones que se daban en el Estado Libre del Congo. En 1900, el comerciante inglés Edmund Dene Morel puso en marcha una campaña contra la terrible situación en que se hallaba aquel territorio, y tres años más tarde, el Ministerio de Asuntos Exteriores del Reino Unido envió a la región al diplomático Roger Casement a fin de que averiguase qué estaba ocurriendo. El informe pormenorizado que remitió al respecto en calidad de testigo de vista hizo mucho por azotar el escándalo internacional y logró que se sumaran a la causa escritores como Arthur Conan Doyle, Joseph

Conrad o Mark Twain. En 1908, el Parlamento belga votó al fin la anexión del Congo y acabó, por lo tanto, con el dominio de su monarca sobre la región.

Aún habría que esperar a 1960 para que el Congo obtuviera la independencia total, aunque el brutal legado de Leopoldo II sigue atormentando hoy al país, que ha sufrido años de guerra civil en los que han muerto millones de ciudadanos. Aquella figura deshonrosa y odiada falleció el 17 de diciembre de 1909, aunque justificó hasta el final de sus días su actuación en el Congo. Mark Twain describió al soberano añoso como una «cabra vieja y codiciosa, mísera, cínica y sedienta de sangre», y para Arthur Conan Doyle las violaciones perpetradas en dicha nación constituyeron, sin más, «el mayor crimen de la historia».

Tchaikovski

(1840-1893)

Cierto es que, de no ser por la música, no faltarían los motivos para volverse loco.

Tchaikovski, hablando de la importancia fundamental de la música en su existencia

Piotr Ilich Tchaikovski es uno de los compositores que gozan de popularidad más perenne en la tradición occidental. Sus sinfonías y conciertos se han grabado en más ocasiones que los de ningún otro

autor, y sus partituras para danza se cuentan entre las más célebres del mundo.

Mientras superaba las tensiones de una vida personal particularmente difícil, rechazó el estilo folclórico de otros compositores rusos de su tiempo para crear obras románticas ambiciosas, magníficas y desgarradoras que contrastan en grado sumo con las óperas, brillantes aunque lúgubres, de Wagner o la moderación apasionada de Brahms. Desde la obertura *Romeo y Julieta* y *El lago de los cisnes* hasta la obertura *1812* y su egregia ópera *Evgueni Oneguín*, su música despierta tanta admiración hoy como cuando la escribió.

Igual que Beethoven y Mozart, Tchaikovski demostró tener dotes para la música desde muy pequeño. Tocaba el piano desde los cinco años, y componía piezas para sus hermanos, amén de leer y escribir en francés y alemán. Su padre, ingeniero de minas, gozaba de una posición desahogada, aunque no acaudalada, y el joven Tchaikovski se vio abocado a hacer carrera en el ámbito del derecho, y por ello asistió a la Escuela Imperial de Jurisprudencia de San Petersburgo desde los doce años hasta los diecinueve, tras lo cual sirvió para la Administración en el Ministerio de Justicia. Con la edad, su talento musical se hizo aún más notorio. En 1862 se matriculó en el nuevo Conservatorio de la ciudad (al año siguiente dejó el trabajo), y tras madurar con una velocidad pasmosa, salió de él en 1865 después de haber desarrollado una personalidad musical íntegra. Al año siguiente se trasladó a Moscú, en donde enseñó teoría musical en la Sociedad Musical de Rusia.

En 1870 había producido su primera gran obra, la obertura *Romeo y Julieta*, que aunque pasó casi inadvertida en su estreno moscovita, gozó de un éxito mayor con la versión revisada que ofreció en 1872 en San Petersburgo. Se trataba de una obra orquestal abstracta que, no obstante, contaba una historia, una que casaba a la perfección con el temperamento trágico y apasionado de su autor. Su vida se había visto envuelta en el drama desde 1854, año en que murió por el cólera su amadísima madre. «He querido — escribiría más tarde— expresar con amor tanto la agonía como la dicha».

En el amor descansa la agonía personal de Tchaikovski. Desde finales de la década de 1860 mantuvo una relación apasionada con varios de sus jóvenes estudiantes, y uno de sus favoritos, por nombre Édouard Zak, se suicidó en 1873. Este hecho afectó de un modo muy marcado al compositor. Algunos años después, tal vez con la intención de apartarse de sus tendencias homosexuales, aunque es más probable que pretendiese, más bien, huir de los rumores y el escándalo, se desposó con la obsesiva Antonina Miliukova, antigua alumna suya que llevaba tiempo remitiéndole cartas sin descanso y aun había amenazado con suicidarse si no veía correspondido su afecto. Pese a que todo parecía advertir que aquella unión era por completo inapropiada, Tchaikovski le propuso matrimonio en mayo de 1877 y se casó con ella en julio de aquel año. Llegado el mes de septiembre, del matrimonio solo quedaba el nombre.

Pese a lo que tuvo de tumultuoso aquel período de su vida sentimental, la inspiración musical de Tchaikovski se reveló muy prolífica. Produjo el ballet *El lago de los cisnes* entre 1875 y 1876; entre 1877 y 1878, su sobresaliente *Cuarta sinfonía* y su ópera más destacada, *Evgueni Oneguin*, interpretación musical del célebre poema de Pushkin. Aunque esta última no obtuvo, en un principio, un buen recibimiento, con el paso del tiempo la crítica acabó por darle el reconocimiento que merece en calidad de obra maestra del género, y cuando se publicó la partitura para piano, los ejemplares se vendieron como rosquillas. Francófilo de por vida, Tchaikovski imprimió a sus obras la claridad y ligereza de los modelos galos más que los tonos más sombríos e introvertidos de sus contemporáneos alemanes.

Arruinado su matrimonio, el músico entró en otra fase importante de su vida: su relación con la adinerada filántropa Nadezhda von Meck. Aunque jamás llegaron a encontrarse en persona, ella financió su carrera con un salario anual de seis mil rublos, lo que permitió a Tchaikovski dejar de trabajar en cuanto no fuera componer. Ella lo apoyó desde 1876 hasta que cortó de súbito toda relación con él en 1890, y durante este período el autor creó algunas de sus obras más renombradas. En 1880 escribió la obertura *1812*, cuyo ampuloso final incluye campanas de iglesia y dieciséis cañones. Se estrenó en Moscú dos años más tarde. En aquel momento su fama había empezado a ascender hacia lo más alto. En 1883 se le encargó la marcha que habría de oírse en la

coronación del zar Alejandro III, y Europa entera lo solicitaba como director de orquesta.

En 1888 escribió su *Quinta sinfonía*, a la que siguieron dos *ballets*: *La bella durmiente*, acabado en 1889, y *El cascanueces*, en 1892. También compuso una ópera, *La dama de picas*, presentada en Moscú en 1890. Todas estas obras se beneficiaron de una situación emocional más estable, de la falta de preocupaciones financieras y de un régimen de trabajo muy estricto. A esas alturas, su nombre había llegado al Nuevo Mundo, desde donde se le pidió que dirigiese su marcha de coronación de Alejandro III en el concierto inaugural del Carnegie Hall de Nueva York.

Lo más seguro es que, como su madre, muriese del cólera tras beber agua contaminada en un restaurante de San Petersburgo en octubre de 1893. Ocurrió pocos días después de la presentación de la que constituye tal vez su obra más destacada y trágica: su sinfonía N° 6, *Patética*. En toda Rusia se ofrecieron misas de réquiem y homenajes en honor al creador de un mundo musical apasionado, lleno de fuerza e intensamente emotivo, que sigue atrayendo de inmediato a los oyentes de todo el planeta.

Clemenceau
(1841-1929)

*Nos presentamos ante vosotros
con la única idea de una guerra
integral.*

Georges Clemenceau fue el más grande dirigente con que contó Francia durante la primera guerra mundial. Su optimismo, la tenacidad de que dio muestras toda su vida y la insistencia con que exigió la adopción de medidas punitivas contra Alemania le valieron el sobrenombre de «el Tigre».

Nació en un pueblo de la Vendée, en la Francia occidental, en 1841, creció entre campesinos y recibió su educación política de manos de su padre, quien dio forma a sus ideas republicanas. En 1861 se trasladó a París con el fin de estudiar medicina, y allí entró en contacto con la política radical y el periodismo. Sus críticas al régimen del emperador Napoleón III le atrajeron la atención de la policía.

Entre 1870 y 1871 la nación perdió la guerra franco-prusiana. Clemenceau participó en el derrocamiento de Napoleón III y fue elegido para formar parte del gobierno provisional. Se opuso, con tanta vehemencia como poco éxito, a la imposición de un severo tratado por el que se privaba a Francia de las provincias de Alsacia y Lorena en beneficio del nuevo imperio alemán. En mayo de 1871 hizo por mediar —también de forma infructuosa— entre el gobierno y los rebeldes de la Comuna de París. En las décadas de 1880 y 1890 siguió ejerciendo tanto de político como de periodista. Uno de sus logros fue el apoyo brindado entre 1894 y 1906 al joven oficial judío Alfred Dreyfus, víctima del antisemitismo del gobierno, el ejército y la prensa a quien se acusó injustamente de ser espía de Alemania. Los periódicos de Clemenceau denunciaron la corrupción

y la iniquidad reinantes en tan célebre caso. En 1902 fue elegido senador.

Sirvió en calidad de primer ministro entre 1906 y 1909. En los años que precedieron a la Gran Guerra defendió el rearme frente a Alemania, y una vez comenzado el conflicto adoptó una vociferante postura crítica para con los sucesivos gobiernos y el alto mando militar, a quienes lanzó acusaciones de ineptitud, derrotismo y pacifismo encubierto.

En noviembre de 1917, a la edad de setenta y seis años, aceptó la invitación de asumir de nuevo el cargo de primer ministro. Implacable y beligerante, hizo valer su fe en la «guerra hasta las últimas consecuencias» y trató con rigor a quienes consideraba traidores y derrotistas. Insistió en la necesidad de crear un mando aliado unificado a las órdenes del general Foch como único modo de ganar el conflicto. Llegado el mes de noviembre de 1918, se había demostrado que estaba en lo cierto.

En la conferencia de paz celebrada en París en 1919, Clemenceau recordó lo ocurrido entre 1870 y 1871, y en las negociaciones entabladas con el primer ministro británico, David Lloyd George, y el presidente de Estados Unidos, Woodrow Wilson, insistió en el desarme de Alemania, en que esta admitiese la responsabilidad de las hostilidades y en que se aviniera a pagar cantidades ciclópeas en concepto de reparación. Se aseguró de que se firmara el tratado en la Sala de los Espejos de Versalles, el mismo lugar en que, tras humillar a Francia, se había declarado emperador de Alemania Guillermo I en 1871. La fortaleza de su carácter y su decoro hicieron

de él un paladín de la justicia y un magnífico dirigente en tiempos de guerra; pero las rencorosas exigencias que presentó en Versalles constituyeron un grave error.

Clemenceau se retiró tras perder las elecciones presidenciales de 1920. Antes de morir, nueve años después de aquella fecha, publicó sus memorias y predijo en sus páginas que en torno a 1940 estallaría otra guerra con Alemania.

Sarah Bernhardt

(1844-1923)

Hay cinco clases de actrices: actrices malas, actrices aceptables, actrices buenas, actrices superiores... y Sarah Bernhardt.

Mark Twain

La actriz conocida en todo el planeta como «la Divina» Sarah nació en París y tuvo una vida tan tempestuosa como era ella en el escenario. Mujer de ilimitada capacidad de adaptación —fruto quizá de una infancia insegura dada su condición de hija ilegítima de una cortesana neerlandesa—, conoció el éxito ejerciendo de actriz en Francia antes de arrasar la escena londinense en 1876. Ni siquiera la pérdida de una pierna estando ya entrada en edad supuso un obstáculo insalvable para su extravagancia interpretativa. Tan pronto se recuperó de la amputación, hizo una gira por el frente de

la primera guerra mundial a fin de levantar la moral de los combatientes a pesar de ir en silla de ruedas. En lugar de pensar en retirarse, se aseguró de que, en adelante, sus papeles pudieran representarse en posición sedente.

Educada en un convento pese a ser judía, de niña jugaba con la idea de hacerse monja; pero todo apunta a que el influyente amante de su madre, Carlos, duque de Morny (1811-1865), tenía otros planes. Este brillante hombre de estado francés, olvidado hoy de manera injusta, era hijo de la reina Hortensia de los Países Bajos y hermanastro de Napoleón III, así como nieto del príncipe Talleyrand. Financiero, propietario de caballos de carreras y esteta, además de amante entusiasta, contrajo matrimonio con una princesa rusa. Fue el cerebro del golpe de estado de Napoleón III y de su régimen, así como presidente del Cuerpo Legislativo, aunque su muerte temprana ayudó al desmoronamiento del Segundo Imperio. Nada más apropiado que el que esta personificación del poder y el refinamiento de Francia lanzase —y quizá también engendrara— a la actriz francesa más célebre anterior a la era cinematográfica.

De Morny le procuró una plaza en el Conservatorio de París y, más tarde, un puesto en la Comedia Francesa, donde actuó por vez primera en 1862, tras haber ganado diversos premios estudiantiles. El miedo escénico parecía indicar que tenía más cualidades para ejercer de cortesana que de actriz. Después de seis años de penosos esfuerzos, logró hacerse con un lugar en la profesión y recibió no pocos aplausos por sus interpretaciones de Cordelia en la versión francesa de *El rey Lear* y del juglar Zanetto en *Le passant*, obra en

verso de François Coppée. Tal fue el éxito que obtuvo en esta última, que se le pidió que repitiese la actuación en presencia de Napoleón III.

Los auditorios ardían en deseos de contemplar el inimitable estilo que desplegaba en escena, pródigo en arranques tormentosos de emoción salvaje, de llanto y de dolor. Para muchos llegó a hacerse inimaginable que nadie más pudiese interpretar sus papeles más famosos: la Marguerite de *La dama de las camelias*, de Dumas, y los que daban título a la *Fedra* de Racine y la *Adrienne Lecouvreur* de Scribe.

Victor Hugo, en cuyas tragedias representó también el papel protagónico, se extasiaba con aquella «voz dorada», en tanto que a Sigmund Freud consideraba maravillado que «cada centímetro de esa figura menuda rebosa de vida y hechiza». Sin embargo, los sacerdotes la atacaban no solo por el contenido subido de tono de las obras que ella misma producía, sino también por sus muchas aventuras amorosas y su sexualidad desvergonzada. Vivía según sus propias normas, y decía ser «una de las mejores amantes de [su] tiempo». De todos era conocida su promiscuidad. «Cielo, cuando una se sienta en un rosal y se pincha, le resulta imposible saber con cuál de sus púas se ha pinchado», fue la respuesta que dio a su amante, el príncipe de Ligne —descendiente del cortesano aristócrata del siglo XVIII— cuando ella le comunicó que estaba embarazada de él. Entre sus queridos se contaban también Hugo y Gustave Doré. El matrimonio que contrajo con el joven actor Jacques Damala siendo ella ya una mujer de mediana edad acabó

cuando él incurrió en deudas excesivas y la dejó para unirse a la legión extranjera. Tal vez su amado hijo, Maurice, fue el único hombre que no la defraudó.

A principios de la década de 1880 dejó París para emprender diversas giras internacionales por Europa y América en la que no solo interpretó a las protagonistas femeninas de obras francesas clásicas y modernas, sino también papeles masculinos, y así, por ejemplo, su complexión delgada le permitió convencer al público haciendo de Hamlet. Sabía bien cómo vender su imagen, y tras conquistar París, hizo otro tanto con el resto del mundo, demostrando, además, ser «demasiado americana para no triunfar en América», tal como comentó con ironía el escritor Henry James. La Bernhardt fue la primera estrella internacional de la era pre cinematográfica, y, de hecho, llegó a protagonizar varias películas de cine mudo, entre ellas *Les amours d'Élisabeth, reine d'Angleterre* y *La dame aux camélias*, a partir de 1912.

Sarah Bernhardt tampoco careció de talento en cuanto escritora y escultora, y, además, editó y tradujo con habilidad numerosas obras. Ella misma ejerció de representante y organizó sus provechosas giras. Cuando pasó de moda su estilo histriónico, se limitó a dirigir su propia compañía teatral, para lo cual alquiló el Théâtre des Nations —futuro Théâtre Sarah Bernhardt— en 1898.

Gustaba de convertirlo todo en mito: cambiaba constantemente la historia de quién había sido su padre, y debió de ser probablemente la «tísica» más sana que haya existido nunca —en al menos una ocasión llegó a toser «sangre» que no era más que líquido rojo de un

recipiente que llevaba oculto—. Sin embargo, su lealtad era incansable. Al saber que el esposo que la había abandonado estaba viviendo en la miseria propia de un drogadicto, se encargó de sacarlo de allí y pagó los cuidados que se le administraron. Profesaba a Francia un patriotismo ferviente, y supo encandilar a su auditorio hasta el final de sus días.

Maupassant

(1850-1893)

Posee las tres cualidades esenciales del escritor francés: claridad, claridad y claridad. Tiene el espíritu de medida y orden que caracteriza a nuestra raza.

Anatole France, La vie littéraire (1888)

Maupassant fue el escritor que convirtió casi sin ayuda el cuento en una forma de arte. Este célebre hedonista y deportista escandalizó a muchos con su literatura «inmoral». Su obra reconocía el atractivo de la sensualidad y ambivalencia de la naturaleza humana respecto de ella, y esa sensibilidad, combinada con la claridad exquisita de su prosa, hacen de él un escritor de gran talla.

En 1880, Émile Zola decidió publicar una antología de cuentos inspirados en la reciente guerra franco-prusiana, y en la que Maupassant participó con «Bola de sebo», la obra de arte en

miniatura que lo hizo un autor de éxito de la noche a la mañana. Se trataba de un relato, muy representativo de su estilo y su originalidad, sobre una prostituta explotada y traicionada en tiempos de guerra por la hipócrita clase media. Aunque para muchos no era mucho más que relleno para las columnas de los periódicos, Maupassant desarrolló el del cuento hasta convertirlo en un género distintivo adoptado más tarde por toda una serie de escritores que van desde James Joyce hasta Ernest Hemingway, y de Antón Chejov a Somerset Maugham.

Hijo de nobles normandos venidos a menos, Maupassant abandonó el empleo poco satisfactorio que tenía en la Administración pública para adoptar la vida de escritor. Su genio consistía en revelar, mediante una narrativa sencilla, verdades fundamentales del ser humano con una maestría que igualaba —y aun superaba en ocasiones— a la de los mejores novelistas. La concisión, elegancia y humanidad de los más de trescientos cuentos que produjo durante la década siguiente ponen de relieve el dominio que poseía de dicha forma literaria.

Su intención era la de presentar no «una visión banal y fotográfica de la vida... sino una más completa, fascinante y perspicaz que la propia realidad». En este sentido debía mucho a la tutela del gran novelista Gustave Flaubert (1821-1880), amigo de su madre que brindó su protección al joven a su regreso a París tras haber servido en la guerra franco-prusiana de 1870 y 1871.

Él lo presentó ante los escritores más importantes del momento con las siguientes palabras: «Es mi discípulo, y lo quiero como a un

hijo». A su vez, él lo trató como si fuese su padre adoptivo (no faltaron rumores de que era de veras su progenitor), pues el suyo, que se había separado de su madre cuando él tenía once años, había sido siempre una figura distante para Maupassant. Este pulió tanto su estilo con la ayuda de Flaubert, que Tolstói no pudo menos de alabar su punzante perspicacia y lo hermoso y disciplinado de su prosa, que consideró propias de un genio.

A un mismo tiempo, sin embargo, el maestro ruso deploraba su inmoralidad. Maupassant era tan perverso como ingenioso. Uno de sus relatos hablaba de un caballero hambriento que, habiéndose detenido el tren en que viajaba un día muy caluroso, acaba por valerse de la leche de una campesina lactante. Otro, de una dama respetable de clase alta que, asomada a la ventana, atrae la atención de cierto galán bien parecido que la confunde con una prostituta y que más tarde busca el perdón comprando a su esposo un regalo con las ganancias. Aunque su obra se ambienta a menudo en lupanares y tocadores, también se sentía seducido por la guerra, por los astutos rústicos de su Normandía natal, las finanzas, el periodismo y los extraños giros que da la fortuna. Su fascinación por el sexo —que llevó a un crítico a tildarlo de «erotómano redomado»— se tradujo en una promiscuidad fuera de lo común en la vida real. Los paseos en barca que compartía con parisinas dadas al hedonismo le inspiraron el cuento «Mouche», y su prosperidad literaria le ayudó a financiar el mantenimiento de varias amantes. Su novela *Bel Ami* (1885) fue todo un éxito de ventas. Se trata de una obra maestra, tal vez la mejor narración que se haya escrito

jamás sobre este mundo moderno en que la política y el periodismo se dan la mano, y el autor no dudó en usar el título para bautizar su embarcación de recreo.

Maupassant pensaba que el deber del artista no era erigirse en árbitro moral, sino presentar la sociedad con su propio reflejo y hacer que sea el lector quien extraiga sus propias conclusiones. A su decir, «para un escritor no hay términos medios: tiene que elegir entre contar lo que cree que es verdad y contar mentiras». La mordacidad que poseen sus escritos como consecuencia no hace sino subrayar el contraste entre la apariencia y la realidad e ilustrar cómo conducen la vanidad y el orgullo al autoengaño y la falsedad. Maupassant escribió sobre traiciones y seducciones, sobre la fortuna que favorece a los despiadados y a los egoístas; sobre sociedades basadas en la hipocresía colectiva, y sobre la locura. No se espantaba ante las hondas ambigüedades que se esconden en el interior de cada uno de nosotros, y su escritura posee el poder de disipar los mitos de la sociedad.

Él mismo constituía una prueba viviente de dichas ambigüedades, pues si por una parte era un hombre de acción, bogador apasionado capaz de remar sin dificultad cincuenta millas diarias (en cierta ocasión salvó la vida al poeta inglés Swinburne al evitar que se ahogara), cuyo servicio militar y amor por el mar influyeron de forma marcada en su narrativa y en el escenario de sus relatos, por la otra era propenso a los ataques de ansiedad y los pensamientos malsanos, y se veía hostigado con una frecuencia cada vez mayor por la depresión que sufrió también su madre.

No hacía mucho que había cumplido los veinte años cuando descubrió que tenía sífilis, aunque se negó a seguir tratamiento alguno. Se veía aquejado por una inestabilidad mental cada vez mayor, y su frenética existencia aceleró su deterioro físico. En 1892, un año después de que muriese loco su hermano —quien también sufría sífilis—, trató de suicidarse. Lo internaron en una clínica, en donde murió cuando aún no había transcurrido un año a la edad de cuarenta y tres.

En poco más de una década dedicada a la escritura, Maupassant produjo unos trescientos cuentos, seis novelas, tres libros de viaje y un volumen de poesía. Su existencia apasionada y su obra fueron siempre de la mano, aunque, si su vida fue breve, sus relatos han alcanzado la eternidad.

Oscar Wilde

(1854-1900)

Wilde representó su vida desde el principio, y siguió haciéndolo aun después de que la suerte le arrebatara de las manos el argumento.

*W. H. Auden, en The New Yorker
(9 de marzo de 1963)*

Oscar Wilde, poeta, dramaturgo, autor de aforismos, novelista y creador de cuentos para niños, esteta, víctima de los prejuicios y la

hipocresía de la sociedad, y genio despreocupado e irreprimible, trató su propia vida como una obra de arte de la que él era el héroe —cosa que debería seguir siendo para nosotros—. Amante de la paradoja y gran conocedor de los absurdos de nuestra existencia, ensartó sin esfuerzo las pretensiones, el convencionalismo y el fariseísmo de su tiempo. Su destrucción a manos de la misma sociedad que lo había tratado como una celebridad constituyó un reflejo trágico de los temas que con tanto encanto y pericia de forense exploró en su propia obra.

Son pocas las veces que las carteleras teatrales no anuncian alguna de sus piezas, como *Una mujer sin importancia* o *La importancia de llamarse Ernesto*, y siempre habrá alguien dispuesto a citar su deslumbrante inventiva. «Vaya donde vaya, llevo siempre conmigo mi diario. Es importante tener en todo momento algo sensacional que leer en el tren», declara Gwendolyn a Cicely en la segunda de estas obras, de la que hay quien afirma que es la comedia más perfecta que se haya escrito nunca. Wilde deconstruye con su sátira, en mayor grado que ningún otro autor de su época, el pomposo edificio de la sociedad del período victoriano tardío, y lo hace con una dosis considerable de gracia. Sin embargo, bajo el brillo de la superficie subyace el potencial para la tragedia, y buena parte de su obra vibra en los confines de la oscuridad. *El retrato de Dorian Gray*, la novela que publicó en 1889, transgredió los límites de la respetabilidad al abordar los temas de la decadencia, la crueldad y el amor ilícito. Constance, la esposa de Wilde, declaró al respecto: «desde que Oscar escribió ese libro no nos ha vuelto a

invitar nadie a ir a ningún sitio». Aun así, constituye una evocación intemporal, sensible y conmovedora del miedo que nos provoca la muerte y el envejecimiento. Ni siquiera los cuentos infantiles «El príncipe feliz» y «El gigante egoísta» se arredran ante la poco agradable realidad de la crueldad sin castigo y el heroísmo sin recompensa.

Wilde nació en Dublín de un matrimonio angloirlandés, pero su deseo de pasar a un primer plano lo llevó a formarse y vivir en Inglaterra. Este arquetipo de esteta finisecular cultivó una apariencia extravagante y un lenguaje rápido y mordaz que hicieron de él toda una celebridad mucho antes de que sus obras confirmaran que merecía toda la atención. «Si es malo que hablen de uno, peor es que no lo hagan», afirmaba. No bien cumplidos los veinte, aquel licenciado de Oxford alto y redicho, ataviado con terno de terciopelo y calzón corto de estilo Regencia, se había adquirido tanta fama que hasta el príncipe de Gales exigió que se lo presentasen, pues, a su decir: «Quien no conoce al señor Wilde no es conocido en sociedad». De su fama nació su carrera profesional. En la escena londinense comenzaron a aparecer caricaturas del pisaverde que declaraba que el arte era la forma más elevada de acción, y cuando cierto productor emprendedor llevó una de estas obras de gira por América decidió llevarlo a él para que ofreciese en paralelo conferencias sobre cuestiones estéticas. Wilde, que al parecer se presentó en la aduana estadounidense con el comentario: «No tengo nada que declarar salvo mi genio», adquirió al otro lado del Atlántico el mismo renombre que en el Reino Unido. Habría que

esperar al lustro que precedió a su caída para que se convirtiese por entero en el escritor que siempre había planeado ser.

Su homosexualidad ha adquirido tanta fama como su obra. Fue una mosca muerta a cañonazos. Aunque su provocadora afectación llevaba años dando pie a rumores relativos a su sexualidad, Wilde estaba casado y era padre, y no tuvo relaciones sexuales con varones hasta después de entrado en la treintena, cuando su matrimonio pasó por una mala racha. «El único modo de librarse de una tentación es ceder ante ella», decía uno de los célebres aforismos de quien describió sus aventuras sexuales como «un festín con panteras». Atrapado en una venganza personal entre lord Alfred Douglas, «Bosie», amante suyo de vanidad absurda y carácter destructivo, y el padre de este, el lunático rigorista marqués de Queensberry, se encontró convertido en el centro de una acusación de abusos infantiles. Queensberry le enviaba cestas de hortalizas de aspecto fálico, y la gota que colmó el vaso fue la nota que dejó en febrero de 1895 en el club social de Wilde, en la que lo acusaba de «somdomita [*sic*] amanerado». A instancia de Bosie, presentó una demanda por difamación.

Fue un error terrible. Durante los interrogatorios, el escritor desplegó, como siempre, su ingenio atolondrado, e interpretó su papel ante su nuevo auditorio: el público asistente al juicio. Sin embargo, ni siquiera la elocuente defensa que hizo de la inmoralidad de sus obras sirvió para compensar los detalles de sus devaneos amorosos. La situación no podía tolerar semejantes revelaciones. Wilde perdió el proceso y fue juzgado de inmediato y condenado a

dos años de trabajos forzados por conducta inmoral grave. Todos se echaron las manos a la cabeza indignados. Queensberry llamó a los alguaciles para embargar la casa del reo a fin de pagar las costas. Su hijo, que había huido al continente a fin de evitar que le salpicase aquel asunto, hizo público su sufrimiento... desde una distancia segura.

Mientras cumplía condena en el penal de Reading, ahorcaron a uno de sus compañeros de prisión, el soldado Charles Thomas Wooldridge, convicto por degollar a su esposa con una navaja de afeitar. Fue precisamente a C. T. W. a quien dedicó su última gran obra, la elegíaca «Balada de la cárcel de Reading», escrita en su exilio francés después de que lo pusieran en libertad en 1897. El poema tuvo que publicarse con el pseudónimo de «C-3-3», su número de celda, debido a la mala reputación que había adquirido su nombre. Entremezclando luces y sombras, sus versos expresan la nostalgia por la inocencia perdida, la belleza y la redención aun en medio del lodo de la desesperación, al tiempo que reclama perdón y comprensión.

*Jamás he visto a un hombre que mirase
con tal decaimiento
esa modesta carpa azul
que los reclusos llaman cielo,
ni cada nube a la deriva
que lo atraviesa con velaje argénteo.*

La composición concluye:

*Todos los hombres matan lo que aman;
que no lo olvide nadie:
quién con una mirada,
quién con un donaire;
el cobarde con un beso
y el valiente con la espada.*

Estando en prisión escribió *De profundis*, una carta acerba y brillante de cincuenta mil palabras destinada a Bosie, testamento de su destrucción a manos de su gran amor. Jamás llegó a recobrase, ni física ni psíquicamente, de su encarcelamiento. Condenado al ostracismo por la sociedad, sin posibilidad alguna de ver a sus queridísimos hijos, pasó sus últimos años vagando por el continente. Su genio se mantuvo intacto hasta el final: «Muero como he vivido —declaró—: más allá de mis posibilidades». Poco antes de fallecer, mientras yacía en una alcoba sombría de París, dicen que murmuró: «O se va ese papel pintado, o me voy yo».

Guillermo II

(1859-1941)

La crueldad y la debilidad van a provocar el conflicto armado más espantoso del planeta, que tiene por propósito la destrucción de Alemania. Ya no cabe duda alguna de que el Reino Unido, Francia y la

Unión Soviética han conspirado para desencadenar una guerra de aniquilación contra nosotros.

El último emperador de Alemania —al que los británicos conocen, sin más, como el Káiser— fue un monarca absolutista contradictorio, pomposo, poco diplomático, ridículo y tal vez desquiciado que se las compuso para servirse de la Constitución del imperio a fin de hacerse con las riendas de los asuntos militares y exteriores de Alemania y que, sin embargo, demostró a la postre ser incapaz de gobernar su nación o sostener su propia autoridad. No obstante, durante veinte años fue el soberano, vociferante y dinámico, del país más moderno y poderoso de Europa, y dominó con su personalidad el panorama político internacional. Se erigió en símbolo del brutal expansionismo militar del pujante imperio alemán; pero su personalidad desequilibrada fue reflejo de su peligrosa inseguridad, su complejo de inferioridad y sus defectos políticos. Contribuyó, sin lugar a dudas, a la inestabilidad creciente de Europa y a la aceleración de la carrera armamentística con el Reino Unido. A él, y a la élite de la clase militar y burocrática alemana, corresponde buena parte de la responsabilidad de la catástrofe humanitaria que supuso la primera guerra mundial, aunque lo cierto es que sería pecar de simplismo cargarlo con todo el peso de la culpa.

Hijo del príncipe heredero liberal Federico de Prusia y su esposa, la princesa británica Vicky, hija de la reina Victoria, sufrió al nacer

daños en el brazo izquierdo, que quedó por ello más corto que el derecho y fue causa de vergüenza y turbación durante toda su vida. Al crecer, vino a idolatrar la arrogancia, el machismo y la disciplina de la casta militar prusiana, lo que lo convirtió en una parodia poco natural del oficial de mostacho engominado, botas relucientes, bastón, cascos rematados en águila cada vez más vistosos y uniformes de figurín de diseño propio. Pese a la atrofia de su brazo, la fragilidad de su figura y su salud, y la palidez femenina de su piel, o quizá precisamente por causa de todo ello y de su gusto afectado por los uniformes, abrazó con un ímpetu obsesivo el militarismo de Prusia.

Aunque en un primer momento idolatró el magnífico poder maquiavélico de Bismarck, «el Canciller de Hierro», su verdadero héroe fue su abuelo Guillermo I, el primer káiser del nuevo imperio alemán, personificación del servicio austero, sobrio y patriótico del perfecto oficial *Junker*. Al mismo tiempo fue desarrollando un claro desprecio por el liberalismo anglófilo de sus padres. Su personalidad combinaba lo viejo y lo moderno, siendo así que unió a su convencimiento de que se erigiría por derecho divino en monarca alemán absolutista su fascinación por los adelantos modernos, con lo que, de un modo u otro, creó una imagen de sí mismo que se hallaba entre el caballero medieval y el tecnócrata de su tiempo. Sus opiniones fueron siempre caprichosas, pues conjugaban un antisemitismo rabioso con la defensa de la nueva clase empresarial; el militarismo obsesivo con el gusto por la arquitectura y el arte, y el

autoritarismo absolutista con la presunción de querer apoyar a la clase obrera y liberalizar la legislación laboral.

En 1888 murió su abuelo y ascendió al trono su padre, pero el nuevo káiser se hallaba ya moribundo por causa de un cáncer de garganta, y las riendas del imperio seguían en manos de Bismarck. A la muerte de su padre, pocos meses después, fue Guillermo quien se hizo con el cetro. Bismarck, que había tenido ya que dedicar no poco tiempo sobornando a las amantes del joven y comprando las cartas de amor que había escrito durante las aventuras sexualmente perversas mantenidas en su mocedad, habría de ocultar y reprimir en adelante los comentarios a menudo demenciales y carentes de tacto que introducía Guillermo en los documentos oficiales. Aun así, los discursos del emperador —que tanto podían alardear de la matanza que, con la brutalidad propia de un huno, iban a hacer los soldados alemanes entre los chinos, como proponer que el ejército fusilara a los huelguistas de la nación— no tardaron en resultar embarazosos para la flor y nata de Alemania. Llegado 1890, Guillermo estaba resuelto a librarse del añoso canciller empleando sus medidas favorables al proletariado para obligarlo a dimitir. Primero puso en su lugar a un oficial competente, el general Von Caprivi, y a continuación al anticuado príncipe de Hohenlohe, aunque era evidente que tenía la intención de gobernar en solitario. Bismarck había creado la Constitución híbrida del imperio alemán con todos los jaeces de la democracia, pero de tal modo que quedase intacta la prerrogativa real absoluta prusiana. Tal disposición le había sido beneficiosa por depender su

cargo de canciller del favor del káiser; pero una vez desaparecido Bismarck, el káiser estaba decidido a asumir sus funciones, y, en los años siguientes, tomó las riendas políticas de la nación, para lo cual demostró al principio tener cierta aptitud, y basó su poder en su derecho a gobernar el ejército por mediación de sus gabinetes militares personales y a nombrar al canciller y sus ministros.

Durante este nuevo rumbo próspero que dio al panorama político de Alemania contó con el consejo de su mejor amigo, con quien formaba una extraña pareja: el príncipe Philip von Eulenberg, embajador suyo ante Viena, esteta, músico, escritor y ferviente defensor del derecho divino, el poder del káiser, el conservadurismo social, el imperialismo alemán y las sesiones de espiritismo. Merced a sus intrigas y sus planes logró Guillermo encontrar y promover a un candidato a canciller: Bernard von Bulow, quien se consideraba más un cortesano imperial que un hombre de estado independiente. El emperador le otorgó el cargo en 1900, y en adelante dominó todos los asuntos políticos. Al mismo tiempo, impulsó la creación de la Armada imperial alemana y dio así comienzo a la carrera armamentística con el Reino Unido. Sus arrebatos —el apoyo que brindó a los bóers en su guerra contra los británicos; su desastrosa visita a Marruecos, que indignó a los franceses; y la célebre entrevista que concedió a *The Daily Telegraph* y en la que ofendió a todas las potencias de Europa, y en particular al Reino Unido— pusieron de relieve su inmadurez emocional y su estabilidad mental, pero también desestabilizaron la política del continente.

Si bien se había hecho con el dominio de su propia nación, tampoco en ella faltó una serie de incómodos escándalos políticos que revelaron igualmente sus defectos políticos. Así, por ejemplo, resultó que estaba rodeado de una camarilla secreta de homosexuales, y que Eulenberg, con quien tanta amistad tenía, llevaba una doble vida de amor a su propio sexo. En determinado momento, un general veterano, jefe de su gabinete militar, murió de un ataque al corazón mientras bailaba para el káiser vestido con un tutú de *ballet*. Aunque el emperador no volvió a hablar con Eulenberg, el alboroto cada vez mayor que provocaba su propio círculo, fueran cuales fueren las tendencias sexuales de los protagonistas, lo desconcertaban y minaban su prestigio. Si las intervenciones que efectuaba en el panorama político alemán pecaban a menudo de inoportunas e inconsecuentes, su actuación en el exterior solo logró hacer mayor la tensión internacional.

En 1914, ante el asesinato de Francisco Fernando, gran duque de Austria, en manos de terroristas serbios, sus maniobras políticas, nerviosas en exceso, ayudaron a llevar a Alemania a adoptar la postura de alentar y, de hecho, garantizar el derecho austríaco a atacar Serbia. Pese a los ruegos presentados ante el zar Nicolás II en busca de paz, apoyó los planes de atacar Francia a través de los Países Bajos y ansió entrar en guerra con Rusia, pese a que tal cosa comportaba luchar en dos frentes a un tiempo.

Una vez comenzada la guerra, volvió a presionar para firmar una alianza con los otomanos, apoyó la idea de emprender un conflicto submarino —lo que a la postre hizo entrar en liza a Estados

Unidos— y la brutal colonización de Rusia. Para los soldados aliados, el emperador alemán —al que habían atribuido el nombre de «Káiser Bill»— era el mayor enemigo. Llevaba toda la vida preparándose para ejercer de caudillo germánico, y cuando estalló el conflicto, se mostró apático y depresivo, nervioso e irracional a partes iguales, y por entero incapaz en el ámbito político, el militar o el estratégico, por no hablar ya del administrativo. Sus ministros y generales lo desdeñaban, y él no pudo menos de verse intimidado por quienes gobernaron de veras Alemania desde 1916: el mariscal de campo Von Hindenburg y el general Ludendorff. En el momento de la derrota, ocurrida en 1918, se le asoció sin remedio con el militarismo catastrófico y la corrupción imperial que habían propiciado la perdición de Alemania. Abdicó y se exilió en los Países Bajos, en donde estuvo despotricando contra judíos y liberales hasta el momento de su muerte, ocurrida en 1941.

Lloyd George

1863-1945)

¿Cómo podré ofrecer al lector una impresión justa de esta figura extraordinaria de nuestro tiempo, esta sirena, este bardo de pies de cabra, este visitante semihumano llegado de los bosques mágicos, encantados y plagados de brujas de la antigüedad celta?

*John Maynard Keynes, citado por
R. F. Harrod, The life of John
Maynard Keynes (1951)*

Buena parte del entramado que conforma la sociedad británica moderna descansa sobre los logros de David Lloyd George, galés apasionado de política radical y comienzos modestos conocido como «el Mago» por su oratoria, o «la Cabra» por sus aventuras de donjuán. Estando al frente del Ministerio de Economía y Hacienda, sentó las bases del estado de bienestar, y en calidad de primer ministro durante la primera guerra mundial, llevó a la nación a la victoria.

A menudo se consideró un extraño en el panorama político de Westminster, y como tal se retrató. Aunque una de las primeras causas a las que se consagró durante la década de 1890 fue la de la libertad de Gales, no tardó en ascender por el escalafón del Partido Liberal merced a sus notables dotes para la oratoria. Desde 1899 se opuso con todas sus fuerzas a la segunda guerra de los bóers.

En 1905 llegó al gabinete ministerial en calidad de presidente del Departamento de Comercio y Exportación, y en 1908 quedó al frente del Ministerio de Hacienda en el gobierno del nuevo primer ministro, H. H. Asquith. En este cargo, se reveló como un denodado reformista de marcada conciencia social que consiguió hacer aprobar la legislación en virtud de la cual se introdujeron las pensiones de jubilación.

En 1909 fue aún más allá al anunciar el llamado «presupuesto del pueblo», con el que pretendía «luchar de manera implacable contra la pobreza». Tenía por objeto la introducción de un impuesto sobre la tierra y gravámenes sobre los ingresos superiores a fin de financiar las pensiones, obras públicas como la construcción de caminos y acorazados con los que hacer frente a la amenaza de guerra que se percibía por parte de Alemania. Sus propuestas no hicieron la menor gracia en la Cámara de los Lores, y su rechazo del presupuesto desembocó en una crisis constitucional y provocó, a la postre, la aprobación de la ley parlamentaria de 1911, que abolió el derecho a veto de dicho cuerpo. Lloyd George amplió el estado de bienestar con la Ley de Seguridad Social de aquel mismo año, con la que se introdujo un sistema para asegurar a los trabajadores frente a una posible situación de desempleo y garantizar su asistencia sanitaria. Aunque en determinados sectores estas medidas resultaron impopulares en un primer momento, su responsable se convirtió en un héroe para muchos.

Durante la primera guerra mundial, el adormecimiento y la pasividad con que afrontó el conflicto Asquith contrastó con el dinamismo incansable y el carisma arrollador de Lloyd George —o simplemente L. G.—. En calidad de ministro de Munición y, más tarde, de Guerra, movilizó a casi toda la población para que participase en la empresa bélica. Reclutó a no pocas mujeres para que desempeñasen en las fábricas labores reservadas por tradición a los hombres, quienes entonces se hallaban en el frente de combate. De resultas de esta y de otras medidas se produjo un gran

salto en la productividad. Sin embargo, Lloyd George se mostró cada vez más crítico con el modo como estaba dirigiendo Asquith la guerra. En diciembre de 1916 se alió con los conservadores y algunos miembros de su propio partido a fin de sustituirlo en el cargo de primer ministro, y dividió así el Partido Liberal.

Lloyd George encabezó la campaña bélica a fuerza de personalidad, si bien fue incapaz de vencer la rigidez y estupidez de los generales. Jamás tuvo el poder de evitar las colosales pérdidas humanas de la guerra de trincheras. Convino con Clemenceau, el primer ministro francés, en que los Aliados necesitaban con desesperación un mando unificado, cosa que se introdujo en abril de 1918. En el mes de noviembre de aquel año, después de que Alemania hubiera agotado sus fuerzas en las ofensivas finales durante la primavera y el verano anteriores, llegó la victoria. En las negociaciones de paz que siguieron, el británico trató de buscar un punto intermedio entre el espíritu idealista y conciliador de los estadounidenses y el de venganza de los franceses.

Tras la guerra, Lloyd George, quien siempre había defendido la emancipación de la mujer, amplió el derecho a voto a la población femenina. Ayudó a poner fin a la guerra de independencia de Irlanda, que había estallado en enero de 1919. En 1921 negoció un tratado por el que se permitía a 26 condados meridionales la formación del Estado Libre Irlandés. Sin embargo, los seis más septentrionales de la isla siguieron formando parte del Reino Unido con la denominación de Irlanda del Norte, y tal situación daría lugar a consecuencias violentas durante otros ochenta años.

Pese a estos logros, Lloyd George hubo de hacer frente a no pocas dificultades políticas. Su reputación se vio menoscabada por una serie de escándalos relativos a la venta de títulos de nobleza, y los conservadores de su gobierno de coalición se opusieron a sus planes de aumentar el gasto público en subsidios de vivienda y servicios sociales. En consecuencia, se vio obligado a dimitir en octubre de 1922. Aunque acabó por reconciliarse con la mayoría del Partido Liberal y, de hecho, encabezó la formación en 1926, lo cierto es que esta no era ya lo que había sido, y que estaba siendo eclipsada por la aparición del Partido Laborista.

Después de 1922 lo perjudicaron su vanidad y su insensatez. La visita que hizo a Hitler supuso un gran éxito propagandístico para los nazis, por más que más tarde se opusiera a contemporizar con ellos y alzara su voz en defensa del rearme. Aunque la mala salud le había llevado a dimitir en calidad de dirigente de los liberales en 1931, siguió ocupando su escaño de diputado. Declinó, eso sí, el puesto que le ofreció Churchill en su gabinete durante la segunda guerra mundial por motivos de edad. Durante el largo matrimonio que lo unió a Margaret Owen tuvo un número nada desdeñable de amantes, incluida su secretaria Frances Stevenson, con quien se casó en 1943. Aquel año votó también por vez última en el Parlamento. Fue a favor del Informe de Beveridge, que bosquejaba la universalización del estado de bienestar que tanto había hecho él por crear. Aquella fue una despedida de la política muy adecuada. A principios de 1945 se le concedió un título de nobleza, aunque

murió antes de que pudiese ocupar su escaño en la Cámara de los Lores.

Toulouse-Lautrec

(1864-1901)

No anuló la realidad para descubrir la verdad donde nada había: se conformó con mirar, y no vio, como muchos, lo que damos la impresión de ser, sino lo que somos. Entonces, con pulso firme y un arrojo tan sensible como seguro, nos reveló nuestra propia persona.

Obituario de Toulouse-Lautrec en el Journal de Paris

El vizconde Henri de Toulouse-Lautrec, cronista emblemático de la vida nocturna parisina, se enfrentó a la sociedad con una vibrante celebración de la humanidad con todas sus distorsiones. Hoy ha alcanzado fama mundial sobre todo por sus carteles; pero, aun siendo estos magníficos sin lugar a dudas, lo cierto es que han desviado la atención del brillante pintor y retratista que tanta sensibilidad conmovedora supo imprimir a sus estudios de mujeres galantes. Fue, en realidad, el Rembrandt de la noche.

Su arte ilumina el barrio artístico de París en todo su esplendor; inmortaliza a las coristas y demás componentes del mundo del espectáculo que poblaban sus calles, cabarés y cafés. Supuso una novedad revolucionaria en el arte. Su obra causó escándalo, aunque él no la creó para provocar: lo que quería era «pintar lo verdadero y no lo ideal», y al hacerlo, humanizó a sus retratados, por ser personas a las que tan bien conocía, y les confirió una nobleza que la sociedad siempre les había negado.

Su estilo —líneas claras y frugales, colores vivos y vigorosos, representaciones a menudo irónicas...— resultaba tan revelador como los personajes representados. Cuando decidió ser artista, su parentela, adinerada y noble, quiso que lo formase un pintor de la sociedad amigo de la familia. Puede decirse que Toulouse-Lautrec desarrolló su estilo distintivo casi a pesar de sus enseñanzas. Pese al entusiasmo con que trataba de complacer a los demás, hubo de reconocer que le resultaba imposible copiar un modelo con total exactitud. «A despecho de sí mismo —recordaría un amigo— exageraba ciertos detalles, cuando no todo el personaje; lo distorsionaba sin proponérselo y aun sin quererlo». Otro de los maestros que tendría más adelante no pudo menos de calificar de «atroz» aquella libertad de expresión. A la edad de diecinueve años se le dio una asignación para establecer su propio estudio, y fue entonces cuando se trasladó a Montmartre y comenzó a pintar a sus amigos.

No tardó en hacerse célebre por sus litografías. Su estilo elegante, resuelto y claro anticipa el modernismo. Demostraban que el arte no

tiene por qué ser solo óleo sobre lienzo, y en forma de cartel trocaron la publicidad en una forma artística. El auditorio multitudinario que tal cosa le otorgó transformó por entero su carrera profesional. «Mi cartel empapela hoy las paredes de París», declaró orgulloso en 1891 de la primera de sus litografías. Estas mostraban a las grandes estrellas de la canción, el baile y el circo de la noche parisina, y en particular a las del Moulin Rouge. Obras como *Aristide Bruant dans son cabaret*, *Moulin Rouge: La Goulue* o *Jane Avril sortant du Moulin Rouge* decoran ahora las paredes del mundo. Sus pinturas destacan por su humanidad: el retrato del distinguido paseante Louis Pascal pone de manifiesto que también representaba con maestría la figura masculina, en tanto que su estudio para *La visite médicale* capta el patetismo de las prostitutas que hacen cola en el consultorio. Algunas de sus pinturas más hermosas —*L'abandon (Les deux amies)* o el conmovedor *Femme à sa toilette*— las muestran relajándose solas o en compañía. Tanto las estrellas como las mujeres de a pie eran amigas y amantes suyas.

Como el resto de su familia, era muy aficionado a los deportes; pero a la edad de trece años se partió el fémur de la pierna izquierda, y un año después, el de la derecha. Pese al reposo prolongado y un buen número de tratamientos dolorosos, sus piernas no volvieron a crecer; de modo que aquel hombre de torso de adulto y extremidades inferiores atrofiadas no llegó jamás a medir más de 1,52 metros de altura. La causa fue una patología ósea, probablemente de origen genético.

Se da una clara paradoja en el contraste existente entre la energía y corporalidad de su obra y su propia figura maltrecha. Nunca llegó a estar en paz con su estado, y así, es frecuente que sus pinturas oculten las piernas del modelo. Muchos de sus amigos tenían una estatura fuera de lo común, y al decir de un conocido suyo «se ref[ería] a menudo a los hombres bajitos como quien no se considera uno de ellos». Sin embargo, aquel «herrero diminuto con quevedos» no se hacía ilusiones sobre su propia persona. La de «Siempre he sido un purasangre atado a un carro de basura» era solo uno de los muchísimos comentarios de desprecio que dirigía hacia sí mismo.

Sus excesos con el alcohol eran legendarios aun en el mundo disoluto y tabernario de Montmartre. Ayudó a hacer populares los cócteles. Su favorito era el terremoto, elaborado con cuatro partes de ajeno, dos de vino tinto y un chorrito de coñac. La sífilis aceleró su decadencia física y mental, y cuando su madre, a la que tanto quería, dejó París de súbito en 1899, sufrió una crisis nerviosa. En el sanatorio en que lo ingresaron hizo una de las series de dibujos más magníficas: *Au cirque*. Sin embargo, tras un período no muy prolongado regresó a París.

Toulouse-Lautrec se abandonó a una vida de desenfreno alcohólico en la que el terremoto dio paso a una excéntrica dieta de «huevos, que el señor consum[ía] crudos mezclados con ron». Retirado a uno de los palacetes de su familia, inútiles por entero ya sus piernas, se vio reducido a tener que arrastrarse de un lado a otro impulsándose con los brazos. Murió a los treinta y seis años, punto menos que paralizado y sordo casi por completo.

«Le habría gustado llevar la vida activa y elegante de todas las personas sanas que aman el ejercicio físico», escribió su padre tras la muerte de Toulouse-Lautrec. Su hijo consiguió con su arte toda la vitalidad que le faltaba a su existencia: el hombre que hizo más que ningún otro por crear la imagen del París finisecular fue capaz de dar a sus obras una energía asombrosa.

Rasputín

(1869-1916)

Cuando suene tres veces la campana, será para anunciar que me han matado. Si me matan gentes del común, vos y vuestros hijos gobernaréis Rusia en los siglos venideros; pero si quienes lo hacen son de vuestra condición, moriréis a manos del pueblo ruso. Rogad, zar de Rusia, rogad.

Grigori Yefímovich Nóvij, más conocido como Rasputín o «el Monje Loco», fue un campesino nómada analfabeto que alcanzó un ascendiente considerable sobre los autócratas de Rusia. Se hizo célebre en calidad de ascético enigmático y encontró un auditorio receptivo a su forma peculiar de devoción religiosa en un tiempo en que muchos aristócratas de la nación se hallaban obsesionados con el misticismo y lo oculto. Todo apunta a que se adhirió a una

versión distorsionada del credo de la secta de los *jlistí*, aunque modificó la importancia que concedían estos a la flagelación y defendió, en cambio, la extenuación sexual como senda más segura para la comunicación con Dios.

Lo presentaron a la familia real en 1905, y supo aliviar el sufrimiento del zarevich Alejo, heredero del zar Nicolás II de Rusia al que habían diagnosticado hemofilia, enfermedad hereditaria caracterizada por hemorragias abundantes. No tardó en convertirse en confidente y asesor personal de la zarina Alejandra (alemana de nacimiento), y en septiembre de 1915, cuando el zar se erigió en comandante en jefe de las fuerzas armadas rusas tras estallar la primera guerra mundial —lo que lo llevó a pasar largas temporadas en el frente—, muchos comenzaron a temer que fuese Rasputín quien estaba gobernando de hecho la nación. Si bien Alejandra despidió por su consejo a varios ministros y nombró a otros en su lugar, lo cierto es, sin embargo, que eran ella y el zar quienes ratificaban todas las decisiones, y que, de hecho, habían rechazado el consejo de no participar en la guerra que les había dado Rasputín.

Nicolás y Alejandra eran, en realidad, una pareja de reaccionarios ineptos, crueles, severos y obtusos. Él había deplorado, en un discurso pronunciado en 1895, los «sueños insensatos» de quienes pretendían alcanzar la democracia y había ayudado a financiar el movimiento homicida antisemita de las Centenas Negras después de aplastar la revolución de 1905. A esas alturas, los problemas de la

nación eran, sin lugar a dudas, cosa de la incompetencia del zar y su esposa; pero Rasputín era un buen chivo expiatorio.

La estrecha relación que lo unía a la zarina provocó rumores que hablaban de prácticas sexuales desviadas dirigidas por el Monje Loco en la corte rusa, y no iba a haber que esperar mucho para que su posición se convirtiera en un escándalo nacional. Rasputín pasó a simbolizar la corrupción que se le achacaba a la gobernación del zar, y pronto corrieron murmuraciones que tachaban de lesbiana a Alejandra y de impotente a Nicolás. Al final, en diciembre de 1916 se puso en marcha una conjura tramada por políticos poderosos, nobles e integrantes de la familia imperial —desesperados por salvaguardar el régimen— que culminó con la eliminación del religioso: lo envenenaron, le dispararon dos veces, lo golpearon y lo lanzaron al río Neva en donde pereció ahogado. La resistencia impresionante que ofreció frente al veneno y las balas hizo que muchos lo atribuyesen a la fuerza de sus misteriosos poderes.

Gandhi

(1869-1948)

No conozco a ningún otro hombre de nuestro tiempo, ni de la historia reciente, de hecho, que haya demostrado de un modo tan convincente el poder del espíritu sobre la realidad material.

Sir Stafford Cripps (político laborista británico), discurso ofrecido en la conferencia de Primeros Ministros de la Commonwealth (Londres, 1 de octubre de 1948)

Mohandas Karamchand Gandhi fue el padre de la nación india, y su empleo de la protesta pacífica a fin de lograr la independencia política ha servido de inspiración a generaciones de dirigentes políticos resueltos a poner fin a la opresión. Encarnación de la capacidad del hombre para alcanzar la verdadera humanidad, recibió de sus seguidores el nombre de Mahatma, «alma grande».

Aunque nunca desempeñó una función bien delimitada en la política de su país, la independencia de este se debió tanto a él como a los integrantes del Congreso Nacional Indio. Su don de gentes dio pie al despertar de una identidad nacional entre las gentes de la India. Los medios de que se sirvió para protestar —el boicot y la negativa a cooperar— estaban al alcance de cualquiera. Desde la propuesta de hilar y tejer personalmente las propias prendas de vestir en lugar de comprar textiles británicos hasta la organización de marchas multitudinarias de cuatrocientos kilómetros en protesta por los monopolios, sus métodos de participación política trascendían las fronteras de la edad, el sexo, la casta y la religión.

El activismo político dejó de estar circunscrito a la minoría culta. Inspirados por esta figura menuda y frágil vestida con ropa hecha en casa, fueron millones de personas quienes integraron las protestas pacíficas que alcanzaron su punto culminante en la campaña de 1942 denominada «Marchaos de la India». Cuando las autoridades británicas detuvieron a cientos de miles de protestantes, quedó claro que su autoridad era cada vez más insostenible. Algunos contemporáneos tildaron los métodos de Gandhi de «pasivos», por considerar imposible lograr con ellos nada de relieve. Sin embargo, la obtención de la independencia de la India en 1947 y el triunfo que ha conseguido desde entonces un número incontable de movimientos de derechos humanos ha demostrado que no estaban en lo cierto.

La apariencia frágil de Gandhi ocultaba una voluntad de hierro. Pese a proceder de una familia distinguida —su padre ejerció de primer ministro en varios principados de la India—, de joven no daba la impresión de ir a destacar en ningún ámbito. Su conciencia política recibió un gran impulso cuando trabajaba de abogado en Suráfrica. Allí conoció de primera mano la discriminación cuando lo echaron de un tren después de que un viajero blanco se quejase de la presencia de un indio en su vagón. Él se dedicó entonces a hacer campaña por los derechos indios y desarrolló la filosofía de protesta que acabaría por definirlo. La de la *satyagraha* (la «fuerza de la verdad») era una disciplina absorbente que comportaba la resistencia sin violencia a una autoridad opresiva. Requería una fuerza interior considerable que solo se podía alcanzar a través del

dominio extremo de uno mismo, y él la practicó en todos los aspectos de su vida. Aunque estaba felizmente casado, adoptó el celibato, y a continuación puso a prueba su fuerza de voluntad durmiendo desnudo con discípulas de gran atractivo. Siendo estudiante de derecho en Londres se había convertido en fervoroso practicante del vegetarianismo, y la del ayuno se convirtió en una práctica frecuente, que empleó tanto para avanzar en lo espiritual como para obtener objetivos políticos. Creó centros de meditación en donde vivía con su esposa y sus seguidores, abandonó sus posesiones mundanas y redujo su vestuario al *dhoti* de fabricación propia con que cubría sus genitales. Uno de los pocos objetos materiales que dejó a su muerte fue una rueca.

Sus campañas contra la discriminación y la injusticia fueron muchas y muy variadas. Desafió sin miedo las prácticas sociales, religiosas y políticas en busca de justicia para los oprimidos, fueran mujeres, campesinos o naciones. Durante una visita que hizo a Londres en 1931 a fin de asistir a una conferencia sobre reformas constitucionales, optó por alojarse con los pobres del East End. Su devoción al hinduismo no le impidió mostrarse firme a la hora de pedir que se renovara el sistema de castas y se pusiera fin a la práctica de considerar intocables a ciertos grupos de personas debido a su nacimiento. Para Gandhi, «la religión no puede hacer caso omiso de la moralidad», y su profunda fe religiosa jamás lo hizo ciego a los méritos de otros credos: se consideraba no solo hindú, sino «también cristiano, musulmán, budista y judío». La desmañada división del subcontinente entre la India y el Pakistán por motivos

religiosos y las matanzas sectarias lo angustiaban profundamente, y una de sus últimas acciones fue un ayuno personal emprendido en 1947 durante la guerra entre ambas naciones.

Gandhi siempre dio muestras de un arrojo personal notable. El gobierno británico lo encarceló en varias ocasiones, y más de una vez demostró que estaba dispuesto a arriesgar la vida a fin de garantizar el futuro de la nación india. Cuando la violencia entre hindúes y musulmanes amenazó con arruinar la India, recorrió sin armas ni protección el corazón del conflicto, en Bengala, en peregrinación destinada a sofocarla. Su asesinato, ocurrido en 1948 a manos de un extremista hindú contrario a su postura de conciliación respecto del Pakistán, conmovió de tal modo a su pueblo, que ayudó a evitar el descenso al caos y a restaurar el orden. En consecuencia, murió convertido en mártir y pacificador. «El servicio que presto a mis gentes —dijo en cierta ocasión— forma parte de la disciplina que me he impuesto para dominar mi alma de los lazos de la carne... Para mí, la senda de la salvación se extiende por la incesante tribulación al servicio de mis paisanos y la humanidad».

Capítulo VI

Período 1869 d.C. - 1907 d.C.

Contenido:

Trujillo (1869-1961)

Lenin (1870-1924)

Ungern-Sternberg (1886-1921)

Proust (1871-1922)

Shackleton, Scott y Amundsen (1874-1922, 1868-1912 y 1872-1928)

Churchill (1874-1965)

Ibn as-Sa'ūd (1876-1953)

Villa y Zapata (1876-1953)

Stalin (1876-1953)

Einstein (1879-1955)

Enver, Talât Y Cemal (1881-1922, 1881-1922 y 1872-1922)

Atatürk (1881-1938)

Picasso (1881-1973)

Roosevelt (1882-1945)

Mussolini (1883-1945)

Tōjō (1884-1948)

Ben-Gurión (1886-1973)

Hitler (1889-1945)

Nehru (1889-1964)

Bulgákov (1891-1940)

Franco (1892-1975)

Mao Zedong (1893-1976)

Isaak Bábel (1894-1940)

Yezhov (1895-1940)

Zhúkov (1896-1974)

Al Capone (1899-1947)

Beria (1899-1953)

Hemingway (1899-1961)

Himmler y Heydrich (1900-1945 y 1904-1942)

Jomeini (1902-1989)

Orwell (1903-1950)

Deng Xiaoping (1904-1997)

Duvalier (1907-1971)

Trujillo

(1869-1961)

Renuncio, de manera voluntaria y en contra de los deseos de mi pueblo, a la reelección presidencial.

Rafael Trujillo gobernó treinta y un años la República Dominicana con una brutalidad salvaje y un extravagante culto personal, conforme al paradigma de caudillo y juntas militares homicidas que dominó la política suramericana hasta el nacimiento reciente de la democracia en países como Chile, Argentina o Brasil.

Trujillo se puso al frente del ejército dominicano, derrocó al presidente y ejerció el poder entre 1930 y 1938 y de nuevo entre 1941 y 1952, cuando cedió el puesto a su hermano Héctor.

En calidad de jefe supremo de las fuerzas armadas, el Jefe —a quien también llamaban «el Chivo»— encabezó una tiranía absoluta respaldada por la brutal policía secreta del SIM (Servicio de Inteligencia Militar). Se cubrió de medallas —lo que explica otro de sus apodos: «Chapita»—, cambió el topónimo de la capital por el de Ciudad Trujillo y llamó también con su nombre el monte más alto, asesinó y torturó a miles de sus oponentes y robó millones de dólares. En 1937 ordenó a sus soldados que matasen a todos los haitianos de piel negra, de los cuales murieron veinte mil a golpe de machete en lo que se denominó el Corte o la Masacre del Perejil (porque se quitó la vida a todo aquel que no pudiera pronunciar esta última palabra en español).

La admiración que profesaba a Hitler no le impidió mantener la neutralidad en la segunda guerra mundial ni aceptar refugiados judíos. Sea como fuere, siguió eliminando a sus enemigos, y se arrogó los títulos de Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva. Llegada la década de 1950, sin embargo, los dominicanos — y Estados Unidos— se habían hartado de sus excesos. Tras descubrir una conspiración maquinada contra él, torturó y mató a las hermanas Mirabal. La suerte que corrieron —que inspiró el libro *En el tiempo de las mariposas* (1994) y la película homónima (2001) — horrorizó a todos.

Al final, en 1961 lo asesinó un grupo de maquinadores ayudados por la CIA mientras viajaba en su coche, tal como narra el novelista peruano Mario Vargas Llosa en *La fiesta del chivo* (2000). Sin embargo, el hijo del dictador, el renombrado seductor Ramfis Trujillo, se hizo con el poder y torturó a los sospechosos hasta acabar con sus vidas antes de que sus tíos Héctor y José Trujillo pudiesen regresar para asumir el poder. Estados Unidos puso fin, al cabo, con el monstruoso reinado de la dinastía, cuyos integrantes huyeron al exilio en noviembre de 1961.

Lenin

(1870-1924)

Se abatirá en el acto a uno de cada diez culpables de parasitismo... Debemos avivar la energía del terror... los fusilamientos y las deportaciones... espolear sin piedad el terror tumultuario contra los kulakí, los sacerdotes y la guardia blanca...

Lenin (1918)

Lenin fue el político dotado, implacable y fanático, adepto del marxismo pragmático, que creó el sangriento experimento soviético basado desde el principio mismo en homicidios aleatorios y una

represión desalmada, y que desembocó en la muerte de no pocos millones de personas inocentes. Durante mucho tiempo fue objeto de veneración de la propaganda comunista y de ingenuos círculos liberales occidentales en calidad de padre bondadoso y amable de la Unión Soviética; pero los archivos de la nación revelados en los últimos años han puesto de manifiesto que se deleitaba con el uso del terror y los derramamientos de sangre, y que era tan brutal como inteligente y culto. Con todo, fue uno de los titanes de la política del siglo XX, y lo cierto es que, de no ser por su voluntad personal, no habría habido revolución bolchevique alguna en 1917.

Vladímir Ilich Uliánov, llamado «Lenin», hombre de apariencia insustancial y personalidad excepcional, era un ser bajito y fornido de calva prematura, frente prominente y ojos penetrantes y rasgados. Tenía un carácter cordial y risa contagiosa, pero su existencia estaba gobernada por su dedicación fanática a la revolución marxista, a la que consagró su inteligencia, su pragmatismo despiadado y su enérgica voluntad política.

Creció rodeado del amor de su familia, y descendía de la nobleza tanto por la parte de su padre como por la de su madre. El uno ejercía de inspector de centros escolares en Simbirsk, y la otra era hija de médico y terrateniente acaudalado. Entre sus ancestros se incluían judíos, suecos y calmucos tártaros —a los que debía la forma de sus ojos—. Poseía la confianza autoritaria de un noble, y siendo joven, de hecho, había llegado a denunciar a una serie de campesinos por ciertos daños sufridos en sus fincas. Esto ayuda a explicar el desdén que profesaba a la vieja Rusia: el de «imbéciles

rusos» era uno de sus insultos favoritos. Cuando lo criticaban por sus orígenes aristocráticos, respondía: «Soy vástago de la alta burguesía hacendada... Todavía no he olvidado los aspectos más agradables de la vida de la que disfrutábamos en nuestras tierras... ¡Venga, matadme! ¿Es que no soy digno de ser revolucionario?». Desde luego, jamás se avergonzó de vivir de los ingresos procedentes de sus haciendas.

El idilio rústico de la finca familiar acabó en 1887 cuando ajusticiaron a su hermano mayor, Alexander, por conspirar contra el zar. Este hecho lo cambió todo. Lenin se licenció en derecho en la Universidad de Kazán, en donde leyó a Chernichevski y Necháiev, y se empapó de los principios de los terroristas revolucionarios rusos aun antes de abrazar a Marx y participar de forma activa en el Partido Socialista de los Trabajadores de Rusia. Tras sufrir varias detenciones y un exilio en Siberia, se trasladó a la Europa occidental y vivió en diversas ocasiones en Londres, Cracovia y Zúrich. En 1902 escribió *¿Qué hacer?*, que definía una vanguardia nueva de revolucionarios profesionales e inexorables, y que provocó la escisión del partido en la facción llamada *mayoritaria* —la de los bolcheviques, dirigida por él— y la minoría moderada de los mencheviques.

Los de «basura», «mal nacidos», «excrementos», «prostitutas», «cretinos» y «viejas chochas» son solo algunos de los insultos que solía espetar a sus enemigos. Profesaba un desprecio tremendo a sus propios simpatizantes liberales, a los que califica de «idiotas útiles», y se burlaba de sus camaradas más comedidos

considerándolos «de salón de té». Disfrutaba con el enfrentamiento, y vivía en un frenesí obsesivo de agitación política, movido de un furor intenso y el impulso dominador de sobreponerse a los aliados... y de aplastar a los oponentes.

Para él revestían poco atractivo las artes o el romanticismo personal —su esposa, Nadia Krúpskaia, mujer severa y de mirada penetrante, era más gerente y amanuense que amante—, aunque es cierto que tuvo una aventura apasionada con Inessa Armand, beldad pudiente y liberada. Después de hacerse con el poder, se permitió algún que otro devaneo con sus secretarias, cuando menos al decir de Stalin, quien aseveraba que Krúpskaia se quejó de ellas ante el Politburó. No obstante, la política lo era todo para él.

Lenin regresó a Rusia durante la revolución de 1905, pero hubo de volver a exiliarse después de que Nicolás II aplastase el alzamiento bolchevique de Moscú. Desesperado por la falta de dinero y siempre dispuesto a provocar disputas ideológicas entre facciones destinadas a dividir aún más el partido, se sirvió de diversos atracos a bancos y de la violencia para financiar a su reducido grupo. Durante estas correrías, Stalin supo atraerse su atención y logró un ascenso tras otro a despecho de las advertencias de los camaradas, quienes pusieron a Lenin al corriente de la propensión violenta de aquel. « ¡Esa es precisamente la clase de persona que necesito!», respondía él. En 1914 la policía secreta del zar había aplastado casi por entero a los bolcheviques, de los cuales la mayoría se hallaba exiliada o en prisión. En una fecha tan tardía como 1917, Lenin —

quien durante la guerra había estado viviendo en Cracovia y luego en Suiza— se preguntaba si viviría para ver la revolución.

Sin embargo, en febrero de aquel año se produjo una sublevación espontánea que provocó la caída del zar. Lenin regresó a la carrera a Petrogrado (San Petersburgo), estimuló a los bolcheviques con un extremismo enérgico y creando con no poca fuerza de voluntad un programa que prometía paz y pan, otorgó una gran popularidad a su partido. A pesar de la resuelta oposición de sus propios camaradas, empujó —respaldado por dos radicales de talento notable: Trotski y Stalin— a los bolcheviques a poner en marcha el golpe de estado de octubre, con el que se hicieron con el poder y cambiaron el curso de la historia.

Desde el momento en que se hizo con el cargo de primer ministro, o presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo, la nueva República Soviética se vio amenazada por todos sus flancos por la guerra civil y la intervención extranjera. Lenin se congració con Alemania en Brest-Litovsk e introdujo la Nueva Política Económica a fin de alentar, en cierta medida, la libre empresa contraria al marxismo; pero persiguió la victoria en el conflicto civil ruso a golpe de comunismo de guerra, represión feroz y terror deliberado. «Una revolución no tiene sentido sin pelotones de fusilamiento», aseveró. En 1918 fundó la checa, la policía secreta soviética, y promovió el uso de un salvajismo implacable. Por orden suya se acabó con la vida de entre 280.000 y 300.000 personas, aunque tal hecho solo salió a la luz cuando se hicieron públicos los archivos soviéticos en 1991. «Debemos... echar por tierra toda resistencia con la

brutalidad necesaria para que no se olvide en varias décadas», escribió.

Después de que estuvieran a punto de matarlo de un tiro en un atentado durante el mes de agosto de 1918, se intensificó el Terror Rojo contra cuantos se tenían por enemigos del pueblo, como los *kulakí* (campesinos adinerados). Sus protegidos más dotados y enérgicos, Stalin y Trotski, eran también los más despiadados. Cuando las gentes rurales se opusieron a sus medidas y comenzaron a perecer a millones de inanición, Lenin resolvió: «Que se muera de hambre el campesinado». La siguiente, de 1918, es representativa del género de órdenes que solía publicar:

¡Camaradas! Hay que reprimir sin clemencia la insurrección de cinco distritos kulakí.

Los intereses de toda la revolución así lo requieren, dado que en este momento se halla en proceso en todas partes la última batalla decisiva con ellos, y se hace necesario un escarmiento.

1. Colgad (y aseguraos de hacerlo a la vista de todos) a no menos de un centenar de kulakí conocidos, ricachones chupasangre.

2. Haced públicos sus nombres.

3. Confiscadles todo el grano.

4. Designad a una serie de rehenes en conformidad con el telegrama de ayer.

Hacedlo de tal manera que todo el mundo en cientos de kilómetros a la redonda lo vea, tiemble, lo sepa y grite: «Están ahorcando a las sanguijuelas kulakí y no van a parar».

Enviad acuse de recibo y ejecutad las instrucciones.

Vuestro,

Lenin

P. D.: Encontrad a gentes duras de verdad.

Llegado el año de 1920, la revolución soviética se hallaba ya fuera de peligro. Sin embargo, Lenin estaba extenuado, y lo cierto es que jamás llegó a recobrase del todo de las heridas de bala que había recibido en 1918. En 1922 ascendió a Stalin a secretario general del partido, aunque trató de quitarlo del puesto cuando insultó a otros camaradas y a la esposa misma de su predecesor. Con todo, era demasiado tarde. Pese a haber sufrido ya una serie de derrames, Lenin se las compuso para redactar un testamento en el que atacaba a todos sus posibles sucesores, incluidos Trotski y, sobre todo, Stalin, a quien consideraba «demasiado tosco» para ocupar el cargo; pero su salud acabó de desmoronarse, y murió en 1924. Lo embalsamaron a fin de exponerlo en un mausoleo en la Plaza Roja y permitir que fuese adorado como un santo marxista.

En la Unión Soviética, el leninismo y el estalinismo fueron una misma cosa: un credo totalitario y utópico cimentado sobre la represión, el derramamiento de sangre y la destrucción de las libertades personales. Gracias a Lenin, esta ideología segó la vida de más de cien millones de inocentes a lo largo del siglo XX.

Ungern-Sternberg

(1886-1921)

Hasta la muerte es preferible al barón.

Refugiado huido del poder de Ungern-Sternberg en Mongolia

En 1920 conquistó Mongolia, al frente de una hueste maltrecha conformada por unidades de caballería rusas y mongolas, el barón Román von Ungern-Sternberg, caudillo ruso sádico y místico obsesionado con Gengis Kan, el budismo y el antisemitismo. El desquiciado reinado del llamado «Barón Sanguinario», hombre psicótico, variante de origen báltico-mongol del coronel Kurtz de *Apocalypse Now*, constituye uno de los capítulos más grotescos de los tiempos modernos y compendia la tragedia homicida de la guerra civil rusa, en la que murieron millones de personas.

Ungern-Sternberg fue un noble báltico de ascendencia alemana nacido en la ciudad austríaca de Gaz y criado en Tallin, capital de Estonia, que a la sazón formaba parte del imperio ruso. Tras sentar plaza en las fuerzas armadas de este último, combatió en la guerra ruso-japonesa y se hizo merecedor de degradación por su brutalidad. Sus conexiones aristocráticas lo salvaron una y otra vez. El tiempo que pasó sirviendo en el Extremo Oriente encendió su fascinación por el budismo, si bien en una variante que distaba mucho de la pacifista tan de moda entre las estrellas de cine de nuestros días. De hecho, se hallaba ya ligado al antisemitismo que haría tan atractivas al dalái-lama de entonces las teorías raciales nazis.

Durante la primera guerra mundial alcanzó la graduación de general de caballería, y cuando los bolcheviques se hicieron con el poder, se unió a los blancos para luchar en el Extremo Oriente a las órdenes de otro psicópata fascinante: el atamán (jefe militar) cosaco Semiónov, quien contaba con el apoyo del Japón. Recibió el mando de una división de la caballería asiática dentro de la autoproclamada «República Buriato mongola». Pese a su resuelto anti bolchevismo, ambos tuvieron una relación díscola con los otros ejércitos blancos opuestos a los rojos, se enfrentaron a la autoridad del almirante Kolchak, comandante supremo de aquellos, y operaron de manera independiente.

Ungern-Sternberg quedó al mando de la región de Dauria, en donde dirigió a una cuadrilla infernal de torturadores sedientos de sangre que mataban a cuantos bolcheviques o judíos hallaban a su paso. Volviéndose contra Semiónov, creó un ejército privado de buriatos, tártaros, cosacos y oficiales zaristas que más parecía una mesnada medieval. El barón encarna la brutalidad trágica de la guerra civil rusa (1918-1921) en la que los comisarios comunistas, los salvajes caudillos blancos, los generales, los anarquistas, los nacionalistas, los cosacos y los asesinos antisemitas se las compusieron para matar —en carnicerías o de hambre— a diez o veinte millones de personas.

Estaba obsesionado con el papel que, a su ver, desempeñaba en la historia: restituir la monarquía rusa en la persona del gran duque Miguel, hermano de Nicolás II al que, en realidad, habían matado ya los bolcheviques, y restaurar en Mongolia la gloria de Gengis Kan y

el reinado del dios-rey viviente, el pervertido Bogd Kan. Mediante una campaña tan inepta como salvaje, logró expulsar a los soldados chinos, tomar la capital mongola de Urga (hoy Ulán Bator), entronizar a Bogd Kan y erigirse él en dictador (con la ayuda de tropas tibetanas cedidas por el dalái-lama).

Su reinado fue una bacanal surrealista de tiranía, torturas y asesinatos. A sus desventuradas víctimas —comunistas, judíos o simplemente gentes acomodadas— les dieron palizas furiosas («¿Sabíais que un hombre puede seguir caminando después de tener separada la carne de los huesos?»), las decapitaron, las quemaron vivas, las desmembraron y destriparon, las dejaron desnudas sobre el hielo o las desgarraron con la ayuda de animales salvajes. A algunas las arrastraban con un dogal atado a la parte trasera de un vehículo en marcha; las perseguían los cosacos por las calles; las obligaban a permanecer desnudas en lo alto de un árbol hasta que caían y las abatían a tiros, o las ataban entre dos ramas tensadas para que las despedazasen en el momento de soltarlas.

Ungern-Sternberg había sido durante mucho tiempo adepto de un misticismo cuasi religioso que para muchos —habida cuenta de la revolución y la guerra civil— se hallaba revestido de un matiz milenarista al suponer el anuncio de la llegada del Apocalipsis, el desmoronamiento de la sociedad y la creación de un «nuevo orden mundial». El barón dio en considerarse la reencarnación de Gengis Kan. Odiaba a los judíos, a los que mataba cada vez que le era posible. « [N]inguna ley —aseguraba— los protege... y no deben

quedar de ellos ni hombres ni mujeres ni su semilla». Ni siquiera se perdonó la vida a los niños.

Sus ejércitos sufrieron derrota a manos de los revolucionarios en junio de 1921. Él mismo recibió heridas de gravedad. Mientras trataba de huir, quienes aún quedaban con vida de sus soldados se amotinaron e intentaron matarlo, y, aunque no lo consiguieron, en el mes de agosto lo entregaron a los bolcheviques. Estos lo transportaron enjaulado a Rusia, en donde instruyeron contra él una farsa judicial en Novosibirsk y lo ejecutó un pelotón de fusilamiento el 15 de septiembre de 1921.

Proust

(1871-1922)

Y de pronto se desencadenó el recuerdo. El sabor era el de aquel trocito de magdalena...

Proust, En busca del tiempo perdido, vol. I: Por el camino de Swann (1913)

Se dice que Marcel Proust pasó la primera mitad de su existencia viviéndola y la segunda mitad escribiendo sobre ella. El resultado fue *En busca del tiempo perdido*, novela río semi autobiográfica que constituye tal vez la evocación más completa de un mundo viviente que se haya escrito jamás, y también una meditación sobre la

naturaleza del tiempo, el yo, la memoria, el amor, la sexualidad, la sociedad y la experiencia.

En 1909, aquel diletante, hijo de una familia burguesa acomodada, comió una magdalena mojada en té y se vio, de súbito, transportado a la casa de campo de su abuelo, en la que había transcurrido buena parte de su infancia. Abrumado por lo pormenorizado de su recuerdo, las vistas y los olores que lo conformaban, halló un tema al que consagrar el arte de escribir que, por entretenimiento, había cultivado desde joven. Así, a la edad de treinta y ocho años comenzó la obra que acabaría por convertirse en *En busca del tiempo perdido*. Al embarcarse en aquella recreación de un mundo que hacía tiempo que se había esfumado, se retiró por entero del universo de su presente. Si en su mocedad se había servido del asma que había sufrido de pequeño a modo de excusa para evitar todo género de ocupación distinta de la del ávido vividor, cuando empezó su novela se aisló completamente de la sociedad encerrándose en una sala forrada de corcho. Se convirtió en un inválido obsesivo, y su hipocondría no hizo otra cosa que empeorar una salud cada vez más deteriorada. Insistía en que rociasen con desinfectante la correspondencia que recibía por la mañana, y no ingería nada que no fuesen opiáceos y barbitúricos, que tomaba a puñados.

Su enfoque desconcertó a algunos, y, de hecho, cierto editor rechazó su primer volumen con el convencimiento de que un autor no necesitaba treinta páginas para describir el acto de darse la vuelta en la cama antes de volver a dormirse. Descartando toda idea de obra literaria guiada por un hilo argumental, Proust lleva al lector

de viaje a su pasado siguiendo algo que se asemeja mucho a un monólogo interior. Se sumerge en digresiones de páginas enteras sobre un aspecto determinado de la filosofía, de la historia o del arte, de un modo que, sin embargo, posee una hermosura incandescente y resulta poético y trágico al tiempo que muy divertido, escandaloso y frívolo. Lo más mundano —el acto de beber una taza de té o de dar vueltas tratando de dormir— cobra tanta importancia como lo dramático. Proust hipnotiza a sus lectores y los zambulle en un mundo tan real como el suyo propio.

A medida que su obra fue ganando ritmo, aquel hombre neurasténico y excéntrico adoptó una existencia exclusivamente nocturna. Su servicio debía mantener un silencio total durante las horas de luz diurna, que era el momento en que dormía. Visitaba a sus amistades bien pasada la medianoche o los esperaba para que lo acompañasen en las excursiones que hacía de madrugada a la catedral de Notre Dame tras echarse un abrigo de pieles encima de la camisa de dormir.

Sentía una necesidad punto menos que histérica de ser el centro de atención. Su invalidez no era más que un modo de garantizar el interés de su madre, y más tarde, la reclusión que se impuso a sí mismo fue a cumplir un objetivo idéntico con respecto a sus amigos. La desesperación que experimenta el niño de *En busca del tiempo perdido* cuando ve a su madre salir de casa por la noche evoca el amor casi edípico que profesaba Proust a la suya. Trató de comprar el afecto de los demás, y a tal fin contrató a sus amantes varones

para que formaran parte de su servicio; pero los espantaba con sus atenciones obsesivas.

Excelente conversador e imitador, Proust estaba totalmente exento de malicia. Su extravagancia era proverbial: llegó a financiar un burdel masculino, y en cierta ocasión reservó una planta completa de hotel en su afán compulsivo de silencio. Su sufrido servicio recibía sueldos generosos en extremo, y los camareros apostados obtenían de él propinas no menos atractivas. Su enclaustramiento no fue óbice para que siguiera enviando paquetes con alimentos a los soldados del frente durante la primera guerra mundial.

Proust fue, en su juventud, un pisaverde en extremo afectado, aunque la necesidad desesperada que sentía este judío homosexual de ser aceptado en la alta sociedad parisina no le impidió dar muestras de verdadero coraje ante el violento antisemitismo de ese mismo mundo. En tiempos del caso Dreyfus, no dudó en alzar la voz en favor del oficial del ejército acusado en falso de traición por ser judío, aun cuando tal postura podía condenarlo al ostracismo social, y si bien temió siempre ser rechazado por su sexualidad, no le importaba abordar el asunto en sus escritos, pues decía que necesitaba mostrarse tan preciso sobre las incursiones amatorias del barón de Charlus como sobre los zapatos rojos de la duquesa de Guermantes.

Logró su objetivo: sus descripciones delicadas y vívidas resultan completas en grado asombroso. Su fascinación con la naturaleza mudable de la percepción dio lugar a algunas de las caracterizaciones más exquisitas que se hayan confiado nunca a

una página escrita. Son más de dos mil personajes, con ambigüedades reales como la vida misma, los que pueblan *En busca del tiempo perdido*, descritos con una de las prosas más hermosas que se hayan escrito nunca. Cada una de las palabras que, en número de ocho millones, componen la obra parecen haber sido fruto de una elección concienzuda.

Proust estaba aún corrigiendo sus originales pocas horas antes de su muerte. Si en vida fue un ser muy espiritual, en la muerte se mostró «ausente por completo», al decir de uno de sus amigos. Sin embargo, los cuadernos de notas en los que había vertido sus recuerdos, su salud y su alma parecían, según la opinión del escritor Jean Cocteau, «tan vivos como el reloj de pulsera que sigue haciendo tictac en la muñeca del soldado muerto».

Shackleton, Scott y Amundsen
(1874-1922, 1868-1912 y 1872-1928)

*A fin de cuentas, las dificultades
no son más que cosas que hay que
superar.*

*Shackleton, diario de su viaje al
Polo Sur (11 de diciembre de 1908)*

Sir Ernest Shackleton, Robert Scott y Roald Amundsen fueron los tres exploradores del Ártico más inspiradores de principios del siglo XX. El primero nació en el seno de una familia irlandesa asentada en Inglaterra, y a la edad de dieciséis años se enroló en la marina

mercante. Sus viajes lo llevaron a dar la vuelta al mundo, hasta que en 1901 lo adscribieron al *Discovery*, buque de vapor diseñado para navegar por entre el hielo que tenía por misión transportar al comandante Robert Falcon Scott a la Antártida. Este último lo eligió para que los acompañase, a él y a Edward Wilson, durante la expedición que los llevaría hacia el Polo Sur en trineos tirados por perros y hombres.

En el viaje, durante el cual las temperaturas superaron los ochenta grados bajo cero, los tres acabaron por contraer escorbuto, si bien la tos sanguinolenta de Shackleton parecía indicar que su caso era el más grave. Aunque hubo de regresar al Reino Unido, en donde coqueteó brevemente con la política, jamás abandonó el sueño de acercarse un tanto más al Polo Sur. En 1907 regresó a la Antártida, en esta ocasión al mando de la expedición. Había adquirido un barco, recaudado fondos y enrolado a una tripulación de marineros y científicos, con los que logró no pocos avances: uno de los grupos en que se dividió alcanzó el Polo Sur magnético, y otro efectuó la primera ascensión al monte Erebus, un volcán activo. Avanzado el año de 1908, Shackleton dirigió otro viaje heroico en trineo hacia el Polo Sur geográfico. Pese a lo inclemente de las condiciones climáticas, la expedición llegó en enero de 1909 a 160 kilómetros de su destino, más al sur de lo que hubiese estado nunca ser humano alguno, si bien no logró el objetivo que se había propuesto. A su regreso al Reino Unido, Shackleton disfrutó de la acogida propia de un héroe y fue nombrado sir por el rey.

Este noble intento efectuado entre 1908 y 1909 precedió por muy poco tiempo a la batalla entablada entre su antiguo camarada Robert Scott y el noruego Roald Amundsen, que se convertiría en una de las competiciones más célebres de la historia de los descubrimientos. Scott sentó plaza en la Armada Real en 1880, cuando solo contaba doce años, y en 1897 había ascendido ya a teniente de navío. Dirigió la misión a la Antártida de entre 1901 y 1904, y recibió el reconocimiento que merecía en calidad de navegante e investigador científico. Cuando regresó al Reino Unido lo ascendieron a capitán.

En 1910, después de que Shackleton lo superase en la empresa de viajar más al sur todavía, Scott, que seguía siendo toda una figura nacional, recaudó el dinero necesario para embarcarse en una expedición científica y geográfica privada que tenía por objeto último la llegada al Polo Sur.

Al mismo tiempo, Amundsen, quien se había hecho con un nombre en calidad de comandante de la primera embarcación que había conseguido navegar a través del codiciado paso del Noroeste —la ruta que une los océanos Atlántico y Pacífico por el extremo septentrional de Norteamérica—, se había formado propósito de llegar al Polo Norte, y en 1909, al recibir noticia de que ya habían conquistado otros aquel punto, decidió poner proa al sur.

Durante el tiempo que había estado en el Ártico, Amundsen había aprendido mucho de los pueblos indígenas sobre cómo subsistir en aquel frío tan riguroso, amén de hacerse experto en el uso de perros de tiro. Todo esto, combinado con una planificación esmerada, hizo

que, cuando partió con su expedición hacia el Polo Sur en octubre de 1911, ni las condiciones climáticas ni la elección de una ruta nueva y sin explorar pudieron evitar que alcanzara su destino el día 14 de diciembre. Amundsen dejó atrás una tienda con una nota destinada a Scott a fin de hacerle ver que había estado allí. Además de ser excelente en cuanto planificador y estudioso de la vida en el Ártico, el noruego demostró poseer una resistencia heroica, y merece tanta celebridad como Scott.

El grupo de este último tenía menos experiencia en expediciones polares, y alcanzó su destino más de un mes después que los noruegos. Pese a la fortaleza física de sus integrantes, el viaje de regreso se vio dificultado por algunas de las condiciones meteorológicas más duras que se hayan conocido en la Antártida, las lesiones sufridas por los exploradores y la mala localización de las reservas de alimento.

A mediados del mes de marzo de 1912 era ya evidente que estaban abocados a la perdición. Uno de los hombres había muerto ya por causa de una infección. Entonces, el 17 de marzo, el capitán Oates salió de la tienda tras anunciar, dando muestras de la proverbial moderación británica: «Voy a salir, y quizá tarde un poco», y a gatas, fue a enfrentarse a una muerte segura en la ventisca que arreciaba en el exterior con la esperanza de aumentar así las probabilidades de sobrevivir de sus compañeros.

Sin embargo, su sacrificio no fue suficiente: el temporal impidió al grupo abandonar la tienda, y sus componentes murieron congelados a unos diecisiete kilómetros del siguiente puesto de

aprovisionamiento. Scott no había dejado en ningún momento de registrar en su diario cuanto ocurría. «De haber salido de esta con vida, habría tenido una historia que contar de la fortaleza, la resistencia y el valor de mis compañeros que habría sobrecogido el corazón de todos los británicos —aseveró en la última entrada—. Sirvan estas líneas mal redactadas y nuestros cadáveres para dar cuenta de ello».

En 1914 Shackleton zarpó al frente de la Expedición Imperial Transantártica, que tenía por objeto cruzar la Antártida desde el mar de Weddell hasta el estrecho de McMurdo a través del Polo Sur. Sin embargo, la embarcación fue víctima de la mala suerte. Los colosales bloques de hielo flotante del mar de Weddell rodearon al *Endurance*, que tras diez meses atrapado a la deriva en los bancos de hielo sufrió aplastamiento sin haber alcanzado siquiera el punto de la costa del que debía partir la expedición. Todos los hombres de a bordo se vieron obligados a descender a uno de los témpanos de los alrededores, en el que acamparon otros cinco meses mientras se desplazaban hacia el norte a la deriva. En abril de 1916 se dirigieron al extremo septentrional de la placa de hielo y subieron a bordo de tres embarcaciones de escaso porte. Seis días después arribaron a la isla Elefante, parte del archipiélago de las Shetland del Sur.

Desde allí, Shackleton y un puñado de sus colegas decidieron poner rumbo a la isla Georgia del Sur, a ochocientas millas de allí. Completaron el azaroso viaje a través del tempestuoso océano Antártico en un cascarón de nuez, cuando alcanzaron, diecisiete

días más tarde, el litoral meridional de la isla. Una vez allí, hubieron de ascender la cordillera que atravesaba el centro de su superficie y de la que nada decían los mapas a fin de llegar al puesto ballenero que tenían los noruegos en la costa septentrional. Lo lograron en un solo empujón de dos días. Desde allí, Shackleton organizó el rescate del resto de cuantos habían quedado en la isla Elefante, cosa que logró al cuarto intento. Por increíble que resulte, no perdieron a un solo hombre.

Cuando Shackleton regresó a Inglaterra, su edad, que superaba la de quienes podían ser llamados a filas para combatir en la primera guerra mundial, no le impidió alistarse como voluntario. La misión diplomática que trató de persuadir a Chile y Argentina de unirse a la empresa bélica aliada fue un fracaso, y también la delegación secreta que tenía por cometido garantizar la presencia británica en territorio noruego. Shackleton regresó al Reino Unido en 1919 a fin de consagrarse a escribir y ofrecer conferencias. En 1921 emprendió un viaje destinado a circunnavegar la Antártida, pero murió de un ataque al corazón a bordo de su barco, el *Quest*, en 1922, en Georgia del Sur.

Apsley Cherry-Garrard, historiador y explorador de aquellas regiones heladas, escribió: «si se trata de organizar una misión científica y geográfica conjunta, prefiero a Scott... si hay que llegar pronto al polo y nada más, a Amundsen, y si me encuentro metido en un agujero de los mil demonios y quiero salir de él, sin duda me quedo con Shackleton».

Churchill

(1874-1965)

Movilizó la lengua inglesa y la envió al campo de batalla.

Presidente John F. Kennedy, al concederle el título de ciudadano honorífico de Estados Unidos (9 de abril de 1963)

Sir Winston Churchill fue uno de los hombres más notables que hayan dirigido nunca al pueblo británico. Este dirigente extraordinario levantó los ánimos del Reino Unido en uno de los peores momentos de su historia, hallándose Europa dominada por la Alemania de Hitler, e inspiró y organizó el modo como afrontó el conflicto su nación contra todo pronóstico hasta alcanzar la victoria. Después de una trayectoria vital meteórica que abarcó la primera mitad del siglo XX y en la que ejerció de aventurero siempre dispuesto a hacer valer sus propias virtudes, político joven y presuntuoso, ministro maduro y, al cabo, de profeta único del peligro nazi, amén de ocupar casi todos los cargos gubernamentales de relieve, salió del aislamiento y demostró ser tan excepcional en su función de jefe militar como en la de escritor, historiador u orador. Hoy se cuenta entre los héroes nacionales del Reino Unido, tal vez en mayor medida que el mismísimo Nelson.

Siendo estudiante en la Harrow School y en la escuela militar de Sandhurst, su padre lo reprendía por perder el tiempo y le advertía

de que, de seguir así, no pasaría de ser un «gandul de la sociedad, uno de los cientos fracasos escolares de la educación pública». No tenía por qué preocuparse. Siendo soldado en el Sudán y corresponsal de guerra en el África meridional durante la guerra de los bóers, se consagró a servir y emprender escapadas de bravucón, hacer periodismo y medrar, y también a devorar las obras de los grandes historiadores británicos del pasado, como Macaulay o Gibbon, e hizo propio su estilo elegante y en ocasiones pomposo. De joven participó en la carga de caballería —la última de su clase que se efectuó en el ejército británico— de la batalla de Omdurmán (1898), acción heroica protagonizada por el XXI regimiento de lanceros que valió la Cruz Victoria a tres de sus hombres y a la unidad el derecho a lucir el monograma real.

Esta contienda puso fin a un largo conflicto en el Sudán. En 1881, tras autoproclamarse «Mahdī» —salvador del islam según las profecías—, Muḥammad Aḥmad encabezó una rebelión contra el dominio británico. Él y su sucesor, llamado «el Califa», derrotaron una y otra vez a las fuerzas del Reino Unido con su ejército de derviches fanáticos. Londres envió al general Charles Gordon, máximo exponente del ascetismo victoriano devoto y militar, quien se convirtió en héroe y mártir del imperio cuando el Mahdī tomó Jartum en 1885. Esta acción estuvo a punto de ser la ruina del gobierno de Gladstone. En 1898, lord Salisbury envió un ejército a las órdenes del general Herbert Kitchener, adalid tan dotado como extraño, a fin de que vengase la muerte de Gordon, héroe personal de Kitchener. Este último, que hablaba árabe y había obtenido su

reputación protagonizando misiones de espionaje en el desierto disfrazado de beduino, era un soldado severo de gesto inescrutable y excelente capacidad para la planificación al que apodaban «la Máquina del Sudán». Asimismo, destacaba en cuanto experto en decoración de interiores e insaciable coleccionista de porcelana.

Churchill dio cuenta de la batalla resultante y de la célebre embestida de la caballería en prosa vívida:

El clarín emitió una nota estridente, apenas perceptible por sobre los pisotones de los caballos y el ruido de los fusiles. Al punto, los dieciséis soldados volvieron grupas para formar una larga línea al galope, y así fue como emprendió el XXI de lanceros su primera carga.

Llevaban paso ágil y la distancia era corta, y, sin embargo, apenas habían salvado la mitad, cambió por completo toda la situación: donde poco antes había dado la impresión de que se extendía una llanura sin relieve alguno apareció de pronto un pliegue en el suelo, un cauce seco del que manó de pronto, con la brusquedad de un efecto teatral de pantomima y acompañada de un alarido agudo, una densa masa blanca de hombres casi tan larga como nuestro frente y de unos doce en fondo...

Los derviches combatían valientemente. Trataban de desjarretar nuestras cabalgaduras, y disparaban sus fusiles con la boca apoyada en el cuerpo de sus oponentes. Cortaban riendas y estribos, y arrojaban sus venablos con gran destreza. Recurrían a todos los medios propios de hombres serenos, resueltos, aguerridos y conocedores de la caballería. Además, empuñaban

hojas afiladas y graves que causaban tajos profundos... Entonces los caballos recuperaron su paso, aumentó el ritmo y los lanceros salieron de entre el enemigo. Dos minutos después de la colisión se había zafado de la masa de derviches todo aquel que quedaba con vida.

Churchill vivió su siguiente aventura en la guerra de los bóers cuando fue apresado por estos. Su fuga fue otra de las hazañas que él mismo se encargó de inmortalizar en sus escritos.

Después de entrar en el ámbito de la política, fue elegido diputado por el Partido Conservador, aunque en 1904 escandalizó a sus compañeros de formación al unirse a los liberales. Aquel mismo año contrajo matrimonio con su esposa, Clementine, quien le brindaría su apoyo incondicional durante el resto de su prolongada existencia, y le ofrecería su crítica sincera cada vez que lo estimase necesario. En 1910 se puso al frente del Ministerio de Interior, y al año siguiente obtuvo el cargo de primer lord del Almirantazgo. Durante la primera guerra mundial se encargó de mantener en condiciones la flota imperial, aunque asumió la responsabilidad del fracaso de la campaña de Galípoli, que costó la vida a 46 000 soldados aliados. Dimitió para servir en el frente occidental, y a su regreso aceptó el cargo de ministro de Munición de Lloyd George en 1917.

Entre 1919 y 1921 ejerció de secretario de Estado para la Guerra y el Aire, y a continuación, tras cambiar de nuevo de bando y regresar al conservador, de ministro de Hacienda entre 1924 y 1929. Aunque en la década de 1930 se hallaba sin cargo, casi convertido en un

exiliado político, desde su escaño supo prever el peligro que comportaban Hitler y el rearme alemán. Sus advertencias, sin embargo, cayeron en saco roto ante el gobierno contemporalizador de Neville Chamberlain y también ante la prensa. Hizo falta que estallase la segunda guerra mundial para que recobrase la estimación perdida y entrara a formar parte del gabinete bélico. En consecuencia, en 1939 recuperó su antiguo cargo de primer lord del Almirantazgo. « ¡Ha vuelto Winston!», fue la señal que dio dicho cuerpo a la flota.

En mayo de 1940, cuando dimitió Chamberlain ante la arremetida nazi contra la Europa occidental, cundió en el sector político británico la sensación de que el Reino Unido debía firmar la paz con Hitler. En uno de los ejemplos más claros de cómo puede un solo hombre cambiar el curso de la historia y salvar no ya a una nación, sino todo un estilo de vida, Churchill insistió en que había que mantener una postura desafiante frente a aquel, y alcanzó la dignidad de primer ministro. Supo estar a la altura de las circunstancias, y así, poco después de hacerse con el cargo se dirigió al Parlamento en estos términos:

Pongo en conocimiento de esta Cámara que, como he hecho saber ya a los ministros que se han unido a este gobierno, que no puedo ofrecer otra cosa que sangre, penalidades, sudor y lágrimas... ¿Cuál es nuestra estrategia política?... [H]acer la guerra a una tiranía monstruosa a la que no hay nada que haya superado en el catálogo lúgubre y lamentable de los crímenes del hombre... ¿Cuál es nuestro objetivo?... La victoria; la victoria a

toda costa; la victoria a despecho del terror; la victoria, por largo y pesado que pueda ser el camino; porque sin victoria no puede haber subsistencia.

Evacuadas de Dunkerque las tropas británicas y cuando parecía inevitable la invasión alemana de la nación, el primer ministro dijo a la cámara de los Comunes: «Vamos a luchar en los campos de aterrizaje, vamos a luchar en los campos y en las calles, vamos a luchar en los montes: no vamos a rendirnos nunca». Dos semanas más tarde, al anunciar la caída de Francia, volvió a dirigirse a los diputados para arengarlos con estas palabras: «Vamos a prepararnos, pues, para cumplir con nuestro deber y conducirnos de tal modo que, en caso de durar mil años el imperio británico y la Commonwealth, sigan diciendo los hombres: “Ese fue su mejor momento”».

Se mantuvo firme cuando la RAF derrotó a la Luftwaffe en la batalla de Inglaterra e imposibilitó así la invasión nazi. Dirigió la guerra con energía e imaginación desde los despachos del gabinete; viajando al extranjero a fin de visitar a los soldados o a dirigentes de otras naciones, o celebrando reuniones desde su cama de madrugada y haciendo que sus extenuados subordinados lo acompañasen hasta las tres o las cuatro de la mañana mientras trabajaba con la ayuda de cantidades nada desdeñables de champán y de coñac. Se afanó por lograr una buena relación con el presidente Roosevelt, y mantuvo un trato cordial con Stalin pese a la aversión innata que profesaba al comunismo. En una serie de cumbres, convino con

ambos no solo la estrategia que cumplía seguir contra Hitler, sino también la forma que habría de adoptar el mundo de posguerra.

Él y su partido perdieron el poder en los comicios celebrados en julio de 1945 tras la derrota de Alemania. Al año siguiente profetizó la caída de lo que llamó «telón de acero» en medio de una Europa dividida por la guerra fría. Volvió a ejercer de primer ministro entre 1951 y 1955. El «más grande de los ingleses vivientes» rechazó el ducado que se le ofreció, aunque siguió siendo un imperialista romántico eduardiano de estilo y visión augustos, y sin perder, no obstante, su pícara agudeza. Cuando su nieto le preguntó si era el hombre más ilustre del planeta, le respondió: «Sí. Y ahora, ¡vete a la mierda, anda!». Ante quienes lo criticaban por beber demasiado, replicaba: «He sacado yo más provecho del alcohol que el alcohol de mí». Su prosa fue tan impecable como su mandato: es el único dirigente político de la historia al que han concedido un Nobel de Literatura. A su muerte, ocurrida en enero de 1965, se le otorgó un funeral de estado, honor que raras veces se concede a nadie fuera de la familia real.

Ibn As-Sa'ūd

(1876-1953)

Su ambición personal no tiene límites, aunque sabe templarla con una discreción y una cautela considerables. Es un enemigo implacable mientras dura el

enfrentamiento; pero en la hora de la victoria se revela como uno de los árabes más humanos de la historia. En cuanto a su sistema de gobierno... guarda silencio aun entre sus familiares, y su autoridad es, en esencia, absoluta.

Eldon Rutter

Ibn as-Sa'ūd, nombre con que en Occidente se conoce a 'Abd al-'Azīz as-Sa'ūd, fue rey por empeño propio, hombre de estado perspicaz, diplomático magistral, político tribal, asceta religioso y guerrero del desierto de cualidades atléticas. Este gigantón de casi dos metros de estatura fue célebre por su pericia en el campo de batalla, en la monta del camello y en la alcoba, y creó el nuevo reino de Arabia Saudí, que sigue siendo una autocracia dinástica medieval entrado el siglo XXI, así como una de las piezas clave de Oriente Medio a pesar de su condición paradójica de aliado de Estados Unidos y, al mismo tiempo, dictadura islámica represora de toda oposición en la que las mujeres apenas poseen derechos, y que está gobernada por una forma de mahometismo anti occidental y muy estricta —el wahabismo— que exportan los saudíes junto con su abundante petróleo.

Los logros de Ibn as-Sa'ūd no representaron el primer período de esplendor de su dinastía, sino el tercero. En el siglo XVIII, cierto predicador musulmán puritano por nombre Muḥammad al-Wahhāb

había atacado las supersticiones y los santuarios del islam tradicional de Arabia para exigir la recuperación del ascetismo fundamentalista que, a su decir, constituía la fe original del profeta. Al-Wahhāb se había aliado con un jeque local de las inmediaciones de Riad, ciudad de la región árabe de Naʿyḍ, llamado Muḥammad ibn as-Saʿūd. Juntos formaron una alianza política y religiosa cimentada por matrimonios dinásticos entre sus respectivas familias. El wahabismo resultó tener un gran poder de atracción, y fueron muchos los árabes que acudieron a unirse a las huestes de as-Saʿūd. En teoría, Arabia estaba gobernada por el imperio otomano, y el sultán y califa de Estambul ejercía de salvaguarda de las ciudades sagradas de La Meca y Medina, en donde se impuso un nuevo puritanismo. El sultán otomano envió en vano un ejército tras otro a destruir a los saudíes, hasta que a principios del siglo XIX, pidió al bajá semiindependiente de Egipto, Muḥammad 'Alī (o Mehmet Ali) que restableciera el orden. Este completó la destrucción de los saudíes junto con su hijo Ibrāhīm Bāšā. El jeque de los vencidos fue enviado a Estambul, y el sultán recuperó el mando tras decapitarlo. Años después, los saudíes lograron reinstaurar un estado modesto en Naʿyḍ, aunque la familia no recobró su fortuna por completo hasta la llegada de Ibn as-Saʿūd. Entre tanto, Arabia estuvo dominada por la familia ar-Rašīd, que expulsó a los saudíes mientras los otomanos recurrían a la familia tradicional Hachemita a la hora de nombrar a los jerifes de La Meca.

De niño, Ibn as-Saʿūd tuvo que escapar del Riad de su parentela a fin de evitar a la estirpe triunfante de ar-Rašīd, y se exilió con su

padre en Kuwait. Sin embargo, estaba resuelto a cambiar la suerte de los suyos: respaldado por el casi sexagenario Mubārak as-Ṣabāḥ y su familia, gobernantes de Kuwait y aliados suyos, llevó a término un notable golpe de estado con un ejército diminuto compuesto de beduinos e integrantes de diversas tribus, con los que tomó Riad en 1902.

Aquel fue el primer jalón de una serie extraordinaria de empresas militares e intrigas diplomáticas. Ibn as-Sa'ūd logró vencer en varias ocasiones a los ar-Rašīd y otros rivales, aunque siempre en batallas modestas entabladas contra ejércitos de apenas un millar de combatientes. No obstante, el joven príncipe fue capaz de resucitar y aprovechar el vigoroso fanatismo de los wahabíes, a los que movilizó para conformar con ellos una nueva legión militar y religiosa: la de los *ijwān* o «hermanos», que se convirtió en la médula espinal de sus fuerzas del desierto. Trabajó relación con los británicos, y cuando estos comenzaron a competir con los otomanos por su favor durante la primera guerra mundial, él respondió enfrentándolos. Sin embargo, sus promesas fueron menos enérgicas que las del jerife Ḥusayn, emir hachemita de La Meca, quien se ofreció ante el Reino Unido a soliviantar a los árabes desde Arabia hasta Siria contra el sultán otomano. Ḥusayn era enemigo declarado de Ibn as-Sa'ūd, con quien se disputaba, cada vez con más afán, el dominio de toda la península Arábiga. Declarándose a sí mismo rey de los árabes, lanzó junto con sus hijos 'Abd Allāh y Fayṣal un ataque contra los otomanos gracias a las generosas concesiones financieras de los británicos. Sin embargo, no fueron capaces de iniciar una revuelta

árabe ni de derrotar a los turcos, ni siquiera en las inmediaciones de La Meca.

Ibn as-Sa'ūd, entre tanto, esperó a que pasara la guerra, y cuando el imperio otomano se desmoronó en 1918, nada pudieron hacer los hachemitas contra él y sus guerreros *ijwān*. Las fuerzas saudíes vencieron al príncipe 'Abd Allāh (futuro rey de Jordania) en una serie de encuentros. El Reino Unido no pudo menos de alarmarse por la caída de su aliado, si bien Ibn as-Sa'ūd tenía sus propios problemas: los *ijwān* no eran fáciles de domeñar, y comenzaron a hacer incursiones en Iraq —sometido al Reino Unido—, en donde detestaban sobre todo a los chiitas por considerarlos herejes. El ejército británico y la RAF los atacaron a ellos en respuesta. Al final, Ibn as-Sa'ūd se las compuso para reprimir a los dirigentes en extremo poderosos de los *ijwān* y derrotó a continuación al rey 'Alī de al-Ḥiḡyāz, hijo de Ḥusayn. Con ello, se hizo con toda Arabia, La Meca y Medina en 1924, antes de derrotar de forma definitiva a los *ijwān* en la última acción bélica que dirigió en persona. Ibn as-Sa'ūd se erigió en monarca de al-Ḥiḡyāz, y en 1932, de Arabia Saudí. (Los hachemitas, por su parte, conquistaron de forma precaria diversos tronos fuera de la península. Fayṣal, por ejemplo, fue primero soberano de Siria y luego de Iraq, en donde reinó su familia hasta 1958. El bisnieto de 'Abd Allāh, 'Abd Allāh II, obtuvo el cetro de Jordania en 1999).

Ibn as-Sa'ūd se había preciado siempre de la maestría que desplegaba en el ámbito de la guerra y en el del amor. Por lo común tenía tres esposas, y se iba divorciando de la más antigua cada vez

que contraía nupcias con una nueva. Se decía que mantenía un harén de setenta odaliscas y que dejó unos setenta vástagos, de los cuales cuarenta eran varones.

El reino que creó fue una monarquía dinástica absolutista combinada con una teocracia wahabí en la que él actuaba de garante de la pureza religiosa. La aparición de petróleo confirió poderío a su reino al dotarlo de vastas riquezas desde 1933. Al morir él, en 1953, le sucedió su hijo Sa'ūd, monarca irresponsable, inepto y voluble al que depusieron los príncipes en 1958. Aunque conservó el título real, traspasó el poder a Fayṣal, quien ocupó el trono a su muerte. Fayṣal era perspicaz y gozaba de experiencia, pero fue asesinado en 1975. La sucesión recayó entonces en Jālid y, a continuación, en Fahd, hijos ambos de Ibn as-Sa'ūd. En 1979, una multitud de fanáticos se hizo con el santuario de La Meca y acusó de corrupción a los saudíes, cuyas fuerzas mataron a nada menos que a un millar de ellos cuando asaltaron la Mezquita Sagrada y restablecieron el orden. La verdadera contradicción del reinado saudí quedó de manifiesto en el ataque sufrido por Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001, siendo así que la inmensa mayoría de los terroristas de al-Qaeda, y en particular su cabecilla, Osama bin Laden, eran saudíes. Entrado el siglo XXI, Arabia Saudí seguía estando gobernada por los hijos octogenarios de Ibn as-Sa'ūd, aunque lo cierto es que el poder está pasando de manera gradual a manos de la siguiente generación.

Villa y Zapata

(1878-1923 y 1879-1919)

Vale más morir de pie que vivir arrodillado.

Emiliano Zapata

Pancho Villa y Emiliano Zapata fueron dos de los cabecillas revolucionarios de más fama —buena o mala— de todo México, siendo así que hay quien los tiene por bandidos sedientos de sangre o psicópatas homicidas, y quien los considera héroes románticos o reformistas radicales. Ambos eran gentes dotadas y carismáticas, pero también brutales, despiadadas y ambiciosas, y ambos tuvieron una muerte violenta. El primero, nacido con el nombre de José Doroteo Arango en 1878, en algún lugar cercano a la ciudad duranguense de San Juan del Río, era hijo de campesinos. Tras trabajar de aparcerero poco antes de la adolescencia, se trasladó a la ciudad de Chihuahua a los dieciséis años con la esperanza de hacer fortuna; pero al saber que un terrateniente de su pueblo natal había violado a su hermana, regresó de inmediato para matarlo a sangre fría. Este acto lo abocó a una vida de bandidaje. Huyó a los montes de Sierra Madre, y pasó los diecisiete años siguientes aterrorizando a cuantos vivían en aquel feudo suyo o pasaba por él. El robo de ganado, el atraco a bancos y el asesinato eran su especialidad.

México se hallaba gobernado a la sazón por el dictador corrupto Porfirio Díaz. La mayor parte de la tierra de la nación se encontraba sometida a la implacable explotación de los propietarios acaudalados de grandes haciendas, y el grueso de la población

había de trabajar bajo el yugo de la represión política y la pobreza absoluta. En 1910, tras muchos años en el poder, el déspota se presentó a la «reelección» presidencial. No obstante, en torno a Francisco Madero, «el Apóstol de la Democracia», a quien apoyaban voluntarios conocidos como *anti reeleccionistas*, había tomado forma una firme oposición a su gobierno. Cuando Díaz, como no podía ser de otro modo, se proclamó vencedor, Madero anunció el Plan de San Luis Potosí, por el que declaraba fraudulentos los comicios y llamaba a la rebelión armada. Había empezado la revolución mexicana, y Villa quiso unir su destino al de los maderistas, para quienes capturó Chihuahua y Ciudad Juárez. Pese al supuesto despertar político del que hablaba él, resulta difícil determinar si creía de veras en la causa o quiso arrimarse, sin más, al fuego que más podía calentarlo. Sea como fuere, el levantamiento resultó ser un momento crucial de su existencia. En 1911, Díaz se había visto expulsado del poder y obligado a exiliarse; pero las esperanzas de instauración de una verdadera democracia en México se esfumaron de un plumazo cuando, en 1913, fue asesinado el presidente Madero por partidarios del viejo régimen. Victoriano Huerta, jefe de las fuerzas armadas mexicanas, se hizo con el poder tras un sangriento golpe de estado. Él y Villa, antiguos aliados en la defensa de la causa maderista, eran enemigos implacables a esas alturas. El primero, de hecho, había llegado a conspirar para que condenasen a muerte al segundo por robo e insubordinación, y si no se ejecutó la pena había sido solo por la intervención personal de Madero.

Villa, como cabía esperar, se consagró a apoyar a las fuerzas de Venustiano Carranza —dirigente de la oposición a Huerta— y logró una serie de victorias militares al derrotarlas en Ciudad Juárez, Tierra Blanca, Chihuahua, Ojinaga, Torreón, Saltillo y Zacatecas. Todos estos triunfos tuvieron un peso fundamental en la caída de Huerta, ocurrida en julio de 1914, e hicieron de él un héroe revolucionario. Sin embargo, el precio que hubo que pagar no fue baladí: en Zacatecas murieron siete mil personas y cayeron heridas cinco mil, en su mayoría pertenecientes al paisanaje. Villa, quien parecía disfrutar de semejantes carnicerías, se mostraba renuente a aceptar más autoridad que la suya propia.

Llegado el año de 1915, Villa —que en otro tiempo había sido el ojo derecho de la revolución— se había trocado en un insurgente imprevisible. Se había declarado en franca rebelión contra Carranza, amén de alinearse de un modo aún más estrecho con la facción extremista congregada en torno a Emiliano Zapata, una de las figuras más destacadas de la lucha contra el presidente Díaz. Sin embargo, en lo militar, Villa halló la horma de su zapato en Álvaro Obregón, el general más destacado de Carranza, quien lo derrotó en dos batallas empeñadas en Celaya en 1915 merced al empleo de técnicas y armamento más modernos que los suyos.

Villa se retiró a Chihuahua, en donde impuso un reinado de terror haciendo valer su propia ley y reclutando —a menudo a la fuerza— a más personal para sus brigadas de bandidos. Las crecientes estrecheces económicas lo llevaron a requisar fondos de manera inexorable de las gentes de la región, otrora leales, y que se vieron

así más empobrecidas aún. Llegó incluso a acuñar su propia moneda, e hizo fusilar a cuantos se negaban a aceptarla por «traicionar a la revolución».

Acorralado por las fuerzas gubernamentales, y cada vez más airado por lo que consideraba la injerencia de Estados Unidos (el presidente Woodrow Wilson había decidido brindar su apoyo a los de Carranza por entender que constituían la opción que más probabilidades tenía de instaurar un gobierno estable en México), puso la mira en esta nación. Así, en enero de 1916 asaltó un tren de la Compañía del Ferrocarril Noroeste cerca de Santa Isabel, en Chihuahua, y mató a 18 estadounidenses. En el mes de marzo hizo una incursión en Columbus (Nuevo México) y acabó con la vida de diez soldados y ocho paisanos. El presidente Wilson respondió a estos ataques enviando a México a unos seis mil soldados acaudillados por el general John Pershing, apodado «Black Jack»; pero esta expedición de castigo resultó infructuosa al no dar sus efectivos con Pancho Villa. Pese a haber luchado en muchas ocasiones en las mismas campañas que Villa, Zapata siguió un camino distinto al suyo tras la caída de Díaz. Considerando demasiado conservador el régimen de Madero, se negó a disolver las fuerzas de guerrilleros que había congregado para acabar con aquel, y en 1911 proclamó el Plan de Ayala y prometió seguir adelante con la revolución. En él se pedía una reforma agraria radical que mejorase la suerte del campesino corriente. Zapata quería dismantelar las haciendas y devolver la tierra a las comunidades indígenas pobres de México. El espíritu de su programa se

compendiaba en la consigna de « ¡Tierra y libertad!», que con tanta propiedad los definió a él y a sus seguidores. Una vez derrocado Madero por obra del general Huerta, Zapata tomó parte en la lucha contra la nueva dictadura, y tras la deposición de Huerta y el ascenso del constitucionalista Carranza la historia volvió a repetirse. Zapata volvió a encontrarse en la oposición al gobierno, y resolvió una vez más que la revolución agraria que él deseaba no podía alcanzarse sino mediante la lucha armada. Los zapatistas, desmandados y bajo el nombre de Ejército Libertador del Sur, quemaron tierras y mataron a sus antagonistas.

Carranza puso un precio muy elevado a la cabeza del revolucionario, y una vez derrotado Villa, Zapata se vio cada vez más aislado. Lo asesinaron en abril de 1919, y en México sigue siendo una figura aún más emblemática que la de Villa. Este estuvo huido hasta 1920, cuando negoció al fin la paz con el presidente Adolfo de la Huerta, sucesor de Carranza. A continuación, pasó tres años semi retirado en sus haciendas de Chihuahua, hasta que lo mataron en 1923. Dicen que pidió a sus ejecutores: «No me dejen acabar así: cuenten que he dicho algo».

Stalin

(1876-1953)

*Trataba de destruir no las ideas
de su oponente, sino su cráneo.*

León Trotski (1936)

Stalin fue el dictador soviético que derrotó a la Alemania de Hitler en la segunda guerra mundial, extendió su territorio hasta más allá de donde había llegado nunca el imperio ruso, industrializó la Unión Soviética y la convirtió en una superpotencia nuclear. Durante un reinado de terror de treinta años, este asesino de masas fue responsable de la aniquilación de más de 25 millones de ciudadanos inocentes de su nación y del confinamiento de 18 millones de ellos en campos de trabajo.

Yósif Vissariónovich Dzhugashvili nació en Gori, modesta ciudad de la caucásica Georgia. Era hijo de un zapatero alcohólico llamado Vesó y su esposa Keke, mujer enérgica e inteligente. Pobre, poco seguro de su paternidad y con la cara picada de viruelas, sindactilia podal y un brazo más corto que el otro, el joven Sosó —que así le decían— creció hasta convertirse en un muchacho por demás inteligente, hipersensible y atrofiado en lo emocional dominado a un tiempo por un complejo de inferioridad y una arrogancia desmesurada. Su madre se las ingenió para conseguirle una plaza en el seminario de Tiflis, en donde se formó para sacerdote, aprendió ruso, estudió a los clásicos y publicó poesía romántica. Sin embargo, tras su conversión al marxismo, se trocó en un revolucionario fanático y despiadado y se unió al Partido Bolchevique de Lenin. A fuer de conspirador nato, dominó a sus camaradas, socavó y traicionó a sus rivales, y mató a aquellos de quienes sospechaba que podían ser agentes secretos de la policía, sin dejar nunca de tender hacia los extremos. Lo detuvieron una y otra vez, y una y otra vez escapó. Volvió de su exilio siberiano para

participar en la revolución de 1905, y se convirtió en el principal financiero de los bolcheviques robando bancos y cometiendo extorsión.

Después del fracaso de aquel primer conato revolucionario, organizó su propio ejército de matones y asesinos a sueldo dedicados a acabar con policías y recaudar dinero para Lenin a través de atracos monstruosos y sangrientos a bancos, extorsiones, asaltos ferroviarios y abordajes piráticos en el mar Negro y el Caspio. Su carrera de forajido culminó en junio de 1907, en el robo a un banco de Tiflis en el que él y sus secuaces mataron a cincuenta personas y se hicieron con trescientos mil rublos. A continuación, se trasladó con todos ellos a Bakú, ciudad rica en petróleo, siempre en fuga y sembrando la violencia y el miedo adondequiera que fuesen.

En aquella época estaba casado con Kató Svanidze, con quien tuvo un hijo llamado Yákov. Ella, sin embargo, murió en 1907. Stalin desdeñaba la idea de sentar la cabeza, y tuvo aventuras con muchas mujeres. No fueron pocas quienes obtuvieron de él promesa de matrimonio y, tras concebir hijos ilegítimos, sufrieron abandono de un modo cruel. En 1918 volvió a desposarse, esta vez con Nadia Alliluieva, a quien no fue capaz de hacer más feliz que a las otras. De hecho, se suicidó en 1932 y dejó a su viudo dos hijos legítimos: Vasili y Svetlana.

Aunque utilizó muchos pseudónimos a lo largo de su vida, a la postre acabó por llamarse a sí mismo «Stalin» («acero»). Sus violentas travesuras habían llamado la atención de Lenin, quien hizo que fuese elegido para formar parte del Comité Central del

partido. Su protector no pasó por alto que combinaba dos dones de vital importancia en la política: era práctico y muy capaz de organizar acciones agresivos, y, al mismo tiempo, sabía corregir, redactar y elaborar obras teóricas. « ¡Esa es precisamente la clase de persona que necesito!», aseveró. A Stalin lo arrestaron por vez última en 1912 y lo exiliaron al círculo polar Ártico, en donde pasó la mayor parte de la primera guerra mundial. En marzo de 1917, tras el inesperado destronamiento del zar, regresó a Petrogrado, adonde acudiría más tarde Lenin. Tras hacerse con el poder en la revolución de Octubre, este último hubo de reconocer que el brillante y ostentoso León Trotski y Stalin, malhumorado e implacable, eran sus dos secuaces más competentes, y los incluyó en el comité ejecutivo gobernante: el Politburó.

Al estallar la guerra civil, Lenin mantuvo el poder por medio del terror y empleó a Stalin para detectar y resolver problemas de un modo brutal. Sin embargo, en calidad de dirigente militar resultó muy poco convincente en comparación con Trotski, a quien, no obstante, trataba de socavar constantemente el georgiano.

En 1922, Lenin, deseoso de equilibrar el prestigio de aquel, ascendió a Stalin al puesto de secretario general del partido. Con todo, no tardó en quedar indignado ante la arrogancia de su protegido y trató de deshacerse de él. Era, sin embargo, demasiado tarde. En 1924, después de sufrir Lenin el derrame cerebral que acabó con su vida, Stalin se alió con Lev Kámenev y Grigori Zinóviev en contra de Trotski, a quien derrotaron en 1925, enviaron al exilio en 1929 y asesinaron por mano de uno de los matones de Stalin en 1940. Tras

la salida del país de su rival, Stalin dio un giro a la derecha y se unió a Nikolái Bujarin a fin de derrotar a Kámenev y a Zinóviev.

En 1929 fue aclamado sucesor de Lenin en el cargo de *vozhd* («dirigente»), y en adelante sería objeto de un frenético culto personal. Después de deshacerse de Bujarin, se embarcó en un proyecto implacable de industrialización de la Unión Soviética, aún muy atrasada en este ámbito, y colectivización del campesinado. Cuando este se resistió, lanzó algo semejante a una guerra contra sus integrantes más acomodados, los *kulakí*. Fusiló a muchos, exilió a más y siguió exportando grano a despecho de los diez millones de personas que murieron a tiros o por causa de la hambruna que había creado él mismo. Aquel fue uno de sus mayores crímenes.

En 1934, a pesar del congreso triunfante del partido, se dio una conspiración destinada a sustituir a Stalin por su joven secuaz Serguéi Kírov, asesinado más tarde en Leningrado. Stalin, quien bien pudo haber dispuesto su muerte, la usó, sea como fuere, para emprender el Gran Terror con la intención de reafirmarse en el poder y aplastar cualquier disensión. Con la ayuda de la policía secreta (la NKVD), sometió a quienes consideraba sus principales enemigos políticos a una serie de farsas judiciales tras obtener de ellos confesiones falsas por medio de la tortura. Las autoridades declararon culpables a Zinóviev, Kámenev y Bujarin de crímenes inventados, y los fusilaron. Yagoda, jefe de la NKVD, y Yezhov, quien le había sucedido en el cargo, siguieron la misma suerte. Sin embargo, estos procesos no fueron más que la punta del iceberg: entre 1937 y 1938, Stalin cursó órdenes secretas de detener y

fusilar a miles de «enemigos del pueblo» en virtud de cuotas locales y regionales. Purgó el Politburó y el Comité Central. Pasó por las armas a cuarenta mil oficiales del ejército, incluidos tres de sus cinco mariscales. Ni siquiera sus amigos más íntimos se hallaban a salvo de figurar en las listas de cuarenta mil nombres que firmaba. La sociedad soviética estaba aterrada y emponzoñada. En aquellos años murió a tiros un millón aproximado de personas, y a otros muchos millones los arrestaron, torturaron y exiliaron a los campos de trabajo de Siberia, de los que muchos no regresarían. «No se puede hacer tortilla sin partir los huevos», aseveraba.

En 1939, la pujanza de la Alemania nazi y la desconfianza que profesaba a las democracias occidentales, hizo caso omiso de su antifascismo y firmó con Hitler un pacto de no agresión. Polonia quedó dividida entre Alemania y la Unión Soviética, y 28 000 oficiales polacos murieron en el bosque de Katyń por orden de Stalin. Asimismo, ocupó los estados bálticos y aterrorizó a sus habitantes, y emprendió una guerra desastrosa contra Finlandia.

Desoyó a cuantos insistían en advertirle de que Hitler planeaba atacar la Unión Soviética. La invasión se produjo en junio de 1941, y días después, los ejércitos de Stalin habían emprendido la retirada. La inepta interferencia del dirigente en asuntos militares provocó pérdidas colosales —unos seis millones de soldados— durante el primer año de la guerra. Sin embargo, a finales de 1942 había aprendido, al fin, a aceptar el consejo de los expertos, y sus generales lograron una victoria decisiva sobre los alemanes en Stalingrado. Aquello cambió las tornas del conflicto, en tal grado,

que en el momento de caer Berlín a manos del Ejército Rojo en mayo de 1945, los soviéticos se habían hecho con toda la Europa oriental, sobre la que harían pesar su férreo yugo los cuarenta años siguientes. Poco importó a Stalin el coste de la victoria: los 27 millones aproximados de ciudadanos soviéticos —soldados y paisanos— que murieron en la guerra, durante la cual él había ordenado la deportación a Siberia de pueblos enteros, incluido un millón de chechenos de los cuales la mitad había muerto en el camino.

En lo que duraron las hostilidades, Stalin fue entablando relaciones personales con los dirigentes aliados, Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill, a quienes encandiló y manipuló en una serie de encuentros de los Tres Grandes celebrados en Teherán, Yalta y Potsdam. Demostró tener grandes dotes para la diplomacia.

En 1945, hallándose él en su apogeo, el presidente estadounidense Harry Truman, sucesor de Roosevelt, reveló que Estados Unidos poseía la bomba atómica y la había empleado contra el Japón. Ante semejante aumento de poder, Stalin consagró todos sus recursos al proyecto secreto que había emprendido con la intención de crear un arma similar, cosa que logró en 1949.

Pasó sus últimos años en un aislamiento glorioso y paranoico. Poco después del final de la guerra volvió a imponer su reinado de terror. En 1949 hizo fusilar a dos de las personas que había elegido como posibles herederas, junto con otras muchas, en el llamado «caso de Leningrado». En 1952, convencido al parecer de que todos los judíos de la Unión Soviética se hallaban aliados con Estados Unidos,

planeó la ejecución de sus camaradas más veteranos, a los que implicó en la «conjura de los médicos» (supuesta trama de facultativos judíos que tenía por objeto asesinar a la cúpula del poder soviético). Stalin murió a causa de una apoplejía en marzo de 1953.

Este hijo de zapatero, maestro de la represión más brutal, la conspiración sutil y la manipulación política, se erigió en sumo pontífice del marxismo internacional y en el zar de más éxito de toda la historia de Rusia. Stalin y los bolcheviques, en unión con Hitler y los nazis, sus grandes enemigos, hicieron sufrir tragedia y miseria a un número mayor de personas que nadie más en la historia.

Aquel hombre de escasísima estatura, rasgos inescrutables y ojos de color de miel capaces de enrojecer de ira fue un hombre dotado pero triste, paranoico hasta la locura, cínico e implacable a más no poder y, sin embargo, seguidor fanático del marxismo. También fue terrible como esposo y padre, y envenenó toda relación de amor que tuvo en su existencia, convencido como estaba que la vida humana era siempre prescindible y que la aniquilación física constituía una herramienta política fundamental. «Si una muerte —reveló a Churchill con su humor negro acostumbrado— es una tragedia, un millón es un dato estadístico». En ningún momento se engañó acerca de su brutalidad. «El avance que presenta el modelo soviético —declaró en cierta ocasión— es que permite resolver los problemas con rapidez mediante el derramamiento de sangre». Por su causa murieron entre diez y veinte millones de personas, en tanto que 18

millones estuvieron confinados en los campos de concentración de su Gulag.

Pese a ser uno de los monstruos más despiadados de la historia, Stalin sigue siendo un héroe para muchos. Cierta libro de texto prologado por el mismísimo presidente Vladímir Putin en 2008 lo ensalzaba como «el dirigente ruso más próspero del siglo XX».

Einstein

(1879-1955)

La capacidad para formular preguntas nuevas, plantear nuevas posibilidades y abordar viejos problemas desde ángulos inéditos requiere una imaginación creadora y distingue los verdaderos avances científicos.

No es fruto de la coincidencia que el nombre de Albert Einstein se haya trocado en sinónimo de genio. Fue el físico más importante del siglo XX, y hay quien diría que de toda la historia. Sus descubrimientos, que tomaron como base y superaron la física clásica newtoniana, marcaron el cambio de paradigma que transformó de forma radical nuestra concepción del universo.

Su teoría de la relatividad es quizás una de las ideas científicas más célebre y fructífera de todos los tiempos, aunque el hombre que hay tras ella fue mucho más que un simple científico. Einstein fue,

durante toda su vida, un hombre comprometido con los asuntos sociales y el pacifismo, siempre dispuesto a denunciar la tiranía y la persecución, y no pudo menos de desesperarse ante la creación de la bomba atómica. Cincuenta años después de su muerte, su rostro marcado por el ingenio y el buen humor sigue constituyendo una figura reconocible al instante.

Nació en una familia de judíos seculares de clase media y se crio en Alemania. No fue un niño de desarrollo rápido (lo apodaron «der Depperte», «el atontado»), y sin embargo, la brújula que le dieron con cinco años y el libro de geometría que recibió a la edad de doce estimularon su curiosidad científica como no podía hacerlo el rígido sistema escolar alemán. A los quince años huyó del internado muniqués al que lo habían enviado y del servicio militar con el que pronto iba a tener que cumplir y se reunió con sus padres, quienes habían emigrado a Italia en busca de trabajo.

Poco impresionados por la llegada de aquel hijo disoluto e insumiso, los Einstein no pudieron menos de alegrarse cuando se matriculó en la Universidad de Zúrich, en donde viviría algunos de los años más felices de su vida. Allí conoció a su primera esposa, Mileva Marić, física serbia con la que contrajo matrimonio en 1903. Aquel mismo año, tras mucho buscar, encontró trabajo en la oficina de patentes de Berna.

Esta ocupación poco exigente le dejó tiempo de sobra para consagrar su cerebro a diversos problemas matemáticos y científicos. En particular, le llamaba la atención la aparente incompatibilidad que se daba entre las leyes newtonianas del

movimiento y las ecuaciones elaboradas por James Clerk Maxwell para describir el comportamiento de la luz. En 1905 publicó una serie trascendental de artículos científicos que trataban del movimiento y el comportamiento de la luz, el agua y las moléculas. La propuesta más relevante de cuantas contenía era la teoría especial de la relatividad, descrita por algunos como el logro intelectual más descollante del siglo XX. De hecho, cambió nuestra concepción de las leyes que gobiernan el universo. Conforme a ella, nada hay más rápido que la luz, cuya velocidad es constante en todo el universo. También demostraba, mediante la célebre ecuación $E = mc^2$, que la energía (E) y la masa (m) son proporcionales y están ligadas en su relación con la velocidad de la luz (c). La relatividad especial da al traste con la idea del tiempo absoluto y propone en su lugar la de que se trata de una realidad relativa cuya medida depende del movimiento del observador. El espacio y el tiempo son dos aspectos de un solo continuo conocido como *espacio tiempo*.

Esta teoría, sin embargo, no daba cuenta del efecto de la gravedad sobre dicho espacio tiempo. En 1915, en una serie de conferencias ofrecidas en la Universidad de Gotinga, Einstein resolvió al fin el problema al perfilar su teoría general de la relatividad. Según esta, la presencia de objetos de masa considerable curva el espacio tiempo. Como una bola de bolera situada en el centro de un trampolín, objetos como los planetas o las estrellas hacen que otros se muevan hacia ellos por el continuo espaciotemporal. La Tierra, por ejemplo, no se ve «atraída» por el Sol, sino que, más bien, se

limita a seguir la curva creada por este en el espacio tiempo, sin llegar a caer en ella por obra exclusiva de su propia velocidad.

Su predicción de que la luz de una estrella que pase a escasa distancia del campo gravitatorio del Sol se desviará y hará que cambie su propia posición aparente en el cielo se vio confirmada por las observaciones efectuadas durante el eclipse solar de 1919. Otro de los efectos peculiares que previó y corroboró después la experiencia es la idea de que el tiempo no es absoluto, sino que se hace más lento conforme a velocidades que se aproximan a la de la luz. Uno de los resultados de este fenómeno es la extraordinaria paradoja de los gemelos: si uno de ellos permanece en la Tierra mientras el otro hace un viaje de ida y vuelta a una estrella distante a la velocidad de la luz, se comprobará a su regreso que este último ha envejecido menos que aquel.

En este sentido y en otros muchos, la teoría de la relatividad sigue resultando desconcertante para el sentido común que aplicamos a la observación y la comprensión del mundo que nos rodea, y, sin embargo, hoy está asentada como el basamento conceptual sobre el que se apoyan las ciencias físicas.

Pocos repararon en las revolucionarias hipótesis de Einstein hasta que Max Planck, científico alemán, padre de la teoría cuántica, ayudó a divulgarlas. Llegado el año de 1913, Einstein había ascendido en el ámbito académico hasta hacerse con el puesto de director del Instituto de Física de la Universidad de Berlín.

Si su fama ascendió como la espuma durante este período, su vida personal estuvo sumida en la confusión. Tras un largo proceso de

separación, acabó por divorciarse de Mileva en 1919, y no tardó en contraer matrimonio con su prima Elsa Löwenthal. A esas alturas, Einstein se había convertido en el científico más célebre del planeta. Mantenía conversaciones y correspondencia con muchos de los investigadores y artistas más destacados, entre quienes se incluían Sigmund Freud, el místico indio Rabindranath Tagore y Charlie Chaplin. «La gente me aplaude a mí —le dijo una vez este último— porque todos me comprenden, y a ti porque no te comprende nadie». Aunque distaba mucho de ser ortodoxo en materia de religión y sus teorías daban la impresión de arrojar la sombra de la duda sobre muchas creencias, Einstein creyó siempre en una forma de principio o espíritu superior. «El científico está poseído por la sensación de causalidad universal —escribió—. Sus sentimientos religiosos adoptan la forma de un asombro entusiasta ante la armonía de las leyes naturales, que revela una inteligencia tan superior, que, en comparación con ella, todo pensamiento y actuación sistemáticos del ser humano no son más que un reflejo en extremo insignificante». Mantenía tener fe en lo que él llamaba *der Alte* («el viejo»).

En 1931 el Partido Nazi en alza atacó a Einstein y su «física judía». Al año siguiente abandonó Alemania para siempre al comprender que peligraba su vida. Se asentó en Estados Unidos, en la Universidad de Princeton. El pacifismo que lo había llevado a oponerse de forma abierta a la primera guerra mundial enflaqueció ante la tiranía nacionalsocialista. Amén de apoyar el rearme frente a Hitler, en 1939 participó en la carta colectiva remitida al presidente

Franklin D. Roosevelt para subrayar el peligro que suponía el desarrollo de armas nucleares por parte de los nazis, lo que empujó a las potencias aliadas a colaborar en el Proyecto Manhattan a fin de adelantarse en la creación de la primera bomba atómica.

Tras el final de la segunda guerra mundial, marcado por la destrucción, en 1945, de Hiroshima y Nagasaki, se declaró decidida y públicamente contrario al desarrollo nuclear posterior y apoyó las restricciones internacionales. Hasta el FBI llegó a tenerlo vigilado por sus opiniones pacifistas. En 1952 se le ofreció la Presidencia de Israel, que él declinó pese a su condición de sionista convencido. Murió en 1955, sin alcanzar el objetivo de dar con una teoría unificada que ofreciese una explicación de conjunto de las fuerzas fundamentales que gobiernan el universo y permitiera así al ser humano —según lo expresó él en un sentido figurado— asomarse a la mente de Dios. Esta meta no ha dejado de mostrarse esquiva a generaciones sucesivas de científicos, cuya obra, sin embargo, revolucionó para siempre Einstein, un verdadero coloso de la ciencia y el más humano de los hombres.

Enver, Talât y Cemal

(1881-1922, 1881-1922 y 1872-1922)

Los tres bajás

*¿Qué diablos quiere? La cuestión
ha quedado zanjada:
ya no quedan armenios.*

Talât Paşa, en respuesta a las preguntas del embajador alemán sobre el pueblo armenio (1918)

Los tres bajás fueron los violentos nacionalistas surgidos del movimiento de los Jóvenes Turcos que se hicieron con las riendas del imperio otomano en 1913, lo abocaron a un conflicto bélico desastroso y ordenaron la matanza de un millón de armenios durante la primera guerra mundial.

Los tres eran naturales de las provincias macedonias y, por lo tanto, sentían la necesidad de demostrar que eran turcos de verdad y compensar sus orígenes provincianos. İsmail Enver (Ismā'īl Anwar) era ministro de Guerra y cabecilla del régimen. Este oficial militar nacionalista joven y arrojado, aunque también vanidoso, iluso y temerario, se tenía por el Napoleón otomano. Aunque adquirió su reputación combatiendo contra Italia en Libia y contra Bulgaria en los Balcanes, en cuanto adalid pecaba de inepto y poco profesional. Con todo, a la edad de treinta y un años había logrado hacerse con el poder, tender lazos matrimoniales con la familia real otomana, trasladar su residencia a un palacio y obtener el título de vice generalísimo. Su colega Ahmed Cemal (Aḥmad Ŷamāl) era el más extravagante de los tres, un histrión diminuto y enérgico, vividor y oficial del ejército, muy capaz de hacer el trabajo sucio de organizar en Estambul la aniquilación de los oponentes del triunvirato. Aun así, era también un hombre inteligente, flexible y encantador que gozaba de un abanico de amantes judías hermosas y de la amistad

de no pocos extranjeros, y que llegó a ministro de la Armada y a eficaz virrey de las provincias árabes del imperio. El tercer bajá era Talât (Tāla'at), un antiguo funcionario de Correos hasta que lo expulsaron por pertenecer a los Jóvenes Turcos (oficialmente, el Comité de Unión y Progreso), que se convertiría en ministro de Interior del régimen.

Los tres se habían unido al movimiento de los Jóvenes Turcos y habían adoptado su ideal liberal, y los tres lucharon por propiciar la revolución de 1908 y la restauración del Parlamento. Tras el asesinato, en julio de 1913, del primer ministro Mahmud Şevket Paşa, Talât, Enver y Cemal se convirtieron en «los tres bajás», el triunvirato que llevó al imperio a la primera guerra mundial después de que Enver matase personalmente al ministro de Guerra. Sus antiguas ideas progresistas resultaron no ser más que una ilusión cuando los tres se adhirieron a un nacionalismo turco militante y racista, inspirado cada vez en mayor grado por el convencimiento de que el conflicto armado y la violencia eran los únicos factores capaces de restaurar el vigor de los otomanos. El ejemplo más notable de ello fue el trato que dispensaron a la minoría armenia del imperio.

A principios del siglo XIX, los armenios, pueblo predominantemente cristiano, seguían recibiendo la denominación de *millet-i sadıka* («comunidad leal»). Sin embargo, la expansión de Rusia hasta el Cáucaso ayudó a estimular su nacionalismo. El imperio otomano contenía muchos menos cristianos desde el congreso de Berlín de 1878, y tal circunstancia hizo que aquellos incurriesen en el rencor

de los musulmanes, quienes los consideraban forasteros y traidores. Los ciudadanos turcos de a pie envidiaban su riqueza mercantil, y muchos consideraron que el auge de su nacionalismo constituía una amenaza a la existencia misma del estado otomano.

Ya en las postrimerías de dicho siglo, el sultán Abdülhamid ('Abd al-Ḥamīd) II y otros habían consentido una serie de pogromos contra los armenios, de los cuales murieron posiblemente cientos de miles entre 1895 y 1896, en tanto que en la matanza de Adana, perpetrada en 1909, se acabó con una cantidad estimada de trescientos mil.

Entre 1914 y 1915, Enver encabezó la ofensiva emprendida contra Rusia en el Cáucaso, campaña que fracasó de manera estrepitosa. Los rusos, sin embargo, armaron a los insurgentes armenios, y cuando las fuerzas de unos y otros tomaron Van a mediados del mes de mayo de 1915 y crearon un estado armenio minúsculo, los tres bajás culparon de inmediato a los armenios supuestamente desleales. Talât preparó entonces la venganza del imperio.

El 24 de abril de 1915, las fuerzas de seguridad apresaron a más de 250 intelectuales y dirigentes comunitarios armenios de Estambul y los deportaron al este para ejecutarlos a continuación. Tras las primeras expatriaciones de abril, no tardaron en hacer extensivo el programa a toda la comunidad armenia: hombres, mujeres y niños hubieron de soportar marchas forzadas —sin agua ni alimento— hasta las provincias de Siria y Mesopotamia. El 27 de mayo, el triunvirato aprobó la Ley de Deportación, ratificada por el Parlamento. Enver y Talât instauraron, presuntamente, la fuerza

paramilitar denominada Órgano Especial a fin de que llevaran a cabo los destierros y las carnicerías.

Durante estos actos de proscripción, se separaba como cosa de trámite a los hombres del resto de la población para ejecutarlos, en tanto que a las mujeres y los niños se los obligaba a seguir caminando y se les convertía en víctimas intermitentes de palizas y matanzas. A quienes sobrevivían al viaje los conducían como a ganado a campos de concentración. Las condiciones que allí se daban eran espantosas. A muchos prisioneros los sometían a tortura o a experimentos médicos monstruosos, cuando no los mataban sin más, y mayor aún fue el número de los que murieron de hambre o de sed. El embajador estadounidense Henry Morgenthau dio cuenta de algunos de los peores excesos cometidos en aquellos centros de reclusión. Informó del suplicio que impusieron a cierto armenio al que «aplicaron hierros candentes sobre el pecho y, tras rasgarle la piel con unas tenazas al rojo, le vertieron manteca hirviendo en las heridas. En algunos casos — seguía diciendo—, los gendarmes les clavan las manos y los pies a trozos de madera, a imagen, evidentemente, de una crucifixión, y entonces, al verlos retorcerse por el dolor, les gritan: “¡Pídele a tu Cristo que venga a ayudarte!”».

Se decía que Talât Paşa había hecho saber en 1915 a cierto funcionario de la embajada alemana que el gobierno otomano estaba «sacando provecho de la guerra a fin de liquidar por completo a sus enemigos internos, los nativos cristianos... sin tener que hacer frente a la intervención extranjera». De una población de poco

más de 2,5 millones de armenios murieron en este período entre un millón y 1,5 millones, bien en un genocidio ordenado por las autoridades oficiales, bien durante una serie de matanzas indiscriminadas.

Entre tanto, en Oriente Medio, Cemal, que había topado con una revuelta árabe patrocinada por el Reino Unido, comenzaba su propio reinado de terror en Damasco, Beirut y Jerusalén contra los nacionalistas árabes. Los otomanos lograron varios triunfos sorprendentes, y llegaron a destruir un ejército británico en la ciudad iraquí de al-Kūt y a derrotar a las fuerzas del Reino Unido en los Dardanelos. Con todo, Cemal no logró tomar Egipto, y la ofensiva británica avanzó enseguida hasta Jerusalén mientras los rusos atravesaban el Cáucaso.

Talât centró entonces su atención en una posición militar que se deterioraba por momentos, y en 1917 fue nombrado gran visir de la Sublime Puerta —primer ministro del imperio otomano—. Sin embargo, incapaz de contener el aluvión de fracasos militares, acabó por dimitir en octubre de 1918, mes en que huyó de Turquía a bordo de un submarino alemán. Los otros dos bajás también se dieron a la fuga. En 1919 se celebraron los primeros procesos por crímenes de guerra de la historia bajo la égida de los Aliados. En ellos se declaró culpable a la cúpula del Comité de Unión y Progreso y se condenó a Talât a sufrir pena capital en calidad de cerebro de las matanzas. Los turcos reclamaron a Alemania su extradición, pero antes de que pudiese llevarse a término tal operación, mataron a Talât en Berlín en marzo de 1921. Su ejecutor fue uno de los

supervivientes de las carnicerías, que había presenciado la violación y la muerte de su hermana a manos de los soldados otomanos. Cemal también fue asesinado, en tanto que Enver murió en el campo de batalla mientras cargaba contra los bolcheviques en el Asia central.

La persecución de los armenios que inició Talât sirvió de inspiración a otros avanzado el siglo. Hitler, por ejemplo, declararía al contemplar su matanza de judíos: « ¿Quién se acuerda ya de la aniquilación de los armenios?». Aun en nuestros días, mencionar aquellas carnicerías en Turquía se considera una agresión contra el prestigio nacional punible con pena de cárcel.

Atatürk (1881-1938)

Vamos a tratar de elevar nuestra cultura nacional por encima de la cota de civilización contemporánea, y en consecuencia, pensamos y pensaremos no conforme a la mentalidad letárgica de siglos pasados, sino de acuerdo con los conceptos de celeridad y acción de nuestro tiempo.

Discurso pronunciado en el X aniversario de la fundación de la

República turca (29 de octubre de 1933)

Atatürk —nombre que adoptó en 1934 Mustafa Kemal y que significa «padre de los turcos»— fue un dirigente de visión amplísima, creador de un nuevo laicismo islámico, que sacó a Turquía de las ruinas del moribundo imperio otomano y la transformó en una República moderna y occidentalizada. Se convirtió en un héroe militar en la primera guerra mundial, y tras ella acaudilló a los turcos en la victoria contra el ejército griego invasor, en ocasiones con no poca crueldad. A continuación se convirtió en el primer presidente de Turquía y guio a la nación hasta su muerte, ocurrida en 1938. Fue, con diferencia, el más grande de los déspotas del período de entreguerras. Su visión resulta en particular relevante en estos tiempos nuestros de amenaza del fanatismo islamista. Sin embargo, sus métodos fueron severos en exceso, y de hecho, la matanza de Esmirna fue, cuando menos en parte, responsabilidad suya.

Atatürk nació en lo que es hoy la ciudad griega de Tesalónica. De niño fue brillante en lo académico, y comenzó a asistir a escuelas militares a la edad de doce años. Una vez que alcanzó el grado de oficial, se unió al grupo conocido como los Jóvenes Turcos, crítico con el régimen otomano y ávido de reformas y progreso. Él se reveló como uno de esos dirigentes cuyas dotes de político no desmerecen a las de adalid militar. Durante la primera guerra mundial destacó en cuanto vencedor de la batalla de Galípoli, en donde derrotó a los

Aliados atacantes. También sirvió en el Cáucaso, el Sinaí y Palestina. Demostró un talento notable a la hora de ganarse la total lealtad de sus hombres. «No os estoy dando órdenes de atacar —les decía—, sino de morir».

Acabada la guerra, Atatürk se encontró en el lado perdedor. Mientras los Aliados victoriosos se repartían muchas de las tierras árabes que en otro tiempo habían estado bajo el dominio otomano, él participó de forma activa en un movimiento destinado a crear una nación moderna a partir del corazón turco del desaparecido imperio. El primer ministro británico David Lloyd George y los Aliados creían en un imperio griego de inspiración clásica, y, en consecuencia, asignaron buena parte de Anatolia —la porción asiática de la Turquía moderna— a los helenos y alentaron a su primer ministro, Eleftherios Venizelos, a emprender una invasión, con lo que originaron una guerra imprudente e innecesaria. Atatürk resistió de forma tan brillante como despiadada, y logró la victoria en la batalla de Dumlupınar en 1922, tras la cual se cometió la espantosa atrocidad del Gran Incendio de Esmirna, en el que los soldados turcos fueron causantes de la destrucción por el fuego y la rapiña de una de las ciudades más cosmopolitas de Europa, y de la muerte de cien mil personas. El comandante en jefe Atatürk debió de tener alguna responsabilidad. Fuera como fuere, lo cierto es que Turquía logró su independencia, ratificada en 1923 por el tratado de Lausana.

Acabado el conflicto militar, quedaba por afrontar el reto de modernizar el nuevo estado turco laico. En octubre de 1923 se

instauró la República de Turquía, cuya presidencia recayó sobre Atatürk. Si a fuer de nacionalista tenía entre sus primeros objetivos liberar la nación de la influencia extranjera, en calidad de político progresista, su siguiente prioridad era la separación entre religión islámica y estado.

El último sultán otomano había sido depuesto en 1922, y en 1924 Atatürk abolió el califato, la institución en virtud de la cual los diversos sultanes se habían arrogado el gobierno de todos los musulmanes. En lugar de una teocracia autocrática, abrazó, cuando menos en teoría, los principios de la democracia y un código legal fundado en los modelos europeos. Aunque Turquía siguió siendo un estado monopartidista casi sin excepción entre las décadas de 1920 y 1930, Atatürk hizo por ejercer de algo semejante a un déspota ilustrado al gobernar sin oposición, pero con un programa liberal y reformista.

En lo económico, Turquía se hallaba muy por detrás de la mayor parte del mundo occidental en la década de 1920. Su presidente instauró fábricas e industrias estatales, construyó un servicio de ferrocarril tan extenso como eficaz y creó bancos nacionales con los que financiar el desarrollo de la nación. A despecho de los estragos causados por la Gran Depresión después de 1929, Turquía resistió la propensión al totalitarismo fascista o comunista que triunfó en otros muchos lugares.

« [Turquía] merece convertirse y se convertirá en una nación civilizada y progresista», declaró. Buena parte de estos avances se produjo en el terreno cultural y social. Se levantaron las

restricciones de la ley y el uso mahometanos; la mujer se emancipó —la hija adoptiva de Mustafa Kemal se convirtió en la primera piloto de combate femenina del mundo—, y se promovió —a veces por disposición oficial— el empleo del atuendo occidental. La educación conoció una transformación notable tanto en las zonas urbanas como en las ciudades, y se introdujo un alfabeto turco nuevo —basado en el latino—. La proporción de iletrados descendió del 80 al 10 por 100.

Atatürk impulsó el estudio de civilizaciones anteriores vinculadas a la herencia de la nación turca. Florecieron el arte, la escultura, la música, la arquitectura moderna, la ópera y la danza. El presidente impulsó su misión modernizadora y nacionalista en todos los ámbitos de la vida del país, y propició con ello el surgimiento de una cultura nueva. Entre tanto, sin embargo, pisoteó a los grupos minoritarios no turcos, como fue el caso de los kurdos.

Aquel hombre de espectacular atractivo físico fue un dirigente excéntrico, un donjuán incurable y un bebedor portentoso. Su labor hercúlea fue a sumarse a sus insaciables apetitos para acabar con su salud, y en 1938 murió de cirrosis hepática. Tenía solo cincuenta y siete años. Su pueblo lo amaba por su personalidad, su energía y su carácter amable, y su funeral provocó un gran dolor en todo el país. Aún hoy se venera su memoria. En la Turquía de nuestros días pueden verse en todas partes retratos y esculturas de su persona, y sigue siendo un delito insultar al padre visionario de la nación, si bien a principios del siglo XXI su régimen marcadamente

secular se halla amenazado, de un modo cada vez más claro, por el islamismo moderado del primer ministro Erdoğan.

Picasso
(1881-1973)

No, la pintura no está hecha para decorar apartamentos: es una arma de guerra ofensiva y defensiva contra el enemigo.

(1945)

El arte de hoy no sería igual sin el genio del pintor español Pablo Picasso. En una carrera pictórica de poco menos de ochenta años, este creador siempre vigoroso, siempre henchido de alegría vital, se reveló como el más versátil e imaginativo no ya del siglo XX, sino quizá de todos los tiempos, como un maestro de la pintura y el dibujo y también de técnicas y ámbitos como el *collage*, la escenografía, la alfarería y la escultura. Sin embargo, su talento no se limita a lo estético: su óleo más célebre, el *Guernica*, encierra todo el horror de la guerra, en tanto que los trazos sencillos de su paloma de la paz señalan el camino a un futuro más feliz.

Picasso nació en Málaga, en el seno de una familia artística aunque convencional. Inspirado por su padre, demostró poseer un talento excepcional para la pintura desde edad muy temprana. A los catorce años disponía de su propio estudio y estaba exponiendo al público obras que le valían la alabanza de los críticos. Antes de superar la

adolescencia se hallaba en París, mezclándose con la vanguardia europea.

En 1901 inauguró el que se conoce como su «período azul», en el que las figuras, relativamente naturalistas aún, estaban dominadas por tonos de este color. Las obras de aquella época son, sobre todo, retratos melancólicos de gentes solitarias que a menudo representan la pobreza extrema. Buena parte de este espíritu sombrío estuvo influida por el suicidio de su amigo Casagemas. En un autorretrato no por lúgubre menos excelente de aquella etapa se nos presenta ojeroso y con el gesto marcado, mucho mayor de lo que aparentaba a sus veinte años. Sin embargo, su disposición de ánimo no tardó en mejorar, y tal circunstancia se reflejó en su «período rosa», en el que los seres representados —a menudo gentes del circo o acróbatas— recibían sobre todo sombras de dicha gama.

En 1907 tomó una dirección totalmente distinta y muy arrojada: bajo el influjo de Cézanne y de las máscaras tribales de África produjo una de las primeras obras maestras de la modernidad: *Les demoiselles d'Avignon*, representación llamativa, salvajemente angulosa y distorsionada, de cinco mujeres de un burdel desbordantes de sexualidad. De este modo, junto con Georges Braque, quien a la sazón estaba produciendo creaciones de no menos originalidad, dio luz al cubismo, una forma totalmente nueva de plasmar en el lienzo la esencia del modelo. En él se abandona la perspectiva tradicional en favor de una múltiple, como si el autor estuviese observando el objeto que pinta desde distintos puntos de vista a un tiempo. Se trataba de un modo revolucionario de mirar.

«No pinto las cosas como las veo —aseveraba—, sino como las pienso».

Después de su etapa cubista, Picasso pasó por un período neoclásico en el que pintó figuras humanas monumentales en escenarios mediterráneos, influido en parte por Ingres y Renoir, y a continuación, entre las décadas de 1920 y 1930, se asoció de forma no muy rigurosa con el movimiento surrealista y experimentó más aún con la distorsión del rostro y la figura del ser humano, exploró la representación de la sexualidad y dejó que su imaginación evocara monstruos extraños.

Pese a las incursiones que hizo en la pintura surrealista, permaneció muy unido al mundo que lo rodeaba. Secundó la causa republicana durante la guerra civil española, y expresó en su *Guernica* la indignación que le provocaba la violencia del fascismo. Se trata de su obra más famosa, creada tras el horrible bombardeo al que sometieron en 1937 a la ciudad española del mismo nombre las fuerzas partidarias de los ejércitos nacionalistas de Franco. El colosal lienzo presenta un amasijo retorcido de colores oscuros, cuerpos contorsionados, cabezas que gritan y animales aterrados, vívida representación de un Apocalipsis bélico. La obra de arte constituye a un tiempo un homenaje a las gentes indefensas muertas en esta acción durante la guerra civil española (1936-1939) y una advertencia de los demás horrores que traen consigo los enfrentamientos armados, ahora como antes.

Tanta era la aversión que profesaba el pintor al régimen franquista, que se negó a permitir que trasladasen el cuadro a España mientras

siguiere con vida el dictador. Hubo que esperar a 1981 para que, al fin, llegase a Madrid, en donde permanece hoy, demasiado frágil para ser llevado al museo Guggenheim de Bilbao a despecho de las peticiones de las autoridades vascas.

Picasso se unió en 1944 al Partido Comunista francés. En torno a esta fecha escribió: « ¿Qué cree usted que es un artista? ¿Un imbécil que solo tiene ojos si es pintor, oídos si es músico o una lira que ocupa todo su corazón si es poeta? Bien al contrario, es un ser político». En 1949 contribuyó, de un modo un tanto absurdo, con el célebre dibujo de la paloma de la paz al Congreso Mundial de la Paz celebrado en la Polonia estalinista. Picasso siempre se mostró solidario con el sufrimiento de los oprimidos, pese a lo desacertado de sus coqueteos con la tiranía de Stalin.

En las décadas siguiente continuó produciendo un buen número de obras con una variedad enorme de formas y medios, explorando y reinventando a menudo grandes creaciones del pasado, como *Las meninas* de Velázquez o las *Femmes d'Alger* de Delacroix. A esas alturas era ya el artista vivo más renombrado del planeta, y sus pinturas se vendían por sumas colosales a galerías y coleccionistas particulares adinerados. De cuando en cuando, pagaba en los restaurantes caros trazando unas cuantas líneas en una servilleta.

Durante toda su dilatada carrera sintió un apetito voraz por la vida y sus placeres. A lo largo de los años tuvo una sucesión de esposas y amantes que a menudo se solapaban, y en su obra tardía se representa con frecuencia a sí mismo como algo semejante a un sátiro o un dios olímpico que disfruta del vino, las mujeres y una

vida de color de rosa al lado de su querido mar Mediterráneo. Cuando daba la impresión de que estaba destinado a vivir para siempre, la muerte acabó por darle caza a los noventa y un años.

Roosevelt

(1882-1945)

Su vida debe... considerarse uno de los acontecimientos dominantes del destino humano.

Winston Churchill, tras la muerte de Roosevelt

Durante los cuatro mandatos sin paralelo que ejerció de presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt sacó al país del abismo de la depresión, abanderó su aportación militar a la segunda guerra mundial y ayudó a crear el «siglo americano» y convertir su nación vasta y rica en el arsenal de la libertad. La determinación de este hombre encantador, perspicaz y enigmático de convicciones liberales y tolerantes, inmenso arrojo personal e implacable astucia política para salvaguardar la democracia dentro y fuera de Estados Unidos hace de él uno de los dirigentes más grandes de la historia.

Llegó a la Presidencia en 1932, elegido por un país asfixiado por una terrible depresión económica que dejó a treinta millones de personas en el paro. No bien asumió el cargo, se propuso poner en marcha el New Deal («nuevo trato» o «nueva política») que había

prometido a su pueblo para devolverlo a la senda de la prosperidad económica. La introducción de un grado sin precedentes de intervención estatal en la agricultura, el comercio y la industria permitió al capitalismo recobrase de los embates de la quiebra de Wall Street.

Sus gabinetes se responsabilizaron de forma inaudita por el bienestar de la nación. Pese a la oposición acérrima de los partidarios del libre mercado, introdujo un sistema de seguridad social, garantizó los derechos de los trabajadores a organizar sindicatos y reguló los horarios laborales y los salarios. Al mismo tiempo, durante toda la década de 1930 supervisó la restauración del poderío económico de Estados Unidos, con lo que hizo que la nación recobrase la fe en su sistema político y su estilo de vida, y la dotó de la fuerza necesaria para afrontar los retos que iba a plantearles en breve un conflicto bélico que afectaría a todo el planeta.

Roosevelt quería convertir a su país en el «buen vecino» del resto de naciones, y le asignó un papel nuevo de garante de la libertad en el mundo. Supo reconocer muy pronto el salvajismo de la Alemania nazi y entendió que la neutralidad en la segunda guerra mundial resultaría, a la larga, dañina para los intereses de Estados Unidos. Sin embargo, las corrientes aislacionistas tenían tanto peso que lo obligaron a abordar la campaña presidencial de 1940 con la promesa de mantener al país fuera de las hostilidades.

Al mismo tiempo, hizo cuanto estaba en sus manos para apoyar a los Aliado, y así, instauró el programa de Préstamo y Arriendo que

garantizó al Reino Unido la asistencia económica y militar necesaria para seguir luchando en solitario contra los nazis después de la caída de Francia. En enero de 1941 expuso las Cuatro Libertades por las que estaría dispuesto a combatir Estados Unidos: la libertad de expresión, la libertad de culto, la libertad frente a la necesidad y la libertad frente al miedo. En agosto de 1941 se reunió con Churchill para promulgar la Carta del Atlántico, que hacía valer el derecho universal a la autodeterminación y la seguridad nacionales y sentaba los principios de lo que serían con el tiempo las Naciones Unidas.

El ataque japonés a Pearl Harbor de diciembre de 1941 puso fin al aislamiento de Estados Unidos. Para Roosevelt no bastaba con derrotar a Alemania y al Japón: «De nada sirve ganar batallas si lo hacemos por una causa perdida —declaró—. De nada sirve ganar una guerra si no perdura la victoria». La duplicidad y perspicacia que desplegó en el arte de gobernar, en la paz y en la guerra, quedó resumida a la perfección en sus propias palabras: «Sabéis que soy malabarista, y que nunca dejo que mi mano derecha sepa lo que está haciendo la izquierda. Puede ser que mantenga una postura respecto de Europa y otra diametralmente opuesta respecto de Norteamérica y Suramérica. Puedo ser contradictorio por completo, y lo que es más: estoy muy dispuesto a engañar y a decir mentiras si sirve de ayuda a la empresa bélica».

Durante el conflicto, amén de sentar las bases de las Naciones Unidas, se erigió junto con Churchill y Stalin en el arquitecto del mundo de posguerra. Se preciaba de haber encandilado al dictador

soviético y haber entablado con él una relación personal que a menudo atormentaba a su aliado británico. Recibió no pocas críticas por ceder una porción excesiva de la Europa oriental a Stalin durante las negociaciones, aunque lo cierto es que, habida cuenta de que las fuerzas soviéticas habían ocupado ya dicha región, es muy probable que hubiese sido necesaria otra guerra para liberarla.

Desde pequeño le habían inculcado el convencimiento de que hay que defender al débil de la depredación del rico y el poderoso. Aunque había gozado de una educación privilegiada en la sociedad patricia de la Costa Este, había sido el director de cierto centro docente el que le había inspirado su marcado sentido de la responsabilidad social, que no hizo sino acrecentarse tras su matrimonio con su prima lejana Eleanor, ratón de biblioteca de ideas sociales progresistas y activista infatigable en la defensa de los más desfavorecidos hasta su muerte, ocurrida en 1962.

El genio de Roosevelt se basaba en su trato con los demás. Supo hacer que los millones de estadounidenses que lo escucharon mientras exponía su programa en la radio como un abuelo que aconseja a sus nietos al calor del hogar tuviesen la sensación de estar frente al garante de su bienestar. «Solo hay que tener miedo al miedo mismo», les aseguró en tono tranquilizador. Con Churchill, aliado suyo en los años más aciagos de la guerra, mantuvo una relación de auténtica afinidad. En cierta ocasión acabó un cablegrama tan prolongado como serio diciendo al primer ministro: «Resulta divertido vivir en la misma década que usted».

Después de la reunión que celebraron los Tres Grandes en Yalta en febrero de 1945, apareció ante la prensa en silla de ruedas. Pidió disculpas por presentarse «en postura tan poco usual» y alegó que le resultaba «mucho más fácil» que llevar «cinco kilos de acero en torno a las piernas». Era la primera vez que reconocía en público la parálisis que le había provocado la poliomielitis sufrida a los treinta y nueve años y que había estado combatiendo y ocultando con aparatos ortopédicos. Aquella actitud constituía tanto una defensa frente a la endeblez que le achacaban sus críticos como una negativa personal de veras heroica a dejar que una enfermedad debilitante diera al traste con su determinación para cumplir con su deber presidencial.

Su muerte repentina por causa de una hemorragia cerebral en abril de 1945, poco antes del primer encuentro de las Naciones Unidas, dejó pasmado al mundo.

Mussolini

(1883-1945)

[L]a concepción fascista del estado lo abarca todo: fuera de él no pueden existir valores humanos ni espirituales, y mucho menos valer nada.

Mussolini, La doctrina del fascismo (1932)

El dictador que gobernó Italia entre 1922 y 1943 fue el padre del fascismo y un autócrata dominador cuya política totalitaria preparó el terreno para el auge del nazismo. Reprimió toda muestra de disensión dentro de Italia, y albergó también una gran codicia colonialista con delirios imperiales propios de la antigua Roma. Fue responsable directo de la muerte de más de treinta mil etíopes durante la campaña de aciaga memoria que emprendió en Abisinia, así como cómplice, a través de su alianza con Adolf Hitler, de las atrocidades de la Alemania nazi.

Benito Amilcare Andrea Mussolini nació el 29 de julio de 1883 en Predappio, ciudad del centro-norte de Italia. Su padre era herrero, y su madre, maestra de escuela, profesión que adoptaría él mismo durante un período muy breve. Tras pasar un año tratando sin éxito de hallar empleo en Suiza en 1902 —durante el cual fue encarcelado por falta de domicilio fijo—, lo expulsaron y lo devolvieron a Italia, en donde había de hacer el servicio militar.

A los veinte años, siguiendo los pasos de su padre, participaba de forma muy activa en el movimiento socialista mediante la publicación de un periódico llamado *La Lotta di Classe* («La lucha de clases»), y en 1910 se hizo con el puesto de secretario de la agrupación local de Forlì, para la cual editó el *Avanti!* Asimismo, escribió una novela, *La amante del cardenal*, que fue un fracaso editorial. Conocido ya de las autoridades por incitar a la revuelta, volvió a sufrir prisión en 1911 por hacer propaganda pacifista cuando Italia declaró la guerra a Turquía. No cabe, pues, sorprenderse ante su oposición inicial a la entrada de Italia en la

primera guerra mundial. Sin embargo, creyendo tal vez que un conflicto de envergadura serviría para precipitar la caída del capitalismo, cambió de parecer, y esta decisión provocó su expulsión del Partido Socialista. No tardó en dejarse cautivar por el militarismo, y fundó otra publicación, *Il Popolo d'Italia*, y el grupo de los Fasci d'Azione Rivoluzionaria, partidario de la guerra, si bien hubo de abandonar su propio servicio militar en 1917 por las heridas que le provocó la explosión de una granada mientras hacía instrucción.

A esas alturas era ya un antisocialista declarado, convencido de que el gobierno autoritario constituía la única solución a los problemas sociales y económicos que aquejaban a la Italia de posguerra mientras en las calles luchaban por hacerse con la supremacía bandas violentas —entre las que se incluía la suya propia—. A fin de describir su política resuelta y planteada a golpe de personalidad, acuñó el término *fascismo*, del italiano *fascio* («unión») y el latín *fasces*, insignia de la Roma clásica compuesta de un haz de varas dispuesto en torno a un hacha, símbolo de la fuerza lograda por la unidad. En marzo de 1919 tomó forma el primer movimiento fascista de Europa con los Fasci di Combattimento, encabezados por él. Los camisas negras que lo apoyaban, en claro contraste con los tambaleantes gobiernos liberales del período, disolvieron con éxito las huelgas industriales y dispersaron a los socialistas de las calles. Aunque sufrió derrota en las elecciones de 1919, Mussolini fue elegido para el Parlamento junto con otros 34 fascistas en 1921, y antes de que acabase el año fundaría el Partido Fascista Nacional.

En octubre de 1922, después de que las hostilidades entre los grupos de izquierda y derecha alcanzasen un extremo cercano a la anarquía, protagonizó con miles de camisas negras la llamada Marcha sobre Roma (aunque él, en realidad, cogió el tren) y se presentó como el único hombre capaz de restablecer el orden. Desesperado, el rey Víctor Manuel III tomó la fatídica resolución de pedirle que formase un gobierno. El nuevo régimen se erigió sobre los cimientos del miedo. El 10 de junio de 1924, los seguidores de Mussolini secuestraron y asesinaron a Giacomo Matteotti, diputado de relieve del Partido Socialista que había criticado las elecciones de aquel año, en las que los fascistas habían obtenido el 64 por 100 de los votos. Llegado el año de 1926, Mussolini —que se otorgó el título de *Duce* («caudillo») y recibió en un primer momento el respaldo de los liberales— había desmantelado la democracia parlamentaria y marcado con su autoridad personal cada uno de los aspectos del gobierno, amén de introducir una censura estricta y un hábil sistema propagandístico que comportaba una cuidadosa elección de los directores de los diarios de la nación. Dos años más tarde, cuando depositó el poder ejecutivo en las manos del Gran Consejo Fascista, el país quedó transformado de forma efectiva en un estado policial monopartidista.

En 1935, tratando de hacer realidad sus sueños de dominación mediterránea y de creación de un imperio en el África septentrional, ordenó la invasión de Abisinia (la Etiopía de nuestros días), cosa que hizo en octubre sirviéndose de las fuerzas aéreas y de armamento químico (gas mostaza) en una campaña brutal que duró

siete meses y supuso la ejecución sistemática de cuantos prisioneros caían en manos de sus ejércitos, bien en público en la horca, bien arrojándolos desde un aeroplano a mitad de vuelo. La empresa culminó con la anexión de Etiopía a las posesiones de que disponía Italia en el África oriental: Eritrea y Somalia.

Además de por los delirios imperiales de Mussolini, la campaña había estado motivada por las ansias de vengar la humillación sufrida por Italia en marzo de 1896, cuando Etiopía había derrotado a un ejército de la nación en Adua. En la invasión de 1935, para la que se empleó como pretexto cierta desavenencia relativa a las fronteras, los tanques, la artillería y la aviación de Italia se enfrentaron a la hueste, mal pertrechada y peor adiestrada, del emperador Haile Selassie.

Avanzando con constancia hacia la capital etíope, los italianos saquearon el obelisco de Axum, erigido en la Antigüedad, y hostigaron con bombas incendiarias la ciudad de Harar. El 5 de mayo de 1936 tomaron al fin la capital, Adís Abeba, y obligaron a Haile Selassie a huir al monte. El mariscal Badoglio, adalid victorioso de Mussolini, recibió el absurdo título de duque de Adís Abeba. Contraviniendo de forma descarada el Protocolo de Ginebra de 1925, lanzaron entre 300 y 500 toneladas de gas mostaza, incluso sobre las ambulancias de la Cruz Roja.

Entre tanto, desde la seguridad de Roma, Mussolini ordenó la «muerte de todos los prisioneros rebeldes» y dio a sus hombres instrucciones de «poner en marcha una política sistemática de terror y exterminio entre los rebeldes y la población cómplice». En

febrero de 1936, en respuesta al intento de asesinar al gobernador colonial, los soldados italianos se desmandaron durante tres días.

El alto mando del ejército había advertido a Mussolini que semejante desafío a la influencia británica y francesa sobre África y Oriente Medio podía empujar al Reino Unido a una guerra que «dejaría [a la nación italiana] a la altura de los Balcanes». Sin embargo, en este período, el Reino Unido —gobernado por Neville Chamberlain— y Francia habían adoptado una política de apaciguamiento, y Mussolini calculó con razón que no actuarían de manera decisiva —situación que no hizo sino incitar a Hitler—. Con todo, el imperio etíope de Italia resultó efímero: los británicos lo liberaron en 1941. Haile Selassie reinó hasta 1974, y fue Badoglio quien sustituyó a Mussolini en 1943 y firmó la paz con los Aliados. Las atrocidades perpetradas por el Duce en Abisinia llevaron a la Liga de Naciones a sancionar a Italia.

Cada vez más aislado, abandonó dicho organismo y se alió con Hitler en 1937 —el mismo año en que brindó asilo y apoyo al brutal fascista croata Ante Pavelić— y emuló al Führer haciendo aprobar un aluvión de leyes antisemitas. Pronto quedó de manifiesto, sin embargo, que Mussolini era el socio minoritario de aquella compañía cuando el dirigente nazi comenzó a adoptar decisiones militares sin consultarlo.

Cuando Hitler invadió Checoslovaquia en marzo de 1939, dando al traste con las esperanzas de paz que habían despertado los Acuerdos de Múnich el año anterior, el Duce ordenó ocupar la vecina Albania, tras lo cual sus ejércitos barrieron sin esfuerzo al

diminuto ejército del rey Zog. En mayo, los dos dirigentes declararon un pacto de Acero por el que se comprometían a brindarse asistencia en caso de guerra. Europa se echó a temblar. Italia no entró en la segunda guerra mundial hasta la caída de Francia en junio de 1940, momento en que todo parecía apuntar que Alemania se dirigía a una victoria rápida. Sin embargo, la participación italiana —que comenzó con un ataque chapucero a Grecia emprendido en octubre y prosiguió con una serie de derrotas humillantes en el norte de África— fue un desastre absoluto. Pese a todas las baladronadas militaristas de su régimen, el ejército de Mussolini había recibido una preparación desastrosa para un conflicto de semejante escala, amén de haber estado malgastando soldados en los Balcanes y en África. En junio de 1943, tras la llegada angloamericana al litoral de Sicilia, sus seguidores fascistas lo abandonaron y lo mandaron detener, si bien a continuación lo liberaron los comandos alemanes a fin de ponerlo al frente de un protectorado títere al norte de Italia. El 27 de abril de 1945, estando los Aliados a la vuelta de la esquina, lo capturó, disfrazado de soldado alemán, un grupo de partisanos italianos en Dongo, población cercana al lago de Como. Al día siguiente lo fusilaron junto con su amante. A continuación, llevaron sus cadáveres a Milán para colgarlos boca abajo de sendos garfios de carnicero en la plaza de Loreto.

Tōjō

(1884-1948)

*La guerra de la Gran Asia Central
estaba justificada y era legítima.*

*Declaración posterior al intento de
suicidio de septiembre de 1945*

El general Tōjō Hideki, apodado «la Navaja», ocupó el cargo de primer ministro del Japón durante buena parte de la segunda guerra mundial. Fue el cerebro de las agresiones imperiales niponas y el responsable de la espantosa política de engrandecimiento y brutalidad que costó la vida a millones de personas y a punto estuvo de destruir a su nación. Con todo, no tiene sentido atribuir a un solo hombre la culpa de las atrocidades y las embestidas japonesas: Tōjō no era más que el representante de la mentalidad y la conducta que prevalecían entre los burócratas, los nobles y los militares de su país, y que su pueblo secundó con entusiasmo. Las investigaciones recientes han demostrado que el emperador Hirohito participó por completo en las órdenes que provocaron la muerte de tantos seres humanos.

Tōjō, hijo de general, comenzó su carrera castrense siendo muy joven y sirvió de oficial de infantería, de agregado militar y de profesor de escuela marcial. En 1933 había llegado a general de división. Antes, sin embargo, había entrado a formar parte de un grupo militarista de extrema derecha defensor de un ultranacionalismo fanático. Aun así, durante el intento de golpe de estado que emprendieron los nacionalistas radicales el 26 de febrero de 1936 se mantuvo leal al emperador y ayudó a frustrarlo.

Su fidelidad recibió la merecida recompensa en 1937, cuando lo nombraron jefe de estado mayor del ejército de Kwantung en Manchuria. En calidad de tal, representó un papel relevante en el estallido de la segunda guerra chino-japonesa, un conflicto que duraría ocho años y dejaría millones de muertos, siendo así que los militares franceses obviaron tanto el decoro humano como las leyes de la guerra a fin de lograr la conquista imperial de la China. El hostigamiento deliberado del paisanaje, con independencia de su sexo y edad, propició atrocidades como la llamada Violación de Nankín, en la que, entre el mes de diciembre de 1937 y el de marzo de 1938, los soldados nipones aniquilaron entre 250 000 y 350 000 ciudadanos chinos no combatientes.

A medida que avanzaba el conflicto con la China, el ejército japonés fue haciendo cada vez más evidente su dominio sobre el gobierno civil, y Tōjō se vio cada vez más inmerso en la política de la nación. En mayo de 1938 obtuvo el cargo de viceministro de Guerra en el gabinete del príncipe Fumimaro Konoe, y como tal fue uno de quienes defendieron con más vehemencia la firma de un pacto con la Alemania nazi y la Italia fascista al tiempo que presionaba para emprender un ataque preventivo contra la Unión Soviética.

En julio de 1940 asumió el puesto de ministro de Guerra y procedió a supervisar la entrada formal del Japón en el Triple Eje. Llegado el mes de julio del año siguiente, había convencido a la Francia de Vichy a secundar la ocupación nipona de varias bases militares indochinas de gran importancia. Esta acción dejó el paso expedito a las sanciones estadounidenses contra Japón y aumentó las

tensiones entre ambos países. Cuando, en octubre de 1941, obligaron a retirarse a Fumimaro Konoe, Tōjō fue a sustituirlo en calidad de primer ministro, aunque sin dejar la cartera del Ministerio de Guerra. De inmediato declaró su entrega a la creación de un Nuevo Orden en Asia. En un principio apoyó los empeños de sus diplomáticos en propiciar tal cosa a través de un acuerdo con Estados Unidos; pero cuando se hizo evidente que tal cosa no iba a ser posible conforme a los términos deseados, autorizó el ataque a la base naval estadounidense de Pearl Harbor que, el 7 de diciembre de 1941, desencadenó la guerra del Pacífico.

El Japón victorioso invadió Singapur, Malasia, buena parte de la China, Filipinas, Indonesia y una porción considerable del Pacífico, y siguió avanzando en dirección a la India a través de Birmania; pero la Armada estadounidense destruyó su flota en la batalla de Midway, ocurrida en junio de 1942, y fue recuperando de forma gradual el océano a las órdenes del general MacArthur. Tōjō asumió poderes punto menos que dictatoriales, aunque dimitió en julio de 1944, después de la toma de las Marianas por parte de Estados Unidos.

Tōjō hubo de asumir la responsabilidad de la guerra del Japón, casi tan bárbara como la de los nazis en Europa. Los archivos nipones han revelado que el emperador Hirohito no fue un simple peón de los militaristas, sino que los apoyó y los dirigió con entusiasmo. Por lo tanto, debería compartir parte de la culpa por los crímenes de guerra cometidos por la nación, que se atribuyó por completo a aquel. Durante la matanza de Sook Ching de entre febrero y marzo

de 1942, por ejemplo, sus soldados ejecutaron de manera sistemática a cincuenta mil ciudadanos de origen chino de Singapur. Al mismo tiempo, los japoneses emprendieron en la China la llamada «estrategia de los tres *todos*», en virtud de la cual se dio orden a los combatientes de «matar a todos, quemarlo todo y saquearlo todo» con la intención de apaciguar a la nación. De resultas de ello perdieron la vida 2,7 millones de paisanos. Otro caso de los efectos brutales del militarismo nipón fue la infame Marcha de la Muerte de Batán. El 9 de abril de 1942, tras tres meses de combate por esta península filipina, se rindieron formalmente a los japoneses unos 75 000 soldados aliados (64 000 estadounidenses y 11 000 filipinos, aproximadamente), y los vencedores los obligaron a caminar a pie hasta llegar a un campo de prisioneros situado a poco menos de cien kilómetros de donde se encontraban. Muchos murieron ajusticiados por el camino, pues el hecho de detenerse sin permiso se consideraba una muestra de insubordinación y recibía un castigo inmediato; otros muchos perecieron por las condiciones que hubieron de soportar. He aquí el testimonio de un prisionero de guerra, por nombre Lester Tenney, que vivió para contarlo:

Los soldados japoneses llegaron a nuestra zona a las seis de la mañana del 10 de abril de 1942, y tras pasar unos minutos berreando y buscando cigarrillos, nos reunieron como al ganado y nos obligaron a marchar por la carretera principal de Batán, sin más posesiones que las que llevábamos encima en aquel instante. Muchos no tenían cantimplora ni nada con que cubrirse

la cabeza. Estuvimos los cuatro primeros días caminando así, sin agua ni comida... de sol a sol. No parábamos para almorzar, ni cenábamos, y dormimos en un almacén grande en el que cabían bien unas quinientas personas; pero estábamos mil doscientas, y casi no quedaba espacio para echarse. Teníamos que hacer nuestras necesidades en el mismo suelo en que dormíamos... Vi con mis propios ojos matar a un prisionero de un bayonetazo por la espalda porque se paró a beber agua de la que manaba de un pozo artesiano. Muerto por un trago de agua. Las carreteras filipinas estaban rodeadas de charcos en los que descansaban los animales los días de calor. El agua estaba asquerosa, y tenía entre otras cosas excrementos; pero cuando uno tiene sed y lleva días sin beber nada, el deseo anula toda idea de lo que está bien y lo que está mal y lo lleva a uno a salirse de la columna y correr a apartar la espuma que flota encima de todo aquel líquido, que a duras penas puede llamarse agua, para dar un sorbo. Quien hacía eso acababa por contraer disentería, y poco más tarde estaba muerto.

Aun después de dimitir Tōjō, las costumbres bárbaras que había ayudado a crear, y que negaban todo valor a la vida humana, perduraron. Prueba de ello son atrocidades como la matanza de Manila de febrero de 1945, en la que se aniquiló a cien mil paisanos filipinos.

Además de las carnicerías, los japoneses llevaron a término horribles experimentos médicos con los prisioneros y las

poblaciones sometidas. Se probaron armas biológicas y químicas en víctimas seleccionadas a tal fin, en tanto que a otras las sometieron a operaciones quirúrgicas sin anestesia o las expusieron a los elementos al objeto de comprobar cómo reaccionaban sus cuerpos. Se hizo caso omiso de todas las convenciones internacionales relativas al trato de los prisioneros de guerra, a quienes obligaron a trabajar en condiciones espantosas, privaron de alimento y medicinas o torturaron y ejecutaron sin restricción alguna.

Japón se resistió a la derrota con brutalidad y una determinación suicida. Estando las fuerzas norteamericanas cerca ya de la nación y los ejércitos soviéticos acometiendo las regiones niponas de Manchuria, Estados Unidos lanzó sus bombas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki y provocaron la rendición del enemigo.

Hoy sigue siendo difícil de comprender el carácter y la escala de lo que ocurrió. Tras la capitulación incondicional de Japón, producida en agosto de 1945, Tōjō trató de quitarse la vida. Sin embargo, no lo logró, y en abril de 1946 lo sometieron a juicio por crímenes de guerra. Tras ser declarado culpable, murió ahorcado el 23 de diciembre de 1948. Los estadounidenses tomaron al emperador Hirohito como figura nacional querida por su pueblo e ideal para erigirse en monarca constitucional de un nuevo Japón democrático. Hirohito reinó durante mucho tiempo, aunque tuvo mucha suerte de no acabar ajusticiado junto con el general Tōjō.

Ben-Gurión
(1886-1973)

En Israel, para ser realista tiene uno que creer en los milagros.

Declaraciones ofrecidas en una entrevista (1956)

David Ben-Gurión fue el arquitecto y paladín del estado en ciernes de Israel, así como la primera persona que ocupó en él el cargo de primer ministro. Visionario fogoso aunque por demás pragmático, Ben-Gurión transformó el mapa político de Oriente Medio y creó la primera nación para los judíos que veía el mundo en dos mil años. No solo se las compuso para construir esta precaria patria y defenderla contra los ataques de fuerzas superiores hasta extremos abrumadores procedentes de todas partes, sino que instauró la única democracia liberal de toda la región, logro que aun hoy sigue vigente. Su enérgica vitalidad se hizo evidente en cada uno de los aspectos de su vida. Amén de consagrarse a formar una nación, poseía una sed voraz de conocimientos que lo llevó a aprender por su cuenta griego clásico a fin de leer a Platón, y español para entender a Cervantes.

Cuando, siendo aún un mozo de veinte años sin recursos económicos, llegó de Polonia a la Palestina ocupada por los otomanos en 1906, David Grün estaba ya comprometido con los ideales sionistas y socialistas, y no tardó en adoptar la versión hebrea de su nombre. Con él, este soñador ascético, ambicioso y secular se elevó de prometedor activista político contrario a la dominación turca a jefe del ejecutivo sionista de la Palestina

británica. Mucho más tarde, con la declaración de independencia de Israel del 15 de mayo de 1948 se erigió en primer ministro del nuevo estado judío, posición que conservaría, salvo por un interludio de dos años durante la década de 1950, los tres lustros siguientes. Su brío no disminuyó con la edad, y así, formó parte del Parlamento hasta tres años antes de su muerte, ocurrida en 1973.

Ben-Gurión unificó un pueblo históricamente dispar y dividido en un estado propio. Al estallar en Europa la segunda guerra mundial, organizó la huida a Palestina de miles de refugiados judíos cuando las naciones del mundo les cerraron las puertas. Las instrucciones que dio a los judíos palestinos de alistarse en el ejército británico a fin de combatir a los nazis al mismo tiempo que el Reino Unido trataba de prohibir la inmigración judía a Palestina inspiró no poca simpatía internacional por la causa sionista.

Durante el período de dominación británica, Ben-Gurión ayudó a crear instituciones —sindicatos, colectivos agrícolas, fuerzas militares...— con las que formar la columna vertebral de un Israel independiente. Creó, en la práctica, un estado judío de oposición dentro de la Palestina británica listo para entrar en funcionamiento no bien fuera posible. Sin la existencia previa de semejante infraestructura, resulta difícil imaginar que Israel hubiera sido capaz de hacer frente a los ataques de cinco naciones árabes que se produjeron de forma simultánea horas después de la declaración de independencia de la nación.

La autoridad que ejerció en los años posteriores a aquel momento puso de relieve su gran capacidad en calidad de hombre de estado.

Hasta en los peores momentos, Ben-Gurión —que tenía por naturaleza algo de autócrata— se negó a poner en práctica medidas de emergencia que pudiesen poner en peligro la apuesta de Israel por la democracia. La colonización del Néguev, otrora un desierto y hoy una de las regiones más prósperas de la nación, se inició a instancia suya. Él, que había comenzado su vida en Palestina ejerciendo de jornalero, creyó siempre que el sionismo implicaba la conquista de la tierra por intermedio del trabajo judío, y cuando se jubiló se retiró a vivir en el *kibbutz* que había ayudado a crear de joven. Las decisiones de este hombre audaz y voluble, aunque inquebrantable en el valor de sus convicciones sionistas y democráticas, incluida su declaración de independencia, parecían a menudo imposibles o iban en contra de la presión internacional. Moderado en lo político, estaba dispuesto a todo a fin de garantizar la supervivencia del estado. El acuerdo secreto que firmó en 1956 y en virtud del cual invadiría Israel el Sinaí a fin de dar al Reino Unido y a Francia ocasión de hacerse con el canal de Suez suscitó la condena de la comunidad internacional. Sin embargo, él defendió en todo momento la validez de sus acciones, que a la postre garantizaron a Israel otros once años de paz.

Sus ideales no lo cegaron ante la realidad política, ni su resolución le impidió entender a los enemigos de Israel. Fue uno de los primeros en reconocer la validez de las objeciones árabes al sionismo, y trató de forma sistemática de acomodarse a sus posiciones a despecho de las acusaciones de traición y oportunismo que le llovieron de ambos extremos del abanico político israelí.

Después de la guerra de los Seis Días, la suya fue la única voz que, sabiamente, aseveró que Israel debía renunciar a sus colosales adquisiciones territoriales a excepción de un Jerusalén unido y de los Altos del Golán.

Ben-Gurión trató de crear un estado capaz de ser la «luz de todas las naciones», y pese a las dificultades que supusieron las exigencias de la política y la seguridad, jamás abandonó el deseo de ajustarse a los cánones éticos más elevados. No es posible infravalorar el papel que representó este sionista terco, optimista en extremo y resuelto a la hora de asegurar y defender una patria para el pueblo judío. La existencia de Israel y su democracia son un homenaje a su tenacidad.

No obstante lo dicho, David Ben-Gurión también contribuyó a los defectos de su nación: su representación proporcional, que él secundó, ha puesto el destino de Israel a merced de diminutos partidos ultra religiosos y nacionalistas, y sus gobiernos quizá no sean nunca lo bastante fuertes para firmar los tratados de paz que necesita con desesperación el país.

HITLER

(1889-1945)

Si un día la nación alemana deja de ser lo bastante fuerte o de estar lo bastante dispuesta al sacrificio para defender con su propia sangre su existencia, merecerá

perecer y ser aniquilada por cualquier otra potencia más poderosa.

Declaración del 27 de noviembre de 1941

Adolf Hitler es la encarnación del monstruo histórico, la personificación del mal y el cerebro de los mayores crímenes multitudinarios que se hayan perpetrado jamás, amén del responsable de una guerra mundial en la que murieron más de setenta millones de personas, incluidos los seis millones que perdieron la vida en el Holocausto. Ningún otro nombre se ha hecho merecedor de un oprobio semejante ni ha tipificado de igual manera las profundidades en las que puede llegar a hundirse el ser humano. Los desafueros del Führer nazi siguen ocupando un lugar único entre los horrores de la historia.

Nacido en Braunau am Inn (Austria), dejó la escuela a los dieciséis años sin obtener titulación alguna. Sufrió un desengaño cuando rechazaron dos veces su solicitud para estudiar arte en Viena. Allí luchó por sobrevivir con la venta de sus pinturas al tiempo que se empapaba de nacionalismo y antisemitismo.

En 1913 se trasladó a Múnich, y en agosto de 1914 sentó plaza en el ejército alemán, tras lo cual lucharía en el frente occidental y alcanzaría el grado de cabo. En noviembre de 1918, cuando Alemania firmó el armisticio que puso fin a la primera guerra mundial, se contó entre los muchos nacionalistas germanos que

pensaban que sus fuerzas armadas habían sido víctimas de una «puñalada por la espalda». Lo horrorizaron las condiciones del tratado de Versalles, en virtud del cual Alemania perdió gran parte de su territorio y la mayoría de su ejército.

Tras la guerra, Hitler se unió al Partido Obrero Alemán, impresionado por la fusión de nacionalismo, antisemitismo y anti bolchevismo que ofrecía. Poco después se había hecho con una reputación en cuanto orador demagógico, y en 1921 se erigió en dirigente del Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán (o Partido Nazi) y desarrolló un culto de veneración al poder, violencia purificadora y homicidios gratuitos, superioridad racial, eugenesia y caudillismo brutal. Creó una ala paramilitar, la SA (*Sturmabteilung* o «división de asalto»), encabezada por Ernst Röhm.

Inspirado por el ejemplo que estaba ofreciendo Mussolini en Italia, se resolvió a hacerse con el poder, y en noviembre de 1923 emprendió en Múnich un golpe de estado contra la República democrática de Weimar. Al fracasar este, lo detuvieron y condenaron a cinco años de cárcel, aunque apenas cumplió unos meses de dicha pena. Durante su reclusión escribió *Mein Kampf* («Mi lucha»), que rebosaba de antisemitismo, anticomunismo y nacionalismo combativo. Asimismo decidió cambiar de estrategia y tratar de hacerse con el poder a través de las urnas, para después sustituir la democracia con un estado autocrático.

Su oportunidad se presentó con la llegada de la Gran Depresión. En las elecciones subsiguientes, a medida que se deterioraba la economía, el Partido Nazi fue obteniendo resultados cada vez

mejores, y en julio de 1932 se convirtió en la formación más numerosa del Reichstag (el Parlamento alemán). Los comicios de noviembre confirmaron tal posición, y el 30 de enero de 1933, Hitler juró el cargo de dictador.

Después de quemar el Reichstag en febrero de 1933, suspendió las libertades civiles y aprobó una ley que le permitía gobernar en régimen de dictadura. Aplastó a la oposición, tanto de fuera como de dentro del partido: en junio del año siguiente, durante la llamada Noche de los Cuchillos Largos, la SS (*Schutzstaffel* o «escuadrón de protección») acabó con la vida de Röhm y el resto de los cabecillas de la SA. Dos meses después, Hitler, respaldado por secuaces como Hermann Göring y Joseph Goebbels, alcanzó el poder civil y militar absoluto al erigirse en *Führer* («caudillo») y jefe de estado.

Los nazis impulsaron la recuperación económica, reduciendo el desempleo e introduciendo planes ambiciosos como la construcción de la red nueva de autopistas (*Autobahnen*). Muchos de sus antiguos oponentes estaban dispuestos a concederle el beneficio de la duda. Con todo, el milagro económico se consiguió, en gran medida, merced al impulso que se dio al rearme de la nación, en franca violación de lo dispuesto por el tratado de Versalles. Aquella fue la primera frase del proyecto que había concebido Hitler de emprender una guerra europea y racial de carácter deliberadamente brutal.

En marzo de 1936 Hitler volvió a ocupar la zona desmilitarizada de Renania, y tomó buena nota de la respuesta de la comunidad internacional, que no hizo nada al respecto. Esto le dio ánimos, y en

marzo de 1939 se anexionó Austria; en septiembre tomó los Sudetes, región germano-hablante de Checoslovaquia, y en marzo ocupó lo que quedaba de esta. En ninguno de estos casos topó con demasiada resistencia por parte de las otras potencias europeas. Había cumplido su principal promesa: lo dispuesto en Versalles había quedado reducido a nada más que «un trozo de papel».

Hitler firmó el Pacto Mólotov-Ribbentrop con el dictador soviético Yósif Stalin, por el que estos dos tiranos brutales se dividieron la Europa oriental. En septiembre de 1939 conquistó Polonia, y su invasión provocó la declaración de guerra de británicos y franceses. Sin embargo, en la primavera de 1940 los ejércitos alemanes pusieron rumbo al oeste y ocuparon Noruega, Dinamarca, los Países Bajos y Francia en una campaña relámpago. En 1941 cayeron tanto Yugoslavia como Grecia, y solo quedó invicto el Reino Unido. El dirigente alemán, a la cabeza de su bárbaro imperio continental, parecía invulnerable.

En junio de 1941 emprendió un ataque por sorpresa contra la Unión Soviética de Stalin en la denominada Operación Barbarroja, y provocó el enfrentamiento más vasto y brutal de la historia del ser humano, en el cual murieron 26 millones de personas solo en el lado soviético. Él se trasladó al este a fin de dirigir su campaña más abarcadora desde la Guarida del Lobo, el cuartel general de que disponía en Polonia oriental. Las fuerzas alemanas lograron al comienzo de la campaña una serie de victorias pasmosas en las que hicieron unos seis millones de prisioneros, y que las llevaron a las puertas de Moscú, la capital soviética.

Entre tanto, en la Europa ocupada por los nazis estaba cobrando fuerza un proyecto aún más terrible. En *Mi lucha*, Hitler se había referido con aire amenazador a las intenciones que albergaba respecto de los judíos, y la privación de sus derechos civiles en virtud de las Leyes de Núremberg de 1935 y 1936 hacían pensar que estaban por venir tiempos peores. A finales de la década, cuando comenzó a asomar la sombra de la guerra, se dieron signos aún más ominosos: la Noche de los Cristales Rotos (o *Kristallnacht*) de noviembre de 1938 había propiciado una oleada de ataques a los hogares y las propiedades de los judíos en toda Alemania.

Si en un primer momento se contentó con esclavizar y matar de hambre a los eslavos y expulsar a los judíos de las tierras alemanas para internarlos en guetos y campos de concentración distribuidos en la Polonia ocupada, en aquel momento dio órdenes de emprender un programa de exterminio mediante el uso de fuerzas especiales (los *Einsatzgruppen*) destinados a fusilar a millones de hebreos. La Operación Barbarroja sirvió de detonante y excusa para la «solución final a la cuestión judía». En respuesta a las instrucciones dadas por Hitler a Heinrich Himmler, *Reichsführer* de la SS, se trasladó a aquellos a campos de exterminio a fin de acabar con ellos en cámaras de gas a escala industrial. El Holocausto —que tal fue el nombre que le asignaría la historia— se cobró la vida de seis millones de judíos y de un número aún mayor de integrantes de las minorías odiadas por los nazis: gitanos, eslavos, homosexuales... La magnitud de semejante crimen sigue hoy sin parangón en la historia.

Sin embargo, los soviéticos derrotaron a los alemanes en Stalingrado entre 1942 y 1943, y tras la victoria obtenida en Kursk durante el verano de 1943, fueron destruyendo de forma lenta pero inexorable el imperio de Hitler y avanzando hasta Berlín. En junio de 1944, los Aliados invadieron el norte de Francia con los desembarcos del Día D y comenzaron a abrirse paso hacia Alemania a fin de encontrarse allí con los soviéticos. No obstante, el dirigente alemán, cada vez más brutal y desapegado de la realidad, se negó a admitir la situación y exigió a sus soldados que siguiesen combatiendo hasta que no quedara uno solo con vida. Mientras Alemania se veía atrapada de manera paulatina entre el Ejército Rojo, al este, y los británicos y estadounidenses, al oeste, Hitler huyó a su búnker de Berlín el 16 de enero de 1945, junto con una serie de asistentes y, más tarde, Eva Braun y la familia Goebbels. El 16 de abril dio comienzo el Ejército Rojo a la batalla de Berlín, atacando la ciudad con un movimiento de tenaza que no tardó en dejarla a su merced.

Hitler pasó ese tiempo dando órdenes a ejércitos inexistentes que lanzasen ofensivas imposibles, acusando de traición a Göering y Himmler, sucesores suyos en potencia, y organizando meriendas cursis con sus devotas secretarias. En otras partes del fortín, sus guardias de la SS y el personal femenino se entregaban a desenfundadas bacanales alcohólicas. El 28 de abril, al saber de los empeños de Himmler en negociar la paz, montó en cólera e hizo ejecutar con arma de fuego al oficial de la SS Hermann Fegelein

(cuñado de Eva Braun y favorito de Himmler) en los jardines de la cancillería.

El 29 de abril contrajo matrimonio con Braun en una ceremonia civil celebrada en el búnker, y al día siguiente ambos ingerieron cápsulas de cianuro tras probar su eficacia con *Blondi*, el perro de Hitler, quien se descerrajó un tiro en la sien derecha. La declaración de los testigos que aseveraban que se habían quemado los restos fue a corroborarse —y a acallar los rumores de que había huido a Suramérica— cuando los oficiales del SMERSH (la unidad de contraespionaje del Ejército Rojo) descubrieron parte de ellos en los alrededores del refugio y confirmaron su identidad merced al historial dental de Braun y Hitler. El esqueleto de él fue enterrado en la base aérea soviética de Magdeburgo (Alemania Oriental) y exhumado e incinerado en 1970 por orden de Yuri Andrópov, entonces jefe del KGB. El Servicio de Archivos Generales de Moscú expuso en 2.000 parte del cráneo.

Nehru

(1889-1964)

Aunque ocurre en raras ocasiones en la historia, llega un momento en que salimos de lo viejo para entrar en lo nuevo, en que acaba una era y halla su expresión el alma de una nación reprimida desde antiguo.

Jawaharlal Nehru, llamado cariñosamente «Panditji», fue la primera persona que ocupó el puesto de primer ministro de la India, nación que gobernó durante poco menos de veinte años; el padre de la mayor democracia de la Tierra, y también, sin embargo, un político a menudo errado cuyos proyectos socialistas frenaron la economía del país, cuyas tendencias centralizadoras exacerbaron la tragedia de la partición de la India y cuya política exterior hizo el juego a los soviéticos. Con todo, su legado no consiste solo en el éxito de la India democrática, sino también en la estirpe política más próspera de la democracia moderna. En el este de Asia y Oriente Medio, el factor dinástico posee una gran relevancia en el ámbito del poder, y la India ha estado dominada por Nehru y su familia desde entonces hasta entrado el siglo XXI.

Este descendiente de letrados de la Compañía de las Indias Orientales era hijo de Motilal Nehru, abogado de gran éxito y riqueza, anglicanizado y refinado, que dirigió con otros el Congreso Nacional Indio, del que fue presidente en ocasiones. Recibió la mejor educación inglesa en la Harrow School —a la que también asistió Winston Churchill, viejo enemigo de la independencia de la India— y en el Trinity College de Cambridge (en ambos centros se referían a él en ocasiones como «Joe» Nehru). Pese a todo, desde muy joven participó con su padre y con Gandhi en el movimiento independentista. De cuando en cuando sufrió detención junto con su padre, y cuando comenzó la guerra, a despecho de los conflictos que tuvo con Gandhi durante la década de 1930, se había ganado

por derecho propio la consideración de dirigente. Pasó buena parte del tiempo entrando y saliendo de las cárceles británicas mientras el gobierno del Reino Unido se enfrentaba a la disyuntiva de si debía quedarse con la India o concederle la independencia. Pese a los rumores de escisión respecto de Gandhi, este último lo reconoció en calidad de protegido y heredero en 1941.

Llegado el final de las hostilidades, era evidente que los británicos cederían a las peticiones indias de independencia. En 1946, el primer ministro, Clement Attlee, creó una comisión a fin de determinar cómo había que proceder. Tras consultar a los dos partidos mayoritarios, el Congreso de Nehru, que representaba a los hindúes, y la Liga Musulmana Panindia de Jinnah (Muḥammad 'Alī Īinnāh), los británicos propusieron una India descentralizada con cierto autogobierno para las provincias mahometanas e hindúes. Nehru, dirigente del partido más nutrido de la recién elegida Asamblea Constituyente, se hizo con el cargo de primer ministro del gobierno provisional. Attlee envió a lord Louis Mountbatten a la India en calidad de último virrey con órdenes de garantizar que la independencia no se produciría más tarde de 1948. Sin embargo, este tomó la fatídica decisión de acelerar los acontecimientos en 1947, y hubo de enfrentarse a la oposición de la minoría selecta hindú, que se negaba a ver dividida la nación, y de los musulmanes, a quienes no hacía la menor gracia la idea de tener una India centralizada en manos de la minoría selecta hindú. La presión, cada vez mayor, llevó a Mountbatten a dar el visto bueno a una partición apresurada y mal concebida del imperio británico de la India en dos

naciones, la India y el Pakistán, que se traduciría en la matanza de un millón de personas y en un colosal movimiento migratorio. Mountbatten se sintió frustrado ante Jinnah y los musulmanes, aunque gozó de un buen trato con Nehru. Es probable que este último tuviese una aventura, o cuando menos una relación romántica con la virreina, la formidable Edwina Mountbatten.

Nehru declaró la independencia de la India el 15 de agosto de 1947 en estos célebres términos:

Hace muchos años tuvimos una cita con el destino, y ha llegado el momento de cumplir con nuestro compromiso, si no por entero, sí de forma muy sustancial. Cuando el reloj dé la medianoche y el mundo entero duerma, la India se despertará a la vida y a la libertad. Aunque ocurre en raras ocasiones en la historia, llega un momento en que salimos de lo viejo para entrar en lo nuevo, en que acaba una era y halla su expresión el alma de una nación reprimida desde antiguo. Nada más apropiado que el que, en este instante solemne, asumamos la promesa de consagrarnos al servicio de la India y su pueblo y a la causa, aún más amplia, de la humanidad.

Tras ganar las primeras elecciones y los sucesivos comicios, se convirtió en primer ministro de la India independiente recién nacida y permaneció en el cargo los siguientes dieciséis años. Dio a su nación democracia y estabilidad, un logro de veras colosal, aunque muchas de sus demás acciones políticas fueron contraproducentes.

La planificación estatal de este socialista cercano al fabianismo fue tan completa que paralizó la economía durante varias décadas. En asuntos de política exterior, su régimen de neutralidad en la guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética fue a beneficiar a esta última y atrajo a la India en demasía hacia su esfera. Los soviéticos fueron los mayores patrocinadores de Nehru y su Congreso hasta después de entrada la década de 1970. La base con que contaba en Delhi el KGB era la mayor del mundo.

En 1962, el programa de provocación que emprendió en la frontera con la China desembocó en una guerra, breve aunque peligrosa, entre ambas naciones. Nehru murió mientras aún ocupaba el cargo, y, además de la democracia, legó a la India su familia y la maquinaria política del Partido del Congreso.

Desde los primeros días de la independencia había tenido por jefa de gabinete y anfitriona a Indira, su única hija, mujer ambiciosa e implacable casada con Feroze Gandhi —quien no guardaba parentesco alguno con el Mahatma— en 1941. Llegada la década de 1960, se habían dado ya tensiones entre el anciano primer ministro y su exaltada hija, de cuyas aspiraciones recelaba.

Indira Gandhi ganó las elecciones en 1966, tras el breve mandato de Shashri y pese a las burlas de los rivales que la consideraban una «muñeca tonta». En 1971, cuando la región oriental del Pakistán trató de separarse del resto del territorio pakistaní, apoyó a los rebeldes y entabló con aquel una guerra de escasa duración de la que surgió un Bangladesh independiente. La victoria lograda sobre el Pakistán la llevó a confiarse en exceso. Ganó los comicios de 1971

ayudada por su campaña de erradicación de la pobreza; pero cuando los tribunales la acusaron de corrupción electoral y malversación de fondos, recusó las protestas resultantes, se negó a dimitir y declaró el estado de emergencia y gobernó por decreto con el respaldo de su hijo menor Sanjay, político ambicioso al que había elegido heredero. Hizo valer su autoridad de manera inexorable y detuvo a miles de opositores. Cuando al fin convocó elecciones en 1977, ella y su hijo perdieron sus escaños, y el nuevo gobierno los hizo arrestar y los llevó ante los tribunales.

Pese a todo, Indira obtuvo una victoria aplastante en las elecciones de 1980, y regresó al poder hasta que la asesinaron en 1984 sus propios guardaespaldas sijes. La sucedió en el cargo de primer ministro su hijo mayor, Rajiv, piloto de carácter amable e indeciso (Sanjay había muerto en un accidente de aviación en 1980) que gobernó hasta 1989, cuando perdió los comicios su gabinete, manchado por la corrupción. Lo asesinaron integrantes de los Tigres Tamiés en 1991, aunque su viuda, Sonia, de origen italiano, asumió la Presidencia del Partido del Congreso, que ganó las elecciones de 2004. Aunque declinó el cargo de primera ministra, nombró en su lugar a Manmohan Singh y manejó los hilos entre bastidores. Su hijo Rahul Gandhi llegó a secretario general del partido: la dinastía no ha perdido su fuerza.

Bulgákov
(1891-1940)

No cabe hablar de escritores que callan, pues quien calla no puede ser nunca escritor de verdad.

Mijaíl Bulgákov, el autor soviético que en vida se vio elevado a la gloria o prohibido, dejó como legado una de las novelas más grandes del siglo XX: *El maestro y Margarita*, una sátira disparatada y mordaz de la Rusia soviética que desafía la tiranía y el despotismo, y celebra la habilidad del espíritu humano para triunfar sobre la dictadura.

El argumento de esta obra, en cuya redacción invirtió el novelista más de dos lustros, es complejo y fantástico. Por un lado, narra los estragos que provocan en el Moscú de la década de 1930 el diablo (Vóland, personaje basado en Stalin) y sus secuaces, y por otro, se sitúa en la Jerusalén del año 33 para analizar el papel que representó Poncio Pilatos en la crucifixión de Cristo. Entre tanto, el maestro, escritor perseguido por las autoridades soviéticas por una novela sobre el mismo asunto, se ha retirado a un manicomio, lugar que parece ofrecer un refugio más cuerdo que el mundo exterior. Su amante, Margarita, se niega a caer en la desesperación y baila con el diablo a fin de salvar al maestro.

Bulgákov era muy consciente de la imposibilidad de publicar en vida su obra de arte. Amén de explorar la compleja interacción entre el bien y el mal, el valor y la cobardía, y la inocencia y la culpa, la novela aboga por la emancipación del espíritu en un mundo privado de libertad. Al poner de relieve la incapacidad de quienes se hallan

en el poder para someter a sus dictados el alma de las gentes a las que sojuzga, su obra supuso un desafío fundamental a la Rusia estalinista.

El maestro y Margarita se dio a la prensa por vez primera tras la muerte de Stalin, por entregas publicadas en 1967. Las profundas modificaciones de la censura no evitaron su éxito inmediato, y, de hecho, la prosperidad de que goza desde entonces constituye una prueba viva de su tesis del triunfo final del arte sobre la tiranía. Antes de que acabase la década de 1960, Mick Jagger usó el libro de inspiración para la canción de los Rolling Stones «Sympathy for the Devil».

Nacido en Kiev de padre profesor, Bulgákov se licenció en medicina en 1916 y sirvió en hospitales de campaña con el Ejército Blanco durante la guerra civil rusa. Su formación sanitaria, compartida con otros escritores como Chejov, Conan Doyle o Somerset Maugham, constituye un adiestramiento ideal en el arte de la observación. Los cuentos que extrajo de su experiencia de médico rural constituyen lo mejor que escribió en narrativa breve. Su negativa a huir de su patria o convertirse en portavoz de la propaganda comunista, lo convirtió, según sus propias palabras, en «el único lobo literario» de la Unión Soviética. Durante la primera década que dedicó a la escritura, los veredictos hostiles superaron a los favorables por 298 a 3. Las autoridades reprimieron sus obras teatrales —aun las adaptaciones menos controvertidas y las de contenido histórico que él creía que pasarían inadvertidas—, y él mismo quemó la redacción inicial de *El maestro y Margarita* ante la angustia que le provocaba

la inutilidad de producir escritos imposibles de publicar. En una carta remitida al gobierno soviético en 1930 a fin de solicitar el permiso necesario para emigrar, resumió en estos términos la suerte que estaba condenado a correr en calidad de autor prohibido: «persecución, desesperación y muerte». Para sus contemporáneos, su muerte, ocurrida en 1940 de resultas de una dolencia renal hereditaria, se debió en igual medida al trato que recibió de Stalin. Se había hecho notar en la Rusia posrevolucionaria en calidad de periodista y dramaturgo del Teatro de las Artes de Moscú. El éxito colosal que obtuvo con *Los días de los Turbín*, adaptación de *La guardia blanca*, su soberbia novela sobre la guerra civil, se estrenó en 1926. Está basada en su propia infancia feliz en el seno de una familia tan nutrida como afectuosa de clase media alta, fue la primera obra escénica posterior al triunfo del bolchevismo que presentaba un retrato amable de los blancos contrarrevolucionarios. Se había visto coaccionado a cambiar el título y a darle un final más amable para con la causa comunista; pero tal cosa había bastado para convencer a Stalin, quien disfrutó de aquella visión de la vida familiar durante la guerra civil y la interpretó como una muestra de la fuerza abrumadora del bolchevismo. De hecho, se convirtió en la obra favorita del dirigente, quien llegó a asistir a quince representaciones.

En la última década de su vida, Bulgákov, cada vez más enfermo y desilusionado, contó con dos cuerdas de salvamento. La primera fue el mismísimo Stalin, quien lo libró de la destitución total al tiempo que asfixiaba su carrera artística. Supo reconocer su arte sin dejar

de desconfiar de él en lo político. De haber sabido que estaba escribiendo en secreto *El maestro y Margarita*, lo habría mandado liquidar. Tras una llamada de teléfono personal, tan siniestra como alentadora, que le hizo el tirano, su obra preferida entró a formar parte del repertorio del Teatro de las Artes de Moscú, en donde le procuró un puesto en calidad de ayudante de dirección. La segunda fue su tercera esposa, Yelena Serguéievna, quien le sirvió de modelo para el personaje de Margarita, cuyo amor incondicional sustenta y salva al maestro acosado. Yelena garantizó la supervivencia de la obra maestra de Bulgákov, que libró de la quema hasta que se publicó, poco antes de morir ella en 1970.

No cabe considerar a Bulgákov un disidente en el sentido recto del término, pues subsistió en la Unión Soviética estalinista a fin de escribir, y en este sentido fue más un autor convencional que un activista político. Como los otros genios creativos del régimen de Stalin —los poetas Anna Ajmátova y Ósip Mandelstam, el novelista y poeta Borís Pasternak (autor de *El doctor Zhivago*), el compositor Dmitri Shostakóvich y el novelista Vasili Grossman (autor de *Vida y destino*, otra de las obras que sobrevivieron para socavar la tiranía) —, transigió en parte con el sistema a fin de sobrevivir (si bien a Mandelstam lo aplastó este tras la escabrosa embestida poética que emprendió contra su dirigente). De hecho, escribió la obra teatral *Batumi*, relativa a las hazañas de juventud del dictador, al objeto de celebrar su sexagésimo cumpleaños en 1939. Stalin, sin embargo, la rechazó, y la salud del dramaturgo se desplomó y lo llevó a la tumba

poco después. «Hasta hemos logrado —llegó a alardear el dirigente soviético— que trabaje para nosotros Bulgákov».

Stalin mató a muchos otros escritores, y, sin embargo, tal como asevera la célebre cita de Bulgákov: « ¡Los manuscritos no arden!».

Franco

(1892-1975)

El Jefe responde ante Dios y ante la Historia.

Aunque Francisco Franco, generalísimo de España desde 1939 hasta 1975, es en muchos sentidos el tirano olvidado, y sus actos quedaron relegados a un segundo plano en comparación con los de Adolf Hitler y Yósif Stalin, fue, sin lugar a dudas, uno de los monstruos de la historia. Este caudillo fascista se hizo con el poder con brutalidad y terror durante una guerra civil salvaje empeñada en la década de 1930, y atemorizó a la población civil española durante el cuarto de siglo siguiente. Mientras la democracia florecía en el resto de la Europa occidental después de la segunda guerra mundial, su bestial dictadura militar siguió aplastando toda disensión y ejecutando y torturando a sus presuntos enemigos.

Franco nació en el noroeste de España en 1892, en la ciudad naval del Ferrol, hijo de una católica de clase media alta, devota y conservadora, y un hombre difícil y excéntrico que esperaba que siguiese sus pasos en la Armada. No obstante, los recortes presupuestarios introducidos en estas fuerzas lo llevaron a sentar

plaza en el ejército de Tierra a la corta edad de catorce años. Su feroz profesionalidad le granjeó una reputación nada desdeñable en cuanto soldado valiente y motivado y le valió el grado de capitán en 1916 y el de general —el más joven de España— en 1926, a los treinta y cuatro años.

Pese a la firme lealtad que profesaba a la monarquía, no comenzó a participar de forma manifiesta en política hasta 1931, cuando la abdicación del rey dejó el gobierno en manos de los republicanos. Cuando los conservadores recuperaron el poder dos años más tarde, lo reconocieron como un posible aliado poderoso, lo ascendieron a general de división y le confiaron la represión del levantamiento protagonizado por los mineros asturianos en octubre de 1934. Sin embargo, la victoria obtenida en las urnas por los liberales del Frente Popular en 1936 provocó su degradación y su traslado a las Canarias. Meses después, no obstante, el bloque nacionalistas de derecha pidió al ejército que se uniera a él en rebelión contra el gobierno, que había sido incapaz de estabilizar la nación. Había empezado la guerra civil española.

En un comunicado radiofónico emitido desde las Canarias en julio de 1936 declaró su adhesión inmediata a los rebeldes, y tras una serie de altibajos de las fuerzas nacionalistas en Marruecos y Madrid, se le asignó la dignidad de generalísimo, lo que lo convirtió en cabecilla de la causa nacionalista durante los tres años de hostilidades.

Su empresa bélica se hizo merecedora de infausta memoria por la brutalidad indiscriminada con que se condujo respecto del

paisanaje, en ocasiones con la ayuda de los gobiernos fascistas de Alemania e Italia. Franco organizó una campaña de represión que causó la muerte de doscientas mil personas. La atrocidad más infame de cuantas se perpetraron fue el bombardeo de la localidad vasca de Guernica, efectuado por la Legión Cóndor alemana un día de mercado de 1937. Pese a que no era objetivo militar y carecía de defensas antiaéreas, la Luftwaffe la batió todo el día y ametralló las carreteras de salida para evitar la huida de los paisanos mientras el municipio se hallaba envuelto en llamas. El número de víctimas mortales estimado asciende a las 1654 personas.

Cuando el generalísimo firmaba las condenas a muerte, marcaba con una *E* a quienes debían ser ejecutados, con una *C* a quienes conmutaba la pena y, lo que es más macabro y revelador de todo, con la frase *garrote y prensa* a determinados personajes conocidos a cuyo ajusticiamiento cumplía dar publicidad. Nada resume de un modo mejor la crueldad miserable de los vencedores de la guerra civil española. Franco se asemejaba a aquel general decimonónico compatriota suyo que, en su lecho de muerte y ante la pregunta de su confesor de si perdonaba a sus enemigos, respondió: «No tengo: los he mandado fusilar a todos».

Para toda una generación de intelectuales de izquierda, la lucha de la España republicana por defenderse ante los nacionalistas de Franco fue compendio de la lucha entre el progreso socialista y la reacción fascista. Autores idealistas como George Orwell, Ernest Hemingway y el francés André Malraux acudieron a la península Ibérica a fin de combatir por la causa republicana. En total

participaron en el conflicto unos treinta y dos mil voluntarios extranjeros de Europa y América, en tanto que la Alemania nazi y la Italia fascista surtieron de fondos y soldados el ejército franquista, amén de soltar sus bombas sobre el paisanaje de las regiones dominadas por los republicanos.

La Unión Soviética de Stalin proporcionó a la República 331 carros de combate y 600 aeroplanos, junto con un número elevado de pilotos, a cambio de las reservas de oro de la nación. Al decir de las investigaciones históricas recientes, el terror rojo supuso la muerte de entre 40.000 y 100.000 personas en España, si bien las cifras precisas se ignoran.

Durante el sangriento verano de 1936 se eliminó en Madrid a unos 8.000 presuntos nacionalistas, y a otros tantos en Cataluña, zonas ambas de dominio republicano. Los propietarios rurales adinerados, los industriales y quienes guardaban relación alguna con la iglesia Católica recibieron un trato particularmente brutal a manos de las diversas facciones de la República. Pese a su condición de no combatientes, murieron casi 7000 religiosos, incluidas casi 300 monjas.

Si bien algunos republicanos defendieron estas matanzas aduciendo que los del otro bando eran aún peor, otros trataron de adoptar una posición más objetiva. Al referirse a las atrocidades cometidas por los de su propio lado, la intelectual anarquista Federica Montseny se dolía de aquella sed de sangre, a su ver inconcebible en gentes honradas antes del conflicto.

Una de las paradojas de la historia es que, en tanto que el terror de Stalin entre los republicanos resulta tan infame como el terror rojo ante el que murieron tantos supuestos derechistas, Franco y los nacionalistas mataron a muchísimos más: en la represión que puso por obra Franco durante la guerra murieron unas doscientas mil personas, en tanto que otro medio millón de ellas permaneció en sus campos y sus cámaras de tortura tras las hostilidades. El caudillo cumplió sin duda la promesa formulada por su general Queipo de Llano: «por cada víctima que hagáis, he de hacer lo menos diez».

La victoria, cuando llegó al fin, no bastó a Franco. «Han acabado, han terminado las jornadas de la guerra... pero el enemigo no está muerto», declaró en 1939. Durante el conflicto había elaborado una serie de listas de sospechosos de comunismo a los que había que detener, y una vez convertido en señor del estado, se propuso arrestar y aniquilar a sus oponentes. Cientos de miles de republicanos huyeron del país mientras, entre 1939 y 1943, se ejecutaba de manera sumaria y sistemática a entre cien mil y doscientos mil no combatientes o rendidos.

La represión caracterizó todos los aspectos del régimen franquista. En teoría, volvió a instaurar la monarquía, aunque sin nombrar a un rey y reteniendo en sus propias manos todos los poderes ejecutivos. Se abandonó la democracia; las críticas se consideraron actos de traición; fueron comunes los encarcelamientos y los abusos a cuantos se oponían al sistema; el Parlamento se convirtió en un mero títere del gobierno; se prohibieron los partidos políticos

contrarios al régimen y las huelgas; se otorgaron a la iglesia Católica las riendas de la política social y la educación; se acalló a los medios de comunicación; el talento creador quedó estrangulado por la estricta intervención de la censura, y la policía secreta, que incurrió en actos de tortura y homicidio hasta la muerte misma del generalísimo, ocurrida en 1975, reprimió sin piedad toda disconformidad. Haciendo caso omiso a la crítica internacional, insistió en firmar personalmente hasta el final todas las órdenes de ejecución mientras su familia contraía lazos matrimoniales con la aristocracia y amasaba una fortuna colosal.

Una de las medidas representativas de la índole del régimen de Franco fue su vergonzosa decisión de brindar asilo a Ante Pavelić, dictador fascista de Croacia durante la segunda guerra mundial a quien se suponía responsable de más de seiscientos mil muertes. En lo que duraron las hostilidades en Europa, asimismo, agradeció a Hitler y a Mussolini el respaldo que le habían otorgado en la guerra civil enviando tropas —limitadas, eso sí, en número— a fin de ayudar a los nazis en su lucha contra los soviéticos. Sin embargo, subsistió gracias a que se resistió a las peticiones de unirse a la campaña bélica formuladas por el dirigente de Alemania y luego postulándose como anticomunistas después de 1945.

La política española aún no ha logrado exorcizar por completo el fantasma de Franco. En una fecha tan reciente como la del año 2004 se ha creado una comisión destinada a compensar a sus víctimas y supervisar la exhumación de fosas comunes.

Mao Zedong
(1893-1976)

Miro a Mao y veo una copia perfecta de Stalin.

Nikita Jruschov

El presidente Mao, revolucionario, poeta y cabecilla guerrillero, fue el dictador comunista de la China que provocó la muerte de setenta millones de sus conciudadanos a golpe de brutalidad, egoísmo, radicalismo utópico, completo desdén por la vida y el sufrimiento humano, y proyectos grandiosos hasta la locura. Manipulador nato dotado de unas ansias crueles de poder, este monstruo parecía disfrutar con torturar y asesinar a sus propios camaradas, ejecutar o dejar morir de hambre a millones de personas y aun con incurrir en el peligro de provocar una guerra nuclear, al objeto de promover su visión marxista-estalinista-maoísta de una superpotencia china dominada por el culto semidivino a su propia persona.

Nació en Shaoshan, pueblo de la provincia de Hunan, el 26 de diciembre de 1893. Obligado a trabajar en la granja familiar en la pubertad, se rebeló contra su padre —tratante de grano de gran prosperidad— y dejó su casa para buscarse una formación en Changsa, capital de la provincia, en donde participó en la revuelta contra la dinastía Manchú de 1911. Aunque coqueteó con varias ocupaciones, no llegó a consagrarse a ninguna de ellas hasta unirse, en 1921, al Partido Comunista chino, de reciente formación. Contrajo matrimonio con Yang Kaihui en 1920 y tuvo dos hijos

varones con ella (más tarde tomaría por esposa a He Zizhen, en 1928, y a la célebre actriz Lan Ping —por nombre verdadero Jiang Qing—, en 1939). A los veinticuatro años expresó su filosofía amoral en estos términos: «Las gentes como yo solo tienen deberes para consigo mismas». Idolatraba «el poder semejante a un huracán surgido de un barranco profundo, a un maníaco sexual enardecido... Adoramos los tiempos de guerra... Nos encanta navegar los mares tempestuosos... Hay que derruir el país para luego reformarlo... Los que somos así ansiamos verlo destruido». En 1923 los comunistas se aliaron con el Kuomintang (Partido Nacionalista), y al regresar a Hunan a fin de dar promoción a este último, Mao siguió fomentando actividades revolucionarias con el convencimiento de que los campesinos chinos se alzarían «como un tornado o una tormenta, con una fuerza tan extraordinariamente rápida y violenta que no habrá poder, por grande que sea, que pueda reprimirlos».

En 1926, Chiang Kai-shek, dirigente del Kuomintang —el déspota militar desdentado cuyo régimen despiadado, corrupto e inepto en grado sumo, respaldado por matones, permitiría a Mao y a los comunistas lograr su victoria a la postre y conquistar China—, ordenó emprender la llamada Expedición del Norte a fin de consolidar el poder gubernamental fragmentado. En abril de 1927, tras derrotar a más de una treintena de caudillos, aniquiló a los comunistas de Shanghái, y al año siguiente quedó al mando de toda la nación al ser nombrado generalísimo. Mao, entre tanto, se había retirado a las montañas del Jinggang, desde donde regresó

convertido en dirigente rojo antes de embarcarse en una campaña de guerrilla. «El poder político emana del cañón de una arma de fuego», declaró.

En 1931 se erigió en presidente de la República Soviética de la China en Jiangxi. No le importaba matar, chantajear ni envenenar a sus rivales —de los cuales acabó con 700.000 en una campaña de terror efectuada entre 1931 y 1935—, y poseía los mismos dones políticos que Stalin: el deseo de poder, la crueldad, la adicción al desorden y una habilidad pasmosa para manipular a los demás. También como él, destrozó a sus esposas y a sus amantes, hizo caso omiso de sus hijos y emponzoñó la existencia de todo aquel con quien tenía contacto cercano. Muchos llegaron incluso a enloquecer. En 1933, después de varias derrotas, Chiang lanzó una nueva guerra de desgaste que desembocó en el cambio de rumbo radical que llevaría a los comunistas a marginar a Mao y, aconsejados por el agente soviético Otto Braun, acometer un contraataque desastroso y, en consecuencia, la colosal retirada conocida como la Gran Marcha. Cuando tocaba a su fin la década de 1930, la colaboración de escritores occidentales crédulos como Edgar Snow o Han Suyin habían ayudado a Mao a crearse una imagen de dirigente campesino, poeta y maestro de la táctica de guerrilla, y a presentar aquella huida como un viaje épico en el que salvó heroicamente al Ejército Rojo de la embestida de los nacionalistas. En realidad, buena parte de todo ello fueron invenciones concebidas para ocultar su ineptitud militar y el desperdicio deliberado de unidades militares a fin de desacreditar a los rivales comunistas.

En 1937, el Japón emprendió una invasión a gran escala de la China. El joven mariscal Zhang Xueliang secuestró a Chiang y lo obligó a unir sus fuerzas a las de Mao. Este último, en secreto, hizo cuanto estaba en sus manos por minar la empresa bélica del generalísimo, lo que en determinado momento supuso también colaborar con los servicios de espionaje nipones. Llegado 1943, se había hecho con la supremacía del Partido Comunista, eliminando por envenenamiento u otros medios a sus rivales y críticos con una eficacia brutal. Siguió tratando de granjear el favor de la Unión Soviética para los comunistas, cuyo futuro quedó garantizado cuando Stalin ayudó a derrotar al Japón en 1945.

La cleptocracia de Chiang, incompetente en lo militar y respaldada en gran medida por Estados Unidos, se desmoronó cuando Mao, receptor de cantidades ingentes de material soviético y del consejo de Stalin, expulsó de forma gradual al Kuomintang del continente. En 1949 declaró la República Popular de la China y se sumió en un reinado imperial de caprichos tercos, radicalismo ideológico, egoísmo mesiánico, colosal ineptitud y homicidios multitudinarios. «Debemos matar. Decimos que es bueno matar», declaraba este «hombre sin límites». Aquel año aniquilaron a tres millones de personas.

Entre 1951 y 1952, Mao sometió a la nación a sus campañas de los tres y los cinco *anti* - destinadas a acabar con la burguesía china. Había espías infiltrados en todas partes a fin de delatar a los presuntos transgresores, a los que se imponían multas severas si tenían la suerte de que no los enviasen a campos de trabajo o los

ajusticiaran. Mao gobernó como un emperador rojo, velando de forma paranoica por su propia seguridad, siempre de un lado a otro, manipulando con habilidad a sus secuaces y sacrificando sin piedad a antiguos camaradas suyos con la intención de retener el poder a toda costa. «Demasiado indulgente —declaraba siempre—: hay que matar más». Mientras vivía como un rajá en sus cincuenta haciendas particulares, en donde usaba a bailarinas militares a modo de «concubinas imperiales», guiaba a la China por el camino que la llevaría a convertirse en una superpotencia, empleando a sus ejércitos contra Estados Unidos en la guerra de Corea al objeto de persuadir a Stalin a proporcionarle tecnología bélica y, en particular, nuclear. Poco le importaba que tuviese «que morir la mitad de los chinos» en un holocausto radiactivo.

Mao siguió haciendo la guerra a su propio pueblo durante toda la década de 1950. La campaña anti derechista que se abordó entre 1958 y 1959 —y en la cual se identificó a más de medio millón de sospechosos— dio varios cientos de miles de condenados a años de trabajos forzados o a ejecución. El Gran Salto Adelante de entre 1958 y 1962, iniciativa hercúlea destinada a incrementar la producción de acero, alentó a los habitantes de los pueblos a crear modestas forjas de muy escasa utilidad y fue a sumarse a la colectivización del campesinado en comunas rurales. Remedando la hambruna que había provocado Stalin entre 1932 y 1933, vendió alimentos a cambio de armas a pesar de que la China moría de inanición en la peor penuria de la historia. El número de fallecidos alcanzó los 38 millones. Cuando el mariscal Peng Dehuai, ministro

de Defensa, criticó semejantes medidas, Mao se encargó de deponerlo, aunque Liu Shaoqi, a quien este había nombrado sucesor suyo, se las compuso para recuperar parte del poder del dirigente en 1962.

Tras denunciar a Liu, a quien destruyó y permitió que acabase sus días sumido en la pobreza, Mao se vengó haciéndose con los mandos del ejército y el estado a través de su siguiente sucesor, el mariscal Lin Biao, hombre dotado y neurótico, y el flexible factótum Zhou Enlai, primer ministro de la República. Ideó una nueva campaña de terror: la Revolución Cultural, durante la cual reafirmó su total dominio de la nación atacando al partido y al estado, y ordenando a bandas de estudiantes, policías secretos y matones que humillasen y destruyeran vidas y cultura. Entre 1966 y 1976 murieron tres millones de personas, a lo que hay que sumar un número nada desdeñable de deportados y víctimas de tortura.

A partir de 1966 se sirvió de su esposa Jiang Qing a fin de promover sus purgas. Jiang, hija única de una concubina, había ejercido de actriz tras acabar sus estudios universitarios, y creía con firmeza en la importancia de las artes. Había contraído matrimonio con Mao en 1939. Sus convicciones en lo relativo a la necesidad de adoptar formas radicales de expresión, inspiradas en asuntos «correctos desde el punto de vista ideológico», se intensificaron hasta convertirse en una agresión a ultranza a las minorías selectas artísticas e intelectuales existentes. Alcanzó no poco renombre por sus discursos incendiarios, y supo manipular las técnicas de comunicación de masas para enardecer a los jóvenes integrantes de

la Guardia Roja antes de mandarlos a atacar, físicamente o de palabra, a todo lo «burgués» y «reaccionario». El desenfreno de denuncias, terror y asesinatos que se desencadenó en aquel período propició la eliminación hasta de los miembros más moderados del Partido Comunista, como el presidente Liu Shaoqi o el secretario general Deng Xiaoping. Mao dirigió en persona tanto las persecuciones individuales de sus camaradas más cercanos, para lo cual se sirvió de Jiang Qing, a la que odiaba, como la colosal violencia caótica concebida para restaurar su tiranía absoluta.

Mao, mayor ya, rompió la relación que lo unía a Lin Biao, creador del *Pequeño libro rojo*, quien murió en un accidente de avión mientras huía en 1971. Esto dejó al dirigente en manos de la grotesca Jiang Qing y de los radicales maoístas de la llamada Camarilla de los Cuatro. Tras enemistarse también con Moscú, logró una última victoria inesperada: la visita del presidente de Estados Unidos, Richard Nixon, en 1972. Moribundo ya, Mao rehabilitó y volvió a deponer al formidable pragmático Deng Xiaoping. Desdeñaba a Jiang Qing, y, sin embargo, ella y la Camarilla de los Cuatro siguieron gozando de un poder considerable. Mao murió en 1976.

Deng hizo arrestar a la señora Mao en un golpe de estado palaciego, y en 1981 la declararon culpable de crímenes «contrarrevolucionarios». Aunque se le conmutó la pena capital por cadena perpetua, ella cometió suicidio en 1991. Esta figura aborrecida, un «demonio de hueso blanco» a quien cierta biografía describe como una «mujer despiadada que ayudó a la eliminación de

numerosas personas», se definió ante el tribunal que la juzgó como «el perro del presidente Mao. —A lo que añadió—: Mordía a quien él me pedía que mordiese».

En el siglo XXI, la China de Mao, aun atemperada por el capitalismo, sigue considerándolo su Gran Timonel y venerando su momia. Su Partido Comunista sigue teniendo el dominio absoluto; su policía secreta reprime aún de forma brutal la libertad política, cultural y personal. Mao no ha dejado de ser el hombre de estado más transformador y poderoso de los últimos siglos.

Isaak Bábel

(1894-1940)

Soy inocente. Nunca he ejercido de espía ni he permitido acción alguna contra la Unión Soviética. Me inculpé a mí mismo en falso: me obligaron a hacer acusaciones ficticias contra mi propia persona y contra otros... Solo pido una cosa: dejadme acabar mi obra.

El autor soviético Isaak Bábel está, junto con Guy de Maupassant (cuyo nombre empleó, de hecho, para titular uno de sus relatos), entre los autores de cuentos más dotados de la historia, y conoció una suerte aún más trágica que la del francés. Sus historias, apasionadas, tiernas, originales, sensuales, violentas y llenas de

ingenio, constituyen una clara muestra de la belleza y el vigor del género que cultivó. Su talento literario queda compendiado en el comentario que sobre él hizo su amigo el poeta Ósip Mandelstam: «Uno no encuentra a menudo tanta curiosidad indisimulada en los ojos de un adulto».

Bábel nació en las calles judías del cosmopolita puerto ucraniano de Odesa, un mundo de matones, prostitutas y rabinos que describió de un modo vívido en *Cuentos de Odesa*. Pasó la vida huyendo de la persecución. De pequeño había sido testigo de la muerte de los hebreos de su ciudad durante un pogromo, y cuando se trasladó a San Petersburgo —en donde se prohibía la presencia de los suyos, así como la de «traidores, desafectos y lastimeros»—, a fin de estudiar literatura, hubo de adoptar un nombre falso.

Tras combatir durante un período breve en el frente rumano en la primera guerra mundial, cayó herido y lo licenciaron. Más tarde, las experiencias vividas en calidad de corresponsal de los cosacos salvajes y primitivos que sirvieron en el Ejército Rojo durante la guerra emprendida por Lenin en 1920 a fin de extender la revolución a Polonia le inspiraron su libro de relatos más sobresaliente: *Caballería roja*. Estas historias sobre la brutalidad del hecho bélico lo hicieron «famoso de la noche al día», en palabras de su hija. Sin embargo, a algunos de los comandantes soviéticos cercanos a Stalin no les gustó el retrato franco y pendenciero que ofrecía de los cosacos rojos, y el autor se granjeó así una serie de enemigos muy peligrosos.

Si bien su obra prosperó en la relativa liberalidad de la década de 1920, cuando se intensificó el Terror estalinista dejó de escribir a modo de protesta. «He inventado un género nuevo —comunicó a los del Sindicato de Escritores Soviéticos en 1934—: el del silencio». Durante dicho decenio, su esposa y su hija se habían trasladado a Francia, y su madre y su hermana, a Bruselas; pero él, a despecho de la intensificación de la represión y la censura, no había perdido la fe en la revolución y había optado por quedarse. Este anecdotista vividor sentía una fascinación fatídica por la campaña de terror, y no dudó en ponerse a escribir —temerariamente, como acostumbraba— una novela sobre la policía secreta. Había tenido una larga aventura con la coqueta esposa de Nikolái Yezhov, jefe de dicho cuerpo en el período más intenso de la represión, y tras el despeñamiento político de su marido, ella se suicidó y todos sus amantes, incluido Bábel, se vieron arrastrados a su proceso y abocados a la destrucción.

En 1939 lo detuvo el servicio secreto soviético en la casa que poseía en la colonia literaria de Peredélkino, y que compartía con su nueva esposa y una hija recién nacida. Durante el interrogatorio, al ser sometido a tortura, confesó llevar mucho tiempo implicado en actividades antisoviéticas y asociado con trotskistas. Murió en prisión, fusilado por orden de Stalin en enero de 1940. A su familia se le dijo que había muerto en un campo de prisioneros de Siberia. En 1954 se le declaró inocente de todos los cargos con carácter póstumo. Desde entonces, su reputación de magnífico escritor no ha dejado de crecer.

Yezhov
(1895-1940)

*Si en el transcurso de la operación
hay que fusilar a un millar extra
de personas, no será para tanto.*

Declaración de 1937

Nikolái Ivánovich Yezhov fue el encargado de la policía secreta soviética que organizó y coordinó el Gran Terror estalinista, durante el cual fueron ejecutados un millón de víctimas inocentes y exiliados varios millones a campos de concentración. Tal fue el frenesí de detenciones, torturas y muertes que se emprendió por orden de este personaje bajito, a veces meticuloso y otras dominado por el alcohol, que su caza de brujas homicida acabó por conocerse como la Picadora de Carne.

Nació en una modesta ciudad lituana. Su padre era guarda forestal —y dirigía asimismo un burdel—, y su madre, criada, y él apenas pasó unos años en la escuela antes de entrar a trabajar en una fábrica. Después de la revolución se alistó en el Ejército Rojo, en cuyas filas sirvió durante la guerra civil. En el seno del partido se reveló como un administrador perspicaz, competente, diplomático y ambicioso, y como experto en personal. A principios de la década de 1930 se había aproximado a Stalin, se hallaba al cargo de todos los nombramientos del partido y ocupaba el cargo de secretario del Comité Central. Uno de sus compañeros decía de él: «No conozco a

ningún trabajador más dotado: uno puede estar seguro de que hará el trabajo que se le encomiende. El problema es que no sabe detenerse». Esto, sin embargo, iba de perlas a Stalin, que llamaba a este nuevo favorito *mi Yezhevika* (jugando con su apellido y con el término con que se designa en ruso el fruto del moral).

El asesinato de Serguéi Kírov, el secuaz en quien más confiaba Stalin, permitió a este desatar en 1934 el Gran Terror contra los «enemigos del pueblo», reales o imaginarios. En 1935 otorgó a Yezhov poderes especiales para la supervisión de la NKVD, la policía secreta. El jefe de esta, Génrij Yagoda, había caído en desgracia, y Yezhov se propuso destruirlo por entero y ocupar su lugar. Sin embargo, primero había de encargarse de la causa sustanciada contra Zinóviev y Kámenev, antiguos aliados de Stalin. En consecuencia, estuvo presente en sus interrogatorios, amenazó con matar a sus familias, subió la calefacción de sus celdas en pleno verano... y prometió respetarles la vida si confesaban una serie de crímenes absurdos durante la primera farsa judicial que celebró el estalinismo. Al final se prestaron a hacerlo. El proceso, puesto en escena en 1936, fue un éxito; pero a despecho de las promesas de Yezhov, fusilaron a Zinóviev y Kámenev en presencia suya. Yagoda mandó extraer las balas del cerebro de los ajusticiados a fin de guardarlas en su escritorio, y cuando Yezhov dio con ellas más tarde, las llevó a su propio cajón. En septiembre de 1936, Stalin destituyó a aquel y nombró a este comisario del pueblo de Interior (jefe de la NKVD).

Mientras él supervisaba la difusión del Terror, deteniendo a grupos de sospechosos cada vez más nutridos a fin de que los torturasen hasta que confesaran crímenes imaginarios, la prensa soviética empujó a la población a colaborar en la caza de espías y terroristas del trotskismo. Yezhov aseguró que Yagoda había tratado de acabar con él impregnando de cianuro sus cortinas, y a continuación arrestó a la mayoría de los oficiales de este y los mandó fusilar antes de arrestar al propio Yagoda. «Es preferible que sufran diez inocentes a que escape un espía —anunció—. Cuando uno tala árboles, es normal que salten astillas».

Por orden de Stalin, en mayo de 1937 detuvo al mariscal Mijaíl Tujachevski, el oficial más dotado del Ejército Rojo, junto con otros muchos generales. Tenía el propósito de acabar con el poder independiente del ejército; pero los caudillos habían de autoinculparse a fin de convencer al resto de dirigentes soviéticos de que eran culpables de crímenes contra el estado. Yezhov supervisó personalmente su brutal tortura. Cuando se halló la confesión de Tujachevski en los archivos soviéticos durante la década de 1990, la cubría una salpicadura parda que, según se supo, no era otra cosa que la mancha de sangre que deja un cuerpo en movimiento. Los fusilaron a todos en presencia de Yezhov, y Stalin, quien jamás asistía a las sesiones de tormento ni a las ejecuciones, le preguntó por la actitud que habían mantenido antes de morir. En total se ajustició a unos cuarenta mil oficiales.

Yezhov hizo extensivo el Terror de un modo extraño, sin lugar a dudas a instancia de Stalin: comenzó a matar al azar, asignando a

cada ciudad y cada región una cuota conforme a dos categorías, según procediese ejecutar o exiliar a los detenidos. Las cuotas no dejaron de ir en aumento hasta alcanzar un millón aproximado de fusilados y un número mucho mayor de deportados a infernales campos de trabajo de Siberia. Los cónyuges de las víctimas más destacadas también sufrían arresto y, por lo común, ejecución. A los niños de entre uno y tres años había que internarlos en orfanatos, pero los de más edad podían liquidarse. «Golpead, destruid sin distinción —eran las órdenes de Yezhov, quien añadía—: es mejor excederse que quedarse corto».

Llegado el año de 1938, la Unión Soviética se hallaba sumida en un verdadero sinvivir de miedo y homicidios, todo ello bajo su inspección. Stalin trataba de pasar inadvertido, pero Yezhov se había hecho omnipresente, y hasta lo aclamaban héroe vengador de una sociedad en la que los enemigos estaban en todas partes. Había alcanzado un poder comparable al del dirigente soviético; lo celebraban en composiciones poéticas y canciones, y lo honraban asignando su nombre a diversas ciudades. Diseñó cámaras especiales de ejecución en la tristemente célebre prisión moscovita de Lubianka y en otros centros, dotadas del suelo inclinado de cemento propio de un matadero, paredes revestidas de madera a fin de evitar el rebote de las balas y mangueras con las que eliminar la sangre.

Sin embargo, a esas alturas había empezado a desmoronarse y a perder el dominio de sí mismo. Consagraba su tiempo a recorrer la nación deteniendo y matando; pasaba noches enteras dedicadas a

torturar a los sospechosos y a beber, y cada día se volvía más paranoico, pues temía que Stalin se volvería contra él en cualquier momento. Hizo pasar por las armas a muchos de sus amigos íntimos, a sus antiguas compañeras y hasta a su padrino. La tensión lo consumía, y cuando estaba borracho se jactaba de estar en posición de hacer detener a Stalin y de tener, por lo tanto, la Unión Soviética a sus pies. Cuando se celebró en Moscú el tercero de los juicios farsa, que tenía por protagonistas a Bujarin y a Yagoda, hasta Stalin se sintió alarmado ante la naturaleza desbocada del Terror que había desencadenado. Ya había cumplido su objetivo, y a continuación necesitaba un chivo expiatorio. Stalin había recibido informes de los excesos de Yezhov, de su alcoholismo, de su depravación y de sus fanfarronadas. Le pidió que matase a los oficiales de más categoría de cuantos servían a sus órdenes, incluido su subordinado inmediato, a quien durmieron con cloroformo en su propio despacho para inyectarle veneno a continuación. Recelando de la desaprobación del dirigente soviético, el jefe de la NKVD comenzó a acabar con todo aquel que pudiese incriminarlo, y en cinco días eliminó a un millar de personas sin el permiso de su superior.

«Quizá no sea mucha mi estatura —dijo en cierta ocasión Yezhov—, pero tengo manos fuertes: ¡las manos de Stalin!». Tan menudo era (medía 151 centímetros), que de joven no lo habían aceptado en el ejército del zar. También era una persona inestable, enfermiza, confundida en lo sexual, frágil y enjuta, aunque al mismo tiempo jovial y bebedora, y poseía un sentido del humor pueril —como

demuestra su debilidad por las competiciones de pedos—. Su rostro apuesto, sus ojos azules, su cabello espeso y oscuro y su afición a bailar, cantar y tocar la guitarra lo convirtieron en una figura popular, sobre todo entre las mujeres (aunque, como algo excepcional entre la cúpula soviética, era bisexual amén de promiscuo).

Se divorció de su primera esposa, camarada de partido llamada Antonina, para casarse con una judía casquivana de atractivo refinado llamada Yevguenia, anfitriona de un salón para escritores y estrellas de cine. En el momento de la caída de Yezhov, Beria, su sucesor, comenzó a investigar las travesuras sexuales de ella. Él trató de divorciarse a tiempo, probablemente con la esperanza de salvarlas a ella y a Natasha, la hija que habían adoptado, aunque quizá para salvarse también a sí mismo. Todos sus amantes, incluido el brillante escritor Isaak Bábel, fueron detenidos y fusilados, en tanto que ella se suicidó.

Durante el otoño de 1938, Stalin nombró a otro protegido suyo, por nombre Lavrenti Beria, subordinado inmediato de Yezhov, y en octubre, el Politburó denunció a la dirección de la NKVD. En noviembre, Yezhov participó por vez última en el desfile anual que se celebraba ante el mausoleo de Lenin. Lo expulsaron de la policía secreta el 23 de noviembre, aunque oficialmente conservó el cargo de comisario de transporte de aguas. Sin embargo, apenas aparecía por su despacho: se entregó a una serie de orgías homosexuales en las que abundaba el alcohol mientras aguardaba a que le llegase la hora. Cuando ocurrió, tras el juicio y la inevitable condena a

muerte, se derrumbó. Mientras se dirigía a la cámara de ejecución que él mismo había diseñado, lloró, sufrió un ataque de hipo y cayó al suelo, de suerte que tuvieron que arrastrarlo hasta el lugar en que había de ejecutarse la pena.

Yezhov fue uno de los muchos burócratas de escasa formación y ambición notable, pero al verse dotado de potestad casi absoluta sobre la vida y la muerte por obra del mismísimo Stalin, no pudo menos de gozarse en aquella cacería, en los detalles relativos a la ejecución de las víctimas y en las propias matanzas, y pasó noches en vela torturando personalmente a sus detenidos. «El Enano Sangriento» de Stalin llegó a ser el segundo hombre de la Unión Soviética en cuanto a poder, y, sin embargo, la tensión estuvo a punto de arrastrarlo a la locura, y acabó sus días engullido por su propia picadora de carne. Monstruo degenerado, burócrata servil, administrador hábil y torturador sádico, aunque también un ser extenuado, fue el precursor de un nuevo género de homicidio totalitario multitudinario para el siglo XX. «Haced saber a Stalin — pidió durante su juicio— que voy a morir con su nombre en los labios».

Zhúkov

(1896-1974)

Si topamos con un campo de minas, nuestra infantería acomete exactamente igual que si no hubiese nada.

*Declaraciones a Dwight
Eisenhower*

Aunque es mucho menos célebre en Occidente que generales como Eisenhower o Montgomery, el general Gueorgui Zhúkov demostró ser, sin lugar a dudas, el estratega más grande de la segunda guerra mundial al volver las tornas contra los invasores nazis en Moscú, Leningrado y Stalingrado, y acaudillar a continuación la sangrienta contraofensiva del Ejército Rojo hasta Berlín. Sin el empeño heroico de la Unión Soviética y la inmolación de 26 millones de sus ciudadanos, las hostilidades habrían tenido un final muy diferente. Este inexorable general comunista y estalinista situó los resultados muy por encima de su preocupación por los individuos y las víctimas, y se sirvió de las ejecuciones sumarias en el frente como herramienta para hacer valer la disciplina. Con todo, también fue un adalid de talento, y no encarnó tanto la crueldad de su amo, el dictador soviético Stalin, como el heroísmo de su pueblo.

La vida de este hijo de campesinos estuvo dominada por el servicio militar. Lo llamaron a filas durante la primera guerra mundial en calidad de soldado raso, y allí se hizo merecedor de honores y ascensos. A continuación luchó en el lado de los bolcheviques en la guerra civil rusa de entre 1918 y 1921. Durante la década de 1920 se sucedieron los ascensos, y Zhúkov adquirió no poca fama por su férrea disciplina y su diligencia planificadora. Cuando Stalin aniquiló a los oficiales del Ejército Rojo durante el Gran Terror de

1937, él fue uno de los supervivientes y, en consecuencia, volvió a subir en el escalafón.

En 1939 marchó al frente del ejército soviético para enfrentarse a los japoneses en el río Jaljin, y el uso que hizo de los carros de combate le valió la victoria en solo tres días. Las fuerzas agresoras perdieron nada menos que a 61 000 de sus 80 000 soldados, y la experiencia las disuadió de tratar de atacar nunca más el territorio soviético. Zhúkov obtuvo el título de Héroe de la Unión Soviética, y en 1940 fue nombrado jefe de estado mayor. Sin embargo, el trabajo en los despachos no se ajustaba a su persona: él era un general de combate. Cuando Hitler invadió la nación en junio de 1941, formó un tándem tempestuoso, aunque triunfante a la postre, con Stalin. El dictador soviético, reconociendo su genio militar y su profesionalidad, lo aceptó en calidad de asesor y lo nombró segundo comandante en jefe supremo.

A él le tocó sacarle las castañas del fuego cuando los alemanes avanzaron hasta el corazón de la Unión Soviética, haciendo millones de prisioneros a su paso. Cuando cayó Minsk y Stalin estuvo a un paso de tirar la toalla, él, el general más duro de toda la nación, se echó a llorar. En el mes de julio, tras una riña con el dictador, perdió su puesto en el estado mayor; pero volvió a comandar tropas y salvó Moscú y Leningrado. En esta última, reforzó las defensas de la ciudad sitiada para evitar que sucumbiera, y en aquella asumió las labores defensivas frente al avance alemán. Con la pérdida de una cuarta parte de los cuatrocientos mil soldados de que disponía, se las compuso para poner coto a la guerra relámpago del invasor

en el gélido invierno de 1941 y salvar la capital al hacer que se replegara hasta a 320 kilómetros de esta. Fue una victoria vital. Su siguiente cometido consistió en organizar el contraataque soviético durante la batalla más terrible de todo aquel conflicto: la de Stalingrado. Zhúkov concibió, junto con el mariscal Vasilevski y el propio Stalin, el plan de atraer a las fuerzas germanas hacia dicha ciudad, y supervisó el envolvimiento del VI ejército alemán con un millón de combatientes, más de 13 000 cañones, 1400 carros de combate y 1115 aeroplanos. La esperanza de vida media de los soldados soviéticos que participaron en aquel combate prolongado fue de poco menos de veinticuatro horas. Entre los de uno y otro lado murió un millón aproximado de hombres; pero lo cierto es que la contienda mudó por completo el rumbo de la guerra. Tras ser ascendido a mariscal, Zhúkov llevó al Ejército Rojo a un nuevo triunfo en el combate más colosal que se haya empeñado jamás con carros de combate: el de Kursk (1943). Los soviéticos siguieron avanzando hacia el oeste hasta internarse en Polonia y, a continuación, en Alemania, en donde las calles de la capital fueron testigos del último enfrentamiento de relieve que se entabló durante el conflicto en suelo europeo. Stalin, como era de esperar, se hizo con el mando global de la batalla de Berlín, y obligó a los dos caudillos, Zhúkov y el mariscal Kónev, a competir por llegar en primer lugar al Reichstag. En la madrugada del primero de mayo de 1945, fue Zhúkov quien lo telefoneó para informarle de que Hitler había muerto. La ciudad se rindió al día siguiente.

Acabada la guerra, Zhúkov se había convertido en un héroe dentro y fuera de la nación. Las clases de tropa soviética lo idolatraban, y los generales occidentales lo tenían en altísima estima. Por paradójico que parezca, tal cosa lo convirtió en una amenaza política a ojos del dirigente soviético, quien lo acusó de tendencias bonapartistas y lo degradó, aunque se aseguró de que no fuera detenido.

Tras morir Stalin, en 1953, volvió a ocupar el centro de la política de la Unión Soviética en calidad de ministro de Defensa. Aunque ayudó a Nikita Jruschov a suceder al dictador al hacer arrestar a Lavrenti Beria, jefe de la policía secreta estalinista, lo cierto es que supo conservar su independencia y mantuvo siempre una relación irritable con el nuevo dirigente. En 1957 volvió a apoyarlo y le ayudó a derrotar a los viejos estalinistas; pero después de aquello volvió a verse fuera del poder, acusado, una vez más, de bonapartismo.

Zhúkov, que murió en 1974, fue un hombre rudo y brutal, y en ocasiones incurrió en errores muy costosos. Creía en los métodos de Stalin y se mostraba arrogante respecto de sus propias capacidades; pero tal como lo expresó Eisenhower, «nadie hizo más [que él] por lograr la victoria en Europa». Sin lugar a dudas fue el caudillo más destacado de la segunda guerra mundial. «Zhúkov —aseveró el mariscal Timoshenko, compañero suyo de armas— era el único que no temía a nadie: ni siquiera tenía miedo de Stalin». A la postre, representa el genio militar nativo de los rusos, y hoy es posible ver su estatua ecuestre fuera del Kremlin, cerca de la Plaza Roja.

Al Capone

(1899-1947)

Con una palabra amable y una arma de fuego se puede llegar mucho más lejos que con una palabra amable simplemente.

Al Capone, por mal nombre «Scarface» («cara cortada»), es el compendio de los matones de las mafias que actuaron con impunidad en Estados Unidos durante la Ley Seca. Por paradójico que resulte, pese a estar implicado hasta las cejas en el crimen organizado y ser responsable de numerosos asesinatos, el único cargo por el que llegó a condenársele fue el de evasión de impuestos. Nacido en el municipio neoyorquino de Brooklyn, Alphonse Capone fue el hijo de Gabriele Capone, barbero italiano que había emigrado a la nación junto con su esposa, Teresina, en 1894. Al se introdujo en el hampa cuando dejó los estudios a la edad de catorce años y cayó bajo la influencia del jefe de matones Johnny Torrio, «el Zorro». A continuación pasó a formar parte de la banda llamada de los Cinco Puntos de Manhattan. Fue en ese período cuando, en una reyerta ocurrida en un bar, recibió en el rostro el corte por el que sería conocido. La policía lo tuvo por sospechoso de dos asesinatos, aunque no hubo testigo que se atreviera a declarar ni fue posible demostrar nunca nada.

Su mentor, Torrio, que había cambiado Nueva York por Chicago en 1909 para dirigir una serie de burdeles, mandó llamar a su protegido diez años más tarde, y, de hecho, debió de ser Capone el

responsable de la muerte, en 1920, del jefe de Torrio, Giacomo Colosimo, conocido como «Big Jim», con el cual se había malquistado el Zorro. Este último se vio así erigido en la piedra angular del hampa de la llamada Ciudad de los Vientos.

La introducción de la Ley Seca en 1920 supuso para los matones de Estados Unidos una mina de oro de oportunidades. El contrabando de alcohol se convirtió en un gran negocio, y las tabernas clandestinas en las que se vendía tal género se convirtieron en imagen definitoria de aquel período. Sin embargo, tras el regocijo imperante en aquellos establecimientos y el atractivo refinado de los matones se ocultaba un mundo de violencia, sadismo gratuito y brutalidad psicopática.

En 1923, las urnas dieron la alcaldía de Chicago al reformista William E. Dever, quien se había propuesto refrenar a los gánsteres. En consecuencia, Torrio y Capone optaron por trasladar buena parte de su negocio a la ciudad satélite de Cicero. Al año siguiente iban a celebrarse en ella elecciones municipales, y Capone estaba resuelto a garantizar por cualquier medio la victoria de sus candidatos. En la violencia que desataron tales designios murieron su hermano Frank y un funcionario electoral en medio de un aluvión de secuestros, robo de urnas e intimidación general. Todo ello culminó con la victoria de Capone en los comicios más fraudulentos que se hayan conocido jamás.

Semanas más tarde, teniéndose por invencible, el jefe mafioso mató a tiros a un bandido de tres al cuarto llamado Joe Howard por haber insultado en un bar a un amigo suyo. Aquel crimen lo

convirtió en objetivo de William McSwiggin, «el Fiscal de la Horca», quien si bien no logró presentar cargo alguno contra él, sí consiguió que el público supiese de su existencia y propició así que acabara por convertirse en el enemigo número uno de Estados Unidos.

Torrio se retiró en 1925 tras el intento de asesinato que sufrió de manos de una banda rival, la del Sector Norte, dirigida por Dean O'Banion, George Moran («Bugs») y Earl Weiss («Hymie»), y Capone tomó de él las riendas del hampa de Chicago. A partir de entonces se creó una imagen pública cada vez más jactanciosa: se hacía ver con ostentación en los acontecimientos deportivos más relevantes, como partidos de béisbol, y aun en la ópera, y se presentaba como hombre de negocios honrado y próspero con gran don de gentes, si bien nadie ignoraba de dónde procedía de veras su fortuna.

El chantaje, el juego ilegal, el contrabando, la prostitución...: donde hubiera ocasión de hacer el agosto, allí estaba Capone. Su ojo para los negocios se unía a una actitud inexorable a la hora de tratar con posibles rivales, y la mayor amenaza a su hegemonía era, a su ver, la banda del Sector Norte, la de los matones que habían atacado a Johnny Torrio.

El resultado fue la matanza del Día de San Valentín, perpetrada en 1929. Disfrazó a sus hombres de policías y los mandó al almacén que tenía Moran en la calle North Clark, número 2122, en donde pusieron contra la pared a siete de los de la banda y los ametrallaron a sangre fría. A varias de las víctimas les descargaron también una escopeta en la cara. Moran, el jefe del grupo, logró escapar, aunque muertos sus principales lugartenientes, su

actividad cayó en picado. Capone se erigió así en el número uno indiscutible de Chicago.

Sin embargo, el escándalo provocado por aquella carnicería dio pie a que el público presionara a las autoridades a fin de que emprendiese acciones más decididas contra él. Tal situación llevó al FBI a recurrir al ingenioso expediente de perseguirlo por delitos fiscales. Sabedor de que resultaba inútil procesarlo por ninguna de sus actividades más violentas —tanto por la distancia que se ocupaba de mantener a esas alturas entre él y los actos concretos como porque el miedo a las represalias disuadía a los testigos de prestar declaración—, el gobierno federal eligió a un agente del Ministerio de Hacienda, por nombre Eliot Ness, y a un grupo selecto de agentes —los Intocables— para que dieran caza a Capone.

La estrategia resultó ser todo un éxito. En junio de 1931 se acusó formalmente a Al Capone de evasión de impuestos, y en octubre se le declaró culpable y se le condenó a once años de cárcel. En un principio lo enviaron a la penitenciaría de Atlanta, aunque en 1934 lo trasladaron al penal de seguridad máxima de Alcatraz. En 1939 lo pusieron en libertad antes de tiempo por enfermedad, pero jamás volvió a hacerse con el dominio de su imperio criminal. Convertido en poco más que una sombra de lo que había sido, vivió en el anonimato y murió de sífilis en 1947, relegado al olvido.

Beria

(1899-1953)

Dejadme una noche con él y haré que confiese que es el rey de Inglaterra.

Lavrenti Pávlovich Beria, siniestro jefe de la policía secreta soviética, violador psicópata y sádico entusiasta, ordenó la muerte de un buen número de sus compatriotas y se deleitó personalmente en la tortura de sus víctimas. Fue la personificación de la monstruosidad criminal del estado Soviético: intrigante tosco y cínico, asesino rencoroso, cortesano hábil y matón pervertido, y, sin embargo, también era inteligente en grado sumo, competente hasta el extremo e infatigable en calidad de administrador, y albergaba el propósito último de rechazar el marxismo y proponer el género de programa liberal que llevaría a término años más tarde.

Nació en Georgia en 1899, hijo de madre muy religiosa, aunque de origen incierto en cuanto a su padre —lo más seguro es que fuese fruto ilegítimo de un noble abjasio—. Ejerció de agente doble en Bakú durante la guerra civil rusa, al servicio tanto de los bolcheviques como de los anti bolcheviques. Cuando aquellos recobraron dicha ciudad, Beria se reveló como un político perspicaz, y en 1921 se unió a la nueva policía secreta, la checa, y no tardó en hacerse con la dirección de la sección georgiana. En 1926 conoció personalmente a Stalin, paisano suyo con quien siempre se condujo no como un camarada —tal era la costumbre entonces—, sino como un vasallo medieval frente a su rey. El dirigente soviético decidió emplearlo contra los viejos georgianos que gobernaban el Cáucaso,

ascendiéndolo, a pesar de ellos, a primer secretario de Georgia, y a continuación de todo el Cáucaso. En cierta ocasión en que Stalin puso a sus cortesanos a hacer labores de jardinería con él, tomó un hacha e hizo saber a su señor que estaba dispuesto a arrancar cualquier mala hierba de la que quisiera deshacerse. Reconociendo la vanidad del dirigente soviético, escribió un libro sobre la historia de los comunistas del Cáucaso en el que exageraba la importancia que poseía Stalin antes de la revolución.

El aliado local de este último en dicha región era el jefe abjasiano Néstor Lakoba, quien había ayudado a promover a Beria y, sin embargo, se hallaba encontrado con él en aquel momento. En 1936 Stalin permitió a Beria que destruyera a su antiguo amigo, y él lo hizo envenenándolo tras una velada de ópera en Tiflis. Entonces, instaurando una costumbre a la que se mantendría fiel en el futuro, acabó con toda la familia de Lakoba: sus hermanos, sus hijos pequeños y aun sus amigos. Cuando comenzó de veras el Gran Terror, Beria recorrió el Cáucaso matando y torturando, y superó con creces la cuota de víctimas que se le había asignado.

A finales de 1938, Stalin lo llevó a Moscú y lo ascendió a «ayudante de Yezhov», el jefe de la NKVD, la policía secreta. Beria había sido amigo suyo, pero en aquel instante su cometido era el de eliminarlo. El 25 de noviembre se hizo con el puesto de Yezhov y se dispuso a restablecer el orden en el caos frenético en que se hallaba sumida la máquina homicida de su predecesor. El Terror había acabado de forma oficial, aunque en realidad nunca llegó a desaparecer: simplemente se hizo secreto mientras Beria se disponía a acabar

con más dirigentes y generales soviéticos. Gustaba de torturarlos en persona, y a una de las víctimas llegó a golpearla de un modo tan brutal, que le saltó un ojo. Stalin y él disfrutaban proponiendo modos tan morbosos como imaginativos de destruir a sus enemigos. Cuando Beria supo que la esposa de Lakoba temía sobre todo a las serpientes, la llevó a la locura llenando de culebras su celda. Secuestraba y asesinaba a las esposas de sus camaradas, en tanto que a otros los mató en fingidos accidentes de tráfico.

Después de que Stalin firmase con Hitler en 1939 el pacto de no agresión que le permitió anexionarse la región oriental de Polonia, los estados bálticos y Moldavia, Beria supervisó el brutal homicidio y la deportación de cientos de miles de inocentes sospechosos de tendencias antisoviéticas. En 1940, Beria dirigió por orden de su señor la ejecución de 28 000 oficiales en el bosque de Katyń, y tras la invasión alemana del año siguiente se hizo aún más poderoso. Ascendido a comisario general de seguridad y a mariscal de la Unión Soviética, se convirtió en uno de los principales administradores del nuevo Comité de Defensa estatal, por mediación del cual dirigió Stalin la campaña bélica. Al tiempo que gobernaba el sistema de campos de concentración del Gulag y buena parte de la producción industrial del país, Beria siguió dirigiendo la policía secreta y aterrorizando a los generales en nombre del dictador. En 1941 propuso la deportación de los alemanes del Volga, y más tarde, en 1944, la de los chechenos, los karacháis, los calmucos, los balkarios y los tártaros de Crimea. Cientos de miles de ellos murieron por el camino o a manos de sus

hombres. En 1945 acompañó a Stalin a Yalta, y cuando el presidente Roosevelt preguntó por él al verlo a la mesa durante una cena, el dirigente soviético respondió: «Ese es Beria, mi Himmler».

Su esposa, Nina, era una mujer hermosa y elegante, y su hijo, Sergó, su ojo derecho. Quería mucho a los suyos, pero pasaba casi todo el tiempo en el trabajo, de noche y de día, y consagraba el resto de sus energías a su obsesión con el sexo. Siempre tenía entre manos alguna aventura —la última, con una beldad de catorce años—, y también era adicto a las violaciones.

Las anécdotas relativas a su degeneración que hicieron circular sus enemigos tras su caída son ciertas. Mandaba a sus guardaespaldas a raptar para él a jóvenes a las que había visto desde su limusina, y tras invitarlas a cenar y proponer un brindis a la salud de Stalin con vino adulterado con somníferos, las forzaba. Después, su chófer las dejaba en su casa y las obsequiaba con un ramo de flores. Aun durante la segunda guerra mundial, cuando se hallaba en sus manos el dominio casi completo de la nación, y, tras el conflicto, cuando quedó al cargo del proyecto nuclear, encontraba tiempo para estas abyectas aventuras, y, de hecho, contrajo enfermedades venéreas en varias ocasiones. Cuando alguien informaba a Stalin de sus delitos, el dirigente lo justificaba diciendo que Beria era un hombre ocupado y estaba sometido a una presión considerable.

Cuando, durante la conferencia de Potsdam, supo de boca del presidente Truman acerca del nuevo ingenio atómico de Estados Unidos, no dudó en poner a Beria al cargo de 400 000 trabajadores, incluidos muchos científicos brillantes, a los que se encomendó la

misión de desarrollar una bomba nuclear soviética. En 1946, Beria se convirtió en integrante de pleno derecho del Politburó; pero Stalin había comenzado a desconfiar de él: no había pasado por alto el cinismo que desplegaba respecto del marxismo ni la creciente aversión que profesaba a su señor. Aquel mismo año, en consecuencia, lo expulsó del Ministerio de Interior, eliminó a sus protegidos y, ascendiendo a Abakúmov, otro matón despiadado, a ministro de Seguridad Estatal, le otorgó total independencia respecto de Beria. Este, sin embargo, seguía disfrutando de un ascendiente notable. En 1949 lanzó, para deleite de Stalin, la bomba atómica soviética. Antes de que acabara el año, Beria se las ingenió para poner al dirigente en contra de los dos subordinados que había elegido como herederos y hacer que mandase fusilarlos en el caso de Leningrado.

A principios de la década de 1950, Stalin, decrepito, olvidadizo y cada vez más paranoico, se había vuelto más peligroso que nunca. Había acabado por odiar a Beria, «Ojos de Serpiente», quien a su vez aborrecía a Stalin y a su sistema, pese a ser él mismo uno de sus monstruos. A la muerte del dirigente, ocurrida en marzo de 1953, Beria salió convertido en dictador del nuevo régimen. Aunque tenía el título de viceprimer ministro, dominó a su superior teórico, el endeble Malenkov, y se hizo con el Ministerio de Interior. Desdeñaba a Jruschov, hombre rudo y desgarrado aunque perspicaz al que subestimó con terribles consecuencias. Libre de su odiado Stalin, demostró un exceso de confianza al proponer la excarcelación de millones de prisioneros, la liberalización de la economía y la

relajación de la hegemonía soviética sobre la Europa oriental y las repúblicas étnicas. Sin embargo, al mismo tiempo seguía deteniendo a sus enemigos personales e intimidando a sus rivales. Nadie confiaba en él y todos lo temían. Tres meses después de la muerte de Stalin, Jruschov organizó un golpe de estado en su corte con el apoyo del mariscal Zhúkov y el resto de los militares. Beria fue detenido y recluido en secreto en un refugio militar. Rogó por su vida y escribió cartas apasionadas a sus antiguos camaradas; pero todo fue en vano: en el juicio lo condenaron a muerte. El día que debía ejecutarse la pena no cesó de gritar ni de caer al suelo hasta que su verdugo, un general soviético, le metió una toalla en la boca y lo mató de un disparo en la frente.

Hombre achaparrado, calvo y cada vez más grueso, Beria tenía el rostro achatado; labios grandes y carnosos; piel entre grisácea y verdosa, y ojos grises desprovistos de color tras el brillo de sus quevedos. Al mismo tiempo era una persona enérgica, ingeniosa, rápida y curiosa, y un lector ávido de libros de historia. «Era inteligente en extremo y poseía un vigor sobrehumano —dijo de él Mólotov, mano derecha de Stalin—. Con una noche de sueño tenía para una semana de actividad». Según uno de sus secuaces, «no podía pensar en otra cosa que matar a su mejor amigo». Varios de sus colegas hicieron ver que, de haber nacido en Estados Unidos, habría sido director de la General Motors. Sin embargo, su afición a las intrigas, los envenenamientos, la tortura y los asesinatos también habría hecho que prosperase en la corte de los Borgia.

Hemingway
(1899-1961)

El hombre no está hecho para la derrota: es posible destruirlo, pero no derrotarlo.

La esencia del espíritu indomable del ser humano, y del propio Hemingway, contenida en El viejo y el mar (1952)

Ernest Hemingway fue quizás el escritor estadounidense más importante del siglo XX. Sus novelas y cuentos, en los que se rechazan los remilgados valores decimonónicos que conoció en el seno de su propia familia y en el mundo que lo rodeaba, introdujeron un estilo literario nuevo y poderoso: una prosa dispersa, frugal, dura y masculina que captura los horrores de la guerra y las pruebas del amor, y aboga por un código moral sólido que permita desenvolverse en un mundo complejo de dolor y traición. Tal vez fuera impredecible, violento, áspero, vanaglorioso, ridículo y dado a la bebida; pero todos estos eran aspectos de una mente atormentada y, sin embargo, brillante. Se le concedió el premio Nobel en reconocimiento de su obra y la contribución distintiva y única que hizo a la literatura.

Creció en un suburbio de Chicago. Su padre, el doctor Clarence Hemingway, lo alentó a emprender actividades varoniles al aire libre, como la caza, el tiro al blanco o la pesca, en tanto que su

madre, Grace, lo convirtió en un conocedor de la literatura. Él solía decir que las primeras palabras que pronunció de pequeño fueron: « ¡No tengo miedo! ¡No tengo miedo!». Lo más seguro es que no sea cierto, pero es representativo de su estilo bravucón. De joven viajó a Italia a fin de combatir en la primera guerra mundial. En 1918 lo alcanzó un mortero, pero a pesar de la herida que le produjo la metralla y de hallarse hostigado por los fuegos de una ametralladora, logró llevar a un lugar seguro a dos de sus compañeros.

Aunque más tarde adornaría el episodio, constituyó un acto notable de arrojo que le valió la concesión de la Medalla de Plata del Honor por parte del gobierno italiano. Mientras se recobraba, se enamoró de una enfermera de la Cruz Roja, llamada Agnes von Kurowsky, quien rechazó sus proposiciones de matrimonio. El escritor no olvidaría jamás la experiencia.

Cuando regresó a Estados Unidos, su madre lo reprendió por «holgazanear y darse a los placeres», y le acusó de «aprovecharse de su cara bonita» y de «desatender sus deberes para con Dios». Él, que siempre había desdeñado el estilo escrito de su madre, sus recriminaciones y su religión, que entendía como contraria a la felicidad humana, empezó a albergar esos mismos sentimientos respecto de cuanto tenía que ver con ella. La ruptura con su familia no llegó a sanar nunca del todo, y cuando en 1921 Hemingway comenzó a trabajar de corresponsal del *Toronto Star* en el extranjero y se mudó a París, cortó todos los lazos que lo unían a ella y se independizó por entero.

En la capital francesa frecuentó a figuras literarias de relieve como Gertrude Stein, Ezra Pound y su amigo F. Scott Fitzgerald, autor de *El gran Gatsby* y, con él, genio de la literatura estadounidense del momento. Entre 1924 y 1925 publicó su ciclo de relatos breves *En nuestro tiempo*, y en 1926, *Fiesta*, novela que conoció un gran éxito y que gira en torno a la holganza de las gentes de sociedad de la llamada «generación perdida» estadounidense de la posguerra y la decadencia con que se dejaban llevar sin propósito alguno por Europa.

Su primera obra maestra fue *Adiós a las armas*, publicada en 1929, novela que tiene mucho de autobiográfico y relata una historia de amor durante la primera guerra mundial. Un joven oficial del cuerpo de ambulancias, por nombre Frederic Henry, se enamora de Catherine Barkley, la enfermera inglesa que se ocupa de su recuperación. Él abandona su puesto y huye con ella a Suiza; pero Catherine y el hijo que espera mueren durante el parto, y Henry queda sumido en la desolación.

España tuvo un peso considerable en su vida y su obra. En 1932 escribió *Muerte en la tarde*, estudio de tauromaquia lleno de sensibilidad, y cuando estalló la guerra civil en 1936, participó de forma activa en pro de la causa republicana y recaudó fondos con los que apoyar la lucha contra los nacionalistas del general Franco, respaldados por la Alemania nazi. Esta experiencia sirvió de base a su segunda obra de arte: *Por quién doblan las campanas*, publicada en 1940. Ambientada en dicho conflicto, cuenta la historia de Robert Jordan, voluntario estadounidense adscrito a la guerrilla al

que asignan la misión de dinamitar una vía del ferrocarril a fin de brindar apoyo a un ataque republicano. Su amor por María, una joven española, se va desarrollando a lo largo de un relato que explora con maestría el carácter español y el carácter brutal del hecho bélico.

Hemingway informó de la segunda guerra mundial en calidad de periodista, participó en varias misiones de la Real Fuerza Aérea británica (la RAF), fue testigo del desembarco de Normandía y tomó parte en la liberación de París. Acabado el conflicto, pasó la mayor parte de su tiempo trabajando en Finca Vigía, su hogar cubano. La joya de su etapa final fue *El viejo y el mar* (1952), el relato de un anciano pescador y sus empeños en llevar a tierra la colosal aguja que ha pescado. Este librito lo hizo merecedor del Pulitzer en 1953 y el Nobel al año siguiente.

El alcohol, la edad y diversos accidentes de gravedad, dos de ellos de aviación, hicieron mella en su salud. Durante la década de 1950 cayó en depresión y afloraron los aspectos menos agradables de su naturaleza: su carácter avinagrado, pendenciero y propenso a la violencia. Tras verse obligado a dejar Cuba en 1960 por la revolución de Fidel Castro, se afincó en Ketchum (Idaho). Sabedor de que su genio creativo se estaba agotando y de que la terapia electroconvulsiva con que estaban tratando su depresión no estaba dando resultado positivo alguno, se quitó la vida con una escopeta en 1961, a la edad de sesenta y dos años.

Si bien es cierto que fue un personaje cargado de problemas y no poco problemático, no lo es menos que fue una figura rebotante de

energía y dinamismo que dejó una huella indeleble no solo en la literatura moderna, sino también en el lenguaje de nuestro tiempo.

Himmler y Heydrich
(1900-1945 y 1904-1942)

También quiero hablar ante vosotros, sin tapujos, de un asunto muy complicado. Deberíamos debatirlo aquí, y, sin embargo, no podemos mencionarlo en público. Me refiero a la evacuación de los judíos, el exterminio de su pueblo.
Heinrich Himmler (4 de octubre de 1943)

Heinrich Himmler fue el principal organizador del mayor crimen de la historia de la humanidad: el asesinato, a escala industrial, de seis millones de judíos, y la eliminación de sus cadáveres en crematorios. Después de su señor, Adolf Hitler, fue el hombre más poderoso del Tercer Reich, y reunió una autoridad ciclópea en calidad de *Reichsführer* de la SS, principal responsable de la policía y ministro de Interior, y además, ideó no solo el Holocausto, sino también la matanza de gitanos y homosexuales, y el sometimiento brutal de los eslavos y otros *Untermenschen* («infra hombres»).

Reinhard Heydrich fue su principal ayudante en tan diabólicos proyectos, y a diferencia de los matones nazis amigos de reyertas

callejeras, ambos eran hijos de intelectuales cultos de clase media alta y habían recibido una buena formación.

Himmler nació en Múnich y era hijo de Gebhard Himmler, respetable director de un centro escolar y tutor de la casa real bávara de Wittelsbach, y su esposa, Anna Maria. Su padrino fue un príncipe de la citada dinastía, tío del monarca de Baviera. Este muchacho de complexión menuda, que prefería jugar al ajedrez y coleccionar cromos a practicar ningún deporte, era la antítesis del ideal ario. Acabó por casarse tras conocer por casualidad en el vestíbulo de un hotel a la divorciada Margarete Siegroth, y de su unión nació una hija a la que llamaron Gudrun.

Conoció a los futuros nazis en las unidades paramilitares de ultraderecha conocidas como *Freikorps* tras la primera guerra mundial. Apoyó a Hitler desde el principio, y en 1925 se alistó en el Partido Nazi. Su lealtad incondicional, unida a sus dotes administrativas y su crueldad, propiciaron en 1928 su acceso a la dirección de la *Schutzstaffel* (la SS). En 1933, cuando Hitler ocupó el cargo de canciller de Alemania, Himmler creó el SD (*Sicherheitsdienst*), servicio de información cuyos agentes vestían de paisano, y al año siguiente organizó la Noche de los Cuchillos Largos, en la que murieron Ernst Röhm y la cúpula y la división de asalto (*Sturmabteilung* o SA). Llegado 1936, se hallaba al mando de la policía no uniformada, de la temida policía secreta —la Gestapo— y de todos los cuerpos uniformados de seguridad.

Al estallar la guerra en 1939 recibió el nombramiento de comisario al cargo de la consolidación de la raza alemana, responsable como

tal de la eliminación de las gentes «inferiores» del Reich, y se dispuso a ampliar sus campos de concentración a fin de recluir en ellos a sus oponentes, a los eslavos y a los judíos. En septiembre, Reinhard Heydrich —protegido suyo de gran talento, director tanto del SD como de la Gestapo— ordenó el confinamiento de los judíos de todo el Reich en guetos de Polonia, en donde murieron ejecutados o por el hambre o las enfermedades miles de ellos.

Este hombre alto, delgado y atlético, de ojos azules y cabello rubio —y anchas caderas que resultaban un tanto femeninas—, se convirtió en el organizador principal de la matanza, no por secreta menos colosal, de los judíos de Europa que había ideado Himmler. Se especializó en intrigas clandestinas, y así, dirigió un burdel a fin de grabar con micrófonos ocultos a los clientes célebres y empleó a los prisioneros de los campos de concentración, asesinados con inyecciones letales, con la intención de ofrecer a Hitler un pretexto para invadir Polonia.

Nació en Halle, ciudad cercana a Leipzig, en 1904, en el seno de una familia de músicos. Su padre era cantante de ópera especializado en obras de Wagner y reputado director del conservatorio musical de su localidad, y su madre, mujer estricta en extremo que acostumbraba aleccionar a golpes a su hijo, tenía grandes dotes de pianista. El joven Heydrich no fue nunca muy popular entre sus compañeros, quien lo apodaban «Moisés» por causa de los rumores —falsos— que corrían en torno a su ascendencia judía.

Él, afectado en lo más hondo por semejantes habladurías, dio en convencerse en su adolescencia de la supuesta superioridad

inherente al pueblo germánico, aunque lo cierto es que no tuvo contacto alguno con la política hasta que cierto escándalo social y profesional puso fin a su carrera naval. Después de la primera guerra mundial sentó plaza en la Armada, en donde aquel oficial ambicioso pero sensible que tan hermosamente tocaba el violín fue víctima de no pocas burlas por sus supuestos orígenes hebreos. Acababa de prometerse en matrimonio con Lina von Osten cuando lo expulsaron de la marina por mantener relaciones sexuales con otra mujer. En 1931, a la edad de veintisiete años, se alistó en la SS, y durante la entrevista inicial impresionó a Himmler por los conocimientos que poseía de las técnicas propias de la policía secreta, derivados de la afición obsesiva que profesaba a las novelas estadounidenses de detectives y a los procedimientos policiales. En 1933 ascendió a general de brigada y le otorgaron la responsabilidad de organizar el SD, el servicio de seguridad de la SS, en donde supo apreciar la destreza administrativa de Adolf Eichmann, quien ejercería de experto judío de la *Schutzstaffel*.

En 1939 quedó al frente de la Oficina Central de Seguridad del Reich, y tras la invasión de Polonia creó dentro de la SS cinco *Einsatzgruppen* (o fuerzas especiales) que habrían de matar a sangre fría —y enterrar en fosas comunes— a los enemigos políticos, disidentes, aristócratas y judíos de los territorios ocupados.

Himmler propuso a Hitler los planes —ideados junto con Heydrich— de librar a Europa de todos los judíos a través de «la evacuación forzada al este», eufemismo con el que se refería al exterminio físico, la «solución final del problema judío». El dictador aprobó el proyecto,

y en junio de 1941, tras la invasión de la Unión Soviética, Himmler —en quien había delegado la puesta en práctica de «misiones especiales»— desató a sus *Einsatzgruppen* de la SS, que asesinaron a 1 300 000 judíos, gitanos y comunistas. Himmler y Heydrich visitaron personalmente las áreas situadas tras el frente con la intención de alentar y organizar la muerte de más hombres y de un número cada vez mayor de mujeres y niños. El primero supervisó personalmente las ejecuciones, y cuando, en agosto de 1941, se manchó el uniforme de la SS con salpicaduras de los sesos de una de las víctimas, exigió que se equipasen los campos de concentración con cámaras de gas por considerarlo un modo más eficaz de matar, más humano para el ejecutor.

El 20 de enero de 1942, Heydrich convocó una reunión con los quince burócratas más poderosos del régimen nazi, de los cuales muchos eran abogados, y ocho de ellos habían obtenido el doctorado, en una casa de grandes dimensiones sita en un acaudalado barrio periférico de Berlín cercano a un lago pintoresco llamado Wannsee.

Aunque los *Einsatzgruppen* itinerantes habían matado ya a más de un millón de judíos, se consideraba que su labor era demasiado lenta y desmoralizadora. La reunión de Wannsee tenía por objetivo informar a los asistentes de las órdenes dadas por Hitler en lo referente a la solución final de la cuestión judía y crear un marco administrativo y legal para el homicidio multitudinario que pensaban emprender. «Había que registrar Europa de este a oeste en busca de judíos», y se asignó a los presentes la responsabilidad

de capturar, transportar y exterminar al por mayor a los once millones que, según calculaban, vivían en el continente.

«Hay otra posible solución del problema distinta de la emigración: la evacuación de los judíos al este», aseveró Heydrich. Aunque las actas del encuentro que tomó Adolf Eichmann evitaban toda referencia directa al exterminio, las palabras empleadas por aquel ponen de relieve que el de *evacuación* constituía un eufemismo aceptado por todos:

Bajo la dirección apropiada, en el transcurso de la solución final habrá que enviar a los judíos a acometer los trabajos necesarios en el este. Quienes se encuentren en buenas condiciones de salud serán trasladados en columnas laborales separadas por sexos a dichas regiones para dedicarlos a la construcción y reparación de carreteras. En el curso de esta acción es indudable que se verá eliminada una porción considerable de ellos por causas naturales. El posible remanente, que consistirá, de manera obvia, en la fracción más resistente, deberá ser tratada en consecuencia, dado que constituye el fruto de la selección natural y servirá, en caso de ser liberada, de semillero de un nuevo resurgir judío.

Se construyó a la carrera un número considerable de tales campos, incluidos los de Bergen-Belsen, Auschwitz-Birkenau, Bełżec y Treblinka. El primero recibió a más de 60 000 judíos, de los cuales murieron de hambre, de extenuación por el exceso de trabajo, de diversas enfermedades o por causa de los experimentos médicos

más de 35 000. El de Dachau, creado en marzo de 1933 a fin de confinar a prisioneros políticos, hizo las veces de campo de trabajo y de establecimiento en el que llevar a término espeluznantes ensayos médicos. A quienes estaban demasiado enfermos para trabajar los ejecutaban de manera sumaria o los enviaban al Centro de Eutanasia de Hartheim, sito en las cercanías. Entre tanto se mató de hambre de forma deliberada por orden de Hitler o de Himmler a tres millones de prisioneros soviéticos.

El campo de exterminio de más infausta memoria de todos fue el de Auschwitz-Birkenau, inaugurado por Himmler en mayo de 1940. En las siete cámaras de gas de que disponía llegado el año de 1942 se calcula que murieron 2,5 millones de personas, de los cuales unos dos millones eran judíos, polacos, gitanos y prisioneros de guerra soviéticos. Solo sobrevivieron unos 200 000 reclusos, y el resto fue incinerado o enterrado en fosas comunes.

Himmler y Heydrich tenían estilos muy diferentes. El primero se tenía por un soldado, aunque sus verdaderos dotes radicaban en su capacidad para las intrigas burocráticas y en su condición de cortesano del entorno de Hitler. Consagraba mucho tiempo a idear normas pedantes y absurdas para su SS, y pasaba sus pocos momentos de ocio con su secretaria, quien acabó por convertirse en su amante. Heydrich destacaba en los deportes y la música, y cuando se lo permitían sus numerosas ocupaciones se adiestraba en el manejo de aeroplanos. De hecho, participó en misiones arriesgadas emprendidas en Noruega y la Unión Soviética, en donde se estrelló y hubo de ser rescatado. No le faltaron ni las amantes ni

las aventuras sexuales. Era un hombre escalofriante, aunque nunca banal, en tanto que Himmler resultaba aterrador y desplegaba siempre una afectación insulsa.

En septiembre de 1941, Heydrich vio aumentadas sus ya nutridas responsabilidades cuando lo nombraron *Reichsprotektor* de Bohemia y Moravia —antes, parte de Checoslovaquia—, en donde impuso medidas represivas que le valieron en sobrenombre de «der Henker» («el verdugo»). El 27 de mayo del año siguiente, mientras viajaba sin escolta en un Mercedes verde sin capota, sufrió la emboscada de dos combatientes de la Checoslovaquia libre adiestrados por los británicos y murió poco después a consecuencia de las heridas sufridas. A modo de represalia, los nazis arrasaron el pueblo checo de Lídice.

En junio de 1942, Himmler ordenó la deportación de 100.000 judíos de Francia y aprobó el proyecto de trasladar a 30 millones de eslavos de la Europa oriental a Siberia. Al mes siguiente dispuso la «limpieza total» de judíos del Gobierno General Polaco (desde Varsovia solamente, viajaron 6000 al día en dirección a los campos de exterminio).

A Himmler lo nombraron ministro de Interior en 1943. Al año siguiente, Hitler disolvió el servicio de información militar (la Abwehr) e hizo del SD de aquel la única agencia de espionaje de la Alemania nazi. En 1944, mientras los Aliados avanzaban desde el oeste, fracasó por completo como adalid militar del grupo de ejércitos Vístula.

Reconociendo lo inevitable de la derrota, trató con desesperación de destruir todas las pruebas de la existencia de los campos de exterminio antes de buscar la paz con el Reino Unido y con Estados Unidos. Hitler mandó detenerlo, y él intentó huir disfrazado, aunque fue arrestado en Bremen. Murió envenenado por una cápsula de cianuro que se administró él mismo.

Este antiguo avicultor de mentón retraído y gafas, aquejado de diversas enfermedades nerviosas, creó una segunda familia con su amante, la antigua secretaria a la que llamaba «Bombón»; pero en el desván de su vivienda guardaba muebles y libros hechos con los huesos y la piel de sus víctimas judías. Fue un administrador meticuloso que organizó el exterminio sistemático de 6 millones de judíos (dos tercios de cuantos habitaban en Europa), 3 millones de soviéticos, 3 millones de polacos no judíos, 750.000 eslavos, 500.000 gitanos, 100.000 enfermos mentales, 100.000 masones, 15.000 homosexuales y 5.000 testigos de Jehová. Una carnicería cuya escala jamás había podido imaginar nadie.

Jomeini

(1902-1989)

Les voy a partir la cara. Pienso formar gobierno. ¡Pienso formar gobierno con el apoyo de esta nación!

El gran ayatolá Jumaynī (Jomeini) encabezó la revolución de 1979, que derrocó al último sah iraní, y se erigió en dirigente supremo de una teocracia, la República Islámica de Irán, que se ha convertido en una potencia a menudo perjudicial para todo Oriente Medio. Este religioso chiita añoso y de barba cana resultó ser un cabecilla revolucionario dinámico, sagaz e implacable, creador de un sistema completamente nuevo en el que su propio poder se hallaba protegido por una Constitución perdurable hasta extremos sorprendentes merced a la represión brutal de toda oposición. El Irán de nuestros días, que renace audaz con aspiraciones de hacerse con un arsenal nuclear y la hegemonía regional, y amenaza con hacer la guerra al «gran Satán» de Estados Unidos y aniquilar al «Satán menor» de Israel, respaldando a las milicias de Hezbolá y Hamás en Gaza y el Líbano, asesinando y aterrorizando a su propio pueblo, es el Irán de Jomeini.

El ayatolá, cuya familia había pasado mucho tiempo en la India del imperio británico y que, de hecho, empleó durante mucho tiempo el pseudónimo «Indí» en sus composiciones poéticas, estudió el Corán y, en particular, la interpretación del chiismo duodecimano en Arak y la ciudad santa de Qom. El clero iraní estaba amenazado y casi destrozado durante la campaña que emprendió Riḍā Šāh (Reza Sah) —quien se había arrogado la corona de la nación en la década de 1920— con la intención de modernizar y secularizar el país tal como había hecho en Turquía su héroe Atatürk.

Reza Sah se vio obligado a abdicar en favor de su joven hijo Muḥammad Riḍā Pahlawī (Reza Pahlavi), quien al principio demostró

cierta aptitud a la hora de lidiar con los poderosos ayatolás chiitas. Jomeini, que aún no había llegado a alcanzar tal dignidad, seguía aceptando la idea de una monarquía constitucional limitada; pero no tardó en sentirse molesto de forma gradual ante la tendencia a la secularización y la modernización del nuevo sah.

Era ya sexagenario cuando la muerte de los principales ayatolás le permitió erigirse en dirigente religioso. Reza Pahlavi anunció en 1963 su Revolución Blanca, tocante a la propiedad de la tierra, la liberación y educación de las mujeres y la modernización impuestas por el mismo monarca. Semejante idea resultó abominable a Jomeini, quien convocó una reunión de los *ulamā'* (la clase religiosa) y arremetió en ella contra el sah, a quien llamó «condenado miserable», tildó de tirano decadente y comparó con el hijo de Mu'āwiya (o Moavia), el califa histórico Yazīd.

El soberano respondió atacando al clero en la mismísima Qom. Creció la tensión, y Jomeini sufrió arresto. Cuando el primer ministro exigió una disculpa del ayatolá, asestándole al parecer una bofetada, él se negó. Se había puesto ya en contacto con una red cada vez más extensa de escuelas y organismos religiosos que profesaban un violento activismo político, y días más tarde, el primer ministro murió asesinado. Las multitudes se unieron para protestar contra el sah y apoyar a los ayatolás.

Ante las crecientes tensiones, el soberano otorgó a su nuevo primer ministro la facultad de emplear las fuerzas armadas a fin de sofocar la rebelión. El sah recuperó la iniciativa cuando estas abatieron a cuatrocientos manifestantes. Jomeini se vio obligado a exiliarse, en

Turquía y, sobre todo, en Nayab, ciudad de Iraq, la única otra urbe que contaba con una población chiita considerable.

El sah se había convertido ya en un potentado militar de la región, aliado de confianza de Estados Unidos y destinatario de miles de millones de dólares gracias a la subida de los precios del petróleo. Sin embargo, su Revolución Blanca se estaba destruyendo a sí misma de forma paulatina: miles de iraníes se acogieron a las posibilidades que les brindaba de recibir una formación y se unían a la clase media en el mismo momento en que millones de habitantes pobres, atraídos por la industria, la educación, la construcción de viviendas y la riqueza que florecían en la nación, habían dejado sus pueblos para dirigirse a Teherán y descubrir allí una nueva pobreza que languidecía desencantada en barrios de chabolas. Y allí quedaron a merced de la suerte bajo la magnificencia corrupta y distante de un sah cada vez más autocrático y su corte de tecnócratas y compinches, que hacían valer su hegemonía a golpe de ostentación y mediante el SAVAK, la brutal policía secreta del régimen. El presidente iraquí Sadam Husein se ofreció en no pocas ocasiones a liquidar a Jomeini, pero el sah oponía siempre algún reparo.

Entre tanto, en Nayab, y más tarde exiliado en Francia, no lejos de París, el ayatolá grababa cintas con sus oraciones que se hacían llegar de contrabando a un auditorio cada vez mayor de iraníes. Había abrazado ya su nuevo concepto de soberanía divina, basado en la tutela del pueblo por parte de los expertos en materia de religión. Si el chiismo tradicional creía que la autoridad del Profeta

se había transmitido de uno a otro de sus descendientes directos — los doce imanes— hasta llegar al último, al duodécimo, que había desaparecido pero que regresaría un día para acaudillarlos, Jomeini se fue convirtiendo a los ojos de sus seguidores en «el Imán»; fue superando la condición de ayatolá para transformarse en un dirigente místico religioso y nacional por derecho propio.

El régimen del sah quedó paralizado en 1978 por una serie de huelgas y protestas cada vez más intensas al tiempo que el inepto presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter, lo debilitaba aún más criticando los abusos que estaba cometiendo contra los derechos civiles. El soberano, curiosamente, fue incapaz de reaccionar. Recurrió a los embajadores estadounidenses y británicos, pero se negó a otorgar a un caudillo militar el poder necesario para contener la creciente oleada de protestas. Pocos sabían que el sah, que había concentrado todo el poder en sus manos, sufría un cáncer en secreto.

Entre tanto, Jomeini supo manipular con habilidad la opinión iraní y occidental, ocultando sus opiniones teocráticas al tiempo que se hacía pasar por demócrata populista y se rodeaba de liberales cercanos a Occidente que convencieron a los extranjeros de que supervisarían la creación de un Irán nuevo y libre. En realidad, sin embargo, las cintas que iba grabando criticaban con violencia y sin tapujos al sah, a Estados Unidos y a los judíos. Cuando el soberano se fue de Irán «de vacaciones», todos lo celebraron. Jomeini regresó el primero de febrero de 1979 y derrocó al gobierno provisional. «Les voy a partir la cara —declaró—. Pienso formar gobierno». Y nombró

jefe de gabinete a Mehdi Bazargan, demócrata moderado, a quien habría que «rendir obediencia, porque —según anunció el ayatolá— he formado el gobierno de Dios». En ausencia del duodécimo imán, Jomeini asumió de inmediato poderes punto menos que absolutos. Emprendió una campaña de terror en la que fueron ejecutados o asesinados miles de seguidores del sah, y, poco después, todo aquel de entre quienes lo apoyaban a él que pusiese en duda su modo de gobernar. Su nueva Constitución, pensada en un ejecutivo islámico, se aprobó con los votos de la inmensa mayoría. Por más que creó una fachada semidemocrática —con presidente electo y Parlamento—, el poder verdadero seguía recayendo en su propia persona, convertida ahora en dirigente supremo por la gracia de un comité de religiosos expertos. El estado, cuyas riendas dominaba por entero, se trocó enseguida en una dictadura mucho más cruel y represiva de lo que había llegado a serlo nunca con el malhadado sah.

Cuando Estados Unidos ofreció asistencia médica al moribundo soberano derrocado, los estudiantes iraníes tomaron como rehenes a sus diplomáticos. La intervención militar estadounidense fracasó de un modo estrepitoso, y Jomeini se regodeó con la humillación del gran Satán. Sadam Husein invadió Irán en 1980, pero el ayatolá, sirviéndose del conflicto para consolidar su poder, contraatacó y reconquistó el terreno perdido. Iraq ofreció una tregua, pero Jomeini la rechazó y envió a miles de reclutas contra las líneas iraquíes en verdaderas oleadas humanas. La guerra duró seis años y resultó desastrosa para ambas naciones, que perdieron un total de entre

medio millón y un millón de personas. En 1989, el dirigente iraní reaccionó a la publicación de *Los versos satánicos* de Salman Rushdie promulgando una *fatwà* (o decreto religioso) por la que condenaba a muerte a su autor.

A la muerte de Jomeini, ocurrida aquel mismo año, tomó los mandos supremos del estado el ayatolá Alí Jameney, heredero nombrado por él que, sin embargo, carecía de la autoridad inigualable de su predecesor. El nuevo dirigente respaldó la subida al poder en 2005 del presidente populista Maḥmūd Aḥmadīnizhād, quien hizo avanzar el programa compartido de convertir Irán en una superpotencia nuclear regional dominadora de Oriente Medio. Este último atacó enérgicamente a Estados Unidos e Israel, negó la existencia del Holocausto y amenazó con destruir por entero el estado judío. Asimismo desafió el poder de su propio protector, Jameney y del resto del clero con su radicalismo místico milenarista. En 2009 perdió casi con total certeza los comicios presidenciales frente a un candidato liberal, pero el dirigente supremo se encargó de que fuese reelegido oficialmente. Cuando la multitud se echó a la calle y tildó de dictador a este último, Irán reprimió de forma brutal la revuelta y, haciendo caso omiso de las protestas internacionales, siguió creando su arsenal nuclear.

Orwell

(1903-1950)

*En Birmania, en París, en Londres,
en el camino a Wigan Pier y en*

España, acosado y, al final, herido por los fuegos fascistas: en todos estos sitios había invertido sangre, dolor y sudor a fin de ganarse su rabia.

Thomas Pynchon, novelista

De todos los escritores del siglo XX, ninguno hizo más por dar forma al modo de pensar y de hablar de las gentes corrientes como George Orwell. Sus novelas *Rebelión en la granja* y *1984* no solo advierten con crudeza de los peligros de la tiranía y la dominación estatal, sino que ayudaron a cambiar las percepciones políticas y enriquecieron la lengua inglesa. Orwell fue también el ensayista más grande de cuantos se expresaron en ella durante su siglo, siempre original, perspicaz y elocuente. Aunque sus convicciones políticas estuvieron siempre con la izquierda, supo saltarse con mordacidad las rígidas convenciones de la afinidad de dicho sector con los homicidios masivos del régimen estalinista. Su crítica de los horrores del totalitarismo, fundada en sus sólidos principios, lo distinguió como emblema intelectual de gentes de cualquier condición política. Hasta el término *orwelliano* ha pasado a formar parte de la lengua inglesa para describir un estado de cosas tan poco deseable como el que presenta *1984*.

El de George Orwell era el pseudónimo de Eric Arthur Blair, nacido en 1903 en el seno de una familia inglesa destinada en Bengala, en donde su padre ejercía de oficial del departamento de la

Administración india dedicado a la gestión del opio, y aunque regresó al Reino Unido siendo niño todavía, la experiencia del imperialismo dejó en él una huella que aún resulta visible en buena parte de su obra.

En 1922 se alistó en la Policía Imperial de la India y lo mandaron a Birmania. El tiempo que pasó allí brindó la base para artículos como «Un ahorcamiento» o «Matar a un elefante», fundados en una capacidad de observación brillante, y para *Los días de Birmania* (1934), novela absorbente y conmovedora. Su marcado sentido de la conciencia lo llevó a dimitir en 1927, y volvió a Inglaterra desengañado en lo más hondo con las realidades del poder imperial. Fue dicho estado de ánimo el que hizo que se resolviera a dedicarse a la escritura. A finales de la década de 1920 y principios de la de 1930 ocupó una serie de puestos de trabajo de baja categoría en París, en donde ejerció a menudo de *plongeur* («lavaplatos») en cocinas de hotel, antes de regresar a la capital británica y «adoptar las costumbres del lugar», viviendo en calidad de vagabundo en albergues y pensiones. Los piojos, la suciedad, las sartenes mugrientas que tuvo que frotar y los mequetrefes con que entabló conocimiento quedaron condensados en su primera obra narrativa, *Sin blanca en París y Londres* (1932). En ella exponía la miseria de los pobres europeos, y con ella se inició la obsesión con las condiciones de vida de las clases obreras que lo acompañaría toda su vida.

Su siguiente libro, *El camino a Wigan Pier* (1937), ofrecía un retrato vívido e intenso de la existencia cotidiana de los mineros de los

centros urbanos del noroeste de Inglaterra, y reflexiones muy reveladoras acerca de las penurias del desempleo y el alojamiento de los pobres. También incluye un relato personal del acercamiento de Orwell al socialismo. Aun antes de ver publicado el libro, su autor decidió que obras son amores y se dirigió a España en 1936 a fin de sumarse a los republicanos en su lucha contra los nacionalistas de Franco. Lo que vivió combatiendo en los frentes de la guerra civil española le proporcionó el material con que escribiría *Homenaje a Cataluña* (1938), relato en primera persona de su participación en el conflicto.

Estando en España recibió una herida en el cuello, y tras la experiencia regresó al Reino Unido. Durante la segunda guerra mundial trabajó en el servicio de propaganda de la BBC para Extremo Oriente, aunque no tardó en dejarlo para centrar su energía en la redacción de *Rebelión en la granja* (1945), relato alegórico anti estalinista sobre una hacienda en la que los cerdos arrebatan el poder a los humanos antes de caer de forma gradual en un comportamiento tiránico y corrupto. La consigna de aquellos («Todos los animales son iguales, aunque algunos son más iguales que otros») se cuenta entre las frases más célebres de la literatura del siglo XX.

Su mayor contribución a la lengua inglesa se encuentra en su poderosa novela política *1984* (1948), una advertencia estremecedora contra los peligros de la dominación del estado que revela un entendimiento pasmosamente verídico de la crueldad del funcionamiento real del comunismo e introdujo una gran

abundancia de conceptos sugerentes, como la policía del pensamiento, la habitación 101, el Gran Hermano o el doblepensar. Orwell, que había tenido problemas de salud durante la mayor parte de su vida adulta, completó la novela poco antes de morir de tuberculosis a los cuarenta y seis años.

Al mismo tiempo que publicaba libros, Orwell escribió una serie ininterrumpida de columnas, artículos y reseñas en los que abordaba todo género de asuntos. En uno de los mejores, «La política y el idioma inglés», presenta un argumento extraordinario que relaciona el uso poco meditado de las palabras con la opresión política. Sin embargo, siempre expresa estas ideas complejas con frases en extremo elegantes y lacónicas. Cada uno de sus artículos, por exaltado o furibundo que pudiera ser su contenido, está redactado con gran delicadeza y es accesible a todos los lectores.

Orwell dejó una obra por demás voluminosa. Sus libros nunca han dejado de reeditarse desde su muerte, ni dejan de aparecer en las librerías recopilaciones de sus escritos periodísticos. Muchas de las ideas que expresan sus novelas tienen hoy más vigencia que nunca. Su amarga crítica de la Unión Soviética y de la naturaleza represiva del comunismo se justificaron por entero durante el desmoronamiento de dicho estado desde finales de la década de 1980. La pasmosa claridad de su visión combinada con una capacidad infalible para expresar ideas complejas de un modo inteligible para todos garantizan su posición incontestable de gran escritor del pueblo y dedicado al pueblo.

Deng Xiaoping
(1904-1997)

*¿Qué más da que el gato sea
blanco o negro?*

Lo importante es que cace ratones.

Deng fue el dirigente supremo de la China que transformó el estado comunista revolucionario de Mao Zedong en la pujante superpotencia en que se ha convertido hoy, gobernada con dureza por la oligarquía comunista al tiempo que recibe el impulso de una economía de libre mercado. Su nueva China no tardó en poseer el poderío suficiente para retar al mismísimo Estados Unidos. Enérgico, pragmático y sarcástico, Deng fue tanto un implantador brutal de la política maoísta como un superviviente que soportó guerras, purgas y golpes de estado palaciegos para emerger como el gobernante que marcó el rumbo que habría de seguir el país más populoso del planeta. Sus sobrenombres —«la Fábrica de Acero» y «la Aguja Oculta en el Copo de Algodón»— lo describen a la perfección.

Su reputación se infravalora en muchos sentidos: si el presidente soviético Mijaíl Gorbachov supervisó el fin pacífico de la hegemonía comunista y la desmembración del imperio soviético, él habría optado por mantener en su lugar la Unión Soviética y reformarla. Esta, sin embargo, se desmoronó, el comunismo perdió el poder y Rusia hubo de soportar una década de inestabilidad hasta que se ocupó de restaurar su prestigio y poner orden la soberanía

autoritaria de Vladímir Putin. Deng, quizás el titán político más influyente de finales del siglo XX, supo guiar a la China hacia su visión allí donde fracasaron los demás dirigentes comunistas.

Nació en la provincia de Sichuan en 1904 y se convirtió al marxismo de joven. Tras dejar el hogar a los dieciséis años, estudió en Francia y, después de la revolución bolchevique de Rusia, en Moscú. Regresó a la China a finales de la década de 1920, en el preciso instante en que el Kuomintang, formación de derecha presidida por Chiang Kai-shek, se volvía contra sus aliados comunistas en 1927. Unió su suerte a la de estos últimos, y en particular a la de Mao Zedong, a cuya persona profesó siempre una lealtad inquebrantable. Cuando Chiang acometió las campañas destinadas a destruir a los comunistas, Deng soportó la Gran Marcha a las órdenes del presidente Mao.

Este último y sus partidarios vivieron décadas enteras de guerra constante con sus enemigos exteriores, purgas internas y disensiones: una escuela durísima. Deng, que ejerció de comisario y a menudo, de hecho, de comandante de numerosas unidades del Ejército Rojo, se contaba entre los dirigentes comunistas más veteranos junto con su amigo y protector Zhou Enlai, quien poco a poco acabó por aceptar el poder total que impuso Mao, maestro de la manipulación taimada e implacable, a golpe de terror de la policía secreta y con constantes depuraciones homicidas. El propio Mao confiaba en muy pocas personas y atormentaba aun a sus aliados más cercanos; pero parece que respetaba la competencia y la dureza que saltaban a la vista en Deng.

Después de la segunda guerra mundial y del conflicto intestino librado entre el Kuomintang y los comunistas, durante el cual se distinguió en calidad de comisario y adalid, Deng fue uno de los dirigentes de estos últimos que estuvo presente durante la instauración, por parte de Mao, de la nueva República Popular en 1949. Estuvo varios años de gobernador de su provincia natal de Sichuan, durante los cuales supervisó la ejecución y el apaleamiento de decenas de miles de «terratenientes» —por lo común granjeros minifundistas—. Ante la muerte de diez millones de personas de la provincia durante el despiadado Gran Salto Adelante de Mao, Deng encomió el modo como se había administrado.

Mao lo llevó a la capital en calidad de viceministro, y en 1957 lo ascendió a la categoría de secretario general del Partido Comunista. Deng, por su parte, envió a medio millón de intelectuales a los campos de trabajo.

Sin embargo, cuando Mao se vio atacado por su peligrosa política radical a finales de la década de 1950, aquel se alió con el presidente Liu Shaochi, quien daba la impresión de desafiar la supremacía maoísta. A pesar de su condición de marxista y de dirigente comunista en extremo despiadado, Deng era, sobre todo, un hombre pragmático y un administrador eficaz. Fue en 1961 cuando, durante un discurso, pronunció la célebre frase: « ¿Qué más da que el gato sea blanco o negro? Lo importante es que cace ratones».

En 1965 emprendió la Revolución Cultural, purga violenta, vengativa y destructiva de la China destinada a restaurar su propia dictadura personal y el radicalismo comunista, amén de liquidar a la nueva minoría selecta del partido que había osado desafiar su poder absoluto. El presidente Liu o otros muchos cayeron en este aterrador proceso que sumió a la nación en el caos con la supervisión del mismísimo Mao. El primer ministro Zhou Enlai logró sobrevivir aviniéndose cobardemente a todas las brutales medidas de su señor. Deng tuvo suerte: aunque lo destituyeron y lo mandaron a trabajar en una fábrica como un obrero más, y su hijo quedó parapléjico después de que los guardias rojos lo arrojasen por una ventana, no fue víctima de tortura ni de humillación, decisión que había de proceder del mismísimo Mao.

Este último eligió como sucesor a quien era su principal aliado en la Revolución Cultural: el mariscal Lin Biao, vicepresidente dotado, aunque neurótico y vanidoso, que tras un intento fallido de golpe de estado acabó sus días mientras huía por aire a la Unión Soviética. El anciano presidente, ya achacoso y senil, aunque aún omnipotente, hacía un alto en su campaña, reconoció que la nación necesitaba un gobierno estable. Muerto Lin Biao y moribundo de cáncer Zhou, centró su atención en Deng.

En 1974, pues, se le rehabilitó en calidad de vicepresidente y gobernante de hecho del país. Sin embargo, a medida que se deterioraba la salud de Mao, su esposa Jiang Qing y el resto de la facción radical que encabezaba —la Camarilla de los Cuatro—

repararon en que Deng ponía en peligro sus planes de hacerse con el poder una vez muerto aquel.

Una vez más se degradó a Deng. El presidente Zhou Enlai, en otro tiempo aliado suyo, falleció de cáncer, y, a la muerte de Mao, le sucedió, ante la sorpresa de todos, un jefe de provincias poco conocido llamado Hua Guofeng. Deng, al frente de los veteranos políticos y militares, y depositario de la confianza del partido y el Ejército Rojo, encabezó el golpe de estado que derrocó a la Camarilla de los Cuatro, cuyos integrantes fueron detenidos, juzgados y encarcelados.

No le costó erigirse en dirigente de la China ni apartar a Hua del poder. Aunque jamás sintió la necesidad real de un verdadero culto maoísta a su personalidad ni de toda una lista de títulos como los de presidente o primer ministro, pronto no cupo la menor duda de que se hallaba al cargo, ni de que estaba reconduciendo la revolución a fin de conservar el poder absoluto y monopartidista del comunismo al tiempo que liberaba su economía. « ¡Es magnífico hacerse rico!», dicen que exclamó. Apoyado por protegidos suyos como el secretario general Zhao Ziyang y otros, se retiró a guiar la nación desde detrás de las bambalinas mientras se limitaba a dirigir la federación de ajedrez de su nación... y la Comisión Militar del partido, que mandaba sobre ejército. Guiada por él, la China negoció la devolución de Hong Kong y Macao y se alzó como una nueva superpotencia militar y casi imperial a medida que florecía su economía. Sin embargo, en 1989 se tambaleó la Unión Soviética; la Europa oriental recobró su libertad, y se levantó el telón de acero.

Cuando el gobierno comunista sufrió el desafío de miles de estudiantes en la plaza de Tiananmén, Deng hubo de enfrentarse al fin del monopolio del partido, y, a la postre, fue decisión suya que se pusiera fin a las protestas con extrema crueldad. La China de hoy — un severo estado policial sometido al monopolio del Partido Comunista y con un alcance internacional imperialista y económico cada vez más amplio— es la China de Deng.

Duvalier

(1907-1971)

Yo soy la bandera de Haití.

Quien va contra mí va contra mi patria.

François Duvalier, presidente de Haití durante catorce años, fue un autócrata corrupto y brutal que metió en cintura a una nación orgullosa pero inestable —la primera república negra libre— mediante el uso de los macabros pelotones homicidas paramilitares conocidos como los Tonton Macoute («los hombres del saco»). Con sus violentos satélites, saqueó el país y aterrorizó a cuantos se oponían a su régimen. Tras hacerse famoso en calidad de médico dotado de un auténtico atractivo popular, recurrió a la corrupción, a la cleptocracia y al misticismo vudú, y creó para sí una imagen de figura semidivina, mitad Jesucristo, mitad Barón Samedi, espíritu mediador entre los vivos y los muertos.

Nació el 14 de abril de 1907 en la capital haitiana de Puerto Príncipe. Su madre, mujer de escasa estabilidad mental, trabajaba en una tahona y su padre era profesor, periodista y juez de paz. El matrimonio apodó a su hijo «Papa Doc» después de que obtuviese el título para ejercer la medicina en la Universidad de Haití en 1934. Cinco años más tarde, convertido en un profesional joven y de éxito, se casó con la enfermera Simone Ovide Faine, con quien tuvieron cuatro hijos: tres niñas y un varón, Jean-Claude, nacido en 1951, que sucedería a su padre en 1971. Duvalier pasó un año en la Universidad de Michigan, y con ayuda estadounidense, se hizo merecedor del reconocimiento nacional por su lucha contra enfermedades tropicales como el pian o el paludismo, que se estaban cobrando un número incontable de vidas en Haití.

En 1938 formó Le Groupe des Griots, sociedad de intelectuales negros que, influida por el etnólogo Lorimer Denis, experto en vudú, tenía por objeto despertar en Haití el nacionalismo negro y el misticismo de dicha corriente religiosa. Esta práctica, que se originó en el África occidental hace quizá diez mil años, toma su nombre de la palabra *vodun* («espíritu») y tiene hoy más de treinta millones de seguidores en todo el mundo a despecho de haber sido prohibido por los colonos cristianos por considerarlo magia negra.

En 1946, después de la segunda guerra mundial, el doctor Duvalier entró a formar parte del gabinete del presidente Dumarsais Estimé, en calidad de director general del Servicio de Sanidad de Haití y, desde 1948, de ministro de Sanidad. En 1950, sin embargo, el gobierno fue víctima de un golpe de estado militar encabezado por

Paul Magloire, quien identificó a Duvalier como uno de los principales oponentes con que contaba el nuevo régimen y lo obligó a vivir en la clandestinidad desde 1954.

Haití, sin embargo, era famosa por su inestabilidad, y Duvalier volvió a la escena política en 1956, después de que Magloire se viera compelido a dimitir. Durante los nueve meses que siguieron, la nación conoció seis gobiernos distintos, y Duvalier y sus seguidores participaron en todos ellos. Al final, en septiembre de 1957, lo eligieron presidente de pleno derecho con un programa populista y la promesa de poner fin a la hegemonía de la minoría selecta mulata —de origen latinoamericano y europeo—. Además, se presentó ante el país como un sacerdote vudú (el «Papa» de su apodo se emplea a menudo para referirse a los oficiantes de uno y otro sexo de las prácticas de dicha religión).

Aunque los generales habían colaborado en la manipulación de las elecciones que le dieron la victoria, Duvalier no confiaba en el ejército, y se sirvió de la asistencia de su principal ayudante, Clément Barbot, para reducir su tamaño y crear los Tonton Macoute, oficialmente Milicia de Voluntarios para la Seguridad Nacional, a modo de contrapeso. Estos «hombres del saco» constituían una legión desalmada, leal al presidente y compuesta por un número de integrantes que oscilaba entre los 9000 y los 15 000. No recibían salario oficial alguno; en cambio, el gobierno les daba carta blanca para servirse de la extorsión, el chantaje y otros crímenes a cambio de que secuestrasen, intimidaran y asesinasen a los oponentes del régimen —de los cuales murieron nada menos que

treinta mil estando Duvalier en el poder—. Llevaban atuendos cuasi militares y gafas oscuras, y remedaban a los demonios de la tradición vudú. Así, preferían usar machetes y cuchillos en lugar de armas de fuego a fin de deshacerse de sus víctimas, a las que colgaban para hacer que sirviesen de advertencia para otros. El régimen de Duvalier no pensaba permitir rivales, tal como descubrió su ayudante, Barbot, en su propia carne después de tomar de forma temporal las riendas del gobierno cuando el presidente sufrió un infarto de miocardio en mayo de 1959. Su antiguo amigo no dudó en encarcelarlo no bien se recuperó, y, cuando supo que estaba conspirando contra él después de su liberación, lo hizo matar en 1963. A otros de los que consideraba peligrosos los enviaba a Fort Dimanche para que los torturasen hasta morir.

En agosto de 1959, después de repeler un intento de invasión por parte de grupos de exiliados haitianos —auxiliados por guerrillas cubanas—, reafirmó de inmediato su autoridad. En 1961 vio ampliado su mandato de forma unánime hasta 1967 de resultados de una farsa electoral. La nación, en consecuencia, quedó cada vez más aislada a medida que los aliados potenciales como Estados Unidos —que lo habían respaldado contra el conato de ocupación de 1959— comenzaron a condenar su régimen. Esta situación, sin embargo, ofreció a Duvalier una ocasión mayor para dejar en el gobierno la impronta de su culto personal manipulando las tradiciones vudús de la isla y presentándose a sí mismo como encarnación del país. Impuso su imagen sobre la población rural imitando al Barón Samedi, un espíritu siniestro asociado a la

muerte que solía representarse con sombrero de copa y frac, gafas de sol y rostro cadavérico. Al mismo tiempo, y pese a haber sido excomulgado por el Vaticano en 1964 por hostigar al clero, se asoció de forma estrecha a la figura de Cristo (en uno de los carteles propagandísticos más famosos de aquel período podía verse a Jesús declarando con una mano posada en el hombro de Duvalier: «Yo lo he elegido»).

En 1964 se erigió en presidente vitalicio de un régimen cuasi monárquico, y enmendó la Constitución a fin de garantizar que su hijo Jean-Claude ocupara el cargo tras su muerte. «Bébé Doc» Duvalier se hizo cargo de la nación en 1971, como estaba mandado, a la tierna edad de diecinueve años, y la ostentación de riqueza que desplegó en el puesto provocó la ira de su pueblo empobrecido, que permanecía sumido en el analfabetismo, en tanto que lo más granado y corrupto de la isla desviaba los recursos que le quedaban al país. Jean-Claude gobernó hasta 1986, cuando lo derrocaron los militares.

Capítulo VII

Período 1908 d.C. - 1957 d.C.

Contenido:

Schindler (1908-1974)

Hoxha de Albania (1908-1985)

Kim Il-sung y Kim Jong-il (1912-1994 y 1941-2011)

Odette Sansom (1912-1995)

JFK (1917-1963)

Nasser, Sadat, Mubārak (1918-1970, 1918-1981 y 1928-)

Los Ceaușescu de Rumanía (Nicolae, 1918-1989, y Elena, 1916-1989)

Mandela (1918-)

El sah de Irán (1919-1980)

Juan Pablo II (1920-2005)

Sájarov (1921-1989)

Macías Nguema (1924-1979)

Pol Pot (1925-1998)

Idi Amin (1925-2003)

Thatcher (1925-)

Ana Frank (1929-1945)

Gorbachov y Yeltsin (1931- y 1931-2007)

Elvis (1935-1977)

Sadam Husein (1937-2006)

Gadafi (1942-2011)

Muhammad Ali (1942-)

Aung San Suu Kyi (1945-)

Pablo Escobar (1949-1993)

Osama Bin Laden (1957-2011)

Schindler

(1908-1974)

Odiaba la brutalidad, el sadismo y la falta de cordura del nazismo. No podía consentir estar de brazos cruzados mientras veía personas destrozadas. Hice lo que pude; lo que tenía que hacer; lo que me decía que hiciese la conciencia. No hay otra explicación; de veras: nada más.

Este donjuán bebedor dedicado a especular en tiempos de guerra fue el protagonista de uno de los actos de heroísmo desprendido más notables de la historia. Su decisión de salvar a más de mil judíos condenados a trabajos forzados de una muerte segura a manos de los nazis ha quedado grabada para siempre en nuestra memoria gracias a la literatura y al cine. Aquel acto de nobleza individual representa el triunfo de la humanidad sobre el mal. Como Sydney Carton, mitad pecador, mitad paladín de la novela de Dickens *Historia de dos ciudades*, el caso de Schindler demuestra que los héroes verdaderos son con frecuencia no gentes devotas y convencionales, sino pícaros mundanos, excéntricos y marginales.

Oskar Schindler fue un hombre de negocios extravagante y genial de Moravia, región de la actual República Checa. Nació en el seno de una familia acomodada, aunque sus diversas empresas fueron víctima de la Gran Depresión, que se extendió por Europa en la década de 1930. Su condición de chanchullero ducho en sobornos y manipulaciones lo convirtió en uno de los primeros en sacar tajada de la arianización de la Polonia ocupada por los alemanes. En 1939 se apoderó de una fábrica de Cracovia arrebatada a un industrial judío y la echó a andar con la mano de obra esclava que ofrecían los prisioneros hebreos.

A finales de la década de 1930, viendo el derrotero que tomaba la política, había trabajado para el servicio secreto alemán, y de resultas de esta actividad había dado con los huesos en la cárcel durante un breve período en su país nativo. Cuando Alemania invadió Checoslovaquia en 1938, Schindler, liberado ya, se había afiliado al Partido Nazi. Su afabilidad tabernaria lo había llevado a medrar con rapidez, y, sin embargo, tras observar una de las muchas incursiones que hicieron los nacionalsocialistas en el gueto de Cracovia, sito en los alrededores de su fábrica, decidió emplear su considerable influencia en contrarrestar el programa antisemita de su partido y salvar al mayor número de víctimas que le fuera posible.

Las mismas cualidades que hacían de él un oportunista de éxito le permitieron socorrer a los más de mil judíos que trabajaban para él. Haciendo uso de sus dotes de actor consumado y su encanto, logró disuadir a sus compañeros de partido de enviarlos a los campos de

exterminio. Los oficiales de la Gestapo que se presentaban en su fábrica para exigir que les entregara a los obreros que tenían documentación falsa salían de su despacho tres horas más tarde, tambaleándose por el alcohol y sin prisioneros ni papeles. Lo detuvieron en dos ocasiones por procurar a sus judíos provisiones en el mercado negro; pero sus sobornos y sus maneras cordiales garantizaron en ambos casos su puesta en libertad. «Cada vez que pudo salvar una vida, hizo cuanto fue preciso para lograrlo —diría más tarde de él su abogado—. Manejaba el sistema de un modo extraordinario».

Cuando las autoridades enviaron a trescientas de sus trabajadoras a Auschwitz por un error administrativo, se las compuso para obtener su libertad a cambio de una cantidad considerable de dinero. Prohibió a todo el mundo, funcionarios gubernamentales incluidos, entrar en la fábrica sin su permiso expreso, y pasaba las noches en su despacho, presto a intervenir en caso de que llegara la Gestapo. Cuando los nazis emprendieron la retirada y enviaron a Auschwitz a los 25.000 reclusos del campo de trabajo de Płaszów, empleó todos los resortes necesarios para que trasladasen a Moravia su fábrica y a todos sus obreros, y aun cuando en aquel momento se hallaba él mismo en peligro, permaneció al lado de sus judíos hasta que llegaron los soviéticos en mayo de 1945 y supo que estarían seguros.

Schindler hablaba raras veces de los motivos que lo llevaron a actuar así. De niño, sus mejores amigos habían sido los hijos de un rabino que vivía cerca de su casa. «Para mí daba igual que fuesen

judíos —aseveraría más tarde cuando le preguntaron por qué había actuado en contra de la política nazi—: yo los veía, sin más, como seres humanos». Cuando se le insistía para que diese cuentas de semejante viraje, ofrecía un razonamiento de pasmosa sencillez: «Estaba convencido de que los nazis estaban actuando mal... [C]uando comenzaron a matar personas... decidí que iba a actuar en contra de ellos y a salvar a cuantos me fuera posible». «Conocía a la gente que trabajaba para mí —aseveró en otra ocasión—, y cuando uno conoce a las personas tiene que tratarlas como a seres humanos».

Muchos siguen desconcertados ante las razones que pudieron llevar a este héroe inverosímil a sacrificarlo todo para salvar a aquellas gentes; pero lo cierto es que para Schindler, quien comenzó a hacerlo mucho antes de que se hubieran vuelto las tornas del conflicto, era solo una cuestión de conciencia. Tal como lo expresó uno de los beneficiarios de sus actos: «Yo no sé por qué lo hizo, aunque lo conocía muy bien. Se lo pregunté, pero nunca me dio una respuesta concreta... Aunque la verdad es que me importa un bledo: lo importante es que nos salvó la vida».

Aquel oportunista acabó la guerra sin blanca. Invirtió su vasta fortuna en proteger vidas, y aun llegó a vender las joyas de su esposa. El matrimonio que lo unió a la sufrida Emilie llegó a su fin en 1957. «Se lo dio todo a sus judíos —declararía más tarde—, y para mí no dejó nada». En Alemania se vio rechazado tras el conflicto, pues sus acciones refutaban el convencimiento que había querido inducirse de forma colectiva en el pueblo de que nada podía

haberse hecho. Los negocios en que se embarcó en la posguerra fueron un fracaso. Los judíos a los que había salvado acudieron a apoyar a su antiguo benefactor, y una de sus organizaciones financió el período, tan breve como poco próspero, que pasó de granjero en Argentina y la fábrica de cemento efímera que tuvo en Alemania. Sus antiguos trabajadores le enviaron dinero desde todo el mundo. Murió de un fallo renal en 1974, y está enterrado, conforme a sus deseos, en Jerusalén, «porque allí están mis hijos».

Hoxha de Albania

(1908-1985)

Stalin no era, en absoluto, lo que de él decían y dicen los amigos del comunismo, sino, muy al contrario, un hombre justo y de principios... Nosotros, los comunistas de Albania hemos aplicado con éxito sus enseñanzas... Su experiencia, rica y muy valiosa, ha guiado nuestro camino y nuestra actividad.

Memorias

Enver Hoxha fue una persona refinada en lo intelectual, apuesta y encantadora, y también un tirano paranoico de gran rigidez dogmática y adepto del estalinismo homicida que aisló y empobreció

Albania durante su reinado cuádragenario, atormentó y asesinó a su propio pueblo y dirigió su gobierno con una violencia siniestra y en ocasiones tragicómica, ejecutando a muchos de sus camaradas o matándolos en accidentes y suicidios fingidos. A su muerte, había convertido el país en un estado debilitado al filo del desmoronamiento.

Era hijo de un comerciante textil adinerado, y entre la década de 1920 y 1930 pasó varios períodos en el extranjero. Estudió y trabajó en Francia (asistió a clases de filosofía en la Sorbona) y en Bélgica antes de regresar a enseñar francés en una escuela de la ciudad de Korçë. Cuando la Italia fascista invadió la nación en 1939, se negó a afiliarse al recién creado Partido Fascista de Albania, y fue expulsado en consecuencia de su puesto de trabajo. Un año después, abrió una tabaquería en la que en 1940 ayudó a fundar el Partido Comunista albanés. La agrupación inició una campaña insurgente contra la ocupación italiana, para lo cual recurrió a la ayuda de los partisanos de Tito, en la vecina Yugoslavia. Tras la liberación, ocurrida en 1944, ocupó el cargo de primer ministro y el de ministro de Asuntos Exteriores, aunque gobernó en realidad en calidad de primer secretario del Partido Obrero de Albania. Poco después de la guerra contrajo matrimonio con Nexhmije, correligionaria suya que adquiriría con el tiempo un poder considerable, comparable al de Jiang Qing, esposa de Mao Zedong, o al de Elena Ceaușescu, cónyuge del dictador rumano.

Hoxha era un estalinista leal y devoto, siempre dispuesto a eliminar a sus enemigos personales y políticos. El dirigente soviético y él se

reunían con frecuencia, y disfrutaban de dilatadas conversaciones sobre historia y lingüística que Hoxha referiría más tarde en sus — por sorprendente que resulte— fascinante autobiografía. En 1949, cuando el mariscal Tito acabó su relación con la Unión Soviética, él hizo otro tanto con Yugoslavia —a pesar de haber contraído una deuda nada desdeñable con aquella nación limítrofe, mucho más extensa que la suya propia—. Asimismo, ejecutó a Koçi Xoxe, su ministro de Defensa, por simpatizar con la política del yugoslavo. Por temor a que sus compatriotas se «contaminaran» por estar expuestos a las «desviaciones» de este, mandó construir una serie de puestos de guardia a lo largo de toda la frontera común, que se convirtió en una de las más vigiladas del planeta. Más tarde ordenó crear 750 000 fortines individuales de hormigón y 700.000 casamatas a fin de defender la nación frente a posibles invasores, decisión absurda y por demás insólita que ha desfigurado hasta nuestros días el litoral albanés. Tras este telón balcánico, Hoxha acometió un proyecto de ingeniería social a la manera estalinista. Pretendía crear una clase obrera urbana que mereciese tal nombre —pues hasta entonces Albania había sido una sociedad campesina dividida en clanes— y socializar la vida nacional. Esto comportó una industrialización forzada y la reorganización de la agricultura en conformidad con el modelo soviético de granjas colectivas. Al mismo tiempo, Albania tuvo por primera vez acceso universal a la electricidad, aumentó la esperanza de vida y cayeron en picado las tasas de analfabetismo. Sin embargo, el coste humano de esta revolución social fue descomunal.

La policía secreta de Hoxha, o Sigurimi, actuaba de un modo brutal y ubicuo, torturando y acabando con cientos de miles de ciudadanos. Mehmet Shehu, primer ministro de Hoxha, habló sin tapujos en un congreso del partido acerca de sus métodos en los siguientes términos: «Quien diverja en algún punto de nuestra autoridad recibirá un escupitajo en la cara, un golpe en la barbilla y, de ser necesario, una bala en la cabeza». De los tres millones que conformaban la población albanesa, un millón sufrió arresto o prisión en un momento u otro de lo que duró esta campaña de terror perpetuo.

Hoxha también añadió sus propia impronta individual, por disparatada que pudiese llegar a ser; y así, por ejemplo, prohibió la tenencia en propiedad de automóviles particulares o las barbas, por considerarlas símbolo del atraso propio de las zonas rurales. Además, se fomentó la xenofobia al sumar los comunistas su adherencia al estricto ideario del marxismo-leninismo con la glorificación de varios mitos nacionales. El objeto central de dicha propaganda era el hombre al que se presentaba como el albanés más grande de todos los tiempos: el propio Hoxha. Con todo, este último puso no poco empeño en compartir su culto personal con el de Stalin, que siguió siendo destinatario de la veneración forzada de los albaneses las cuatro décadas siguientes.

Después de la ruptura sino-soviética de 1960, Hoxha se alió con Pekín contra la Unión Soviética por considerar que esta se estaba alejando del camino verdadero al socialismo que había trazado el camarada Stalin. Este nuevo alineamiento se tradujo en un

descenso radical del nivel de vida de sus ciudadanos, siendo así que la nación había dependido en gran medida del grano de la Unión Soviética, que, además, había sido su principal mercado de exportación. A fin de sofocar cualquier posible disensión, decidió emular a sus nuevos amigos chinos y acometió su propia Revolución Cultural. Desde 1967 Albania se declaró oficialmente un estado «ateo», clausuró todas sus mezquitas e iglesias y detuvo al clero. Asimismo, confiscó toda propiedad privada e hizo aumentar de forma exponencial el número de arrestos.

A continuación de un período breve y muy constreñido de liberación cultural en los albores de la década de 1970, se dio, en 1973, otra oleada de represión y purificación ideológica. Luego, en 1978, dos años después de la muerte de Mao y tras la instauración del régimen, más moderado, de Deng Xiaoping, Hoxha rompió con la China y condenó a su propio pueblo a un aislamiento aún mayor.

El dirigente albanés sobrevivió a un buen número de intentos de derrocarlo —protagonizados por los leales del rey Zog, quien vivía aún en el exilio, por el gobierno británico, y por Jruschov—, y el conocimiento de estas amenazas avivó una paranoia que ya había alcanzado cotas notables y que se manifestó en una serie de purgas internas. Quienes se hallaban en la cúpula del sistema eran precisamente los que más peligro corrían: los integrantes del Politburó y el Comité Central sufrieron detención de forma regular y fueron ejecutados por supuesta traición, y siete ministros de Interior sucesivos cayeron víctimas de la propia depuración que habían impuesto. En 1981, el secuaz en quien más confiaba,

Mehmet Shehu, que había servido en calidad de primer ministro suyo desde nada menos que 1954, puso en duda sus planes de sucesión y su aislacionismo. A continuación «se suicidó» en su vivienda tras habersele imputado cargos de participación en «crímenes de guerra» y colaboración con la CIA y el KGB, y haber sufrido una crisis nerviosa, acto que, de hecho, se consideraba ilegal. Varios testimonios aseguraron que el senescente Hoxha lo había asesinado personalmente, aunque, de hecho, es casi seguro que el dictador, enfermo y asistido por su esposa, había ordenado su ejecución. En adelante, y cada vez más achacoso, gobernó por intermedio de la terrible Nexhmije, quien entró a formar parte del Politburó, y de Ramiz Alia, protegido de ambos.

Hoxha murió en el cargo en 1985. Embalsamado y expuesto en un mausoleo en un primer momento, fue trasladado más tarde a un sepulcro más modesto. Alia y Nexhmije Hoxha le sucedieron en el poder, aunque fueron destronados en 1990. El de Albania salió de aquel período de caos convertido en un estado democrático, aunque dañado aún por la tiranía de Hoxha.

Kim il-sung y Kim jong-il
(1912-1994 y 1941-2011)

Los pueblos oprimidos solo pueden liberarse a través de la lucha.

Esta es una verdad sencilla y clara que confirma la historia.

Kim Il-sung

Brutal, homicida, represor y engañado por su propia propaganda, Kim Il-sung se denominó a sí mismo Gran Líder y gobernó durante mucho tiempo Corea del Norte en régimen de dictadura. Llevó a su nación por la senda de la guerra, el aislamiento internacional y el desmoronamiento económico, y durante el medio siglo que estuvo en el poder creó tal vez el régimen más totalitario y kafkiano del planeta. De hecho, mucho después de su muerte sigue siendo el presidente eterno, y la tercera generación de su dinastía hereditaria sigue dirigiendo su estado estafalario e infernal entrado ya el siglo XXI.

Kim Il-sung nació con el nombre de Kim Sung-ju y fue el mayor de tres hermanos de padre cristiano. Japón había invadido Corea en 1910, y Kim creció en una tierra sometida a la Administración nipona hasta que, en la década de 1920, se trasladó su familia a Manchuria, región del norte de la China en donde aprendió el idioma de esta última y se interesó por el comunismo. Cuando los japoneses invadieron Manchuria y, a continuación, el resto de la China, él se alistó en el movimiento de resistencia anti nipona. En la segunda guerra mundial huyó a la Unión Soviética, en donde también recibió adiestramiento militar y adoctrinamiento político.

Tras la derrota sufrida por el Japón en 1945, Corea se vio dividida en dos zonas de ocupación al quedar la Unión Soviética en el norte y Estados Unidos en el sur. En 1946 los soviéticos instauraron un estado comunista satélite en la parte septentrional y pusieron a Kim a la cabeza. En tanto que la mitad meridional de la península

celebraba elecciones libres, él comenzó enseguida a imponer un sistema totalitario represivo a la manera estalinista, lo que supuso, entre otras cosas, la creación de una policía secreta omnipotente, la instalación de campos de concentración, la redistribución de la propiedad, la supresión de la religión y el asesinato de los «enemigos de clase».

En junio de 1950 —contra las recomendaciones de Stalin, que insistía en la necesidad de tener paciencia— ordenó a sus ejércitos que invadiesen Corea del Sur a fin de reunificar la nación, y desencadenó así una guerra. El Norte recibió apoyo logístico, financiero y militar de la China y la Unión Soviética, mientras que el Sur estuvo respaldado por las Naciones Unidas, que enviaron un contingente internacional compuesto sobre todo por soldados estadounidenses. A despecho de las victorias iniciales, las fuerzas norcoreanas fueron rechazadas en breve, y la China tuvo que intervenir de manera multitudinaria para rescatar a Kim. Después de tres años, el conflicto —que costó entre dos y tres millones de vidas— acabó por estancarse.

Kim asfixió aún más a su nación, prohibiendo toda influencia externa y aniquilando a los enemigos de dentro de sus fronteras. En 1953, once integrantes de su partido trataron de llevar a cabo un golpe de estado —el primero de varios intentos— y terminaron sentados en el banquillo en una farsa judicial de las de Stalin y ejecutados de inmediato. A esto siguió la depuración del partido, de resultas de la cual se envió a decenas de miles de coreanos a

diversos campos de trabajo que siguen formando parte de los rasgos definitorios de Corea del Norte.

Kim promovió un culto generalizado a su propia persona fundado en el *zuche* o kimilsungismo, filosofía política construida sobre la base de las cualidades supuestamente divinas del dirigente. Al decir de los medios de comunicación del estado, Kim era el Líder Eterno o Supremo infalible.

Entre tanto, la consagración de casi una cuarta parte del presupuesto de la nación al gasto militar sumió al pueblo en la pobreza. En la década de 1990, la escasez de alimentos provocó hambrunas en las que puede que muriesen dos millones de personas. El país mantuvo su aislamiento extremo. Corea del Norte entró a formar parte de la relación de «estados perversos» y patrocinadores del terrorismo, en particular en contra de su vecino meridional. De hecho, fue responsable del asesinato, en 1983, de 17 funcionarios surcoreanos que se hallaban de visita oficial en Birmania y de la caída, cuatro años más tarde, de un reactor comercial surcoreano, en la que murieron 115 personas. Los norcoreanos comenzaron a crear su propio arsenal nuclear.

Ya achacoso, Kim Il-sung empezó a preparar a uno de sus hijos varones, Kim Jong-il, para que lo sucediese en una variante marxista de monarquía hereditaria. Kim el Joven comenzó a ejercer el poder en el Departamento de Agitación y Propaganda del Comité Central a finales de la década de 1960.

En 1980 entró al fin a formar parte del Politburó, y su padre lo nombró heredero forzoso. A esas alturas había adquirido un peso

considerable y aniquilado cualquier atisbo de oposición. Además, había organizado actos terroristas en el exterior: atentados con bomba, asesinatos y secuestros. Fue él quien tuvo la idea de derribar el reactor surcoreano y de eliminar a los ministros surcoreanos en Birmania, y quien ordenó raptar a ciudadanos japoneses.

Se rehízo su propia biografía a fin de trocarla en una epopeya que lo elevaba a la condición de Hijo de Dios. Su nacimiento, ocurrido en una cabaña hecha de troncos y situada en un campamento revolucionario del monte sagrado de Paektu, se presentó como un acontecimiento divino presagiado por una golondrina, un arco iris doble y una estrella nueva, cuando en realidad había visto la luz en la Unión Soviética en 1942. Llegado el año de 1991, se había erigido ya en dirigente real de Corea del Norte después de su ascenso a comandante supremo de las fuerzas armadas, y cuando, en 1994, murió al fin su padre, el Gran Líder, a la edad de ochenta y dos años, lo sucedió en el cargo de secretario general del partido —que no en el de presidente, ya que Kim Il-sung ocuparía tal posición de forma eterna— y fue aclamado Padre Querido y Querido Líder.

Kim se convirtió en centro de un culto absurdo, en tal grado, que se le atribuía la potestad de cambiar las condiciones atmosféricas, derretir la nieve y hacer aparecer el sol. Se le consideraba autor de no menos de mil quinientos libros y seis óperas, así como General Glorioso Venido del Cielo y Estrella de Guía del siglo XX.

En realidad, medía 1,57 metros y lucía una tripa que no hacía sino acentuar la guerrera de fajina que llevaba siempre abrochada hasta

el cuello. Completaba su imagen con gafas de sol envolventes, zapatos dotados de plataforma y un tupé cardado. No menos extravagante resultaba su dieta, compuesta de sopa de aleta de tiburón y *sashimi* de pescado vivo. Bebía *whisky* escocés y viajaba siempre en el tren blindado que le había regalado Stalin a su padre. Le encantaban las películas, en particular *Godzilla*, y escribió un libro sobre el arte del cine. Llegó incluso a secuestrar a un director y a un grupo de actores surcoreanos para que protagonizaran sus propias producciones.

La doctrina del *zuche*, basada en la independencia o, por mejor decir, el aislacionismo, y la del *sōn'gun* o primacía del ejército —que comportaba el mantenimiento de un millón de soldados, un programa nuclear y una política de alto riesgo fundada en la acometida de escaramuzas homicidas contra Corea del Sur— provocó durante la década de 1990 entre sus ciudadanos hambrunas que supusieron la muerte de un millón de ellos (nada menos que el 5 por 100 de la población). Gobernó por medio de la represión brutal y del terror. Uno de cada veinte de sus súbditos ha sufrido internamiento en los campos de concentración, en tanto que el número de los que han hecho trabajos forzados en ellos en un momento u otro asciende a 200.000.

Con todo, no era ningún bufón, sino más bien un manipulador hábil e implacable. La adquisición de una arma nuclear en 2006 le permitió negociar con Estados Unidos el envío de alimentos con el que salvar su régimen. Puso fin a las conversaciones cuando obtuvo de su enemigo tantas concesiones y víveres como le fue posible y

volvió a retomarlas cuando vio amenazada su autoridad. En 2004 comenzó a sufrir infartos o derrames, y en 2010 hizo heredero a su hijo menor, Kim Jong-un. El Líder Querido murió en diciembre de 2011 de un ataque al corazón mientras se hallaba en su tren. Lo aclamaron Gran Santo Celestial, y su hijo, que a la edad de veintisiete años carecía de toda experiencia política, fue elegido Gran Sucesor y nombrado comandante supremo y secretario general del partido.

Kim Il-sung y sus sucesores se cuentan dentro del puñado de dictadores que han conseguido transformar una autocracia republicana socialista en monarquía hereditaria durante los siglos XX y XXI. Todo tirano sueña con morir en su lecho después de haber elegido a su sucesor. En Siria, Ḥafiz al-Asad, que llegó al poder en 1969, se las compuso para que heredara el cargo su hijo Baššār en 2000; en Azerbaiyán, Heydər Əliyev tuvo por sucesor a su hijo Íham en 2003; en el Congo, Laurent Kabila dejó el puesto a su hijo Joseph. En la república autónoma rusa de Chechenia, Ramsán Kadírov sucedió a su padre en calidad de primer ministro y, después, de presidente. Fidel Castro, que gobernó Cuba desde 1959, tuvo por heredero a su hermano Raúl en 2008.

Sucede a menudo que el hijo resulta ser más débil que el padre, y su reinado, más breve. Corea del Norte es la única nación en la que la dinastía ha llegado a la tercera generación, y lo cierto es que no deja de ser sorprendente que la familia Kim y sus secuaces, quienes en muchos casos se hallan unidos por lazos de parentesco, hayan logrado en dos ocasiones una sucesión hereditaria sin

complicaciones. En el momento de llegar al poder, Kim Jong-un era el dirigente de estado más joven del mundo.

Odette Sansom

(1912-1995)

*Soy una mujer de lo más corriente
que ha tenido la ocasión de ver lo
mejor y lo peor de los seres
humanos.*

Odette Sansom representa el valor que desplegaron las gentes de a pie —y sin embargo extraordinarias— durante la segunda guerra mundial. Pese a habersele otorgado la Cruz de san Jorge británica y la Legión de Honor francesa por el trabajo que llevó a término tras las líneas del enemigo en lo que duró el conflicto, Sansom describió su ocupación en el anuario del Reino Unido *Who's Who* como «ama de casa». Conocida sin más como Odette, jamás consideró que el arrojo incondicional de que dio muestras en la Francia ocupada por los nazis tuviese nada de sobresaliente.

Odette Brailly, ciudadana francesa nacida en 1931, contrajo matrimonio con el hotelero británico Roy Sansom, al que había conocido cuando él se alojó en su casa de Picardía con la intención de ampliar sus conocimientos del idioma. Con el tiempo se asentaron en el Reino Unido y tuvieron tres hijos. Casi una década más tarde, Odette, que llevaba una existencia tranquila de ama de casa londinense, respondió a la llamada con la que el Ministerio de

Guerra solicitó de todos los residentes de origen francés cualquier fotografía de su tierra de que dispusieran. Cuando hizo llegar a dicho organismo sus álbumes de vacaciones, la Administración solicitó su presencia a fin de determinar si podía ayudar con algo más que instantáneas. Le propusieron, en consecuencia, entrar a formar parte del cuerpo de enfermeras de la caballería voluntaria, en donde recibió su adiestramiento básico. Sin embargo, tal posición no era sino una tapadera para alistarla en la Dirección de Operaciones Especiales (SOE por sus siglas inglesas), la organización secreta que enviaba agentes a la Europa ocupada a fin de que ejercieran de espías y sabotadores.

Aunque sus entrevistadores habían quedado impresionados por su energía, su inteligencia y su deseo de liberar a Francia de la desgracia de la capitulación de 1940, sus adiestradores de la SOE dudaron en un primer momento de que poseyera los atributos necesarios para actuar de agente secreto. Sin embargo, dada su férrea determinación, acabaron por enviarla a la Francia ocupada.

Desembarcó en la costa de Antibes en octubre de 1942, en donde entró en contacto con el jefe de su grupo, Peter Churchill. Debía unirse a un comando recién creado en Borgoña, Churchill —del que acabaría enamorándose y al que con el tiempo se convertiría en su esposo— logró obtener el permiso necesario para mantenerla dentro de su entorno. Con el nombre en clave de Lise, la recién llegada actuó de mensajera para él durante más de un año, ayudándolo a enviar y recibir información vital del Reino Unido.

En abril de 1943 los traicionó a ambos un agente doble. Ella había recelado desde el principio de aquel tal «coronel Henri», oficial alemán que, supuestamente, deseaba desertar de su nación y unirse a los Aliados, y Churchill también sospechó de él no bien regresó en paracaídas de Londres, en donde había ido a recibir instrucciones; pero ya era demasiado tarde: cierto integrante más indiscreto de su círculo sí había confiado en Bleicher —que tal era su verdadero nombre—, sargento de la Abwehr (el servicio alemán de espionaje), y Odette y Churchill fueron detenidos.

En los catorce interrogatorios distintos a los que la sometieron en la prisión parisina de Fresnes, y a pesar de que le arrancaron las uñas y le marcaron la espalda con un hierro al rojo, Odette se negó a cambiar su declaración inicial o a revelar la identidad o el paradero de ninguno de los otros dos oficiales de la SOE con que estaba resuelta a dar la Gestapo. Aferrándose con obstinación al cuento que había inventado a la carrera, según el cual estaba casada con Peter Churchill, insistió en ser ella, y no él, la dirigente del grupo. Se las compuso para convencer de ello a sus inquisidores al convenir con ellos en que era ella a quien correspondía acabar en el paredón. De resultas, a él solamente lo interrogaron dos veces y a ella la condenaron a la pena capital.

En 1944 la trasladaron al campo de concentración de Ravensbrück, en donde habían de ejecutarla. El que viviera para contarlo se debió, en parte, a que ella y Churchill habían logrado convencer a la Gestapo de que Peter era sobrino del primer ministro británico, Winston Churchill. No obstante, la confinaron en una celda en

solitario y le dispensaron un trato brutal. Cuando desembarcaron en Francia los Aliados, sus captores la tuvieron tres meses a oscuras a modo de castigo; sin embargo, creyendo que poseía conexiones importantes, el oficial al mando del campo la usó de rehén cuando huyó antes de que los alcanzara el avance del Ejército Rojo. No bien llegaron a las líneas aliadas, Odette lo denunció.

Salió de su reclusión demacrada, enferma y, al decir de cierto informe médico, «en un estado de gran tensión nerviosa a consecuencia del mal trato recibido». Sin embargo, en los años posteriores a su liberación se negó a caer en el rencor o en la recriminación y, en cambio, se consagró a colaborar con instituciones benéficas dedicadas a sanar las heridas físicas y mentales que había provocado el conflicto. En 1994 efectuó una emotiva visita a Ravensbrück a fin de descubrir una placa en honor a los camaradas de la SOE que habían muerto allí.

Recibió la Cruz de san Jorge, el mayor galardón no militar de cuantos se conceden en el Reino Unido, y se hizo también merecedora de la Legión de Honor de Francia. La prensa la idolatró, y sus actos quedaron inmortalizados en 1950 en la película *Odette*. Con todo, fue siempre una heroína muy poco amiga de la vanagloria. De hecho, aseveró que si aceptaba la Cruz de san Jorge era solo en nombre de quienes habían combatido en la guerra, y mantuvo en todo momento que lo que había hecho que se la otorgasen había sido la suerte de su supervivencia y no ningún acto particular de valor.

Odette se casó con Churchill en 1947, aunque su matrimonio no resultó demasiado próspero. No puede decirse lo mismo de la vida que compartió con su tercer esposo, Geoffrey Hallowes, también antiguo integrante de la SOE, hasta su muerte, ocurrida en 1995.

Entre otras heroínas de la segunda guerra mundial que operaron en la SOE destacan Violette Szabo, que llegó a Francia en paracaídas y, tras su captura a manos de los nazis, sobrevivió a semanas de tormento antes de ser ajusticiada; Szenes Anikó (o Hanna Senesh), judía, poetisa y espía que, detenida en su Hungría natal, también soportó tortura antes de ser fusilada, y la neozelandesa Nancy Wake, quien también accedió por aire al territorio francés y sobrevivió a la guerra después de acabar con sus propias manos con varios alemanes. Los nazis la llamaban «el Ratón Blanco», y fue la mujer más condecorada de aquel conflicto.

JFK

(1917-1963)

La de la democracia es una forma de gobierno difícil que exige las cotas más elevadas de autodisciplina y contención, y la voluntad de aceptar compromisos y sacrificios por el interés general.

Discurso pronunciado en Berlín (28 de junio de 1963)

El trigésimo quinto presidente de Estados Unidos fue un hombre de personalidad arrolladora, el más joven —después de Teddy Roosevelt— de cuantos han llegado a la Casa Blanca y el único católico que ha ocupado el cargo. En los tres breves años que duró su presidencia ofreció a su nación y al mundo vislumbres de un futuro pacífico y próspero. Su asesinato, ocurrido en 1963, causó dolor en todo el planeta.

John F. Kennedy era hijo de Joe Kennedy, implacable magnate de los negocios que había obtenido una verdadera fortuna comerciando con *whiskey* en tiempos de la Ley Seca y, después, en el ámbito cinematográfico y el inmobiliario, y que siendo embajador del presidente Roosevelt en Londres se granjeó no poco descrédito por su afán contemporalizador respecto de la Alemania nazi. Sin embargo, sus hijos superaron esta mancha en la reputación de su parentela para convertirse en poco menos que la familia real de Estados Unidos. John (o Jack) Kennedy sentó plaza en las fuerzas navales en septiembre de 1941, poco antes de que entrase en la guerra la nación, y sirvió en la campaña del Pacífico, en donde se hizo merecedor de la Medalla de la Armada y el Cuerpo de Infantería de Marina por salvar a la tripulación de su lancha torpedera después de que arremetiese contra ella la proa de un destructor japonés sobre las Islas Salomón.

Poco después de dejar la Armada se dedicó a la vida política, y ejerció de diputado demócrata entre 1946 y 1952, año en que entró a formar parte del Senado. En 1960 derrotó a Lyndon B. Johnson, senador por Texas, y se convirtió así en el candidato a la Presidencia

por el Partido Demócrata. Con Johnson en calidad de aspirante a vicepresidente, ganó al republicano Richard Nixon, lo que se debió en parte a sus dotes oratorias superiores, aunque también a la buena imagen que ofrecía en televisión. Cuando juró el cargo en 1961, pronunció un discurso inspirador en el que pidió a sus compatriotas: «No os preguntéis qué puede hacer por vosotros vuestra nación, sino qué podéis hacer vosotros por ella».

La suya fue una presidencia distinguida, marcada por un idealismo juvenil que hizo que la Casa Blanca acogiese a numerosos artistas y figuras culturales, y él fue un donjuán obsesivo y aun salaz que tuvo aventuras con la estrella cinematográfica Marilyn Monroe, con damas de la sociedad y con novias de mafiosos: hizo saber al primer ministro británico Harold Macmillan que el día que no tenía una mujer sufría dolor de cabeza. Nada de esto se sabía ni se reveló en su tiempo: él y su elegante primera dama, Jackie, crearon una «corte» estadounidense que llegó a conocerse como Camelot. En lo político, su mandato estuvo dominado por la guerra fría, la disputa internacional por la supremacía protagonizada por el mundo libre democrático, encabezado por Estados Unidos, y las dictaduras comunistas de la Unión Soviética y sus aliados. En 1961 autorizó la invasión, dirigida por la CIA, de Cuba por la bahía de Cochinos, un verdadero desastre en el que los exiliados cubanos trataron sin éxito de derrocar a Fidel Castro.

La situación se complicó en 1962 con la llamada Crisis de los Misiles Cubanos, en la que Kennedy se vio metido con el dirigente soviético Nikita Jruschov en un atolladero nuclear que quitó el

sueño no ya a Estados Unidos, sino al resto del planeta. Cuba había estado gobernada por Fidel Castro, aliado de los soviéticos, desde la revolución de 1959, y Jruschov, convencido de estar perdiendo la carrera armamentística, hizo depender su política exterior, de forma temeraria, en mudar el equilibrio de poder. Había decidido ubicar cabezas nucleares en Cuba, que Estados Unidos había tenido tradicionalmente por el patio trasero de su nación.

El 14 de octubre de 1962 sobrevoló la isla un avión espía U-2 de Estados Unidos a fin de tomar fotografías aéreas, y el valor que desplegó el coronel Oleg Penkovski, agente de la CIA infiltrado en el Ejército Rojo ejecutado en 1963 después de que se descubriera su verdadera actividad, permitió a los analistas estadounidenses identificar misiles balísticos de medio alcance cerca de San Cristóbal, a apenas 145 kilómetros del litoral de Florida.

El presidente Kennedy recibió el informe resultante el 16 de octubre, y al día siguiente comenzaron a trasladarse hacia el sureste las unidades militares de la nación. Entre tanto, una segunda misión con U-2 descubrió fábricas de montaje y entre 16 y 32 misiles ya dispuestos en Cuba. El día 18, sin revelar lo que sabía al respecto, advirtió al ministro soviético de Asuntos Exteriores, Andréi Gromiko, de las «gravísimas consecuencias» que acarrearía la introducción por parte de su gobierno de armas ofensivas de consideración en la isla.

Cuatro días después, habiendo descartado la idea de emprender un ataque aéreo contra los emplazamientos de los misiles, Kennedy apareció en la televisión estadounidense para revelar cuánto se

había descubierto y anunciar que se iba a someter a Cuba a «cuarentena» naval (es decir, bloqueo), y que solo se alzaría cuando se retirasen las armas. El 24 de octubre se colocaron en posición las embarcaciones estadounidenses, y aunque Jruschov declaró ilegal tal medida, los cargueros soviéticos que se dirigían a Cuba se detuvieron.

Los telegramas que se intercambiaron aquella noche Kennedy y Jruschov pusieron de manifiesto que ninguno de los dos pensaba ceder un ápice. De hecho, las defensas militares de Estados Unidos declararon, por vez única en la historia, el estado de emergencia denominado DEFCON 2, correspondiente al peligro de ataque inmediato.

El día 25, las Naciones Unidas solicitaron un plazo de negociación entre ambas potencias, y Kennedy rechazó con firmeza la petición. Al día siguiente, Jruschov se ofreció a retirar los misiles a cambio de que Estados Unidos se comprometiese a no invadir Cuba. El 27 planteó otra propuesta: sacar los misiles de la isla si él retiraba los que tenía en Turquía, nación que lindaba con la Unión Soviética. Entonces, en torno al mediodía, un misil soviético derribó un aeroplano U-2 y mató a su piloto. Durante una reunión con sus asesores militares, Kennedy convino en renunciar a una respuesta militar inmediata y a ofrecer condiciones que se ajustaran a la propuesta inicial de Jruschov. Sin embargo, nadie esperaba a esas alturas que este último tuviera intención alguna de aceptarlas. El presidente estadounidense, en consecuencia, advirtió a sus aliados

de la OTAN que debían prepararse para hacer la guerra al día siguiente.

No obstante, la mañana del 28, Jruschov anunció su intención de sacar las armas de Cuba. Kennedy había negociado la retirada de los misiles estadounidenses de Turquía en secreto, y aunque el resultado satisfizo por completo a muy pocos en Moscú, Washington, Cuba o Turquía, la crisis había terminado.

El episodio brindó a Kennedy un prestigio colosal: se había conducido con dureza, pero sin precipitación, y había desmontado el farol de Jruschov. Este, por contraste, recibió no pocas críticas por su imprudencia y vio resentirse su reputación. En 1964 fue destronado de resultas de un golpe de estado acometido en el Kremlin por Leonid Brezhnev. El resto del mundo no pudo menos de sentirse aliviado al ver superada el peor aprieto nuclear de la historia.

Aunque Jruschov dio marcha atrás en Cuba, en 1963 seguían existiendo tensiones notables en Alemania, en donde las fuerzas occidentales y soviéticas se hallaban enfrentadas desde uno y otro de los lados en que se había dividido el país. Kennedy dio uno de los discursos más renombrados de los tiempos modernos en Berlín, en donde los soviéticos acababan de erigir el infame muro con que pretendían impedir a los de la Alemania del Este huir a la del Oeste. «La libertad ofrece muchas dificultades y la democracia no es perfecta, pero nosotros no hemos tenido nunca que alzar una muralla para mantener a nuestro pueblo dentro de nuestras fronteras», aseveró. Fue precisamente en aquella ocasión cuando

empleó su célebre aserto: *Ich bin ein Berliner* («Soy ciudadano de Berlín»), a fin de pedir la solidaridad de todo el mundo occidental.

Además de enzarzarse en semejantes trances militares, Estados Unidos y la Unión Soviética habían emprendido una carrera espacial. En 1961, Kennedy convenció al Congreso de que aprobase un presupuesto de 22 000 millones de dólares para poner a un estadounidense en la Luna antes de que concluyese la década de 1960. El alunizaje que efectuaron Neil Armstrong y Buzz Aldrin en 1969 fue testimonio del clarividente compromiso de Kennedy para con la exploración espacial. Un tanto más miope fue el apoyo militar que, en cantidades cada vez mayores, brindó a la lucha del Vietnam del Sur contra su vecino comunista del Norte, lo que estancó al país en un conflicto que habría de abandonar tras una década infructuosa. Aun así, existen indicios de que tenía planes de retirarse de la nación en guerra tras los comicios de 1964.

En el frente interno, aunque tardó en secundar por completo el movimiento de derechos civiles, en 1962 no dudó en enviar a tres mil soldados a la Universidad de Misisipi a fin de permitir que el estudiante negro James Meredith se matriculara en dicho centro. Llegado el año de 1963 se había comprometido por entero con dicha causa, sobre el que ofreció un discurso conmovedor en la televisión nacional. Tras su muerte se aprobó la Ley de Derechos Civiles de 1964, propuesta por él.

Su asesinato, ocurrido en la ciudad texana de Dallas en 1963, detuvo en seco al planeta. Le dispararon mientras recorría la ciudad en la parte trasera de un descapotable, y el presunto tirador, Lee

Harvey Oswald, murió días más tarde a manos de Jack Ruby, empresario de un club nocturno de dudosa reputación. La plétora de teorías de conspiración que provocó la muerte de Kennedy da fe de la atracción y el optimismo que inspiraba este presidente joven y carismático en el mundo al que salvó de la aniquilación.

Nasser, Sadat, Mubārak
(1918-1970, 1918-1981 y 1928-)

Egipto y la Primavera Árabe

*Llevo tanto tiempo conspirando
que desconfío de cuanto me rodea.*

Nasser

Nasser (Ŷamāl 'Abd an-Nāṣir) fue el dirigente de Oriente Medio más influyente de mediados del siglo XX dada su condición de dictador de Egipto, el país más poderoso de la región, y tal vez el potentado árabe más popular desde tiempos de Saladino. Aun así, su trayectoria política acabó sumida en la derrota y la decepción, y el fracaso de su panarabismo secular abrió la puerta a un nuevo fundamentalismo islámico. Pese a todo, durante más de veinte años fue para muchos árabes «al-Ra'īs», «el jefe».

Nacido en un pueblo cercano a El Cairo, hijo de un operario del servicio de Correos, recibió su formación en Alejandría, en donde vivió con su abuela, y sentó plaza en el ejército en 1937. Egipto se hallaba entonces gobernado por la dinastía albanesa de reyes descendientes de Mehmet Ali, el caudillo y bajá otomano que se hizo

con el mando de la nación después de que la invadiese Napoleón Bonaparte para erigirse primero en jedives (virreyes), luego en sultanes, y por último en reyes de Egipto. El país quedó, de hecho, al cargo de una minoría selecta híbrida de otomanos y albaneses y de egipcios, que, sin embargo, se hallaban sometidos a la postre al imperio británico, señor de Egipto desde 1882. Lector de cuanto caía en sus manos, desde el Corán hasta Dickens, Nasser participó en el ámbito político desde una edad temprana, y dejó claro el odio que profesaba al yugo impuesto por los británicos a la vida de Egipto.

Mientras estudiaba en la academia militar conoció a su aliado, 'Abd al-Ḥakīm 'Āmir (Amer), oficial pomposo y extravagante a cuyo lado sirvió en el Sudán. Llevados de la esperanza de una victoria nazi que acabase con la dominación británica en su nación, se afanaron en reunir a un grupo de oficiales de ideas afines. Al encontrarse con que los estadounidenses planeaban dividir Palestina entre judíos y árabes, Nasser sintió la tentación de luchar del lado de estos últimos, y al cabo halló la ocasión para ello cuando el rey Fārūq de Egipto, monarca obeso, incompetente y depravado, se unió a otros países de la Liga Árabe para atacar el naciente estado hebreo de Israel. Los egipcios, incluido Nasser, avanzaron con rapidez a través del Néguev, pero el joven oficial pudo ser testigo de la ineptitud del soberano y sus adalides, así como de la falta de pertrechos y del adiestramiento adecuado.

Llegado el mes de agosto de 1948, Nasser se había convertido en comandante segundo de las unidades egipcias que quedaron

rodeadas por las israelíes en la llamada «bolsa de Faluya». La experiencia resultó muy instructiva: humillado por tan desastrosa campaña, a su regreso formó con su amigo Amer y con otros la Asociación de Oficiales Libres. Hizo consultas a la sociedad de los Hermanos Musulmanes, pero concluyó de entrada que su programa islámico chocaba con el nacionalismo árabe que él propugnaba. Este grupo eligió como portavoz al general Muḥammad Naḡīb.

Cuando Nasser oyó en mayo de 1952 que Fārūq tenía planes de detener a los Oficiales Libres, organizó un golpe de estado casi incruento y permitió al rey zarpar de Alejandría en su yate y rodeado de honores. Los revolucionarios dudaban entre crear una democracia o un régimen militar. Dado que Nasser no pasaba de teniente coronel, fue Naḡīb el encargado de presidir la nueva República de Egipto, si bien el poder real se hallaba en las manos del Consejo del Mando Revolucionario, manejado de hecho por Nasser, quien ocupaba el cargo de vicepresidente.

En 1954, cuando hizo aprobar las reformas agrarias y exigió a los alarmados británicos que abandonasen el canal de Suez, entró en disputa con Neguib, hombre de ideas más moderadas. Sin embargo, se impuso y asumió el poder real en calidad de primer ministro. Su oratoria apasionada y elegante lo estaba llevando ya a cautivar a su auditorio egipcio. En octubre, cuando se dirigía a una multitud colosal en Alejandría, un joven integrante de los Hermanos Musulmanes trató de asesinarlo, pero él, desafiante, demostró su coraje al proseguir su discurso:

Compatriotas, mi sangre se derrama por vosotros y por Egipto. Viviré por vosotros y moriré por vuestra libertad y por vuestro honor. Que me maten: poco me importa si he sido capaz de inspiraros orgullo, nobleza y libertad. Si es necesario que muera Ŷamāl 'Abd an-Nāṣir, sea Ŷamāl 'Abd an-Nāṣir cada uno de vosotros... Ŷamāl 'Abd an-Nhāṣir es vuestro y de los vuestros, y está dispuesto a sacrificar su vida por la nación.

A su regreso a El Cairo se destronó a Neguib, y él se erigió en presidente sin rival, posición que conservó los quince turbulentos años que siguieron. Nombró a su amiguete Amer comandante en jefe del ejército antes de emprender una serie considerable de medidas enérgicas contra los comunistas y, sobre todo, contra los Hermanos Musulmanes. Hizo detener a veinte mil de sus integrantes y ejecutar a su dirigente e ideólogo, Sayyid Quṭb.

Aunque su magistral oratoria y su presencia lo convirtieron en alguien inmensamente popular, fue su adhesión al nacionalismo panarabista lo que entusiasmó no solo a los egipcios, sino a todo el mundo árabe, que se recuperaba entonces de un siglo de dominación foránea. Con todo, dirigió un estado monopartidista eficaz con la ayuda de una policía secreta floreciente y brutal y respaldado por una junta militar oligárquica y cada vez más corrupta que no tardó en enriquecerse (aun cuando él mismo no profesaba interés alguno a lo material).

Nasser se consagró al movimiento no alineado y se erigió en su dirigente junto con el mariscal Tito, de Yugoslavia, y Nehru, de la

India. En 1956 anunció la nacionalización del canal de Suez, con lo que escandalizó al primer ministro británico Anthony Eden, quien ante la decadencia del poder imperial de su nación no pudo menos de ver en Nasser un Hitler redivivo. El Reino Unido respondió formando un consorcio secreto con franceses e israelíes a fin de atacar y destruir a Nasser. Israel invadiría el Sinaí, y las fuerzas anglo francesas no tendrían más remedio que «intervenir». Aquel emprendió una campaña deslumbrante para ocupar la citada península, pero la participación británica fue un desastre y se hizo merecedora de la condena del presidente estadounidense Eisenhower. Los israelíes se vieron obligados a retirarse, y la operación marcó el final de la influencia imperial británica en Oriente Medio.

El prestigio de Nasser se hallaba en su apogeo: sus discursos y sus emisoras de radio difundían propaganda anti imperialista y anti sionista que prometía a los árabes la posibilidad de alcanzar al fin el orgullo y la grandeza que se les había negado. Sus ideas panarabistas despertaron a las gentes árabes de toda la región e inspiraron a los oficiales nacionalistas de la mayor parte de los países que compartían lengua con ellos. Los regímenes de Jordania, Iraq, Siria, el Yemen y hasta Arabia Saudí se vieron amenazados por activistas influidos por Nasser. En 1958, los oficiales afines a él aniquilaron al rey Faisal II y a su familia y crearon una República iraquí basada en el modelo nasserista. En Jordania, el rey Husayn apenas pudo aferrarse al poder cuando los militares adeptos a dicha corriente dominaron el ejército. El rey Ibn as-Sa'ūd de Arabia

ordenó asesinar a Nasser, pero cuando se descubrió la conjura fue depuesto y sustituido por su hermano Faisal.

Siria y Egipto formaron una República Árabe Unida bajo la presidencia de Nasser, aunque tal entidad no tardó en desmembrarse. El dirigente egipcio voló a Moscú a fin de reunirse con el soviético, Nikita Jruschov, y tal acción alarmó a Estados Unidos, pues pese a ser anticomunista y perseguir a los marxistas de Egipto, y a despecho de su posición no alineada, era evidente su afinidad con los soviéticos. El golpe de estado que protagonizaron en el Yemen del Norte los oficiales nasseristas llevó a Nasser a enviar tropas egipcias a combatir a las fuerzas leales al rey, que contaban con el apoyo de los saudíes.

En Egipto, Nasser —omnipotente, aislado y enfermo— no pudo sino reconocer que su régimen se había trocado en una dictadura corrupta con su acaudalada minoría selecta militar y su policía secreta, y por encimad de todo se daba cuenta de que el mariscal de campo, Amer, poderoso, hedonista y drogadicto, había fracasado en su labor de crear un ejército sólido. En 1967, los enfrentamientos de Siria con Israel hicieron difícil al dirigente árabe más poderoso del país árabe más sobresaliente cumplir con las bravatas lanzadas en otro tiempo. Los mandamases soviéticos advirtieron de que los israelíes planeaban atacar Siria, aunque tal cosa era falsa por completo.

Lo más seguro es que Nasser albergara la esperanza de elevar la atención y poner de relieve el poderío egipcio sin tener que llegar a combatir con Israel. Expulsó a las tropas de la ONU encargadas de

mantener la paz en el Sinaí y cerró el estrecho de Tirán con la promesa de una guerra victoriosa y la matanza de los judíos de Israel. Al mismo tiempo, permitió que Amer trasladase las fuerzas egipcias a dicha península y dispusiese un ataque mientras sus oficiales se hacían con el mando de los ejércitos sirio y jordano. En el último instante, sin embargo, se asustó y ordenó a Amer que desistiera; pero el daño ya estaba hecho: los israelíes estaba sumidos en un estado de terror existencial ante el convencimiento de estar condenados a un segundo Holocausto. El primer ministro, Levi Eshkol, se hallaba en un mar de dudas, y el jefe de estado mayor, el general Isaac Rabin, sufrió una crisis nerviosa. Al final, Eshkol hizo entrar en el gobierno, en calidad de ministro de Defensa, a Moshé Dayán, antiguo general metido a político, célebre por su fría inteligencia y por llevar un parche negro en el ojo. Ante la aparente inminencia de una agresión de Egipto coordinada con Siria y Jordania, Dayán lanzó un ataque preventivo con el que acabó en cuestión de minutos con las fuerzas aéreas egipcias y derrotó las unidades de tierra. Siria y Jordania atacaron Israel, que acabó con los ejércitos de ambas. Nada de esto impidió a Nasser y Amer anunciar la victoria, cuando, en realidad, la arriesgada política de aquel y la dominación abusiva de los demás países árabes, combinada con la incompetencia de Amer, habían propiciado una derrota mayor aún que la que había sufrido el rey Fārūq.

Nasser ofreció su dimisión, pero su pueblo, que salió en multitud a las calles de El Cairo, insistió en que no abandonara la Presidencia.

Sin embargo, estaba extenuado, y de hecho murió de un infarto de miocardio en 1970. Lo sucedió su vicepresidente, Anwar as-Sādāt.

Sadat era otro oficial del ejército dinámico y original que estaba resuelto a echar por tierra la ventaja militar de Israel y, al mismo tiempo, evitar que Egipto se convirtiera en uno de los satélites de la Unión Soviética. En consecuencia, expulsó a los asesores militares soviéticos y coordinó con Siria un plan secreto para atacar Israel en el Yom Kippur de 1973. La agresión pilló totalmente desprevenidas a las fuerzas israelíes, que, sin embargo, lograron repeler a los egipcios y a los sirios y se las compusieron para cruzar el canal de Suez y arremeter contra Egipto. Con todo, los árabes habían restaurado su orgullo militar.

En 1977, Sadat voló a Jerusalén y firmó un tratado de paz con Menájem Beguín, primer ministro de Israel, que devolvió el Sinaí a cambio de la paz. Con todo, Sadat se hallaba al frente de un estado policial que no estaba suponiendo beneficio económico alguno para su pueblo. Cundieron el descontento y los disturbios, y los fundamentalistas islámicos aumentaron su actividad ante la indignación que les producía la alianza, cada vez más estrecha, de Sadat con Occidente. En 1981 Sadat murió asesinado durante un desfile militar y le sustituyó su vicepresidente, el general del Aire Ḥusnī Mubāarak, un patán nada refinado que, sin embargo, tenía ideas conservadoras y la suficiente perspicacia para gobernar Egipto los treinta años siguientes. La sucesión directa de dictadores faraónicos había llevado de Nasser a Sadat y de este a Mubāarak, quien recibió una ingente ayuda militar y financiera de Estados

Unidos a cambio de la represión del fundamentalismo mahometano y el mantenimiento de la paz con Israel. Sin embargo, Egipto era un estado monopartidista dotado de una policía secreta de métodos brutales, una corrupta oligarquía militar y elecciones amañadas, que manejaba a la prensa y cometía injusticias descaradas.

En 2011, cuando Mubārak, ya octogenario, planeaba la sucesión de su hijo, estalló una revolución popular —parte de una oleada de descontento contra los dictadores de todo el mundo árabe— que derrocó al presidente. Las revueltas destronaron a los dirigentes de Libia y Túnez, que tantos años habían estado en el poder, y provocaron una sangrienta insurgencia en Siria contra Baššār al-Asad y su brutal dinastía. Sin embargo, tras el optimismo y la efervescencia iniciales, los alzamientos suelen favorecer a quienes mejor han consolidado su organización y disciplina, y, en Egipto, este era el caso de los militares y los islamistas. Los generales nasseristas, que ocupaban el poder desde 1952, trataron de aferrarse a él, y aunque los egipcios de clase media, que habían promovido la caída de Mubārak a través de Facebook y Twitter, soñaban con una democracia liberal, las masas daban la impresión de preferir a los Hermanos Musulmanes y a otros grupos islamistas. Aún no está claro cuál será el resultado de todos estos acontecimientos ocurridos en Oriente Medio, tal como señaló el primer ministro de la China comunista, Zhou Enlai, cuando le preguntaron sobre las consecuencias de la Revolución Francesa: «Todavía es muy pronto para estar seguros».

Los Ceaușescu de Rumanía

(Nicolae, 1918-1989, y Elena, 1916-1989)

Siempre aseguró que actuaba y hablaba en nombre del pueblo, que era hijo predilecto del pueblo, cuando lo único que hizo fue someterlo en todo momento.

Alegato inicial de la acusación durante el juicio de Nicolae y Elena Ceaușescu (diciembre de 1989)

El matrimonio absurdo y despiadado de los Ceaușescu fue la personificación de la prolongada tiranía comunista que sometió a la Europa oriental, y su violento final representó el drama de las revoluciones de 1989 que los destronaron. Nicolae Ceaușescu promovió su propio culto personal y se arrogó el título de *conducător* («dirigente») y el de «genio de los Cárpatos», y desvió los recursos de su pueblo, azotado por la pobreza, para construir grandes monumentos a su propia gloria mientras empleaba su policía secreta, la Securitate, para acabar con sus enemigos. Él y su esposa, Elena, gobernaron en grotesca asociación. Cuando el bloque comunista oriental se desmoronó entre 1989 y 1990, fueron los dos únicos de entre los gobernantes derrocados que sufrieron fusilamiento.

Nacido en el seno de una familia de campesinos, se unió al movimiento comunista en ciería de Rumanía a principios de la

década de 1930. El país era a la sazón una monarquía conservadora, y el marxismo era ilegal. En 1936, Ceaușescu sufrió condena de dos años de prisión, y en 1940 lo internaron en un campo de concentración. Allí conoció a Gheorghe Gheorghiu-Dej, cabecilla del Partido Comunista con quien se fugó en 1944. Aquel mismo año se instaló con asistencia soviética un gobierno de «liberación» antifascista integrado por diversas ideologías en el que participó Gheorghiu-Dej, y, en 1947, Ceaușescu contrajo matrimonio con Elena, hija de un labrador.

No había acabado aquel año cuando los comunistas expulsaron del ejecutivo a sus antiguos aliados, y, en 1952, Gheorghiu-Dej se erigió en dictador de hecho de Rumanía. La llegada al poder de su mentor permitió a Ceaușescu consolidar su propia posición, y a la muerte de aquel, ocurrida en 1965, ponerse al frente del partido y del estado. Muchos rumanos albergaban la esperanza de que su nuevo dirigente inaugurase un período de mayor liberación y reformas, y en agosto de 1968 se intensificaron tales expectativas después de que su dirigente condenase la invasión soviética de Checoslovaquia. Esta actitud desafiante lo convirtió en una figura de veras popular en su nación, y le valió no poca admiración en Occidente. Sin embargo, él no tardó en garantizar a los soviéticos que su país pensaba permanecer leal al bloque oriental.

El optimismo inicial comenzó a disiparse cuando Ceaușescu comenzó a fantasear en torno a la idea de trocar Rumanía en un coloso industrial mundial y alejó con ello la esperanza de liberalización. En cambio, se obsesionó con sostener su

acaparamiento del poder, y a tal fin introdujo un proceso de continua rotación de puestos que obligaba a los funcionarios, cualquiera que fuese su categoría, a cambiar de ocupación de forma regular, para impedir así que ninguno de ellos pudiese amasar el poder suficiente para desafiarlo. Todo apunta a que el caos administrativo que tal sistema provocaba no preocupaba en absoluto a Ceaușescu, quien en marzo de 1974 asumió la potestad de gobernar por decreto. Su esposa adquirió un poder cada vez mayor en calidad de viceprimera ministra e integrante del Politburó, y se proclamó a sí misma «madre de la nación». Los dos reinaron en espantoso consorcio, y las historias de su codicia, su crueldad y su vanagloria abundaban.

Las funciones del Departamento de Seguridad Estatal (la infame Securitate) también se hicieron más extensas. Se calcula que, llegado 1989, poseía unos veinticuatro mil integrantes, y se había instalado en toda la nación un clima de miedo en el que se alentaba a todo ciudadano a espiar a cuantos lo rodeaban. Quien no hiciera tal cosa se arriesgaba a dar con sus huesos en la cárcel o en un campo de trabajos forzados. Al mismo tiempo, Ceaușescu permitió que se le subiera a la cabeza la idea de que Rumanía necesitaba crearse una imagen de utopía socialista moderna, lo que culminó en la década de 1980 con la construcción de un palacio gigantesco en el corazón de Bucarest. Esta monstruosa obra arquitectónica se debió a mano de obra esclava y exigió el desalojo de cuarenta mil personas a fin de dejar sitio para la planta.

Ceaușescu se resolvió a combinar los valores del socialismo con un nacionalismo rumano más estridente que nunca, y esto dio como resultado una serie cada vez más estafalaria de campañas destinadas a cimentar la grandeza nacional del país. En marzo de 1984, por ejemplo, su preocupación por la escasa tasa de natalidad de Rumanía lo llevó a decretar que las mujeres en edad de concebir debían someterse a revisiones ginecológicas mensuales bajo la mirada siempre atenta de la Securitate, y debían ofrecer una justificación en caso de no hallarse encintas.

Llegada la década de 1980, ante la deuda cada vez mayor a que se enfrentaba la nación, decidió que saldaría cuentas con sus acreedores antes de que llegase a su fin el decenio. Para lograrlo, ordenó la exportación masiva del producto agrícola del país y sus manufacturas industriales, lo que tuvo por resultado un descenso brutal del nivel de vida del pueblo y la muerte de miles de personas por desnutrición y falta de asistencia médica modernizada. Él respondió introduciendo medidas de austeridad como el Programa de Alimentación Racional, que disponía un consumo máximo por cabeza. Los sufridos rumanos se vieron liberados del yugo del tirano cuando las revoluciones populares de 1989 comenzaron a desmoronar los regímenes totalitarios de la Europa oriental. La caída del «genio de los Cárpatos» resultó sangrienta: tras un juicio sumario, Elena y él murieron ante el pelotón de fusilamiento el día de Navidad de 1989 mientras él cantaba «La internacional» y ella gritaba: « ¡Hijos de puta!».

Mandela

(1918-)

He combatido la dominación blanca y la dominación negra. He acariciado la idea de una sociedad democrática y libre en la que puedan vivir juntos todos los seres humanos en armonía e igualdad de oportunidades, y espero vivir lo bastante para cumplir y ver realizado este sueño; pero si es necesario, también estoy dispuesto a morir por él.

Defensa planteada ante el tribunal de Rivonia (1964)

La lucha por la libertad frente al *apartheid* de Suráfrica que protagonizó Nelson Mandela inspiró a millones de personas de todo el mundo por el coraje, la capacidad de resistencia y la nobleza de espíritu que desplegó su paladín. El paso del *apartheid* a un gobierno negro podría haber desembocado en matanzas vengativas similares a las que se dieron tras la independencia de la India; pero gracias a un político, semejante revolución fue, en esencia, tolerante, pacífica, ordenada e incruenta. Tal fue el logro imponente de un hombre que encarna el proceso que siguió Suráfrica en su camino a la democracia y la igualdad racial.

El 11 de febrero de 1990 salió Nelson Mandela por la puerta de la prisión Victor Verster, sita en el valle del Dwars, cerca de Ciudad del Cabo. Era la primera vez que se veía en libertad desde hacía veintisiete años. Este triunfo de la esperanza significó el principio de una era nueva para una nación desgarrada por el *apartheid* desde 1948. Fue Mandela quien, en 1994, se erigió en el primer presidente electo de una Suráfrica democrática.

Hijo privilegiado de un jefe de los tembu de ascendencia real, creció en la Transkéi rural y estudió en un internado en el que apenas se vio expuesto a la discriminación que había de soportar la mayor parte de la población negra de Suráfrica. Antes de huir de casa a fin de evitar el matrimonio que se le había concertado, la experiencia más significativa que conoció de dicha opresión había sido la asignación del nombre de Nelson por parte de un profesor de primaria a quien le resultaba demasiado difícil pronunciar su nombre africano.

Sin embargo, no bien llegó a Johannesburgo, el joven abogado en que se había convertido comenzó a hacer honor a su nombre: Rolihlahla («agitador»). Mandela se convirtió en uno de los primeros que combatieron por la libertad en nombre del Congreso Nacional Africano (ANC, en su siglas en inglés). A lo largo de la década de 1950 sufrió arresto y prisión en numerosas ocasiones. Tras la ilegalización del partido, el hombre al que ya conocían como «la Pimpinela Negra» se dio a la fuga y buscó en el extranjero ayuda y formación militar para la organización. En 1961 entró a dirigir el ala terrorista del ANC, llamada Umjonto we Sizwe («Lanza de la

Nación»), y planificó los actos violentos emprendidos contra los objetivos militares y gubernamentales. Consideraba el del terror como un expediente extremo al que recurrir solo en caso de fallar todos los métodos pacíficos, aunque más tarde confesaría que las campañas de terror y guerrilla del ANC, cada vez más violentas, también contravinieron los derechos humanos. Después de ser detenido y encarcelado en 1962 por abandonar el país, lo condenaron a prisión perpetua durante el proceso de Rivonia de 1964.

El discurso que pronunció desde el banquillo de los acusados se oyó en todos los barrios negros desde el Cabo hasta Paarl, y ayudó a dar conciencia política a un pueblo que había visto cómo le arrebataban toda oportunidad de recibir educación, avanzar y obtener independencia en virtud de las medidas adoptadas por el gobierno nacionalista afrikáner, que había aplastado sus derechos y su dignidad. Sus palabras le dieron esperanza.

Mandela es un hombre de pasmosa terquedad. Condenado a trabajos forzados en una cantera de la isla de Robben, transformó el campo de prisioneros en «Universidad Insular» tras designar a una serie de profesores para que instruyesen a los grupos de presidiarios mientras se partían el lomo picando piedra. Representó obras de teatro y distribuyó libros a fin de hacer más amena la reclusión. Después de veintisiete años de espera, retrasó un días más su puesta en libertad. «Van a liberarme como yo quiero que me liberen —explicó—, y no como quieren ellos».

A medida que crecía su reputación en todo el planeta, el gobierno del *apartheid*, dirigido por políticos del sector duro como P. W. Botha, trataron de entablar negociaciones con este prisionero que había resultado ser su talón de Aquiles. Le ofrecieron la libertad si denunciaba al ANC; pero él rechazó la propuesta: «No voy a ser libre hasta que lo sea mi pueblo». Para que haya paz es necesario que en ambos lados haya personas con visión de futuro y valor, y en 1989, el nuevo presidente sudafricano, F. W. de Klerk, tuvo el coraje suficiente para asumir los riesgos necesarios. En 1990 levantó la prohibición que pesaba sobre el ANC, y pocos días después sacó de la cárcel a Mandela. Este renunció casi de inmediato a toda acción violenta e hizo la promesa que se había negado a aceptar estando en prisión.

Mandela no ha adoptado jamás una actitud racista: ante el tribunal que lo había juzgado pidió la libertad para todos, con independencia del color, y en el momento de su liberación se negó a fomentar las tensiones raciales. Siendo presidente (1994-1999) incluyó a representantes de todos los grupos étnicos de la nación en un gabinete multipartidista. Creó la Comisión de Verdad y Reconciliación, destinada a investigar crímenes contra los derechos humanos. El *madiba* —título honorífico tribal con el que lo conocen los sudafricanos— compartió en 1993 el premio Nobel de la Paz con De Klerk. Su único motivo de vergüenza fueron las violentas artes de matona de su esposa Winnie, de la que obtuvo el divorcio. Más tarde contrajo matrimonio con la viuda del presidente de Mozambique, Samora Machel. Tras reconocer que durante su

presidencia no hizo lo bastante para poner coto a la epidemia de sida, ha hecho cuanto estaba en sus manos para reparar su error. Con la honradez que le caracteriza ha admitido también que las actividades en que participó durante la década de 1960 incurrieron en violación de los derechos humanos en igual grado que el *apartheid*, y se ha negado a permitir que sus seguidores olviden u oculten este hecho.

«Mi vida es la lucha», ha aseverado.

El Sah de Irán

(1919-1980)

Mis consejeros erigieron un muro entre mi persona y mis gentes. En ningún momento supe lo que ocurría, y cuando me desperté, había perdido a mi pueblo.

Conocido siempre por su título de sah, o soberano, Muḥammad Riḍā Pahlawī (Reza Pahlavi) gobernó durante poco menos de cuarenta años Irán, la nación que, junto con Egipto, suele dominar en importancia en el Próximo Oriente. Aliado de Occidente, nacionalista iraní, rey absolutista y modernizador revolucionario, se reveló de forma gradual como principal potentado de la región a medida que fue convirtiéndose en dictador de un país enriquecido hasta la saciedad por los ingresos debidos al petróleo. Obtuvo grandes triunfos en sus proyectos reformistas y de modernización,

y, aunque sus intenciones eran admirables, se condujo como un mandamás autoritario plagado de imperfecciones y limitado por su personalidad y la corrupción y represión de su régimen. Sus logros quedaron eclipsados por su caída.

De no tener nada, su familia había ascendido hasta aposentarse en el mismísimo trono. Muḥammad era el primogénito de Riḍā Šāh (Reza Sah), oficial del ejército persa de humilde cuna que llegó al generalato en un regimiento cosaco adiestrado para la dinastía iraní de los Qāyār por oficiales rusos. Su padre, un hueso duro de roer, era un hombre alto, severo y ambicioso de escasa educación. Sin embargo, los últimos soberanos de la citada familia real habían perdido las riendas de su nación, dominada por las intrigas palaciegas, las rebeliones tribales, el caos económico, el caudillismo desenfrenado, los enfrentamientos étnicos, las revoluciones democráticas, el separatismo comunista y las injerencias extranjeras —en particular del Reino Unido y Rusia, las dos potencias imperiales dominantes—. Al fin, en 1921, el general hizo entrar a sus cosacos a Teherán y se hizo con el poder, en un principio en calidad de ministro de Guerra. En 1923 tenía ya el gobierno completo de Irán, y dos años más tarde, en 1925, después de que se exiliase el último sah Qāyār, el adalid cosaco se constituyó en soberano del estado imperial de Irán y fundó la dinastía Pahlavi.

Este admirador de Atatürk gobernó con dureza y energía, modernizó el país, persiguió a toda oposición, reunió las provincias separatistas y mermó el poder de los religiosos chiitas cada vez que

le fue posible. El príncipe heredero se formó en la escuela de Le Rosey (Suiza), en donde se aficionó a las costumbres occidentales y al esquí. Sin embargo, en 1941, mientras trataba de trazar su camino entre la Alemania nazi y los Aliados, el Reino Unido y la Unión Soviética, cometió un error de cálculo desastroso respecto de la seguridad de la posición que acababa de adquirir. Las potencias aliadas no podían permitirse perder Irán y su petróleo ante la Alemania nazi, y, en consecuencia, invadieron la nación, la fragmentaron y relegaron a Reza Sah a Suráfrica, en donde murió. Sin embargo, no sabiendo bien qué régimen instaurar, dejaron que Reza gobernase en favor de su propio hijo, el joven Muḥammad, cuyo reinado habría de durar treinta y siete años.

Aunque durante la guerra apenas tuvo más elección que doblegarse ante los intereses soviéticos y británicos, el joven sah trató de imponer desde el principio mismo su propia voluntad al gobierno. Cuando los Aliados se retiraron, al fin, de Irán tras el conflicto, acabó por reafirmarse en lo político. A lo largo de su dilatado reinado hubo de hacer frente a la intervención occidental basada en sus intereses petroleros, las intrigas de los soviéticos, la subversión comunista y la amenaza de los religiosos chiitas. Cada vez más paranoico y sin confiar en casi nadie, en general temía más las maquinaciones angloamericanas y el peligro comunista que a los ayatolás. Arrostró un intento tras otro de golpes de estado procedentes de todas partes. Sus ministros y jefes de gabinete murieron asesinados, y él mismo sobrevivió con gran coraje a varias tentativas de arrebatarse la vida.

En general, a pesar del final catastrófico que tuvo su carrera, la capacidad para subsistir y aumentar de manera constante su poder y su influencia fueron signos no solo de persistencia, sino de astucia política. Con todo, su personalidad constituía una mezcla extraña de timidez, arrogancia y delirios, maquiavelismo implacable, ambición incontenible y hedonismo sensual. Era frecuente que juzgara a los demás de forma errónea y protegiese a amigos y ayudantes corruptos, y sus métodos de espionaje clandestino y represión policial resultaron a la postre contraproducentes. Su voluntad de poder era poderosa, aunque en tiempos de dificultades se mostraba con frecuencia apocado e indeciso y revelaba una falta de confianza evidente.

Enfrentado a primeros ministros poderosos impuestos en muchas ocasiones por potencias extranjeras, solía aguardar a que llegase el momento oportuno para destruir a tan poderosos rivales. Administraba con cuidado las facultades que le permitían destituir a los ministros y a capitanear el ejército. A finales de la década de 1940 hubo de encarar un desafío más por parte de su primer ministro, el doctor Muḥammad Muṣaddiq, terrateniente feudal adinerado y añoso, célebre por llevar pijama por el día —costumbre que chocaba a los dirigentes occidentales— y por un nacionalismo demagógico que exigía la nacionalización de los intereses petroleros occidentales. El sah lo odiaba, y británicos y estadounidenses lo observaban alarmados. En 1952, el soberano planeó deponerlo y nombrar en su lugar al general Faḍlullāh Zāhidī, pero el golpe de estado, que contaba con el apoyo de los servicios secretos

angloamericanos, y en particular del agente de la CIA, Kermit Roosevelt, tardó en cobrar fuerza. El sah huyó a Iraq y luego a Italia, y no regresó hasta que el general hubo derrocado a Muşaddiq. Entonces, el monarca se propuso librarse también de Zāhidī. A finales de la década de 1950, aquel se había hecho con todo el poder en Irán, y semejante hegemonía le permitió convertir su reinado en una dictadura ilustrada. El presidente estadounidense J. F. Kennedy lo contemplaba con escepticismo, pues lo consideraba un tirano; pero poco a poco la cúpula de su nación comenzó a tratarlo como un aliado más. Él nunca abandonó sus recelos paranoicos sobre el carácter alborotador de Estados Unidos y el Reino Unido, y en consecuencia, mantuvo siempre una buena relación con los soviéticos a modo de póliza de seguros.

En aquel momento acometió su Revolución Blanca, un programa de modernización basado en los adelantos tecnológicos, la reforma agraria, los derechos de la mujer —incluido el sufragio—, la disminución del poder de los religiosos chiitas, la educación y la industrialización. Cuando los ayatolás se opusieron a este proyecto durante una serie de revueltas emprendidas entre 1961 y 1962, el sah nombró primer ministro a su aliado más íntimo, Asadullāh 'Alam, y le permitió emplear el ejército para acallar la rebelión. Esta victoria hizo que el soberano y sus altos cargos albergasen la ilusión de haber triunfado sobre los ayatolás.

Entre tanto creó unas fuerzas armadas formidables financiadas por estadounidenses a fin de erigirse en salvaguarda del golfo Pérsico y en superpotencia militar de Oriente Próximo. Dentro de la nación,

se sirvió de su policía secreta, el SAVAK, para poner a raya a comunistas, nacionalistas y religiosos; pero la contravención de los derechos humanos y el empleo cotidiano de la tortura hicieron muy impopular su régimen. Y lo que es peor: el aumento del precio del petróleo le había proporcionado ingresos interminables con los que abordar planes imponentes, comprar más armas estadounidenses y hasta iniciar su propio programa nuclear. Esta prodigalidad de recursos se tradujo en corrupción desenfrenada y ostentosa decadencia. El sah dominaba cada una de las decisiones adoptadas y de los aspectos de la vida iraní; pero la familia imperial se había hecho merecedora de una fama infausta por su falta de integridad. De joven había contraído matrimonio con la princesa Fawziya, hermana de Fārūq, el último rey de Egipto; pero la relación había acabado en divorcio. A continuación se casó con una joven irano germana por nombre Soraya (Ṭurayā) que, pese a ser, quizás, el verdadero amor de su vida, no pudo darle descendencia. Por último se desposó felizmente con Faraḥ Dībā, estudiante iraní de gran belleza con la que tuvo un heredero varón y varias hijas. Sin embargo, fue proverbial la vida amorosa que llevó en secreto. Tal como revelan los diarios de su ministro 'Alam, tenía sus aventuras sexuales por un elemento esencial para su bienestar en momentos de gran tensión: en todo momento disponía de un abanico de queridas, y era normal que aterrizasen dentro de sus fronteras las hermosas cortesanas de la agencia parisina de *Madame Claude*. Aun así, los papeles de 'Alam ponen también de relieve las ilusiones megalómanas que se creaba con asiduidad creciente a medida que

lo llevaban a confiarse sus logros internacionales, los halagos que se le prodigaban en el interior de la nación y la riqueza petrolera. En 1971 destinó cien millones de libras esterlinas en un despliegue disparatado de soberbia imperial y cocina francesa destinado a conmemorar no solo la relación de Persia con el islam, sino el 2500.º aniversario del imperio iraní fundado por Ciro el Grande, y semejantes celebraciones persepolitanas dañaron aún más su reputación. Sea como fuere, el sah —a la sazón en la cima de su poderío— sufría cáncer en secreto, y, además, el mismo éxito que habían tenido sus reformas en el ámbito de la educación, de la economía y la reforma agraria había plantado la semilla de su destrucción: una clase media acosada por la pobreza con pretensiones formativas y recelos respecto de los amiguetes del emperador y su corrupción; estudiantes y liberales torturados por el SAVAK; miles de antiguos campesinos que, después de emigrar a Teherán a fin de disfrutar de aquel nuevo auge, habían acabado en colosales barrios de chabolas, olvidados de todos excepto de los predicadores y organismos islámicos; y un movimiento resuelto y estructurado de fundamentalistas chiitas dirigido desde el exilio por el ayatolá Jomeini. En su ineptitud, Jimmy Carter socavó aún más la autoridad del sah con sus comentarios sobre los derechos humanos en Irán. Cuando se intensificaron los alzamientos y las protestas a finales de 1978, el sah se mostró, por extraño que resulte, apático y distraído, huérfano de la determinación necesaria para ordenar que se adoptaran medidas enérgicas: simplemente no deseaba derramar más sangre. A principios de 1979, cuando perdió

las riendas de cuanto ocurría en la calle, salió del país «por vacaciones» y no regresó jamás. Perseguido por el nuevo régimen iraní, traicionado por los estadounidenses y obligado a trasladarse de un país a otro mientras lo consumía el cáncer, acabó sus días como en una tragedia shakespeariana. Siempre había ofrecido una imagen magnífica de poder y seguridad, y aunque sin duda su régimen erró en lo que respecta tanto a su personalidad como a su represión, sus intenciones eran buenas, y, comparado con la brutalidad monstruosa de la República islámica que lo sucedió, su reinado fue ejemplar.

Juan Pablo II
(1920-2005)

Su nombre ha pasado a formar parte de nuestra historia; sus pensamientos serán siempre una fuente de inspiración para construir... un mundo más pacífico para todos.

Ricardo Lagos, presidente chileno, a la muerte de Juan Pablo II

El cardenal polaco Karol Wojtyła alcanzó la dignidad de sumo pontífice en 1978 con el nombre de Juan Pablo II. Era el primer papa de fuera de Italia que se nombraba en 455 años. Durante el largo período en que presidió la Santa Sede, se convirtió en héroe de

la lucha por la libertad frente a la tiranía. Paladín de la independencia de la Europa oriental, y en particular en la Polonia que lo había visto nacer, y defensor de los pueblos oprimidos de todo el planeta.

Viajero infatigable y maestro de los medios de comunicación modernos, criticó sin descanso los regímenes totalitarios y las desigualdades creadas por el materialismo. Se afanó por tender puentes entre la iglesia Católica y los pueblos judío e islámico, y al llegar a la vejez batalló con denuedo contra la enfermedad y la fatiga, hasta morir convertido en un guía espiritual emblemático al ver de las gentes de todo el mundo.

De joven tuvo ocasión de conocer en Polonia la dura realidad de un gobierno totalitario. Después de que los nazis invadieran su nación en 1939, hubo de ocuparse en trabajos de escasa categoría como los que llevó a término en una cantera de caliza. En aquel tiempo, el Vaticano, presidido por el papa Pío XII, obvió dar muestras de autoridad moral y prefirió mirar para otro lado ante la opresión nazi de toda la Europa ocupada. Wojtyła, en cambio, arriesgó la vida a fin de sacar a escondidas a cierto número de judíos de Polonia y acabó engrosando la lista negra de los invasores. Por fortuna, no dieron con él durante el registro que efectuó la Gestapo en el domicilio del arzobispo de Cracovia en 1944 y sobrevivió a la segunda guerra mundial.

En 1946 recibió las órdenes de sacerdote, y ascendió con rapidez por la jerarquía eclesiástica hasta alcanzar el arzobispado de Cracovia en 1963 y el cardenalato en 1967. A esas alturas se había

convertido en una de las figuras religiosas de más relieve de Polonia, en donde eran frecuentes sus roces con las autoridades comunistas. Sin ser ningún agitador descerebrado, estaba más que dispuesto a plantar cara al régimen, como demostró, por ejemplo, al secundar los empeños de los obreros industriales de Nowa Huta en construir una iglesia nueva.

Su reputación creció como la espuma en el Vaticano, en donde ejerció de asesor de confianza de Paulo VI. Por consiguiente, tras la muerte de este y de su sucesor, Juan Pablo I, ocurridas ambas en 1978, fue él quien obtuvo la victoria en la reñida votación de los cardenales y tomó el báculo papal con solo cincuenta y ocho años. Los medios de comunicación internacionales volcaron su atención en el primer santo padre de origen no italiano que veía el Vaticano en poco menos de medio milenio, y tal situación resultó por demás beneficiosa a su propósito de hacer llegar a todo el planeta su mensaje de libertad para los necesitados. En su primer viaje al extranjero, que tuvo México por destino, se erigió en portavoz de los desempleados y los oprimidos, aunque omitió abogar por un cambio de régimen político.

Después de mucho presionar a las autoridades, logró que le permitieran regresar a Polonia en 1979, lo que le convirtió en el primer papa que visitaba un país comunista. Su llegada, anunciada como «peregrinación», obtuvo un recibimiento entusiasta que se difundió por todo el mundo marxista. La contemplación del gentío que repetía: «¡Queremos a Dios!», causó toda una sensación internacional. Después de conmocionar a las autoridades

comunistas, Juan Pablo II visitó una serie de países del otro lado del telón de acero. En Irlanda denunció la violencia sectaria y el terrorismo, y en Estados Unidos arremetió con pasión contra la actitud egoísta del consumismo y el capitalismo.

En 1981, en Roma, recibió un disparo efectuado a escasa distancia por el turco Mehmet Ali Ağca. El papa había criticado ferozmente el comunismo, y más tarde se supo que el pistolero tenía relación con la policía secreta búlgara y, por ende, con el KGB soviético. Las balas no alcanzaron ningún punto vital por milímetros, y Juan Pablo II lo tomó como una señal de que Dios deseaba que prosiguiera su labor. Asimismo, perdonó en público a su atacante.

A lo largo de la década de 1980 sostuvo su oposición espiritual al comunismo. Después de la revolución pacífica de 1989 y la caída del muro de Berlín, el dirigente soviético Mijaíl Gorbachov —quien reconoció que, de no haber sido por el santo padre, el final del comunismo habría tardado mucho más en llegar— fue a hacerle una humilde visita al Vaticano y abrió las relaciones diplomáticas entre la mayoría de las antiguas capitales soviéticas y la Santa Sede.

Durante la década siguiente, el pontífice abordó la tarea de tender la mano de la paz a judíos y musulmanes. Permitted la construcción de la primera mezquita del Vaticano, y en 1993 firmó un acuerdo destinado a tender lazos con Israel. En 2000 hizo un sonado viaje a Tierra Santa y visitó un monumento conmemorativo del Holocausto. Además, hizo cardenales a muchos religiosos de los países en vías de desarrollo.

Juan Pablo II defendió la libertad con resolución inquebrantable durante su largo pontificado. Su inspiradora voz estaba cargada de autoridad. La condena que hizo del dictador paraguayo Alfredo Stroessner ayudó a la caída de su régimen; cierto discurso en el que se oponía a la pena de muerte llevó a su abolición en Guatemala, y una de las apariciones que hizo en la televisión italiana empujó a un jefe de la mafia a entregarse.

Por lo común se mostró inflexible en lo tocante a la doctrina, y mantuvo una tenaz postura conservadora respecto de cuestiones como la ordenación de las mujeres o el uso de anticonceptivos, aun a despecho de la epidemia de sida de África. Aun así, será recordado como uno de los papas más sobresalientes de la historia. Se opuso con total firmeza hasta el final a la opresión y la desigualdad. Este hombre de paz se sirvió con nobleza de su posición y volvió a hacer de la papal una autoridad relevante, incluso entre los no cristianos. Ya se han dado los primeros pasos necesarios para su canonización.

Sájarov

(1921-1989)

El sistema de gobierno del partido... se aferra con tenacidad a sus privilegios, tanto a los manifiestos como a los secretos, y despliega una profunda indiferencia respecto de la infracción de los derechos

humanos, los intereses del progreso, la seguridad y el futuro de la humanidad.

Memorando remitido a Leonid Brézhnev (5 de marzo de 1971)

Andréi Sájarov, el físico conocido en otro tiempo como padre de la bomba de hidrógeno soviética, se convirtió en el disidente político más destacado del planeta y adquirió no poca fama por las críticas que vertió sobre los males y contradicciones del totalitarismo soviético. Representa tanto el culmen de los logros científicos e intelectuales de la Unión Soviética como el coraje de quien planta cara a la tiranía desaforada. Por adoptar semejante posición hubo de soportar maltratos, exilio y no pocas penalidades, y sin embargo, a diferencia de muchos otros detractores del régimen, Sájarov vivió para ver los frutos de sus empeños.

De niño se reveló poseedor de una notable inteligencia y aprendió a leer a la edad de cuatro años. Su padre alentó su interés en los experimentos de la física, que él calificaría más tarde de «milagros que era capaz de entender». En la década de 1940, en la Universidad de Moscú, se le reconoció como uno de los cerebros jóvenes más brillantes de su generación. En 1948 lo seleccionaron para formar parte de un equipo de investigación nuclear sometido a la supervisión personal de Lavrenti Beria implacable secuaz de Stalin, y pasó buena parte de la década siguiente colaborando en proyectos ultrasecretos en Turkmenistán.

El proyecto en el que desempeñó una función fundamental fue el de la creación de una bomba de hidrógeno, una arma mucho más poderosa que las bombas atómicas que se habían arrojado sobre Hiroshima y Nagasaki en 1945. Los estadounidenses probaron la primera en 1952, y los soviéticos los siguieron en 1953. La carrera armamentística de la guerra fría entre ambas naciones dejaba de cobrar impulso, y Sájarov se convenció de que su labor estaba contribuyendo a la paz mundial al ayudar a mantener el equilibrio de poder. Sin embargo, con los años comenzó a albergar dudas sobre «los colosales recursos materiales, intelectuales y nerviosos de miles de personas» que se estaban «consagrando a la creación de medios de destrucción total, capaces de aniquilar a toda la civilización humana».

En 1961, habiendo obtenido ya una reputación notable en cuanto científico nuclear más destacado de la Unión Soviética, instó a su dirigente, Nikita Jruschov, a poner fin a las pruebas nucleares atmosféricas, siendo así que estaba convencido de que la lluvia radiactiva podía acabar por provocar la muerte de cientos de miles de personas. Jruschov prometió estudiar la situación, aunque sin intención alguna de hacerlo. En adelante, el físico se mostró mucho más crítico respecto del régimen. A pesar de que este acordó con Estados Unidos en 1963 dejar de detonar ingenios nucleares en el espacio, bajo el agua o en la atmósfera, apenas hubo compromiso alguno respecto de la no proliferación, por no hablar ya del desarme.

Los enfrentamientos relativos al armamento nuclear lo llevaron a abordar cuestiones políticas más amplias. En 1966, pidió al nuevo gabinete, encabezado por Leonid Brezhnev, que se abstuviera de rehabilitar la reputación de Stalin, y aunque este proceso no iba a llevarse a término por completo, sus propuestas fueron rechazadas.

La cúpula soviética no pudo hacer caso omiso a su siguiente paso: en 1968 escribió «Progreso, coexistencia pacífica y libertad intelectual», en donde denunciaba la opresión del régimen soviético y pedía que se estrecharan los lazos con Occidente. La obra causó un gran revuelo en los círculos disidentes, provocó una reacción aún más marcada cuando se leyó en el extranjero. Sájarov estaba marcado, pero no se amilanó y siguió protestando, pese a ser consciente de la persecución a la que se estaba viendo sometido el escritor disidente Alexander Solzhenitsin, en favor de los derechos de las minorías nacionales y contra el maltrato sufrido por los presos políticos. En 1975 se le concedió el premio Nobel de la Paz, pero las autoridades le prohibieron abandonar el país para ir a recogerlo. Se encargó de hacerlo en su nombre su segunda esposa, Yelena Bónner, también detractora arrojada del régimen.

En respuesta a la invasión soviética de Afganistán a finales de 1979, Sájarov pidió a todas las naciones que boicotearan los Juegos Olímpicos de Moscú de 1980. En enero de este último año lo detuvo el KGB para relegarlo al exilio interior en Gorki, en donde conocería unas condiciones de vida pésimas. El único cabo de salvamento tendido entre allí y el mundo se lo brindaban los viajes que hizo Bónner entre dicha ciudad y Moscú hasta 1984. Tras acosarla y

denunciarla públicamente durante este período, acabaron por arrestarla también a ella por difamación del régimen y la condenaron a cinco años de destierro en Gorki. Ella y su esposo hicieron huelgas de hambre largas y dolorosas con la intención de garantizar atención sanitaria para su familia.

En 1985 llegó al poder un dirigente soviético reformista, por nombre Mijaíl Gorbachov, resuelto a acabar con el estancamiento y la opresión que tanto había criticado Sájarov. Al año siguiente pusieron en libertad al físico y lo invitaron a regresar a Moscú. Volvió convertido en un héroe y lo eligieron para formar parte del Congreso de Diputados del Pueblo, el primer órgano democrático de la Unión Soviética. Participó de forma sobresaliente en la revolución democrática que agitó toda la nación y habitó en ella hasta morir de un infarto de miocardio en 1989.

Yelena Bónner criticó a voz en cuello las atrocidades cometidas por Rusia en Chechenia y el regreso de un autoritarismo semejante al del KGB, y murió en 2011. Los dos están considerados titanes de la lucha contra la tiranía.

Macías Nguema

(1924-1979)

El Dachau de la industria cabañera de África.

Robert af Klinteberg, sobre el estado de Guinea Ecuatorial gobernado por Nguema

Francisco Macías Nguema, quien oficialmente se denominaba «el milagro único», fue el primer presidente de la nación de Guinea Ecuatorial, sita en el África occidental. Este coleccionista de cráneos corrupto, demente y asesino fue el peor de los perturbados sedientos de sangre de un continente en el que no han faltado gobernantes de dichas características.

El país fue una colonia española durante los primeros cuarenta y cuatro años de la vida de Macías Nguema. Suspendió tres veces seguidas las oposiciones al funcionariado público, y si aprobó a la cuarta fue porque las autoridades de España bajaron de propósito el listón a fin de que lo lograra. A continuación fue ocupando posiciones cada vez más influyentes, y acabó por hacerse con un escaño en la Asamblea Nacional.

En 1968 España concedió la independencia a la nación, y, en las elecciones presidenciales que siguieron, Macías se presentó como cabeza de un grupo populista de tendencias de izquierda y ganó. En un principio dio la impresión de promover una sociedad libre y liberal, pero esta luna de miel apenas duró 145 días. El dirigente había ido alimentando un odio intenso para con los españoles —tal vez como reacción a la relación de dependencia que los había unido a ellos en otro tiempo— y, de hecho, para con el resto de extranjeros. Los residentes españoles se vieron convertidos en objetivo de una campaña de terror consentida por el estado, y llegado el mes de marzo 1969 habían abandonado la nación siete

mil de ellos, entre los cuales abundaban los trabajadores cualificados. La economía se desmoronó en consecuencia.

En un primer momento hubo en el gobierno quien, como el ministro de Asuntos Exteriores, Ndongo Miyono, trató de poner coto a semejantes excesos. Sin embargo, pagaron un precio muy elevado por ello. A Ndongo le mandaron personarse en el palacio presidencial y le asestaron una paliza antes de arrastrarlo a prisión y matarlo. Un trato similar recibieron otros de cuantos osaron oponerse a Macías, quien, de hecho, hizo matar a diez de los doce ministros del primer gobierno que tuvo la nación tras la independencia y los sustituyó por familiares suyos o gentes de su clan, el de los esangui. Así, uno de sus sobrinos se vio convertido en comandante de la Guardia Nacional, en tanto que en otro de ellos se concentraron las carteras de Finanzas, Comercio, Información y Seguridad. Todos los integrantes de los temidos servicios de seguridad eran hombres de confianza de Macías, quien les dio instrucciones de matar a sus víctimas a porrazos en un estadio mientras una banda interpretaba «Those were the days, my friend».

A medida que se reafirmaba en el poder (en 1972, por ejemplo, se nombró presidente vitalicio), se hizo aún más marcado el carácter caprichoso de sus homicidios. En dos ocasiones hizo que matasen a todos los antiguos amantes de las queridas que tenía en aquel momento. En un plano más general, sufrieron arresto y ejecución dos terceras partes de los miembros de la Asamblea Nacional y todos los altos funcionarios de la nación. Los más afortunados lograron huir al exilio. En 1976 se unieron 114 altos cargos —todos

los que había nombrado Macías a fin de sustituir a los que había aniquilado— para solicitar un relajamiento en la persecución, y a todos ellos los detuvo también para torturarlos y acabar con ellos.

Aquel mismo año fue testigo del cierre del Banco Central de Guinea Ecuatorial y del ajusticiamiento de su director. Toda la actividad económica de relieve de la nación —a excepción de las que redundaban en beneficio directo del presidente— quedó en punto muerto. Desde entonces, toda divisa extranjera que atravesaba la frontera se enviaba directamente a las arcas de Macías para quedar allí atesorada. Cuando este vio menguar sus fondos, sus fuerzas supervisaron el secuestro de ciudadanos foráneos y la petición de un rescate.

Resuelto a dominar todos los aspectos de la vida de su pueblo, hizo cerrar todas las bibliotecas y clausurar todo medio de comunicación de masas. No permitió más culto que el destinado a su propia persona, y exigió a sus súbditos que reconocieran que «No hay otro Dios que Macías», y que «Dios creó Guinea Ecuatorial gracias a Macías».

Con el tiempo se hizo manifiesto que sufría un desequilibrio mental clínico: hablaba solo e iba y venía de la manía a la depresión. Hallándose bajo los efectos de fármacos estimulantes, mandó construir un nuevo palacio presidencial de dimensiones ciclópeas en Bata; pero a continuación decidió retirarse a su ciudad natal, sita en la región de Mongomo. A su residencia llevó, metido en sacas, todo el tesoro de la nación, junto con una colección de calaveras

humanas que hizo cundir los rumores de sus supuestos poderes mágicos.

Macías cayó al final en agosto de 1979, de resultas de un golpe de estado militar encabezado por su sobrino Teodoro Obiang Nguema Mbasogo —quien sigue gobernando en nuestros días—, aunque antes incendió buena parte de la riqueza del país. Trató de huir, pero lo encerraron en una jaula que suspendieron del techo de una sala de cine, y allí lo juzgaron por ochenta mil asesinatos y lo condenaron a muerte. El nuevo régimen tuvo que recurrir a mercenarios marroquíes para llevar a efecto la ejecución, siendo así que los soldados de la nación le tenían miedo a sus poderes mágicos.

En la década que duró su reinado de terror había logrado poner de rodillas a la nación: de las 300.000 almas que la componían habían muerto 100.000 y huido al exilio 125.000 mientras Macías transformaba el estado en un infierno terrenal. Después de casi treinta años en el poder, la tiranía de su sobrino sigue siendo una de las más corruptas y represoras de África. La tortura se ha convertido en algo común, y las emisoras de radio lo alaban como a un dios mientras él prepara a su hijo para que lo suceda.

Pol Pot (1925-1998)

Pol Pot no cree en Dios, pero cree que el cielo, el destino, quiere que guíe Camboya del modo que

juzgue más conveniente para la nación... Pol Pot está loco... como Hitler.

Príncipe Norodom Sihanuk, antiguo soberano de Camboya

El dirigente comunista perteneciente a los Jemeres Rojos que creó el infierno genocida conocido como Camboya Democrática, gobernó el país durante cuatro años; pero en tan corto período asesinó a millones de personas inocentes —la mitad de su población—, empobreció el estado, mató a todos los intelectuales —y hasta a los ciudadanos que llevaban gafas— y trató de dar un nuevo principio al tiempo con un diabólico año cero.

Saloth Sar (el de Pol Pot es el nombre revolucionario que adoptó en 1963) era hijo de un granjero acomodado. Su familia estaba conformada por cortesanos de la familia real camboyana, y en 1931, siendo él un niño de seis años, se trasladó a la capital, Nom Pen, para vivir con su hermano, funcionario de palacio, y asistir a escuelas católicas y francesas. En 1949 fue a París con una beca a fin de estudiar electrónica, y participó en el Partido Comunista de Francia y con otros jóvenes camboyanos de izquierda que estudiaban allí. Él no mostró nunca demasiado interés por lo académico, y se vio obligado a regresar a casa después de suspender sus exámenes.

Después de trabajar un tiempo en la enseñanza, en 1963 comenzó a consagrar toda su energía a las actividades revolucionarias. Aquel

mismo año lo nombraron jefe del Partido de los Trabajadores de Camboya —que era, de hecho, la agrupación comunista del país—, también llamado de los Jemeres Rojos, que se oponía enérgicamente al gobierno existente del entonces príncipe —y otras veces rey— Norodom Sihanuk. Este había dirigido la nación con una falta de moderación irresponsable desde que se había independizado de Francia en 1953. Pol Pot creó lazos con el Vietnam del Norte y la China, país que visitó en 1966. Quedó impresionado con la Revolución Cultural que había puesto en marcha el presidente Mao, quien, de hecho, se convertiría en su protector y su héroe. Al año siguiente pasó un tiempo con una tribu de las colinas del noroeste de Camboya, y quedó impresionado con la sencillez de la vida campesina, exenta de la corrupción de la ciudad.

En 1968 protagonizaron los Jemeres Rojos una insurrección que los llevó a tomar la región montañosa situada en la frontera con el Vietnam. Estados Unidos, enzarzado en guerra en aquella región y temeroso de que los soldados norvietnamitas estuviesen empleando Camboya a modo de refugio, dio comienzo a una campaña de bombardeo que radicalizó Camboya en favor de Pol Pot. El año de 1970 fue testigo del derrocamiento del príncipe Sihanuk en un golpe de estado protagonizado por la derecha del antiguo ministro de Defensa, Lon Nol. Los Jemeres Rojos y su enigmático ejército de guerrilleros vestidos con pijamas negras se hicieron enseguida con el dominio de las regiones rurales.

El 17 de abril de 1975 cayó la capital ante los Jemeres Rojos. Pol Pot, quien gobernó con una pequeña camarilla de hombres como

leng Sary o Jieu Samfan protegidos por el anonimato que le brindaba la organización, declararon aquel como «año cero» y comenzaron a purgar Camboya de toda influencia no comunista. Expulsaron a todos los extranjeros, prohibieron los periódicos y ejecutaron a un gran número de personas —incluidos todos los dirigentes religiosos budistas, cristianos y musulmanes— por el menor atisbo de asociación con el antiguo régimen. Hasta se dieron informes sobre personas muertas por llevar gafas, lo que los delataba como «intelectuales burgueses».

Pol Pot —conocido ya como «hermano número uno»— emprendió entonces un intento tan descabellado como condenado al fracaso de trocar Camboya en una utopía agrícola. Dejó las ciudades sin habitantes al obligarlos a vivir en comunas agrícolas en el campo. Las terribles condiciones, la escasez de alimento y los trabajos forzados hicieron que estas recibieran pronto la denominación de «tierras de exterminio». De hecho, en ellas sufrieron ejecución varios millones de camboyanos inocentes. Pese al escasísimo rendimiento de las cosechas de 1977 y la hambruna cada vez mayor que hostigaba a la nación, el régimen rechazó con arrogancia toda oferta de ayuda del extranjero.

La capital, Nom Pen, otrora un centro urbano animado de dos millones de personas, se convirtió en una ciudad fantasma. Siguiendo un dicho del presidente Mao según el cual los campesinos eran el verdadero proletariado, Pol Pot se convenció de que la de la ciudad era una entidad corruptora, refugio de la burguesía, el capitalismo y la influencia foránea.

A los habitantes urbanos los trasladaron, pistola en mano, al campo en virtud de los planes gubernamentales de abolir el pago en metálico y transformar Camboya en una sociedad comunista autosuficiente, en la que todo el mundo viviera de la tierra. El régimen estableció una clara distinción entre quienes gozaban de «plenos derechos» (quienes habían dependido siempre del campo) y los «depositarios» tomados de las ciudades, muchos de los cuales sufrieron aniquilación de inmediato. A quienes, como capitalistas, intelectuales y gentes que mantenían un contacto regular con el mundo exterior, fuese imposible «reeducar» en los modos propios de la revolución, los torturaron y mataron en una serie de campos de concentración como el S-21 —conocido también como Colina Estricnina—, cuando no los llevaron a las tierras de exterminio y les asignaron raciones tan magras que resultaban incompatibles con la subsistencia. A miles de ellos los obligaron a cavar su propia fosa antes de que los soldados de los Jemeres Rojos golpeasen hasta la muerte sus cuerpos extenuados con barras de hierro, hachas y martillos por acatar las órdenes de no desperdiciar balas.

Quienes se libraban de la ejecución inmediata acababan convertidos en trabajadores forzados integrantes del programa de colectivización agraria. Cientos de miles de paisanos —desarraigados y separados de sus familias en muchas ocasiones— hubieron de trabajar hasta morir o perecieron por falta de alimentos, y su número se vio superado con creces por el de quienes eran ajusticiados en los campos por indiscreciones insignificantes, como mantener

relaciones sexuales, quejarse de las condiciones, robar alimento o adherirse a alguna creencia religiosa.

Algunas de las tierras de exterminio con fosas comunes se han conservado a modo de testimonio del genocidio perpetrado por Pol Pot y sus seguidores. El más infame de todos es el de Choeung Ek, en el que se descubrieron 8.895 cadáveres tras la caída del régimen. La nación se hallaba plagada de espías e informantes, y hasta a los niños se les alentaba a dar cuenta de las actividades de sus padres. El siguiente paso del dirigente fue el de emprender purgas en el seno mismo de los Jemeres Rojos, lo que se tradujo en la ejecución de más de doscientos mil de sus integrantes.

Los enemigos del exterior, sin embargo, resultaron más difíciles de contener. La China era la única nación que seguía apoyando al régimen, y Camboya se vio enzarzada en un conflicto con el Vietnam, cuyas fuerzas invadieron y capturaron Nom Pen el 7 de enero de 1979. Pol Pot y los Jemeres Rojos huyeron a las regiones occidentales y cruzaron la frontera hasta entrar en Tailandia. El nuevo régimen, dominado por los vietnamitas, procesó a Pol Pot *in absentia* por genocidio y lo condenó a muerte, aunque él no se dejó amilanar y emprendió una violenta guerra de guerrilla contra aquel, sin dejar de someter con mano de hierro a los Jemeres Rojos. En una fecha tan tardía como 1997 mandó ejecutar a su colega Song Sen, junto con su familia, por sospechar que estaba colaborando con las fuerzas del gobierno camboyano. Poco después sufrió arresto por parte de otra de las figuras más relevantes de su

ejército, y, tras ser condenado a cadena perpetua, murió en abril de 1998 de un paro cardíaco.

En su concepción homicida y casi psicótica de una utopía comunista, Pol Pot, el hermano número uno, superó todo cuanto había imaginado George Orwell. Durante un reinado de poco menos de cuatro años, fue responsable de la muerte de entre dos y cinco millones de hombres, mujeres y niños: más de un tercio de la población camboyana.

Idi Amin

(1925-2003)

Hitler y todo el pueblo alemán sabían que los israelitas no persiguen el bien de las gentes del mundo, y por eso los quemaron vivos con gas.

Telegrama remitido a Kurt Waldheim, secretario general de las Naciones Unidas (1972)

Idi Amin representa la desastrosa tendencia de los estados africanos poscoloniales a caer en manos de dictadores homicidas, corruptos e ineptos que ocupan su cargo durante un tiempo considerable, desde el doctor Hastings Banda de Malawi o el presidente Mobutu del Zaire hasta el emperador Bokassa del imperio centroafricano y el presidente Mugabe de Zimbabue. Amin fue uno de los peores. Este

mariscal de campo analfabeto, garrulo y fornido, tan aterrador como ridículo, era un matón dado a las bufonadas y un asesino multitudinario y sádico que se ganó a pulso el sobrenombre de «Carnicero de Uganda». El hombre que se consideraba a sí mismo último rey de Escocia sin ser más que un bobo megalómano y caníbal, empobreció su nación, en otro tiempo la joya de África, y mató a tantos de sus compatriotas que los cocodrilos del lago Victoria no daban abasto para comérselos.

De niño sufrió abandono por parte de su padre y apenas recibió una educación formal. En 1946 se alistó en el regimiento de fusileros africanos del rey, en donde se distinguió por su puntería y sus habilidades atléticas —fue nueve veces campeón nacional de boxeo en la modalidad de peso pesado—. En la década de 1950 participó en la represión de la insurgencia antibritánica protagonizada en Kenia por Mau Mau, y, aunque destacó por sus dotes militares, levantó no pocos recelos por emplear una brutalidad excesiva. Con todo, lo ascendieron a suboficial, y en 1961 se convirtió en el segundo ugandés nativo que entraba en la oficialidad.

Cuando la nación ganó su independencia del Reino Unido en 1962, destacó en cuanto oficial de alta graduación siendo ministro Milton Obote, y en 1964 llegó a segundo comandante del ejército. Aquel fue un período de auge económico en el que la nueva Constitución federal supo equilibrar el deseo de autonomía regional con los impulsos centralizadores del gobierno nacional. Obote, sin embargo, acabó con todo al arrestar en 1966 a varios ministros, suspender el Parlamento y la Carta Magna e instalarse en calidad de presidente

ejecutivo con poderes colosales. Amin se hizo con el mando supremo del ejército y representó un papel fundamental a la hora de acallar la oposición al golpe de estado de Obote, lo que provocó cientos de muertes.

En enero de 1971, estando el presidente fuera del país, se hizo con el poder alentado por el Reino Unido. En un primer momento gozó de una buena acogida por parte de quienes se hallaban resentidos por la tiranía cada vez más marcada de Obote. Tal actitud se vio favorecida por el espíritu de reconciliación de que dio muestra Amin en un principio a través de la liberación de presos políticos, la relajación del estado de emergencia, la disolución de la policía secreta y la promesa de elecciones libres.

Sin embargo, no tardaron en iniciarse las matanzas. La invasión fallida emprendida por los seguidores de Obote desde Tanzania en 1972 llevó a Amin a crear brigadas especiales con la intención de dar caza a los presuntos oponentes. Creó una policía secreta omnipotente, la Unidad de Seguridad Pública, dominada por sudaneses del sur y nubios musulmanes que se dieron a las carnicerías. Cuando fue aumentando el número de ministros, abogados y otros personajes de relieve, creó otro cuerpo especial de exterminio, la Unidad de Investigación Estatal, a las órdenes del comandante Faruq Minawa, sádico nubio. Se sucedieron las matanzas, que en un primer momento tuvieron por objetivo a la tribu lango de Obote y el clan vecino de los acoli, si bien todo aquel que se considerase sospechoso de albergar a disidentes constituía un blanco legítimo. Entre las víctimas de Amin se incluían el juez

presidente Benedicto Kiwanuka; Joseph Mubiru, antiguo gobernador del Banco Central de Uganda; el arzobispo anglicano Janani Luwum y dos de los ministros de su propio gabinete. Comenzaron a correr rumores de que estaba practicando rituales cruentos con los cuerpos de sus víctimas y aun entregándose a prácticas antropófagas. Muchos de los muertos —que se encontraban flotando en el Nilo, tirados en las calles o encapuchados y atados a un árbol— aparecían abiertos y con órganos extirpados, convertidos sin duda en víctimas de ritos tribales. El propio Amin pedía a menudo que lo dejaran solo en los depósitos de cadáveres, que visitaba con frecuencia, y se hizo evidente que los manipulaba. «He comido carne humana — aseveraba con jactancia—, y está más sabrosa que la de leopardo». El terror se hizo extensivo a sus propias esposas: la hermosa Kay murió durante un aborto, pero él hizo que la desmembrasen para después volver a coserle las extremidades. A otras mujeres sospechosas de deslealtad las hizo matar sin más.

Amin se dejó llevar por un capricho autocrático cada vez más marcado, y además desvió grandes cantidades de dinero a fin de garantizar el apoyo de los militares ugandeses. Cuando se acabó el dinero, se limitó a dar instrucciones al Banco Central para que imprimiese más billetes. La inflación se disparó, la vida económica cayó en picado y los bienes de consumo escasearon.

Al ver menguar su popularidad, buscó un chivo expiatorio y lo halló en la adinerada comunidad asiática de Uganda, que dominaba buena parte del comercio y la industria de la nación. En agosto de

1972 dio tres meses a los asiáticos de nacionalidad británica para que abandonasen el país, y la economía se desmoronó con la huida de unas cincuenta mil personas entre quienes se encontraba buena parte de la mano de obra cualificada del país.

Mientras su nación sufría sus estragos, Amin comenzó a perder contacto con la realidad, tal vez aquejado de la demencia propia de la sífilis terciaria. Comenzó a otorgarse medallas, incluida la Cruz Victoria, y títulos como el de señor de todas las bestias de la Tierra y los peces de la mar y conquistador del imperio británico en África en general y en Uganda en particular. También insistió en que lo transportasen en unas andas de madera, y en que hicieran las veces de portadores equipos de expatriados británicos organizados por el comandante Bob Astles, su principal secuaz del Reino Unido. No menos excéntrica fue la correspondencia que mantuvo con otros dirigentes mundiales. A continuación ofreció a Ted Heath, antiguo primer ministro británico y aficionado a la dirección de orquesta, un puesto de director de banda tras la derrota electoral de 1974. En otra ocasión, recomendó a la primera ministra israelí Golda Meir que se «arremangara las bragas» y echase a correr en dirección a Estados Unidos. Más siniestros resultaron los elogios que dedicó a los terroristas palestinos que perpetraron la matanza de atletas israelíes durante los Juegos Olímpicos de Múnich de 1972, así como la admiración que expresó respecto del trato brindado por Hitler a los judíos.

En junio de 1976 invitó a un avión de la Air France secuestrado por terroristas palestinos y alemanes a aterrizar en el aeropuerto de

Entebbe de Uganda. Una vez allí, estos dejaron en libertad a todos los pasajeros judíos y llevaron al resto a la terminal y exigieron la liberación de una cuarentena de palestinos encarcelados en Israel y de trece que sufrían prisión en Kenia, Francia, Suiza y Alemania Occidental. El capitán Michel Bacos —respaldado por el resto de la tripulación— se negó a despegar sin el resto del pasaje, en tanto que cierta enfermera francesa se ofreció a cambiarse por uno de los rehenes; pero los soldados de Uganda lo obligaron a partir.

Si no se satisfacían sus condiciones antes del primero de julio, los secuestradores empezarían a ejecutar a los 83 retenidos judíos y a los otros 20 que habían tomado. La noche del 3 de julio, tras ampliarse el plazo, el primer ministro israelí Isaac Rabin —asesinado más tarde por hacer las paces con Palestina— envió a un comando que protagonizó una incursión deslumbrante. La sorpresa fue total, pues nadie esperaba que los de su nación fueran a atravesar media África para rescatar a sus compatriotas. Pese a la resistencia ugandesa, la Operación Rayo culminó con el rescate de casi todos los pasajeros. Murieron tres rehenes y un soldado israelí, Yonatan Netanyahu —hermano mayor del futuro primer ministro Benjamín—, por quien la misión se denominó, de forma retrospectiva, Operación Yonatan, además de los siete terroristas y 45 soldados ugandeses. Todo el asalto duró apenas treinta minutos, y constituyó un logro pasmoso que puso de relieve el poderío militar y el arrojo de Israel.

A una de las rehenes, una mujer de setenta y cinco años llamada Dora Bloch, que no fue rescatada al haber ingresado en el hospital

de Kampala antes de la llegada de los israelíes, la mataron dos oficiales del ejército ugandés tras sacarla a rastras de la cama por orden de Idi Amin.

En 1979, arruinadas la economía y la sociedad de Uganda, amén de la reputación de su dirigente dentro de sus propias fronteras, Amin trató de desviar la atención del país mediante la invasión de Tanzania. Semejante decisión resultó fatídica, pues los tanzanos emprendieron una contra invasión; el ejército de Amin se desmoronó, y él huyó para afincarse, a la postre, en Arabia Saudí. Viviría exiliado hasta 2003, cuando murió plácidamente en su lecho.

Thatcher

(1925-)

*Soy paciente hasta extremos
extraordinarios, siempre que al
final me salga con la mía.*

Margaret Thatcher entró a formar parte del Parlamento en 1959, y un año después pronunció su discurso inaugural. En una entrevista ofrecida en 1979 en calidad de ministra de Educación, aseveró: «Tendrán que pasar años antes de que una mujer dirija el Partido Conservador o llegue a primera ministra. Dudo mucho que yo llegue a verlo». Nueve años más tarde sucedió al laborista James Callaghan en la Jefatura del Gobierno, y pasaría once años y 209 días en el número 10 de Downing Street. En este período transformó

el panorama político, económico y social del Reino Unido. Fue la primera mujer que ocupó el puesto, un puesto que nadie había conservado durante tanto tiempo en más de 150 años.

Margaret Roberts nació en 1925 y fue hija de un tendero de Grantham que también ejercía de predicador metodista lego y de concejal de su localidad. Pertenecía a la clase media y asistió a un centro selectivo de enseñanza secundaria. Tras una beca en Oxford y un breve período dedicado a la investigación química —durante el cual ayudó a desarrollar el primer helado blando—, decidió estudiar para abogada. En las elecciones de 1959 ocupó el escaño conservador de Finchley, alentada por Denis Thatcher, su esposo, hombre de negocios adinerado y perspicaz que apoyó siempre con firmeza su carrera profesional. Las mismas cualidades que había criticado la compañía ICI durante la entrevista que le ofreció tras su licenciatura («esta mujer es testaruda, obstinada y peligrosamente pertinaz») la ayudaron, probablemente, en la rápida ascensión que protagonizó en Westminster.

En 1975 se puso a la cabeza del partido tras derrotar a Edward Heath sin ser apenas conocida, y aunque en un principio mantuvo una actitud conciliadora, poco a poco se decantó por posturas de libre mercado más radicales desde la oposición a medida que el gobierno laborista se desmoronaba ante las oleadas de huelgas industriales que culminaron en el llamado Invierno del Descontento. Tal cosa bastó para dar a los conservadores las elecciones generales de 1979 y elevar a Margaret Thatcher a la dignidad de primera

ministra. El Reino Unido se hallaba carcomido y debilitado, convertido en el enfermo de Europa, y ella lo rejuveneció.

Con el Partido Laborista acosado por el extremismo y sumido en la desorganización, su conservadurismo anti paternalista resultó atractivo a los votantes de clase media con aspiraciones, y eso le garantizó la victoria en otros dos comicios.

«La dama no piensa ceder», fue la célebre declaración que ofreció ante el congreso de su partido en octubre de 1980, cuando todos los que la rodeaban apoyaban la búsqueda de soluciones intermedias. Rompió con determinación con lo que consideraba el derrotismo político adquirido en los años posteriores a 1945, y supo renovar el orgullo y el vigor churchillianos de la vida nacional. Privatizó industrias estatales que adolecían de una mala gestión y trató de reducir la participación del estado en la economía y la vida de su pueblo. Aunque es frecuente ver sacada de contexto su aserto de que «la sociedad no existe», es cierto que creía a pie juntillas que correspondía al individuo cargar con la responsabilidad de su propio bienestar. Cuando la junta militar de Argentina invadió las islas Malvinas en 1982 parecía imposible que el Reino Unido pudiese librar una guerra habiendo ocho mil millas de por medio. Sin embargo, Thatcher ordenó la creación de un destacamento especial, inspiró a la nación a fin de derrotar una agresión tiránica y reconquistó el archipiélago.

En el extranjero contaba con la amistad política de Ronald Reagan, presidente de Estados Unidos de 1981 a 1989, actor retirado genial y no excesivamente culto, objeto de no pocas burlas en Europa pese

a su condición de excelente orador. Por paradójico que resulte, sus ideales grandiosos e inteligibles y su encanto discreto lo convirtieron, pese al disparate del escándalo de Irán y la contra nicaragüense, en uno de los presidentes modernos más notables. El odio que profesó al totalitarismo soviético, el «Imperio del mal», desembocó en la carrera armamentística que dio a su nación el triunfo en la guerra fría y propiciaría con el tiempo la disolución de la Unión Soviética. Reagan murió en 2004, pero sus diarios dan testimonio de su estrecha colaboración con Thatcher. Esta compartía su aversión por los soviéticos, cuya prensa le otorgó el sobrenombre de «Dama de Hierro» que tanto le gustó. (El presidente francés François Mitterrand dijo de ella en cierta ocasión que tenía «los ojos de Calígula y la boca de Marilyn Monroe», una combinación única de enérgica resolución y femineidad que explotaron con frecuencia los caricaturistas). Reagan y Thatcher conectaron con Mijaíl Gorbachov, a quien ella calificó de «alguien con quien se puede negociar», y lo animaron a emprender reformas y a dar la espalda a la opresión y a la política imperialista.

Entre 1984 y 1985 tuvo que hacer frente a la huelga que convocaron los mineros en respuesta a sus planes de clausurar buena parte de las explotaciones. Este paro, que ella entendió como un intento de hacer caer a su gobierno, se sofocó mediante el desgaste de los activistas, la ruptura de la presión de los sindicatos y la movilización de la policía y las fuerzas armadas a fin de someter a los huelguistas díscolos. La situación, que puso a prueba sus dotes de mando, constituyó también el último intento que hicieron

unos sindicatos muy poco democráticos por dominar el gobierno británico mediante el uso de la huelga como chantaje.

Sin embargo, con posterioridad causó también disturbios su nuevo impuesto de capitación. Su negativa a colaborar de manera más estrecha con la Comunidad Europea socavó su credibilidad en el preciso instante de la dimisión de su ministro de Economía y Hacienda. Cuando su subordinado inmediato, Geoffrey Howe, presentó también su renuncia propició la convocatoria de elecciones para la presidencia del Partido Conservador en 1990. Se vio destronada por quienes habían sido sus colaboradores, abandonada por casi todo su gabinete, y dejó Downing Street con amargura. La baronesa Thatcher ocupó su escaño en la Cámara de los Lores, y a su esposo se le otorgó un título nobiliario menor.

Junto con el presidente Reagan, Thatcher revistió una importancia fundamental para el triunfo de las democracias capitalistas sobre el comunismo durante la guerra fría, y ayudó a alzar el telón de acero y a liberar a millones de personas. Ganó un conflicto bélico cuando parecía imposible; transformó un Reino Unido esclerótico en una nación saludable y vigorizada; hizo de Londres el centro financiero de Europa; acabó con el poder de los sindicatos, y se convirtió en una verdadera estrella política internacional. Nadie podía comparársele. El primer ministro laborista Tony Blair reconoció ser, en muchos sentidos, heredero suyo. La sociedad que rodea a quien reside hoy en el Reino Unido es, en gran medida, creación de Margaret Thatcher, la dirigente más grande que ha tenido la nación desde Churchill.

Ana Frank
(1929-1945)

Oigo acercarse el trueno imparable que también va a destruirnos a nosotros; siento el sufrimiento de millones de personas, y, sin embargo, si levanto la mirada al cielo, tengo la sensación de que todo va a salir bien, de que esta cruel situación va a acabar y regresarán de nuevo la paz y la tranquilidad.

Diario (15 de julio de 1944)

El diario de una chiquilla judía que pasó escondida parte de la segunda guerra mundial se ha convertido en símbolo emblemático del Holocausto, en monumento a los seis millones de hebreos muertos y en talismán para quienes sufren persecución en cualquier parte del mundo. Sin embargo, Ana Frank fue mucho más que un símbolo: una adolescente cuya negativa a rendirse al miedo o la desesperación aun estando enfrentada a un hostigamiento brutal constituye un triunfo colosal para la humanidad, la huella de una alma heroica de veras. Asimismo, a despecho de su corta edad, se convirtió en una gran escritora por la agudeza con que observó y registró los terribles acontecimientos del momento más aciago de su

vida y la lucha por sobrevivir de su familia. El suyo no es el único de cuantos han llegado hasta nosotros, pero sí el mejor, y se ha convertido en un clásico inmortal.

El 6 de julio de 1942 dejó junto con sus padres, Otto y Edith, y Margot, su hermana mayor, la casa del Merwedeplein de Ámsterdam en que habitaban. Vestidos con varias capas de ropa y sin maleta alguna a fin de no resultar sospechosos, se dirigieron al edificio de oficinas de Otto Frank, sito en la Prinsengracht. En la parte alta de las escaleras había una puerta, oculta más tarde tras una estantería para libros, que daba paso a lo que la pequeña llamaría el Anexo Secreto, las cuatro salas en las que pasarían escondidos su familia, la de los Van Pels y un dentista llamado Fritz Pfeffer.

Los Frank eran judíos alemanes que habían emigrado a los Países Bajos una década antes, tras la ascensión de Hitler al poder. A Ana, una criatura alegre y vivaz, le regalaron en su decimotercer cumpleaños un libro encuadernado con tela de cuadros rojos que ella empleó como diario. Dedicó la primera entrada «a Kitty» con la siguiente esperanza: «poder confiar en ti por completo, como jamás he sido capaz de confiar en nadie. Creo que vas a ser un gran consuelo y sostén para mí».

La ocupación alemana de los Países Bajos había empezado hacía dos años cuando ella comenzó a escribir. Llegado el de 1942, se había impuesto el toque de queda a los judíos, quienes además debían llevar una estrella amarilla prendida en la ropa. Tenían prohibido usar el tranvía, montar en bicicleta y tomar fotografías. El 5 de julio de aquel año, Margot, que a la sazón tenía dieciséis años,

recibió una citación por la que se le anunciaba su traslado a un campo de trabajo. Ella y los suyos, pues, abandonaron su residencia a las siete y media de la mañana siguiente.

Los ocupantes del Anexo se habían pertrechado para pasar allí una estancia prolongada. Los padres de Ana llevaban meses visitando en secreto el lugar. Sin embargo, nada podía prepararlos para la terrible experiencia de aislarse del mundo tanto tiempo. Su supervivencia dependía de sus «colaboradores», cuatro empleados leales de Otto Frank que arriesgaron su vida al proporcionarles alimento, ropa, libros e información. Durante el día no podían hacer un solo ruido a fin de no hacer recelar a quienes trabajaban en el comercio del piso de abajo. «Estamos más callados que crías de ratón —escribió ella en octubre de 1942—. ¿Quién iba a decir hace tres meses que la polvorilla de Ana tendría que estar sentada cuatro horas seguidas, y que además sería capaz?».

Tenía un gran talento para la escritura: su prosa era divertida, ágil y poseía cierta causticidad. Sin embargo, su diario es también la obra de una adolescente como las demás: brillante, impetuosa, temperamental e impaciente. En su interior se daba el choque entre la «Ana buena» que quería ser y la «Ana mala» que temía ser muchas veces. Era perspicaz, sincera hasta el extremo y cada vez más sabia. «No hay manera de matar el tiempo», escribió en 1943. No obstante, se negaba a perder la esperanza. «Es asombroso que todavía no haya dado de lado a mis ideales, porque me parecen tan absurdos y tan imposibles... —reflexionaba el 15 de julio del año siguiente—.

Con todo, los alimento aún, porque sigo pensando, pese a todo, que las personas son buenas en el fondo».

Tres semanas más tarde, la policía alemana irrumpió en el Anexo Secreto. Aún no se sabe quién traicionó a los habitantes de aquel escondrijo, que fueron trasladados a Westerbork y, de allí, a Auschwitz. En octubre transfirieron a Ana y a Margot a Bergen-Belsen, en donde ambas murieron de tifus con pocos días de diferencia en marzo de 1945, pocas semanas antes de que liberasen los británicos el campo de concentración.

Otto Frank fue el único que sobrevivió del Anexo. Cuando regresó a Ámsterdam tras la guerra, Miep Gies, una de sus leales colaboradoras, le dio el diario que había hallado tirado en el suelo. Cuando, más tarde, le preguntaron cuál fue su reacción al leerlo, aseveró: «Jamás me había dado cuenta de que mi Ana fuese tan profunda». Estando escondida, la pequeña se convenció de que quería ser escritora. Con todo, no fue la única judía de corta edad que elaboró un diario del Holocausto. De hecho, debieron de ser muchos. Petr Ginz, adolescente checo de no poco talento, refirió con ingenio cuanto le ocurrió en Praga entre 1941 y 1942. «En la escuela he contado nueve *sheriffs*», escribió refiriéndose a los judíos a los que obligaban a lucir la estrella amarilla. Murió en las cámaras de gas de Auschwitz en 1944. Tampoco fueron ellos los únicos en hacer literatura de aquel infierno: *La noche*, de Elie Wiesel (nacido en 1928), y *Si esto es un hombre*, de Primo Levi (1919-1987), son las dos obras maestras de este período negro de la historia de Europa.

Un año antes de morir, Ana Frank confió a su diario su deseo de «ser útil o agradable a quienes me rodean y, sin embargo, todavía no saben de mí. ¡Quiero seguir viviendo hasta después de estar muerta!».

Gorbachov y Yeltsin

(1931- y 1931-2007)

No estamos abandonando nuestras convicciones, nuestro ideario ni nuestras tradiciones, ni pedimos a nadie que dé la espalda a los suyos.

La caída del comunismo, el desmembramiento del imperio soviético, la liberación de la Europa oriental respecto de la opresión soviética y la aparición de una Rusia nueva fueron obra de dos dirigentes rivales, ambos cargados de buenas intenciones arruinadas por las presiones de la política práctica. Ninguno de ellos concibió el resultado que obtuvo a la postre; los dos acabaron por ver fracasada su carrera política, y ambos lograron efectos opuestos a sus intenciones. Los logros de uno y de otro fueron contraproducentes y, sin embargo, transformaron el mundo.

Mijaíl Gorbachov creyó fielmente en el comunismo y, de hecho, en el monopartidismo durante toda su vida profesional. Era hijo de un conductor de cosechadora de Stávropol, ciudad del sur de Rusia, y no tardó en acceder a la cúpula de la Administración soviética: se

licenció en derecho y escaló la jerarquía del Partido Comunista hasta llegar a primer secretario de su ciudad en 1970. No hacía mucho que había cumplido la veintena cuando contrajo matrimonio con Raisa, quien sería compañera y asesora suya en el poder. Aunque los dos habían sufrido en sus familias los efectos del Gran Terror estalinista, ninguno perdió su fe en el partido.

Llegada la década de 1970, el gobierno de Leonid Brezhnev había estancado la economía, paralizado la política y dejado por los suelos el prestigio del régimen comunista. En un partido dirigido por burócratas estalinistas octogenarios, era normal que llamase la atención un hombre dinámico, jovial y por demás inteligente como Gorbachov. Así, en 1979 accedió al Politburó moscovita y se vio al cargo de la agricultura de la nación al amparo del presidente del KGB, Yuri Andrópov, quien debió de ser el político más capaz con que contó la cima del escalafón político en las últimas décadas del gobierno soviético.

Aunque dirigió la nación a la muerte de Brezhnev, era ya demasiado mayor para reformar la Unión Soviética. Cuando falleció, en 1984, Gorbachov no trató de hacerse con el mando, pues quien asumió el poder, Konstantín Chernenko, estaba ya senil y extenuado, y apenas sobrevivió unos meses a su antecesor. Su desaparición puso de relieve la necesidad de un dirigente nuevo y joven, y, en consecuencia, fue Gorbachov quien se hizo con el puesto de primer secretario.

Enseguida cambió el tono y el contenido de la dirección del país: inauguró la perestroika («reestructuración») y la *glasnost*

(«apertura»). Sin embargo, a fuer de comunista devoto, comprometido con la dictadura del proletariado y el partido del que dependía su poder, no era ningún demócrata liberal occidental: simplemente albergaba la esperanza de reformar, consolidar y fortalecer el absolutismo soviético; pero liberó una serie de fuerzas que se le escaparon de las manos. Su mala administración económica socavó sus propios logros: la prohibición que hizo pesar sobre el alcohol despojó de ingresos fundamentales a un presupuesto que rayaba en la desesperación. Sus manejos con la economía planificada provocaron escasez y descontento de forma instantánea: no acababa de entender el funcionamiento del capitalismo.

Con todo, sí que permitió cierta libertad de prensa y unas elecciones libres limitadas, aunque no quiso arriesgarse a someter a voto su propio puesto, y confió en el partido a la hora de legitimarlo. Para su propio pueblo, fue la personificación de un experimento peligroso, cuyo tono —que tanto encantaba a los occidentales— sonaba pomposo y sermoneador.

En el extranjero sí obtuvo logros de veras revolucionarios y titánicos: anuló la doctrina de intervención en los satélites de la Europa oriental que había seguido Brezhnev; en colaboración con su ministro de Asuntos Exteriores georgiano, Eduard Shevardnadze, negoció con el presidente estadounidense una serie de acuerdos en lo tocante al control armamentístico; y se ofreció —lo que es más asombroso— a conceder la independencia a países como Polonia después de décadas de tiranía. En 1989 retiró a los ejércitos

soviéticos de la guerra catastrófica que habían empeñado en Afganistán y permitió a los europeos del Este aferrarse a la independencia: los regímenes que dependían de la Unión Soviética fueron cayendo en cada nación. Dio el visto bueno a la caída del muro de Berlín... y a la reunificación alemana. Reagan se había enfrentado a la Unión Soviética con su poderosa oratoria democrática y con un aumento en el gasto de defensa de Estados Unidos, factores ambos que desempeñaron una función relevante en el desmoronamiento del imperio soviético; pero no es menos cierto que si se logró esto último fue, en grandísima medida, gracias al convencimiento de Gorbachov de que podía hacerse de forma pacífica. Dentro de sus propias fronteras estaba resuelto a promover el sistema comunista y la cohesión del país, aunque sus propias acciones habían minado sin remedio ambos propósitos: la elección de los dirigentes de las diversas repúblicas había dado lugar en ellas a una autoridad más legítima que la del partido.

En el momento de acceder al poder en 1985, Gorbachov había dado impulso a un dirigente alto y enérgico pero impecable llamado Borís Yeltsin en cuanto jefe de la sección moscovita del partido y miembro del Politburó. Casi coetáneo de aquel, era hijo de un constructor que había sido víctima de la represión estalinista. Había crecido en Sverdlovsk, y llegó a la secretaría local del partido en 1976. No se parecía en nada a Gorbachov: si aquel era un hombre contemplativo, legalista, hablador en ocasiones, ingenioso con frecuencia y resuelto, Yeltsin era pomposo, emocional, valeroso... y alcohólico. No tardaron en chocar, y Gorbachov lo destituyó en 1987

con un rapapolvo en público. Sin embargo, este político que conjugaba oportunismo e idealismo se hallaba por delante de él por haberse dado cuenta de que la Unión Soviética y el comunismo iban a caer pronto, y de que era bueno que así fuese. Yeltsin abrazó la democracia liberal, aunque también por interés. Fue elegido presidente de la República Rusa en 1989, lo que le brindó una legitimidad potencial de la que carecía Gorbachov. En julio de 1990 dimitió de forma espectacular del Partido Comunista.

En los meses que siguieron comenzó a hacerse palpable la tensión a medida que se intensificaban en el Cáucaso los trastornos étnicos y el derramamiento de sangre, y las fuerzas de seguridad, desbocadas en apariencia, mataban a los manifestantes de Lituania. El Politburó y el servicio de seguridad —el KGB— conspiraron a fin de derrocar a Gorbachov, y, de hecho, en agosto de 1991, un comité de dirigentes comunistas incompetentes y borrachos y de matones lo arrestaron mientras se hallaba de vacaciones en el mar Negro y enviaron carros de combate a la capital; pero la multitud defendió los despachos de la Casa Blanca de Moscú en que trabajaba Yeltsin. Este, dando muestras de no poco arrojo, se encaramó a lo alto de uno de los vehículos blindados para dirigirse al gentío. El golpe de estado se vino abajo, aunque su verdadera víctima fue Gorbachov, que perdió su prestigio.

Cuando este último trató de recuperar parte de su reputación, Yeltsin puso fin al monopolio del Partido Comunista y conspiró después con los presidentes electos de las otras repúblicas soviéticas para poner fin a la Unión. Gorbachov dimitió el día de

Navidad de 1991, y la nación se fragmentó en un conjunto de repúblicas independientes. Después de su caída, advirtiendo lo errado de la oligarquía comunista, Gorbachov abrazó con sinceridad la democracia liberal; pero era ya demasiado tarde.

Yeltsin dominó Rusia durante la década de 1990. Su entusiasmo y sus ansias de apertura resultaron alentadores en un primer momento. Casi por primera vez en su historia, Rusia disfrutó de unas elecciones totalmente libres, libertad total de prensa, una economía libre, un proceso independiente de investigación de la historia y de los crímenes del estado... y todos estos fueron logros de Yeltsin. Sin embargo, sus defectos eran demasiados: dipsómano, voluble y caprichoso, gobernó como un verdadero zar por intermedio de amiguetes y secuaces como el general Korzhakov, su siniestro guardaespaldas, o su asesor financiero multimillonario Borís Berezovski. Manejó de forma nefasta la privatización de la economía rusa, que convirtió en opulentos potentados a los llamados *oligarcas*, hombres de negocios como Berezovski, dotados de un poder excesivo.

En 1993, los comunistas del sector duro del Parlamento pusieron en peligro todo el proyecto democrático con una revuelta armada que Yeltsin derrotó ordenando a las fuerzas especiales que se hicieran con la Casa Blanca de Moscú. Al año siguiente, para plantar cara a la rebelión y a la independencia de Chechenia, mandó invadir el reducido territorio de dicha República. Mientras cometían atrocidades a gran escala, matando a miles de paisanos inocentes y destruyendo por completo ciudades como Grozni, las

fuerzas rusas se vieron humilladas por el dinamismo de los guerreros chechenos. Yeltsin se vio obligado a retroceder: retiró las fuerzas rusas de Chechenia y dio el infamante paso de reconocer la independencia de dicha nación: una humillación sin precedentes para Rusia. La decadencia de la corrupción financiera, las intrigas del Kremlin, el caos económico, los altercados de la mafia y el regreso de la represión que desató la guerra chechena desacreditó sus logros reales.

Llegado el año de 1996, Yeltsin, solo y aislado, se enfrentó a unos nuevos comicios que tenía todas las de perder: sus amiguetes multimillonarios, los oligarcas, pusieron en movimiento sus fortunas a fin de ayudarlo a hacerse con la reelección; pero a esas alturas hasta la democracia se hallaba manchada. Los tres años siguientes fueron testigos de un cataclismo económico y del deterioro personal de Yeltsin, quien destituía a primeros ministros dejándose llevar por caprichos más propios de un emperador y avergonzaba a su nación con bufonadas de beodo.

En 1999 eligió a un antiguo oficial del KGB y ministro de su gabinete joven, ambicioso y riguroso llamado Vladímir Putin en calidad de sucesor y abandonó la Presidencia de manera dramática. Putin demostró estar a la altura: restauró el poder del estado y el prestigio de Rusia en cuanto superpotencia, acabó con la corrupción de la mafia y minó la influencia de los oligarcas. Al mismo tiempo puso de manifiesto su disciplina y su vigor al atacar de nuevo Chechenia con una competencia brutal y sangrienta, aplastando la rebelión a costa de cientos de miles de vidas de paisanos. Putin

ascendió a sus colegas de los servicios de seguridad, que pasaron a dominar el gobierno y los negocios de Rusia, socavaron la democracia y la libertad de prensa, acabaron con las elecciones de gobernadores locales y se erigieron en la personificación de una forma nueva de poder autoritario que él llamó *democracia soberana*. Durante dos mandatos en el Kremlin, Putin dominó por completo la nación como no lo habían hecho jamás Gorbachov ni Yeltsin: pudo confiar la Presidencia a un ayudante, por nombre Dmitri Medvédev, sin dejar por ello de dirigir el país desde el cargo de primer ministro. En 2012 regresó a la Presidencia, pese a las protestas populares que suscitaron la corrupción generalizada y el autoritarismo del régimen. Putin podría ser el dirigente ruso dominante del siglo XXI.

Elvis

(1935-1977)

La gente de color lleva cantándolo y tocándolo como yo ahora desde hace un montón de años... Lo tocaban así en sus chabolas y en sus garitos sin que nadie les hiciera el menor caso hasta que yo le di caña al asunto.

Declaración prestada durante una entrevista al principio de su carrera

Elvis, «el Rey». Así fue como apodó la más republicana de las naciones al hijo predilecto de su música, con lo que se aseguró de que su eminencia permanecería intacta. No inventó el *rock and roll* ni escribió muchas de sus canciones; jamás hizo una gira por el extranjero, y desde aquella época apenas ha habido lista de éxitos en las que haya quedado eclipsado por completo por muchos otros. Y sin embargo, nada de eso es relevante. Lo sublime de su voz —que llama la atención por ir sin esfuerzo de lo sensual y lo rebelde a una ternura angelical—, su atractivo demoledor y su hechizo palpitante extasiaron a millones de personas. Fue una estrella mundial, y al ser capaz de llevar la música del *blues* y los espirituales negros a un auditorio blanco de un modo impensable antes de él, permitió la síntesis musical que sigue constituyendo en nuestros días la base de la música popular.

Elvis Aaron Presley, de orígenes sureños pobres, estuvo siempre más cerca de su madre, vivaz e impresionante, que de un padre gandul y dado a los delitos menores. Durante la adolescencia mostró una gran timidez, y solía ser víctima de las pullas de sus compañeros por ser el niño de mamá. Cuando dejó los estudios, se puso a conducir camiones como su padre. Con todo, no hubo de esperar mucho para que su extraordinaria voz llamase la atención del productor discográfico Sam Philips. Este estaba buscando a un hombre blanco a quien poder hacer interpretar música de negros, y cuando oyó los sencillos que había grabado Elvis con su propio dinero en 1953 como regalo de cumpleaños para su madre, se convenció de que lo había encontrado.

En 1954 grabó «That's all right», un *blues*. Las emisoras de radio de Tennessee la difundieron de inmediato, y Presley hizo una gira por los estados sureños. Enseguida tropezó con los prejuicios por demás arraigados de muchos estadounidenses blancos reacios a ver a los suyos mezclándose con los negros o compartiendo cultura con ellos; pero ni siquiera este legado cismático, transmitido de generación en generación, pudo competir con la veneración de los adolescentes blancos, jóvenes y menos preocupados por cuestiones de piel, que obligaban a las cadenas de radio de la nación a emitir sus sencillos —éxitos como «Heartbreak hotel» (1956), «Love me tender» (1956) o la canción que le dio nombre a la película *Jailhouse rock* («El rock de la cárcel», 1957)—. Él, además, reconoció siempre sin tapujos cuáles eran sus influencias musicales. No faltaron críticos negros que lo acusaran de haberles robado la música. En cambio, Little Richard lo tenía por «una bendición» por haber «abierto la puerta» a esta. Sea como fuere, nadie podía negar que su ímpetu era imparable.

Elvis firmó un contrato de representación con Tom Parker, «el Coronel», en cuyas manos dejó todos sus negocios. Este personaje misterioso era, pese a todo, un maestro en lo tocante a las transacciones mercantiles, y lo convirtió en la mayor marca comercial musical que hubiera visto nunca el mundo. Guiado por él, Elvis descubrió que podía arrastrar a un número nunca visto de oyentes. Batió récords de ventas en sencillos y discos de larga duración, y sus apariciones en la pequeña pantalla lograban atraer al 80 por 100 del auditorio con que contaba la televisión estadounidense. Los jóvenes varones querían ser como él, las

jóvenes lo querían a él, y quienes pertenecían a otra generación contemplaban este fenómeno asustados y estupefactos. En la ciudad inglesa de Liverpool, un tal John Lennon metió a Paul McCartney en el grupo que estaba formando, que tenía por norte al cantante estadounidense y quería ser «más grande que Elvis».

A medida que la música y la energía que derrochaba sobre el escenario aumentaban en popularidad, los sectores conservadores de Estados Unidos se mostraron escandalizados y preocupados al ver que su prole se estaba viendo corrompida de manera irreparable. Su costumbre de agitar las piernas, sacudir las caderas enfundadas en cuero, bambolearse y pavonearse frente al micrófono se consideraba el colmo de la obscenidad, y, en consecuencia, fueron muchos quienes acogieron con alivio la idea de que se alistara en el ejército y lo destinasen a Alemania en 1958. Cuando regresó a su país en 1960 parecía haberse amansado un tanto, y en la década de 1960, cuando floreció la época de los grupos de música pop, optó por centrarse en una carrera cinematográfica deslucida en lugar de regresar al panorama musical. Sin embargo, se reinventó a sí mismo para reaparecer en los escenarios en 1968 tras adoptar parte de la influencia de The Beatles y The Rolling Stones, los mismos artistas que habían reinterpretado su música para venderla transformada en Estados Unidos.

La popularidad de Elvis siguió siendo considerable a lo largo de la década de 1970, época en la que las ventas le brindaron ganancias colosales en Estados Unidos, y sobre todo en Las Vegas, aunque para ello le fue necesario cambiar de personaje y envolverse con los

atuendos estrafalarios de los espectáculos de variedades. Siguió haciendo llegar su música a las listas de éxitos, como ocurrió, por ejemplo, con «Always on my mind» (1973). Sin embargo, su salud y su condición mental declinaron de manera alarmante. Su afición a los atracones de comida basura lo llevó a engordar, y se volvió adicto a los medicamentos con receta. Se pasaba durmiendo la mayor parte del día y en el escenario se mostraba aletargado, aunque aquella voz seguía resultando fascinadora.

Murió el 16 de agosto de 1977. Sufrió un paro cardíaco en Graceland, su mansión de Memphis (Tennessee). Su funeral fue un acontecimiento multitudinario que observaron millones de personas. Elvis se cuenta, junto con cantantes estadounidenses como Frank Sinatra, Bob Dylan y Michael Jackson, formaciones británicas como The Beatles o The Rolling Stones y la intérprete francesa Edith Piaf, entre los colosos musicales que han trascendido su ámbito para formar parte de la identidad consciente de sus naciones.

Sadam Husein

(1937-2006)

La derrota, el oprobio y la humillación que nos ha tocado sufrir, Sadam, es resultado de tu locura, tus errores de cálculo y tus acciones irresponsables.

Comandante del ejército chiita iraquí en 1991, durante la inauguración del alzamiento contra el régimen de Sadam que las fuerzas de este aplastaron después

Şaddām Ḥusayn, dictador de Iraq, aspiraba a convertirse en héroe y conquistador del mundo árabe, pero su largo reinado de opresión implacable, crueldad sádica, corrupción criminal, guerras innecesarias, matanzas multitudinarias y ridículo culto personal desembocaron en una serie de errores de cálculo en lo político que propició la destrucción de su régimen y su propia muerte en la horca.

Sadam nació en un modesto pueblo suní cercano a la ciudad de Tikrīt. Su padre murió antes de nacer él, y, en consecuencia, creció en casa de su padrastro, en donde recibió palizas con frecuencia y se crio como un niño de la calle. En 1947 fue a vivir con el hermano de su madre, de quien recibió las primeras letras a la edad de diez años.

A principios de la década de 1950 se mudó con su tío a Bagdad y trató de entrar en la escuela militar, pero suspendió los exámenes. Entre tanto, aprendió de aquel a odiar la influencia que ejercían los británicos sobre el reino de Iraq, participó de forma regular en las manifestaciones contrarias al gobierno y formó su propia banda callejera a fin de agredir a sus oponentes políticos. Con el tiempo

entró a formar parte del Partido Baaz (Ba'āt), que combinaba socialismo con un nacionalismo anti occidental y panárabe, y en 1958 participó en el golpe de estado militar dirigido por el general de brigada 'Abd al-Karīm Qāsīm, que derrocó y eliminó al rey Fayṣal II. Muchos, y en particular los de su partido, se sintieron decepcionados ante la incapacidad de Qāsīm para hacer que Iraq formase una unión con los países árabes vecinos, y en 1959 Sadam estuvo implicado en un intento fallido de asesinar al dirigente y hubo de exiliarse en Siria y Egipto.

El golpe de estado que dirigieron los baazistas en 1963 lo llevó a regresar, pero el nuevo gobernante de Iraq, 'Abd as-Salām 'Ārif, no tardó en entrar en conflicto con sus aliados, y Sadam sufrió varios años de prisión hasta fugarse en 1967. Acabó por convertirse en el hombre de confianza del dirigente del Partido Baaz, Aḥmad Ḥasan al-Bakr, y cuando el partido se hizo con el poder en 1968, se erigió en pez gordo del régimen en calidad de vicepresidente, director de los cuerpos de seguridad iraquíes y secretario general del partido. De forma deliberada, moldeó su régimen a imagen del de Stalin, al que había estudiado.

Desde su nueva posición supervisó la nacionalización de la compañía de petróleo iraquí, que se hallaba en manos occidentales, y empleó los fondos obtenidos para desarrollar el estado de bienestar de la nación (en particular en lo tocante al sistema de sanidad). Asimismo, luchó de forma decidida contra el analfabetismo, introdujo mejoras en la infraestructura de Iraq y trató, por lo general, de promover la modernización y la

industrialización. Al mismo tiempo, sin embargo, se afanó a diario por amasar poder: colocó a sus hombres de confianza en posiciones importantes, creó una policía secreta brutal y se aferró cuanto pudo a los mecanismos de autoridad del estado.

A mediados de 1979 presionó a al-Bakr, ya achacoso, para que dimitiera y asumió él la Presidencia. Enseguida convocó al consejo revolucionario, que comprendía la cúpula del Partido Baaz, y anunció que «el sionismo y las fuerzas oscuras» habían puesto en marcha una confabulación contra Iraq. A continuación horrorizó a su auditorio al anunciar que los conspiradores se hallaban presentes en la sala. Mientras él permanecía en su asiento fumando un puro de grandes dimensiones, se leyó una relación de nombres, y una a una, fueron saliendo escoltadas 66 personas. A 22 de ellas las declararon culpables, y el propio Sadam se encargó de supervisar su ajusticiamiento, que hubieron de poner por obra, por orden suya, los mandamases de su régimen.

Sadam se dispuso a transformar Iraq en lo que cierto disidente denominó la «república del miedo». Su infame policía secreta, la Mujābarāt, junto con el Amn, el departamento de seguridad interior, sometió con brazo férreo a toda la nación y emprendió frecuentes carnicerías contra judíos, masones, comunistas, saboteadores económicos o simplemente quienes no caían en gracia a Sadam o a cualquiera de los seres codiciosos y despiadados que integraban su familia y servían en el seno de su gobierno. Se sucedieron las purgas, respaldadas por farsas judiciales y confesiones retransmitidas por televisión. En las dos décadas siguientes, Sadam

Husein mató a no menos de cuatrocientos mil iraquíes, en muchos casos tras hacerles sufrir tormento. Su psicopática prole, y en particular su heredero, el sádico demente 'Uday, emprendió sus propias guerras de poder y sus brutales reinados de terror, y torturaron personalmente a sus enemigos. En determinado momento, los dos yernos de Sadam huyeron a Jordania a fin de huir de 'Uday; pero acabaron por regresar, víctimas de un engaño, y sufrieron una muerte violenta por causa de este. Sadam no se contentó con la dominación de Iraq y quiso imponer su hegemonía también en las naciones circundantes. En consecuencia, invadió Irán en 1980, sirviéndose de la revolución islámica de 1979 a modo de pretexto para ocupar los yacimientos petrolíferos iraníes, y provocó así un conflicto desastroso que, tras ocho años, acabó sin un vencedor y costó más de un millón de vidas. Aficionado a enfrentar a las grandes potencias, recibió una ayuda considerable de Occidente, que tenía a Irán por el mayor de los males.

Durante el conflicto, los iraníes habían alentado a los kurdos de Iraq a alzarse contra el régimen baazista. Sadam respondió sin piedad, empleando gas mostaza y gas nervioso contra el paisanaje, en particular en la incursión de infausta memoria emprendida contra la ciudad de Ḥalabÿa, acción en la que murieron 5.000 personas el 16 de marzo de 1988. En total quedaron destruidas 4.000 mil pueblos y perdieron la vida 100.000 kurdos.

El final de la guerra con Irán dejó al país extenuado a pesar de las cuantiosas ganancias procedentes del petróleo. En agosto de 1990, Sadam invadió y ocupó Kuwait. La operación, sin embargo,

demostró ser un error de cálculo catastrófico: las Naciones Unidas autorizaron a una coalición militar encabezada por Estados Unidos a expulsar a Iraq de la nación agredida, cosa que lograron con rapidez en 1991. Los kurdos y chiitas —incitados por la coalición— se rebelaron contra Sadam; pero dado que no contaban con apoyo militar alguno de Occidente, su insurrección fue sofocada con métodos brutales.

En virtud de las condiciones del acuerdo de alto el fuego, Iraq se había comprometido a renunciar a las armas nucleares, químicas y biológicas. Sin embargo, Sadam no quiso colaborar con los inspectores de la ONU, a quienes prohibió la entrada a su nación desde 1998, y se embarcó en un proyecto militar arriesgado tras otro y en toda una sarta de embustes diplomáticos.

La situación de Sadam se vio transformada por los ataques terroristas emprendidos por al-Qaeda contra Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001. El presidente George W. Bush, confiado tras derrotar a los talibanes de Afganistán, que apoyaban a la organización terrorista, abogó por un «cambio de régimen» en Iraq y por la creación de una democracia capaz de fomentar la libertad en el mundo árabe. A modo de justificación, recurrió a la condición de dictador de Sadam, su búsqueda constante de armas de destrucción masiva y el apoyo brindado a los grupos terroristas. Por paradójico que resulte, Sadam no poseía armamento de este género, pero temiendo que la verdad revelase ante Irán la debilidad de su régimen, dio por sentado —y volvió a calcular mal— que Estados Unidos no iba a atreverse a invadirlo. En marzo de 2003, las fuerzas

de la coalición presidida por los estadounidenses atacaron y derrocaron a Sadam, a quien al final capturaron, enjuiciaron y condenaron a muerte. Su ejecución, chapucera y vergonzosa, se erigió en símbolo de la incompetencia y la falta de preparación de la bienintencionada invasión angloamericana y del cenagal militar en que se convirtió la operación. Aun así, el dictador se había ganado a pulso la condena.

Gadafi

(1942-2011)

Es responsabilidad del pueblo libio liquidar a la escoria que está distorsionando la imagen de la nación.

El coronel Mu'ammar al-Qāḍḍāfi fue el dictador libio que combinó en su largo reinado el terror más despiadado con estafalarias bufonadas hasta que la represión implacable con que respondió a la revolución popular unió a las potencias occidentales, encabezadas por el Reino Unido y Francia, en su contra en una intervención armada que condujo a su linchamiento y su muerte. A lo largo de su trayectoria política, sus coloridos disparates y sus crímenes brutales lo hicieron merecedor de una fama que iba más allá de sus magras dotes y del poder de su pequeña nación. Como en el caso de Sadam Husein, lo que lo hizo importante fue tanto su caída como su desgobierno.

Nacido en Sirte, en el seno de una familia de beduinos, recibió la formación propia de un oficial del ejército y pasó un tiempo en el Reino Unido, en donde recordaba haber jugado al fútbol en Hyde Park. A su regreso a Libia, súbdita en aquel tiempo del rey Idrīs, se volvió admirador del nacionalismo árabe de ʿĪmāl ‘Abd an-Nāṣir (Nasser), presidente del vecino Egipto, y, tras formar su propia camarilla de oficiales libres radicales, se hizo con el poder en septiembre de 1969. Pese a que Gadafi no era entonces más que un teniente de veintisiete años, quedó al frente de la nación y de una junta reducidísima de oficiales como el comandante ʿĪllūd, subordinado inmediato suyo, quien no tardó en verse reducido al papel de comparsa no bien asumió aquellos poderes autocráticos.

Presentándose a sí mismo como nacionalista socialista radical, albergó sueños de hacerse con el mando de todo el mundo árabe, y en particular después de la muerte, en 1970, de su héroe Nasser. En todo momento trataría de acrecentar su propia importancia —y remedar la efímera unión de Nasser con Siria— ofreciendo fusiones con otros países. De hecho, a principios de la década de 1970 trató de ligarse a Egipto, y cuando el presidente Anwar as-Sādāt declinó la oferta e hizo propuestas de paz a Israel en 1977, Gadafi mandó invadir la nación egipcia y provocó así una guerra breve de la que salió escaldado. En la década de 1980 se injirió en los asuntos del Chad, intentó forzar una fusión entre los dos países y a continuación envió a sus soldados a combatir allí para acabar sufriendo una derrota humillante en la llamada «guerra de los Toyota».

Dentro de sus fronteras toleró mal cualquier género de oposición, y gobernó enfrentando al ejército con las tribus y organizando una policía secreta brutal que aterrorizó por igual a los rivales políticos y a los islamistas al tiempo que asesinaba a los antagonistas exiliados.

En 1977 renunció formalmente al cargo de cabeza del estado para convertirse en «hermano dirigente y guía de la revolución», sin posición oficial en su *Ŷamāhīriya* («República») Árabe de Libia, que en teoría debería estar gobernada por una serie de comités populares. En realidad, siguió ejerciendo de dictador, aunque dedicó una porción considerable de su tiempo manteniendo contactos con su pueblo en el interior de sus recargadas tiendas beduinas — dispuestas por lo común en el centro de campamentos militares fortificados a fin de evitar intentos de asesinato—. Además, escribió el *Libro verde*, a imitación del *Pequeño libro rojo* de Mao, a fin de exponer su forma particular de gobierno popular, nacionalismo árabe, socialismo, antiamericanismo fanático y anti sionismo, y lo convirtió en lectura obligatoria de todas las escuelas libias.

Exhibicionista desenfrenado además de tirano sagaz y despiadado, empleó los ingresos procedentes del petróleo libio para financiar a terroristas extranjeros de todo el mundo. Las Brigadas Rojas italianas, la Fracción del Ejército Rojo de Alemania y el IRA del Reino Unido, así como los grupos palestinos radicales, recibieron dinero de las generosas arcas de Gadafi. En 1984, los diplomáticos libios dispararon a los disidentes que protestaban ante su embajada en Londres, y acabaron con la vida de la policía Yvonne Fletcher.

Dos años más tarde, los espías de Gadafi hicieron estallar un club nocturno berlinés frecuentado por soldados estadounidenses, y mataron a tres personas e hirieron a 229. El presidente Ronald Reagan lo tildó de «perro loco» y lanzó un ataque aéreo sobre Libia que a punto estuvo de asesinar al dictador. Este buscó vengarse organizando, en diciembre de 1988, la destrucción de un avión de pasajeros que explotó sobre la localidad escocesa de Lockerbie y mató a 270 inocentes. La hostilidad de Estados Unidos lo llevó a arrimarse a la Unión Soviética, aunque Libia se había transformado en un estado paria para buena parte del planeta.

Gadafi quiso crear su propio arsenal de armas nucleares y químicas y se alió con Sadam Husein, aunque tras la derrota y el destronamiento de este, optó por recurrir a una pirueta diplomática y permitió que se juzgara a uno de sus agentes secretos, 'Abd al-Bāsiṭ al-Maqrāḥī (Megrahi) por el crimen de Lockerbie, pagó una indemnización a las familias afectadas y, entre 2003 y 2004, entabló negociaciones secretas con estadounidenses y británicos a fin de recuperar su respetabilidad. Asimismo, reconoció la existencia de un programa de creación de armas nucleares y químicas y se avino a cancelarlo. Poco después liberaron a Megrahi de la prisión escocesa en que se hallaba por motivos de salud, una pantomima judicial que tiene visos de haberse puesto por obra para cumplir con una de las exigencias de Gadafi. El primer ministro británico Tony Blair viajó a Libia a fin de inaugurar una nueva era de relaciones durante un célebre encuentro habido en la tienda que tenía instalada en el desierto. Cuando las compañías petroleras

occidentales corrieron a sacar provecho de los negocios que se les brindaban en Libia, el dictador pudo disfrutar de su regreso a la escena mundial, ofrecer prolijos discursos ante la ONU o montar su tienda en medio de un parque parisino, y aprovechar todo esto para lucir toda una variedad de atuendos, desde uniformes militares de galones dorados al que añadía el detalle de las gafas de sol, hasta las túnicas de beduino, acompañado por su cuerpo especial de guardaespaldas femenino y su inseparable enfermera ucraniana. Se ha hablado mucho del magnetismo radical que desprendía en sus tiempos de juventud, y, de hecho, abundan las historias relativas a reporteras occidentales que sucumbían ante su seductora distinción tiránica. Sea como fuere, llegado el siglo XXI no cabe dudar de su carácter de dictador desequilibrado, demente y dado a engañarse, de manos manchadas de sangre y un gusto muy poco afortunado por la cirugía estética facial. Como Idi Amin, habría resultado gracioso de no haber sido tan homicida.

Después de cuarenta años en el poder, gobernaba como un emperador en medio del desierto, y aun llegó a denominarse «rey de reyes» y «rey de África». Es evidente que pensaba instaurar la sucesión dinástica para su descendencia conforme a la tradición de los al-Asad de Siria. A la hora de gobernar, Gadafi se apoyó cada vez más en sus hijos, quienes ejercían de comandantes militares, presidentes de equipos de fútbol, enviados diplomáticos, donjuanes internacionales... y secuaces políticos. Echó a pelear a los más conservadores con Sayf al-Islām, ilustre representante internacional perteneciente también a su prole y que se presentó como reformador

liberal heredero del trono. Sayf se mezclaba con banqueros, potentados y académicos británicos, a quienes corrompía y engañaba con sus promesas progresistas. Cuando pusieron en libertad al terrorista convicto Megrahi, fue él quien lo acompañó en avión hasta Trípoli, en donde lo aguardaba un recibimiento triunfal. En el preciso instante en que se reconciliaba Occidente con el monstruo de Gadafi, se le agotó la paciencia a su propio pueblo, y así, durante la primavera de 2011 estallaron protestas populares multitudinarias contra el dictador en toda Libia, aunque en particular en la ciudad oriental de Bengasi. Él y sus hijos trataron de reprimir la revolución, pero cuando el tirano hizo por aniquilar a los rebeldes de Bengasi y envió a un ejército a tal fin, el primer ministro británico David Cameron y el presidente francés Nicolas Sarkozy, respaldados por Barack Obama, presidente de Estados Unidos, ofrecieron de inmediato una respuesta armada. Prescindiendo de las unidades de tierra, el Reino Unido y Francia bombardearon a las fuerzas libias en una intervención ininterrumpida y arrojada que acabó por derribar al dictador. Trípoli cayó ante las milicias del Consejo Nacional de Transición (CNT) el 16 de septiembre de 2011. Gadafi se esfumó para volver a aparecer en su Sirte natal, que aún resistió otro mes. Rendida la ciudad, trató de escapar en un convoy que, sin embargo, fue alcanzado por los aeroplanos occidentales y asaltado a continuación por combatientes del CNT. De nada sirvieron sus ruegos: los atacantes le asestaron una paliza brutal, y ensangrentado, murió de un disparo que le descargaron en presencia de las cámaras; de modo

que la escena dio la vuelta al mundo al aparecer en todos los telediarios. Junto con la caída del presidente egipcio Mubārak, aquella fue la revuelta más espectacular de la llamada Primavera Árabe, y, en lo tocante al Reino Unido, sirvió de ensayo a la doctrina de intervención limitada propugnada por Cameron.

Muhammad Ali

(1942-)

Soy lo más grande que ha vivido nunca. Tanto, que no tengo una sola señal en la cara. He sacudido al mundo.

Cassius Clay —quien poco después se transformaría en Muhammad Ali—, después de derrotar a Sonny Liston en 1964

Además del boxeador más destacado de su generación, Muhammad Ali es uno de los deportistas más notables de todos los tiempos. Aunque desplegó un talento prodigioso, sublime en el cuadrilátero, lo cierto es que supo trascender el mundo del deporte. Sus hondas convicciones, su franqueza, su valor, su ingenio, su cara dura...: todo se combinó para hacer de él una leyenda viva. Desde que se retiró ha triunfado como la figura emblemática que prendió la antorcha de los Juegos Olímpicos de Atlanta de 1996 y ha hablado

de un modo conmovedor acerca del papel del islam no violento en el mundo posterior al 11-S.

Cassius Clay, que fue el nombre que recibió al nacer, comenzó a boxear a la edad de doce años, y siguió una trayectoria excepcional en los combates de aficionado, de los cuales ganó 134 y no perdió sino siete. Participó en las Olimpíadas de Roma en 1960 y se hizo con una medalla de oro en la categoría de peso medio pesado, además de impresionar a todos por su velocidad y sus reflejos de centella. El entrenador de Miami, Angelo Dundee, aceptó prepararlo para las categorías profesionales y apenas tuvo que hacer nada para mejorar su estilo atrevido. Mantenía la guardia baja y confiaba en su velocidad a la hora de danzar en torno a sus oponentes. No habría de pasar mucho antes de que se proclamara «lo más grande». Cuando destruyó al admirable peso pesado Sonny Liston en dos combates —de los cuales el segundo, celebrado en mayo de 1965, fue una paliza de las grandes—, todo apuntaba a que iba a cumplir lo que él mismo había profetizado. Fuera del cuadrilátero estaba experimentando una mutación destinada a conformar el resto de su vida. Participó de manera activa en la causa de Malcolm X y el movimiento radical integrado por mahometanos negros y conocido como Nación del Islam, que llamó su atención por haber conocido él los efectos del racismo durante su infancia en los estados meridionales de Estados Unidos. Aquel joven espontáneo no tardó en cambiar su nombre por el de Muhammad Ali. Cuando llegó el momento de la revancha con Liston y de vapulear a Floyd Patterson,

otro coloso de los pesos pesados, se había convertido en alguien tan polémico fuera de los estadios como brillante dentro de ellos.

La combinación de su estilo pugilístico extravagante, la franqueza de su discurso y su negativa a alistarse en el ejército estadounidense en 1966 («Macho, yo no tengo nada contra esos del Vietcong», aseveró a modo de explicación) lo convirtió enseguida en una figura odiada por los blancos de la nación. Se declaró objetor de conciencia, y en 1967 lo despojaron, en consecuencia, del título mundial que había ganado y le prohibieron competir en Estados Unidos antes de que transcurriesen tres años. Sin dejarse amilanar, pronunció más de doscientos discursos antibelicistas en los que condenaba la intervención de su nación en el Asia oriental. Cuando regresó a los cuadriláteros, participó en tres de los enfrentamientos más célebres de todos los tiempos: el Combate del Siglo (1971), que perdió ante Joe Frazier; el Rugido de la Selva (1974), en el que reclamó la corona de peso pesado que pertenecía entonces a George Foreman; e Intriga en Manila (1975), en el que se desquitó frente a Frazier. En el segundo, celebrado en el Zaire (hoy la República Democrática del Congo), empleó su táctica de dejarse acorralar contra las cuerdas para engañar al adversario y desgastarlo (*rope a dope*). Actuó así a lo largo de siete asaltos, y en el octavo, estando ya extenuado Foreman, contraatacó y puso fuera de combate a un oponente más joven.

El de Intriga en Manila es quizás el más célebre de todos sus combates. Durante el período que precedió al combate estuvo mofándose de Frazier con calumnias y poemas. Los dos se zurraron

durante catorce asaltos hasta que el entrenador de este último tiró la toalla. Después, Ali comentó acerca de sus propios empeños heroicos: «La muerte debe de ser algo parecido a esto». Lo había dado todo en aquella victoria increíble, y —después de que la historia demostrase que tenía razón en lo tocante al Vietnam— se había redimido ante el planeta.

Siguió combatiendo hasta principios de la década de 1980, período en que sus fuerzas habían menguado de manera visible. Sin embargo, a pesar del triste fin que tuvo su carrera, se le ha hecho justicia al recordarlo como uno de los deportistas más grandes de la historia. Solo del futbolista Pelé y de algunos otros puede decirse que dominaron su especialidad del mismo modo. Ali, erigido tres veces en campeón del mundo, fue la quintaesencia del refinamiento y la gloria del boxeo gracias a la habilidad y la astucia que desplegaba en el cuadrilátero, y a la dominación psicológica de sus oponentes.

Sin embargo, fue más que un deportista extraordinario: demostró ser un hombre de principios que mantenía sus creencias aun cuando se veía amenazado. Aunque sus declaraciones relativas a la raza no siempre fueron oportunas y pese a que podía llegar a ser cruel con sus rivales, fue más allá de semejantes indiscreciones y supo conquistarse a casi todos sus críticos con su coraje y su magnetismo.

A partir de la década de 1980 se ha visto afectado de manera progresiva por los síntomas de la enfermedad de Parkinson. La contemplación de la mano temblorosa que encendía la antorcha

olímpica de Atlanta en 1996 estremeció al mundo y acabó de completar la transición de joven furibundo a símbolo de la unidad del mundo. En 1999 ganó la votación del premio al Deportista del Siglo concedido por la BBC. Pese a lo frágil de su estado, sigue recorriendo el mundo para apoyar todo un abanico de causas humanitarias.

Aung San Suu Kyi

(1945-)

La búsqueda de la democracia en Birmania es la lucha de un pueblo por llevar una vida completa y cargada de significado... Es parte de la incesante empresa humana destinada a demostrar que el espíritu del hombre puede trascender los defectos de su naturaleza.

Palabras de Suu Kyi pronunciadas por su hijo en la ceremonia del premio Nobel de la Paz de 1991

Desde que regresó a Birmania en 1988, Aung San Suu Kyi ha sufrido la represión constante de la dictadura militar de la nación. El arresto domiciliario punto menos que permanente que sufre le ha impedido acceder a su familia y a sus seguidores. Ha sido víctima de

amenazas con frecuencia, y el gobierno ha tratado de sobornarla, aunque ha sido en vano: nadie puede callar a una presa de conciencia cuya determinación por luchar por la libertad de su pueblo la ha llevado a sacrificar la suya propia.

Hija de uno de los políticos más inspiradores de su nación, Aung San, asesinado en 1947 mientras guiaba a su pueblo hacia la independencia respecto del Reino Unido, cuando ella tenía solo dos años, dejó el país siendo adolescente cuando destinaron a su madre, la diplomática Jin Kyi, a la India. Después de licenciarse en la Universidad de Oxford, Suu Kyi se afincó en Londres, contrajo matrimonio con el académico Michael Aris y dio a luz a dos hijos.

La nación de Birmania (oficialmente Myanmar en nuestros días) ha estado gobernada por una junta militar desde el golpe de estado que protagonizó en 1962 Ne Win, quien instauró un régimen monopartidista, disolvió el Parlamento, restringió los derechos civiles, detuvo a la oposición, nacionalizó las empresas y se propuso marginar a las minorías étnicas. Tras acallar sin piedad protestas, revueltas y, en 1976, un intento de golpe de estado, cedió la presidencia en 1981 a San Yu, aunque siguió al mando en calidad de presidente del Partido del Programa Socialista de Birmania, seleccionando a los oficiales del ejército y los ministros.

Obsesionado con la numerología, Ne Win cambió la moneda en 1987 a fin de hacer las distintas cantidades divisibles por 9, su número de la suerte, y destruyó así los ahorros de millones de personas. El creciente malestar del pueblo lo obligó a dimitir de la presidencia del partido en julio de 1988. Aquel mismo año, la

protesta multitudinaria en favor de la democracia conocida como el Alzamiento de los Cuatro Ochos se vio aplastada por un golpe de estado tras el que se hizo con las riendas de la nación una junta militar de 21 personas —el Consejo Estatal de Restauración de la Ley y el Orden— encabezada por el general Saw Maung. Murieron hasta diez mil manifestantes, en su mayoría estudiantes y monjes budistas, lo que resultó escandaloso en una nación en la que estos últimos son objeto de veneración en calidad de dirigentes espirituales. Las autoridades instigaron a continuación un programa doble de deforestación —destinada a hacer sitio a la producción masiva de opio— y genocidio sistemático de grupos como los *karen*, los *karenni*, los *shan*, los *kachin (jingpo)*, los *mon*, los *rohingya*, los *wa* y los *chin (zomi)*. Las violaciones, las torturas, las migraciones forzadas, el uso de mano de obra esclava y los asesinatos han propiciado el desplazamiento de más de 650 000 personas —incluidos 250 000 *karen*— solo en la Birmania oriental, y la huida a Tailandia de unos dos millones de personas.

En 1990 se permitió la celebración de elecciones multipartidistas. Aung San Suu Kyi presentó su candidatura, pero la humillante derrota que infligió al partido oficial llevó a este a anular los resultados y poner a Suu Kyi —quien al año siguiente obtuvo el Nobel de la Paz— bajo arresto domiciliario por «poner en peligro al estado». A esta defensora valiente e incansable de la democracia la pusieron en libertad dos veces para después volver a imponerle la misma pena. En 1992 Than Shwe fue a sustituir a Saw Maung en calidad de presidente del partido —que más tarde cambiaría su

nombre por el de Consejo Estatal de Paz y Desarrollo— y comandante en jefe del Tatmadaw (las fuerzas armadas).

En 2002, tras un supuesto intento de golpe de estado por parte de su yerno y tres de sus nietos, murió totalmente desacreditado Ne Win. Nada decía de su gobierno el escueto obituario que publicó la prensa. En 2003, el nuevo primer ministro Jin Nyunt desveló un «mapa de carreteras de la democracia»; pero al año siguiente fue sustituido por Soe Win, político del sector duro, y, dos años después, se congregaron unos cien mil manifestantes en Rangún para protestar contra la descomunal subida del precio del carburante. Cerca de tres mil de ellos sufrieron detención, y al menos 13 de los religiosos perdieron la vida. Aquel mismo año de 2005, el gobierno se trasladó a la nueva capital, la suntuosa ciudad de Naipyidó («morada de los reyes»), situada quinientos kilómetros más al norte de Rangún, en la que se hallaba la residencia —más semejante a un fortín— del general Than Shwe. La ciudad recibió denominación oficial el 27 de marzo de 2006, día anual de las fuerzas armadas.

La prueba más gráfica que ofreció el régimen de su paranoia, su intransigencia y su desdén por la vida humana se dio en mayo de 2008, después de que azotase al país el ciclón Nargis, que acabó con más de cien mil vidas, devastó la infraestructura de Birmania y dejó sin techo a cientos de miles de ciudadanos. La junta, sin embargo, estuvo varias semanas negándose a permitir la entrada en la nación de provisiones o de voluntarios del extranjero, e intensificó con ello en grandísima medida el sufrimiento de su pueblo. Y aunque al final

cedió ante la presión internacional, no dejó de obstaculizar una respuesta eficaz a la crisis. Aun así, el gobierno quiso experimentar con cierta distensión, y, además de liberar a Aung San Suu Kyi, prometió la convocatoria de elecciones.

La carrera política de Suu Kyi comenzó en 1988, cuando una llamada telefónica la hizo regresar a Birmania a fin de cuidar a su madre, que acababa de sufrir una apoplejía. «Tuve el presentimiento de que nuestras vidas iban a cambiar por completo», recordaría más tarde su marido. Mientras atendía a su madre en Rangún (Yangón), topó con la agitación provocada por el final de los veintiséis años de dictadura del general Ne Win. Cuando, en lugar del referéndum prometido, efectuó otro golpe de estado militar, tras el cual deterioró más aún los derechos humanos y aniquiló en las calles a miles de los manifestantes que, desarmados, pedían democracia, Suu Kyi comenzó a denunciar cuanto veía. Así fue como emprendió el camino que la llevaría a convertirse en heredera de su padre en calidad de política, tal como hicieron en el Pakistán Benazir Bhutto (1953-2007) y en la India Indira Gandhi (1917-1984).

Unos meses después de su regreso a Birmania, Suu Kyi había ayudado a fundar la Liga Nacional para la Democracia (LND). En las cacareadas elecciones de mayo de 1990 obtuvo una victoria arrolladora que le valió el 82 por 100 de los escaños disponibles. Ella, en calidad de secretaria general del partido, fue la dirigente que eligió Birmania de manera democrática. Sin embargo, el gobierno militar de la nación optó por hacer caso omiso de los resultados.

Había transcurrido poco más de un año de su regreso cuando ella y sus compañeros de la LND sufrieron detención sin cargos y se vieron sometidos a arresto domiciliario, situación que se prolongó, con ciertas interrupciones, hasta 2010. En 1995 la dejaron en libertad durante un lustro, y en 2002, durante un año. Sin embargo, en cada una de estas ocasiones, la popularidad de la dirigente electa de la nación, la autoridad que ejerce sobre sus gentes y sus inspirados discursos llevaron a la junta militar a volver a confinar en su domicilio a la mujer que representa, por su presencia y su sacrificio personal, la mayor amenaza para su régimen dictatorial. En 1989 Suu Kyi se plantó en solitario frente a una unidad del ejército que la apuntaba con sus fusiles. Había hecho a sus compañeros de la LND que se hiciesen a un lado a fin de presentar un blanco solitario y fácil. Estando bajo arresto domiciliario emprendió una huelga de hambre y se negó a recibir ayuda alguna del gobierno que la había encerrado. Semejante campaña la dejó tan desnutrida que comenzó a caérsele el cabello y a fallarle el corazón, y contrajo una enfermedad degenerativa de la columna vertebral. Cada vez que la liberaban, esta mujer intrépida no dudaba en volver a expresar de inmediato sus quejas contra el gobierno y a pedir, a voz en cuello y sin descanso, democracia y libertad en un estado tirano que violaba los derechos humanos en mayor medida —con escasas excepciones— que ninguno de los del planeta.

La presencia de una de las presas de conciencia más célebres del mundo —recipiente, además, del premio Nobel de la Paz— se

convirtió en creciente motivo de sonrojo para el gobierno militar birmano. En 1999 murió su marido de cáncer de próstata después de que se le negara la ocasión de visitar por última vez a su esposa a despecho de colosales empeños diplomáticos. A costa de un sufrimiento personal indecible, Suu Syi rechazó todo empeño gubernamental en sobornarla ofreciéndole la libertad a cambio de que abandonara de forma definitiva el país.

«No tiene sentido morderse las manos diciendo: “¡Cielo santo! ¡Cielo santo, esto es terrible!” — respondió en cierta ocasión cuando le preguntaron cómo reaccionaba ante el sufrimiento—. Uno debe tratar de hacer cuanto le sea posible. Yo creo en la acción». A principios de la década de 2010, el régimen sorprendió al mundo al soltar a algunos prisioneros y permitir la celebración de elecciones cuasi libres. A Suu Syi le levantaron el arresto, y en 2012 la eligió el pueblo para formar parte del Parlamento. Tal vez se haya inaugurado una nueva era en Birmania.

Pablo Escobar

(1949-1993)

El ingenio de mi hermano era descomunal.

Roberto Escobar

El criminal más poderoso, rico y homicida del siglo XX fue el señor colombiano de la droga que se erigió en cerebro y piedra angular del tráfico internacional de cocaína. Amasó miles de millones de dólares

y fue responsable de cientos de secuestros y asesinatos. Este capo de magnitud inigualable acostumbrado a dictar sus propias leyes amenazó la integridad misma del estado de Colombia.

Hijo de ganadero y de maestra, creció en las afueras de Medellín, y ya de pequeño estuvo envuelto en actividades delictivas como el robo de automóviles y, según dicen, de lápidas mortuorias que limpiaba con chorro de arena para poder venderlas como nuevas. De allí pasó a fraudes menores como la venta de cigarrillos de contrabando y de billetes de lotería falsos, y a finales de la década de 1960, cuando se multiplicó la demanda del cannabis y la de cocaína, se introdujo en el mercado de la droga.

Durante la primera mitad de la década de 1970 alcanzó una importancia cada vez mayor en el cártel de Medellín, en el que colaboraba una serie de agrupaciones criminales a fin de dominar buena parte de la industria del narcotráfico colombiano. En 1975 fue asesinado uno de los criminales más notables de la ciudad, por nombre Fabio Ochoa Restrepo, y Escobar no tardó en hacerse con su negocio.

En el mes de mayo del año siguiente, se le acusó de organizar una operación de venta de droga al Ecuador. Trató de sobornar a los jueces que instruían la causa contra él, y, cuando fracasó tal expediente, puso fin al proceso asesinando a dos de los oficiales que lo habían detenido y a los testigos principales. En adelante emplearía con frecuencia esta práctica, conocida como «plata o plomo» y consistente en amenazar de muerte a quien no aceptara sus untos. Mató o mandó matar a muchos miles de personas, a

menudo empleando una brutalidad pasmosa. No le faltaba sagacidad a la hora de tratar con el sector político, al que sabía bien que necesitaba cohechar. En Medellín se convirtió también en un Robin Hood populista, y ayudó con porciones pequeñas pero significativas de su fortuna personal a la puesta en marcha de proyectos locales de construcción o a clubes de fútbol en apuros; lo que le proporcionó una popularidad considerable entre las gentes de la ciudad. Dirigió su propio periódico durante un tiempo breve, y en 1982 entró en la Cámara de Representantes del Congreso de Colombia como suplente del Partido Liberal.

A principios de la década de 1980, su cártel había monopolizado el narcotráfico de Suramérica, y se calculaba que era responsable de un 80 por 100 aproximado de los envíos de cocaína y cannabis a Estados Unidos, México, Puerto Rico y la República Dominicana. Compraba pasta de cocaína en Bolivia y Perú, la procesaba en fábricas distribuidas por toda Colombia y sacaba del país de manera encubierta miles de toneladas para hacerlas llegar por mar, por aire o por tierra a Estados Unidos.

En 1989, la revista *Forbes* lo consideró el séptimo del mundo en riqueza al calcular su fortuna en veinticuatro mil millones de dólares. Poseía un buen número de residencias majestuosas, un zoológico privado, numerosos yates y helicópteros, una flota de aviones particulares y hasta dos submarinos, y también tenía en nómina un verdadero ejército de guardaespaldas y asesinos. Se mostraba totalmente implacable ante quienes suponían amenaza alguna —por pequeña que fuese— a su posición: después de

descubrir que uno de sus criados robaba plata de uno de sus palacetes, hizo que lo ataran y lo lanzasen a la piscina, de donde no lo sacaron hasta que se ahogó.

No hubo que esperar mucho para que lo pusieran en la mira las autoridades estadounidenses. En 1979 habían firmado con Colombia un tratado de extradición enmarcado en un programa más severo frente al narcotráfico. Escobar, que abominaba este documento, emprendió una campaña de asesinatos dirigida a todo aquel que lo respaldase o pidiera medidas más duras contra los cárteles de la droga. Todos dieron por hecho que estuvo detrás del asalto al Tribunal Supremo de Colombia perpetrado en 1985 por las guerrillas de izquierda, en el que murieron once jueces. Cuatro años más tarde mandó matar a tres candidatos a presidente, así como derribar un avión de pasajeros, desastre en el que dejaron la vida 107 personas, y colocar bombas en el edificio de los cuerpos de seguridad nacional, sito en Bogotá, acción que supuso la muerte de 52 más. Aquel mismo año se detuvo a dos de sus secuaces en Miami mientras trataban de adquirir misiles.

En 1991, cuando todo apuntaba a que se estrechaba el cerco a su alrededor, propuso un trato al gobierno colombiano: aceptaría cinco años de cárcel a fin de eludir la extradición. En virtud de dicho acuerdo se le permitió construir su propia «prisión», que por supuesto resultó ser otro palacete lleno de lujos desde el que podía dirigir su imperio por teléfono, y del que podía ausentarse de forma ocasional a fin de asistir a un partido de fútbol o una fiesta. Asimismo, tenía la potestad de recibir visitas, incluidas de

prostitutas —a cuál más joven— y socios mercantiles, dos de los cuales murieron dentro de aquel edificio, siendo así que gustaba de torturar a sus víctimas con sus propias manos.

El 22 de julio de 1992 logró escapar mientras lo trasladaban a un establecimiento penitenciario más estricto. Las autoridades de Colombia acometieron una operación colosal de búsqueda con la asistencia de Estados Unidos y también de los enemigos de Escobar, incluidos los Pepes (*Perseguidos por Pablo Escobar*), grupo paramilitar compuesto por víctimas suyas e integrantes del cártel rival de Cali. Durante la caza, que duró dieciséis meses, murieron cientos de personas entre policías y secuaces del capo. Al final lo localizaron en un piso franco de Medellín y le dispararon en una pierna, el torso y la cabeza mientras emprendía una intrépida huida por los tejados. Murió en el acto, el día 2 de diciembre de 1993, uno después de haber cumplido cuarenta y cuatro años.

Aunque sus seguidores lo tenían por un héroe defensor de los pobres, en realidad no era más que un criminal codicioso y sádico en extremo. Sus gestos simbólicos de filantropía no lograron ocultar el escaso aprecio que tenía por la vida humana: en la cúspide de su influencia, su cártel fue responsable de una media de veinte asesinatos al mes.

Osama Bin Laden

(1957-2011)

Las partes de los cuerpos de los infieles volaban como partículas de

polvo. Si lo hubieses visto con tus ojos, te habría encantado; tu corazón se habría henchido de gozo.

Declaración hecha en el casamiento de su hijo, celebrado tras la muerte de 17 soldados estadounidenses en el atentado suicida cometido contra el destructor Cole, el 12 de octubre de 2000

Usāma bin Lādin fue el fanático que planeó los ataques, tan homicidas como espectaculares, que acometieron diversos aviones contra las Torres Gemelas y el Pentágono el 11 de septiembre de 2001 y mataron a miles de inocentes en nombre de una distorsión intolerante y dogmática de la fe islámica. Mediante la promoción de una ideología yihadista que se goza en actos asesinos y abraza un culto nihilista al suicidio, quiso acabar con el poder de Estados Unidos y Occidente, borrar del mapa Israel e instaurar un califato en todos los rincones del mundo sometidos en algún momento de la historia a la autoridad del islam. Sin embargo, no poseía más métodos prácticos reales que el de aterrorizar a inocentes y minar sociedades democráticas y tolerantes mediante el empleo de jóvenes impresionables que empleaba como bombas vivientes contra

víctimas elegidas sin más motivo que el ser ciudadanos del Occidente libre y plural.

Bin Laden nació en Riad en 1957, hijo de Muḥammad 'Awaḍ bin Lādin, constructor que amasó una enorme fortuna después de que su compañía obtuviese de la familia real saudí los derechos exclusivos de los proyectos arquitectónicos religiosos de la nación, y de su décima esposa, Ḥamīda al-'Attās, de la que más tarde se divorció. Hijo único de este matrimonio, si bien tenía un buen número de hermanos por parte paterna, se crio —después de que su madre contrajera segundas nupcias con Muḥammad al-'Attās— conforme a las creencias de los mahometanos suníes, y dio muestras de una devoción incondicional desde muy pequeño. Estudió en una escuela selecta y, a continuación, en la Universidad Rey 'Abd al-'Azīz, y se casó con su primera esposa, Naŷwà al-Gānim, en 1974. Tuvo otras cuatro, y se divorció de dos de ellas, y engendró entre 12 y 24 hijos.

En 1979 viajó a Afganistán junto con miles de yihadistas devotos — conocidos colectivamente como *muḡahidīn*— a fin de repeler la invasión soviética del país, y se asoció con su compañero 'Abd Allāh 'Azzām para crear la organización paramilitar Maktab al-Jadamāt, consagrada a la interpretación que ellos le daban al *ŷihād*. Su guerra estuvo también respaldada y financiada por Estados Unidos, siempre temeroso de la expansión soviética, y cuando Bin Laden regresó a Arabia Saudí en 1990, lo ensalzaron por haber resistido a las fuerzas del comunismo. Con todo, ya albergaba planes relativos a una nueva organización destinada a promover su objetivo de

expulsar del mundo musulmán al «gran Satán» (Estados Unidos). El proyecto se conocería como al-Qaeda (al-Qā'ida, «la base»).

Después de la guerra del Golfo de 1991, Bin Laden denunció a la familia real saudí por permitir el acantonamiento de soldados estadounidenses en la nación; a consecuencia de lo cual los expulsaron en 1992. Se trasladó al Sudán, en donde colaboró con el *Ŷihād* Islámico Egipcio para organizar el ataque del 29 de diciembre de aquel año a Adén, en el que murieron dos personas. Sin embargo, la organización fue expulsada del país tras un intento fallido de asesinar al presidente egipcio Mubārak en 1995, y Bin Laden regresó a Afganistán, en donde se alió con los talibanes y brindó financiación a los campos de adiestramiento en que se entrenaron miles de yihadistas.

En 1997 patrocinó la carnicería de Luxor del 17 de noviembre, episodio de infausta memoria en que murieron 62 paisanos, y al año siguiente al-Qaeda puso bombas en las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania y mató a casi trescientas personas. Más siniestra fue la tendencia que se inició en octubre de 2000 cuando, también en Adén, atacó un terrorista suicida el *Cole*, embarcación de la Armada estadounidense en la que murieron 17 personas. Este género de atentados se convirtió enseguida en el preferido de la organización, que no dudó en adoctrinar a jóvenes mahometanos para que se convirtieran en mártires. Aquel mismo año, Bin Laden firmó junto con su lugarteniente, el doctor Ayman az-Zawāhirī —a quien había conocido durante la guerra de Afganistán—, una *fatwà*

por la que declaran que todo musulmán tiene el deber de acabar con los estadounidenses y sus aliados.

Bin Laden y az-Zawāhirī tramaron entonces el plan más ambicioso de cuantos habían urdido: la mañana del 11 de septiembre de 2001, dos grupos de yihadistas embarcaron en cuatro reactores de pasajeros en los aeropuertos de Washington D. C., Boston y Newark. Las autoridades supieron poco después que los aviones habían sido secuestrados por 19 ciudadanos de Oriente Medio. A las 8.46 de la hora local se estrelló el vuelo número 11 de la American Airlines en la más septentrional de las Torres Gemelas neoyorquinas, los mayores edificios de Manhattan, y a continuación, a las 9.02, mientras las cámaras de televisión enfocaban el desastre que se estaba desarrollando, arremetió contra la torre meridional el vuelo número 175 de la United Airlines. Treinta y cinco minutos más tarde se recibió la noticia de que el 77 de la American Airlines había chocado contra el Pentágono, en Virginia, y a las 10.03, el 93 de la United Airlines, de camino a la Casa Blanca, cayó al suelo de Pensilvania gracias a la heroica acción de los pasajeros, que habían sabido de la suerte corrida por los otros aviones cuando llamaron frenéticos por teléfono a sus familiares desde el aparato.

En Nueva York se sucedieron las escenas apocalípticas. Las Torres Gemelas, dañadas sin remedio por el impacto de los reactores y los incendios que provocaron, se desplomaron —a las 9.59 la meridional, y a las 10.28 la septentrional—, y al caer mataron a miles de víctimas que seguían atrapadas en el interior y levantaron

una nube de polvo que engulló el sector sur de Manhattan. Además de los secuestradores, perdieron la vida casi tres mil personas aquel día: 246 dentro de los aviones, 125 en el Pentágono y 2603 en las Torres (incluidos 341 bomberos y dos sanitarios heroicos).

Estados Unidos declaró la guerra al terrorismo y juró acabar con Bin Laden, quien ya figuraba en lo más alto de la lista de criminales más buscados del FBI. Las fuerzas aliadas derrocaron enseguida el régimen talibán de Afganistán, en donde las autoridades llevaban años dejando operar a al-Qaeda a sus anchas. Sin embargo, él huyó a las montañas que lindaban con el Pakistán. A finales de 2001 se dejó escapar la ocasión de capturarlo en ellas cuando las unidades estadounidenses omitieron, en su avance, registrar las cuevas de Tora Bora en las que se sospecha que debía de estar escondido. Cuando, por fin, las asaltaron en agosto de 2007, ya se había ido.

Desde el 11 de septiembre no han faltado radicales musulmanes que, llevados por el mensaje torcido de odio y violencia de Bin Laden, hayan proseguido sin tregua la campaña homicida de al-Qaeda. El 12 de octubre de 2002 estallaron en Bali tres bombas que mataron a 202 personas e hirieron a 209. Más tarde, en 2004, explotó en la red ferroviaria de Madrid una serie de artefactos que produjeron 191 muertos y 1755 heridos. Al año siguiente, el 7 de julio, tocó el turno a Londres, en donde las bombas, en número de tres, hicieron explosión con una diferencia de un minuto entre una y otra durante la hora punta de la mañana en el metro. Aún no había transcurrido una hora cuando las siguió una cuarta en un autobús situado en la plaza de Tavistock. Además de los cuatro

suicidas, murieron 52 personas que se dirigían a su trabajo, y recibieron heridas 700. Dos semanas más tarde se evitó otra matanza cuando fallaron las bombas que llevaban otros cuatro terroristas. En octubre de aquel mismo año se dio en Bali otro atentado que se saldó con 20 muertos y 129 heridos. En Iraq, al-Qaeda se ha servido de una campaña implacable de ataques suicidas para fomentar una carnicería sectaria tras otra entre los musulmanes sunitas y chiitas a fin de frustrar los planes estadounidenses de instaurar un régimen democrático. El 2 de mayo, después de culminar la mayor búsqueda de la historia, los comandos de Estados Unidos asaltaron una residencia de Abbottabad, la ciudad del Pakistán que alberga la academia militar de la nación, y, tras matar a Bin Laden, echaron al mar su cadáver.

El Autor

SIMON SEBAG MONTEFIORE. Nacido en Londres, 27 de junio de 1965. Estudió Historia en el Gonville & Caius College de Cambridge. Durante la década de 1990 viajó por toda la antigua Unión Soviética, especialmente por el Cáucaso, Ucrania, Asia central y escribió sobre Rusia para el *Sunday Times*, el *New York Times* y el *Spectator*, entre otros periódicos.



Ha presentado documentales para la televisión y ha escrito dos novelas, así como algunos ensayos, entre los que destacan *King's Parade* (1991) y *Prince of Princes: the Life of Potemkin* (2000), nominado a premios de biografía Samuel Johnson, Duff Cooper y Marsh. También ha publicado *Llamadme Stalin* (2007), *La corte del zar rojo* (2004) y *Jerusalén. La biografía* (2011).